

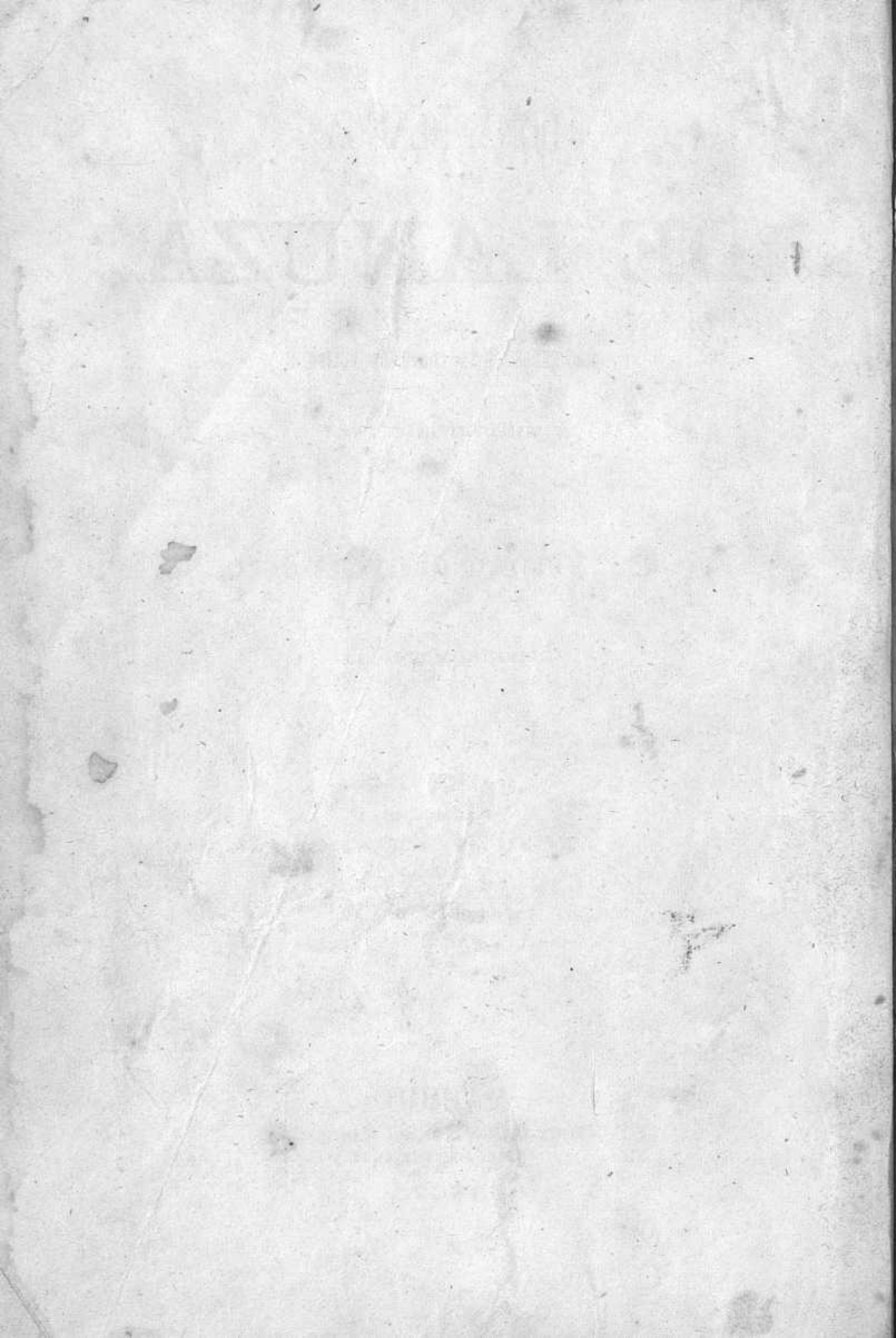
FÁBRICA DE LIBROS RAYADOS  
Y TALLER DE  
ENCUADERNACION  
PLAZA DE S. GINES  
*Esquina a la de Cuatro Santos.*  
DE  
MARCIAL VENTURA

Feltre ultima hoja <sup>06</sup>  
Indie <sup>de</sup>

2 only 50¢

T. 148251

C. 1190683



DOÑA BLANCA  
DE LANUZA.

(RECUERDOS DE LA CORTE DE FELIPE II.)

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

PER

E. Feijóo de Mendoza.

SEGUNDA EDICION.

~~~~~  
TOMO SEGUNDO.  
~~~~~

MADRID.

Imprenta de Manuel Minuesa,  
calle de Juanelo, núm. 19.

1867.

ANUARIO DE LA MANA

Esta obra es propiedad de los Editores.



R. 115789

ANTONIO GARRIGÓN  
García Cifuentes, 37 D.º Foral  
CARTAGENA

---

## LIBRO TERCERO.

ANTONIO PEREZ.

---

### CAPITULO PRIMERO.

---

#### La prision de Antonio Perez.

Entre las grandes catástrofes que nos presenta la historia de nuestra patria, no hay ciertamente dos como el engrandecimiento y fin de los favoritos de D. Juan II y de Felipe II.

Lo mismo D. Alvaro de Luna que Antonio Perez, salieron de la clase media del pueblo para recorrer en pocos años toda la escala de la fortuna y llegar á su cúspide, en la que brillaron como dos meteoros, desapareciendo al poco tiempo entre las ruinas de su felicidad, para ejemplo sin duda de lo ficticio que son las vanidades humanas.

Aunque Antonio Perez no tuvo el mismo desastroso fin que D. Alvaro, debido fué á su sagacidad, no á la magnanimidad del rey Felipe, y hay entre los dos privados tanta analogia, que no podemos ménos de hacer sobre ellos algunas ligeras y breves observaciones.

Con efecto, D. Alvaro de Luna, ambicioso y concusionario, hizo á su rey servicios importantes, y su claro talento y el conocimiento que tenia de los hombres, salvó en más de una ocasion al trono de Castilla de ser presa de la rapacidad de la nobleza, que á su sombra se alzaba potente. D. Alvaro de Luna tuvo la imprevision de querer acercar á su rey al pueblo, separándole de los magnates, y trató siempre de contener á estos para dominarlos é ir empujando su inmenso poder, mayor en ocasiones al del mismo monarca. Quiso hacer al rey independiente de la nobleza; quiso que los ricos-hombres desarmaran sus mesnadas y desmantelasen sus castillos, para quitarles toda ocasion de rebelarse contra la autoridad real; mas los nobles comprendieron sus intereses, y como la reputacion de D. Alvaro era vulnerable por más de un concepto, no les fué difícil acusarle de crímenes espantosos, los cuales no todos eran verdad; pero habia tenido tambien el orgulloso favorito la audacia de ofender á la reina, amiga de la nobleza, y la reina fué su principal y más terrible enemiga. La triste consecuencia de este antagonismo no se hizo esperar por mucho tiempo. D. Juan II era débil y apocado; mucho debia á su favorito, mucho le apreciaba, pero dió oídos á su esposa y á la calumnia de la nobleza, y mandó prender á D. Alvaro. Su prision se convirtió bien pronto en un patibulo, y la plaza de Valladolid presenció la ejecucion del poderoso privado, para cuya sepultura hubo que acudir á la caridad del pueblo, y aquel hombre que habia vivido eclipsando en lujo y en poder á su mismo rey, fué enterrado de limosna.

Tambien Antonio Perez habia servido lealmente á Felipe II; tambien, como D. Alvaro de Luna, sus consejos libra-



ron á España de más de un conflicto; pero fué como D. Alvaro, concusionario y orgulloso; como él, insultó con su lujo á la nobleza despreciándola y humillándola, y la nobleza tambien tuvo gran parte en su caida.

Hay, no obstante, algunas diferencias en la muerte de los dos favoritos, que no favorecen en verdad al monarca de la casa de Austria.

D. Juan II condenó á D. Alvaro creyendo cumplir con la ley y en obsequio á la tranquilidad de sus pueblos; pero el rey Felipe habia condenado y perseguido á Antonio Perez por un delito que él habia ordenado, é impulsado por el odio que le profesaba. El rey de Castilla cumplió como rey, el de España como hombre. Aquel tuvo que destrozarse el corazon para firmar la sentencia de muerte de su privado, y éste trabajó é instigó para que los jueces puestos por él, condenaran al favorito con justicia ó sin ella.

Por lo demás, quizás la muerte de Antonio Perez fué más terrible que la de D. Alvaro. Este murió dejando de padecer, pero aquel vivió muchos años preso y maniatado; sufrió el tormento por dos veces, fué separado de su familia, y falleció en suelo extranjero, solo, aislado, miserable, enfermo.

Hay en estos rudos golpes de la fortuna algo que revela la mano de Dios, porque sólo providencialmente pueden realizarse esos dramas humanos en que la posicion más elevada desaparece como humo, y en que todo el poder que dan las riquezas y los honores no sirven para evitar la caida. Dios parece haber tratado de demostrar con estos terribles ejemplos, no solamente lo perdurable de las cosas humanas, sino la suerte que espera al soberbio que se cree su-

perior á sus semejantes y destinado á dominarlos y humillarlos. Todos cuantos han llegado á la cúspide del poder han caido del mismo modo, y algunos siglos más tarde, el célebre D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, tambien fué ajusticiado en la plaza mayor de Madrid.

Pero dejando á un lado estos recuerdos históricos que nos ha parecido deber tocar para nuestro objeto, proseguiremos nuestra narracion y conduciremos á nuestros lectores á la prision de Antonio Perez.

El hermano de Constanza, despues de haber sido conducido desde Turuégano á la cárcel de Madrid, de ésta á la de Pinto, y despues otra vez á la de Madrid, fué llevado nuevamente al castillo de Turuégano, situado en la cima de una elevada colina y flanqueado por dos pequeñas torres casi arruinadas por el tiempo.

Antonio Perez ocupaba en este castillo una de las habitaciones de su planta inferior, pequeño espacio de unos ocho piés cuadrados, el cual tenia dos ventanas pequeñas que daban á un patio, con gruesos y dobles barrotes de hierro.

Allí en aquella pobre y hasta húmeda habitacion, vivia en compañía de su criado predilecto Gil de Mesa y su secretario Francisco Mayorini, genovés de nacion, el cual habia compartido las penalidades de Perez, por la influencia que se suponía ejercer sobre él y por la parte que habia tomado en todos los actos de su privanza.

Hemos dicho que la prision de Antonio Perez se hallaba situada en la planta baja del castillo de Turuégano, por ser la parte del edificio que ofrecia más seguridades, constituyéndola tres habitaciones abovedadas, de las cuales sólo una

tenia dos ventanas con gruesos barrotes y puerta de madera chapeada de hierro.

Estas tres piezas pequeñas y lóbregas, se hallaban embaldosadas de ladrillos pequeños, rotos y deshechos por la humedad, y no tenian más muebles que dos lechos de paja, una mesa de pino, un banco y dos siales de madera. Sobre la mesa un crucifijo de nácar y oro, y una Biblia en pergamino con cantoneras de cobre y registros negros.

Este crucifijo y esta Biblia, que por su valor y trabajo contrastaban con la mezquindez de los demás muebles, era un regalo hecho por Felipe II á su favorito en los dias de su mayor privanza, y lo único que no se le habia arrebatado por orden expresa del rey, el cual llevaba hasta aquel extremo su hipocresía y fanatismo religioso.

En aquellas tres piezas habitaban Antonio Perez y su secretario Francisco Mayorini, acusado de complicidad en todos los actos de su señor y procesado por las mismas causas.

La robusta naturaleza de Mayorini habia podido resistir mejor que la gastada de Antonio Perez, todos los horrores de una prision larga con un cadalso en perspectiva, y por esta causa se le permitia acompañar á su amo, pues Antonio Perez habia perdido en las prisiones su salud, y el tormento que últimamente habia sufrido en la cárcel de Madrid, habia agravado sus padecimientos é inutilizádole casi por completo un brazo. En esta situacion el antiguo secretario de Estado necesitaba una persona que le asistiese continuamente, y se echó mano de Mayorini. He aquí la razon por qué habia dos lechos en aquellas piezas y por qué se hallaban reunidos Antonio y su secretario.

Francisco Mayorini era un hombre de unos cincuenta

años, alto, delgado por naturaleza, y expresando en la mirada aviesa de sus ojos y en la finura de sus labios, la astucia más refinada y las disposiciones más favorables para la intriga. Profesaba á su señor un afecto leal y sincero, afecto que se habia aumentado en la persecucion que por él habia sufrido, y era quizás el único cómplice de Antonio Perez que estaba decidido á morir con su señor ántes de venderle. Además, Francisco Mayorini habia sido soldado en su juventud, y poseia por lo tanto esa sangre fria y ese valor ciego que es peculiar á la gente de armas, acostumbrada á desafiar los peligros y ver la muerte de cerca, y su serenidad y su valor le hacian sonreir y burlarse de su estado, procurando entretener á su señor con cuentos y anécdotas de campaña, cuando los recuerdos de su pasada vida herian su alma crudamente.

Mayorini tenia una hija llamada Leonor, hermosa y buena, la cual vivia en el mismo edificio que servia de prision á su padre, habitando casi siempre en compañía de las familias de los alcaides, como sucedia en Turuégano. El de este castillo era un *buen hombre*, algun tanto avaro é imprevisor, y solo con su mujer, no habia tenido inconveniente en admitir en su compañía á la hija de Mayorini, no tanto por lo que podia producirle de presente el hospedaje de la jóven, cuanto porque si Antonio Perez era absuelto, podia volver á la gracia del monarca y recompensar pródigamente todas aquellas deferencias.

En compañía de los dos presos Antonio Perez y Francisco Mayorini, habitaba tambien en el castillo, aunque no en calidad de preso, otro antiguo criado de aquel, llamado Gil de Mesa.

Gil de Mesa era un hombre de unos cincuenta años, brusco, casi salvaje, feroz y valiente hasta el fanatismo. Profesaba al antiguo secretario un afecto profundo y un respeto que rayaba en adoracion. Gil de Mesa no sabía discurrir, como no fuera en beneficio de su amo, y bastaba una mirada de éste para obligarle á cometer los mayores imposibles si se le pedian. Respetaba á su señor, sin explicarse la causa de su respeto, y hubiera dado la vida por la suya sin conocer lo sublime del sacrificio. Era un hombre que no tenia conciencia del bien ni del mal; que parecia no ver ni oir mas que por los ojos y oidos de su amo, y parco en palabras, sabía no obstante ser charlatan y vocinglero si así convenia al antiguo favorito. Por él habia sacrificado su porvenir, retirándose del servicio de las armas con el grado de alferez de piqueros, y por él se exponia á sufrir las consecuencias del odio de Felipe II, porque pública y audazmente vivia trabajando para libertar á su señor.

Algunas crónicas suponen á Gil de Mesa autor de la muerte de Escobedo, fundándose en que su nombramiento databa de aquellas épocas, y alféreces fueron nombrados todos los que directamente habian contribuido á la muerte del secretario de D. Juan de Austria. El pueblo recordaba que uno de los asesinos se llamaba Juan de Mesa, y que, nombrado alferez, se habia retirado á Flandes con sus compañeros; ahora bien, el personaje que nos ocupa habia servido en Flandes y se llamaba Gil de Mesa; podia muy bien ser un cambio de nombre, cuando sólo en el nombre consistia la diferencia, y aunque por nuestra parte podemos añadir que el antiguo alferez era muy capaz de llevar hasta el crimen su adhesion á Perez, nada aseguramos porque no

tenemos pruebas, y la historia no aclara nuestras dudas. En cuanto á Gil de Mesa, aseguraba que nunca se habia llamado Juan, y que el Juan de Mesa asesino de Escobedo, no era de su familia y habia muerto en Flandes.

Pero dejando á un lado esta cuestion, que nada puede influir en el éxito de nuestro libro, continuaremos aceptando de buena fé que Gil nunca se habia llamado Juan.

Tenemos necesidad de entrar en algunos detalles topográficos acerca de la prision de Antonio Perez, para que nuestros lectores comprendan las escenas que más adelante hemos de referir, y no queremos omitirlas ahora, para no tener que interrumpir nuestra narracion.

Desde el zaguan del castillo de Turuégano hasta las tres habitaciones que servian de prision á Antonio Perez y Mayorini, se encontraban dos patios y dos galerías cerradas por completo y oscuras aún en el centro del día. En la primera de estas dos galerías, es decir, en la más próxima á la puerta de entrada, daban las puertas de las habitaciones ocupadas por el alcaide Bustillos y su familia y las destinadas á los individuos de tropa que guarnecian la derruida fortaleza. Desde esta galería se pasaba á un patio oscuro y pequeño para entrar en la segunda, deshabitada completamente, y de esta segunda se salia á otro patio bastante grande, el cual tenia en sus tres lados tres grandes puertas macizas de hierro, que abiertas, dejaban ver una rampa bastante pendiente, á cuyo extremo se hallaban las cuevas ó almacenes del antiguo castillo, convertidas en calabozos en la época de nuestra historia. Una de estas tres puertas se veia siempre abierta, y era la que conducia á las habitaciones ocupadas por los prisioneros.

La circunstancia de no haber en el castillo más presos que Antonio y Mayorini, hacía casi imposible la fuga de estos, por más que las puertas estuviesen abiertas, puesto que eran conocidos personalmente, y para salir al campo era preciso atravesar por delante de cuatro guardias colocados en los patios y galerías. Además, Perez se hallaba muy enfermo y casi impedido, y el alcaide no creía comprometerse con tener á los prisioneros ciertas consideraciones que aminoraban en parte los horrores de su esclavitud, sin darles ocasion de pensar en la fuga. Tales eran la libertad que tenían la hija de Mayorini y Gil de Mesa para entrar y salir en las habitaciones de los presos, para comer en su compañía si lo deseaban y proporcionarles libros, plumas, tinta y papel.

Por la noche la prudencia exigía del alcaide un poco más de vigilancia; y con efecto, despues de anochecer se cerraba la puerta que conducia á las habitaciones de los presos, y á nadie se permitía entrar ni salir por ningun concepto, duplicándose las guardias y colocándolas tambien en la parte exterior de la fortaleza.

El alcaide Bustillos habia conocido á Perez en el tiempo de su privanza, y no podia prescindir de tratarle como á un hombre de clase muy superior á la suya. Además, creyendo, por lo que oia á Mesa y Mayorini, que los procesos de Antonio Perez caminaban á un desenlace afortunado, esperaba una recompensa por sus favores, y esta idea le hacía guardar con el prisionero todas las consideraciones para mitigar los rigores de la larga prision que pesaba sobre el antiguo secretario de Estado.

En medio de todas estas consideraciones, hijas más bien del interés propio que de la caridad, Antonio Perez su-

fria todos los horrores de su situacion, pues se encontraba muy enfermo, casi impedido de un brazo, desnudo, él que habia poseido tantos trajes, y lo que es peor, separado de su familia, á la que entónces amaba con toda su alma, porque en la desgracia el corazon se purifica y encuentra en las afecciones el único consuelo á sus penas. Además, debemos tambien decir que Antonio Perez ya no confiaba en el rey. Conocia muy á fondo á Felipe II para tener esperanzas de ser perdonado, y si por mucho tiempo alimentó la idea de una reparacion más ó ménos lejana, los resultados del proceso, los maquiavélicos medios que se habian empleado para condenarle, el rigor de su prision, rigor que habia caido tambien sobre su familia, todo le demostraba que no tenia más salvacion que la fuga.

¡La fuga! ¿y cómo? Era casi imposible en su estado de desfallecimiento y enfermedad.

Entónces, y considerándolo así, se decidió á escribir al rey la última carta, pintándole con los más negros colores su situacion, y tratando de conmover con la descripcion de sus padecimientos, el corazon de mármol del rey de España.

¿Pero qué medios podia emplear para que esta carta llegase á manos del rey? Sabía que muchas de las que le habia dirigido habian sido intervenidas por sus inflexibles jueces, y además, una carta por mucho que diga, no puede expresar tanto como los labios.

Era pues preciso que la carta fuese entregada al rey por una persona que pudiese hablarle al mismo tiempo y referirle con elocuencia los padecimientos de su antiguo favorito. ¿Pero dónde encontrar esta persona?



## CAPITULO II.

**Francisco Mayorini y Gil de Mesa.**

Hemos dicho en el capítulo anterior que Antonio Perez no tenia otro medio de salvacion mas que la fuga; pero como la fuga podia no verificarse, en cuyo caso su situacion empeoraria terriblemente, trató de recurrir otra vez al rey, suplicándole le permitiera reunirse con su familia.

Para que esta carta llegase á manos de Felipe II y produjese algun resultado, era preciso que hubiese en la córte una persona que se interesara por él; y tratando estaba de calcular si aquella comision podia encargarse á Gil de Mesa, cuando éste y Mayorini penetraron en su alcoba.

Los padecimientos habian postrado en el lecho del dolor á Antonio Perez, que estaba desconocido, no pareciendo ni su sombra, porque las sombras siempre tienen alguna semejanza con el objeto que las produce, y nada habia en la persona del pobre prisionero, nada que recordase al altivo y orgulloso favorito.

La arrogancia de su mirada no existia; la belleza de sus formas habia desaparecido; la frescura de su tez se habia marchitado; ni aun su voz era la misma, porque débil, hu-

millado, enfermo, sombrío, habíase acostumbrado á hablar casi en voz baja, á suplicar en vez de mandar, á pedir en vez de imponer.

Nada decimos de su traje, porque no hay punto de comparacion posible. El secretario de Estado, fastuoso y elegante, que habia vestido, no diremos mejor que Felipe II, porque Felipe II era en su traje el más modesto caballero de su córte, sino mejor que el más opulento noble de Madrid, ocultaba á la sazón su demacrado cuerpo en una ropilla de terciopelo verde tan raída, que se veía su tejido, unas calzas negras llenas de manchas y costuras, y una valona de encaje, sucia tambien y desfilachada. Antonio Perez, acostumbrado á habitar en lujosos palacios, á pisar ricas alfombras, á dormir en mullido y dorado lecho, habitaba una prision estrecha, fria y oscura; sus rotos borceguíes pisaban un húmedo pavimento, y su lecho era un tablado con un miserable jergon de paja. La diferencia no podia ser ni más palpable ni más dolorosa, y para que fuera más terrible aún, la robusta naturaleza del caído privado habia tambien desaparecido.

Cuando Mayorini y Mesa penetraron en la cámara de Perez, encontraron á éste sentado en su lecho con los brazos cruzados, la cabeza inclinada y la mirada sombría y dolorosa, mirando fijamente al desnudo pavimento, pero mirándole sin verle, porque sin duda en aquellos instantes su alma estaba muy léjos de aquella reducida habitacion.

Al ruido que hicieron al entrar Mesa y Mayorini, Perez levantó la cabeza y lanzó un suspiro. La aureola azulada que rodeaba los ojos del prisionero, demostraba que no habia dormido en toda la noche, comunicando á su demacrado

rostro tal expresion de malestar y fatiga, que Mayorini no pudo ménos de decirle:

—Vuestro rostro, señor Antonio Perez, me indica que no habeis descansado esta noche. ¿Estais peor?

—No lo sé, exclamó el prisionero con desaliento; mi cabeza parece que quiere partirse, y se me figura que no veo claro.

—¿Pero no habeis dormido?

—Ni una hora. Toda la noche he estado pensando en mi familia.

—¡Pobre señor! murmuró Mesa; ¿y á qué os cebais en esos amargos recuerdos?

—¡Ah! no es posible olvidarlos, Mayorini. Además, ¿ignoras que he suplicado al rey conceda á mi esposa é hijos el derecho de acompañarme en mi desgracia?

—No lo ignoro, pero....

—Cuando no han venido es porque Felipe II ha hecho el mismo caso de esta carta que de todas mis anteriores.

—Es posible, y por lo tanto no debe asombraros lo que sucede.

—No me asombra, me aflige. Y sobre todo, ¿esa tenacidad del rey no disminuye nuestras probabilidades de salvacion?

—Ya lo creo.

—¿Y no te aterra esa idea, Mayorini?

—¿Y qué quereis que haga? ¿Hay acaso algun medio por el que podamos abrirnos un camino?

—¡Ah! exclamó Perez acercando su rostro al de su secretario y bajando todavía la voz, esta noche he dormido pensando en la fuga. No hay otro medio de salvacion, Mayorini.

—Pues señor, os aseguro que ese medio, más que medio es un fin.

—¡Pardiez! exclamó Mesa, ese medio, señor Mayorini, es un medio que hay que probar. Sí, señor, la fuga.

—Silencio, Gil, repuso Antonio Perez, que conocia el carácter de Mesa, silencio; ántes es preciso que agotemos todos los recursos. Soy del parecer de Mayorini.

Mesa, acostumbrado á la obediencia pasiva del soldado, no replicó.

Pérez prosiguió diciendo:

—Mucho me temo, amigos míos, que Felipe II no reciba mis cartas.

—¿Y por qué?

—Ya sabéis cuánto me odian los Vazquez y Juan Gomez. No confío en el rey, pero si fuera posible que se enterase de mi situación, no habia de consentir lo que está pasando.

—¡Ah! señor Antonio Perez, repuso Mayorini, veo por mi ánima que aun confiais en Felipe II.

—Nó, nó.

—Creo que sí, y si tal haceis, no sé qué pensar de vos. Felipe II se ha decidido á deshacerse de nosotros, y ya conoce su política. No puede legalmente sacrificarnos, y espera que la prision, las penalidades y el tiempo nos maten anticipándose al verdugo. Confiar en el rey, es confiar en una quimera.

—Creo que te equivocas, Mayorini. Si yo pudiera tener una persona que le hablase y le entregase una carta....

—¿Pero dónde vamos á buscar esa persona?

—¿Sirvo yo para el caso? preguntó Mesa.

—Nó, exclamó Perez, tú no puedes influir en el ánimo del monarca.

—Lo siento.

Despues de estas palabras, aquellos tres hombres callaron por espacio de algunos minutos, hasta que Antonio Perez volvió á levantar la cabeza.

—¿Qué hacer, amigos míos? exclamó con doloroso abatimiento; no hay más remedio que sufrir y callar.

—Eso de sufrir y callar, repuso Mesa con fiereza, eso lo veremos.

—¿Pues qué pretendes?

—¿Qué? Poca cosa. Cuando el negocio se haya torcido del todo, salvaros, y si no es posible, vengaros.

—¡Vengarme!

—¡Oh! por mi patron.... Vengarme en todos vuestros enemigos.

—¡Gil!...

—Callo pues. Perdonad.

—Señor Antonio Perez, repuso Mayorini, despues de haber meditado un poco de tiempo, no hay recursos para nosotros, y sólo debemos pensar en morir....

Estas palabras cayeron como una bomba sobre el desgraciado Antonio Perez. Palideció y abrió los ojos aterrado, fijándolos como un demente en la impasible fisonomía de su amigo.

—¿Qué has dicho? exclamó cogiendo su mano, ¿tambien crees tú que no hay ningun remedio? ¿luego mis sospechas son ciertas?

—Sí.

—¿Luego debemos esperar sólo morir?

—Sí, señor.

—¿Y morir en un patíbulo?

—Es probable; pero de morir, lo mismo da de un modo que de otro.

—¡Oh! yo también lo creía así.... Pensaba como tú, pero no me atrevía á darme crédito á mí mismo.... ¡Es tan horrible la muerte!... Y pensar que si yo tuviera una persona que entregase al rey la carta que he escrito, quizás nos salvásemos.... ¡Oh! amigo mio, piensa, piensa.... busca algun medio.... ¿No encuentras ninguno?

—Para llevar esa carta, nó.

—¿Y para la fuga? Recurramos á ella. Bustillos tiene confianza en nosotros, y una noche....

—No penseis en eso.... por ahora....

—¿Pero por qué? ¡Dios mio!

—Sí, señor Mayorini, ¿por qué? repitió igualmente Mesa, que deseaba conocer la razon de aquella imposibilidad que él no veía tan difícil.

—Por una razon muy sencilla, prosiguió Mayorini; estas ventanas caen á un patio, en el que de dia y de noche se pasea un centinela; aunque lográsemos sorprenderle, lo cual no era poco, teníamos todavía que atravesar otro patio y dos galerías, en las cuales hay también centinelas. Pero quiero concederos mucho más. Fuera del castillo hay también centinelas, y estos también podrian vernos....

—¿Y si era de noche?

—¿De noche?

—Ciertamente.

—¿Con las puertas cerradas y los centinelas dobles? Vamos, señor Perez, medita, medita con un poco de

calma. La fuga es imposible.... á lo ménos por ahora.

—¿Y preferirás que te ahorquen?

—Nó, pero si no hay otro remedio....

—¿Es decir que os cruzais de brazos, señor Mayorini? exclamó Gil de Mesa.

—Por ahora, repuso el genovés con cierta sonrisa, por ahora nos conviene esperar. Nuestros asuntos caminan de mal en peor, pero no han llegado á la última fase.... Cuando esto se verifique recurriremos á la fuga.

—¿Pues no decíais....

—He dicho, amigo Mesa, que la fuga es imposible hoy, porque nos exponemos á ser cogidos, y entónces se empeoraria nuestra situacion; pero cuando ya no tengamos ninguna esperanza, absolutamente ninguna, procuraremos escaparnos. Quiere decir que si, como es probable, éramos descubiertos, no habríamos perdido nada. ¿Comprendeis, señor, la diferencia?

—Sí, amigo mio.

—¿Y tú, Mesa?

—Yo tambien, señor Mayorini.

—Pues bien, eso es lo que hay que hacer, esperar.

—¡Fatal palabra! exclamó el desesperanzado Antonio Perez; ¿hemos de esperar inactivos?

—No hay otro remedio.

—¡Ah! no encontrar una persona que vaya á Madrid.... Si el alcaide conociera á alguna.... Pero nó, nó.... Lo que nos hace falta no es un correo, sino un emisario, una especie de embajador.... que pudiese ver y hablar al rey, ¿no es verdad, Mayorini?

—Sí, señor.

—¡Y eso no es posible!...

Y Antonio dejó caer la cabeza con amargo desaliento, hasta que Gil de Mesa, pareciéndole que debía hablar para sacar á su querido amo de aquella dolorosa abstracción, le preguntó cómo había pasado la noche.

—Muy mal, amigo mio, le contestó el antiguo secretario; no he podido dormir ni siquiera una hora. El brazo me duele mucho, y el alma me duele mucho más.

—¿Y por qué no llamais á un médico?

—Ya he pedido al rey en mi última carta que me enviase uno, y no he tenido contestacion.

—Eso no importa, Calatayud está cerca, y....

—Soy pobre.... no puedo pagar nada.... moriré.

Revelaba tanto dolor el acento de Antonio, que Gil de Mesa, que no tenia otra afeccion que la de su amo, se estremeció como si hubiese recibido una herida, y volvió el rostro para no revelar á su amo ni á Mayorini la tormenta de cólera y dolor que rugia en su pecho.

Sin embargo, el leal servidor, al ver la decadencia que se iba apoderando de su amo, comprendió que debía ensanchar un poco más el círculo de su obediencia, no pareciéndole ya prudente limitarse á las órdenes de su señor. Era pues preciso, segun pensaba, trabajar, y trabajar poniendo algo de su parte, sin comunicárselo ni aún á Mayorini, y con esta idea, calculando que por aquel momento lo que más affligia á su señor era la imposibilidad de encontrar quien llevase á Felipe II la carta que, segun decia, acababa de escribir, pretextó tener que retirarse, y despues de saludar á los dos prisioneros, salió de la estancia pensativo.

Perez y Mayorini quedaron solos.



Después de unos diez minutos de silencio, Antonio quiso vestirse, y Mayorini se trasladó á la pieza inmediata, en donde no tardó en presentarse el antiguo secretario de Estado.

Débil y enflaquecido, apoyábase en un baston, y dirigióse con paso vacilante á uno de los sillones de madera, que ocupó dejándose caer en él, y levantando sus ojos al crucifijo, hizo una corta plegaria que Mayorini escuchó de rodillas.

Después se sentaron uno enfrente del otro, sin proferir ni una palabra, hasta que Mayorini, impacientado porque su hija no iba á saludarle, exclamó con acento sombrío:

—Segun la claridad que penetra por esas ventanas, debe ser algo tarde, y me choca en verdad que Leonor no haya venido á darme los buenos días segun costumbre. Madruga tanto como nosotros y.... ¡pobre niña! su amor filial la pierde tambien. La vida de este castillo y sus temores por mí, la han trasformado completamente. De algun tiempo á esta parte está desconocida. ¿No es verdad, señor?

—Sí, respondió Antonio Perez con acento sepulcral, está desconocida.

—Ayer la manifesté mis temores de que caiga enferma, prosiguió Mayorini, é indicándola mi deseo de que conveniria se volviese á su convento de Roma, donde se ha educado, se negó resueltamente á ello. ¡Pobre criatura! ¿No es digno de agradecer este sacrificio?

—Sí, volvió á repetir Antonio Perez con voz todavía más lúgubre.

—Señor, prosiguió diciendo el genovés, vos teneis mucha influencia con ella. Decidle que se marche.

—¿Y quereis separaros de su lado?

—¡Ah! doloroso me será; pero comprendo que es preciso.

—¿Y por qué? le preguntó Perez, mirándole como si quisiera leer en el fondo de su corazón para comprender el verdadero sentido de aquella pregunta, ¿por qué quieres que se marche? ¿No te sirve de consuelo poderla ver á todas horas?

—¡Oh! y tanto que sí.

—Si yo tuviera aquí á mis hijos.... ¿crees que los dejaria marchar?

—Sí, señor; si viérais que su estancia en el castillo consumia su salud....

—¿Pero crees que tu hija está enferma?

—Debe estarlo. Antes de venir de Roma era alegre y bella, y ahora....

—Ahora es tambien bella, amigo mio; y en cuanto á su dolor no debe extrañarte, porque si te quiere como dices, le ha de ser tu situacion muy dolorosa.

—Eso dice, pero tengo para mí otra idea metida en la cabeza.

—¿Otra idea?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es?

—Se me figura que Leonor ama.

Antonio se puso lívido y cerró los ojos por un momento.

—¿Que ama Leonor? preguntó á Mayorini anhelosamente.

—Sí, señor, sí, respondió el genovés; Leonor ama, y debe amar á algun hombre que no pueda ser suyo, que no pueda corresponderla, porque á veces la he oido murmurar algunas frases que me han partido el corazón.

—¿Y sabes tú quién pueda ser?

—Ni aún lo sospecho.

Antonio respiró, y prosiguió algo más animado:

—Entonces la enfermedad de tu hija es propia de su edad; tiene veinte años, es bella, y á esa edad siempre se sueña con el amor. No te alarmes, mi buen Mayorini, la enfermedad de tu hija tiene cura.

—Así lo espero, pero entretanto padece.

—¿Y no has tratado de inquirir....

—Sí; pero todo en vano. Se niega á darme explicaciones.

—¿Pero confesándote que ama?

—Nó, tampoco.... Si la pregunto por qué está triste, dice que porque se acuerda mucho de su convento de Roma; y si la digo que es conveniente que se vuelva á él, entonces llora más, y me dice que ya no piensa separarse de mi lado.

Antonio suspiró y se pasó la mano por la frente como para ahuyentar una idea enojosa.

Francisco Mayorini prosiguió diciendo:

—Su tristeza se ha aumentado desde que fuimos á Madrid. Ya sabeis, señor, que no os conocia cuando nos trasladaron aquí desde la fortaleza de Pinto, puesto que entonces fué cuando la mandé llamar; pero sin duda debió ver en Madrid algun caballero, y desde entonces data su tristeza. No sé qué hacer ni qué resolver. Mi suerte futura no me aterra ni me quita el sueño, porque no se muere nada más que una vez; pero la suerte de esa pobre niña me estremece. Si muero, ¿qué va á ser de ella? No tiene á nadie en el mundo y....

—Cásala, amigo mio, exclamó Perez llevándose la mano al pecho como para contener los latidos de su corazon; cása-

la con un hombre honrado, y no quedará sola en el mundo.

—¿Pero dónde encontrar ese hombre?

—¡Quizás no sea difícil!

—¡Ah! mucho, señor Perez, porque Leonor no quiere casarse.

—¿No quiere casarse?

—Nó.

—¿Te lo ha dicho?

—Muchas veces.

El antiguo secretario se estremeció y dejó caer su frente sobre sus manos, lanzando un quejido. Era seguro que en aquel momento sufría su alma uno de esos golpes terribles que dejan en pos de sí una huella indeleble. ¿Pero cuál podía ser este golpe? ¿Por qué aquella emocion? ¿Qué afinidades podía tener su destino con el de la hija de Mayorini? ¿Qué misterio era aquel?

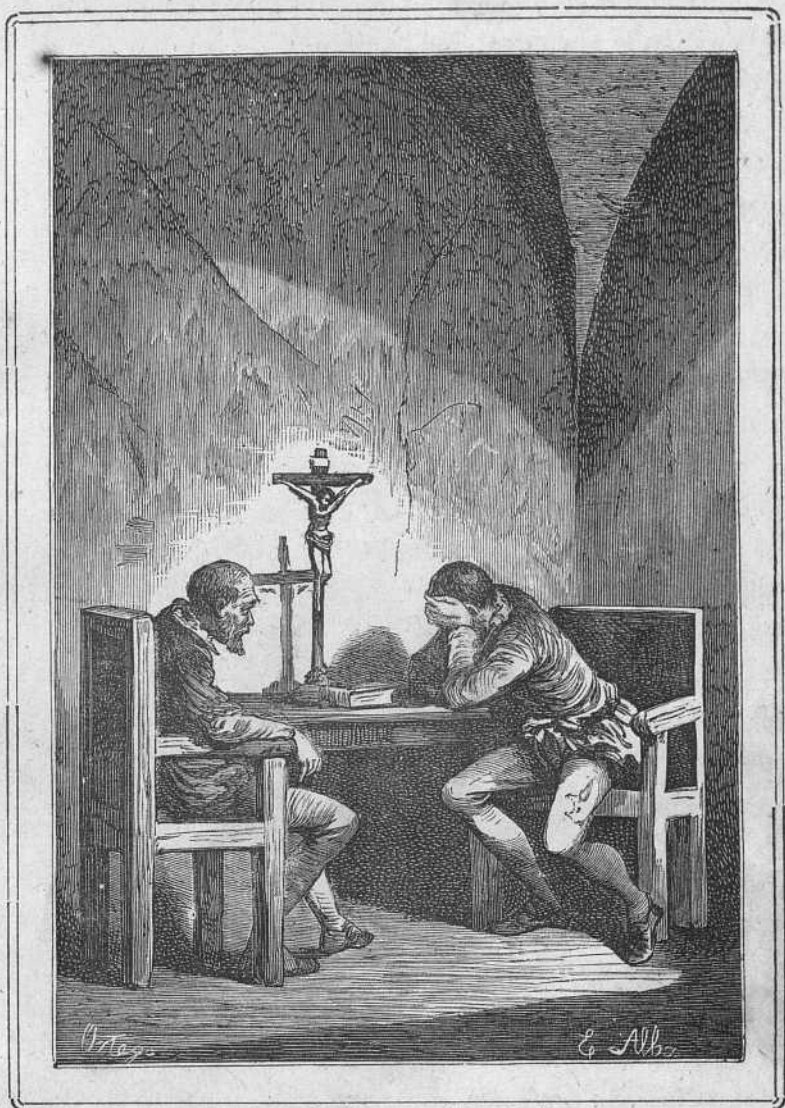
El afligido padre notó y extrañó la emocion de Perez, y con un movimiento brusco levantó la cabeza de su señor para descubrirle la cara.

—¿Qué teneis? le dijo. ¿Por qué habeis desfallecido y suspirado?

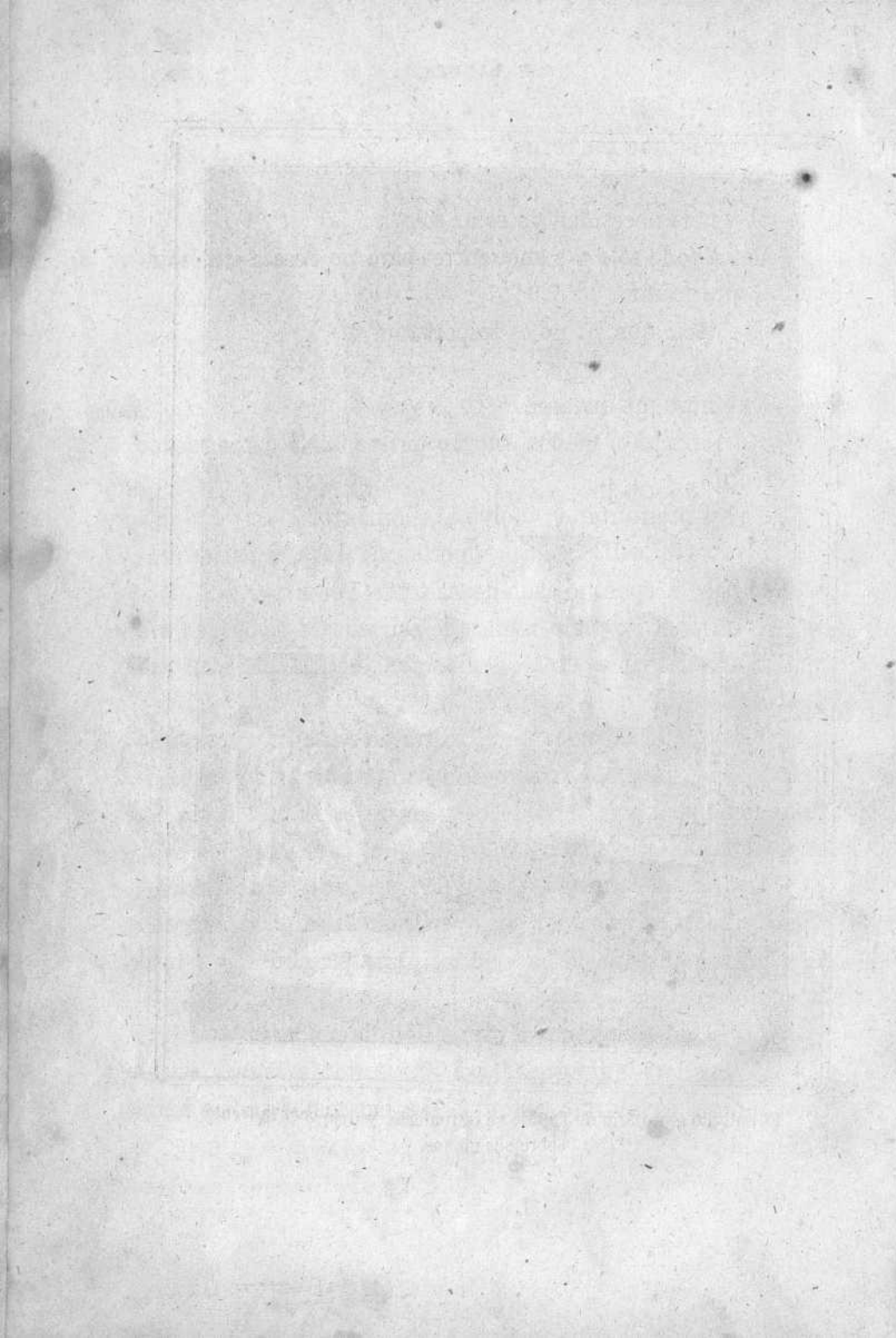
—¡Ah! he sentido aquí, en el brazo, un dolor agudo que me ha llegado al corazon.... Está visto, Mayorini, que no puedo sostener por mucho tiempo una conversacion algo larga. ¡Cómo ha de ser!

Mayorini se dió por convencido con aquellas palabras, pero fijó su mirada profunda é investigadora en el lívido rostro del desgraciado prisionero.

—Dios os alivie, exclamó por último levantándose; pero ¿os sentís mejor?



El antiguo secretario de Estado se estremeció, y dejó caer la frente sobre sus manos.



—Sí, sí.

—¿Quereis que me retire?

—Nó.

—Si teneis necesidad de éstar solo....

—Demasiado solo me encuentro para no desear tu compañía, amigo mio.

—¿Es decir que.... no os importuno?

—Nó, nó.

—Entónces me quedaré.

—Sí, quédate, á ménos que no desees salir á preguntar por tu hija.

—Voy á preguntar y vuelvo al momento.

Y Mayorini salió hasta la puerta que daba al patio, volviendo poco despues al lado de Antonio Perez.

Al mirarle no pudo ménos de estremecerse, porque vio brillar una lágrima en la demacrada mejilla del antiguo favorito.

¡Oh! aquella lágrima en el rostro de Antonio Perez, que tantas habia hecho derramar frio é impasible en su orgullosa opulencia, era el terrible castigo de la Providencia, la expiacion que el cielo reservaba á aquel hombre.

El secretario guardó silencio. A pesar de toda su curiosidad y hasta de su temor por averiguar la causa de aquella lágrima, se abstuvo de hacerle ninguna pregunta, y respetó su dolor.

Sentóse silencioso en el otro sillón de madera.

—¿Y Leonor? le preguntó por fin Antonio Perez, estremeciéndose involuntariamente. ¿La has visto? ¿no se halla enferma?

—Nó, señor.

—¿Pues cómo no ha venido según acostumbra?

—Está en el patio grande, debajo del tilo, conversando con Gil de Mesa.

—¿Con Gil?

—Y la conversacion debe ser interesante, porque he conocido que Gil de Mesa está conmovido....

—¿Y no has tratado de saber?....

—Nó, tengo confianza en Mesa, y además, el tilo está al otro extremo del patio, y el centinela es un jóven que no conozco. He temido que me mandara retroceder y no he querido sufrir esa humillacion.

—Pero....

—Yo queria saber si mi hija estaba buena.... ya lo he visto y estoy satisfecho.

—Entónces, Mayorini, coge esa Biblia y léeme hasta que el señor Bustillos nos traiga el desayuno.

—¿Qué capítulo quereis oír? exclamó el secretario cogiendo de la mesa el encuadernado volúmen.

—Cualquiera, todos consuelan y fortalecen el espíritu; lee, Mayorini, lee.

Y Antonio Perez se dispuso á escuchar con religioso recogimiento, apoyando el codo de su brazo sano en la mesa y la cabeza en su mano, quedando inmóvil y como sumido en religioso fervor.

Mayorini abrió el libro y comenzó la lectura con la imaginacion bien distante de lo que leia, porque en medio de sus propios dolores habia encontrado algo que le hacía estremecer, en la emocion de su señor, al referirle la pesadumbre de su hija.



---

### CAPÍTULO III.

---

#### La hija de Mayorini.

¡Oh cuán hermosa, cuán espléndidamente hermosa era Leonor de Mayorini!

Hija de la Italia, país clásico de la belleza, poseía toda la graciosa voluptuosidad de las mujeres meridionales, que parecen nacidas por el amor y para el amor. Era de un moreno claro, de labios rojos, de blanca dentadura, de ojos y cabellos negros, de alta estatura, de formas redondas y atrevidas. Su rostro era gracioso en su conjunto y en sus detalles, pues si sus labios sonreían, era imposible resistir á su mágica seducción, y si sus ojos miraban fijamente, era también imposible resistir á su magnético fuego. No había en su figura ni una imperfección, ni una línea que destruyera la armonía general de su conjunto, y desde su breve y redondo pié hasta su blanca y torneada mano, parecía que la naturaleza se había complacido en ella dándole todas las perfecciones y todos los encantos.

Leonor de Mayorini tenía en su traje una gracia especial que estaba en los aéreos y elegantes movimientos de su cuerpo, y aún vestida modestamente, daba á sus trajes tal

realce, que parecia vestir con mayor lujo del que en realidad gastaba.

Leonor se habia criado y educado en un convento de Roma, pues habiéndose quedado huérfana de madre á los tres años de haber nacido, su padre, militar entónces, llamándole sus deberes al reino de Flandes, tuvo que abandonar á su hija, y la colocó en un convento de Roma. Cuando Mayorini se retiró del servicio, su hija tenia doce años, y quiso sacarla del convento, pero los ruegos de la superiora, y hasta las inclinaciones de su hija, que se encontraba feliz en la casa de Dios, le decidieron á dejarla en su retiro hasta que llegase á la edad de la adolescencia, y él se vino á Madrid, entrando algunos años despues al servicio de Antonio Perez.

La caída de éste del poder arrastró á Mayorini, y poco despues vióse complicado en el proceso que Felipe II habia formado á su antiguo favorito. Preso con su señor, Mayorini, que no tenia más parientes que su hija, echó de ménos sus filiales cuidados y la mandó llamar, apresurándose la jóven á obedecer á su padre, y reuniéndose con él en Turuégano, en cuyo castillo se hallaba por entónces preso con su señor Antonio Perez.

En aquella época el favorito de Felipe II estaba todavía hermoso y arrogante. Los sufrimientos y la prision no habian demacrado aún su rostro, y en medio de su afflictiva situacion no habia perdido su proverbial galantería con las mujeres.

Deslumbrado con la hermosura de Leonor, á quien veia por primera vez, empezó á decirla al oido esas frases lisonjeras que abren un mundo de ricas esperanzas y dorados

pensamientos á las jóvenes que empiezan su camino por la vida, y lo que empezó por un simple galanteo, concluyó por una pasión seria y formal. Antonio Perez comprendia su estado, su situacion y sus deberes como hombre y como caballero, pero la pasión fué más fuerte que su voluntad; y aunque nunca habia tratado de poner coto á sus caprichos, cuando quiso retroceder era ya tarde.

Empero debemos hacerle justicia. En medio de su loca pasión, Antonio Perez no abusó del dominio que habia adquirido sobre la joven, ni la alentó con esperanzas irrealizables de un porvenir honrado y dichoso, porque, como sabemos, era ya esposo y padre.

En cuanto á Leonor, que acababa de salir de un convento donde no llegaba el ruido del mundo y sus pasiones, mas que de un modo fantástico y por lo tanto embellecido, como esos panoramas que tan perfectamente copian á la naturaleza á través de unos lentes convexos, empezó por compadecer al antiguo secretario de Felipe II, y concluyó por amarle. Ni ella misma pudo darse cuenta de cómo se habia verificado aquella trasformacion. Le amaba; tenia conciencia de su amor, como la tenemos de que vemos y oímos; pero no podia saber por qué le amaba, como ignoramos por qué oímos y vemos. Al principio la pobre niña se aterró. El amor en la educacion que habia recibido era un crimen; la palabra amor era una palabra maldita; amar á un hombre era una idolatría, una especie de sacrilegio; y estos recuerdos religiosos, productos de la educacion mística que habia recibido, lucharon por algun tiempo en su alma, pero no pudieron vencer.

Ocultando su amor hasta de sí misma, nada confesó á su

padre, y aún cuando jamás Antonio Perez la hubo manifestado que sería su esposo en saliendo de la prision, la pobre niña fundaba su dicha en ello, y se creia ya tan feliz, que daba gracias á Dios porque habia iluminado su alma con aquel sentimiento desconocido para ella y calumniado tan torpemente en la casa en que hasta entónces habia vivido.

Por su desgracia, aquella dulce y tranquila felicidad no pudo durar mucho tiempo.

Los resultados de la causa seguida á Antonio Perez y Francisco Mayorini, trajeron á estos otra vez á Madrid, y Leonor vino á la córte por primera vez.

Perez no pudo ni quiso evitar ya lo que Leonor tenia al fin que saber; que era casado.

La hija de Mayorini recibió esta noticia como podia haber recibido la de su sentencia de muerte. Delante de Perez no dijo ni hizo nada. Sometióse resignada á su dolor, y pareció conformarse con tan triste desengaño; pero desde aquel dia cesó de sonreir, y lo que es más triste aún, los colores de sus mejillas y la alegría de sus ojos desaparecieron con su sonrisa.

La pobre criatura habia abierto su corazon al amor para sufrir uno de sus mayores dolores, y la primera rosa que habia querido coger la habia destrozado las manos con sus espinas. Lloró, lloró mucho, y lloró hasta que sus ojos se secaron, pero fué á solas y en silencio. Ni su padre ni Antonio Perez la vieron llorar jamás; pero á medida que la jóven iba marchitándose como la flor que vive privada de los rayos del sol, Antonio Perez iba sintiendo con mayor fuerza remordimientos por su conducta. Es verdad que no

habia engañado á la jóven, ni la habia dado esperanzas imposibles; pero pudo y debió contener los latidos de su pecho, confesar su estado á la pobre niña y cortar su pasion cuando comenzaba á nacer.

¡Cuántos males hubiera evitado así!

Desde que Leonor supo que su amor á Antonio Perez era un crimen, porque pertenecia á otra mujer, trató de arrojarle de su pecho; y si no pudo conseguirlo, al ménos halló fuerzas en su alma para vivir casi al lado de su amante sin levantar ni una vez hácia él sus ojos, no obstante de hablarle con afectuosa deferencia y no rehuir ni su conversacion ni su compañía.

Pero esta conducta era violenta, y Leonor necesitaba para no venderse, agotar todas las fuerzas de su alma; y como cuando ésta sufre tambien el cuerpo, Leonor habia perdido, no su belleza, pero sí el alma de su belleza, la dulce alegría de su carácter.

Tal era la situacion moral de la jóven en el momento en que la damos á conocer, sentada debajo del tilo que se hallaba en el patio grande de la fortaleza de Turuégano, al lado de Gil de Mesa.

¿Qué conversacion era aquella que tanto parecia interesar y conmover á la hija de Mayorini?

No tardaremos en saberlo.

Gil de Mesa habia dejado solos á sus dos amos, impresionado profundamente con lo que habia oido. El afecto que profesaba á Perez no le permitia considerar la cuestión de su fuga en su verdadero terreno, y decidido á efectuarla, quiso ántes, sin embargo, recurrir al medio que tanto sentia no poder realizar el antiguo favorito.

Este medio era, como sabemos, entregar al rey la carta que decia haber escrito, y recomendarse á la bondad real pintando su triste y desgarradora situacion. Gil de Mesa, que tratándose de un deseo de su amo no encontraba dificultades en su ejecucion, se decidió á poner en práctica el ménos expuesto, y conociendo que él no podia servir para aquel viaje, se acordó de la hija de Mayorini.

Gil no tenia muchas probabilidades de convencer á la jóven. Conocia su carácter digno y casi orgulloso, su temor de mujer, lo singular de la gracia, y tuvo miedo. Pero se trataba de la salvacion de su amo, y no podia retroceder. Por pocas probabilidades que tuviese de vencer, debia echar mano de ellas, y no las desperdició.

Por eso, en cuanto salió de la habitacion de sus amos se dirigió al cuarto del alcaide en busca de la hija de Mayorini, á la cual encontró en la puerta disponiéndose para pasar á dar los buenos dias á los dos prisioneros.

Gil, en su ruda franqueza y salvajes sentimientos, no podia aquilatar ni apreciar todo el valor de la jóven; pero sabía que la amaba su amo, que ella tambien le amaba, y esto le bastó para decidirse.

—Buenos dias, mi querida Leonor, la dijo el alferez con respetuoso ademan é inclinándose hasta el suelo.

—Buenos dias, mi apreciable Mesa, le contestó la pobre niña deteniéndose; ¿venís, señor Gil de Mesa, de la habitacion de mi padre y de D. Antonio?

—Acabo de separarme de ellos.

—¿Y cómo se encuentran?

—De salud, bien; de dinero, así así; pero de libertad, Dios les asista.

—¿Y no hay ninguna esperanza?

—Ninguna.

—¡Qué decís! exclamó Leonor palideciendo.

—Escuchadme, añadió Gil de Mesa, indicándola con la vista el banco de piedra que se veía al extremo opuesto del patio; venid conmigo y os diré lo que hay y lo que se espera de vos.

—¿De mí?

—Sí, señora.

—Pero ¿qué puede hacer una pobre extranjera que no conoce á nadie, y que de nadie es conocida? ¿qué quereis que haga?

—Pues ya vereis cómo nos arreglamos. Por ahora sólo os suplico que me acompañeis á aquel árbol y que escuchéis una veintena de palabras.

—Pero ¿es que está mi padre enfermo?

—Nó, señora.

—¿Y.... Antonio Perez?

—Como siempre, digo, no como siempre, porque hoy está más débil que ayer, y mañana lo estará más que hoy, todo lo cual, ¡por mi santo patron! que me hace pensar en unas ideas.... Pero venid.

Leonor, asustada con aquella especie de prefacio, que por lo mismo que nada decia parecia decir mucho, siguió á Gil de Mesa hasta el pié del tilo, sentándose á su lado para oír lo que tenia que decirle.

—Señora, exclamó por fin Gil de Mesa haciendo un violento esfuerzo para hablar, el caso es muy sencillo. Se trata de que vayais á Madrid.

—¿A Madrid yo?

—Sí, señora.

—Sola....

—Con mi compañía, es decir, con la compañía de mi individuo.

Leonor miró asombrada al soldado.

—¿Qué os admira? exclamó éste al ver el asombro que se retrataba en los ojos de la jóven; ¿me creéis por ventura indigno de acompañaros, ó es que dais á mis palabras una interpretación que no tienen?

—¡Oh! nó, nó: creo conoceros bastante para juzgar de vos tan de ligero; pero os juro que si la situación que nos rodea no fuera tan crítica, creeria en verdad que os estábais burlando de mí.

—Señora, yo no me burlo nunca de las mujeres, repuso Gil con sequedad y algun tanto ofendido de la sospecha de Leonor.

Esta prosiguió diciendo:

—Pues bien, ¿quién es el que os envía?

—Mi voluntad, es decir, yo.

—¿Y con qué objeto queréis que vaya á Madrid?

—Con el de salvar á.... vuestro padre.

Era evidente que Gil iba á pronunciar el nombre de Perez, pero como no ignoraba el dolor de la jóven se contuvo.

—¿Qué peligro amenaza segun eso á mi padre? exclamó anhelante la jóven.

—¿Peligro? repuso Gil de Mesa, no sabiendo por dónde empezar.

—¡Oh! sí, sí, decídmelo pronto.... Me teneis en una ansiedad cruel; ¿se ha recibido alguna carta ú orden de don Felipe II?



—Nó, señora; se está esperando, pero aún no ha venido.

—Y bien, ¿qué es ello? ¿qué es lo que yo puedo hacer?

—Una cosa muy sencilla. Presentar al rey una carta que os entregará el señor Perez.

—¡Dios mio!

—¿Os asustais de la comision, señora?

—Pero si yo nunca he visto al rey.

—Así lo supongo, mas nada importa para eso.

—¿Y qué he de decir al rey?

—Eso no lo sé. Si os decidis, mi amo y señor os dará cuantas noticias os hagan falta.

—¿Y he de ir sola?

—Nó, señora.

—¿Pues quién ha de acompañarme?

—Yo, creo habéroslo dicho.

—Y.... ¿qué he de alcanzar con ver al rey?

—Quizás el perdon de vuestro padre y mi amo.

—¡Dios mio! exclamó Leonor cruzando las manos, ¿sería posible que pudiese yo conseguir esto?

—De seguro.

—¿Y el rey me concederia....

—¡Por mi santo patron! en cuanto os vea. Eso no admite dudas.

Leonor palideció aún más, y se estremeció ante el pensamiento que acababa de cruzar su mente.

—¡Oh! prosiguió despues de un momento de silencio empleado en analizar aquella idea lúgubre, que cual un relámpago acababa de cruzar por su cabeza; señor Gil, creo que no puedo aceptar lo que habeis dicho.

—¡Cómo!

—He dicho mal, creo que no *debo* aceptar ni seguir vuestros consejos.

—¿Y por qué?

—Debeis comprenderme.... yo....

—Pues no os comprendo, señora, os lo aseguro.

Leonor se revolvió impaciente en el banco, y se sonrojó fuertemente. No sabía qué forma dar á sus temores para que Gil de Mesa los comprendiese y estimase.

Pero no tuvo necesidad de esto. El antiguo soldado no tardó en adivinar, por la emocion de la pobre niña, la clase de sospecha que se la habia ocurrido, y de pronto se dió una palmada en la frente.

—¡Por mi santo patron! exclamó con ira, soy un estúpido y un loco, pues he debido empezar rechazando esa horrible sospecha.

—¿Luego no ha cruzado vuestra mente?

—Os juro que no.

—¿Pero sabeis cuál es?

—Me lo figuro, y esto os honra tanto más, cuanto que vuestra posicion es bien triste.

—Pues bien, si me habeis comprendido, puedo mostrarme entónces más explícita. ¿No sufrirá mi honra?

—Está en vuestras manos, señora.

—Entónces nada os preguntaria, Gil de Mesa. Si sólo de mí dependiese.... vuestra sospecha sería un insulto; pero no es eso lo que quiero deciros. Vos conoceis la córte, ¿podria en ella padecer mi reputacion? Dicen que D. Felipe II, á pesar de su edad, no es indiferente al amor.

—¿Y qué os importan las murmuraciones de los cortesanos?

—¡Ah! ¿qué decis? ¿Tan pobre concepto os merezco?

—Señora, replicó el aturdido Mesa, sois para mí una santa, y si yo tengo la honra de acompañaros, os juro cortar las lenguas á todos los que se atrevan á tocar á vuestra reputacion.

—Gracias, amigo Gil; pero veo que el sacrificio es inmenso, y me falta el valor.

—Eso no es verdad, replicó Gil con la bárbara franqueza que le caracterizaba; yo sé lo que valeis, y me consta que teneis valor para llevar adelante esa idea. Además, para animaros á realizarla, aún cuando os cueste algun pequeño sacrificio, voy á deciros lo que vuestro padre y el señor Perez están temiendo de un momento á otro.

—¿Qué temen, Gil? ¿Acaso no están satisfechos todavía sus enemigos?

—Ni lo estarán nunca. Son implacables porque son injustos, porque son enemigos pagados.

—Pero bien, hablad.... Gil, hablad.

—Pues bien, no os asustéis, pero vuestro padre y el señor Perez temen, y ya con fundamento, morir á manos del verdugo.

—¡Oh Dios mio! exclamó Leonor cubriéndose el rostro con sus manos, ¿será posible esa infamia?

—Tan posible.

—¿Se atreverán á ello?

—Si el rey lo manda....

—Pero ¡Dios mio! Felipe II debe ser muy malo.

—Nó, señora; puedo aseguraros que no es el peor hombre de su córte..... Conque animaos, pues, Leonor. ¿Vacilareis ahora?

—¡Oh! nó, nó. Si mi viaje á España puede salvar al señor Antonio Perez y á mi padre de morir, iré, iré.... sin detenerme.... entregaré al rey esa carta y le suplicaré que les perdone. ¡Oh! yo os prometo, Gil, que ha de tener lástima de mí.... ¡Qué horror, morir á manos del verdugo!...

Y Leonor, aterrada verdaderamente, se estremeció y cerró los ojos por un momento.

—Dios os guiará y os protegerá, señora, prosiguió Gil lleno de alegría; creo como vos que alcanzareis el perdon de mis amos, porque Felipe II no puede negar á una hija la vida de su padre.

—Yo tambien lo creo así, pero.... tengo miedo....

—¿De qué, señora?

—¿Y si ántes se pronuncia la sentencia?

—No es posible; pero por si acaso, creo prudente que no demoreis vuestro viaje.

—Tiemblo tambien por otras causas....

—Sed fuerte, señora.... En la guerra, por conservar la disciplina se castiga con la muerte la más pequeña desobediencia á los superiores, y se castiga, aunque sea involuntaria. Sólo así se evitan las sublevaciones militares que tantos y tantos daños acarrearán á los paises. Esto quiere decir que el remedio que os acabo de aconsejar no está exento de peligros; pero nada valen estos si conseguís el perdon. Este es el hecho. Por lo demás, si confiais en mí, yo os acompañaré. Soy brusco, no sé hablar, soy un cualquiera cosa; pero os respeto y venero como á una santa, y nadie se atreverá á ultrajaros sin que mi brazo le castigue. Por lo demás, el señor Antonio Perez, que tanto anhela encontrar quien hable al rey y le entregue su carta, nos dirá

cómo hemos de gobernarnos en Madrid y á qué personas hemos de recurrir primero. Aunque pocos, tiene algunos amigos, y estos nos ayudarán tambien. ¡Por mi santo patron! señora, ¿podeis hacer nada más hermoso que librar de una muerte casi probable á dos desgraciados perseguidos por sus enemigos, y mucho más cuando uno de estos desgraciados es vuestro padre, á quien debeis la vida, y el otro, el señor de vuestro padre, á quien debeis lo que sois?

Leonor se enjugó las lágrimas que habian humedecido sus mejillas, y despues de un momento de silencio se levantó del banco.

—Señor Gil de Mesa, le dijo, me habeis convencido y os doy gracias. Sí, sí, teneis razon. En los casos supremos hay tambien que recurrir á medios extremos.... ¡Oh! me habeis alarmado, yo no sabía que la causa de mi padre podia tener un desenlace tan triste; pero á la par de esta horrible noticia me habeis indicado el medio de evitar esa desgracia: no vacilo. ¿Cómo vacilar despues de haberos escuchado?

—¿Es decir que puedo referir á mi amo y señor lo que acabamos de hablar?

—Ciertamente; pero ántes quiero convencer á mi padre.... Tal vez se oponga y....

—Nó.... el señor Francisco Mayorini se dolia esta mañana de no conocer á nadie que fuese á Madrid.

—Sin embargo, ántes de hablar con el señor Antonio Perez, permitidme que vea á mi padre.

—¿Por qué nó, señora? En este asunto no teneis mas que mandar. ¿Quereis que le avise?

—Hacedme este favor. Le esperaré aquí mismo. Si consiente, entónces hablaré con el señor Antonio Perez.

—Pues corro á decirle que le esperais aquí.

—¿Y le permitirá acercarse ese centinela?

—¿Por qué nó, si este patio no tiene más salida que la que guarda ese arcabucero?

—Es verdad.... pues id.... aquí le aguardo.

Con efecto, Gil de Mesa, que miraba su triunfo seguro, se separó de la jóven, atravesó el patio y penetró despues en las habitaciones de los dos presos.

Leonor entónces lanzó un suspiro é inclinó sobre el pecho su hermosa cabeza.

¿Por quién era aquel suspiro, por su padre ó por su perdido amor?

Dificil es saberlo, y en la duda preferimos no decir nada.

Despues se puso á reflexionar sobre aquel viaje, que no podia ménos de estremecerla; pero Leonor tenia una alma grande, y ya decidida, no quiso retroceder, buscando para todos sus temores una esperanza salvadora y tratando de trasformar en conviccion la duda que la dominaba acerca del resultado que se proponia conseguir con aquel viaje.

De pensamiento en pensamiento, de idea en idea, casi concluyó por regocijarse de poder hacer alguna cosa por aquellas personas que tanto queria, y hasta llegó á temer que su padre se opusiera, nó obstante lo que la habia dicho Gil.

Cuando más sumida estaba en estas reflexiones, oyó chirriar los goznes de la puerta, y vió salir á Mayorini.

Gil de Mesa se habia quedado sin duda acompañando á Antonio Perez.

Francisco Mayorini atravesó el patio y se acercó á su hija, sin que el centinela le dirigiese la palabra, y se sentó en el mismo banco sin proferir una frase.

## CAPÍTULO IV.

## Un ángel de abnegacion.

Durante algunos segundos, padre é hija se miraron fijamente sin poder pronunciar ni una palabra, ahogados por la emocion; hasta que Mayorini, cogiendo la mano de su hija, la dijo profundamente conmovido:

—Hija mia, Gil de Mesa acaba de manifestarnos tu resolucion de ir á Madrid para presentarte al rey y pedirle nuestro perdon. No quiero impedirte con mi oposicion que ejecutes una accion buena; no quiero que el dia de mañana puedas decirme que por mi negativa sube á una horca nuestro amo y señor Antonio Perez, á quien tanto debemos. ¿Pero has considerado bien tu resolucion? ¿Sabes á lo que te expones?

—Señor, repuso la jóven, creo que sí.

—¿Y no tienes miedo?

—Soy hija vuestra, padre mio, replicó Leonor con cierta arrogancia; además, de ello depende vuestra vida, y os amo demasiado, señor; para no sacrificarme por conservárosla.

—Pues bien, partirás á Madrid acompañándote Gil de

Mesa, en quien confío como en mí mismo; pero antes quiero que conozcas todos los peligros á que te expones.

—Os escucho, señor.

—La maledicencia se va á fijar en tí clavándote su dardo emponzoñado; porque el vulgo no puede ver el fondo de ciertas acciones, y desconociendo todo aquello que se aparta de la marcha comun de la vida, las calumnia y bastardea. Eres jóven y bella, muy bella, Leonor mia, y los poderosos magnates que rodean el trono del rey, cuando conozcan tu mision, creerán, si la realizas, que la has comprado á costa de tu honra, y si no lo consigues, que sólo has querido hacer visible al rey, siendo tan sólo un pretexto tu amor filial y tu deseo de salvarnos. Como una de estas dos cosas ha de suceder infaliblemente, cuando se verifique te despreciarán y se separarán de tí con desprecio, y hasta es muy posible que trabajen por alejarte de Felipe II: aquellas personas á quienes haga sombra tu hermosura, y se atrevan á ver en tí otra princesa de Eboli en perspectiva.

—¡Ah! exclamó la jóven sonrojándose, eso es horrible, señor.... ¿no he de encontrar en la córte alguna persona que me proteja y que no vea en mí mas que á una hija desconsolada que va á pedir al rey la libertad y la vida de su padre?

—Puede ser, pero creo que no. Además, no es esto todo. El señor Antonio Perez tiene muchos y muy poderosos enemigos, que en cuanto conozcan tus pretensiones, tratarán de tenderte muchos lazos para que caigas, y trabajarán en el ánimo del rey para que desoiga tus ruegos y precipite el desenlace de la causa. Tendrás que luchar con ellos; y ¿cómo has de vencer tú, que no conoces la córte, que igno-



ras sus costumbres, su hipocresía, su doblez, su corrupción? Y no es esto todo, aún hay más, hija mía.

—¡Más, padre!

—Sí, hija mía.

—¡Oh! me estáis atormentando, replicó la jóven asustada; habíame decidido á emprender ese viaje en la creencia de sufrir algunos desengaños, pero la pintura que acabais de hacerme me hace dudar. ¡Ah! prosiguió la jóven con cierto temor, no prosigais, padre mio, por favor.... dejadme en la ignorancia. Quiero mejor conocer por mi propia experiencia esos peligros, que verlos venir, quitándome el valor que me hace tanta falta.

—Callaré, si así lo quieres. Por mi parte y poniendo mi confianza en Dios, sólo debo hacerte una última advertencia. Permanece pura y fuerte luchando hasta morir por conservar tu honor, prenda de más valía que nuestras vidas; y si no lo haces así, y por temor ó por seducción arrancas y destrozas la blanca corola que hoy ciñe tu frente, no vuelvas á Turuégano, no vuelvas á mis brazos, porque habrias muerto para tu padre. Acuérdate que eres hija de un hombre honrado, y sobre todo que eres española é italiana.

—Señor, replicó la jóven irguiendo altivamente su hermosa cabeza, miéntras que un ligero carmin teñía sus pálidas mejillas, me llamo Leonor de Mayorini, y.... soy cristiana. Si algun dia tienen vuestros temores algun fundamento, maldecidme.... y que Dios me maldiga tambien.

—El secretario de Perez sintió que una lágrima iba á deslizarse por sus mejillas, y avergonzado de su debilidad hizo un violento esfuerzo para dominarse y se levantó.

—Ven pues, dijo á la jóven, el señor Antonio Perez desea hablarte para darte algunas instrucciones. Gracias, hija querida, por la promesa que acabas de hacerme, porque ella me dice la fé que anima tu alma y la pureza de tu corazón. Si tus súplicas consiguen interesar á Felipe II y alcanzas nuestro perdon, habrás hecho tu fortuna, porque nuestro señor te deberá la vida, y es generoso con los que bien le sirven. Si nada consigues, y el hado cruel se cumple y quedas huérfana y sola, Dios no te abandonará, porque no has retrocedido ante ningun sacrificio por salvar á tu padre de una muerte ignominiosa. Ven, tu resolucion ha devuelto la vida al señor Perez. Confia ciegamente en la carta que va á entregarte para D. Felipe II y se cree ya salvado. ¡Ah! pobre caballero.... Dicen que ha sido muy culpable.... pero ¡cuántos otros más culpables que él y más indignos de ser considerados como hombres de honor, son respetados y queridos por la muchedumbre que los aclama y el rey que estrecha sus manos.

Y echando á andar penetró con su hija en la habitacion de Antonio Perez.

Este, que continuaba sentado en su sillón y conversando con Gil de Mesa, dándole sin duda instrucciones, cuando vió entrar á Leonor, fijó en ella sus ojos con una expresion indefinible, y por señas, porque la emocion le ahogaba, la mandó sentar á su lado.

La genovesa se sentó.

—Señor Antonio Perez, le dijo Mayorini, mi hija hace el sacrificio de presentarse á Felipe II para pedirle nuestra libertad, sin que la arredren los peligros de su comision. Como padre os suplico que la orienteis perfectamente, reco-

recomendándola á aquellas personas que aún os conservan algún aprecio en vuestra desgracia, y como hombre os ruego tambien que consideréis la grandeza del sacrificio, para que le agradezcáis como buen caballero. Ahora, si no os hago falta, me retiraré con Gil de Mesa, á quien tambien necesito hacer algunos encargos.

—Amigo mio, exclamó Antonio Perez, comprendo en todo su valor el sacrificio de tu hija, y no tenias necesidad de habérmeme recomendado, porque ya sabes cuánto vale para mí. Para tu tranquilidad debo manifestarte que Leonor irá á Madrid á hospedarse en casa de mi leal amigo el conde de Oñate, á quien recomendaré que su noble hermana sirva de guia á tu hija. Oñate hablará en su favor á Santoyo, el ayuda de cámara de Felipe II, y éste la presentará al rey. No temas. Nada le faltará á tu hija en Madrid, porque aunque soy pobre, añadió con dolorosa sonrisa, los pocos amigos que aún conservo no lo son, y á porfía se alegrarán de poderme servir en algo.

—Tanto mejor, dijo Mayorini tranquilizándose; mis mayores temores eran por el aislamiento en que suponía habia de encontrarse mi hija, pero ahora que veo no es así, no tengo ninguna objecion que hacer. ¡Dios la guie!

—Por mi parte, añadió Mesa, mi espada y mi brazo son un poco fuertes y oportunos. Antes de tocar un solo cabello de Doña Leonor, tendrán que matarme, y ¡por mi santo patron, que no se mata tan fácilmente á Gil de Mesa!

—Así lo espero, le dijo Mayorini; eres un hombre honrado, Gil, y confiamos en tu honor.

—Y puedes confiar, repuso Antonio; Gil de Mesa es brusco y grosero algunas veces, pero daría su vida por mí, y...

—¡Qué decís, señor! exclamó el antiguo soldado, ¡mi vida! No solamente daría mi vida, sino que creo también mi alma.... ¡Dios me perdone!

—Y decidme, señor Antonio Perez, añadió el genovés, nada hasta ahora hemos indicado al alcaide Bustillos, y si...

—Descuida y no temas nada, mi buen Mayorini. Bustillos desea servirme sin faltar á sus deberes, y como en esto nada se perjudica, no ha de oponerse.

—Pero habrá que hablarle.

—Eso sí. Hay que hablarle y enterarle del asunto.

Después de estas palabras retiráronse Mayorini y Gil de Mesa, y mientras los dos se paseaban por el patio del castillo, exigiendo el primero al segundo mil seguridades de que habia de proteger y defender á su hija, Antonio explicaba á Leonor cómo y de qué manera habia de gobernarse para conseguir sus pretensiones.

—Podeis marchar tranquila, señora, decía á la joven el antiguo secretario de Estado. En Madrid tengo yo algunos amigos á quienes os recomendaré para que os ayuden, y el conde de Oñate, sobre todo, en cuya casa podeis estar como al lado de vuestro padre, es un noble y leal anciano que os respetará y estimará como si fuérais su propia hija. El mismo Felipe II no es tan sombrío ni cruel como algunos le suponen. Déjase llevar con demasiada facilidad de los consejos de ciertas personas; pero estoy seguro que en cuanto os vea y se entere de vuestra comision, no diré que nos perdone, pero si tengo confianza en que nos hará justicia, y esto es lo único que deseo.

—Señor, dicen que el rey, á pesar de su avanzada edad...

—Nó... En algun tiempo era caprichoso y tenaz en sus amores; pero hoy... ya no es posible... ¿Quién os lo ha dicho, Leonor?

—Mi padre.

—¡Ah! Mayorini hace muchos años que no ha vuelto á ver al rey, y se le figura sin duda que este tiempo no ha trascurrido para el monarca español. Nó, nó, os lo aseguro, señora... podeis ir tranquila. El único peligro para vos, sería el encontraros en Madrid sola y sin amigos, y este peligro ya no existe. En el conde de Oñate encontrareis un padre cariñoso.

Y despues de un momento de vacilacion, añadió bajando la voz:

—No he querido señalaros como posada la casa en que habita mi esposa Doña Juana Coello.

—Y habeis hecho muy bien, exclamó estremeciéndose la genovesa; no habria aceptado, porque hubiera sufrido mucho. No se pueden pedir imposibles al corazon, Perez, prosiguió la joven conmovida. Aprecio á vuestra esposa, porque ningun daño me ha hecho; porque no es ella la causa de mi desgracia; pero vivir en su compañía, oirla hablar continuamente de vos, ver á vuestros hijos... y... sería un tormento insoportable... Ya sabeis que soy ingénua y que nunca he disfrazado mis sentimientos. Ya sabeis mi modo de pensar; puedo, pues, repetiros ahora lo que hace unos cuantos dias os dije: Perez, os amo todavía.

El secretario de Felipe II se estremeció lanzando un suspiro, miéntras que Leonor, triste, pero digna, le miraba de un modo extraño.

—¡Ah! perdonadme, exclamó Perez; cada vez que os

oigo esas terribles palabras que causan mi martirio, al mismo tiempo que mi felicidad, sufro horriblemente, porque quisiera poderos volver con mi vida la tranquilidad que os he arrebatado. Y ahora vuestra generosidad me abruma, me avergüenza.... El sacrificio que haceis por mí....

—Y por mi padre, señor, por mi padre, exclamó la genovesa interrumpiendo al prisionero.

—Pues bien, prosiguió éste, os suplico por lo que más ameis en el mundo, que no me recordeis mi conducta. Os lo suplico, Leonor.

—A veces el corazon impulsa al labio á proferir palabras que la mente no puede detener, sino despues de haberlas dicho. La confesion de mi amor ha brotado de mi alma al choque que ha sufrido al oir el nombre de vuestra esposa. ¿No conoceis, señor Antonio Perez, que Doña Juana Coello ha de ser mi enemiga, por más que no tenga motivos para quejarme de ella, y por más que conozca que es ella y no yo la que tiene derecho á vuestro cariño? ¿No conoceis que por noble que sea mi alma no podria vivir al lado de esa mujer, que es vuestra esposa, que es digna de vuestro afecto, que es una santa? ¡Oh! hay recuerdos horribles, y vuestras últimas frases han herido mi corazon como dardos emponzoñados. Pero no hablemos de esto, prosiguió lanzando un suspiro y apoyando su frente enardecida en su mano pequeña, blanca y torneada, no hablemos de esto, señor Perez, porque no ha sido para hablar de esto para lo que he venido á sentarme á vuestro lado. Explicadme lo que debo hacer para conseguir vuestro perdón y el de mi querido padre.

El prisionero, conmovido hondamente por el acento

desesperado y lúgubre de la pobre jóven, la miró en silencio por algunos momentos con una expresión indefinible, y despues la dijo con voz pausada y acento ligeramente convulsivo:

—Apénas llegueis á Madrid, Leonor, os dirigireis á la casa del conde de Oñate, á quien entregareis la carta que os daré. Le enseñareis la que destino al monarca, y le hablareis de mi asunto, rogándole interese tambien en mi obsequio á las cuatro ó cinco personas que aún me aprecian en la córte. El conde de Oñate os dirigirá ó presentará á Santoyo. Santoyo es el secretario privado y ayuda de cámara predilecto del rey Felipe. Es un hombre de bien, que no me aborrece y que ejerce en el ánimo de su real amo una influencia mucho mayor de lo que aparece á primera vista. Santoyo os presentará á Felipe II y hasta trabajará tambien en mi obsequio. Cuando esto suceda y os encontréis frente á frente del rey, ya nada puedo ni debo deciros, porque depende de vos. Rogad, suplicad.... Si el rey os rechaza, insistid y conseguireis que os atienda. Pero escuchadme bien, Leonor. Lo que más os recomiendo, y lo que ruego no olvidéis, es que nadie, absolutamente nadie mas que las personas que os he citado, tengan conocimiento de vuestras pretensiones, ni sepan siquiera cómo os llamais. De esto depende el éxito de vuestra noble comision. Si mis enemigos, principalmente los jueces de mi causa, saben á qué vais y averiguan dónde vivís, todo se ha perdido, porque son muy capaces de acelerar los procedimientos á fin de arrancar al rey una sentencia condenatoria ántes de que hayais podido interesarle en nuestro favor. Tratad de que Gil de Mesa no cometa en Madrid alguna imprudencia que pueda echarlo

á perder. Ya conocéis su carácter, se dejaría matar por mí, y si oye alguna cosa que pueda ofenderme, estoy seguro que, sin mirar los resultados, castigará al que los propague.

—Eso, señor Perez, corresponde á vos. Sois su amo y no

—No importa; os adora como á una santa, y sin perjuicio de lo que yo pueda decirle, estad siempre sobre aviso, habladle tambien.

—Lo haré, seguiré vuestras instrucciones. Ahora, prosiguió la jóven con infinita tristeza, ahora decidme cuándo quereis que marche.

—Lo más pronto posible, Leonor.

—Entónçes mañana mismo.

—¿Estais dispuesta?

—Nada tengo que disponer. Y vos, ¿teneis escritas esas cartas?

—La dirigida á Felipe II, sí; la que entregareis al conde de Oñate la escribiré hoy mismo.

—Entónçes nada tengo que añadir, á ménos que no tengais que hacerme algunas otras advertencias.

—Nada más que una, exclamó el prisionero fijando sus ojos tristes y apagados en el pálido rostro de la hija de Mayorini; ¿habeis meditado bien el paso que vais á dar?

—Sí.

—¿Conocéis los peligros de vuestro encargo?

—Todos.

—¿Y os sentís con valor para arrostrarlos?

—Si no fuera así, no me habria ofrecido.

—¿Sabeis que no podreis acallar las calumnias que llegarán á vuestros oídos?

—Sí.



—¿Que vais á jugar vuestra honra?

—¿Mi honra? exclamó Leonor irguiéndose altiva y mirando á Antonio Perez con fijeza, ¡mi honra habeis dicho, señor! Entónces:

—Perdonad, he dicho vuestra honra en vez de decir vuestra reputacion, lo cual no es esencialmente lo mismo. Si no alcanzais nuestro perdon, los cortesanos os acusarán de torpe; si lo conseguís, os creerán infamada.

—¡No os comprendo!

—Supondrán que habeis comprado nuestras vidas á costa de vuestra honra. Sois jóven y bella, y Felipe II, á pesar de su edad avanzada, tiene en amor las mismas ideas que en su juventud. ¿Comprendeis ahora?

—Sí, repuso Leonor lanzando un suspiro, comprendo.

—¿Y no retrocedéis?

—No.

—¡Dios mio! exclamó el antiguo secretario cruzando las manos en señal de gratitud.

—Quiere decir, prosiguió la italiana, que si consigo salvaros juntamente con mi pobre padre, los cortesanos me señalarán con el dedo, pero habré permanecido pura á los ojos de Dios, y mi conciencia estará tranquila. La calumnia no puede hacerme desistir; soy una jóven desconocida; apareceré en la corte como una cosa nueva; interesaré á algunos; se ocuparán de mí los ociosos palaciegos; creerán todo lo más infame que creer se puede, pero desapareceré luego, y como no he de volver á Madrid, concluirán por olvidarme. Además, la opinion del mundo, tantas veces equivocada, no puede afectarme. Preferiria, es verdad, no tener que sufrir ese tormento, pero ya que es inevitable, no retrocede-

ré ante él. Dios me ve, y Dios me juzgará. Esto es todo.

El prisionero lanzó una exclamacion de júbilo y quiso estrechar la mano de la jóven.

Leonor la retiró vivamente, y una lágrima asomó á sus pestañas.

Esta lágrima que Antonio vió, fué un nuevo aguijon para sus remordimientos. La palidez de su rostro se aumentó por algunos instantes, y no pudo hablar ni una palabra.

Despues se apretó la cabeza con sus dos manos, y lanzando un suspiro, que era más bien un sollozo, dijo á Leonor con la expresion del dolor más verdadero:

—Me estais asesinando, señora. Vuestra generosidad me abruma.... Vuestra noble abnegacion aumenta los terribles remordimientos que agitan mi alma desde que os conocí.... ¡Oh! Leonor mia, añadió tuteándola, soy un miserable, y Dios castiga mi soberbia y el abandono de mi conducta. Perdóname.... necesito tu perdon; dime que me quieres como á un amigo.... que te inspiro lástima, que no me aborreces.... dímelo.... Hace algunos años, otra mujer como tú, bella, noble, desgraciada, se arrojó á mis piés pidiéndome la vida de su prometido, y en vez de consolarla la rechacé con dureza, me negué á sus súplicas, me reí de su dolor, y aquella mujer me maldijo.... ¡Ah! Dios escuchó su anatema, y estoy maldito.... sí.... sí.... maldito.... Desde entónces mi fortuna se eclipsó; perdí el favor del rey, fui preso, confiscáronse mis bienes, y no he tenido mas que desgracias, no he sufrido mas que dolores, no he reido mas que una vez.... ¡Hace once años! En cambio aquella mujer ocupa una posicion brillante y es dichosa.... ¡Dios es justo!

—Sí, exclamó la jóven, ¡Dios es justo, Antonio!... Negaste á aquella mujer el perdon de su prometido (porque sin duda estaba su vida en tus manos), y fuiste bastante cruel para no concedérsele.... ¡Ah! ¡qué horrible es esto!

—Sí, muy horrible, pero tambien la expiacion es bien grande. Once años de tormentos es un castigo harto duro.

—Y sin embargo, esa terrible expiacion no ha podido tranquilizar vuestra conciencia.... ¿Y sabeis por qué? porque habeis continuado ultrajando la virtud ofendiendo á Dios, habeis sufrido, pero no os habeis arrepentido....

—¡Oh! juro por la vida de mis hijos, que hoy reconozco mis culpas y estoy arrepentido de ellas. Pero me falta tu perdon, Leonor querida. Concédemele y quedaré tranquilo.

—¡Mi perdon! ¿qué falta te hace? ¿acaso no te falta el de otras víctimas á quienes habrás ofendido más que á mí?

Antonio Perez inclinó la cabeza con amargo desaliento.

Leonor prosiguió con una dulzura que pénétraba hasta el alma:

—Te conocí, y te amé. Como nunca habia vivido en España, ignoraba que no eras libre. Mi padre jamás me habló de tu esposa, y tú, interesado en ocultármelo, te guardaste muy bien de decírmelo. De qué yo te amase no es tuya la culpa, pero llegó un dia en que me dijiste que tambien me amabas y....

—¡Oh! calla, calla, Leonor.

—Y me prometiste tu nombre el dia que salieras de Turuégano. Esa fué tu falta. Por algun tiempo viví dichosa.... creia en tí como en mí misma, hasta que te trasladaron á Madrid juntamente con mi padre. En Madrid supe la verdad, ¡qué horrible desengaño! Entónces pedí

fuerzas á Dios; conocí que era un delito amarte, que nada podía esperar, que habia sido engañada por tí, y esto fué lo que me causó mayor pena, saber que habias tratado de seducirme.

—Leonor! exclamó el prisionero con voz suplicante, calla... calla... esos recuerdos me abruma... Ten piedad de mí.

—Os compadezco, Antonio, prosiguió la jóven dejando ya de tutearle; las buenas y santas madres de mi convento de Roma me han enseñado á compadecer y perdonar al delincuente, y os perdono. Es la religión del Crucificado... ¡perdonar!

—Oh Dios mio! ¿me perdonais, Leonor?

—Sí.

—¿No me aborreceis?

—Nó.

—Oh! bendita seas....

Y el antiguo orgulloso secretario cogió las manos de la jóven, y á su pesar estampó en ellas un beso de gratitud, miéntras que de sus párpados se desprendian dos lágrimas amargas.

La hija de Mayorini cerró sus ojos para no verlas.

Hubo un largo y prolongado silencio, porque la emocion que sentian Antonio y la genovesa, era demasiado viva para que les permitiera hablar; pero al cabo, Leonor comprendió que debía retirarse para empezar los preparativos de su marcha, y se levantó.

Gil y Mayorini penetraron en la sala.

—Ven, ven, exclamó Antonio Perez dirigiéndose á su secretario, ven, amigo mio.... Tu hija ha resuelto marchar á

la córte mañana, y es preciso que hablemos algunos minutos. Entretanto, Gil, avisa al alcaide y dile que haga el favor de venir á verme; es preciso decirle algo.

—Sí, repuso Mayorini; Bustillos es un hombre razonable y no hay por qué ocultarle nuestros proyectos, de los cuales se alegrará mucho, porque como sabeis, no está muy satisfecho con tenernos aquí. Y tú, hija mia, prosiguió dirigiéndose á la jóven, ¿estás ya bien impuesta cómo has de cumplir tu santa obra?

—Sí, señor.

—¿Te ha explicado ya el señor Perez...

—Todo, padre mio.

—Ya la he dado mis instrucciones, y la he dicho que puede confiar en Gil de Mesa.

—Eso no hacía falta, repuso el antiguo soldado; aunque nada hubiéseis dicho, Doña Leonor sabe ya lo que valgo.

—Ya lo sé, dijo Antonio Perez, ya lo sé, amigo mio, pero quiero tambien otra cosa.

—¿De mí, señor?

—Sí.

—Pues hablad.

—Que sigas las instrucciones de Leonor sin apartarte de ellas, y sus consejos como si fueran míos.

—Lo haré.... ¿cómo no hacerlo si es una santa? repuso Gil entusiasmado con la abnegacion de la jóven.

—Gracias, Mesa, prosiguió Antonio, no esperaba ménos de tí, pero deseaba oírlo de tus labios; eres leal y darías tu vida por la mia, mas ahora no se trata de dar cuchilladas ni mandobles, y la prudencia es el arma que más debes emplear. Procura, pues, contener tus ímpetus guerreros, y

sobre todo tu genio rápido como el rayo; ya sabes que muchas veces el valor está en saber huir; no lo olvides.

—No lo olvidaré, señor.

—Calla y obra segun Leonor te manifieste. Con eso cumples, pues sólo eso exijo de tí.

—Así lo haré.

—Ahora ve á avisar á Bustillos. Dile que venga si le es posible, y si nó luego.

—Voy pues, señor.

Y Gil de Mesa, satisfecho porque en realidad la idea de aquel viaje era suya y esperaba mucho de él, salió de la estancia acariciando mil pensamientos halagüeños.

Leonor no tardó en acompañarle, despues de abrazar á Mayorini, por lo que éste quedó solo con su amo.

—Señor, dijo á Perez despues de un momento de silencio, creo que mi hija conseguirá el perdón que solicitamos del rey, pero si no es así y morimos, os suplico que no la olvideis recomendándola á vuestra esposa.

Antonio se sonrió lúgubrementemente.

—Amigo mio, dijo á Mayorini, haré todo cuanto pueda si llega ese caso, para que nada falte á tu hija, pero no será á mi esposa á quien la recomiende, porque mi pobre Juana, así como mis hijos, quedarán reducidos á la mayor miseria. Leonor será recomendada á mi amigo el conde de Oñate ó al marqués de los Velez, y cualquiera de los dos cumplirá mi último encargo como buenos.

El genovés lanzó un suspiro, miéntras Antonio Perez, agobiado por los tristes pensamientos que aquellas palabras habian despertado en su mente, inclinaba su cabeza murmurando una plegaria.

había, porque era evidentemente incompatible con su carácter dulce y bondadoso, y esperaba que cuando Antonio Pérez fuese puesto en libertad, le protegería colocándole en otro lugar mejor. Bustillos creía, como otras muchas personas, que Felipe II no le volvería a concederle, sino que por el contrario, después de cubrirle las obligaciones, le absorbería volviendo á colocarle en su oficina. Haciendo esto así, el alcaide esperaba fundadas

#### La despedida.

Hemos dicho ya, si mal no recordamos, que el alcaide Bustillos era lo que se llama un hombre de bien. Enterado por Pérez y Mayorini del viaje de Leonor á la corte, para implorar del rey el perdón de los prisioneros, no tuvo inconveniente en acceder á ello, toda vez que no se le había prohibido que los presos recibiesen visitas ni escribiesen ni admitiesen cartas. Muy por el contrario, Bustillos, que para todo había nacido, como suele decirse, ménos para alcaide, estaba deseando que el rey pusiera en libertad á los dos presos, pues el pobre hombre se aterraba cuando consideraba la responsabilidad que pesaba sobre él. Por esto mismo, si bien no descuidaba todas aquellas medidas que le parecían convenientes para la seguridad de sus prisioneros, no escaseaba tampoco ninguna de aquellas que tendiesen á mejorar la situación de los cautivos, creyendo cándidamente que cuanto mejor los tratara, ménos tratarían de fugarse. Además (y esto ya lo hemos indicado también), Bustillos no estaba muy satisfecho con el destino que desempe-

ñaba, porque era ciertamente incompatible con su carácter dulce y bondadoso, y esperaba que cuando Antonio Perez fuese puesto en libertad, le protegeria colocándole en otro mejor. Bustillos creia, como otras muchísimas personas, que Felipe II no llevaria la causa de Perez al extremo de condenarle, sino que por el contrario, despues de cubrir las apariencias, le absolveria volviendo á colocarle en su secretaria. Sucediendo esto así, el alcaide esperaba fundadamente, que cuanto más generoso fuera con el prisionero, más méritos adquiriria á su gratitud; y algunas palabras sueltas del astuto y suspicaz Mayorini, que llegó á comprender el alcaide, acabaron por convencer á éste de lo útil que le seria mostrarse bondadoso con sus prisioneros. Además, Turuégano no era Madrid, y si en la cárcel de Madrid los encargados de la custodia de Antonio Perez tenian que cumplir al pié de la letra las órdenes que recibian, en Turuégano, lejos de la corte y sin testigos de vista directamente interesados en el castigo de Antonio Perez, bien podia el alcaide ejecutar, con las modificaciones que le parecieran mejor para sus particulares fines, tanto las órdenes que recibia de Felipe II, como las que le enviaban Mateo Vázquez y Juan Gomez, jueces encargados del proceso.

Gracias á estas circunstancias, la prision de Antonio Perez y Mayorini no era tan rigurosa como debiera serlo, pudiendo tener todas aquellas distracciones compatibles con su seguridad.

Bustillos, pues, no tuyo reparo en acceder al viaje de Leonor, y sólo su codicia le obligó á exigir que durante la ausencia de la jóven le habian de pagar su pupilaje como si continuase en el castillo, pretextando que contaba ya con



aquella suma para sus gastos, y si le faltabase veria *apurada-  
dillo*. Mayorini accedió como debemos suponer á esta exi-  
gencia, y el alcaide se dió por satisfecho.

Antonio Pérez escribió, ó por mejor decir dictó á Mayo-  
rini la carta que Leonor habia de entregar al conde de  
Oñate, en la cual, despues de recomendarle á la jóven, le  
suplicaba que hablase á sus amigos.

Escrita esta carta, y dispuesta tambien la destinada  
para el rey, que no traseribimos por éxtensa, ya niada fal-  
taba para el viaje; y con efecto, habiéndose encargado Gil  
de Mesa de buscar el coche que habia de conducirlos, al  
siguiente dia todo estaba ya preparado para la marcha.

Con la esperanza de aquel viaje, Pérez se despertó algo  
más animado, y cuando se hubo vestido, encontró á Mayo-  
rini que estaba conversando con su hija.

Con efecto, el pobre padre daba á Leonor sus últimas  
instrucciones y consejos, esos consejos que sólo pueden  
dar los padres, porque sólo ellos preven los mil y mil pe-  
ligros que pueden asaltar á los hijos que por primera vez se  
separan de su lado.

Leonor estaba conmovida, pero no lloraba. Conociáse que  
hacia todo lo posible para demostrar una serenidad que es-  
taba bien léjos de sentir, sin duda para no aumentar el  
dolor de su padre.

Cuando la jóven vió á Pérez salir de la alcoba, sintió  
un estremecimiento semejante al que debe experimen-  
tar el condenado á la última pena con la vista del ver-  
dugo; pero noble y generosa, forzó á sus labios que di-  
bujasen una sonrisa, y éxtendió su mano al prisionero.

Delante de su padre, Leonor trataba á Pérez con afec-

tuosa deferencia, no demostrando en nada que tenia de él tantos y tan fundados motivos de disgusto.

Al sentir Perez el contacto de aquella mano blanca y torneada, se estremeció, pero no de amor, sino de remordimientos; y ocupando su sillón de madera dió los buenos días á Mayorini y á la jóven.

—Señor Perez, le dijo ésta despues de algunas frases insignificantes, el coche ya está dispuesto, y sólo esperaba despedirme de vos. No quiero perder ni una hora, pues anhelo vivamente saber el resultado de mi viaje. Mesa está arreglando el equipaje. ¿Teneis, pues, que hacerme alguna última advertencia?

—Nó, le dijo Antonio conmovido; creo que todo lo hemos hablado. Ahora sólo hace falta felicidad y prudencia.

—En cuanto á lo segundo, confiad en mi; respecto á lo primero, rogad á Dios.

—Sí, añadió Mayorini, sólo Dios puede salvarnos, y únicamente á él debemos orar para que te proteja, hija mia.

Y levantándose, hincó una rodilla en tierra y pronunció una corta oracion, miéntras que Antonio y la jóven oraban tambien en silencio.

Poco despues penetró Gil de Mesa en la estancia.

La curtida y salvaje fisionomia del antiguo soldado expresaba en aquel momento una vaga tristeza, tanto más notable, cuanto que no acostumbraba á revelar en su rostro los sentimientos de su corazón; por lo que Perez, lleno de gratitud por aquella prueba muda de afecto, que era mas grande que el discurso mejor pronunciado, le dijo:

—Mi buen Gil, siempre te he tenido por un servidor leal, y en este momento me cabe la satisfaccion de que vas á

darme la mejor prueba de tu adhesión á mi persona. Espero que tu comportamiento con Doña Leonor será digno de tí.

—¡Ah! señor, os juro que....

—No jures, te creo. Ahora hablemos de otra cosa. ¿Lo has arreglado todo?

—Todo, señor.

—¿Está dispuesto el carruaje?

—Y esperando tambien.

—¿Recuerdas todas mis instrucciones?

—Sí, señor.

—¿Y mis consejos?

—Mejor que las instrucciones.

—De manera que puedo confiar tranquilo....

—Ya sabeis lo que valgo, señor.

—Amigo Gil, exclamó Mayorini, te entrego lo que más quiero en el mundo.... á mi hija.... Sé para ella, un padre, miéntras esté separada de mí, y defiéndela de todos los peligros.... confio en tí y no creo engañarme.

—Señor Mayorini, repuso Gil de Mesa con acento grave, comprendo el valor de mi comision y estad seguro que la cumpliré. Nadie se atreverá á tocar ni á un cabello de Doña Leonor sin que tenga necesidad de conocerme. Debo decir lo que he dicho al señor Perez. Ya sabeis lo que valgo.

—Marchad pues, exclamó Antonio con voz conmovida; cada minuto que anticipeis vuestro viaje, es una probabilidad más de buen éxito. Partid.

Y levantándose estrechó la mano de Leonor, que ésta le habia alargado profundamente afectada, y despues las de Gil de Mesa, miéntras que la jóven, abrazada á su padre, lloraba amargamente.

Mayorini dejó por algunos minutos que corrieran las lágrimas, y después trató de animarla, lo que consiguió al fin, no sin trabajo.

Entonces y para no prolongar el dolor de la despedida, la jóven se desprendió rápidamente de los brazos de su padre, saliendo fuera y sollozando amargamente, lo que visto por Gil, se inclinó ante Perez y Mayorini, saliendo también precipitadamente.

—Hasta la vista, mis buenos señores, exclamó al tiempo de desaparecer.

El antiguo secretario de Estado permanecía con la frente inclinada, no atreviéndose a mirar a su amigo, anonadado de dolor, porque con efecto, Mayorini, sentado en uno de los sillones de madera, tenia también la cabeza inclinada, pero humedeciendo con sus lágrimas las manos, que tenia cruzadas sobre sus rodillas.

Aquellas lágrimas en el rostro tostado y varonil del genovés, causaron en Antonio Perez mayor emoción que la de la misma despedida, y no atreviéndose a romper su silencio, continuó inmóvil, pálido y frío.

Entretanto Leonor y Gil se despedían también del honrado alcaide y su esposa, los cuales les acompañaron hasta el estribo del coche, no sin lágrimas en los ojos, porque Leonor había sabido captarse su afecto, y aquellas buenas gentes la querían como si fuera hija suya.

Leonor, pues, se colocó en el carruaje, y Gil enfrente de ella, risueño y confiado en el buen resultado de su misión, y decidido, para cumplir la palabra que habia dado a Mayorini, a servir a la jóven de protector, de guia y de escudero.

Como sucede en estos casos, Antonio se acordaba de haber escorrajado y bebido aquel viaje, y no se atrevía á hablar de él ni una palabra; y Mayorini, presagando una terrible desgracia, se reprochaba haber dejado á su hija á Madrid en solitud de un parvulo. Y

### CAPÍTULO VI. Una visita ilustre.

La situación por lo tanto, de nuestros dos amigos era in-  
bubablemente violenta y triste, cuando el alcaide anunció

Veinte dias despues de la marcha de Leonor y Gil del castillo y á eso de las doce del dia, acababan los dos prisioneros del comer, ó por mejor decir de sentarse á la mesa, cuando el alcaide anunció con misterio á Perez que habia llegado al castillo una señora acompañada de un caballero.

Mayorini, que era prudente, para dejar sólo á su señor pretextó querer dar un pequeño paseo por el patio acompañado del alcaide, y se marchó con él. Él pues durante su estancia no Hemos dicho que Antonio y el genovés acababan de sentarse á la mesa, pero que no habian probado bocado, porque la mala estrella que parecia perseguir al antiguo favorito de Felipe II, no le habia abandonado aún.

Poco despues la punta de la tarde, cuando ya se iba á caer el día, con efecto, desde el dia en que salieron del castillo Leonor y Gil de Mesa, no habian recibido ninguna carta suya, y su silencio comenzaba á alarmar á nuestros dos personajes.

Veinte dias sin saber nada, era más que suficiente para inspirarles fundados temores, y durante aquel tiempo una lenta agonía se habia apoderado de los dos cautivos.

Como sucede en estos casos, Antonio se acusaba de haber aconsejado y decidido aquel viaje, y no se atrevía á hablar de él ni una palabra; y Mayorini, presagiando una terrible desgracia, se reprochaba haber dejado ir á su hija á Madrid en solicitud de un perdon imposible. Ya entónces parecia al genovés expuesto y absurdo lo que hacía unos dias se le habia figurado posible y nada arriesgado, porque aguijoneado por su temor, no hacía más que calcular cuál podia ser la causa de aquel largo y extraño silencio.

La situación, por lo tanto, de nuestros dos amigos era indudablemente violenta y triste, cuando el alcaide anunció á Pérez que una señora y un caballero querian hablarle, si esto les era permitido.

Por las razones que hemos expuesto otras veces, Bústillos no tuvo inconveniente en dejar entrar en el castillo á las personas que deseaban ver al prisionero, y á este fin pasó á anunciarles la visita.

El secretario, acostumbrado á que nadie se acordara de él, pues durante su estancia en Turuégano no habia recibido carta de ningun amigo, acogió aquella noticia con cierto asombro, pero mandó introducir en su estancia á las dos personas que iban á verle.

Poco despues la puerta se abrió, dejando paso al alcaide, que acompañaba á una dama encubierta y á un caballero, los cuales presentó á Perez retirándose en séguida.

Entónces la dama se levantó el velo, haciendo retroceder á Antonio como si hubiese sido un fantasma.

Era Blanca de Lanuza.

—¡Dios mío! exclamó el infeliz, no dando crédito á lo que veian sus ojos, pues á pesar de hacer ónce años que no

habia visto á la hermana de Lanuza, la reconoció en seguida; ¡Dios mio! ¡Blanca! ¡vos aquí! ¡y tú tambien! ¡Juan! ¡es un sueño! ¡es una quimera de la mente! ¡es un delirio del deseo! ¡Dios mio! ¡hablad, hablad...! ¿sois fantasmas ó realidades?... ¿qué es lo que me sucede? ¿á qué habeis venido? ¿qué deseais de mí?

Y este cúmulo de preguntas inconexas, dichas con un acento verdaderamente extraviado, demostraba más que nada el delirio de Antonio Perez.

Pero Blanca y Juan de Lanuza, conmovidos hondamente con el espectáculo del desgraciado, y más aún por el terrible contraste que se veia en él, se le aproximaron, y mientras Lanuza estrechaba su mano derecha, la reina de Hungría estrechaba la izquierda procurando dominar su emocion.

—Animo, hermano mio, le dijo Lanuza afablemente, ¿qué tiene de particular que venga á verte mi hermana Blanca? ¿acaso crees que te ha olvidado por completo? Ella, tan buena y noble, ¿no habia de tener para su antiguo amigo una palabra de amistad?

—Sí, Antonio, prosiguió la reina de Hungría, me habeis juzgado injustamente, si lo habeis creido así. He venido á España y he querido veros para consolaros.

—¡Para consolarme! ¡vos, señora!

—¿Y qué? ¿tiene esto algo de inverosímil para que así excite vuestra admiracion? ¡Ah! sin duda vos no habríais hecho lo mismo, y por eso os extraña mi conducta. Y acercándose al prisionero, que se habia dejado caer sobre su sillón, añadió con voz más cariñosa todavía:

—Amigo mio, olvidemos todo lo pasado, y medítad sólo

en el presente. No quiero acordarme de vuestra conducta. Yo os he perdonado hace ya mucho tiempo, y no había de venir á insultar vuestro dolor. Además, Dios ha sido justo conmigo; en premio de mi constancia y de mis pasados sufrimientos, me ha dado toda la felicidad que mi mente podía concebir, y esposa de un hombre á quien adoró con toda mi alma, madre de un ángel, y reina de un pueblo noble y valiente, no puedo ambicionar absolutamente nada, porque lo he conseguido todo. Debo, pues, trabajar para que ninguno de mis amigos sea desgraciado; así como el poderoso debe socorrer al miserable, también el feliz debe consolar al triste: la felicidad es una inmensa riqueza moral, y hay también que ceder algo de ella; vos sufrís, sufrís mucho, Antonio. Estáis desconocido como si hubiéseis vivido cuarenta años, nada conservais de vuestra pasada grandeza, y debo consolaros, ayudaros y protegeros.

—¡Protegerme!

—Sí, Antonio, ya me conocéis; en el fondo soy siempre la misma, la misma Blanca de Lanuza que tantas veces jugó con vos en el encantador castillo de Ambeler. Si yo no pudiera protegeros, creedme, no vendría á deciroslo, no vendría á engañaros, no; quiero protegeros, porque necesitáis proteccion, y sobre todo porque mi proteccion puede seros muy útil.

—¿Qué decís!

—Lo que oyes, hermano mío, exclamó Juan; Blanca tiene con D. Felipe II una influencia poderosísima, y no hay en España otra persona que más pueda alcanzar del rey. Por eso ha venido, ó por mejor decir, por eso hemos venido. Ya sabes lo que muchas veces te he manifestado; si



puedes escaparte de aquí, huye á Aragon. Mi padre está decidido á protegerte, y no dudes que serás juzgado con arreglo á las leyes ejemplares de nuestro reino. Pero creo, hermano mio, que no habrá necesidad de recurrir á ese extremo, siempre peligroso, porque es tanta la influencia de Blanca con Felipe II, que estoy en la convicción de que consigues tu libertad.

—¿Tanto es vuestro poder, señora?

La reina de Hungría se sonrió dulcemente.

—Creo que sí, Antonio, dijo al prisionero; mi viaje á España tiene dos objetos, pero no es el principal el deseo de ver á mi querida familia. A vos puedo revelárosle, persuadida de que á nadie descubriréis lo que voy á deciros, y lo cual hago para demostraros las probabilidades que tengo de conseguir vuestro perdón. Felipe II quiere casar á la infanta Isabel Clara con el rey de Francia, y yo quiero casarla con mi sobrino, el hijo segundo del emperador Rodolfo. Este enlace, que yo considero más ventajoso que el proyectado por el rey, tiene también la ventaja de que favorece y está en armonía con las inclinaciones y esperanzas amorosas de los dos jóvenes. Pensó convencer á Felipe II, y creo volver á Hungría quizás verificado ya el enlace. El monarca español me ha honrado más de una vez pidiéndome consejo en las árdidas cuestiones políticas que se agitan y se han agitado desde que estais fuera de la corte, y podéis comprender por lo mismo si Felipe III se atreverá á negarme nada.

Estas palabras, pronunciadas con la más profunda convicción, llenaron de una esperanza tan dulce el corazón de Antonio Perez, que no pudiendo contener su emoción cayó

de rodillas y sollozando á los piés de la hermosa reina.

—¡Oh! ¡perdon, perdon! Alma noble y generosa, que tan mal conocí en los dias de mi orgullo, perdonad á este desgraciado que sólo ve en lontananza la muerte afrentosa de un patíbulo, y que vive hace diez años de prision en prision, de tormento en tormento, de agonía en agonía. He sido un miserable, un hombre malo. Reíme de la conciencia creyendo haber sujetado la fortuna, y desprecié la voz del cielo por sostener mi ambicion y libertinaje. ¡Perdon, Blanca! Decidme que me perdonais, y quedaré satisfecho. No deseo vivir; la vida que me espera es demasiado horrible para poderla desear, pero al salvarme salvais á mi familia, á mi mujer, á mis hijos, víctimas inocentes del odio de Felipe II.

—Levantaos, no es ese el puesto que os corresponde, levantaos y escuchadme hasta el fin; hablemos tranquilamente.

Antonio Perez se levantó, sentándose en el sillón, en el cual se dejó caer, miéntras Blanca ocupó el otro asiento con una graciosa y triste sonrisa al compararle con los cómodos y elegantes muebles de su palacio de Buda.

El esposo de Constanza ocupó el taburete.

—Como conozco á Felipe II, prosiguió Blanca, ya sé cómo y cuándo le he de pedir vuestro perdon, y no temais que le recuerde nada que pueda ofenderos. Si os digo esto, es para que os tranquiliceis y procureis dominar la inquietud que os devora, resignándoos por unos cuantos dias á saber el resultado de mis gestiones. Para esto y á fin de no demorar vuestra alegría, yo misma os enviaré un propio con el perdon ó las noticias que pueda adquirir. Animaos pues; si

Felipe II os perdona y se niega á volveros á recibir á su servicio, seguid mi consejo, dejad la España y marchad con vuestra familia á Francfort ó á Buda. En mi córte seréis considerado como lo que sois, y mi esposo tendrá mucho gusto en abrazaros. Dejad el servicio del rey. Mucho le habeis ofendido, pero es aún mayor que vuestra traicion la ingratitud de su conducta. Vuestra familia necesita de vuestros cuidados; teneis ya hijos grandes que debéis educar por vos mismo, y si Dios en su infinita bondad os salva de este temible trance, abandonad para siempre la política, que no os ha proporcionado más que sinsabores.

—Señora, exclamó el prisionero meneando la cabeza en señal de duda, es demasiado hermoso el porvenir que me habeis trazado para que pueda confiar en él; Dios se ha cansado de mí, y me castiga... Al principio de mi desgracia queria hasta rebelarme contra él; hoy estoy resignado y dispuesto á sufrirlo todo. Sólo lo siento por mis hijos, víctimas inocentes de mis iniquidades.

—Vuestros hijos no necesitarán de nada, así como vuestra esposa. Si desgraciadamente nada pudiera conseguir, ya sabeis que á la muerte de nuestro querido padre mi hermano Lanuza heredará el justiciazgo de Aragon, y bajo sus leyes protectoras, vuestra familia podrá vivir tranquila. Pero no hablemos de eso, Antonio, ya os he dicho que tengo seguridad de conseguir vuestro perdon, y lo conseguiré. Esperad.

—¡Oh! exclamó el desgraciado, si pudiérais conseguir mi perdon os deberia, Blanca, más que la vida, porque os deberia la honra y la de mis hijos. Pero, añadió sonriéndose tristemente, ¿no os parece un sarcasmo horrible de la suerte

que vos, á quien tanto ofendí, ocupeis un trono; mientras que yo haya descendido casi de sus gradas al húmedo pavimento de una prision y al lecho horrible del potro? ¡He sufrido el tormento, Blanca!... ¡el tormento!...

—Todo lo sé, exclamó la reina de Hungría; vuestra hermana y mi hermano me han participado lo que habeis sufrido; y dolíme mucho de vuestra situacion, decidiéndome á libraros de ella desde el momento en que concebí la idea de venir á España.

—¡Cuán buena sois!

—Nó, Antonio; quizás hay en mi bondad mucha parte de egoismo. ¡Es tanta la dicha que me proporciona hacer bien, que por disfrutarla ejecuto todo cuanto hago!

—¡Ah! noble y santo egoismo.

—Y bien, prosiguió la esposa de Fernando, creo, si mal no recuerdo, que se hallaba preso con vos vuestro secretario Francisco Vazquez Mayorini, y como á ese tambien ha de alcanzar la gracia que os otorgué el monarca, deseo saber si vive todavía. ¿En dónde se halla?

—Aquí mismo.

—¿Cómo aquí mismo, hermano? exclamó Lanuza; ¿por ventura Felipe II te le ha dejado por compañero?

—Sí.

—¿Y cómo no está?

—Ha salido cuando habeis llegado, Blanca; pero es mucho mejor que no sepa vuestros proyectos.

—¿Y por qué?

—¡Ah! la desgracia nos persigue.

—No te comprendo, hermano mio.

—Escucha, Juan, y vos tambien, Blanca... oidme, y

juzgareis si tengo razon para expresarme de este modo. El proceso que se nos ha formado está próximo á terminar, y segun noticias adquiridas por algunos amigos, el desenlace es horrible.

—¡Dios mio! ¿acaso la muerte? exclamó Blanca aterrada.

—Sí, la muerte.

—¡Oh! es preciso salvaros, y os salvaré. Proseguid, Antonio, proseguid.

Antonio continuó: Y—

—Al saber estas noticias Mayorini y yo, pensamos enviar á Zaragoza á Gil de Mesa, que es uno de mis fieles criados y el único que me ha seguido en la desgracia, con el objeto, como ya te he dicho otras veces, de pedir el beneficio de la *manifestacion*.

—Que desde luego te concederá mi padre, hermano mio.

—Sí, exclamó Blanca gravemente; pero si Felipe II quiere vengarse, no dejaria de atropellar por todo para conseguirlo.

—¡Oh! no se atreveria, querida hermana.

—Sí; no conoces al rey. Pero continuad; prosiguió dirigiéndose al prisionero; seguid lo que estais narrando.

—Pues bien, señora, continuó Antonio Pérez, como la fuga es siempre peligrosa y comprometida, decidimos Mayorini y yo no recurrir á ella sino en un último extremo, y antes pensamos escribir al rey una carta, suplicándole que no consintiera en el proceso las ilegalidades de que está plagado, y que nos concediera la libertad, aunque fuera con algunas restricciones. Esta carta, para que llegase á manos del rey era preciso que la llevase á Madrid una persona interesada por nosotros y que pudiese hablar personalmente

con Felipe II. Tanto Mayorini como yo teníamos fundadas esperanzas en esta carta, mucho más cuando se ofreció á llevarla y ver al rey la hija de Mayorini, noble y encantadora jóven de veinte años. Ahora bien, amigos míos, Mayorini accedió al viaje de su hija, que salió acompañada de Gil de Mesa, y hace más de veinte dias que nada hemos vuelto á saber. Tememos una desgracia, y el pobre padre está desesperado.

—Y con razon, exclamó Lanuza; creo que ha sido una imprudencia ese viaje, y si algo ha sucedido á Doña Leonor, tuya será la culpa.

—Con efecto, añadió Blanca, esa determinacion no ha sido muy razonable. ¿Pero ese Gil de Mesa es hombre de confianza?

—Ciertamente.

—¿No es posible dudar de él?

—Nó, señora. Quiero á Leonor tanto como su mismo padre.

—¿Y tú, prosiguió Lanuza, tú que conoces al rey te has atrevido á consentir que esa pobre jóven se presente á él? ¿No sabes que Felipe II es siempre el mismo?

—¿Qué dices! gritó Pérez aterrado, ¿acaso sospechas que Felipe II se haya atrevido á retener á Leonor?

—Es posible, si es bella y jóven.

—¡Oh Dios mio! si esto fuera verdad, su desgraciado padre me maldeciría, porque fué mia la idea de ese viaje.

—Vamos, vamos, prosiguió Blanca, afortunadamente ántes de seis dias pienso estar en Madrid, y yo trataré de averiguar lo que ha sido de esa jóven, que desde este mo-

mento queda bajo mi proteccion. Ya sé cómo se llama, y si supiérais á dónde se ha hospedado....

—En el palacio de Oñate, á quien se la recomendé para que por mediacion suya y de su amigo Sebastian de Santoyo, consiguiese del rey una audiencia.

—Entónces, si tan noble caballero ha recibido en su casa á Doña Leonor, tranquilizate, hermano, porque habrá sabido defenderla.

—¿Lo crees así, mi querido Juan?

—Ciertamente.

—¡Ah! tú me animas, y es preciso que se lo manifiestes así á su pobre padre.

—Puedes decirle que venga.

—Antes, respondió, Perez, á otra pregunta, dijo la reina de Hungría; vuestra esposa Doña Juana Coello, ¿se encuentra actualmente en Madrid?

—Sí, señora.

—¿Libre?

—Sí, por la misericordia de Dios.

—¿Y os alegraríais de poder verla?

—¡Oh! soy demasiado culpable para desear esa dicha. ¡Ya sabeis, Blanca.... cuán infame he sido para esa pobre mujer!

—No hablemos de eso, repuso la hermana de Lanuza con un acento encantador; ya os he dicho que es preciso echar un velo sobre todo lo pasado. Creo que la desgracia os ha hecho despertar de vuestro culpable indiferentismo, y que hoy sois otro hombre; lo creo así: si me equivoco, Dios juzgará en su día. Por mi parte no quiero ni pretendo escudriñar vuestra conciencia, me basta con lo que os he oído.

—Os juro....

—No jureis, Antonio. Los juramentos siempre son inconvenientes. Pues bien, si es que deseais abrazarla, trataré de verla y de alcanzar permiso para que venga á visitaros. Esto lo creo bastante fácil, ¿qué te parece, Juan?

—Que si te empeñas es negocio hecho.  
Blanca se sonrió.

—¿Y por qué no ha venido Constanza? preguntó Antonio á Lanuza.

—Por varias razones: la primera, porque yo he venido casi de incógnito, pues tengo en Zaragoza un enemigo, que estoy seguro explotaría esta visita tratando de hacer ver al rey que tanto yo como mi padre, pretendemos sacarte de la prision; y la segunda, que Blanca ha venido acompañada de su sobrino el archiduque Alberto y una pequeña servidumbre, los cuales se han quedado en mi Torre, y Constanza no podia ni debia haber dejado solos á tan ilustres huéspedes. No dudes por lo tanto del cariño de tu hermana, que no te olvida ni un momento, y sabe que todos trabajamos en tu favor para sacarte de tu triste estado. Ahora, con la influencia de mi hermana veo casi seguro tu triunfo; pero si esto no fuera así, en nombre de mi padre te autorizo á que huyas á Zaragoza, para acogerte al beneficio de la manifestacion que de derecho te pertenece.

—¡Ah! y eso tal vez te produciria algun perjuicio.

—No importa. El cumplimiento de los deberes no siempre es fácil y cómodo; pero mi padre y yo cumpliremos los nuestros. Ahora, si á mi hermana le parece conveniente, avisa á Mayorini, pues debemos partir en seguida.

—Tan pronto.

—Sí. Blanca no puede detenerse mucho en Zaragoza, y



no es justo prive á nuestros muy queridos padres del gusto de tenerla á su lado durante su permanencia en Aragon.

—¡Ah! es verdad, murmuró Perez lanzando un suspiro.

Despues dió tres palmadas, y el alcaide Bustillos se presentó en la puerta.

—¿Mandais algo, señor Perez?

—Si; decid á Mayorini que desea verle esta señora.

Poco despues, el genovés besaba agradecido la mano de Blanca, al saber que iba á buscar á su hija y á declararse su protectora, olvidando en su alegría el pobre padre su propio asunto, preocupado hondamente con la suerte de su querida Leonor.

Despues que Blanca con su dulce y angelical bondad hubo tranquilizado nuevamente á Perez y á Mayorini, salió de la prision acompañada de su hermano, no sin que se desprendiese una lágrima de sus hermosos ojos, al estrechar la mano del pobre prisionero.

El alcaide acompañó á los dos ilustres viajeros hasta el coche, y ya en él, Blanca le entregó un pequeño bolsillo lleno de oro, encargándole tuviese con sus prisioneros todos los cuidados y atenciones compatibles con su seguridad, lo cual ofreció Bustillos loco de alegría y gratitud, mirando asombrado á aquella señora que tan generosamente gratificaba su buena disposicion para con los encarcelados.

El carruaje partió por fin, miéntras Mayorini y Antonio Perez, de rodillas delante del crucifijo, oraban juntos y en silencio por la noble reina de Hungría.

---

## CAPÍTULO VII.

### Malas noticias.

El mismo día que Blanca de Lanuza y su hermano Juan salieron del castillo de Turuégano, dejando consolados á los dos prisioneros, Gil de Mesa llegó á él anhelante y cubierto de polvo.

El mismo alcaide Bustillos se alarmó al verle de aquella manera, y salió apresurado á recibirle.

—¿Qué hay, señor Gil? le dijo; ¿y Doña Leonor? ¿cómo la habeis dejado sola en la córte?

—¡Ah! señor Bustillos, exclamó el antiguo soldado con voz ronca por la cólera, una horrible desgracia es la causa de mi vuelta.

—¿Cómo! ¿ha muerto Doña Leonor?

—No ha muerto, y quizás fuera mejor, señor Bustillos.

—¿Qué decis!

—Nada, nada, dejadme ver á mis amos, porque si disponen que vuelva á Madrid, quiero marcharme en seguida.

Y separándose de Bustillos, penetró en la habitacion de Perez y Mayorini.

Los dos prisioneros se hallaban todavía ofuscados con la visita de Juan y Blanca, y no acertaban á darse cuenta de ella.

Perez sobre todo, no podia olvidar la altura á que la suerte habia elevado á su antigua prometida, y comparaba su estado con el de ella, dominado por una vaga envidia que no le era posible vencer. Miétras él durante aquellos once años no habia sufrido más que dolores y tormentos, Blanca habia experimentado todos los goces de la vida; en tanto que él habia perdido su juventud y la arrogancia de su figura, Blanca habia ganado pareciendo más hermosa. El contraste no podia ser más terrible, el sarcasmo de la fortuna más completo.

En cuanto á Mayorini, aunque abundaba tambien en las ideas de su señor, sentíase más propenso á la gratitud, porque Blanca le habia ofrecido proteger á su hija, y esperaba que cumpliera su promesa salvando quizás á la pobre jóven del mayor de los peligros.

Cuando Gil de Mesa se presentó á los dos prisioneros, lanzaron un grito de terror al verle aparecer solo y al leer en su fisonomía la expresion del dolor y de la cólera.

Antonio, sin fuerzas para preguntar nada, se dejó caer aterrado en el sillón, pero Mayorini se precipitó al encuentro del leal criado, exclamando anhelosamente:

—¡Dios mio! ¡tú aquí y sin mi hija! ¿qué has hecho de mi hija? ¿dónde está mi hija?

—Señor, dejadme, dejadme respirar.... estoy muerto de cansancio.

—¿Pero y mi hija?

—Buena, señor.

—¿No ha muerto?

—Nó.

—¡Ah! gritó el pobre padre cruzando las manos sobre el pecho.

Perez se sintió volver á la vida al oír aquellas palabras, y se incorporó pasándose la mano por la frente.

—Gil, mi buen Gil, dijo á Mesa, tu aparicion nos ha aterrado, y aun cuando nos aseguras que Leonor no ha muerto, deseamos que nos expliques á qué y por qué has venido; ¿qué nuevas desgracias nos amagan?

—Mis buenos señores, exclamó Mesa, Doña Leonor no ha muerto, porque si hubiese ocurrido así, tambien habria muerto yo con ella; pero está presa, señor Perez, presa en poder del tigre que la devorará.

—¡El rey! murmuró Antonio palideciendo.

—Sí, el rey, que está loco de amor, segun he sabido; delirante de pasion por su hermosura.

—¡Dios de bondad! gritó Mayorini, ¿por qué no ha muerto mi hija? Era preferible la muerte... sí... preferible á la deshonra.

—Tranquilizaos, repuso Antonio; no habiendo muerto, aún hay esperanzas.

—¿Esperanzas decís? ninguna.

—Mayorini, acordaos que Doña Blanca llegará á Madrid dentro de cuatro ó cinco días, y salvará á Leonor.

—¿Pero cómo?

—Eso ne puedo decíroslo. Lo principal es que no haya muerto, porque volvereis á recobrarla, gracias á la proteccion de la reina....

—¿Y si os equivocais?

—Nó, amigo mio, nó. Ahora permitid que Gil nos refiera lo que ha ocurrido.

—¡Oh! sí, sí, habla, Gil, habla.

El antiguo soldado se quedó pensativo por algunos minutos, y despues exclamó con acento reconcentrado por la ira:

—Mis buenos señores: Llegamos á Madrid con toda felicidad, y fuimos á ver al señor conde de Oñate, que nos recibió afablemente. Al siguiente dia, este señor se avistó con D. Sebastian de Santoyo, y consiguió del rey una audiencia. Yo acompañé á Doña Leonor hasta las mismas puertas del palacio, pero no pude subir por orden expresa del monarca. Esperando trascurrió una hora, y luego otra, y otra y otra, hasta que comencé á alarmarme. Entónces traté de inquirir si Doña Leonor continuaba dentro, y me dijeron que hacia más de tres horas que habia salido del alcázar en un carruaje acompañada del señor Santoyo. No pudiendo comprender cómo no habia tratado de reunirse conmigo, marché á casa del señor conde de Oñate, á quien referí lo ocurrido. El buen señor se puso pálido, porque sin duda sospechaba la verdad, y mandándome estar en su casa, salió en seguida á adquirir algunas noticias. No tardó en volver asustado y afligido. Dijome que por orden del rey, Doña Leonor habia sido conducida en calidad de presa á casa de Santoyo, y que sin perder un momento viniera á decíroslo para que acordásemos lo más conveniente. No habiendo podido decirme otra cosa, y no satisfaciéndome aquellas noticias, en vez de venirme me fui á casa de Santoyo, á quien supliqué me dijera lo que habia ocurrido. Negóse á ello pretextando que el rey le habia encargado el secreto, y como

á pesar de mis instancias no quiso decirme nada, tuve que contentarme con lo poco que sabía. En tal situación, mis buenos señores, y no sabiendo qué hacer, no quise escribir nada por no alarmaros hasta ver si conseguia adquirir alguna noticia, y con efecto, al cabo de quince ó diez y seis dias que continuamente estuve importunando á Santoyo, pude decidirle á que me manifestase algo de la verdad.

—¿Qué habia ocurrido?

—Que el rey habia visto y hablado á Doña Leonor; que se habia enamorado de ella; que la habia solicitado ultrajándola sin respeto, y que habiendo recibido de vuestra noble hija una negativa asaz terminante, enfurecido y despedido, creyendo que la prision la haria ceder, la habia enviado con Santoyo, amonestándole que la retuviese presa en su misma casa hasta que otra cosa no le ordenase. Con estas noticias ya no quise permanecer más tiempo en Madrid sin avisaros. El señor Santoyo me ha parecido un hombre de bien, es vuestro amigo, y creo que mientras Doña Leonor permanezca en su casa, está tan segura como á nuestro lado. Esto es todo lo que ha sucedido.

Gil de Mesa concluyó de hablar, y Francisco Mayorini, que le habia escuchado sin pestañear siquiera, cuando concluyó dió un recio golpe en el sillón exclamando con los puños crispados de cólera:

—¡Por vida de Lucifer! que esto ya no se puede resistir. Está visto, señor D. Felipe, que la mujer que tenga la desgracia de ser hermosa, no está segura de vuestra real impureza, á pesar de que ya no podeis con vuestro cuerpo.

—Sí, añadió Perez con los ojos encendidos de cólera, ¡siempre es el mismo! ¡siempre!

—¡Ah! prosiguió Mayorini, he sido un estúpido en consentir este viaje; he debido prever lo que iba á suceder..... he debido meditarlo..... ¡Qué infamia! ¡abusar de la desgracia de una pobre niña, sin respeto ninguno.... ¡Oh!

—Tranquilizaos, exclamó Gil de Mesa; si nada teneis que decirme, vuelvo á Madrid, y yo procuraré salvar á vuestra hija.

—¿Y cómo?

—Ya veremos. Sabeis que soy hombre de recursos.

—No olvideis tampoco, amigo mio, añadió Perez, que Doña Blanca de Lanuza nos ha ofrecido proteger á Leonor, y cumplirá su promesa.

—¿Quién es esa señora? exclamó Gil, ¿acaso alguna hija del Justicia mayor de Aragon?

—Justamente.

—¿Y ha venido á veros?

—En compañía de D. Juan de Lanuza, su hermano.

—¿Y esa dama tiene influencia con el rey?

—Como que se aconseja de ella muchas veces.

—Vamos, repuso Gil sonriéndose, otra princesa de Eboli, señor Antonio Perez.

—¡Silencio, Gil! no sabes lo que te dices.

—Señor....

—Doña Blanca es una virtuosa y noble dama, que en nada se parece á Doña Ana de Mendoza. Es reina de Hungría y de Bohemia.

—¡Reina! exclamó el antiguo soldado abriendo los ojos con asombro, ¡es reina una hija del Justicia!

—Y reina tan poderosa, añadió Mayorini, que ahora

mismo ha salido para Madrid con objeto de hablar al rey sobre un grave y complicado negocio de Estado.

—¿Y ha estado aquí?

—Acaba de marcharse, dijo Antonio.

—¿Y os ha ofrecido proteger á Leonor?

—Y pedir á Felipe II nuestra libertad.

—¿Y podrá conseguirlo?

—Creo que sí.

—¡Ah diablo! exclamó Mesa, entónces el negocio no está tan oscuro como nos habia parecido al principio. Entónces lo mejor es volverme allá, preparar al conde de Oñate, tratar de que Doña Leonor no sea ultrajada interin llega esa dama ilustre, á la cual desearia ver para ofrecerla mis respetos.

—La hemos hablado de tí, y desea conocerte. Por lo demás, estando en Madrid no te será difícil saber cuándo llega ni presentarte á ella, porque es noble y sencilla como en el tiempo en que no ceñia una corona.

—¿Y tardará mucho en ir?

—Unos cuatro ó cinco dias, segun me ha dicho.

—¿Y.... decís, señor, que la ha acompañado su hermano D. Juan?

—Sí.

—¿Y habeis hablado de vuestra manifestacion?

—Tambien.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que si logramos fugarnos y penetrar en Aragon, añadió Mayorini, nos hemos salvado, porque su padre el gran Justicia está decidido á defendernos.

—¡Magnífico! repuso Gil, desapareciendo de su rostro la sombría y colérica tristeza que le habia cubierto hasta en-



tónces, magnífico. Esto quiere decir, señor Antonio Perez, que la desgracia se cansa de perseguiros. Veo muchas luces en lontananza.... Sereis perdonado, señor.

—¡Dios te oiga, mi buen Gil!

—Ahora permitidme descansar unas cuantas horas.

—¿Y después?

—A la corte otra vez. Doña Leonor necesita de mi brazo.

—¿Qué piensas hacer?

—Estar á la mira, y si comprendo ó sé algo que no me guste.... entónces qué sé yo lo que haré.... alguna barbaridad, pero no habrá otro remedio.

—¡Oh! por Dios no cometas alguna imprudencia.

—Perded cuidado; cuando yo me arriesgue.... será cuando todo se haya perdido.

—Entónces obra como gustes, Gil. Ahora vete á descansar, estarás rendido.

Gil salió, y Mayorini, que deseaba tambien estar solo para poder pensar libremente sobre los acontecimientos de aquel dia y los que su corazon de padre le hacia ver en el porvenir, se retiró igualmente á su cuarto, después de estrechar la mano de su señor.

Antonio quedó solo.

Entónces apoyó su frente enardecida en la palma de sus manos y pensó.

Recordó su vida pasada.... desde su infancia en el castillo de Ambeler, al lado de su madre, de Blanca y de Juan de Lanuza. Sus juegos infantiles, sus esperanzas, su primer amor. Recordó tambien lá época de su encumbramiento, de sus triunfos, de su dominacion, la en que era el ídolo de la corte y lá esperanza del monarca, en que su nombre

se pronunciaba con veneracion y respeto hasta en las córtés extranjeras, y despues su estrepitosa caida, su deshonor, su desgracia. Recordó los tormentos que habia sufrido; el odio del rey; el desprecio de aquella misma córte, que tanto le habia adulado en los tiempos de su opulencia.

Despues su memoria le trajo el amor desinteresado que por él habia sentido Blanca de Lanuza, y que habia pagado con tan negra perfidia é ingratitude. Su amor por la princesa de Eboli, causa principal de su caida, amor que habia sido la pasion de toda su vida, y que ahora recordaba estremecido por los tormentos que con su conducta con la princesa habia proporcionado á su noble esposa Doña Juana Coello; amor que le habia cegado, humillado, escarnecido, que le habia hecho feliz y desdichado, que habia decidido de su vida; amor cuyo recuerdo heria su alma como un remordimiento, como el recuerdo fijo de una accion culpable. De él partian como rayos de luz de un mismo foco los principales acontecimientos de su vida pasada, y por él habia sido malo, miserable é imprudente. La memoria de Doña Ana de Mendoza era para el desgraciado una expiacion constante, porque por esta mujer habia cometido todo lo que pesaba sobre su conciencia.

Despues el amor de Leonor venía tambien á herir su mente con su amargo recuerdo, poniéndole delante todas sus palabras, su deseo de extraviar á la pobre niña, su engaño, y el dolor de su corazon al saber que no podia corresponderle porque no era libre.

Ante este cúmulo de ideas, que como las olas del mar se sucedian en la mente del antiguo favorito una tras otra, enlazando todos los sucesos de su vida con anillos inolvida-

bles, creyó volverse loco, y exclamó apretándose la frente con ambas manos:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Blanca! ¡Ana! ¡Juana! ¡Leonor!  
¡Oh! las mujeres.... las mujeres.

El inclinando la cabeza quedó tan profundamente sumido en sus amargos recuerdos, que parecia haber dejado de existir. . . . .

Al dia siguiente, y como comprenderán nuestros lectores, Gil de Mesa, despues de despedirse de su amo y de Mayorini, volvió á emprender su viaje con la esperanza en el corazon.

Las noticias que habia adquirido en el castillo de Turuégano acerca de Doña Blanca de Lanuza, le hacian prever un feliz resultado, pero ¿no podria equivocarse?

Presa Leonor en poder del rey, ¿era tan fácil, como Gil de Mesa creia, que Felipe II la pusiera en libertad? ¿No era de temer que la pobre niña sucumbiese á los halagos del monarca de dos mundos? ¿No era tambien posible que Blanca no consiguiera el perdon de los dos prisioneros?

¿Quién podia asegurar lo que iba á suceder, mucho más cuando en el negocio de Perez se habian visto desde el primer momento de su prision tantas y tantas anomalías, tantos absurdos, tantas rarezas?

En verdad que el buen Gil alimentaba mayores esperanzas de las que podia buenamente tener; y nosotros, que vemos un poco más largo que el antiguo y leal servidor, no podemos menos de exclamar:

—¡Pobre Antonio Perez! ¡Pobre Mayorini! ¡Pobre Leonor!

## CAPÍTULO VIII.

### La última esperanza.

El tiempo corre inexorable, lo mismo para el que sufre, como para el dichoso; para el que nada espera, como para el que lo espera todo. Hay en su marcha siempre igual, inalterable, uniforme, esa fatalidad horrible para el desgraciado que espera su dicha en el mañana, y nunca llega su mañana.

Perez y Mayorini sufrían este tormento del deseo, que es una verdadera condenación, porque no hay nada más horrible que esperar sin alcanzar.

Ya hacía más de veinte días que los dos prisioneros se hallaban esperando una noticia favorable, y nada habían vuelto á saber de Blanca, de Leonor ni de Gil de Mesa. Parecía que fuera del castillo todos se olvidaban de los dos desgraciados, y pasaban las horas, los días, las semanas, sin que el menor incidente turbase su monótona y dolorosa existencia.

¿Qué habría sucedido? ¿Era posible que las promesas de Blanca de Lanuza no pasasen de promesas? ¿Acaso no habría podido conseguir el perdón de los dos presos? Pero en esta

situación ¿no habría vuelto á escribirlos ó avisarles el resultado de sus gestiones? ¿Y Leonor? ¿Qué era de Leonor, que tampoco sabían nada? ¿En qué consistía aquel silencio que tenía todas las apariencias de un olvido?

A ninguna de estas preguntas podían contestarse los prisioneros, ni les era fácil hallar una explicación que pudiera tranquilizarlos. Era indudable que algo grave sucedía en Madrid, y así se lo manifestó Mayorini al antiguo secretario de Estado.

—Me temo una desgracia, le decía; es imposible que si las gestiones de esa noble señora hubiesen alcanzado un buen éxito, no nos hubiesen escrito mi hija ó vuestro criado.

—¿Pero qué temes, Mayorini?

—¡Qué sé yo! ¿Por ventura puedo atravesar con mi mirada el espacio para leer nuestro porvenir?

—¿Pero temes alguna desgracia?

—Ya lo creo.

—Y bien, ¿una desgracia á Leonor, lo sabríamos por Gil de Mesa?

—Tal vez, pero yo me figuro otra cosa. Nuestra sentencia se ha dictado ya, y Doña Blanca encuentra muchas dificultades para servirnos.

—¿Nuestra sentencia?

—Sí, señor. D. Felipe II nos aborrece.

El antiguo favorito dejó caer la cabeza entre sus manos, y por espacio de algunos minutos no pudo hablar, porque se ahogaba de emoción y de temor. La sospecha de su secretario, por más que sólo fuese una sospecha, era bastante lógica y probable, atendido el carácter del rey y el odio que

profesaba á Antonio. Además, cuando su traslacion al casti-  
llo de Turuégano, la causa estaba ya para sentenciarse, y  
en el castillo llevaban más de dos meses.

Tal vez Gil de Mesa no habia escrito por no alarmarlos,  
y esperaba sin duda poderles comunicar alguna noticia algo  
más consoladora que la de una sentencia de muerte. Esto  
podia muy bien ser la causa de su silencio.

En esta incertidumbre trascurrieron otros dos días, y al  
segundo iban ya á acostarse Antonio y Mayorini, cuando  
Gil se presentó en el castillo.

Al verle, el corazon de Antonio latió de alegría, pero el  
de Mayorini de pena, porque Gil volvía sin Leonor.

Ya era más que creible que á Leonor le habia sucedido  
alguna desgracia.

El antiguo soldado, que apenas podia hablar de cansan-  
cio, leyó en los rostros de su amo y Mayorini la angustia  
más infinita, y quitándose su sombrero de fieltro, dijo con  
voz agitada:

—Leonor está buena y protegida por Doña Blanca, la  
noble reina de Hungría; tranquilizaos, señor Mayorini,  
tranquilizaos y escuchadme, pues tengo que daros algunas  
noticias. ¡Ah! dos leguas en treinta minutos.... ¡Ira de  
Dios!... Me parece que el pobre caballo no volverá á cor-  
rerlas.

—¿Pero qué sucede, Gil? exclamó Antonio.

—¡Ah! tú me engañas, repuso Mayorini; si mi hija estu-  
viera buena y libre, no me tendria en estas dudas.... me  
habria escrito.

—¿Conoceis su letra, señor?

—Ya lo creo.

—Pues tomad, desengañaos, ved aquí una carta que el otro día me dieron en su nombre.

Y desabrochándose la ropilla, sacó un papel, que entregó á Mayorini.

Este le desdobló y leyó en silencio, y no quedándole duda que era de su hija, juntó las manos exclamando en el transporte de su alegría:

—¡Gracias, Dios mio! Mi hija está salvada y pura; ahora haced de mí lo que queráis.

Antonio suspiró tristemente. En medio de su triste estado, Mayorini podia dar gracias á Dios por un beneficio, y él...

—¡Ah! exclamó lúgubrementé, ¿qué os dice Leonor, amigo?

—Que Doña Blanca, Dios la bendiga, se ha interesado por ella, hasta el extremo de tomarla bajo su proteccion y conseguir que la infanta Isabel Clara la tome á su servicio.

—¡Qué esuecho! ¿entónces Leonor se ha salvado?

—¡Oh! sí, sí.

—Mucho me alegro, amigo mio, porque esa proteccion de Blanca no se circunscribe al presente, sino tambien al porvenir.

E inclinando la cabeza, murmuró con religiosa conviccion:

—Es verdad... hay que creerlo así. Dios es justo y no abandona nunca á quien le ruega.

—Y bien, prosiguió despues de un momento de silencio, ¿qué otras noticias han ocasionado tu venida, mi buen-Gil?

—Vamos por partes, señor. Las cosas empezadas como es

debido, son más breves y ménos confusas. Permittedme hablar y escuchadme.

—Te escuchamos.

—Pues bien, la cosa ya está decidida....

—¿Qué cosa?

—La fuga.

—¿Nuestra fuga? exclamaron á un mismo tiempo Antonio y Mayorini.

—¡Chís!... silencio.... esa palabra hay que decirla entre dientes.

—¿Pues qué ocurre? el rey....

—El rey está cada dia más irritado con vos, señor Antonio Perez, porque dice que conservais papeles que debíais haber entregado al P. Chaves con los anteriores, y porque muchas personas del país os tienen lástima y os compadecen, lo cual en su extraña lógica dice que es acusarle indirectamente de cruel. Esto ha acabado de desazonarle, y ha recomendado á los Vazquez, vuestros implacables enemigos, que abrevien todo lo posible la causa y que obren con todo el rigor de la ley.

—¿Qué escucho!

—Ved aquí, señor, el estado del negocio. Con tal recomendacion no es de esperar que los Vazquez se descuiden, y aprovecharán la cólera del rey para perderos.

—¿Pero es posible que Doña Blanca no haya conseguido nada?

—Nada absolutamente.

—¿Y el conde de Oñate?

—En desgracia, preso.

—¡Preso el conde!



—Como lo ois, señor. No sé en qué ha ofendido á D. Felipe II; que ha premiado sus servicios con un calabozo. —

—¡Oh rey tirano! gritó Mayorini con cólera, esto ya es insoportable, y merece un ejemplar castigo. Felipe II no tiene ni reconoce más ley que su voluntad, voluntad de fiera disfrazada con el manto de la hipocresía. ¡Esto es horrible!

—Horrible, sí, pero continuad, amigo mio.

Y Gil prosiguió:

—Cuando adquirí tan malas noticias y tuve el convencimiento de que es vuestra vida la que se juega en este negocio, dije para mí solito: «Gil, es preciso salvar al amo, y no hay más remedio que recurrir á la fuga.» Decidido ya á realizar esta idea y contando con vuestro beneplácite, se me ocurrió un medio, y....

—¿Un medio? exclamó Mayorini.

—¿Cuál? repuso Antonio.

—Vais á oírle, señor. Para realizar este pensamiento fui-me á ver á mi pobre señora Doña Juana, y....

—¿Has visto á Juana? exclamó el secretario como avergonzado de su indiferente conducta para con su esposa.

—Sí, señor, que la he visto, y la he hablado tambien.

—¿Y mis hijos?

—Todos buenos de salud, y todos deseando abrazaros, señor.

—¡Ah! pobres hijos míos.... ¿Cuándo podrán realizarse esos deseos?

—Tal vez muy pronto. Pero dejadme continuar, ya sabeis que soy muy enemigo de mover mucho la lengua, y para mi costumbre he hablado demasiado. Permitidme continuar, señor.

—Sí, sí, habla.

—Pues es el caso, prosiguió diciendo Gil de Mesa, que me fuí á ver á mi señora Doña Juana, á quien enteré de vuestra situacion y del peligro que os amaga; hícela presente mi idea, la participé el proyecto que me parecia mejor para realizarla, y me dijo con aquella serenidad de espíritu que no la abandona nunca: «Gil, cuenta conmigo; acepto la parte que en tu proyecto me dedicas, porque es preciso salvar á mi esposo, y le salvaremos. Afortunadamente estoy libre, y ántes que los emisarios del rey se aperciban de mi marcha, ya habremos conseguido poner en libertad á Antonio Perez. Marchemos, pues; dispon el viaje para esta noche.»

—¿El viaje has dicho? exclamó Perez asombrado.

—Sí, señor.

—¿A dónde?

—Aquí.

—¿Qué dices!

—Lo que estais oyendo, señor.

—¿Aquí mi esposa sin permiso del rey?

—Justamente.

—¡Oh! quiere perderse.... Su abnegacion es una imprudencia; si lo sabe Felipe II....

—Pero Gil, ¿á qué viene mi señora Doña Juana? exclamó Mayorini.

—A cumplir con su deber como buena esposa. A libertarle. El antiguo secretario se pasó la mano por la frente.—Le parecia todo aquello tan absurdo, que dudaba si era presa de un sueño. No podia comprender cómo podia su esposa libertarle, ni para qué iba á reunirse con él dejando solos

á sus siete hijos. Por un momento se indignó, pero conocia demasiado la grandeza de Doña Juana para poder poner en duda el mérito de su sacrificio.

Sacrificio en verdad sublime para una madre, más sublime aún porque recaía en favor de un esposo, que siempre la habia tenido como olvidada, proporcionándola con su extraviada conducta un continuo dolor, una ofensa continua.

—¿Pero querrás explicarnos por fin, añadió Mayorini, que ardia en impaciencia, querrás decirnos el plan de esa fuga, y por qué y para qué viene á Turuégano la esposa de nuestro señor?

—Voy á satisfacer vuestra curiosidad, señor Mayorini.

Y bajando la voz casi hasta producir nada más que un murmullo, prosiguió:

—La situacion de este calabozo hace imposible que podais escaparos por las ventanas, porque además de que sus hierros son muy gruesos, caen á un patio donde hay siempre un centinela. Es preciso salir por la puerta y atravesar los dos patios y las dos galerías, que como sabeis, apenas tienen luz. Ya fuera, la cosa no ofrece peligro. El alcaide no quiere tener guardia en la parte exterior, porque confia hasta en el portero. La dificultad está en atravesar los centinelas que hay colocados en los dos patios y galerías, asi como en procurar no ser vistos por los que se hallan escalonados en todo este término. Por nuestra fortuna, como el servicio de estos últimos no deja de ser penoso, Bustillos los suprime cuando os hallais impedido en la cama, y esto es lo que hay que hacer ahora. Es natural que la venida de vuestra esposa agrave vuestras dolencias, y os quedais en el lecho fingiendo un fuerte ataque. A las veinticuatro horas los centinelas

exteriores estoy seguro que se retiran al castillo. Pues bien, vencida esta dificultad, ya no queda más que una, pero es la mayor.

—¿Nuestra salida?

—Justamente.

—¿Y has encontrado algún medio?

—Sí, señor. Vedle aquí.

—Habla, habla, exclamó Antonio anhelante.

—Gil prosiguió:

—Para salir de aquí se elige la caída de una tarde, poco antes de cerrar las puertas del castillo. Se llama á Bustillos, suplicándole que venga á veros con el objeto de pedirle un médico para vuestro mal, y ya aquí, esto corre de mi cuenta, porque basto yo, le sorprendo, le amenazó, y le obligo á que se desnude y os ceda su ropa, señor Mayoroni.

—¿A mí?

—Justamente.

—¿Y el señor Perez?

—Ahora vereis. Esto es solo la primera parte. El pobre Bustillos no querrá morir á mis manos, y se dejará desnudar, poniéndose vuestro traje. En seguida le ato y le tapo la boca, marchándome para incorporarme á mi amigo de Calatayud Gil Gonzalez, en quien confío, y al cual anticipadamente le diré que para un dia fijado nos tenga tres caballos ocultos por aquí. Esto hecho, vos, señor, os disfrazais con el traje de vuestra esposa, y trascurrido algun tiempo de mi salida, marchais de aquí como si fuérais Doña Juana y Bustillos. La felicidad está en que ninguno de los guardias os conozcan. Esto es todo. ¿Qué os parece, mis buenos señores?

—Que el plan es magnífico, pero yo no puedo aceptarle.

—¿Y por qué, señor?

—Porque dejo expuestos á la cólera de Felipe II al pobre Bustillos y á mi esposa.

—Es una desgracia, señor, pero no hay otro remedio. Además, D. Felipe II no se ha de ensañar con una dama, y por el contrario, al ver su heroísmo es probable que la perdone.

—¿Y si no sucede así?

—Si no sucede, ¡por Santiago, señor! si no sucede así sucederá lo contrario. Pero ¿qué quereis hacerle? Libre vos, podreis defenderos del rey y conseguir que se os absuelva, en cuyo caso Doña Juana sería tambien perdonada; porque tened en cuenta, señor, que la sentencia que os espera, así como al señor Mayorini, es una sentencia de muerte. Se os acusa de haber asesinado á vuestro criado Domingo Mergado y al astrólogo Pedro de la Hera, complicados en la causa de Escobedo (1).

—¡Oh! ¡qué escucho! ¿Llega á ese extremo la calumnia?

—Y pasará, tenedlo por cierto. Se ha decretado por el rey vuestra perdicion, y estais perdido sin remedio.

—¿Pero quieres que consienta la desgracia de mi esposa? ¿y sabe á lo que se expone?

—Como que el plan es hijo tambien de su imaginacion.

—¿Es posible!

—No hay que vacilar, prosiguió Gil con una entereza que hasta entónces no habia demostrado con su señor, no hay que vacilar y decidirse, ó la fuga, ó morir ahorcado.

(1) Histórico.

Perez sintió correr por sus venas un escalofrío que le hizo estremecer.

Mayorini, que habia permanecido silencioso meditando sin duda el plan de fuga propuesto por Gil de Mesa, aprovechándose del terror que se habia apoderado de su amo, dijo á Gil con acento de duda:

—Ese proyecto no está mal ideado, pero en su ejecucion encuentro yo algunas dificultades.

—Ya lo creo, señor Mayorini. ¿Teneis conocimiento de algun preso que haya podido fugarse de su calabozo como el que sale de su casa?

—Nó en verdad, pero....

—No os hagais ilusiones. En todas las evasiones hay que confiar muchísimos detalles á la suerte, y sólo con buena fortuna pueden realizarse. Aquí no podemos sobornar, porque no hay dinero, y además, porque el contrario es tan poderoso que no encontraríamos quien por nuestro oro despreciara el suyo ó se expusiera á su cólera. Aquí no podemos salir por cuevas, porque no las hay en esta parte del castillo, ni escalar ventanas, porque caen á un patio bien guardado. En cambio de todas estas contras, tenemos algunas ventajas que debemos explotar, como son: la confianza que inspiramos al alcaide; la poca vigilancia de la guardia, confiada en que el señor Antonio Perez apenas puede moverse y se halla en el lecho; en las órdenes poco rigurosas del rey; en que yo puedo entrar y salir cuando quiero; en que no hay guardia exterior, etc., etc. Tales ventajas están tomadas en consideracion en mi proyecto, el cual, no obstante, si acertais á modificarle convenientemente, podeis hacerlo y me alegraré mucho.

—Sin embargo, Gil, es verdad que Bustillos tiene casi mi misma estatura, pero el señor Antonio Perez es más alto que Doña Juana.

—Un poco.... esa diferencia no es notable.

—Hay además otra dificultad.

—¿Cuál, amigo Mayorini?

—Que mientras vas á avisar á ese tu amigo de Calatayud, entre aquí la mujer del alcaide y vea á su marido atado.

—Lo cual sería una desgracia; pero si tantos inconvenientes poneis, entónces no hay fuga posible.

Y por último, señor, añadió tratando de tocar la cuerda que más vibraba en el corazon del genovés, la fuga es un recurso extremo. Si es descubierta, no se puede empeorar vuestro estado, y sois, señor, demasiado valiente para no querer correr el riesgo de ser cogido y ahorcado, á la seguridad de ser ahorcado sin demora.

Mayorini se sonrió lúgubrementemente.

—Además, contestó Gil, libre vos, podíais iros á la córte disfrazado y ver á vuestra hija.

Estas palabras causaron en el genovés una resolucion completa. Ante el aspecto terrible de un suplicio, su alma no se habia estremecido ni su corazon palpitado; pero al recuerdo de que con la fuga adquiria una probabilidad, por lejana que fuese, de ver á su hija y huir con ella, convencióse por completo y aceptó el proyecto de Gil.

—Tienes razon, le dijo, no hay más remedio que arriesgar el todo por el todo; ahora veamos qué es lo que dice nuestro señor.

Antonio Perez, que durante esta especie de aparte habia permanecido sumido en amargas reflexiones, levantó la ca-

beza al oír las últimas palabras de Mayorini, y dijo con acento desesperado:

—Es preciso huir, y huir pronto. Ahora comprendo que Felipe II no perdona, pues cuando se atreve á acusarme ó consentir que se me acuse de esos dos asesinatos, es porque está decidido á que muera. ¡Oh! morir... no quiero morir sin luchar. Hasta ahora he combatido con las armas de la ley y he sido vencido; ahora combatiré con las de la astucia. He confiado por demasiado tiempo en la hipócrita rectitud de ese rey vengativo. Además, mi hermano Juan de Lanuza me ha ofrecido su protección, y seremos *manifestados*, consiguiendo por este medio rehabilitar nuestro honor é impedir que perezcamos en las manos del verdugo. Sólo siento que no puedo fugarme sin comprometer á Juana, prosiguió lanzando un suspiro; huir y dejarla en poder del tigre me parece cobarde.... ¿y á tí, Mayorini?

—Señor, repuso éste aguijoneado por la esperanza de volver á ver á su hija, soy de la opinion de Gil de Mesa. No creo que el rey se atreva á castigarla. Sabeis que se precia de caballero y...

—¿Has olvidado que mi esposa ha sufrido una dura prision?

—Nó, señor, pero era porque se resistia á las órdenes del rey. Además, su desobediencia habria sido castigada con la muerte, si la culpable hubiera sido hombre, y ya visteis cómo apenas obedeció entregando vuestras cartas, fué puesta en libertad. Vuestra esposa no tiene otro delito que ser vuestra esposa.

—¿Y tú qué crees, mi buen Gil?

—Soy de la opinion del señor Mayorini.



—Pues bien, cúmplase la voluntad del cielo, exclamó Antonio Perez lanzando un suspiro.

Después de un momento de silencio, el antiguo secretario preguntó á Gil dónde habia dejado á Doña Juana.

—Dos leguas del castillo, señor, le dije; por lo tanto creo que ya debe estar muy cerca, y si me lo permitís saldré á recibirla.

—Sí, sí, ve.... ve.

—Pero ántes, permitidme daros un consejo.

—Habla.

—Creo prudente que empecemos ya la ficción, y que recibais á mi buena señora en vuestro lecho, como si estuviérais peor de vuestros dolores, que yo la prevendré.

—¿Y para qué?

—Para que Bustillos trague el anzuelo con más facilidad; ¿no os parece bien, señor Mayorini?

—Soy de tu opinion, Gil.

—Entonces, váime á acostar. ¡Quiera el cielo que esta tentativa de fuga, si llega á descubrirse, no ocasione más víctimas que nosotros dos! Marcha pues, amigo mio.

Con efecto, Gil de Mesa salió, mientras que Antonio Perez, agitado y convulso seguia las instrucciones de su leal criado, y Mayorini oraba con fervor por el buen éxito de aquella fuga desesperada.

---

## CAPÍTULO IX.

### Un modelo de esposas.

Al día siguiente, bastante temprano, Gil partió para Calatayud á buscar á su amigo Gil Gonzalez, á fin de que al otro día despues de puesto el sol, se hallase con tres caballos entre Turuégano y Bribiesca, es decir, una legua próximamente del castillo y á la entrada de un pinar que se extendia por una série de colinas escalonadas, cubriendo un terreno de media legua.

Como adivinarán nuestros lectores, Doña Juana Coello, completamente sola, habia llegado ya al castillo.

El alcaide y su mujer, enterados ya por Gil, salieron á recibirla con mil agasajos, previendo que la llegada de aquella dama les proporcionaria algunos escudos, y para conseguirlos más fácilmente, la ofrecieron para dormir el cuarto que en su habitacion habia ocupado Leonor de Mayorini.

Doña Juana, sin embargo, no aceptó la oferta, pretextando que su estancia en el castillo iba á ser de dos ó tres dias, y que hallándose su esposo en el lecho del dolor, queria pasar á su lado el tiempo que permaneciera en Turuégano.

Estas disculpas no podían ser más naturales, y doña Juana concluyó por permanecer al lado de su desgraciado esposo.

Nada diremos de la primera entrevista, porque hay escenas que no pueden escribirse. Sólo sí que Antonio, el orgulloso Antonio Perez, el hombre valiente y acostumbrado á luchar, el carácter de hierro, no pudo dominar su emoción al ver á su esposa, y cayó desmayado sobre su lecho.

Y con efecto, en aquel instante que no era ya el antiguo secretario de Estado, sufría terriblemente con el recuerdo de su pasada conducta, porque la presencia de su esposa en el castillo para salvarle exponiendo su libertad, le causaba un horrible remordimiento. Veía entonces todo lo innoble de su comportamiento con aquella mujer que, olvidando las ofensas que de él habia recibido, no dudaba en sacrificarse en aras de sus deberes, perdonándole todas las ofensas que le habia hecho, todas las lágrimas que por él habia derramado. Veía entonces la diferencia que existía entre su conducta y la de su esposa, y sentía como vergüenza al considerarse tan pequeño á su lado.

Doña Juana, con una nobleza heroica, nada dijo á su esposo que pudiera recordarle sus pasados extravíos; hay más, se presentó á él amorosa y risueña como si obedeciera, no sólo á sus deberes, sino á su cariño, á su amor conyugal. El sacrificio no podia ser más completo, y ciertamente no pudiera exigirse mayor á una esposa que jamás habia recibido una prueba de amor de su esposo, ni le debia más que desprecio, lágrimas y dolores.

En cuanto á Mayorini, algo más animado con la perspectiva de la fuga, que ya creía posible y de resultado

casi seguro, sólo esperaba anhelosamente que llegase el momento de la evasión, pues para él, espíritu nacido en los combates y acostumbrado á luchar con la muerte, le importaba muy poco el nuevo duelo que iba á entablar con ella, no dudando que, como siempre, su valor y su serenidad le darian la victoria. Por otra parte, la cuestion para el secretario y confidente de Antonio Perez estaba reducida á salir de la prision, pues ya libre de ella, elementos le daria su astucia y su práctica en la vida para no volver á caer en las garras, como decia, de Felipe II, y reunirse con su hija en Madrid, para fugarse con ella á Roma ó á cualquiera otro punto del extranjero.

Con la impaciencia febril de los niños, vió amanecer el dia siguiente sin haber podido dormir ni un cuarto de hora, y con la cabeza llena de mil y mil proyectos para el porvenir, unas veces se sonria al contacto de un pensamiento de felicidad, y otras palidecia al recuerdo de una idea de cólera ó de odio.

Casi al amanecer se arrojó del lecho, saliendo de su cámara para pasar á la de Antonio Perez, el cual, fingiendo haberse agravado de sus dolencias, segun lo convenido, permanecia en cama, á cuya cabecera se encontraba su esposa Doña Juana.

La mujer de Antonio Perez tendria entónces unos cuarenta años de edad, y sin ser de una belleza notable, podia por su figura llamar la atencion en una reunion de damas. Era de estatura alta y de formas bastante gruesas, hallándose en cinta de siete ú ocho meses (1). Tenia el cabello

---

(1) Histórico.

abundante y de un color castaño oscuro, que armonizaba muy bien con la blancura azulada de su rostro. Sus ojos pardos, grandes y rasgados como los de las georgianas, y adornados con unas pestañas largas y sedosas que los sombreaban misteriosamente, tenían una expresión de melancólica dulzura, que no podían mirarse sin emoción ni estremecimiento. La palidez de su semblante, debida á su estado y á sus padecimientos morales por las desgracias de su esposo, comunicaba á su fisonomía la belleza severa de esas diosas de la antigüedad esculpidas en mármol blanco.

Su traje de terciopelo negro, sin un azabache, sin un bordado, sin una joya, ancho, flotante, ondulado, realizaba más lo elevado de su estatura y lo abultado de sus formas, cubriendo su cabeza una toquilla, también de terciopelo negro guarnecida de encaje. A su llegada al castillo, y ya premeditadamente, habíase presentado en él cubierta con un manto negro, que pasando por su cabeza, la envolvía completamente hasta tocar al suelo.

Aquella noche ninguno de nuestros personajes pudo conciliar el sueño, porque no era en verdad su situación muy á propósito para dormir. Casi toda ella la pasaron tratando de atar, como suele decirse, todos los hilos del proyecto de fuga, y sólo á una hora ya muy avanzada de la noche fué cuando Mayorini se retiró á su habitación, dejando sola á Doña Juana con su esposo.

Entonces el secretario de Felipe II, que tenía á su mujer sentada á la cabecera de su lecho, cogió sus dos manos y las oprimió contra su corazón en un arranque de entusiasta y sincera gratitud.

Doña Juana fijó sus hermosos ojos llenos de lágrimas en el rostro demacrado y conmovido del prisionero, diciéndole con afectuoso acento:

—Gracias, Antonio, gracias. Ahora reconozco en tí al esposo de otro tiempo, al hombre á quien di mi corazón. Las desventuras te han regenerado; y si en medio de tu favoritismo pudiste olvidar á tu pobre Juana, ahora conoces que no era digna de aquella indiferencia y la amas como cuando la conociste, ¿no es verdad, Antonio?

—¡Oh! quisiera dar mi vida por tí, para pagarte cuanto te debo. En este instante no sé lo que pasa por mi alma, pero si pudieses leer en mi corazón, comprenderías lo que estoy sufriendo.

—Pues yo no quiero que padezcas. Resígnate y ten valor. Dios sin duda ha querido castigarte, pero ya te perdona y vuelve hácia tí sus ojos. El me ha inspirado la idea de venir, y me ha comunicado el valor para sacrificar mi libertad por la tuya. Así lo comprendo. La fé y la esperanza alientan mi corazón, y estoy segura de que alcanzarás la libertad. Esto conseguido, refúgiate en Aragon bajo sus leyes protectoras, y que estalle la tormenta.

—Sí, pero de la tormenta puede salir el rayo.

—Es posible. ¿Y qué?

—Y ese rayo puede matarte, Juana.

—Lo sentiria por mis hijos, y aún por el que llevo en mis entrañas.

—¿Y no te estremece está idea? exclamó Perez aterrado, ¿no sientes morir?... ¡Ah! nó, nó... no quiero huir dejándote comprometida... no quiero.

—Pues yo sí quiero, Antonio. Recuerda que al huir no

solamente te salvas la vida; sino que apartas de tus hijos la mancha del deshonor.

—¡Juana! exclamó desesperado el infeliz Antonio.

—Si no huyes y Felipe II te condena, ¿cuál va á ser el porvenir de tus hijos, deshonrados por tu suplicio? ¿Quién va á protegerlos? ¿Los hijos de los ahorcados no son infames y viles? ¿Hay quien se resista á ese horror que inspira el contacto del verdugo?

—¡Juana!

—Con tu muerte, prosiguió la valerosa mujer, dejarás á tus hijos, su madre; pero les arrebatrás el honor y la fortuna, porque serán confiscados todos tus bienes. ¿Qué va á ser de ellos, de mí misma? Por el contrario, huyendo de aquí y salvándote, es posible, casi seguro, que consigas tu rehabilitacion, y entónces tus hijos podrán levantar con orgullo su frente y tú podrás protegerlos. Si yo muero, ya no les haré falta; siendo tú libre, y á tu lado, esposo mio, podrán ser dichosos, y podrás enseñarles, aleccionado por tu propia experiencia, los tristes resultados que produce una ambicion desenfrenada y un orgullo insensato. Es, pues, preciso que optes por este extremo. Tu muerte es el deshonor para mis hijos y para mí; tu vida podrá ser mi muerte, pero será para mis hijos la rehabilitacion y la fortuna.... ¡Oh! no es posible dudar.

—Esposa mia.... Dios, como decias muy bien, se ha compadecido de mí, porque así como el diamante se prueba con el fuego, así, aunque sabía que valias mucho, no conocia todo tu valor. Ahora puedo apreciarle y este descubrimiento es para mí una dicha suprema. Tú, la madre de mis hijos, el modelo de las esposas, te sacrificas en aras de tu amor

conyugal y de tus deberes, hallando en el fondo de tu corazón el valor bastante para arriesgar la vida... ¡Ah! noble y santa mujer... ¡bendita seas!

Y el antiguo secretario llevó á sus labios las manos de Doña Juana y sus lágrimas inundaron sus mejillas.

Doña Juana procuró consolarle.

—Mi querido Antonio, le dijo, veo que las desgracias te han arrebatado todo el valor, porque te encuentro completamente amilanado. El valor se ejercita en la desgracia, y por ahora me parece que no debes tampoco desesperarte de esa manera. ¿Acaso es tan imposible la fuga que no tengamos ningunas probabilidades de salir bien? ¿Acaso Felipe II ha de atreverse á hacerme sufrir la condena que reservaba para ti? ¿No dicen que es caballero, y que á las damas las respeta? En medio de su injusto rigor conmigo cuando me encerró por no quererle entregar tus papeles, ¿no me dió algunas pruebas de respeto? ¡Ah! querido Antonio, tranquilízate; mala, muy mala es nuestra posición, pero creo que la consideras peor todavía. Confía en la Providencia, es sabia y justa... ella no puede consentir ciertas iniquidades.

El secretario lanzó un suspiro.

—Mi buena Juana, exclamó, ¿en dónde has encontrado esas ideas que te elevan por encima de todas las mujeres?

—En la fé, Antonio, en Dios mismo. Creo en él, y espero; he aquí el misterio de mi fuerza, de mi decisión, de mi serenidad.

—¿Pero tú sabes á lo que te expones?

—Sí.

—¿Y estás decidida á ser cómplice en mi fuga?

—Sí.



—¿Y nuestros hijos?

—Tú cuidarás de ellos.

—¿Y si yo soy preso ó muero en la demanda?

La hermosa y heroica mujer permaneció por un instante indecisa, pero no tardó en responder con el acento de la resignacion más sublime:

—Entonces.... Dios será su padre.... Dios los protegerá.

Antonio sintió inundada su alma de una felicidad desconocida, porque á su pesar, las nobles palabras y el noble entusiasmo de su esposa hallaban eco en su corazón, y enjugándose una lágrima que todavía rielaba en sus pestañas como una gota de rocío, dijo á su esposa con toda la gratitud de su alma:

—Juana mia, eres mejor que yo, mucho mejor, y quiera el cielo hacerte feliz y darme vida y salud para poder recompensar tus sacrificios. Léjose de mí las turbulentas pasiones que han asaltado mi alma hace algunos años; hoy ya soy viejo, y sólo quiero verte dichosa y poder descansar en los brazos de mis hijos. Ni ellos ni tú teneis la culpa de nada, y el hombre infame que es padre y esposo merecé que Dios le maldiga, porque las consecuencias de su conducta y de sus vicios recaen también sobre sus hijos y su esposa.

—Sí, Antonio... pero te suplico.... no hablemos de esto.

—¡Ah! ¡sientes acaso renacer en tu corazón....

—No, ya te he dicho que todo lo he perdonado, lo he dado al olvido. Te he recuperado por fin, la desgracia me ha devuelto tu amor, que era toda mi ambicion, y si logro salvarte, dichosa, mil veces dichosa por haberte servido de algo. Por lo demás, nuestros hijos estan seguros en la casa

del señor conde de Oñate, que es uno de tus mejores amigos, el cual ha sido preso tambien, sin duda porque habia concedido una generosa hospitalidad á tus hijos y á tu esposa.

—¡Dios santo! ¿Y quieres probarme con esos antecedentes que si Felipe II te encuentra aquí ocupando mi lugar, te perdone y no castigue tu atrevimiento?

—Es posible; pero lo que yo quiero probar con lo que acabo de decirte, es el odio mortal y profundo que te profesa el rey y por lo tanto la necesidad de que huyas para no ser su victima. Ya sabes la nueva calumnia que arrojan sobre tí.

—Sí, me acusan de la muerte de Diego Morgado y del astrólogo Pedro de la Hera.... ¡Oh! esto es horrible....

—Sí, muy horrible, exclamó Doña Juana estremeciéndose y lanzando un suspiro, muy horrible en verdad, pero que nos dice lo que podemos esperar del rey y las intenciones que le animan respecto á tu suerte futura. Quiere á todo trance sacrificarte, Antonio.

—Lo comprendo. Al deshacerse de mí, sepulta para siempre en el secreto algunos actos bien odiosos de su vida privada que sólo él y yo conocemos.

—Pues bien, no debes vacilar. Sigamos las instrucciones del buen Gil de Mesa, y sálvate con Mayorini.

—¡Ah! no hay otro remedio. Me resigno.

Y Antonio dejó caer la cabeza entre sus manos.

En aquel momento entró Mayorini.

Grave y silencioso saludó á Doña Juana, y preguntó á su señor cómo habia pasado la noche.

—Mal, amigo mio, le dijo Perez; nuestra situacion es demasiado crítica para que hayamos podido dormir, porque supongo que tú tampoco habrás descansado.

—Ni un minuto. Toda la noche la he pasado meditando en nuestra evasión.

—¿Y qué te parece conseguiremos huir?

—Sólo Dios lo sabe, pero tengo algunas esperanzas.

—¿Has analizado bien el plan?

—Sí, señor.

—¿Y te parece probable un buen éxito?

—Sí, señor. Anoche, lo confieso, no estaba muy tranquilo.... veía algo oscuro en el proyecto de Gil de Mesa, pero ahora....

—¿Has variado de opinion?

—Completamente. Que Dios nos ayude, y mañana á estas horas ya estaremos en libertad. D. Juan de Lanuza nos protegerá en Aragon, segun tengo entendido, ¿no es asi?

—Es cierto, y podemos confiar en él. Además, ¿qué no hará por mí mi hermana Constanza?

—Ya lo creo, exclamó Doña Juana; mi cuñada es una noble mujer y la creo muy capaz de sublevar á todo el reino de Aragon por salvarte de las manos del rey Felipe.

—Mucho nos favorece esa circunstancia, añadió el genovés, porque ya bajo las leyes aragonesas, S. M. se mirará algo en atacarnos. Pero silencio, creo que se aproxima Bustillos.... ya sabeis que vuestros dolores son terribles, y....

No pudo continuar, porque la puerta se abrió y apareció el alcaide.

Cumpliendo con su deber, echó una rápida ojeada á las dos piezas y penetró tranquilo en la cámara de Perez, en donde descubriéndose con respeto, se inclinó delante de Doña Juana.

—Buenos días, señores míos, exclamó saludando, ¿cómo estais, señor Perez?

—Muy mal, repuso Antonio haciendo un gesto de dolor; esta noche la he pasado sin dormir, y me faltan ya hasta las fuerzas. Mirad, Bustillos, tocad mi frente.... está ardiendo.

El alcaide puso su mano sobre la frente de Antonio, y sea que efectivamente la tuviese ardorosa, ó que le pareciese así, hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Estoy muy malo, prosiguió Perez con voz quejumbrosa; creo, Bustillos, que si Dios no me ampara y esto no termina pronto, voy á ser sentenciado ántes por Dios con arreglo á mis culpas, que por D. Felipe II,

—¿Tan malo os encontráis?

—Ya sabéis qué ataque tuve el mes pasado.

—Cierto.

—Pues el de anoche ha sido más terrible. La pierna derecha la tengo completamente muerta.

—¿De modo que no saldreis de la cama?

—¡Imposible! exclamó lanzando un ¡ay! no puedo tenerme en pié. Poco ántes de que yiniérais quise incorporarme, y volví á caer desvanecido. Creo que por caridad se me debia conceder un doctor.

—¿Y por qué nó? Las órdenes que he recibido del señor rey D. Felipe no me prohiben cuidaros como buen cristiano. Si os hace falta un médico, se llamará.

—Gracias, Bustillos, sois un hombre de bien, y creed que si algun día llego á salir libre, no olvidaré vuestro comportamiento.

—Señor, se puede ser carcelero y humano.

—Bien lo probais, exclamó Doña Juana, y si no temiera ofenderos, os ofrecería esta sortija.

El alcaide se sonrió mirando codiciosamente el anillo que brillaba en el dedo de la señora, pero como el ofrecimiento había sido condicional, no se atrevió á decir que sí.

El genovés comprendió lo que pasaba por la mente del alcaide, y no pareciéndole inoportuno aquel obsequio, que le obligaría á mostrarse condescendiente, dijo sonriéndose á Doña Juana:

—Mi buena señora, el buen comportamiento del amigo Bustillos merece una recompensa, y si le regalais esa sortija, no haceis más que pagarle uno de los muchos favores que le debemós.

Y viendo que el alcaide continuaba inmóvil, prosiguió:

—Tomadla, Bustillos. La gratitud debe demostrarse de algún modo.

—Sí, tomadla, repuso Perez.

El alcaide tomó la sortija, protestando mil veces de su gratitud y deseo de servir á los dos prisioneros, y quedando en volver á la media hora para ver cómo seguía el señor Antonio Perez, salió de la habitacion para girar su correspondiente requisa por el castillo.

El *negocio*, como decía Gil, no se iba presentando del todo mal. Bustillos creía ya sinceramente que Antonio estaba muy malo, y el anillo le había predispuesto á servirle.

¿Cómo concluiría aquella intriga?

—Hoy lo podrás explicar mejor, y si no puedes, te enseñaré esta sencilla.

El alcaide se sonrió mirando curiosamente el anillo que brillaba en el dedo de la señora, pero como el oficial

mismo había sido conde, **CAPITULO X.**

El genovés comprendió lo que pasaba por la mente del alcaide, y no pareciéndole oportuno aquel obsequio, que le obligaba á mostrarse condescendiente, dijo sonriéndose á

#### La fuga.

Doña Juana:

—Mi buena señora, el buen comportamiento del amigo

Bustillos merece una recompensa, y si le regalaras con ser-

A las cuatro de la tarde del día fijado para la fuga, Gil se presentó á sus amos con el rostro radiante de alegría.

Hízoles presente que en el sitio convenido, su amigo Gil Gonzalez les esperaba con tres caballos y tres arcabuces, aquellos para conducirlos á Calatayud, y estos para defenderse si eran atacados.

Esta noticia abrumó á nuestros personajes. Por grande que sea la presencia de ánimo que se tenga en el momento en que va á decidirse nuestra vida, flaquea y se empequeñece. No falta el valor, sino la serenidad, esa especie de sangre fria que embota la sensibilidad del alma y que nos hace presenciar las más grandes catástrofes con el rostro sereno y lúcida la mente. Ser valiente no es siempre ser sereno.

Nuestros personajes, pues, se estremecieron á la noticia de Gil, y un silencio extraño y lúgubre la siguió, porque ninguno podia hablar.

Empero Mayorini fué el que más pronto pudo dominar su emocion.

—Dios nos ayude, exclamó gravemente; y puesto que ha llegado el momento no retrocedamos. Vamos pues, señor.

—Sí, exclamó Doña Juana, apresuraos, Mesa, corred en busca del alcaide.... ¡Ah! yo tiemblo.

—Valor, mi querida esposa, dijo Perez, pálido como un cadáver; si en el momento crítico nos aturdimos, todo es en vano. Ve, Gil, que venga Mayorini.

—Mientras tanto, yo puedo retirarme á la habitación de Mayorini para desnudarme, á fin de no perder tiempo.

Gil de Mesa no esperó que le repitieran la orden, y salió á buscar á Bustillos.

Entretanto Doña Juana se despojaba de su vestido de terciopelo, quedándose con otro que había llevado debajo.

Durante la ausencia de Gil, ni Antonio Pérez ni el genovés pronunciaron una palabra, y el primero especialmente, estaba tan lívido y convulso, que más parecía que se acercaba la hora de subir al cadalso que la de la libertad.

Poco despues Gil entró con Bustillos.

El alcaide se aproximó al lecho en que se hallaba Antonio.

—Mi buen amigo, le dijo, ayer me hicisteis un ofrecimiento que hoy me veo precisado á aceptar. Deseo que aviséis ó indiquéis á Gil dónde podrá encontrar un doctor.

—¿Cómo, señor Perez, os encontráis más grave?

—¡Oh! mucho... esto se acaba.

—Tranquilizaos, me parece que os alarmáis demasiado pronto.

—Nó, nó... mi rostro debe deciros lo que sufro. Quiero un médico si me lo permitís.

—¿Por qué nó? ya os dije que no he recibido órdenes en

contrario, y que puedo por consiguiente no faltar á mis deberes cumpliendo con lo que la caridad ordena. Tendreis un médico, señor; se le irá á avisar.

—¿Y á dónde?

—A Buberca, no hay otro por aquí.

—¿Y á quién vais á dar esa comision?

—Al portero ó á cualquiera de los otros guardianes.

—No incomodeis á ninguno. Si os parece, mi criado Gil de Mesa puede ir. Dadle un caballo si teneis, á fin de que no tarde, porque os aseguro que me encuentro muy malo.

—¡Báh! ¡Pobre señor! os alarmais tal vez sin motivo; la venida de vuestra esposa os ha afectado demasiado. Pero ánimo, ánimo, señor Antonio Perez.

Antonio alargó su mano á Bustillos, que se la estrechó conmovido, pero al mismo tiempo, en vez de soltarle, tiró de él violentamente hácia sí hasta dejarle caer de pechos sobre el lecho. Mesa, que se hallaba á su lado, se echó sobre el pobre alcaide, y ántes de que hubiese podido hacer el menor movimiento ni lanzar el más pequeño grito, le puso en la frente el cañon de una pistola de grueso calibre.

En seguida y como un relámpago, Perez saltó del lecho.

—¡Dios me asista! exclamó el alcaide con todo el horror de aquel ataque tan brusco; ¿qué es esto, mis buenos señores, vais á matarme?

—De tí depende, le dijo Mesa sin dejarle hacer el menor movimiento; nosotros vamos á escaparnos, el señor Perez disfrazado con los vestidos de su esposa, y el señor Mayorini con los tuyos, los cuales nos tienes que prestar. Si pretendes oponer resistencia, irás á cenar con el diablo.

—¡Pero señor Gill!



—No hay pero ni pera, señor Bustillos. El negocio es redondo. Estamos á todo decididos, y por lo tanto no creó que dudeis de nuestra resolucion. Si quereis salvaros, no teneis más que ser razonable. Dejaos desnudar y maniatar, quedándoos aquí en compañía de la noble Doña Juana, ínterin nosotros caminamos por esos caminos.

—Pero observad, señor, que me perdeis, exclamó el pobre alcaide, que no se atrevia ni á mover una mano; mirad que vuestra fuga me va á costar la vida, y vida por vida prefiero cumplir con mi deber.

—¡Ah! ¿sí? entónces reza, Bustillos.

Y Gil montó la pistola.

—Eres un necio, le dijo Mayorini: si te resistes, te mataremos, porque ántes que tú somos nosotros; pero si no haces resistencia, ¿qué puede sucederte?

—El señor rey D. Felipe II....

—El señor rey D. Felipe II no puede pedirte imposibles. Tú no puedes luchar contra tres, y quedando; como quedarás, atado y con una mordaza, no puedes inspirar sospechas. Además, si ántes de avisar al rey quieres buscarnos y reunirte á nosotros, hazlo que no te pesará.

—Sí, añadió Antonio Perez, yo te prometo, si no haces resistencia y quieres despues venirme á Aragon, recibirte y cuidar de tu porvenir. No ignoras que en Aragon tengo influencia, y podré conseguirte una posicion más cómoda que en la actualidad ocupas. Eres un hombre de bien, y los hombres de bien no deben servir á reyes como Felipe II.

—Pero señor.

—Lo he dicho.

—Sí, sí, añadió Mesa, no empleemos el tiempo en declamaciones, ¿quereis vivir, señor Bustillos?

—¡Oh! sí, sí.

—Pues incorporaos ahí en ese rinconcito, despojados de vuestro vestido y poneos el del señor Mayorini, mientras el cañon de mi pistola busca la parte más vulnerable de vuestro individuo.

—¿Qué pretendéis?

—Meteros en el cuerpo dos onzas de plomo en cuanto hagais el menor movimiento que me indique vuestra resistencia.

—Pero por Dios, señores, repuso el aturdido alcaide, observad que....

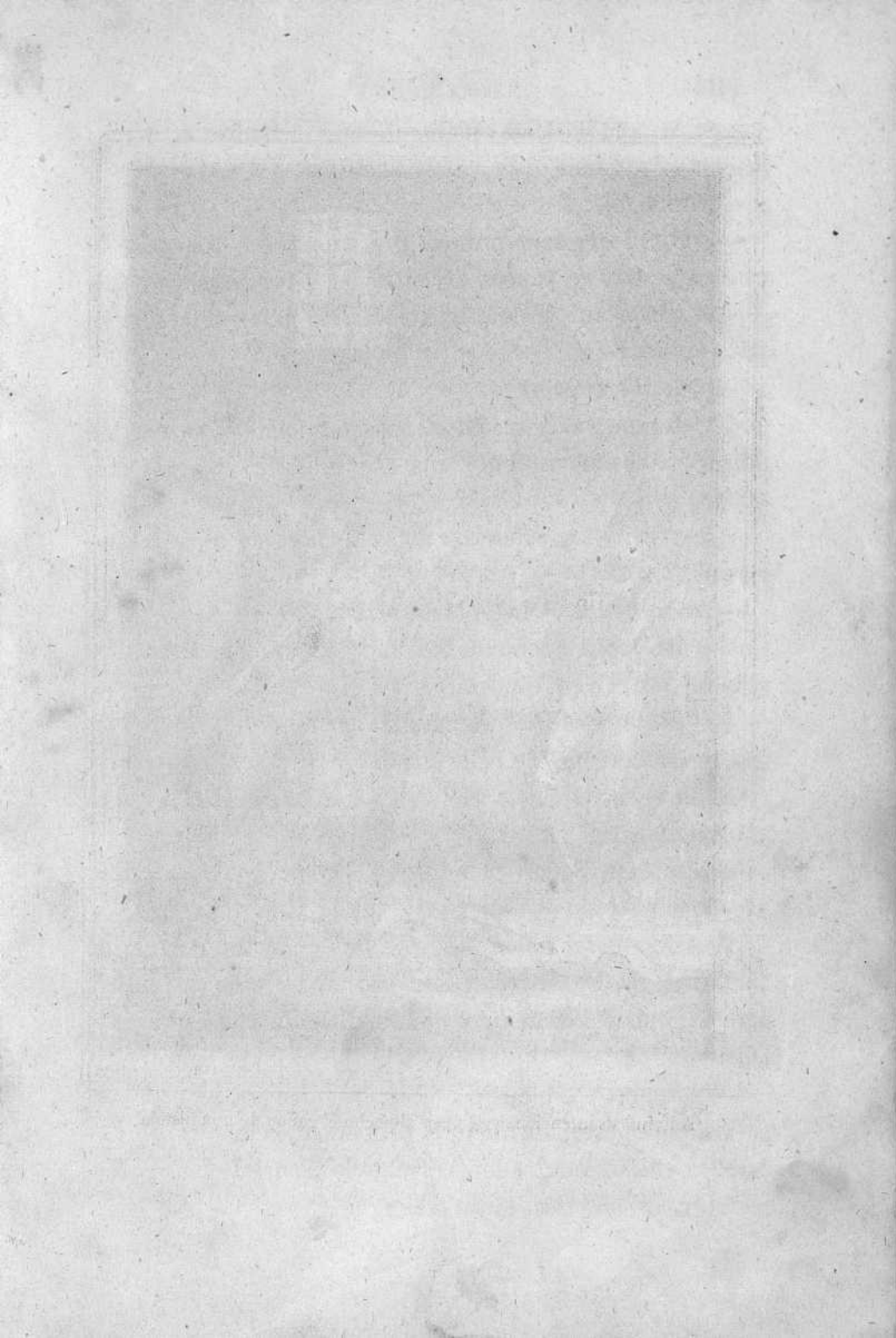
—Nada, nada, añadió Mesa sacando de un rincón de la alcoba una larga cuerda de cañamo y una mordaza; vuestra vida ó vuestra complicidad.

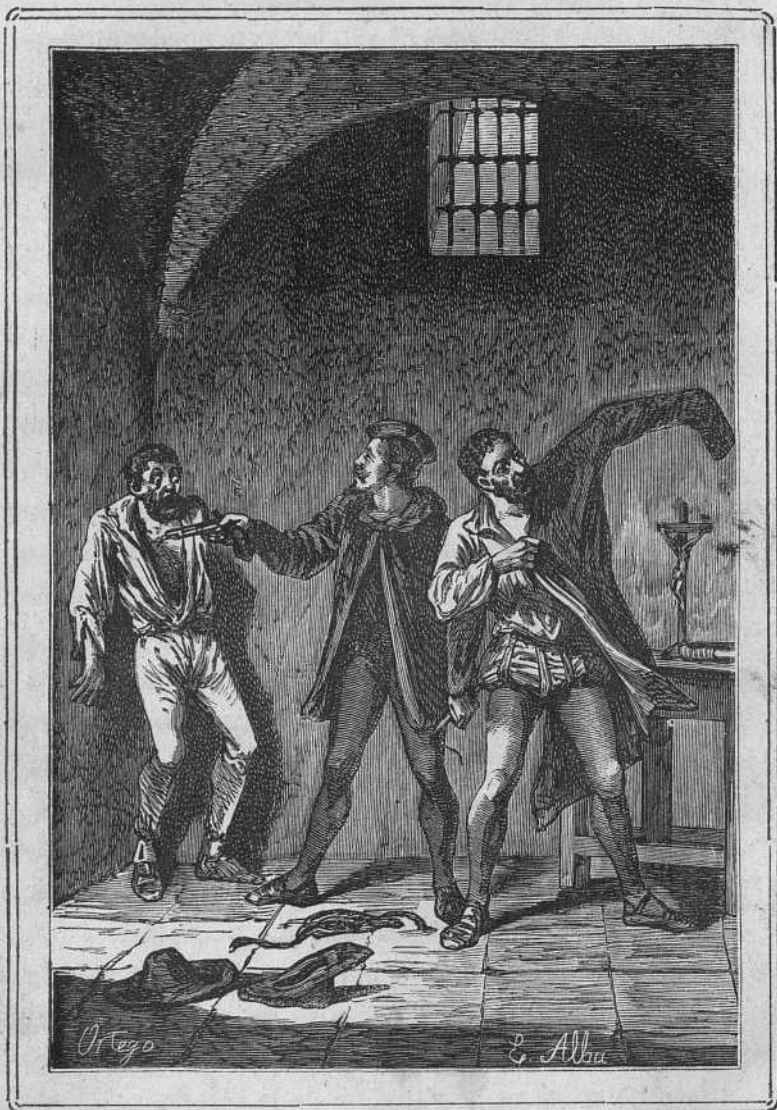
El pobre Bustillos, demasiado pusilánime para oponer una resistencia que de todos modos le hubiera costado la vida, elevó sus manos al cielo en señal de súplica, y exclamó acongojado:

—Cúmplase, Señor, tu voluntad. No puedo defenderme; haced, señores, lo que queráis de mí.

Antonio Perez habia salido ya de la cámara, y en la de Mayorini estaba disfrazándose con el traje de su mujer; pero el genovés, condolido de Bustillos, le dijo con acento afectuoso:

—Te apuras por bien poca cosa; ¿somos acaso los primeros presos que se escapan, ni tú el primer alcaide que se encuentra chasqueado? Además, ya te lo hemos dicho, si quieres huir con nosotros, tanto mejor.





Adivinó su intencion, y le puso al pecho el cañon de una pistola.

—Pero ¿y mi mujer?

—No es lo más á propósito, es verdad, pero puedes enviarla mañana, y pasado irte tú.

—Señor Mayorini, soy un hombre honrado y no quiero hacer traicion á mi rey.

—Bueno, añadió Gil de Mesa, entónces resignaos, y.... aprisa, aprisa... fuera ese traje.

El pobre Bustillos lanzó un suspiro, y poco á poco fué despojándose de todas las prendas de su vestido, no sin irritar á Gil, que se impacientaba de su tardanza.

Entretanto, Mayorini hizo lo mismo, y ántes de ocho minutos la trasformacion era completa.

—¡Por Santiago apóstol! exclamó Gil mirando estupefacto al genovés, ¿sabeis, señor, que estais convertido en un verdadero Bustillos? Os aseguro un buen éxito; es imposible conoceros.

Y volviéndose hácia el aturdido alcaide, prosiguió:

—Ahora permitidme, señor Bustillos, os tape la boca con esta mordaza. Es necesario ser prudente.

—Por favor, señores, yo les prometo no gritar.

—No es posible, añadió el genovés; apénas conociérais que nos hallábamos en una galería, comenzaríais á dar voces. Nada, nada, Gil, pónsela y aprieta bien.

Estas palabras indignaron á Bustillos, que fué sin duda á defenderse, porque la ira coloreó sus ojos y abrió la boca; pero Gil, que tenia la vista fija sobre él, adivinó su intención, y le puso en el pecho el cañon de la pistola.

El alcaide dejó caer los brazos con desaliento, dejándose poner la mordaza. En seguida Gil le ató fuertemente las piernas y los brazos, y colocándole en el suelo sujetó el exo-

tremo de la cuerda á una argolla que habia en la pared. Esto así, el pobre alcaide era ya completamente ofensivo.

Gil dió la pistola á Mayorini y sacó otras dos, que destinaba una para él y otra para su amo.

... En aquel momento el sol se ocultaba en el horizonte y no podian detenerse. Diez minutos más, y la puerta del castillo estaria cerrada.

Entónces fueron á buscar al secretario de Estado.

—Vamos, señor, vamos. No hay tiempo que perder; tomad esta pistola y mi brazo.

Antonio, disfrazado por completo, se desprendió de los brazos de su esposa, que exhalaba amargos sollozos, y apoyándose en el brazo de Gil de Mesa, salieron los tres de la prisión.

Antonio Perez estaba desconocido. El vestido de su mujer le cubria por completo, y llevaba además puesto el manto, con el cual procuraba ocultar su larga y poblada barba.

En cualquiera otra ocasion, aquellos tres hombres no hubieran podido permanecer serios al verse tan grotescamente disfrazados; pero en aquellas circunstancias en que tal vez jugaban sus cabezas, los tres caminaban silenciosos y lúgubres, ahogados por la emocion y lo extraño y terrible de la aventura.

Hasta allí todo marchaba bien, pero les faltaba lo principal. En el trayecto de los dos patios, la luz del día era todavía algo intensa para distinguir bajo el traje de Bustillos unas facciones que no eran las suyas, y esta circunstancia no dejó de alarmar á nuestros héroes.

—Somos perdidos, habia exclamado Antonio al reparar en aquel contratiempo; hay todavía demasiada luz en los patios.

—Pues ya no es posible volvernos atrás. El primer centinela nos ha visto.

—Adelante pues, dijo Mesa, que era el más arrojado, adelante; y vos, señor Mayorini, precedednos. Vos, señor Perez, apoyaos en mi brazo y ocultad vuestra barba. Por fortuna este guardián no se halla muy cerca.

Con efecto, el centinela, sentado en un poyo de piedra, vió salir á nuestros tres personajes, y creyendo que eran Bustillos y el criado de Antonio Perez con la señora que habia ido al castillo hacia dos dias, permaneció indiferente sin variar siquiera de actitud.

¡Bien es verdad que era tan extraño todo aquello!

Con tanta fortuna como el primer patio, atravesaron el segundo y las dos galerías, saludando Gil á los guardias con un aplomo que revelaba su serenidad y decision; pero al llegar al zaguan en que desembocaba la segunda galería, y en el cual se hallaba la puerta, vieron con asombro y terror que estaba cerrada.

La puerta, sin embargo, tenia un pequeño portillo, que se hallaba entornado solamente, y nuestros personajes se creyeron ya libres y seguros.

Pero ¡oh fatalidad! el portero, que se hallaba en su habitacion, situada en la última galería, al ver pasar á nuestros tres hombres salió de ella para abrirles el portillo, servicialmente, y esto iba á perderlos, porque al aproximarse á la luz tenia que reconocer á Mayorini.

Gil de Mesa, sin embargo, no se desanimó por esto.

Observó que el guardián se aproximaba, y dijo á Perez dejando su brazo:

—Corred, señores, pero sin precipitacion, que yo detendré á este impórtuno, corred.

Y habiéndose aproximado á Mayorini, fingió hablar con él algunas palabras, y despues dijo en alta voz:

—Está bien, señor Bustillos, podeis acompañar á Doña Juana.

Y volviéndose tranquilamente, hizo como que veia por primera vez al portero, y esperó que se le aproximara.

—Ah! Martin, le dijo cuando se le hubo aproximado, iba á vuestra habitacion á daros un encargo del señor Bustillos, que creia encontraros aquí en vuestro puesto.

—Estaba preparando las luces. ¿Pero á dónde va el señor Bustillos á estas horas?

—A enseñar á esa dama, que es la esposa del señor Antonio Pérez, no sé qué sitios pintorescos que hay por aquí. Pero me estarán esperando. Oid lo que me ha dicho.

—Sí, he visto que os hablaba. ¿Era alguna orden?

—Justamente.

—¿Para mí?

—Sí, señor.

—Decidla pues.

—Que dupliqueis las guardias durante su ausencia, que será de un cuarto de hora, y que atranqueis la puerta, aún cuando todavía no es de noche.

—¿Pues qué temé?

—No lo sé, como me lo ha dicho os lo digo.

—Será obedecido, y voy á acompañaros.

Y con efecto, siguió á Mesa hasta el mismo portillo.



—Ya en él, fuera por casualidad ó por recelo, salió al campo y miró en torno del castillo, lo cual hizo estremecer á Gil; pero afortunadamente no vió nada.

—¡Calle! exclamó, ¿dónde se han metido? No veo al señor Bustillos ni á esa dama.

—¡Pues es verdad! replicó Gil de Mesa riéndose con toda la gana del que no ha podido reir en mucho tiempo; no caminan poco aprisa. ¿Y ahora hácia qué lado me dirijo?

—¿Pues qué no sabéis á dónde iban?

—Nó. El señor Bustillos, condolido de la tristeza de la pobre esposa del señor Perez, la dijo hace un momento que se animara, y que si queria admitir su compañía, podria distraerla un cuarto de hora enseñándola un sitio muy pintoresco que hay por aqui, pero no dijo adónde.

—Sitio pintoresco no conozco ninguno.

—Pues así lo dijo. ¿Qué diablos voy á hacer? ¿A que voy á estar caminando por ahí anda que te anda sin poder reunirme á mi señora? Vaya, vaya, añadió separándose del portero, mi instinto me guiará, y si no me divertiré solo. Hasta luego, y no olvidéis la órden, duplicad las guardias y atranead la puerta.

—Yá, yá, quedo enterado.

Y Gil, separándose del castillo, miró al cielo con la expresion de la más ardiente gratitud.

—¡Por Santiago! exclamó deteniéndose, todavía no podemos cantar victoria, pero creo que el negocio es hecho. Ahora sólo falta saber si se han reunido á Gil Gonzalez, para lo cual han debido tomar aquel camino segun mis instrucciones.

Y echando á andar, murmuró dos ó tres veces:

—¡Pobre señora! ¡Quiera Dios no la cueste cara esta aventura.

Al cabo de ocho ó diez minutos de marcha, mirando con recelo á todas partes, volvió la vista y divisó al castillo, que le hizo estremecer, y calculando que con la escasa luz del crepúsculo ya no podrían distinguirse desde sus ventanas y torreones, aceleró cuanto pudo el paso, pero sin recurrir á la carrera.

De pronto una idea vino á turbar su alegría. ¿Se habrían extraviado los dos fugitivos, y en vez de tomar el camino debido habrían tomado otro cualquiera? Si esto era así, la fuga era ya imposible, porque sin caballos serían cogidos sin remedio ántes de pasar la raya de Aragón.

Era de presumir que en el castillo se enterasen pronto de lo que acababa de pasar, y en seguida montaría su fuerza armada y exploraría todos aquellos contornos, en una ó dos leguas en circuito, no necesitando para esto más que una hora, mientras Mayorini y Antonio Perez necesitarían tres para recorrer aquella distancia, pues el segundo no podía caminar aprisa, y era además natural que se detuviesen algunos momentos de vez en cuando para esperar á Gil.

Esta duda alarmó al fiel servidor, pero como nada podía hacer, empezó á caminar más aprisa aún, y la noche, que casi había cerrado, le hizo presentir que la segunda parte de aquella aventura no iba á ser tan feliz como la primera.

Quando calculaba que ya se habria alejado del castillo de Turuégano más de media legua, y comenzaba á creer fundadamente que sus amos se habian perdido, vió á la última claridad del dia dos sombras que se deslizaban á lo largo del camino.

Entónces su corazón se animó, y echó á correr hacia ellas. Las sombras se detuvieron al sentir los pasos de Gil, y trataron de ocultarse detrás de unos matorrales que bordeaban el camino, lo cual le hizo concebir la esperanza de que eran Perez y Mayorini.

Con efecto, no tardó en aproximarse y colocarse delante de ellos.

Entónces una de aquellas sombras amartilló una pistola, y exclamó con voz vibrante:

—¡Alto! ¿Quién va?

Gil, lleno de alegría, reconoció la voz del genovés.

—¡Dios sea bendito! mis buenos señores, exclamó lanzando un suspiro de felicidad, creí no encontraros.... Ya estamos libres.

—Aún nó, exclamó Perez. ¿Falta mucho para llegar á donde nos espera Gil Gonzalez?

—Un cuarto de legua.

—¡Dios me dé fuerzas para llegar.... Marchemos.

—Sí, sí, añadió Mayorini; cada minuto de detencion es una demora horrible. Apoyaos, señor Perez, en mi brazo y en el de Gil, para que podamos caminar un poco más aprisa.

Seguido el consejo, bien pronto nuestros tres personajes desaparecieron en la oscuridad del camino.

## CAPITULO XI.

### Asilo sagrado.

Con mucha más felicidad de la que creían, nuestros tres fugitivos llegaron á Buberca, en donde no queriendo hospedarse en ninguna casa, descansaron dos ó tres horas en el fondo de una alameda próxima al pueblo, y á cuyo sitio Gil les llevó abundantes provisiones de boca.

No tenemos necesidad de decir que Antonio Perez se habia quitado el traje de su mujer en el momento de llegar á donde Gil Gonzalez los esperaba con los caballos, el cual sin detenerse partió á Calatayud para pedir al convento de dominicos de esta ciudad un asilo para Perez y Mayorini.

Despues de dos ó tres horas de reposo, y ya refrescados tambien los caballos, salieron de Buberca continuando su viaje, llegando dichosamente á Calatayud al anochecer del dia 23 de Abril de 1590.

Gil Gonzalez ya habia solicitado y conseguido del prior del convento de San Pedro la licencia para que se refugiaran en él Antonio y Mayorini, por lo que sin detenerse ni un minuto penetraron en el edificio, siendo recibidos afectuosamente por el prior.

Aquella noche por fin, y gracias á la caridad de los buenos religiosos, Perez y Mayorini pudieron descansar, aunque no dormir, pues aparte de que todavía no se consideraban completamente seguros, el uno no podia olvidar á su hija, y el otro á su mujer, expuestas á la cólera de su real enemigo y á la del mismo Bustillos y gentes de armas de Turuégano.

Pensando en esto el desgraciado no pudo dormir, y deseando la luz del dia, apenas hubo penetrado ésta por la celda que ocupaba en compañía de Mayorini, se vistió, pasando á ver al prior del convento.

El buen padre le recibió como un amigo cariñoso, y después de exponerle sus temores y hacerle una confesion de toda su vida, le dijo con lágrimas en los ojos:

—Padre mio, en vista de lo que acabo de manifestaros, ¿no os parece conveniente que implore por última vez la caridad de D. Felipe II?

—Sí, hijo mio, me parece muy razonable tu idea, porque al fin el señor rey D. Felipe es tu rey y ha sido tu amo. Débesle respeto y obediencia, y acaso tu última súplica consiga más que todas tus anteriores.

—Pero ¿y si desgraciadamente no sucede así? exclamó Perez con desaliento.

—No dudes de la bondad de Dios, hijo mio.

—¡Ah! léjos de mí esa idea, señor; pero si conociérais como yo á Felipe II, ¡cuán pocas esperanzas fundaríais en su bondad!

—Sin embargo, obligacion es de todo buen vasallo demostrar obediencia á sus reyes.

—Señor, basta ya, exclamó Perez con amargura, voy á

hacerlo. No quiero que pueda acusarme de desobediencia y rebelion. ¿Pero quién llevará mi carta?

—Yo me encargo de ella.

—¡Ah! ¡cuán bueno sois, padre mio, para un pecador como yo!

—Es que yo no miro en tí al pecador, sino al hombre! De crímenes te acusan que sólo Dios puede perdonar; pero te has arrepentido y los has expiado, y Dios es infinitamente misericordioso. Escribe, hijo mio, escribe al rey, y espera. Entretanto aquí puedes estar tranquilo, pues no hay poder en la tierra que se atreva á violar el sagrado de la casa de Dios. Además tu criado Gil ha partido para Zaragoza á ver al Justicia mayor, y mañana puede estar de vuelta con la respuesta. Vamos, vamos, Dios mejorará sus horas... hijo mio.

Las dulces palabras del anciano prior, y más que todo la elocuencia persuasiva de su acento, tranquilizaron á Perez llevando á su alma esa esperanza en la Providencia, que es una segunda fé, y que hacía tanto tiempo que no conocia.

El buen padre sacó útiles de escribir, y dijo al antiguo secretario:

—Ea, toma, hijo mio, fuera vacilaciones y cumple hasta lo último con tus deberes de un buen vasallo. Humíllate, que Dios ensalza al humilde para humillar al soberbio. Anda, escribe mientras oro por tí.

Y el prior, sentándose en su sillón de baqueta, cruzó las manos y se puso á rezar en voz baja.

Perez vaciló un momento, pero después cogió un pergamino, púsose la mano en la frente como para coordinar sus ideas, y comenzó á escribir.



»por su gran piedad, mande mirar por esta mujer é hijos é  
 »hijos y nietos de padres y abuelos fieles y probados de  
 »V. M., y por quien V. M. es, se sirva que vivamos en un  
 »rincon, en que V. M. fuere servido, pues será rogando á  
 »Dios para cuando más no valgamos, por la larga vida y  
 »prosperidad de V. M., á quien él la dé muy cumplida en  
 »todo como la cristiandad lo há menester. De San Pedro de  
 »Calatayud á 24 de Abril de 1590 años.»

Despues que Perez hubo terminado de escribir esta carta-memorial, la leyó dos ó tres veces y luego se la enseñó al buen padre.

—Mirad, padre mio, le dijo, leed lo que digo al rey. Creo que si tiene en su corazón algo de humano, ha de conmovérse con esto.

—Sí, repuso el prior despues de haberla leído; me parece perfectamente, y voy á mandarla llevar en seguida con un propio. ¿Pero qué ruido es ese? añadió asomándose á la ventana de su celda, que caia al extenso y pintoresco huerto de la casa. El antiguo secretario se sobrecogió lleno de miedo.

Desde la ventana á la que el prior se habia asomado, no se veia nada más que la tranquila superficie sembrada de hortalizas y frutales, y un fraile escardando unos cuadros de lechugas.

—Eh, hermano Cosme, exclamó el prior dirigiéndose al fraile hortelano, ¿qué ruido es ese que se nota hácia la puerta?

—Lo ignoro, reverendo padre; pero si vuestra paternidad quiere saberlo, inquiriré su causa.

—Bien, hermano. Enteraos pues.



El fraile desapareció por entre unos arcos de piedra, y á los seis ó siete minutos penetró en la celda de su superior.

—¿Qué ocurre? le preguntó éste.

—Una gran novedad, reverendo padre. El muy noble caballero de Calatayud D. Manuel Zapata, pretende entrar en el convento á viva fuerza.

—¡Dios mío! ¡vienen á buscarme! gritó Perez estremeciéndose.

—¿Qué escucho! dijo el prior. ¿un tan cristiano caballero como es ese pretende violar la casa de Dios? ¿Quién le acompaña, hermano?

—La justicia y doce arcabuceros de S. M. nuestro buen rey el señor D. Felipe II.

—¡Dios me salve! exclamó Antonio, no quedándole ya duda que era á él y á Mayorini á quien buscaban. ¡Oh! por piedad, añadió dirigiéndose al anciano sacerdote, no me entregueis, padre mío, á las iras de Felipe II. Quiero morir antes que volver á caer en su poder.

—Tranquilizaos, hijo mío. La casa de Dios es un asilo sagrado é inviolable. Quien atraviesa sus umbrales violentamente, el látigo del Señor debe azotar su rostro.

Y añadió dirigiéndose al fraile:

—Avisad á la comunidad lo que ocurre, sin alarmarla; decid á D. Manuel Zapata que modere sus ímpetus y que suba á verme. Hablaremos.

—¡Ah! ¿pero vais á entregarme, padre mío?

—Nó; confiad, órad si os es posible.

Antonio se dejó caer aterrado y desalentado sobre la tarrima que servía de lecho al prior.

Al mismo tiempo oyéronse pasos en la galería, y un ca-

ballero seguido de dos soldados se presentó á la puerta de la celda.

Al ver al prior, descubrióse respetuosamente y entró solo en la celda, saludándole.

—La paz sea con vos, hijo mio, le dijo el buen sacerdote; acabaseme de decir que tratábais de entrar á viva fuerza en este santo monasterio, y yo os pregunto, señor, ¿con qué derecho allanais, profano, la casa de Dios, violando todo cuanto hay de más sagrado?

—Reverendo padre, contestó el caballero con respetuosa firmeza, traigo una orden de nuestro señor rey D. Felipe II para prender al señor Antonio Perez en donde quiera que le encuentre.

—Nó, nó, imposible, exclamó el prior. El rey no puede atreverse á hacer lo que no se atreveria un herege ni un judío. Nuestro convento es doblemente sagrado porque tiene el derecho de asilo desde el rey D. Pedro, y no puede D. Felipe II destruir la obra de sus antepasados.

—Triste y violenta es la comision que me ha confiado, añadió el caballero; pero vea vuestra paternidad la orden. Es terminante y no admite dilacion.

Y al mismo tiempo de pronunciar estas palabras, sacó un pergamino, que entregó respetuosamente al anciano.

Este le leyó con rapidez y por un momento no supo qué decir. Era indudable que luchaba entre sus deberes y su temor de ofender á Felipe II; pero al cabo de aquel momento venció su conciencia y entregó el pergamino al caballero.

—Tomad, le dijo, la orden es terminante, pero ha sido dictada por el espíritu tentador. No puedo obedecerla.

—¿Qué dice vuestra paternidad? Sabeis....

—Todo lo que podais decirme, señor caballero. Mi conciencia me manda defender al hombre que se ha colocado bajo el amparo de Dios, y tengo que cumplir con mi conciencia.

—¿Pero sabeis á lo que os exponéis, señor?

—Los primitivos cristianos tambien sabian á lo que se exponian cuando confesaban la fé de Cristo, y no obstante la confesaban. Ese es nuestro deber. No ignoro el compromiso en que mi negativa os coloca; pero hijo mio, si el rey está por encima de nosotros, Dios está por encima del rey.

—El hidalgo hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Habeis leído toda la órden, señor? dijo al anciano.

—Toda.

—¿Y no habeis visto lo que me dice si vuestra paternidad no quiere entregarme el preso?

—Sí. Que atropelleis la casa de Dios; que hagais uso de la fuerza.

—Entonces....

—Hacedla, pues, señor hidalgo. El atropello no será por eso ménos digno de castigo.

—¡Oh! reverendo padre, exclamó Zapata verdaderamente angustiado, evitadme el disgusto de tener que cometer una violencia, yo os lo suplico; soy un buen cristiano y un vasallo leal; no puedo desobedecer al rey ni atacaros con el alma tranquila.... Impedidme que haga uso de la fuerza; dadme á esos dos hombres que se han refugiado aquí.

—No puede ser, ya os lo he dicho.

—Por favor, señor.

—Es imposible....

—Mirad que...

—¡Ah! señor caballero, ya me habeis amenazado tres veces!...

—Y os amenazaré trescientas, exclamó Zapata ya exasperado al ver que el prior permanecía inflexible. Muchachos, añadió aproximándose á la puerta de entrada, pasad aquí y sacadme á ese hombre; que así es la voluntad del señor D. Felipe II.

Los dos soldados que se habian quedado en la puerta avanzaron al centro de la habitacion; haciendo exhalar al desgraciado Antonio Perez un ¡ay! lastimero de terror y espanto; pero el anciano prior, que vió decidido á Manuel Zapata, precipitóse sobre el crucifijo que tenia en la mesa, y levantándole en alto, se interpuso con él entre los soldados y su defendido, diciéndoles con acento solemne y profundo:

—Para tocar un solo cabello del señor Antonio Perez, habeis de pasar ¡sacrilegos! por encima del crucificado. —

Zapata y los dos soldados retrocedieron con respeto santiguándose devotamente, miéntras que el antiguo secretario caia de rodillas y dominado por el terror oraba en silencio sin saber que oraba.

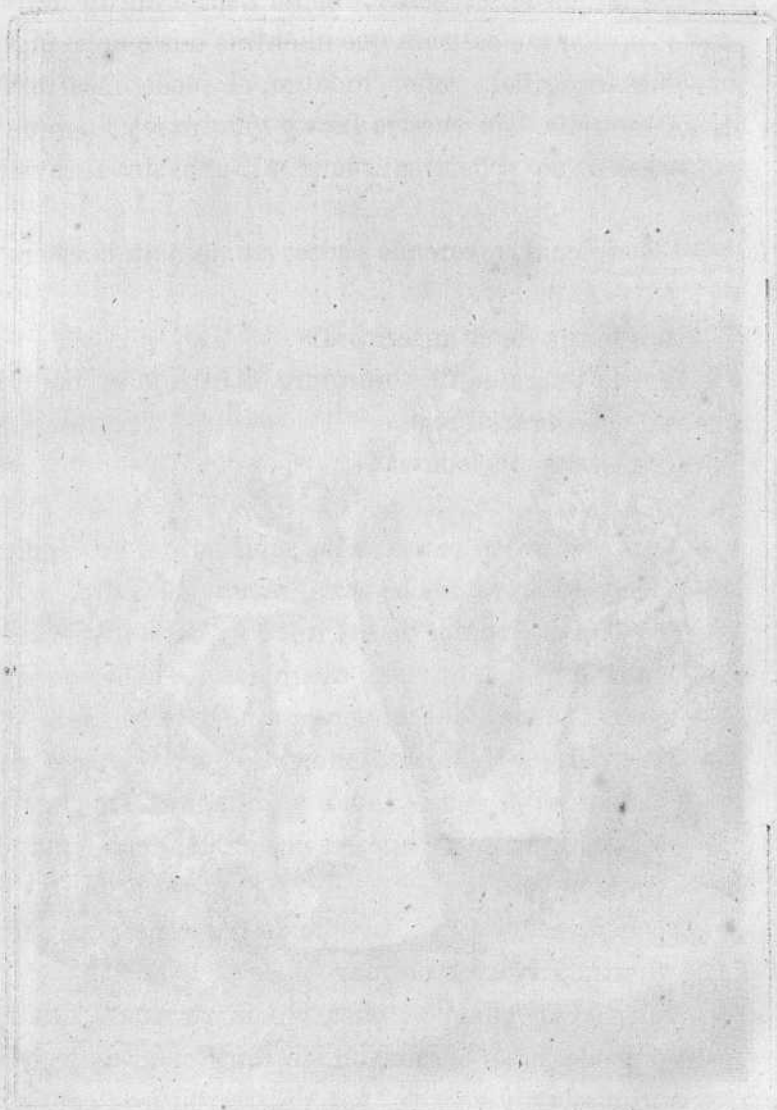
—¡Oh! esto es demasiado, exclamó el caballero bajando su espada.

El prior, algo desarmado con aquéllas muestras de religioso respeto, le dijo con acento más afable:

—Hijo mio, retiraos é id á dar cuenta al rey de lo difícil que os es cumplir vuestra mision. Hacedle presente que el prior de San Pedro de Calatayud no quiere consentir en la extradicion del preso, y suplicadle que os releve y consienta que el prisionero permanezca aquí.



Para tocar un solo cabello del Sr. Antonio Perez, habeis de pasar ¡sacriligos!  
por encima del crucificado.



Faint, illegible text or markings at the bottom of the page, possibly a watermark or bleed-through from the reverse side.

—Eso no puede ser, señor, repuso Zapata algún tanto re-  
puesto; ¿quién me asegura que mientras tanto no se fugará?

—Pues escogitad, señor hidalgo, el modo más razona-  
ble de cumplir con vuestro Dios y vuestro rey, porque en  
esta ocasión no podeis satisfacer al uno sin agraviar al  
otro.

—Todo lo cual, reverendo padre, aumentará la cólera del  
rey, y....

—Dios tenga de él misericordia.

—Dios la tenga de mí, murmuró el caballero; no puedo  
ménos de obedecer al rey.

—¿Cómo, insistis todavía?

—Señor....

—¿Tan poco valen para vos las súplicas de un anciano?

—No soy quien os desobedezco, reverendo padre.

—Pero sois el ejecutor de esa infucua y desatentada orden.

—Que os juro me hubiera alegrado no haber recibido.

—Lo creo, señor hidalgo, pero eso no os absuelve.

—Observad que debo obediencia al rey.

—Tambien se la debeis á Dios y á sus ministros.

—Observad que puede encerrarme en una torre ó mandar-  
me decapitar.

—Apegado estais á la vida cuando por conservarla sacri-  
ficais vuestra salvacion eterna.

—Señor, absolvedme.... pues teneis potestad para ello.

—No puede haber absolucion sin contricion, es decir, sin  
arrepentimiento; y vos, en vez de arrepentiros continuais  
empeñado en violar esta casa.

—Concluyamos, reverendo padre. Es preciso concluir.

—Pues terminemos. Pasad por encima de mí si os atreveis.

Zapata se mordió los labios de cólera, y no sabía cómo arreglar aquel asunto, cuando se le ocurrió una idea.

—Reverendísimo padre, dijo al prior, no quiero cargar mi alma con tan negro pecado, como lo sería si os maltratará para que me entreguéis á ese hombre; no quiero tampoco desobedecer al rey.

—¿Pues cómo vais á hacerlo?

—Dejando al señor Antonio Perez preso en su celda con centinelas de vista.

El sacerdote abrió los ojos asombrado.

—¡Qué escucho, señor Zapata! ¿Quereis convertir en depósito de soldados ó en cárcel pública la casa del Señor?

—No hay otro remedio, señor.

—Imposible.

—No es el primer ejemplar, y de este modo transijo. Ahorradme el disgusto y el bochorno de tener, que emplear la fuerza.

—¿Y os atreveriais?

—Abajo tengo doce arcabuceros, que mandaré subir si os obstináis, reverendo padre.

Habia en estas palabras tal decision, que el pobre anciano comprendió que toda resistencia era inútil, y que si continuaba oponiéndose, se exponia á que la soldadesca atropellase sacrilegamente la santa casa.

Iba, pues, á ceder con todo el dolor de su corazon, cuando Antonio Perez, que habia logrado reponerse algun tanto al saber que no seria sacado del convento, se incorporó y avanzó hasta colocarse frente de D. Manuel Zapata.

—Señor caballero, le dijo con voz opaca y convulsiva á pesar de la serenidad que queria fingir, me entrego de buen



grado á vos, pues no quiero que esta santa casa ni este noble anciano sufran por culpa mia atropello de ningunal clase. Soy vuestro, señor; disponed de mí lo que gustéis.

—¡Noble hijo mio! exclamó el prior abrazándole.

—¡Cumple con su deber! añadió el caballero.

—¡Gracias! repuso Perez, no necesito de vuestras lisonjas, señor hidalgo, y estoy á vuestras órdenes.

—Vamos pues, exclamó Zapata, haciendo una seña á los dos soldados para que se apoderasen del prisionero.

—Aguardad, replicó el prior adelantándose y colocándose otra vez delante de Perez; os he dicho ya, hijo mio, que este desgraciado no puede salir del convento.

—¡Cómo! repuso asombrado Zapata, ¿os atreveréis á oponeros tambien ahora, reverendo padre?

—De ningun modo.

—Entónces....

—Yo sólo quiero cumplir con mi deber. El señor Antonio Perez se resigna á quedar como preso en su celda, en la cual podeis poner centinelas de vista. A esto me conformo, interin S. M. y nuestro prelado disponen otra cosa, y vos mismo; hace un momento, tambien habeis transigido con esta condicion.

Zapata se mordió los labios, pero se resignó á no llevarse á Perez como queria.

—Sea pues en su celda, añadió con despecho; guiadnos á ella para dejar montada la guardia, á cuyos individuos espero que vuestra paternidad guarde las consideraciones debidas.

—Todos son mis hermanos, y nada ha de faltarles en el convento. Venid, caballero, y vos tambien, hijo mio.

El prior salió de su celda precedido de Antonio Pérez, el hidalgo y los dos arcabuceros, que con esa obediencia pasiva de la disciplina militar, no habían hecho en toda aquella escena ni el menor gesto de desagrado ó placer.

Antonio Pérez fué por último encerrado en su celda, á cuya puerta se colocaron dos arcabuceros, y Zapata se despidió del prior, quedando en comunicar al rey el cumplimiento de su mandato.

En cuanto al desgraciado secretario, por mucho que le disgustase aquella prision, encontrábase sereno y tranquilo, porque al fin se hallaba en Aragon, y esperaba de un momento á otro por medio de Gil de Mesa, la contestación del gran Justicia á su petición, para ser manifestado juntamente con Mayorini.

Este quedó en otra celda, preso tambien con las mismas condiciones.

## CAPÍTULO XII.

### Los trabajos de Gil de Mesa.

Algo habia mejorado con la fuga la situacion de Perez y Mayorini, pero no tanto como podian esperar, porque presos en el convento de San Pedro mártir, y presos por el rey, era de temer que no se contentase con aquella prision el vengativo corazon de D. Felipe.

Antonio, confiado en su carta, que por último fué entregada á un correo, así como en las gestiones que suponía continuaria haciendo Doña Blanca, tenia alguna vaga esperanza de que mejorase su situacion; pero Mayorini, que conocia á Felipe II, manifestó á Perez que tan expuesto creia encontrarse en el convento como en el castillo, mientras continuasen en poder del rey; y tanto habló y dijo á su señor, que resolvieron indicar sus temores á Gil de Mesa, para ponerse de acuerdo y tratar de refugiarse en Zaragoza.

Dos dias despues, el leal criado se presentó en el convento con el rostro radiante de alegría, porque el gran Justicia de Aragon habia recibido con interés la peticion de Perez y Mayorini y le habia ofrecido acceder á ella.

—Después de estas explicaciones, Mayorini indicó á Gil sus dudas y le pidió un consejo.

—Señor, le contestó Mesa con el desenfado y decision que le eran peculiares, no solamente soy de vuestra opinion, sino que considero una imprudencia cada minuto que permanezcais aquí. El rey sabrá á estas horas, ó no tardará en saberlo, el resultado de la comision del señor Zapata; y como no es esto lo que quiere, enviará algun lebel de su ejército con cien ó doscientos hombres en nuestra busca y con la orden terminante de cogernos vivos ó muertos. Por manera, señor, que si nos descuidamos, es posible que de nada nos sirva habernos fugado del castillo.

—¿Pero crees que Felipe II se atreverá á violar el sagra-  
do de esta casa? repuso Antonio.

—Como violó, señor Perez, la iglesia de San Justo de Madrid, cuando os refugiásteis en ella. ¿Acaso lo habeis olvidado?

—¡Ah! es verdad, replicó Perez lanzando un suspiro.

—Ya veis, pues, de qué no será capaz el rey, mucho más cuando ahora estará hecho un Lucifer, y con tantas ganas de cogernos como de salvar su ánima.

—¡Gil! gritó Perez en tono de reconvencion.

—¡Por Santiago! repuso el antiguo soldado con vehemencia; veo, señor, que la experiencia os sirve de muy poca cosa.

—Creo que tienes razon, exclamó Mayorini.

—Y bien, ¿cuál es tu parecer? añadió Perez.

—Que debemos salir de aquí lo ántes posible.

—¿Y esos centinelas?

—Se les mata.

—¡Dios mio! ¿más sangre todavía?

—No hay otro remedio. Pero si lo dejáis á mi cuidado, antes de mañana estaremos camino de Zaragoza. Ya en poder del gran Justicia y en la cárcel de la manifestación, D. Felipe se mirará muy bien de atacarnos.

—¿Y qué piensas hacer?

—En este momento lo ignoro. Pero antes de media hora ya tendré un plan fijado y detallado.

—Pues bien, añadió Perez, ¿qué te parece, Mayorini? ¿qué hacemos?

—Huir á Zaragoza.

—¿Y cómo?

—Eso es cuenta de Gil.

—¿Me dais permiso, señor, para obrar como me parezca?

—Sí; tu lealtad es digna de mi confianza, amigo mio.

—Entónces os dejo. Gil Gonzalez que nos ha acompañado, me ayudará y pronto saldreis de aquí... ¡Por Santiago! no es razon que dejemos la liebre á medio desollar; hasta luego.

—Dios te acompañe, dijo Perez, dejándose caer desfallecido en su sillón, porque las fuerzas le faltaban después de tantas y tan repetidas contrariedades.

Con efecto, aquel mismo dia Gil tomó un caballo y volvió á Zaragoza, avistándose nuevamente con el gran Justicia y el esposo de Constanza. Refirióles lo que habia ocurrido, suplicándoles que sacasen á Perez del convento, porque de no hacerlo así, se exponian á que Felipe II volviera á apoderarse del desgraciado prisionero.

D. Juan de Lanuza y su hijo ofrecieron á Gil enviar por Perez al siguiente dia, y el leal servidor regresó de Zaragoza contento y satisfecho.

Acto seguido, se avistó con su amigo Gil Gonzalez.—

—Escucha, le dijo, llevándole á un figon que se hallaba situado casi extramuros de Calatayud, mañana el gran Justicia de Aragon va á enviar algunas fuerzas para apoderarse de mi pobre amo, y es preciso que nosotros le ayudemos.

—¿Y cómo?

—Procurando que se amotine esta gente.

—¿Y cómo?

—Haciéndola ver que atacando á la persona del señor D. Antonio Perez, refugiado en Aragon, se atacan los fueros aragoneses.

—¿Y es eso posible?

—Basta con una palabra. Reune á ocho ó diez; diles que es contra fuero lo que pretende Felipe II, y que es preciso salvar al señor Perez de las garras del austriaco. Así como así, ya sabes que el pueblo está muy descontento....

—¿Y si nos pescan?

—Nos ahorcan, exclamó el antiguo soldado con una naturalidad que hizo reir á su compañero.

—¡Ah diablo! exclamó éste, ¿conque nos ahorcan? Pues me gusta tu conformidad.

—¿Y qué esperas? Si nos cogen poco ménos que conspirando, ya ves, es muy natural que nos hagan bailar en el aire. Estarán en su derecho. A cada uno lo suyo. ¿Pero te resuelves?

—Ya lo creo, porque no faltarán algunos ducados.

—Eso se supone. El señor Antonio Perez tiene aún quien le preste.

—Bueno, pues cuenta conmigo. ¿Cuándo hay que empezar la cosa?

—Cuando quieras, con tal que para mañana estén los ánimos preparados, pues mañana vendrán de Zaragoza á buscar á mi señor y á Mayorini.

—Entónces no conviene descuidarnos. Voy á empezar ahora mismo.

—Buene y... Dios te acompañe.

Después de estas palabras, los dos amigos se separaron y cada uno marchó por opuestas direcciones.

Gil de Mesa se dirigió á la plaza, y detuvo á un cortador de carne que iba con las herramientas de su oficio colocadas en su ancho cinturón de cuero, que ceñía su cintura.

—Buenos días, amigo, le dijo dulcificando todo cuanto pudo su voz y con el desembarazo que le era propio, ¿quereis decirme dónde vive el noble hidalgo D. Manuel Zapata?

—Allí enfrente, en aquella casa de las dos torrecillas.

—Dios os lo pague.

—Ahora no le encontrareis en ella. Ha ido á Zaragoza con pliegos para el virey de Aragon.

—¡Ah! ¿para el señor marqués de Almenara?

—Justamente. ¿Le conoceis?

—Pues no le he conocer, cuando tan célebre se está haciendo con su conducta para con el pueblo.

—He oido contar muchas cosas... pero la culpa no es suya, sino de Aragon.

—¿Cómo?

—En nuestros fueros se prohibe al rey de Castilla que nos envíe gobernadores ni vireyes que no sean del país; el rey ha violado este artículo, lo sufrimos, pues bien empleado se nos está.

Gil se sonrió. La fortuna le habia deparado uno de los

muchos descontentos que poblaban el Aragón, y que sólo esperaban una coyuntura para tomar las armas en favor de su independencia y de sus leyes.

—¡Por Santiago! le dijo dándole una palmada en el hombro, me parece que sois un aragonés como el que busco.

—¿Buscáis un aragonés? pues todos lo somos aquí.

—Sí, pero yo necesito uno que desee lo que yo deseo.

—¿Qué deseáis, amigo?

Gil miró al cortador con misteriosa fijeza, y le dijo casi al oído:

—Echar abajo la tiranía del austriaco y defender nuestros santos fueros.

—¡Oh! somos de unas mismas ideas.

—Creo que sí. Venid, acompañadme á aquella hostería, y hablaremos.

—Vamos á ella.

Y el cortador siguió á Gil tan confiado y satisfecho, que cualquiera los hubiese tomado por dos antiguos amigos.

Poco despues, sentados delante de una mesa, en la que brillaban un buen pedazo de lengua de vaca y un jarro de vino, volvieron á reanudar su conversacion, despues de haberse dicho mutuamente sus nombres.

—Veo, amigo Gil, que podemos hablar en confianza. En Calatayud hay muchos descontentos, que sólo desean una ocasion de manifestar su opinion contraria á la influencia austriaca que comienza á dominar el país. ¿Eres acaso algun enviado de los de Zaragoza? ¿Se proyecta algun golpe?

—Sí, se proyecta, pero no de la trascendencia que sería de desear.



—¿Y por qué?

—Porque yo no soy enviado por el pueblo de Zaragoza, sino por el señor Antonio Perez.

—¿El antiguo secretario del rey?

—El mismo.

—¿Ese que está preso y van á ahorcarle?

—Si la vírgen del Pilar no le salva, creo que sí.

—Dicen que merece la muerte por sus infamias.

—Calumnias, repuso Gil estremeciéndose de cólera; sólo Dios y el rey saben lo que hay de verdad en todo eso. Porque has de saber, amigo, que en el proceso de mi amo y señor hay mucho misterio, mucha infamia y... puedo asegurarte que si á mi amo le fueran á castigar segun las leyes de este país, saldria absuelto.

—¿De veras?

—Y eso es lo que quiere.... ser manifestado.

—¿Es del país?

—Ya lo creo, él y toda su familia. De este modo, quiero decir, siendo manifestado, la justicia descubrirá la verdad, y si es culpable le cortarán la cabeza, y si no lo es, le absolverán; pero juzgado en Castilla por jueces comprados, calcula tú el resultado. Esto es lo que se desea. Y á este fin se ha fugado del castillo de Turuégano y venidese aquí.

—¿A Calatayud?

—Justamente.

—Algo habia oido de esto. ¿Y dónde está?

—En el convento de San Pedro mártir.

—¡Calla! Entónces el señor D.<sup>o</sup> Manuel Zapata, cuando hace dos dias recibió un correo y fué con veinte ó treinta arcabuceros al convento, iba á causa de ese negocio. Y—

—A sacar al señor Perez de la santa casa.

—¿Y le han sacado?

—Nó, pero le han puesto centinelas de vista.

—¿Dentro del convento?

—En su misma celda.

—¡Eso es un sacrilegio! amigo Gil.

—¡Horrible! però lo peor nó es eso, por malo que sea.

—¿Pues qué es?

—Que si le han dejado preso en el convento es sólo mientras sé avisa al rey.

—¿Y si le han avisado?

—Entónces vendrá un tercio entero y violarán el sagrado asilo.

—¿En tierra de Aragon? exclamó el cortador frunciendo las cejas.

—Justamente.

—Lo dificulto.

—Pues no lo pongas en duda. Eso es lo que va á suceder.

—En Aragon no háy más autoridad que la del gran Justicia, y si tu amo se ha manifestado, ¡vive Dios! que Felipe II no ha de poder volverle á atrapar.

—¿Lo crees así, amigo mio?

—Tanto, que si te acomoda, esta noche reuno unos cuantos camaradas, nos vamos al convento, sacamos á tu señor, y quiera que no quiera, á Zaragoza. Ya en Zaragoza, que venga el rey D. Felipe.

—¡Ah! entónces tendriais que luchar con los arcabuceros que custodian al señor Perez.

—Ya lo creo.

—¿Y estás decidido?

El cortador miró por un momento á Gil, y le dijo con pausa y gravedad:

—Amigo mio, no te conozco ni sé quién eres; pero como todo lo que te he dicho acerca de este asunto es público, y en Calatayud todos pensamos lo mismo, no creo haber cometido ninguna imprudencia. Por lo demás, si tú tienes alguna idea, sé franco. Los aragoneses somos incapaces de ser traidores. Seguramente que algo quieres decirme.

—Si en verdad: ¿acaso no lo has comprendido?

—Nó.

—Pues entónces debo manifestarlo. Quiero que mañana en el momento de que llegue á Calatayud la fuerza que envíe el Justicia mayor para libertar á mi amo, se levante esta poblacion y la ayude. La agresion á nuestros fueros es palpable y directa; la dirigida á la casa de Dios es sacrilega.

—¿Y es eso todo lo que quieres?

—Todo.

—Pues has trabajado en vano, porque sin necesidad de tus excitaciones, Calatayud se hubiera tambien levantado para hacer respetar la autoridad del Justicia.

—¿De manera que puedo contar contigo?

—Conmigo y con mis compañeros.

—¿Cuántos sois?

—Veinte, pero cada uno tenemos tres ó cuatro que acudirán á nuestras voces, y que sacarian de su prision á tu amo aunque le custodiasen dos mil piqueros.

—¿Y cuándo te vas á poner en connivencia con tus amigos?

—Dentro de una hora.

—¿Cuentas con muchos?

—Ya te lo he dicho, unos veinte, pero que arrastraremos á todo Calatayud.

—¿Y armas?

—No hacen falta. A palos y á piedras prenderemos á esos veinte arcabuceros.

—Entonces nada hay que hablar, porque respecto al pago....

—¿Qué pago?

—El del servicio que nos prestais.

—¡Rayos y truenos! gritó el cortador pegando un puñetazo en la mesa, ¿has oído alguna vez que los aragoneses se vendan? Además, si has comprendido bien, habrás adivinado que nosotros no vamos á poner en libertad á tu señor, sino á entregarle al gran Justicia.

—Pues eso es lo que se desea. ¿No te he dicho que mi amo no necesita para ser absuelto más que unos jueces libres y probos?

—Tanto mejor para él. Entonces nada tenemos que hablar. Voy á avistarme con los amigos y hacerles presente que el rey D. Felipe II ha violado nuestros fueros y la santa casa de Dios. ¡Mil rayos sobre el extranjero!... ea.... vamos.

Y levantándose, no consintió que Gil pagara el convite, volviéndole á asegurar que el negocio se haría si veían que los arcabuceros del rey se resistían á entregar al preso; dió la mano á su nuevo amigo y se separó de él tarareando un aire nacional.

Gil, satisfecho de sí mismo y de la manera como habia conducido aquel negocio, corrió á participárselo á Antonio Perez y Mayorini, á fin de que estuviesen prevenidos.

—Pero mi parte, añadió uno, creo que debemos esperar á que venga el ejército de Gonzalo de Vargas á pasar al pri-

### CAPÍTULO XIII.

—Y si antes que él viene el capitán Vargas?

Dos días despues de estos sucesos, notábase en Calatayud un silencio y una tranquilidad algun tanto alarmante.

Por sus tortuosas callejas y en los ángulos formados por las tapias de algunos corralones, veíanse pasar y detenerse algunos hombres, ora armados con arcabuces ó picas, ó con hondas y bolsas de gruesas piedras. Estos hombres iban caminándose hácia el convento de San Pedro mártir silenciosos y pensativos, pero llevando retratado en sus fisonomías la cólera y el furor.

¿Qué habia pasado?

Introduzcámonos en uno de los grupos y lo sabremos.

—Amigos míos, decia el cortador que ya conocemos, el cual empuñaba un pesado arcabuz; hoy es el día destinado á demostrar á ese rey D. Felipe que nó impunemente se atacan los fueros de Aragon. Hoy, como ya os he dicho, se espera una partida de arcabuceros, á las órdenes del capitán D. Gonzalo de Vargas, que, sin duda avisado por D. Manuel Zapata, viene á arrancar al señor Antonio Perez del sagrado asilo donde se ha refugiado. La irreverencia y contra-

fuero es palpable. El señor Antonio Perez ha pedido y obtenido, como aragonés, el beneficio de la manifestacion, y por lo tanto, no hay otro tribunal que pueda juzgarle más que el de nuestro gran Justicia. De un momento á otro llegará esa partida del capitán Vargas. ¿Qué os parece, la esperamos, ó ántes atacamos á los arcabuceros que en el convento custodian al señor Perez?

—Por mi parte, añadió uno, creo que debemos esperar á que venga el enviado del gran Justicia á buscar al prisionero.

—¿Y si ántes que él viene el capitán Vargas?

—Entónces nos batiremos.

—¿Y no sería mejor, dijo otro, aprovecharnos de esta favorable coyuntura, y ganar la batalla con ménos derramamiento de sangre?

—Los dos pareceres son oportunos, añadió el cortador, que era el jefe de aquel grupo; y no pareciéndome prudente resolver por mí sólo, vamos á participárselo á los demás amigos.

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando un grupo de hombres apareció corriendo y dando voces y gritos.

—¿Qué ocurre? les preguntó el cortador.

—Que entran en la villa las tropas del rey.

—¿Cómo? ¿están ya aquí?

—Son unos cincuenta hombres, todos piqueros, y se han dirigido al convento de San Pedro mártir, no sin perseguirle y herir á maese Santiago, que disparó su arcabuz al capitán.

—Vamos, gritó el cortador, el negocio ya está armado. Adelante y vivan los fueros de Aragón!

—¡Vivan! exclamaron á coro todos aquellos hombres.

Y montando sus arcabuces, preparando sus hondas ó enristrando sus picas, corrieron en tropel hácia el convento que servia de prision á Perez.

Al llegar frente de él, encontráronse con una veintena de arcabuceros que les obligó á detenerse, pero su detencion sólo duró un segundo. Dando vivas á Aragon y sus fueros, avanzaron sufriendo la descarga de la tropa del rey, la cual produjo la muerte de un hombre é hirió á tres.

Los amotinados hicieron entónces uso de sus armas, y cuatro ó cinco soldados cayeron para no volverse á levantar.

En seguida y como la avalancha que se desprende del monte, arrollaron en su impetuosa carrera á los veinte arcabuceros, y no se detuvieron hasta llegar frente por frente del convento de dominicos.

Allí el negocio, como decia Gil de Mesa, no presentaba tan buen aspecto. Más de cuarenta soldados se hallaban en fila delante del edificio, y dispuestos á defenderse, como lo verificaron á los primeros ataques del pueblo, produciendo una terrible batalla, que causó la muerte á más de un combatiente.

Pero el ejército real empezaba á ceder, porque cada soldado que caia era irremplazable, miéntras que el pueblo iba aumentándose á medida que se prolongaba la lucha, y estrechando por consiguiente cada vez más á los arcabuceros.

De pronto extendiése por encima de todas las cabezas un grito unánime de terror y de ira.

Era que el capitan Gonzalo de Vargas, seguido de ocho ó diez arcabuceros, sacaba del convento á Antonio Perez y Mayorini.

Los dos prisioneros iban fuertemente unidos con una gruesa cuerda, y caminaban silenciosos y lúgubres. La palidez del antiguo secretario de Estado era cadavérica, si bien se notaba en su rostro una gran resignación, en cambio de Mayorini, que dotado de un valor frío y sereno, iba rojo de cólera y apostrofaba duramente á los soldados que le conducian.

Cuando los amotinados vieron que la violacion del convento se habia verificado ya, y que no obstante la oposicion, los dos prisioneros serian sacados del convento y tratados como unos miserables facinerosos, con escarnio de las leyes de Aragon, á cuya sombra se habian acogido y cuya proteccion habian obtenido del gran Justicia, no pudieron contenerse, y los gritos de ¡viva Aragon y sus fueros! ¡muera los tiranos! ¡abajo Felipe II! poblaron los aires con infernal algarabía.

Gonzalo de Vargas no esperaba sin duda que sus subordinados estuviesen en una situacion tan comprometida, y rugió como un leon al verlos dispuestos á huir cobardemente, acosados por el número excesivo de enemigos: así fué que se detuvo en el umbral de la puerta del convento, mirando con cólera á la apiñada é irritada muchedumbre, y calculando tal vez cómo podria gobernarse para hacer respetar las órdenes de su rey y señor.

Al cabo de un momento, volviése á uno de los sargentos que le acompañaban, y le dijo con voz de mando:

—Sargento Mella, conducid á los prisioneros al interior del convento, y sacadlos por la puerta del huerto. Llevaos diez hombres, mientras yo hago entrar en razon á esa canalla.



Entónces el pueblo vió una cosa que no pudo comprender al principio. Vió que los dos prisioneros volvieron á ser introducidos en el edificio, seguidos de los diez soldados que los escoltaban, y muchos gritaron llenos de alegría, porque creían que el capitan, por miedo de que se le fugasen, de sistia de sacarlos del convento.

Empero Vargas era valiente y decidido, y no les dió tiempo de meditar mucho sobre aquella extrañeza. Púsose al frente de su desbandada fuerza, hízoles sacar las tizonas, y empuñando él mismo una pistola, se precipitó sobre los revoltosos.

La presencia del capitan animó á los soldados, y fué tan terrible la agresion, que el pueblo, ahullando furioso, retrocedió hasta un edificio que se hallaba enfrente del convento y á unos cien pasos de él.

Esta retirada que causó la muerte de algunos hombres, parecia que iba á dar la victoria á los soldados del rey, pero bien pronto el pueblo se rehizo, y á las voces del cortador que ya conocemos, y que era de los que peleaban en primera línea, volvió á la carga con mayor denuedo.

Pero en aquel combate que tanta sangre habia de costar á todo el reino de Aragon, ¿qué sitio ocupaba Gil de Mesa?

El valiente y antiguo soldado no estaba ocioso ni mucho ménos. Antes al contrario, al ver aparecer á sus dos amos y observar que los volvian á introducir, Gil de Mesa no pensó como la mayoría de sus amigos, sino que acordándose de la salida falsa del huerto, supuso que los presos iban á salir por ella.

La tapia del edificio por aquella parte formaba con otra

de una casa una calleja estrecha y tortuosa, con salida por ambos extremos, próxima como debe suponerse al sitio en que el combate se verificaba.

Entonces Gil participó sus temores á varios de sus amigos, y no pareciéndoles infundados, se precipitaron veinte ó treinta hombres á la entrada de la callejuela.

Este movimiento fué visto y comprendido por el capitán Gonzalo de Vargas, y con objeto de dar tiempo al sargento Mella para salir con los dos presos, se precipitó sobre Gil y su gente con algunos cuantos hombres.

—¡Rayos del cielo! exclamaba blandiendo á derecha é izquierda su formidable tizona, para broma se prolonga esto demasiado, y es preciso que concluya pronto.

Casi ya á la embocadura de la calleja, hubo un choque terrible, pero Gil, pareciéndole que no debía exponer su vida en aquella ocasion, se precipitó en la callejuela y llegó en el mismo instante en que la puerta del huerto era derribada á culatazos por los soldados que custodiaban á Perez y Mayorini.

Al mismo tiempo una bala se estrelló en la pared á tres pulgadas de Gil, que ébrio, con esa embriaguez que produce el olor de la pólvora y el ruido del combate, exclamó haciendo una mueca á sus enemigos:

—El miedo os hace ver visiones, y creéis sin duda que soy algun gigante cuando apuntáis tan alto. Bajad la puntería y siempre al pecho. Si no se mata, se inutiliza y es lo mismo.

—Gil, gritó Antonio al verle frente de él y con el arcabuz en la mano, Gil, huye, toda resistencia es imposible.... ya no hay remedio.

Gil por toda respuesta apuntó al sargento y disparó.

El sargento soltó su espada, abrió los brazos y cayó de costado, rodando á los piés de Mayorini.

—Uno ménos, exclamó éste con la sangre fria que le caracterizaba en medio del peligro.

De pronto el arcabuz que Gil sostenia cayó al suelo, y el valiente soldado lanzó un grito.

Una bala le habia atravesado el brazo derecho.

—¡Dios mio! exclamó Perez al ver correr la sangre de aquel leal servidor, huye Gil, huye....

—¡Pobre muchacho! exclamó Mayorini.

Gil por toda respuesta miró con arrogancia á sus enemigos, pero vió apuntando á su pecho los cañones de los ocho arcabuceros de los soldados que custodiaban á Perez y Mayorini, así como otros muchos de los que se hallaban en la entrada de la callejuela, y comprendiendo que nada podia hacer, dió un terrible salto de costado, y echó á correr como un gamo.

Por su fortuna en el momento de hacer tan terrible cabriola, los cañones que á él se dirigian, vomitaron sus mortíferos plomos, y Gil desapareció sin que ninguno le hiciese caer al suelo.

Un rugido de ira resonó entre los soldados del rey, pero casi al mismo tiempo oyéronse las pisadas de muchos caballos, y un ruido inférnal acompañado de ayes y lamentos, se extendió hasta la tortuosa calleja.

¿Cuál era la causa de aquel ruido?

Vamos á saberlo.

#### CAPÍTULO XIV.

##### La extradición.

Gonzalo de Vargas, asombrado y no muy tranquilo volvió á la plaza, aterrándose al ver el aspecto que habia tomado el combate.

Con efecto, el pueblo habia tenido una ayuda poderosísima.

Cincuenta ginetes, lanza en mano, habian acorralado á los restos de las fuerzas del rey en el mismo vestibulo del convento, y cuando Vargas se presentó, ya los valientes soldados habian arrojado sus armas, comprendiendo que toda resistencia era inútil.

Entónces Gonzalo rompió colérico su espada y fué hecho prisionero por una multitud de paisanos, los cuales en su furor iban sin duda á darle muerte, cuando un caballero, ginete en un magnífico caballo, se aproximó al capitán, diciendo á los que le rodeaban:

—Alto, amigos míos.... Respetad la vida de ese bravo capitán. Nada de sangre inútil, para imprudencia basta ya la vertida.

Y volviéndose al asombrado Vargas, prosiguió:

—¿Capitan, cómo os llamais?

—Gonzalo de Vargas.

—Sois un valiente. Os he visto pelear antes de ahora. Daos á prision.

—Esta es la suerte de la guerra. Soy vuestro.

—No lo sereis por mucho tiempo. Calatayud pelea por sus hollados fueros, no por rebelarse contra su rey natural, y por lo tanto no puede ni debe tomar venganza de los que su rey le envíe para cumplir sns órdenes.

—¿Cómo os llamais?

—D. Juan de Luna, hijo-dalgo de Aragon.

—¡Ah! exclamó el altivo jefe, ¿sois hijo-dalgo y haceis armas contra el rey?

—Defiendo los derechos de mi país. Y además, puedo aseguraros que he llegado á buena ocasion. Si tardo media hora más, ni uno solo quedais.

—Pero habeis venido á atacar las fuerzas mandadas por D. Felipe II.

—No creí tener necesidad de desenvainar la espada, y sobre todo, á Dios sólo toca juzgar mi conciencia. Ahora, señor Vargas, aceptad por una hora el alojamiento que os ofrecen esos pobres religiosos. Venid conmigo.

Vargas obedeció en silencio, y siguió al señor de Luna, con paso firme y mirada altiva.

Al mismo tiempo entraban en el edificio, y rodeados de gente del pueblo que les victoreaban como á unos héroes, Francisco Mayorini y Antonio Perez.

Rotas ya sus ligaduras, la fisonomía de Antonio respiraba placer y esperanza, en tanto que la de su secretario no habia sufrido ninguna variacion.

Al ver al caballero, adivinaron por su apostura y su traje que era el jefe de las cincuenta lanzas que habían decidido el motin, y se apresuraron á darle las gracias.

—¿Sois vos el señor Antonio Perez?

—Sí, ¿y vos, caballero?

—D. Pedro de Luna, y he venido á buscaros comisionado por el gran Justicia para colocaros en la cárcel de la manifestacion. Si quereis más detalles, subid al convento y hablaremos.

—¿Quién os envía?

—D. Juan de Lanuza.

Mayorini fijó sus ojos de águila en el caballero, y no pareciéndole que mentia, Antonio Perez volvió á darle las gracias.

Antes de penetrar en el convento, D. Pedro de Luna se volvió á Vargas, y le dijo con respetuosa deferencia:

—Señor capitán, mucho siento el conflicto acaecido entre las tropas del rey y los buenos vecinos de Calatayud, así como me duele en el alma las víctimas causadas por este suceso. En cuanto á vos y á vuestros valientes soldados, sois libres y podeis disponer de vuestras personas como querais y desde este momento. Si vais en persona á enterar á D. Felipe II de este triste acontecimiento, manifestadle la consternacion que reina en Calatayud, por haberse visto sus honrados vecinos en la necesidad de defender sus respetados fueros y la casa de Dios.

Gonzalo de Vargas, ébrio de cólera no acertó á contestar ni una frase, y silencioso recogió los restos de su partida que fué alojada en la misma ciudad y tratada afablemente por sus vecinos á pesar de sus resentimientos.

Mientras tanto D. Pedro de Luna, Antonio Perez, Mayorini y el prior de San Pedro mártir, se hallaban en el refectorio, á donde habian obligado á entrar al caballero para que tomase alguna ligera comida.

—¡Oh! dispensadme, señores, decía éste; el espectáculo que he presenciado al llegar aquí me ha quitado completamente el apetito. El choque entre las tropas y el pueblo, ha sido más terrible de lo que parece, y más de veinte familias honradas estarán llorando á estas horas.

—Es una fatalidad que me persigue, añadió Perez con acento sombrío, todas cuantas personas se han interesado por mí, han sido arrastradas por el influjo de mi mala estrella. ¿Qué habrá sido del leal Gil de Mesa? ¿Cuáles serán las consecuencias de esta lucha que ha empezado á trabarse entre el rey y Aragon? ¡Ah! soy un miserable en pretender luchar con la Providencia provocando conflictos y causando la desgracia de tantas familias.

—Exagerais, señor, repuso Mayorini; las desgracias que hoy ha habido no pueden pesar sobre vuestra conciencia sino sobre la conciencia de D. Felipe II. El es quien, sin respetos de ninguna clase, y sólo obedeciendo á las inspiraciones de su odio, ha mandado á su tropa violar la santa casa de Dios y burlarse de los fueros de Aragon, que ha jurado guardar y respetar.

—Sí, añadió D. Pedro de Luna, no toda la culpa es vuestra, señor Antonio Perez, y debeis tranquilizaros. Yo suplico al muy reverendo prior que os lo haga comprender así, y que en nombre de nuestro gran Justicia, avive su caridad entre las familias de los desgraciados que han muerto en el motin.

—Descuidad, hijo mio, exclamó el anciano; ya he dado algunas disposiciones anticipándome á vuestros deseos, y bien podeis decir al noble D. Juan de Lanuza que todo lo que la caridad pueda remediar en Calatayud, todo será remediado. Pero hablando de otra cosa, señor, ¿creeis que D. Felipe II pasará por la humillacion de haber sido vencido?

—Nó, padre; replicó D. Pedro de Luna, el rey es demasiado celoso de su prestigio para que permanezca indiferente ante estos acontecimientos. Creo, y conmigo el tribunal del gran Justicia, que no debemos descuidarnos y que empleará toda la energia de su carácter para dominar á este país, y anular ó destruir nuestros fueros.

—¡Dios santo! exclamó Perez, y si eso tiene lugar ¡cuántas desgracias no vamos á conocer!

—Dios se apiadará de Aragon, exclamó el prior; es su causa la causa de la justicia. Tranquilizaos, señor Antonio Perez.

—¿Y decidme? prosiguió el hermano de Constanza dirigiéndose á D. Pedro de Luna, ¿cuándo habeis venido á sargarme de aquí, será porque la corte del Justicia habrá admitido y acordado mi manifestacion?

—Así es, señor Perez. ¿No sois aragonés?

—Ciertamente.

—Pues derecho teneis á ser juzgado por las leyes de nuestro país. Además, la opinion pública en Zaragoza, os cree más bien víctima de la venganza del rey, que criminal justamente procesado, y se ha interesado en vuestro favor, y estad seguro que Zaragoza os defenderá de cualquiera agresion del monarca, todavia mejor que pudiera hacerlo el tribunal del Justicia.



—¿Y cómo no os ha acompañado mi hermano Juan? —

—Tales eran sus deseos, pero no ha podido dejar á su padre. —

—¿Está enfermo?

—Precisamente enfermo nó, pero muy delicado sí. Ha quedado en esperarnos á la entrada de Zaragoza. —

—¡Ah! entónces cuando gustéis, señor D. Pedro de Luna. —

—Estoy á vuestras órdenes, señor Perez. —

—¿Pero no aceptais, hijo mio, nada de nuestro ligero ofrecimiento?

—¡Oh! nó.... Estoy afectado. Doy gracias á vuestra reverencia. —

Perez fué á levantarse cuando se presentó en el refectorio Gil de Mesa, con el brazo derecho en cabestrillo; pero radiante de júbilo, y con la mirada picaresca que le caracterizaba casi siempre. —

—Gil, exclamó Perez saliéndole al encuentro y estrechando su mano, Gil. ¡Ah! eres un valiente. —

—¡Phis! la muerte no me espanta, y ya sabeis que os aprecio. —

—Lo sé, amigo mio, lo sé, y estoy reconocido á tu lealtad. —

Y dirigiéndose al noble caballero aragonés, añadió:

—Señor D. Pedro de Luna, ved aquí á mi fiel criado Gil de Mesa, que no me ha abandonado en mi desgracia, y al que debo seguramente haber salido del castillo de Turuégano, y encontrarme ahora en vuestro poder. —

—Le conozco, exclamó D. Pedro; ha ido dos veces á Zaragoza. ¿No es verdad?

—Sí, señor. —

—¿Y ha sido el que comunicó al gran Justicia, que gracias al hidalgo D. Manuel Zapata quedabais preso en este convento por tropas de D. Felipe II?

—Justamente.

—Pues teneis un servidor leal, señor Antonio Perez, y como la lealtad es hoy tan rara, bien merece que estreche su mano.

Y el caballero apretó con efusion la mano del buen Mesa, que más satisfecho que si le hubiesen dado una coronela, exclamó agradecido:

—Poco valgo, noble señor; pero mi vida os pertenece desde este momento. He combatido por muchos años en Flandes, defendiendo los derechos de D. Felipe II; pero desde que entré al servicio del señor D. Antonio Perez, á él he consagrado mi corazon y mi brazo. No soy más que un rudo soldado, pero en ocasiones la rudeza puede servir de mucho. Escudado por ella, permitidme haceros una observacion que si no es oportuna, os ruego me perdoneis.

—Habla. Sé que eres hombre previsor, y tu consejo debe oirse.

—Pues es el caso que me parece, salvo vuestro parecer que debemos apresurarnos á marchar á Zaragoza. No creo que mi señor esté tranquilo hasta que se encuentre dentro de sus muros, mucho más cuando el capitán Gonzalo de Vargas, que por cierto es un valiente, ha salido ya de Calatayud con el resto de su partida, jurando y perjurando que se la hemos de pagar. No léjos de aquí en los pueblos próximos, siempre suele haber algunas pequeñas fuerzas, y es de temer que si llega á su noticia lo sucedido, se apresuren á volver por la honra de sus armas, tan rebajada en esta ciudad. ¿Qué os parece?

—Digo que tu consejo no es del todo despreciable.

—Tiene razon, añadió Perez, que tenia vivos deseos de encontrarse en Zaragoza.

—Pues bien, marchemos entónces, prosiguió el caballero; tú, Gil, puedes bajar á decir al sargento de mis lanzas, Heredia, que se disponga en seguida para la partida, y arregla con él el viaje. En cuanto á vos, señor Perez, arreglad tambien lo que os parezca, mientras voy á ver al señor alcalde para darle algunas instrucciones y conocer las disposiciones que ha tomado.

Dichas estas palabras, D. Pedro de Luna salió del convento seguido de Gil de Mesa.

¿Qué más podemos decir á nuestros lectores? . . . .

Media hora despues salian de Calatayud montados en dos caballos, Antonio Perez y Mayorini, acompañados de Gil de Mesa y Gil Gonzalez, y custodiados por las cincuenta lanzas que comandaba D. Pedro de Luna, el cual no podia dar por terminado su cometido hasta dejar á los presos en la cárcel de los manifestados y á disposicion del gran Justicia.

Más adelante sabremos las consecuencias que produjo la extradicion de Perez del convento de San Pedro mártir, así como la suerte que el cielo reservaba, tanto á él como á sus amigos y defensores.

## LIBRO CUARTO.

## LA CÔRTE DE FELIPE II.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## La infanta Isabel Clara.

Para proseguir nuestra narracion enterando á los lectores de sucesos muy principales y que deben por lo tanto no ignorar, tenemos que retroceder un pequeño período de tiempo, es decir un mes ó cuarenta dias antes de que Antonio Perez y Francisco Vazquez Mayorini, se fugaran del castillo de Turuégano.

En esta parte de nuestro libro todavía no hemos hablado de Felipe II más que por referencia, y justo es que volvamos á ponerle en accion. Los diez ú once años trascurridos no habian disminuido en nada la energía de su carácter ni el vigor de su robusta naturaleza. Sólo sus cabellos habianse vueltos blancos enteramente, y su cabeza no tenia ya la alta elevacion que le caracterizaba. El tiempo con su accion destructora parecia luchar con aquel gigante para vencerle, sin poder conseguirlo, y no era lo que ménos contribuia á la

celebridad de Felipe II aquella resistencia que su cuerpo y sus facultades oponian á los años cual si hubieran de ser eternas como Dios.

Empero la sombría expresion de su rostro y el fuego oculto y lúgubre de su mirada habia adquirido en aquellos diez años una expresion más terrible porque aquel gran rey, era muy débil como hombre.

El recuerdo de Doña Ana de Mendoza le perseguia aún tenazmente, porque habia amado á la princesa con toda la energía de su carácter, y del fuego de aquella pasion todavia quedaban cenizas.

El dia 20 de Mayo de 1590 Felipe II se hallaba sentado en su cámara, acompañado de su hija la infanta Doña Isabel Clara, á quien nuestros lectores sólo conocen de nombre.

Felipe II como siempre estaba vestido de negro, y sentado en un ancho sillón, miraba á su hija con ademan torvo é irritado, como si hubiesen interrumpido en aquel momento una cuestion acalorada.

La infanta, por el contrario, sentada en otro sillón enfrente de su padre, fijaba sobre él sus ojos de un pardo oscuro, con una admirable tranquilidad y como si dominase por completo la situacion.

Doña Isabel Clara Eugenia de Austria, hija de Felipe II y de la reina Isabel de Valois, tenia entónces 25 años, y sin poderla llamar hermosa, era de una presencia simpática y distinguida. Blanca como el nácar, sus cabellos eran rubios y abundantes, ornando su frente altiva, y en la cual podia leerse la energía de su carácter. Tenia los labios algo gruesos, como todos los principes de la casa de Austria, pero

tán bellamente modeladas y de un color tan vivo, que la comunicaban, cuando se sonreía, una expresión encantadora.

Por lo demás, su estatura era alta y gruesa, como una matrona de la antigua Roma, y todos sus movimientos revelaban á primera vista la ilustre cuna que la había mecido.

En cuanto á su carácter, poco podemos decir. La historia no nos ha dejado más detalles que los siguientes: era de un carácter enérgico y tenaz, como su padre, pero sin su hipocresía. Decidida á ejecutar una acción, caminaba á ella frente á frente y sin arredrarla ningún obstáculo, y poseyendo un talento claro, leía en el porvenir y juzgaba á los hombres y á las cosas, tal vez con más verdad y más filosofía que su mismo padre.

Esto es todo cuanto podemos decir acerca de Isabel Clara, y creemos con esto satisfacer á nuestros lectores.

Ahora, proseguimos.

—Hija mia, dijo el rey con gravedad, os empeñais en no complacerme, á pesar de las justas razones que os he expuesto, pero comprended que ya vais gastando el cariño y la paciencia del padre, y vais á despertar al rey.

—Padre y señor, contestó fría y respetuosamente la infanta, si lo que me habeis pedido no tocase á mi corazón, tiempo hace que os hubiera obedecido.

—¡Vuestro corazón! exclamó Felipe II con amargo sarcasmo; ¿y para qué teneis corazón? ¿no sabeis que las princesas sólo deben tener cabeza, y mucho más una princesa que es mi hija? ¡Ignorais, añadió lúgubrementemente, las veces que yo he tenido que destrozarme el corazón, por la salud y el engrandecimiento de mis reinos? Doña Isabel Clara de

Austria, dejad esa debilidad para las demás mujeres, y sed digna hija mía.

—Lo soy, señor, respondió con gravedad la infanta; pero ya sabeis, padre mio, añadió con dulzura, que vos tambien habeis amado alguna vez....

—Una sola.... nada más que una, murmuró el rey, como si contestase á su propio corazon más bien que á su hija.

—Pues bien, añadió la régia doncella con energía, yo tampoco amaré más que una vez, y es y será siempre al archiduque Alberto, mi primo.

—¡Ira de Dios! gritó el rey dando un golpe en la mesa, apurais mi calma, Isabel. Es necesario para mi política que seais esposa del rey de Francia, y lo sereis.

—¡La política! dijo la infanta con desden, cuidado con ella, padre y señor, porque aun vos, que tan político sois, os habeis equivocado algunas veces....

—¡Equivocado!

—Sí, padre mio.

—¿Estais loca? exclamó el rey asombrado de que hubiese quien dudase de su infalibilidad.

—Nó señor, contestó la infanta con acento seguro y convencido; el gran político de Europa, mi padre, el señor rey D. Felipe II, ha cometido un desacierto.

—¡Un desacierto! dijo el rey cada vez más atónito.

—Sí, señor.

—¿Y querreis explicármelo, infanta, ya que á tanto se atreve vuestra osadía?

—Yo, señor.

—Sí, sí, hablad, hablad, me gusta oiros discurrir en esta materia.

—Padre mio, respondió la princesa humildemente, perdonad á la vasalla y á la hija, porque va á seros muy sincera, ya que deseais saber su ópinion.

—Habla, repuso Felipe II impaciente.

Isabel Clara continuó:

—Por ser demasiado buen católico, humilde hijo de la Iglesia Romana; por querer que en todos vuestros reinos impere la religion católica, la sangre ha corrido á torrentes en vuestros estados de Flandes, y estais expuesto á perder aquel dilatado y rico país.

—¡Ah! exclamó el rey, ¿vos creéis, hija mia, que la religion católica ha sido la única causa de mi rigor en Flandes y los Países Bajos?

—Sí, padre mio.

—¡Niña loca! exclamó el monarca con acento de dulce reconvencion, niña imprudente, que porque tiene algun talento, ya piensa que conoce á su padre. Mi política es grande y atrevida, y no podeis comprender, princesa, muchas de sus manifestaciones.

—Verdad será lo que decís, señor, añadió la infanta, pero yo he creído comprenderlo.

—Y comprendísteis un disparate, hija mia, repuso el rey con cierta amabilidad.

—Lo creo, padre y señor, contestó la infanta, pero si fuérais tan bondadoso que me lo explicaseis.... Ya sabeis cuánto agradezco vuestras lecciones, y cuánto me aprovecho de ellas.

—Sois digna hija mia, dijo el monarca satisfecho; y voy á explicaros mi política en Flandes, esa política que tanto os asombra y que tan desacertada considerais.



—Yo, señor....

—Sí, sí.... Es preciso que aprendais y que me conozcais, infanta. Acercaos.

Isabel Clara aproximó su sillón al lado del de su padre, tan cerca que las manos de la princesa se apoyaban en el brazo derecho del rey.

—Hija mía, exclamó por fin Felipe II despues de un momento de silencio y mirando á la infanta con fijeza; mi padre, el grande y victorioso emperador Carlos, me dejó un florido y dilatado reino, el cual no he querido que en mi poder se empequeñeciese y Dios sabe que todo cuanto he hecho, bueno ó malo, ha sido por el engrandecimiento de mi reino, y sólo Dios tiene derecho á juzgarme. Comprendí que para que un reino sea poderoso, no debe tener más que una religion, porque sinó en la época actual seria una revolucion continúa, y sobre todo, princesa, *más quiero no tener vasallos, que tener vasallos herejes* (1). Una nacion que tiene muchas religiones, concluye por empequeñecerse, porque cada una de ellas forma familia, costumbre y capital aparte. Además, mi hijo y sucesor Felipe es débil é ignorante, añadió en voz baja; y con estas cualidades, haga el cielo que, aun dejándole el reino arreglado, quieto y floreciente, sepa conservarlo. ¿Y qué sería si ocupase mi trono con el reino dividido en diversas religiones, y luchando como siempre unas con otras para apoderarse del ánimo del monarca y adquirir la preponderancia para mandar? Nó, Isabel, nó, mi política es buena, y nada vale una poca sangre derramada, si por verterla se consolidan la paz y la prosperidad.

(1) Histórico.

—¡Padre! la sangre derramada hace daño y ahoga, dijo la infanta estremeciéndose.

—No, hija mía, añadió el rey sombríamente, una sangría oportuna da la vida en ocasiones.

—¡Grande, pero horrible política! dijo aterrada la infanta.

—Indispensable, hija mía, y necesaria para la tranquilidad de los reinos que dejo á vuestro hermano.

—Señor, contestó la infanta con acento profético, á pesar de lo que habeis hecho, y no obstante vuestro rigor, Flandes no será de España, porque aspira y lucha por ser libre, y lo será.

—Esos son consejos de vuestro primo el archiduque Alberto, dijo el rey frunciendo el ceño y mirando á su hija con ademán interrogador.

La infanta se ruborizó y guardó silencio.

El monarca añadió:

—El archiduque quiere ser dueño de los estados de Flandes, con vuestra mano, y rey de los Países Bajos, y el amor que siente por vos, sólo es ambicion.

—¡Oh! no, dijo la infanta protestando.

—Sois una niña, Isabel.

Esta alzó los ojos y contestó mirando al rey fijamente.

—Señor, teneis un gran talento, y vuestra política es grande, pero sin embargo, en España hay dos religiones.

Como verán nuestros lectores, la infanta separaba siempre la conversacion de sus amores con el archiduque.

El rey no comprendió la idea de su hija y la contestó impaciente:

—Vamos, princesa, ¿quereis enojarme?

—Nó, señor, añadió la jóven; ¿os olvidais de los moriscos que profesan libremente su religion?

—Eso es completamente distinto, porque esa es la religion de sus padres, que se les ofreció respetar desde la conquista de Granada. Los moriscos son los más ricos de España, y ofrecen generosamente al rey todo lo que necesita.

—Pero tienen religion, costumbre y capital aparte, añadió la infanta, y vos los tolerais en España, no obstante de lo que os dan que hacer con sus continuas revueltas.

—Hija mia, dijo el rey ya enojado; me explico y no me comprendéis. Los moriscos son en un todo distintos de los flamencos. Estos quieren introducir una religion nueva, que casi los emancipa, y los moriscos sólo desean conservar la suya.

—Pues el cardenal Granvela ha dicho que si no se les expulsa de España, siempre tendrán revuelto el reino.

—¿Eso ha dicho? exclamó Felipe asombrado y con desprecio, ¡pobre cardenal! nunca servirá para nada, y siempre ha de ser un político miserable.

—¿Con qué es un disparate, padre y señor, la idea del cardenal?

—Sí, porque al expulsar de España á los moriscos, se llevarán sus inmensas riquezas, y con ellas la prosperidad del país. Ellos son los entendidos labradores, los hábiles artistas, los artifices inteligentes, y al expulsarlos, allí donde se recogieran, llevarian todas sus luces en contra de España. ¡Locura es semejante idea! A los moriscos debe tenérselos á raya, obligarles á pagar gruesos tributos, pero nunca arrojarlos de España, ni enviarlos á otro país, en el que, trasformados en enemigos, puedan atacarnos, y atacarnos con ventaja.

—¡Gran talento y sábia política teneis, señor! dijo la infanta asombrada.

—Y si lo conoceis, hija mia, ¿para qué os oponéis á mis deseos? añadió el rey; vos esposa de Enrique IV de Francia, hariais á ese monarca mi aliado en contra de la Inglaterra, y la soberbia Isabel, que siempre me está haciendo la guerra con sus armas y con sus intrigas, se tendria que entregar á discrecion.

—Pero, padre mio, ¡si yo amo á Alberto! contestó la infanta dolorosamente.

—¿Y qué vale un capricho amoroso, cuando se trata de vuestro engrandecimiento y del de vuestra familia?

—Señor....

—Sí, es necesario que reflexioneis, y no os empeñeis en sostener un absurdo.

—Pero señor....

—Lo he dicho, añadió el monarca con entereza, lo he dicho, y no me obligueis á mostrarme severo.

La infanta bajó la cabeza, pero orgullosa y decidida, no tardó en levantarla.

—Padre y señor, repuso con una firmeza inconcebible; no seré más que esposa del archiduque.

Felipe II se estremeció como si le hubieran insultado, y sus manos crispadas se apoyaron convulsivas en los brazos del sillón. Sus ojos, casi inyectados de sangre, se fijaron en su hija amenazadores, y la dijo por fin, no pudiéndose ya contener:

—Os casareis con el rey de Francia, porque vuestro padre os lo manda.

—¡Imposible!

—Lo manda vuestro rey, exclamó ya exasperado Felipe II.

—Si no escuché los cariñosos consejos del padre á quien tanto amo, ménos obedeceré las órdenes del rey, dijo la infanta altiva y arrogante.

—Cuidado, señora, que podria pesaros tal desobediencia, dijo el rey con acento terrible y lúgubre; estoy ya cansado de este asunto, y es menester que concluya y que se haga lo que mi voluntad ordena; sereis esposa de Enrique IV.

—No lo seré, padre y señor, contestó la infanta.

—¡Hija rebelde! ¡cuidado! añadió el rey levantándose.

—No sería vuestra hija si cediese al temor. Si una infanta de España tuviese miedo, sería indigna de ser de vuestra sangre y de llevar vuestro nombre.

Al rey le agradó aquella energía, y volviéndose á sentar, la dijo procurando dominarse.

—¿Pero es posible, señora, que no me habeis de comprender?

—No me es posible, señor. Dí mi palabra al archiduque, y no faltaré á ella.

—¿Y quién sois vos para disponer así de vuestra persona?

—No he dispuesto, señor.

—¡Cómo!

—Si así lo hubiera hecho, me habria ya casado, y espero humildemente vuestro consentimiento, que al fin me dareis.

—¿Esto más? ¿Estais loca? ¿Quién habia de casaros contra mi voluntad?

—En España nó, pero en Francfort sí, respondió la infanta con la misma seguridad de ánimo con que habia empezado aquella conversacion.

Felipe II volvió á levantarse completamente trastornado ya por la cólera. Las últimas palabras de su hija habian acabado de exasperarle, y disgustado ya porque se habia mostrado más indulgente y tolerante de lo que tenia por costumbre, comenzó á pasearse por la habitacion murmurando palabras inconexas.

En el entretanto la infanta continuaba sentada, inmóvil y aparentemente muy tranquila, esperando para retirarse que estallase la tormenta ó desapareciese por completo.

Por fin el rey se detuvo delante de su hija y con acento ronco por la cólera, la dijo:

—Señora, ya no soy vuestro padre: por última vez, ¿me obedecis casándoos con el rey de Francia?

—Nó, señor.

—Entónces quedais presa hasta que obedezcais.

—Aunque lo esté toda la vida.

—Bien, desde este momento quedais presa en vuestra cámara, y cuidado con que salgais á la saleta, porque os pondré guardias.

—Obedezco á V. M., contestó la infanta con acento tranquilo.

Y poniéndose de pié, hizo á Felipe II una respetuosa reverencia, y salió en silencio de la cámara.

—¡Oh! exclamó el rey desesperado, pero con cierto orgullo satisfecho; es inflexible como yo.... ¡Digna hija mia! Y sin embargo, ahora es preciso que me obedezca.

---

## CAPÍTULO II.

### El señor Sebastian de Santoyo.

Apenas la infanta Isabel Clara habria tenido tiempo de llegar á su retrete, cuando el ayuda de cámara del rey, Sebastian de Santoyo, abrió la mampara del régio aposento.

Felipe II apoyaba la cabeza entre las manos y reflexionaba en la conversacion que acababa de tener con su hija.

Santoyo no podia llegar en peor ocasion, pues el rey estaba sériamente irritado.

La infanta era su hija, y su hija más querida y predilecta, y conociendo su carácter, comprendia que nada conseguiria de ella, aun cuando emplease el mayor rigor.

Santoyo, en cuanto dirigió la vista á su real amo, comprendió en seguida lo que pasaba en su corazon, lo cual no debe extrañarse, porque hacía más de cuarenta años que se hallaba á su servicio.

El señor Sebastian de Santoyo tenia unos sesenta años, pero se encontraba todavía derecho, ágil y vivo como un jóven.

Sus ojos eran grises, pero llenos de inteligencia; sus ca-

bellos entrecanos se hallaban recortados alrededor de su frente, y su trage, que era muy sencillo, casi humilde, completaba la idea de que el buen palaciego era un hombre de bien, servicial y leal.

Y con efecto, Santoyo no tenía en palacio más destino que el de ayuda de cámara, pero todos sabían que era una potencia cerca de Felipe II, porque conociendo lo que valía, le trataba como á un amigo, y tenía en él una ilimitada confianza.

Y con efecto, esta confianza era justa. Santoyo era fiel al rey por miedo, por costumbre y por cariño, y como tenía talento suficiente para comprender que por mucho que los cortesanos le pagasen los secretos del monarca, más había de pagarle el rey por ocultarlos, su adhesión á Felipe II era tan justificada, que casi podemos decir que el monarca confiaba en él como en sí mismo.

Ya sabemos que Santoyo era amigo de Antonio Perez, pues el antiguo secretario de Estado, á pesar de su orgullo, había siempre distinguido y considerado al antiguo ayuda de cámara, y éste agradecido, era ciegamente suyo, y le favorecía en todo aquello que podía servirle sin faltar al rey.

Felipe II, como hemos dicho, estimaba á su ayuda de cámara, y aun le quería todo lo que era capaz de querer á un fiel servidor.

Le contaba cosas que no sabían ni aun las personas de su familia, y en negocios espinosos no se desdeñaba de pedirle consejos, porque Santoyo, sin ser un hombre instruido, tenía un excelente criterio y una razón muy sana.

De aquí la familiaridad con que el ayuda de cámara trataba á su amo, familiaridad que le autorizaba verdadera-



mente á penetrar sin anunciarse en la cámara del rey y en los momentos en que estaba de muy mal humor.

Despues que Santoyo hubo abierto la mampara, se adelantó de puntillas hasta colocarse casi á la espalda del rey, en donde se detuvo y tosió para llamar su atencion.

Felipe II levantó la cabeza como un tigre irritado, pero al ver á Santoyo se tranquilizó, y le dijo con voz abatida:

—¡Ah! ¿eres tú, Santoyo? ¿Qué me quieres?

—Señor, repuso el ayuda de cámara besando la mano de su amo con cariñoso respeto.

—¿Qué me quieres? volvió á preguntarle Felipe II.

—Venía á pedir una gracia á V. M.

—¡Una gracia!

—Sí, señor; pero adivino que está V. M. muy disgustado y que es mala ocasion para impetraros clemencia.

—Es verdad, repuso el rey, muy mala; pero no estoy disgustado, sino lleno de pena y de dolor.

—¡Dios mio! exclamó Santoyo con verdadera alarma, ¿qué tiene V. M.? ¿Merezco que me lo confie?

—Sí, Santoyo; pero para esto acércate aquí, mi buen Sebastian.

El ayuda de cámara se adelantó hasta colocarse enfrente del rey, y de pié, mirándole anhelante, apoyó una de sus manos en el respaldo del sillón que habia ocupado la infanta.

—¿Sabes, Santoyo, dijo el rey despues de un momento de silencio, sabes que el destino se conjura contra mí para proporcionarme rebeldes hasta en el mismo seno de mi familia?

—Señor, el príncipe de Asturias es un modelo de buenos hijos.

—Sí, porque es débil y apocado. ¿Pero no tengo yo más hijos que el príncipe D. Felipe?

—La infanta, añadió Santoyo con cierto temor, la infanta es la hija que más quiere á V. M., y no será la que le disguste.

—Pues ella es, mi buen Sebastian.

—¡Qué oigo, señor!

—Ella, mi buen Sebastian, es la prenda de más valía que tengo; es la que más se parece á mí en su carácter fuerte y arrogante, y sin embargo, élla es la que me ha proporcionado hoy un disgusto grave y sério.

—¿Ella, señor?... ¿S. A. R. os ha ofendido?

—Nó.

—Pues entónces....

—Déjame concluir. Hace un año que estoy luchando con ella, prosiguió el rey con creciente cólera, y mi paciencia ya se va agotando. Yo, que sólo por su engrandecimiento quiero que sea reina de Francia casándose con Enrique IV.

—¡Y se niega! preguntó Santoyo asombrado.

—Sí; por los ridículos amores del archiduque Alberto de Austria, de ese príncipe imprudente.

—Pero S. A. es una noble princesa y una hija cariñosa....

—¡Cómo! exclamó el rey interrumpiendo incomodado á su ayuda de cámara. ¿Tambien tú defiendes á esa rebelde hija?

—Señor, es hija de V. M.

—¡Oh! los reyes no tenemos esposas, hijas ni familia. A los reyes nadie nos ama, y todos tratan de engañarnos y de rebelarse contra nuestra autoridad. ¡Ella! ¡Isabel Clara! ¡Ella, en quien he reconcentrado todo mi cariño desde la

traicion de la princesa de Eboli, entrega su cariño y su corazón á otro hombre sin permiso de su padre, no dejando ya nada para él.

—Es ley de naturaleza, señor, contestó Santoyo dolorosamente.

—¿Y crees que voy á consentirlo? dijo el rey airado; nó, nó, mi hija será esposa del rey de Francia, porque así conviene á mi política.

—Nada conseguirá V. M.

—Pues bien, peor para ella. Ya la tengo presa en su cámara, y allí estará hasta que me obedezca.

—Estará toda la vida ántes que ceder, dijo Santoyo con convicción. S. A. es la hija que más se parece á V. M. en la energía de carácter, y morirá primero que olvidar al archiduque.

—¡Ah! por eso la quiero tanto.... porque se parece á mí.

Y Felipe II dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Santoyo aterrado guardó silencio, porque cuando el rey se ponía así, la menor palabra ó reflexion solia despertar su terrible cólera.

Después de algunos momentos de silencio, el rey se levantó, comenzando á pasearse por la cámara, sumido en amargas y profundas reflexiones.

De pronto se detuvo. Dejóse caer como desfallecido en su sitial, y exclamó con acento dolorido:

—¡Sebastian, soy muy desgraciado!

—Señor, V. M. es un gran rey.

—Así dicen, Santoyo, pero ¡ay! tú no sabes lo que me domino, lo que sufro para ocultar en el fondo del alma las amarguras que Dios me envía. Sólo tú sabes que Felipe II

sufre, que tiene corazon y pasiones.... ¡Oh! la princesa, á quien tanto amé, la creo ver todavía tan hermosa como ántes de su horrible traicion; D. Carlos, mi primer hijo, tambien se rebeló contra mí, muriendo en la flor de su edad; Isabel de Valois, mi esposa, D. Juan de Austria, mi hermano.... todos, todos me han engañado.... todos quisieron explotarme, y todos han muerto.... ¡Oh! ¡Sebastian, Sebastian, mi cabeza es un volcan que arde!...

Y el monarca se apretó la frente con ambas manos, pero despues hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y se alzó tranquilo y soberbio, exclamando friamente:

—Cumplí con mis deberes de rey.... todos conspiraron contra mi autoridad, y fueron justamente castigados.... no puedo tener escrúpulos de conciencia por mi conducta, pero.... ¡ah! sí.... hay en mi vida un episodio que me avergüenza, porque no obré ni como rey, ni como caballero, ni aun siquiera como hombre.

Santoyo miraba al rey estupefacto: nunca le habia visto tan entregado á sus recuerdos.

Felipe II prosiguió:

—¿Te acuerdas, Sebastian, de aquella bellísima jóven, llamada Beatriz de Lara?

—No me acuerdo, rey mio....

—La sobrina de la condesa de Medina, la hija del capitán de piqueros, Rafael de Lara.

—¡Ah! sí, la novia del Corsario Negro.

—La misma, añadió Felipe II, y prosiguió con acento sombrío; aquella niña me quiso sinceramente, no sé si por mí ó por mi corona, y yo la abandoné por Doña Ana de Mendoza. Fui ingrato con ella, y la infeliz murió de dolor

al año de abandonarla. Cuando la dejé estaba en cinta, y despues supe que habia sido madre de una niña tan bella como ella. Pero ¡ah! Santoyo, jamás supe ni quise saber lo que habia sido de esa niña, y hoy tengo remordimientos, porque no debia haber abandonado mi sangre.

Felipe II bajó la cabeza con abatimiento, y Santoyo le miró enternecido, porque comprendió que era verdadero aquel dolor.

—Tranquilícese V. M., se atrevió por último á decirle; ya haremos por encontrar á esa niña, y si vive, vuestro fiel servidor Sebastian de Santoyo la traerá á vuestro lado. ¿Pero sabe V. M. dónde nació esa niña?

—En el convento de las Huelgas de Búrgos; allí tambien murió su madre.

—¡Ah! pues entónces es fácil cosa averiguar lo que haya sido de ella. Yo suplico á V. M. que para ello me dé permiso, y le juro encontrarla ó averiguar si ha muerto.

El monarca miró benévolamente al leal Santoyo.

—Sí, exclamó por fin, tráeme á esa hija y te daré un tesoro: á ver si encuentro un sér que me ame, no como rey, sino como padre. Mi hija Isabel Clara ya me pospone al archiduque; el príncipe de Asturias sólo ve en mí un rey á quien tiene que heredar; la reina mi esposa nunca me quiso, y en esa hija de la desgraciada Beatriz voy á reconcentrar todo mi amor. Búscala, búscala, Sebastian.

—Así lo haré.

—Eres mi mejor amigo y más leal servidor, y bien mereces, añadió con bondad, que te conceda la gracia que has venido á pedirme.

—¡Ay! señor, me habia olvidado, contestó Santoyo natu-

ralmente; para mí no hay nada importante más que lo que pertenece á V. M.

—Lo sé, y por eso deseo complacerte. ¿Qué quieres? ¿cuál es esa gracia?

—Deseaba presentar á V. M. á una pobre y hermosa jóven que viene á pedirnos la libertad de su padre.

—Pues ves y tráela, Sebastian. ¿Dónde la tienes?

—En una miserable posada de la calle de Toledo. La pobre niña nunca ha venido á Madrid.

Como el lector ve, Santoyo no queria comprometer al conde de Oñate, diciendo á Felipe II que aquella jóven se hospedaba en la casa del anciano caballero, pues conociendo como conocia al suspicaz y desconfiado monarca, sabia que con la mayor facilidad caia en desgracia un noble por dudar de él.

—Y dime, Sebastian, continuó el rey, ¿esa jóven viene sólo?

—¡Oh! nó, señor, la acompaña un antiguo criado de toda confianza, y creo tambien que una doncella.

—¿Luego es hidalga su cuna?

—Lo ignoro, señor; sólo sé que es hermosísima y sencilla, pues nunca ha estado en Madrid.

—¿Pues dónde ha nacido?

—En Italia, señor.

—¡Ah! exclamó Felipe II más interesado cada vez, pues no te detengas, ves á buscar á esa jóven.

—Obedezco, pero ántes permítame V. M. le haga una observacion. Doña Leonor es tan tímida, que si no la anima V. M., no va á poder decir ni una palabra.

—Vamos, que no tema esa niña, Santoyo, contestó el rey

sonriéndose imperceptiblemente y brillando en sus ojos un relámpago lúbrico; vamos, que venga y se la hará justicia. Italiana, jóven, hermosa.... ¡por Dios que es interesante la historieta!

Santoyo, acostumbrado á oír hablar al rey de aquel modo, nada le dijo, ni nada quiso indicarle para recomendarle más á Leonor, é inclinándose profundamente salió de la régia cámara.

—¡Oh! murmuró al verse en la calle, el terreno está preparado y de él sabrá aprovecharse doña Leonor; no dirá el señor Antonio Perez que no le sirvo bien.

## CAPÍTULO III.

## Un flechazo de amor.

Leonor Vazquez de Mayorini llegó á Madrid con Gil de Mesa, sin que les ocurriese nada notable en el camino, y con la esperanza en el corazon, por lo que la hermosa jóven estaba muy contenta.

El conde de Oñate leyó la carta de su amigo Antonio Perez, y como era de esperar, recibió á la jóven con la mayor distincion, ofreciéndola su casa y su servidumbre, así como influir en el ánimo del rey.

En cuanto á Sebastian de Santoyo, ya hemos visto de qué manera la sirvió.

Leonor le esperaba impaciente, pues anhelaba presentarse al rey para pedirle la libertad de Antonio Perez y con ella la de su padre; así fué que cuando el ayuda de cámara de Felipe II se presentó en el palacio de Oñate y la dijo que el rey la estaba esperando, la pobre niña creyó morir de felicidad; porque sencilla y buena, le parecia imposible que el rey la negase lo que iba á pedirle, mucho más despues de leer la carta de su antiguo secretario.

La bella genovesa no sentia precisamente la timidez que





Original from the  
British Museum



¡Gracia! Señor, ¡piedad!

Santoyo habia dicho al rey, pero no se hallaba muy tranquila, porque para ella Felipe II era una especie de Dios.

A las noticias que la comunicó Santoyo, y por consejo de éste y del conde de Oñate, Leonor se vistió modestamente, y acompañada del ayuda de cámara del rey, fué á pié al palacio.

Santoyo conocia que una de las cualidades que más apreciaba y seducia al rey era la modestia.

Cuando llegaron al régio alcázar era ya de noche, y estaban encendidas todas las lámparas y candelabros.

Leonor, asombrada de tanta riqueza, no se atrevia á dar un paso; pero Santoyo, que conocia el interior del alcázar como su propia casa, y andaba en él como en terreno de su propiedad, dió su brazo á la jóven, la animó para que no se turbase y perdiese su presencia, haciéndola atravesar varias salas, todas ricamente alhajadas y llenas de cortesanos.

Felipe II, en pié y con magestuoso y grave aspecto, esperaba á Leonor en uno de los salones del alcázar, pues un paje ya le habia anunciado que deseaba hablarle el señor D. Sebastian de Santoyo.

La hermosa genovesa se adelantó temblando hasta el rey, y arrodillándose á sus piés, murmuró con turbado pero irresistible acento:

— ¡Gracia, señor! piedad!

Santoyo hizo una reverencia y salió.

El monarca y Leonor quedaron solos. Felipe II contemplaba á la jóven asombrado de su hermosura, y era tanta su estupefaccion que ni aun la mandaba levantarse.

Por una rara casualidad la genovesa se parecia extrema-

damente á la princesa de Eboli, no siendo esta semejanza la que ménos habia causado la admiracion del rey.

Al sorprendido monarca le parecia que habia rejuvenecido veinte años, y que veia á Doña Ana en todo el esplendor de su belleza, pero hermo세ada y mejorada, porque Leonor era más bella que lo fué nunca la antigua favorita.

La genovesa tenia más candor en su mirada, más pureza en todos sus movimientos; en una palabra, la gracia virginal de su virtud, que jamás poseyó Doña Ana.

El rey se estremeció al sentir las manos de Leonor que asian las suyas y se las besaba; llevóse una de ellas al corazon con un movimiento convulsivo, y lo apretó como si en él acabara de sufrir una honda herida; era que el dardo del amor se hacía dueño de Felipe II, á pesar de su avanzada edad.

Leonor, embellecida con sus lágrimas, y sin comprender que en aquel momento se estaba decidiendo su destino, bajaba la cabeza llena de dolor y confusion, y apretaba y besaba la ropilla del rey.

—Alzad, hija mia, dijo por fin el monarca dominando su emocion, y con una voz tan afectuosa que hizo estremecer á la jóven; alzad y decidme quién sois y qué quereis.

La genovesa, animada con aquella bondad, se puso de pié, y el rey pudo admirar su esbelto y magestuoso talle.

—Señor, le contestó con su voz armoniosa y acento italiano, me llamo Leonor Vazquez de Mayorini, y soy hija del secretario del señor Antonio Perez, preso con él en el castillo de Turuégano.

Al oir el nombre de Antonio Perez, la fisonomía del rey se contrajo, y su mirada centelleó de cólera.

—¡Oh! exclamó con colérico acento, ¿venís acaso, hija mia, á pedirme la libertad de Antonio Perez?

—Vengo, señor, á pedirlos la libertad de mi padre.

—Vuestro padre no puede salir del castillo sino acompañado de mi rebelde secretario. La ley debe ser justa. Han delinquido juntos, juntos me han faltado y juntos deben ser castigados.

—¡Señor!...

—¿Estais loca, imprudente niña, al pedirme el perdon de un hombre que sólo merece la muerte?

—¡Dios mio! ¡La muerte! gritó la jóven aterrada.

—Sí, la muerte.

—¡Oh! ¡por favor.... señor!... Sed generoso con mi pobre padre y el señor Antonio Perez.... No sabeis lo que sufren.... Sólo por ellos he venido á Madrid.... para entregaros esta carta.... Tomad, señor.... lea V. M.... Yo le suplico por lo que más ame en el mundo que perdone á esos dos desgraciados.

El rey, frio y grave, cogió la carta que le presentaba Leonor, y comenzó á leerla sonriéndose ferozmente; pero aquella sonrisa no fué vista por la jóven, porque se hallaba con la cabeza inclinada, abrumada de dolor y espanto.

Concluida su lectura, Felipe II cerró la misiva, y miró á la genovesa con una expresion horrible que la hubiera hecho estremecer. Era indudable que en aquel momento el espíritu malo batia sus alas sobre Felipe II, aconsejándole algun nuevo crimen que halagase sus pasiones, porque sus ojos expresaban el deseo y parecian querer devorar á Leonor, y sus labios sonreian como debieron sonreir los de Luzbel cuando consiguió seducir á Eva, haciéndola comer del fruto prohibido.

Después de un momento de silencio, y obedeciendo sin duda á aquella inspiracion diabólica, el monarca se aproximó á la jóven, y la cogió sus manos con cariño.

Tan repentina variacion hizo levantar los ojos á la hija de Mayorini, que pura como los ángeles, no pudo leer en los del rey el pensamiento infernal que entónces bullia en su mente.

—Hija mia, repuso Felipe II; ya que habeis venido á Madrid sin conocer á nadie, y sólo guiada por vuestro buen corazon, en el rey encontrareis un padre que labrará vuestra dicha. Desde este momento ireis á vivir á la casa de mi leal servidor Sebastian de Santoyo, hasta que haya una plaza de menina en el cuarto de la reina ó de la infanta.

—¡Oh, señor! ¿pero me concedereis el perdon de mi padre y Antonio Perez?

—Veremos.

—¡Oh! nó, nó, dadme vuestra palabra.... Comprenda V. M. el dolor que me agobia.... ¡Morir mi padre!... ¡Dios mio!

—Veremos, niña. No puedo daros mi palabra, pero veremos. Confiad en mí. Haré lo posible porque no les alcance un castigo tan duro. Entretanto, si creéis que preferirán ser trasladados á Madrid, esto os lo concedo desde ahora.

—¡Oh! ¡cuán bueno sois, señor!...

—Me habeis inspirado lástima y.... Sois muy bella, hija mia. Sólo vos podeis haberme hecho ceder del rigor con que habia jurado tratar á Antonio Perez y á vuestro padre....

—Os juro, señor, que mi padre es inocente, y que lo es tambien el señor Perez de muchos de los delitos de que le acusan.

—Vos no entendeis de estas cosas, hija mia. Tranquilizaos y confiad en mí.

—¿Es decir, señor, que puedo esperar que me concederá V. M. lo que le pido?

—Sí, esperad pues. El tiempo todo lo decide.

Leonor creyó morir de dicha, sin comprender que no habia conseguido en realidad ninguna cosa; pero pareciéndole imposible que cupiese tanto ódio en el corazón del hombre, y menos de un hombre como Felipe II, que la hablaba con tanto cariño y la habia prometido cuidar de su porvenir, confiaba ciegamente en el buen resultado de su misión, y su diáfana mirada se fijó en el rostro del rey con la más infinita gratitud.

Aquella mirada, no obstante su pureza, causó en Felipe II una especie de vértigo, y temiendo no poderse contener y revelar en sus palabras lo que pasaba en su corazón, apretó el botón de un timbre, á cuyo sonido metálico se presentó un paje.

—Que venga Santoyo, le dijo.

El paje salió á cumplimentar esta orden, y poco despues el ayuda de cámara se presentó á su amo.

—Sebastian, dijo el rey tomando de la mano á Leonor; vas á aposentar en tu casa por unos dias á esta hermosa dama, y á tratarla como tratarías á mi hija ó á mi esposa.

Santoyo se inclinó con respeto delante de Leonor.

Felipe II continuó, volviéndose hácia la genovesa:

—Hija mia, en casa de Santoyo estareis como en vuestra casa, porque es un buen caballero, y su esposa es una excelente señora. Mañana á la noche iré á veros, para disponer

de vuestra suerte y llevaros algunas noticias acerca de vuestro padre.

—¡Oh! Señor.... no olvidéis á mi padre.

—Perded cuidado, ya os he dicho lo que haré, y confiad en mí.

—¿Es decir que puedo escribirle?...

—Nó, esperad á mañana.... Antes de escribirle quiero veros.

—Yo lo hacia, señor, por consolarle.

—Lo sé, pero de esta manera cuando yo os diga que le escribais, podreis hacerlo más cumplidamente. Por ahora haced lo que os digo: no salgais de la casa del señor Santoyo por ningun pretexto, y mañana hablaremos. Adios, niña mia, buenas noches.

Leonor besó las dos manos del rey y salió del salon acompañada de Santoyo.

Felipe II la miró hasta que la hubo perdido de vista, y esta mirada, que no pudo escaparse á la perspicacia del viejo palaciego, le hizo quedarse pensativo y murmurar con cierta amargura:

—¡Dios eterno! ¡Siempre el mismo!... Me parece que vamos á tener una segunda Princesa de Eboli. ¡Dios proteja á esta jóven!



## CAPÍTULO IV.

**Seducción y virtud.**

En virtud de la orden del rey, Leonor fué trasladada á la casa de Santoyo, con harto asombro y sentimiento del conde de Oñate, que presentia en aquella determinacion del monarca muchas desgracias para su pobre protegida.

Hizo confesion de sus temores á Santoyo, al cual le parecieron muy acertadas aquellas dudas, y ambos á dos resolvieron no escribir nada á Mayorini hasta ver en qué quedaba aquella proteccion, con el objeto de no alarmarle inútilmente, si las intenciones del rey no eran tan malas como se las suponía. A este fin engañaron tambien á Gil de Mesa, y resolvieron estar sobre aviso, quedando Santoyo en poner en conocimiento del conde todos los acontecimientos que á Leonor pudiesen ocurrir.

Santoyo no era ciertamente un hombre libre, ni un cortesano pervertido, pero amaba al rey con toda su alma y le profesaba un respeto y una adhesión que era ya casi supersticiosa. En este supuesto, la proteccion dispensada por el rey á la hija de su amigo, no pudo ménos de afligirle y aun escandalizarle, pero no se atrevió á salvarla de una manera

decisiva. Esperaba únicamente emplear en favor de la joven la influencia que su palabra ejercía en su real amo, con el objeto de hacerle desistir de sus amorosos proyectos; pero sucedía siempre que, cada vez que iba á hablarle, la lengua se le pegaba al paladar, y el temor y el respeto le hacían permanecer silencioso. El pobre y honrado palaciego habría dado seguramente algunos años de su vida por librarse del compromiso en que se encontraba y de la forzosa complicidad que tenía que tener en aquel nuevo atropello de su amo, pero se encontraba sin fuerzas para arriesgar su destino y su vida, faltando á la confianza que en él habia depositado el rey, enviando á Turuégano á la genovesa, único modo de librarla de la desgracia que le amenazaba.

Por dos ó tres dias Santoyó empezó á tranquilizarse, pues el rey, que habia quedado con la joven en irla á visitar al dia siguiente, no habia parecido ni en aquel ni en los dos posteriores por su casa, ni habia hablado á Santoyó una palabra acerca de Leonor.

Empero la esperanza del anciano ayuda de cámara no duró mucho.

A los tres dias de haberse presentado Leonor á Felipe II, y á las diez de la noche, Santoyó, que se disponía ya á despedirse del rey hasta el siguiente dia, vió con asombro que le pidió la capa y la espada.

Al tiempo de ceñírsela, la fisonomía siempre sería del monarca, reflejó tan perfectamente un pensamiento grato y risueño, que Santoyó se atrevió á preguntarle que á dónde pensaban dirigirse.

—A tu casa, Santoyó, le dijo el rey; ¿has olvidado á Leo-

nor de Mayorini? Ofrecí ir á ver ántes de ayer, y debo disculpar mi olvido.

Santoyo palideció, pero guardó silencio, limitándose á estirarse la ropilla, á fin de disimular la turbacion que aquellas palabras le habian causado.

Poco despues, Felipe II y Santoyo salian del palacio por una puerta secreta, dirigiéndose apresuradamente y cubiertos sus rostros con el embozo de sus capas á la casa de este último.

Cuando llegaron á ella, Santoyo procuró que su mujer no se enterase de quién era la persona que le acompañaba, y por orden del rey penetró solo en la cámara de la genovesa, para anunciarla la presencia de Felipe II y pedirla permiso para que entrase á saludarla.

Leonor, sencilla y pura, se estremeció de alegría al saber que el rey iba á verla, porque suponía que le llevaba el perdon de su padre y Antonio Perez; así fué que cuando el rey penetró en el gabinete, halló á la jóven de pié y sonrojada de emocion.

Por un momento la ardiente mirada del monarca se fijó en la genovesa de una manera profunda y anhelante, porque le pareció que la jóven se habia embellecido todavía más desde su estancia en Madrid.

Es cierto que Leonor estaba hermosísima, pues toda vestida de negro, sin adornos, sin pedrería, sin joyas, con sus negros cabellos trenzados alrededor de su cabeza, la nítida blancura de su cútis resaltaba de una manera indefinible, haciéndola aparecer con esa palidez del sensualismo, que excita la pasion más que todos los trages, joyas y adornos.

Felipe II avanzó hácia la jóven sonriendo.

—Guárdeos Dios, hija mia, la dijo afectuosamente, ¿cómo os encontráis en la casa de mi leal servidor?

La genovesa se inclinó con respecto, y en lugar de contestar á las preguntas del monarca, fué á echarse á sus piés en un arranque de gratitud.

—¡Oh! nó, nó, prosiguió el rey impidiendo que se arrojara, no es el rey quien viene á veros, hija mia, porque el rey no podría venir sin su córte; es el caballero quien os saluda, y sois demasiado hermosa para que un caballero no os admire.

Y desembozándose, dejó ver el rico vestido que le cubria, adivinándose cuánto deseaba agradar, si no por su figura, al ménos por su elegante y régio aspecto, pues ceñía una ropilla de terciopelo azul bordada de brillantes, calzas de seda negra, gregüescos tambien de terciopelo azul con acuchillados de raso blanco, y zapatos negros con hebillas de brillantes, ostentando al cuello el cóllar del Toison de Oro.

Indudablemente que, á pesar de su avanzada edad, Felipe II, con aquel trage, no tenia el aspecto lúgubre y tétrico que le caracterizaba, y aun podia confiar en no inspirar temor ni aversión, como sucedió efectivamente con la genovesa, que admirada de aquel cambio, no fué bastante su respeto para ahogar el asombro que experimentaba.

Felipe II comprendió el efecto que habia causado, y halagándole este resultado, ocupó un sillón, ofreciendo con galantería á la jóven que ocupara el escabel que se veia á su lado.

La genovesa se resistió á sentarse delante del rey, pero lo verificó al fin obligada por sus instancias.

Despues de un momento de silencio, que á Leonor le pa-

reció un siglo, porque deseaba saber lo que el rey había determinado, el monarca cogió una mano de la jóven.

—¿Cómo estais, la dijo, os tratan bien en esta casa?

—Mejor que merezco, señor, exclamó la genovesa bajando la vista.

—¡Oh! mereceis tanto, hija mia, que dudo puedan cumplir estas buenas gentes como yo quiero. Pero parece que estais triste. ¿Qué teneis?

—Ya os lo podeis figurar, señor: mi padre está preso, y....

El monarca frunció imperceptiblemente las cejas.

—Y bien, exclamó, ¿quereis que sea libre?

—¡Oh! ¿y me lo preguntais?

—Bueno, pues de vos depende, señora.

—¡De mí!

—Si me prometeis no salir de la córte, os concedo la libertad de vuestro padre.

—¿Y la del señor Antonio Perez?

—Sea tambien la de Perez. ¿Aceptais?

—Si no es más que eso.... ¿Pero qué os importa, señor, que yo viva en Madrid ó en otra cualquiera parte?

El rey fijó sus ojos en la genovesa, y algo siniestro debieron expresar, porque Leonor palideció y miró al rey anhelante.

—Señor, le dijo despues de un momento de silencio, V. M. se interesa por mí de un modo inaudito, y que no sé cómo pagar; dais la libertad á mi pobre padre y al señor Antonio Perez, y sólo me exigis que permanezca en la córte. ¿Y si mi padre no quiere continuar viviendo en España?

—Podrá irse donde mejor le parezca.

—Pero me llevará consigo.

—Eso es lo que yo no quiero.

—¿Y cómo he de oponerme?

—Os opondreis en mi nombre, Leonor.

—Señor....

—¿Qué, hija mía, repuso el monarca viendo que la pobre niña no se atrevía á seguir, por qué no continuais? ¿ibais sin duda á hacerme alguna observacion? ¿por qué os habeis detenido? Hablad.

—Señor, perdóneme V. M., pero no le comprendo.

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó el rey ya estallando, ¿sois tan inocente que no me habeis comprendido?

La genovesa miró al rey todavía más asombrada, y dominada por un vago temor, se retiró involuntariamente al otro lado del escabel, alejándose de Felipe II.

—¡Ah! exclamó el monarca con los ojos encendidos por la pasion, no huyais de mí, porque os amo y haré vuestra suerte y la de Mayorini. Vuestro padre será llamado á Madrid para darle un honroso destino, y vos sereis, á vuestra eleccion, menina de la reina ó de la infanta.

Leonor se puso de pié verdaderamente aterrada.

—¡Gran Dios! exclamó ¡Estoy soñando! ¿Amarme V. M.? ¿Qué clase de amor es el vuestro?

—Un amor grande, inmenso, ardiente, poderoso. Un amor que puede haceros feliz para siempre, un amor como no he sentido otro igual.

—¿Y vuestra esposa, señor?

Felipe II se estremeció ante el acento dulcemente severo de aquella niña, y bajó la cabeza.

Leonor, algun tanto más animada, y creyendo que Felipe II desistiría al oirla, prosiguió diciendo:

—¡Ah! V. M. se mostraba sin duda por eso tan bondadoso conmigo, y era una proteccion deshonrosa la que queria prestarme. ¡Dios mio! ¡Vos, señor, el hombre más grande del mundo, ofreciendo su corazon, que no le pertenece, á una jóven desconocida que ha venido á pedirle la libertad de su padre!... ¡Vos, rey de España, representando el papel de Satanás, tratando de seducir con el brillo de su corona á una mujer que no tiene más riquezas que su honor acrisolado! Perdonadme, pero yo os suplico que os retireis y me dejéis marchar á Turuégano. Mi padre me espera, señor.... Yo no puedo oir vuestras palabras.

Pero Felipe II estaba en aquel momento completamente trastornado, y sin hacer caso de las reflexiones de Leonor, prosiguió todavía con mayor vehemencia:

—Leonor, ámame.... No es un hombre cualquiera el que te ofrece su corazon, el que se halla delante de tí. Es el rey de España, señor de dos mundos, es el hombre más poderoso de la tierra, que puede darte todo cuanto ambicione tu suerte, todo cuanto hayas soñado. Una mirada tuya puede trastornar el mundo si así lo deseas. Habla, Leonor, y manda, serás obedecida.... ¡Oh! ¿por qué no has de amarme? ¿no eres libre?

—No lo es V. M.

—¡Leonor!

—Señor.... permitidme retirarme, yo os lo suplico.

—¡Ah, retiraros!... ¿qué decís? ¿Es irrevocable esa resolucion?

—¿Y podeis esperar otra de Leonor de Mayorini?

La dignidad de esta respuesta hizo arder la sangre del tirano monarca. Por un momento estuvo indeciso, pero

comprendiendo por el acento de la jóven que, á lo ménos en aquel instante, no alcanzaria ni la más pequeña frase de amor, sintióse ofendido en su dignidad, la cólera iluminó sus pupilas, y sus manos se crisparon.

¡Estaba terrible!

Leonor comprendió que todo lo habia perdido, y que ya no podia esperar el perdon de su padre ni el de Antonio Perez; pero resuelta á no dejarse vencer ni á sacrificar su honor por la libertad de su padre, hizo un violento esfuerzo para permanecer serena y digna, y bajó la frente para ocultar sus lágrimas al iracundo monarca.

—Señora, exclamó por fin el rey, comprendo el motivo de vuestra resistencia: habeis estado dos años al lado de Antonio Perez, quien me habrá presentado á vuestros ojos con los más negros colores, y creyéndome un mónstruo, me tenéis miedo: tambien vuestro padre, cómplice de Perez, habrá contribuido á desarrollar en vuestra alma el odio que me profesais y ...

—Perdonad, señor, ni mi padre ni el señor Antonio Perez me han hablado jamás de vos, como suponeis; son vuestros más leales vasallos, y no conocen que los perseguís con encarnecimiento: no creen que seais un mónstruo de iniquidad: ¡oh! tan léjos están de ello, que todavía confian en vuestra generosidad, en la nobleza de vuestra alma; y yo, señor, confio igualmente en ella, creo que no contribuirá á empeorar su situacion, mi negativa en corresponder á vuestro amor, porque no la fundo en que os desprecie ni en que os aborrezca, sino en que desde muy niña me han enseñado á amar la virtud y á conservar mi honor hasta la muerte.



—¿Es decir, prosiguió Felipe II, es decir que seréis inexorable?

—Siempre, señor.

—Bien: entónces me dais el ejemplo, y yo tambien lo seré con vuestro padre.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Que si no me amais, vuestro padre y Antonio Perez sufrirán el castigo de sus crímenes.

—¡Dios de bondad!

—Ya lo sabeis. Ahora, y puesto que mi presencia os atormenta, me retiro, Leonor; pensadlo y meditado.

—¡Oh! por favor, exclamó la pobre niña rompiendo á llorar con la mayor amargura y cayendo á los piés del rey: ¡por favor, señor! no castigueis en mi padre mi tenacidad.... Mi padre no os ha ofendido.... No es un criminal, no es cómplice de Antonio Perez.... ¡Perdonadle, señor, perdonadle!...

—¿Y me amareis entónces?

—¡Ah! no.... no quiero engañaros...!

Y la genovesa, ya sin fuerzas para resistir por más tiempo aquella lucha, se dejó caer en el escabel, cubriéndose el rostro con sus manos, miétras que Felipe II se paseaba á largos pasos por la habitacion.

De pronto se detuvo delante de la jóven con los brazos cruzados, la midió con una mirada de inexplicable cólera, y exclamó cogiendo su sombrero:

—Señora, creo que nada tenemos que hablar.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! gritó la jóven desvanecida; ya que nada quereis hacer por mi padre, yo os suplico me deis licencia para reunirme con él.

—No es posible, señora; de hoy más no saldreis de esta casa y del alcázar, á donde pienso que seais trasladada.

—¡Dios mio!

—Os he dicho que seríais menina de la infanta y mañana se os vendrá á buscar para que tomeis la almohada.

—¡Pero señor! ¿y mi padre?

—Vos no haceis falta á vuestro padre. Yo no puedo dejaros salir de Madrid, porque....

Y deteniéndose, se aproximó á la jóven, que temblaba como la hoja en el árbol, la cogió de un brazo y bajando la voz, la dijo casi al oído, con la expresion del desvarío más insensato:

—Leonor, te amo más de lo que te figuras y más de lo que yo creo tambien. No saldrás de Madrid, ni nadie sabrá dónde te encuentras, porque sólo Dios y yo debemos conocer tu vida. Me es imposible olvidarte y vivir sin tí.... ¿Te estremeces? ¡Ah! tienes razon: el amor de Felipe II es un amor maldito, es un amor del infierno, pero por lo mismo es terrible é inexorable. Hasta mañana.

Y despues de mirar por un momento á la desvanecida jóven, Felipe II la dejó sóla, saliendo del gabinete.

—En la pieza contigua y en el extremo opuesto al de la habitacion de Leonor, encontró á Santoyo, que le estaba esperando. Entónces, y para que no conociese en su rostro las pasiones que le agitaban, se embozó hasta los ojos, exclamando:

—Leonor de Mayorini queda incomunicada y presa en tu casa, hasta nueva orden; me respondes de ella con tu cabeza. Que nadie la vea, ni la hable, ni la escriba, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

—Mañana te enviaré á buscarla. No la dejes salir, como no sea con mi sello. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor, volvió á repetir el ayuda de cámara, más muerto que vivo.

—Pues bien, entonces, partamos. Acompañame al alcázar, y no olvides mis advertencias. Tu cabeza me responde de la seguridad de Leonor. Vamos andando.

El señor don Sebastian de Santoyo, trasformado en carcelero por la voluntad de Felipe II lanzó un suspiro de temor y de pena. De temor, por que el encargo del rey era comprometido y peligroso; y de pena, porque habiendo adivinado la verdad, sentia tener que ser cómplice en la injusta detencion de la hermosa é inocente hija de su antiguo amigo Mayorini.

Pero como de costumbre, sus lábios no se abrieron para hacer al rey la más mínima objecion, y silencioso, siguió á su amo hasta que llegaron al alcázar.

Felipe II durante el trayecto tampoco abrió la boca para pronunciar la más pequeña frase, porque iba demasiado abstraído en sus ideas para poder hablar.

En esta disposicion de ánimo llegaron al alcázar, en el que penetraron por la misma puerta que les habia servido para su salida.

Despues todo quedó en silencio.

---

### CAPITULO XIII.

#### La menina de la infanta.

Cumpliendo Felipe II con la promesa, ó por mejor decir, con la amenaza que habia dirigido á Leonor, al dia siguiente envió á buscarla para que tomara posesion de su nuevo cargo de menina de la infanta, lo cual la obligaba á pasar dias enteros en el palacio, y por consiguiente, en inmediato contacto con el rey.

La bella y altiva Isabel Clara recibió á Leonor con disgusto, porque supuso que era una espía que su padre ponía á su lado para que le diera cuenta de sus acciones; pero á los dos dias de servicio, se convenció de que la bella genovesa era más desgraciada que ella, y que como ella, era tambien una víctima de la tiranía del rey.

Este convencimiento hizo que la infanta solicitase de Leonor la refriese su vida y la causa de sus dolores, y la hija de Mayorini, que no conocia la doblez y el engaño, la contó todo lo que de su vida saben ya nuestros lectores. Esto acabó de interesar á la infanta por su nueva menina, hasta el extremo de ofrecerla su proteccion, y llamarla cariñosamente con los nombres más

dulces, como si se hubiesen conocido ambas desde niñas.

La infanta, que estaba decidida á no transigir con su padre respecto á su matrimonio con el archiduque, continuaba presa en su cámara, y esto favoreció en algun tanto á Leonor, porque de esta manera, no saliendo de la habitacion de su señora, apenas era conocida, no tratando á más personas de la corte que al conde de Oñate y á Santoyo.

Durante aquel tiempo Leonor no habia vuelto á ver á Gil de Mesa, pues Santoyo, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido, no permitió recibir al leal criado, y éste, aburrido y desesperado, aguardaba á que se levantase aquella prohibicion, engañado por las promesas y esperanzas que recibia del ayuda de cámara del rey.

En cuanto al conde de Oñate, que sabia lo que ocurría, es decir, la pasion que Leonor habia inspirado al monarca, dolíase, y mucho, porque conocia el poder, la astucia y la crueldad de D. Felipe.

No diremos lo que la bella genovesa sufrió con las continuas declaraciones de Felipe II, porque nos sería imposible, y solo sí, que á todas sus súplicas y lamentos, el rey oponia la más severa negativa, asombrado é irritado cada vez más de que hubiese una mujer capaz de rechazar su amor.

Algo habia de expiacion en lo que sufría Felipe II, al verse despreciado por la hija de Mayorini, pues su pasion llegó á tal altura, que no pensaba más que en ella, enloqueciendo de ira cuando consideraba que para poseer á aquella mujer tendria que cometer un crimen.

Viendo que las amenazas no causaban ningun efecto en la jóven, resolvió emplear otros medios, y á este fin se abstuvo de verla en algunos dias, lo cual hizo concebir á la

genovesa la esperanza de que el rey habia desistido de su amor. Pero bien pronto, comunicándole estas dudas á la infanta, ésta destruyó sus ilusiones manifestándole que el rey, una vez concebido un pensamiento, no retrocedia de él sino á la fuerza, y que si habia suspendido su persecucion, era sólo porque queria sin duda cambiar su táctica de ataque.

Esta explicacion aterró á la hija de Mayorini, que se consideró perdida, tanto más cuanto que el mismo Santoyo, por obedecer á su régio amo, contribuia con todas sus fuerzas á que no pudiese ni aun siquiera comunicar su situacion á su familia.

Entonces un pensamiento de fuga atravesó su mente, y quiso huir.

Esto, sin embargo, era bastante difícil, porque á palacio la acompañaba siempre Santoyo, y de su casa, no salia mas que á misa, al amanecer, acompañada de dos rodrigones y de la esposa de aquel. En el alcázar no salia tampoco de la habitacion de la infanta, y cuando se retiraba de ella en los días que no estaba de servicio, iba á buscarla igualmente Santoyo.

Leonor estaba presa y con centinelas de vista.

Empero su terror fué tan grande y su deseo de escaparse tan vehemente, que sin pensar en las consecuencias, un dia que Santoyo, al acompañarla al alcázar, la dejó sola en una de las cámaras, para acudir al llamamiento del rey, encontrándose sola, empezó á atravesar salas y galerías, á la aventura, en busca de alguna puerta por donde salir del palacio.

Pero Leonor no conocia el edificio, y despues de atravesar una crugia, se encontró de pronto en una sala donde

vió cuatro soldados de la guardia alemana, que se entretenían jugando á los dados.

Los militares, al ver una tan hermosa dama, pusieronse en pié, y comprendiendo por lo retirado de aquella pieza que se había extraviado, la ofrecieron galantes sus servicios.

Leonor les manifestó que pertenecía á la servidumbre de la infanta, y que habiéndose perdido al querer salir del alcázar, les suplicaba la sacasen fuera de él.

Uno de ellos, que era alférez, se encargó de acompañar á la bella genovesa, é iba ya á salir por una de las puertas principales, cuando Leonor aterrada le detuvo, diciéndole que peligraría su reputacion si la veian en su compañía, y por lo tanto le suplicaba que la llevase por alguna salida excusada.

El alférez accedió á ello, y la condujo por varios corredores y pasadizos á un jardincillo que tenia un pequeño postigo.

Ya Leonor se consideraba libre, cuando la severa voz de Felipe II la detuvo, preguntándola á dónde iba.

La genovesa aterrada guardó silencio, y el alférez, despues de besar la mano del rey, le dijo lo que aquella dama le habia manifestado.

Felipe II comprendió desde luego la intencion de Leonor, pero siempre dueño de sí mismo, despidió al alférez, y se encargó de acompañar á la jóven, á la cual no dirigió ni una recónvencion, ni una palabra.

Leonor fué conducida por el mismo rey á la habitacion de la infanta, no sin tener que hacer violentos esfuerzos para no llorar, y á la infanta contó lo que acababa de su-

cederla, la cual la dijo que no volviera á cometer la locura de escaparse, porque, sin conseguirlo, empeoraria su situacion.

Leonor se lo ofreció y cumplió su promesa, pues llena de miedo y acobardada, no volvió á pensar en la fuga.

Una noche, poco tiempo despues de su mal proyectada escapatoria, hallabáse Leonor sentada en la recámara de la infanta, con un brazo apoyado en el sillón y en la mano la hermosa cabeza, triste y pensativa, calculando su triste suerte, mientras la infanta, dormida en su lecho, soñaba tambien con su desgraciado amor por el archiduque.

Serian las doce de la noche, y todos los habitantes del palacio se habian ya acostado, cuando la sacó de su abstraccion el crujido de una puerta.

La bella niña se puso de pié, aterrada, pero se tranquilizó al ver que la persona que abria aquella puerta y penetraba en la recámara era un anciano gentil-hombre de Felipe II.

Era el conde de Oñate.

—Dios mio! exclamó Leonor verdaderamente asombrada! ¿Vos aquí, y á estas horas, señor conde?

—Sí, hermosa Leonor, la dijo inclinándose levemente, hoy estoy de guardia en la cámara del rey, como vos lo estais en la de la infanta, y no teniendo sueño, ó por mejor decir, teniendo que hablaros, he venido en busca vuestra.

—¿Pero cómo habeis llegado hasta aquí? ¿No os han puesto impedimento los monjes de Espinosa?

—No; son casi todos amigos y protegidos míos, y saben que el conde de Oñate es demasiado fiel para que no pueda



penetrar aquí á deshora. Lo que han creído es que tengo alguna intriguilla con vos.

—La genovesa se sonrojó. —¿Y no comprendéis, señor conde, que eso compromete el honor de una mujer, que no tiene en la corte ni padre, ni hermano, ni amigo que pueda defenderla de los acérados dardos de la calumnia? ¿No conocéis que todos se cebarán en mi reputacion, mucho más cuando soy sola en el mundo, pues no tengo aquí padre ni hermanos que me protejan?

—Pues bien, yo vengó á ofreceros lo uno y lo otro, añadió el conde con dignidad.

—¡Vos!

—Yo: mas permitidme ántes que me siente; tengo ya sesenta años, he hecho diez campañas y veinte y siete combates, y las piernas empiezan á cansarse de su trabajo.

Y el conde acercó un sillón aludado de Leónor, que le miraba asombrada.

—Señora, prosiguió con voz solemne, despues de sentarse, tiempo hace que deseaba hablaros seriamente, mas no me ha sido posible, porque tanto en palacio como en casa del señor Sebastian de Santoyo, estais como una prisionera.

—Leonor se ruborizó y bajó la vista.

El conde prosiguió:

—Sólo podia esperar hablaros de una manera rara, y he aprovechado, como veis, la favorable coyuntura de esta noche.

—¿Y si no me hubiéseis encontrado aquí?

—Me habria vuelto resignado, y hubiese esperado otra noche. Sé todo lo que os ha sucedido, y tiemblo por vos, hermosa niña.

—¡Ah! señor, yo os suplico que me salvéis.

—¿Y cómo?

—Escribiendo á mi padre lo que acontece, y avisando á Gil de Mesa que el señor Santoyo me retiene presa en su casa por orden de S. M.

—¿Y con qué objeto quereis que se lo diga?

—Con el de que me libre del peligro que me amenaza.

El conde de Oñate miró á la joven compasivamente.

—¡Pobre hija mía! la dijo; Gil de Mesa no puede hacer nada por vos, así como vuestro padre, y nada quiero decirles, porque sería disgustarlos inútilmente. Tengo, hija mía, otro proyecto que os salva por completo.

—¿Y cuál es?

—¡Oh! voy á deciroslo, pero os suplico no os burleis de mí.

—¡Yo burlarme! Hablad, hablad.

—Pues bien, voy á complaceros. Escuchadme. Leonor, desde el primer dia que os ví me inspirásteis un interés y una compasion muy viva, que se aumentaron cuando supe el peligro que corráis, al designaros el mismo rey como posesada la casa de Santoyo. Todo lo comprendí. Os vi sola y abandonada en esta córte corrompida; supe despues que mis sospechas eran ciertas, que habíais rechazado el amor de Felipe II....

—¡Cómo! ¡Sabeis!

—Todo... estoy siempre al lado del rey, y á pesar del imperio que tiene sobre sí mismo, le habeis enloquecido de un modo, que ha admirado á todos sus antiguos servidores.

—¡Oh! ¡desgraciada de mí!... ¿Yo qué puedo hacer para evitar ese peligro?

—Buscar el apoyo justo y legitimo de un esposo que os defienda.

—¡Ah! exclamó la jóven no pudiendo comprender el verdadero sentido de aquellas palabras.

—¿Qué es eso? ¿dudais, Leonor?

—Nó, pero ¿quién ha de querer á esta pobre mujer? Y además, si hubiere algun caballero que hubiese puesto sus ojos en mí, no se expondría á la cólera del rey sólo con amarme.

—Es cierto.

—¿Y quién puede haber en Madrid que se atreva á luchar con Felipe II?

—Yo, contestó el conde asiendo una mano de Leonor; yo soy viudo, sin hijos y poderoso. Os ofrezco mi mano y mi nombre, no en cambio del ardiente amor que profesariais á un jóven, sino porque me concedais el derecho de protegeros y de amaros como á una hija. Necesitais un brazo que os defienda: débil es el mio; pero aún puede protegeros. ¿Aceptais, Leonor? Si queréis, mañana mismo os pido á S. M.

La genovesa miró estupefacta al illustre grande de España; le parecia imposible tanta generosidad, y no encontraba palabras para responder.

—Bella Leonor, prosiguió el conde, no creais que estoy enamorado de vos; pues un amante de sesenta años es siempre ridiculo; pero admiró vuestras virtudes; y os quieró como un padre á su hija. Además, añadió sonriéndose, en mi ofrecimiento hay tambien mucha parte de egoísmo. Yo no tengo á nadie, y entregado en manos de ambiciosos criados que siempre me rodean, temo el dia que enferme, por tan

triste soledad. Vos me cuidaríais, y cuando llegara mi última hora, cerraríais mis ojos con amor.

— ¡Ah! callad, exclamó la genovesa conmovida.

— Y bien, ¿qué decís?

— Que no soy igual á vos, y que la córte se burlaría de la nobleza de vuestras canas.

— Lo cual nada me importa, creedme. Soy tan viejo y conozco tan bien á la córte, que ni quiero sus aplausos ni me importan sus epigramas.

— Pero os exponeis á la cólera del rey, que debe ser terrible.

— El rey conocerá que la justicia está de mi parte, y aunque se enoje, disimulará su cólera, os lo aseguro.

— ¿Y si no sucede así?

— Además, por mucho que quiera vengarse, no puedo temer más que un destierro de la córte, pues no se puede hacer otra cosa con un Oñate, y en este caso, nos iríamos á vivir á cualquiera de mis posesiones, en donde os aseguro que no echaríais de ménos á Madrid. Con que ya lo veis, Leonor, contestadme sinceramente. Os ofrezco mi mano para adquirir el derecho de protegeros, y ser feliz con vuestro cariño de hija. ¿Aceptais?

Leonor miró por un momento la noble fisonomía del anciano, que retrataba entónces toda la nobleza de su alma, y agradecida, conmovida y admirada, cayó á los piés del caballero, diciéndole al mismo tiempo que estrechaba y besaba su mano.

— Sí, acepto, señor, y doy gracias al Omnipotente por que me demuestra que aún hay caballeros en la córte de Felipe II. Acepto vuestra mano y juro amaros siempre...

—Al mismo tiempo de pronunciar estas palabras, oyóse la campanilla de la infanta que llamaba á su menina.

—¡Ah! S. A. me llama, exclamó Leonor incorporándose con lágrimas en los ojos.

—No importa, nada tenemos que hablar ya. En este momento podria decirnos muchas cosas, pero la emocion embarga mi voz. Id, id, hija mia, á cumplir con vuestros deberes, y estad tranquila. Ya veis cómo la virtud es siempre recompensada y protegida por el cielo.

—¡Oh! sí, sí.

—Ea, pues, hasta mañana. Mañana vendré á pedir al rey vuestra mano.

—¡Dios mio!

—Es preciso cumplir con este deber de la etiqueta. Hasta mañana, pues, hija mia.

—Adios, señor.

Y el conde de Oñate, despues de estrechar la mano de la jóven, salió de la recámara pausada y silenciosamente, en tanto que la hija de Mayorini penetraba en la cámara de la infanta Isabel.

¿Se cumplirian por fin los deseos del noble conde de Oñate? ¿No podria producir su determinacion mayores desgracias á la genovesa, dado el carácter del rey?

No tardaremos en saberlo.

## CAPITULO VI.

**Demanda de matrimonio.**

Aquella misma noche Leonor refirió á la infanta el ofrecimiento del noble conde de Oñate, y la promesa que le habia hecho de pedir al día siguiente su mano á Felipe II.

Isabel Clara, que conocia el carácter de su padre y habia adivinado su pasion por la genovesa, no pudo menos de estremecerse al considerar los disgustos que iba á producir aquella demanda de matrimonio, y manifestó sus temores á la hija de Mayorini.

Esta se aterró, pero le fué imposible avisar al noble anciano para prevenirle siquiera, y esperó conmovida que llegase la hora del siguiente día en que el conde se presentase al rey para pedirle su mano.

Aquella noche trascurrió sin ningun otro incidente, y al siguiente dia, bastante temprano, segun hemos podido averiguar, Felipe II se presentó en persona en la cámara de la infanta.

Isabel Clara, que amaba á su padre, le recibió conmovida, y el rey, que tambien queria mucho á su hija, la besó y la abrazó cordialmente, entablando una larga conferencia, en

la cual, reducido por las reflexiones de la infanta, la levantó su prisión, y asegurándola que si encontraba un medio de deshacer su compromiso con el rey de Francia, la daría en matrimonio al archiduque Alberto.

Esta promesa llenó de alegría á la régia enamorada, que se preparó por orden de su padre á recibir á la corte aquel dia, y aprovechando la ocasion, procuró interesarle en favor de su pobre menina.

Felipe II le ofreció adelantar y cuidar á la jóven, pero llevándosela consigo mientras su hija se vestía, ayudada por otra de sus damas, la hizo apoyarse en su brazo, haciéndola atravesar de este modo los principales salones, llenos de cortesanos, sin otro objeto que el de comprometerla, como efectivamente lo consiguió, porque los ociosos palaciegos, al ver á aquella nueva y hermosa dama apoyada en el brazo del rey, comenzaron á dar pábulo á la maledicencia, asegurando que Leonor Vazquez de Mayorini era ya una segunda princesa de Eboli.

En aquella entrevista, el rey volvió á hablar de su amor á la genovesa, con todo el delirio de la pasión más profunda; y no obteniendo por premio de sus ofrecimientos y promesas más que palabras frías y negativas dolorosas, acabó de exasperarse.

Despidióla, pues, con colérico despecho, asegurándola que no retrocedería del camino que habia emprendido hasta que fuese suya, y Leonor, triste y aterrada, volvióse casi llorando al lado de su jóven señora.

A la hora conveniente, el rey y la infanta recibieron la corte en uno de los principales salones del palacio.

Lo mismo Felipe II que Isabel Clara estuvieron muy afa-

bles con los nobles, tanto que todos salieron complacidísimos y persuadidos que la infanta se había reconciliado con su padre.

Así era, en efecto.

Después de la recepción, y deseando Felipe II hablar á su hija de varios negocios de Estado, la hizo pasar á su cámara, en donde padre é hija tuvieron por espacio de dos horas una larga conversacion.

Poco después se presentó en el palacio el conde de Oñate, el cual se hizo anunciar á Felipe II.

La infanta palideció, pues no ignoraba el objeto que llevaba á palacio al anciano conde; pero el rey, que tenia con su más fiel vasallo muchas deferencias, interrumpió, para recibirle, la conversacion que tenia con su hija.

El conde de Oñate entró, pues, en la régia cámara con ademan respetuoso, pero digno.

Era un anciano de noble presencia, de cabellos blancos, que vestia severamente de negro, y que nó obstante su edad avanzada, tenia cierto aire marcial, que daba á su figura una arrogante presencia.

El noble, al entrar, besó la mano del rey y de la infanta, y después esperó impaciente á que el soberano le preguntase.

Felipe II le miró por espacio de algunos segundos con su investigadora mirada, pero Oñate, que ya estaba muy acostumbrado á las régias miradas, la sostuvo con fria tranquilidad.

—¿Qué quieres, conde? le preguntó por fin el rey sonriéndose imperceptiblemente.

—Vengo á pedir una gracia á V. M.



—No acostumbrás á pedirme muchas, y créeme por lo tanto en el deber de concedértela. ¿Qué es ello? —

—Vuestra real licencia para casarme, señor. —

La infanta se estremeció, y viéndo que la tormenta se aproximaba, fué á retirarse; pero Felipe II la dijo con dulzura:

—Hija mia, no os vayais. El noble conde no hará ciertamente un misterio de su eleccion. —

Isabel Clara, á pesar de toda su energía, estaba aterrada en aquel momento; pero teniendo que obedecer á su padre, se dejó caer en el sillón, maldiciendo la imprudencia de Leonor y el atrevimiento del conde.

Felipe II miró á Oñate afablemente y le dijo:

—¿Conque deseas mi licencia para casarte? Has pensado bien los graves inconvenientes que ofrece tu edad, si la dama es hermosa? —

—Oh! muy hermosa, señor; pero yo sólo espero vuestra real licencia. Lo demás todo lo he meditado. —

—Si la mujer que has elegido es digna de tí, puedes contar desde luego con mi asentimiento. —

—Es una digna dama, á quien V. M. y S. A. distinguen mucho. —

—El rey frunció el ceño y la infanta miró al conde con ademán compasivo. —

—¿Cómo se llama esa dama? preguntó Felipe II. —

—Doña Leonor Vazquez de Mayorga, menina de S. A. la infanta. —

El rey se estremeció, y casi involuntariamente sus manos crispadas oprimieron con fuerza el terciopelo de su ropilla. —

—¿Habré oído mal, señor de Oñate? Dijisteis... —

—Doña Leonor Vazquez de Mayorini, hija del señor don Francisco Mayorini, capitán de los tercios flamencos, y hace algunos años secretario del señor Antonio Perez.

Felipe II saltó en el sillón, como si le hubiese picado una víbora, y dijo con frialdad:

—¿Conque deseáis para esposa á Doña Leonor? —

—Sí, rey mio.

—¿A pesar de su pobreza? —

—Harto rica es de juventud y hermosura.

El rey se volvió entonces á su hija.

—¿Qué pensais de todo esto, infanta? — la dijo.

—Señor, me parece que el señor conde de Oñate no puede casarse con doña Leonor, porque hace muy poco tiempo que la conoce.

—Perdóneme V. M., exclamó el anciano con firme dignidad, al dirigirme á mi rey pidiéndole la mano de doña Leonor, es porque estoy decidido á casarme con ella, si me la concede, pues conozco á esa dama antes que V. A.

—¿Cómo! gritó el rey, no pudiendo ya dominar sus furiosos celos, ¿habeis tratado antes de ahora á la menina? —

—Señor, doña Leonor de Mayorini vino á mi casa al llegar á la corte, y de ella la sacó el señor Sebastian de Santoyo para presentarla á V. M.

—Es verdad, me olvidaba que sois amigo de Antonio Perez, repuso el rey con rencor.

—Bien triste es para el antiguo secretario no tener en la corte más que un amigo, en la corte, donde á tantos elevó de la nada. Pero permitame V. M. vuelva á reiterarle mi

pregunta. ¿Me concede V. M. la mano de doña Leonor de Mayorini?

—Se lo diremos á ella, y si acepta....

—¿Cómo, señor! ¿Cree V. M. que si no estuviera autorizado, me hubiese atrevido á venir?

—¿Autorizado? gritó Felipe II dirigiendo al noble una mirada de odio mortal; ¿autorizado habeis dicho? ¿Por ventura doña Leonor os ha concedido su vénia?

—No de otro modo os hubiese pedido su mano.

—¡Imposible! exclamó el rey pálido de ira y olvidándose de su disimulo.

El rostro del conde de Oñate se enrojació de cólera al oír aquel mentís que no podía devolver; pero su mirada serena y digna se fijó en Felipe II, como muy pocas se atrevian á fijarse.

Despues de estas palabras hubo un momento de silencio que ninguno de nuestros tres personajes se atrevió á interrumpir. hasta que el rey deseando terminar aquella conferencia, que cada vez encendia más su cólera, exclamó agitando una campanilla de plata:

—Señor conde, doña Leonor va á venir, y veremos si os ha autorizado á pedirnos su mano.

—¿Dudais, señor?

—Lo veremos.

Al sonido metálico de la campanilla se presentó un ugiér.

—Ves á las habitaciones de S. A. la infanta doña Isabel Clara, y di á doña Leonor Vazquez de Mayorini que se presente ante nos.

El ugiér salió á cumplir la orden del rey, y el conde de

Oñate esperó tranquilo la conclusion de esta dramática aventura.

Felipe II estaba sombrío y amenazador; la infanta pálida y contraída.

Poco despues, Leonor se presentó en la cámara, palideciendo de emocion al ver en ella al conde de Oñate.

—Acercaos, señora, la dijo el rey severamente; el conde de Oñate nos ha pedido vuestra mano, manifestándonos que le habiais autorizado para que lo hiciese así, lo cual no he querido creer, porque me parece imposible que una dama de vuestro recato disponga de su persona sin nuestro previo permiso.

Leonor se estremeció con la voz y el acento del rey, comprendiendo la horrible tormenta que iba a estallar sobre su cabeza, conoció, sin embargo, que tenia que hablar y haciendo un violento esfuerzo, exclamó:

—¡Dios mio! ¡No comprendo las palabras de V. M.!

—Pues bien fáciles son, señora. ¿Habeis autorizado al conde de Oñate para que nos pida vuestra mano?

La pregunta era terminante y no habia medio de eludiria. Comprendió por el rostro del rey que si decía que sí, estaba perdida, pero que si lo negaba, perderia al conde, y la generosidad pudo más que el miedo.

—Sí, señor, exclamó; he dado mi permiso al señor conde de Oñate.

—¡Ah! gritó Felipe II, como el tigre herido y envolviéndose en una feroz mirada al noble y a la genovesa.

—Está bien, señora, prosiguió despues de un momento de silencio; es decir que, olvidando las bondades de mi hija, ¿habeis dispuesto de vuestra persona sin mi permiso?

—Eso demostrará á V. M., dijo el anciano con entereza, que un noble como el conde de Oñate no sabe mentir.

—Está bien, prosiguió el rey con acento soberbio, y decisivo; nosotros hacemos aquí de padre de esa dama; y os negamos su mano, por no convenirnos vuestra alianza, señor conde.

—Señor....

—Retiraos, Oñate, y agradeced á nuestra bondad que no os castigemos por las imprudencias que habeis cometido. Sólo os decimos que jamás volvais á la corte, y que no penseis en doña Leonor de Mayorini; porque es un imposible para vos.

El noble se levantó frío y severo, quizás tanto como el mismo rey. Aquel castigo y aquella conducta habian llenado la medida de su sufrimiento; y con voz algun tanto destemplada, dijo á Felipe II:

—Señor, os he servido desde mi infancia, y he derramado por vos en más de veinte acciones de guerra mi sangre, y ese es el premio que concedéis á mis servicios. Os obedezco, abandono la corte, que me rechazá, sin duda porque la deslumbrá el brillo de mi honra; y en cuanto á vos, señor, no volveré á inportunaros, pero aquí y lejos de aquí podeis contar con la lealtad de un buen vasallo.

Y saludando con respeto á las dos damas, salió de la cámara con paso grave; pero profundamente conmovido.

Felipe II se limpió el sudor que corria por su frente, y despues se volvió á la genovesa:

—¡Hipócrita criatura! ¿no me aseguraste esta mañana que era libre tu corazón? Habla, responde.

La hija de Mayorini miró en torno suyo y se vió sola,

pues la infanta, no pudiendo resistir aquella escena, habíase marchado tambien, dejando sola á su dama con el rey don Felipe.

—¡Oh! exclamó Leonor cayendo á los pies del soberano; perdonadme, señor; esta mañana no os he engañado, porque yo no amo al conde. Ofrecióme su proteccion y...

—¿Su proteccion!... ¿Contra quién?

—Leonor bajó la cabeza y guardó silencio.

—Pues bien, prosiguió Felipe II dando rienda suelta á su reconcentrado furor al verse sin testigos; ya no necesitarás pedir proteccion á nadie, sin duda en contra mia, porque desde hoy dejarás de ser menina de la infanta.

—¡Ah! señor, ¿y me enviareis con mi padre?

—¿Con tu padre? Eso, jamás.... Sé mia, y entónces....

—¡Oh! por favor, permitidme siquiera retirarme á un convento.

—No, ya no me engañas con tu hipócrita conducta, y puesto que aborreces la córte, la dejarás desde este momento.

—¿Pero qué va á hacer V. M. de mí?

El monarca, sin contestarla, volvió á agitar la campanilla, y el uquier tornó á presentarse.

—Que llamen á Santoyo, le dijo el rey.

Leonor tembló, pero nada dijo, sufriendo con una angustia indecible las coléricas miradas del rey, sin atreverse á dirigirle la menor frase, por temor de no aumentar su cólera.

Santoyo se presentó por último al monarca, comprendiendo al primer golpe de vista el mal talante de su real amo, por lo que se limitó á saludarle, esperando que le preguntase ó le diese órdenes.

—Santoyo, le dijo Felipe II, vas á llevarte á tu casa á doña Leonor, y con tu cabeza me respondes de su persona. Desde este momento deja de ser menina de la infanta, y queda constituida en tu prisionera hasta nueva orden.

—Señor, difícil y espinosa es la comision que me confia V. M.; pero haré lo posible por complacerle.

—Sólo en tí confio, y te autorizo para que uses el mayor rigor, sin permitir que esta dama vea ni hable á nadie mas que á tí y á tu mujer doña María.

—¿Yo presa? murmuró la pobre jóven; ¿y por qué delito? ¡Dios eterno!

—Por desobedecer á vuestro soberano, exclamó el rey. Leonor bajó la frente con miedo y se sometió resignada á aquella venganza, indigna de un soberano que llevaba por sobrenombre el Católico y el Prudente.

Después el rey y el ayuda de cámara cambiaron en voz baja algunas frases, y media hora más tarde, Leonor despedíase de la infanta y salia del alcázar en una litera, acompañada de Sebastian de Santoyo.

—¡Oh! exclamó Felipe II al verla partir, yo te juro que has de ser mia, y ya veremos si la prision y la soledad te vencen, orgullosa mujer, ya que la corte y mis bondades no han hecho más que ensoberbecerte.

¡Pobre Leonor!

---

—¿Cómo manifestaste también á la condesa una compasión que no le habías demostrado hasta entonces, y consintió que por medio de Gil escribiese á su padre y á Antonio

—Santoyo, le dijo Felipe II, vas á llevarle á su casa. Doña Leonor, y con tu cabeza me respondes de su persona. Desde este momento deja de ser menina de la infanta, y queda constituida en tu prisionera hasta nueva orden.

—Señor, difícil y á veces imposible para mí cumplir con V. M.; pero haré lo posible.

—Solo en el caso de que te autorice para que uses el mayor rigor, sin permitir que esta dama vea ni hable á nadie mas

**La prision de Leonor.**

—Yo presuroso murmuré la pobre jóven; ¿y por qué delitos? Dios eterno!

Santoyo condujo á Leonor á su casa, como hemos dicho, y participó á su mujer el nuevo servicio que acababa el rey de exigirle.

La esposa de Santoyo era una excelente y buena mujer, que conocia el mundo prácticamente, y que por lo mismo comprendió en toda su extension la firme y verdadera virtud de la jóven; al preferir el odio del rey y sus consecuencias, á perder su honor y su corona de virgen. Esta circunstancia y convencimiento la hizo recibir á Leonor como una madre cariñosa, y ofrecerle su proteccion en todo aquello que fuera compatible con su seguridad.

El recibimiento de doña María de Sandoval (pues así se llamaba) afectó hondamente á la pobre jóven; que en medio de su dolorosa y anómala posicion, tuvo el consuelo de encontrar una madre en la persona que podia haber sido su más dura carcelera.

Santoyo manifestó tambien á la genovesa una compasion que no la habia demostrado hasta entónces, y consintió que por medio de Gil escribiese á su padre y á Antonio



Pérez una carta, explicándoles el ningún resultado de sus gestiones.

Gil partió para Turuégano, como sabemos ya, después de haber ofrecido á Santoyo no revelar á nadie que la hija de Mayorini se hallaba presa por orden de Felipe II, y la pobre niña tuvo al fin el consuelo de saber que su padre no ignoraría su triste estado.

Durante los primeros días, la vida de Leonor se deslizó triste y solitaria, porque sumida en sus amargos pensamientos, prefería la soledad de su habitación á la compañía de doña María; pero al cabo de algún tiempo, viendo que el rey no había vuelto á importunarla, comenzó á tranquilizarse y á mirar su prision y la familia de Santoyo como su propia familia.

Es verdad que podía muy bien considerarla así, en vista de la conducta que con ella observaba, pues no es posible tener con nadie las atenciones y delicadezas que aquella honrada familia tenía á Leonor, hasta el extremo de imponerla en todos los secretos y costumbres de la casa, como si efectivamente hubiera pertenecido á ella.

En prision tan aceptable, el espíritu de la pobre niña pudo reposar algún tanto, y olvidó casi por completo su desgraciado amor á Antonio Pérez, amor que no la había producido más que disgustos, y el cual, aun cuando ella no lo creyese así, había sido lo que principalmente la había obligado á emprender aquel viaje y á sufrir sus consecuencias.

Los sucesos de aquellos días, que tanto habían afectado á su corazón, habían concluido por hacerla olvidar aquel amor, y cuando ya en la casa de Santoyo empezó á tranqui-

lizarse, se encontró que había desaparecido completamente aquella pasión.

Esto era una nueva garantía de felicidad para la atribulada jóven, y dejándose llevar de su alegría, comenzó á ser más comunicativa con Santoyo y su esposa, acompañándoles en las veladas, durante las cuales les referia ingenuamente todos los sucesos de su tranquila infancia en el convento de Roma, donde se habia educado.

Las confidencias engendran la intimidad y el afecto; doña María empezó á amar á la genovesa, hasta el extremo de sentir que llegase el instante de separarse de ella.

Un órden bien distinto de emociones vino á turbar nuevamente la imaginacion de Leonor, si bien en aquella turbacion iba envuelto un principio de dicha.

El ayuda de cámara de Felipe II tenia un hijo que servia al rey como capitán en los tercios de Flandes, destino honorosísimo en aquellos tiempos para un jóven de veinticinco años.

Santoyo suspiraba todos los dias por la vuelta de aquel hijo querido, que era por su valor y probidad la honra y el apoyo de su vejez, y lo mismo que doña María, que continuamente estaba nombrando á Alvaro Santoyo, que así se llamaba el mancebo.

Leonor conocia ya al hijo de la casa, lo mismo que si le hubiese visto, gracias á las descripciones que continuamente la hacian de él, así como conocia tambien sus ideas, su virtud, por los mil y mil rasgos que de él la habian referido.

Una mañana Santoyo llegó del alcázar con el rostro radiante de alegría, porque su hijo, su querido Alvaro, iba á llegar dentro de muy pocos dias á la córte.

Con semejante noticia, toda la casa fué puesta en movimiento para recibir dignamente al heredero de ella, y Leonor, que participaba de la dicha de aquella familia como de la suya propia, se ofreció á bordar unas colgaduras para adornar la habitacion destinada al jóven militar.

Santoyo y su esposa la agradecieron aquel interés de un modo tal, que olvidándose de la situacion en que Leonor se encontraba, la trataban como á una hija, dejándola en libertad de pasear hasta por el extenso jardin de la casa, sin acordarse que podia escapárseles.

Empero la genovesa no se acordaba ya de la fuga, porque temia á Felipe II, y sobre todo, porque no quería comprometer con ella á aquella honrada familia, que la habia recibido con tan repetidas muestras de afecto.

Por fin se supo la hora fija de la llegada del capitan, y sus padres salieron á esperarle á tres leguas de Madrid, quedando aquel dia sola la prisionera con las dos criadas, lo cual la hizo derramar lágrimas, que no pudo contener, al verse sola y tan lejos de su familia.

¡Triste era que el mismo dia de la llegada de Alvaro llorase Leonor! ¡Triste presentimiento para lo futuro!

Despues de haber tomado órdenes del rey, el capitan se reunió con sus padres, y juntos volvieron á la casa, poco despues de puesto el sol, es decir, á la hora de cenar.

La mesa ya les estaba aguardando, y ocupáronla felices y contentos, extrañándoles que Leonor no se presentase en ella, segun costumbre, lo cual les obligó á pasarla un recado.

Leonor se disculpó pretextando que estaba algo enferma; y Santoyo, que se habia acostumbrado á ver en sú mesa á

la jóven, fué á buscarla afectuosamente; pero Leonor insistió en que tenía un dolor muy fuerte de cabeza, y que sólo deseaba descansar.

Al otro día sucedió lo mismo, y lo mismo al siguiente, lo cual, como es de suponer, excitó hasta tal extremo la curiosidad del capitán por conocer á aquella dama incógnita, que Santoyo tuvo que confesarle quién era y por qué estaba allí, advirtiéndole que á nadie revelase lo que acababa de decirle.

Alvaro experimentó por la para él hasta entónces desconocida una admiración semejante á la que doña María habia experimentado al saber la sólida virtud de la genovesa, y no dudó fuese Leonor un ángel de hermosura, ya que era tambien un dechado de virtudes.

La imaginacion de los jóvenes es siempre optimista en estos casos.

Como la tenacidad de la genovesa en no presentarse á la mesa continuaba, con harta admiración de Santoyo y su esposa, el impaciente jóven pidió á sus padres permiso para ir á ofrecerle su brazo y llevarla á ocupar su lugar, y concedido que fué, si bien sin esperanzas de que fuese más afortunado en sus gestiones, presentóse á Leonor, que estaba bien lejos de esperarle.

Al verla quedó deslumbrado, pues jamás habian visto sus ojos una mujer más hermosa, y turbándose, no supo qué decirle por espacio de algunos minutos.

Al fin la manifestó el objeto de su presencia, y ¡cosa extraña! Leonor, que se habia negado á las súplicas de sus buenos amigos, accedió á admitir el brazo del mancebo, y se dirigió con él al comedor, donde sus padres le esperaban.

Desde aquel día, Leonor y Alvaro se quisieron como dos hermanos, y si la pobre niña se hallaba léjos de su padre por la tiranía del rey, habíala deparado el Omnipotente en aquella casa una familia completa, que la apreciaba sinceramente, y que tenía con ella todas esas atenciones del verdadero cariño, que tan gratas son á los corazones sensibles.

Amor.

La hermosa genovesa, jóven, sola y encerrada en casa de su padre, por el impudente odio del rey, encontró en Alvaro el cumplimiento de las insinuas que había concebido por Antonio Pérez, y conoció que lo que había sentido por el secretario de Estado, no fue más que un amor débil, en comparación del que empezaba á sentir por el hijo de Sancho.

Amor ardiente, tierno, exclusivo, que convertía en un paraíso su pasión, y que era el cumplimiento de su felicidad.

Quando el capitán Sancho iba á pasarla para dar un paseo por el jardín ó llevarla al comedor, las facciones de Leonor adquirían una expresión tal de felicidad, que la hacían parecer más hermosa, pues sabido es que la felicidad embellece.

Comprendía, sin temor de equivocarse, que Alvaro la amaba también, aunque nada le había dicho. La mujer se engaña muy pocas veces acerca del sentimiento que inspira, y la genovesa, como mujer y como amante, conoció en las miradas, en los suspiros, en los ademanes de Alvaro que había conquistado por completo su corazón.

## CAPÍTULO VIII.

## Amor.

La hermosa genovesa, jóven, sola y encerrada en casa de Santoyo por el imprudente ódio del rey, encontró en Alvaro el complemento de las ilusiones que habia concebido por Antonio Perez, y conoció que lo que habia sentido por el secretario de Estado, no fué más que un amor débil, en comparacion del que empezaba á sentir por el hijo de Santoyo.

Amor ardiente, tierno, exclusivo, que convertia en un paraíso su prision, y que era el complemento de su felicidad.

Cuando el capitán Santoyo iba á buscarla para dar un paseo por el jardín ó llevarla al comedor, las facciones de Leonor adquirian una expresion tal de felicidad, que la hacian parecer más hermosa, pues sabido es que la felicidad embellece.

Comprendia, sin temor de equivocarse, que Alvaro la amaba tambien, aunque nada le habia dicho. La mujer se engaña muy pocas veces acerca del sentimiento que inspira, y la genovesa, como mujer y como amante, conoció en las miradas, en los suspiros, en los ademanes de Alvaro que habia conquistado por completo su corazón.

Nadie sabe amar con tanto ardor, con tanta abnegación como la mujer que ha recibido un desengaño, porque se la presentan mil ocasiones de comparar el amante que la ha despreciado, con el que sinceramente la adora.

Y con efecto, la bella genovesa comparaba el amor interesado y falso de Antonio Perez, con el tímido y generoso que sentía Alvaro, y el agradecimiento, que tanto domina en la mujer, la abrió las puertas al amor.

De la gratitud al amor no hay más que un paso, y un paso se da en un segundo. Leonor amó al jóven capitán con toda su alma, y le amó, sin acordarse á lo que le exponía y se exponía. Le amó involuntariamente, sin poderse dar cuenta de ello, y cuando quiso retroceder, ya no la fué posible.

En cuanto al jóven, ahogaba su amor en el fondo de su pecho, porque no podia resolverse á declarárselo. Temia que la genovesa se riera de él y de sus pretensiones, cuando habia rechazado el amor de Felipe II, y aspirado á la mano del conde de Oñate, pues todos sabian ya en Madrid que el anciano caballero habia sido desterrado por querer casarse con Leonor.

Esta modestia inconveniente y exagerada del hijo de Santoyo, desesperaba á la genovesa, que nada podia decir ni hacer sin degradarse.

Una tarde, por fin, el ayuda de cámara estaba en palacio, y doña María, en visperas en la iglesia de San Andrés; de manera que Alvaro y Leonor eran los únicos que quedaron en la casa con las dos criadas.

El capitán hubiera dado un año de su vida por pasar al lado de Leonor una hora de aquella tarde, mas no se atrevia, temiendo provocar su enojo.

Al mismo tiempo la genovesa se moría de impaciencia en su cámara porque Alvaro no iba á verla, y tampoco se atrevía á llamarle, porque le parecía, y le parecía bien, que era demasiado atrevimiento en una mujer llamar á su habitación á un hombre.

Ya por fin Alvaro, llamándose interiormente cobarde, se decidió á presentarse á la pobre niña; pero al llegar al salon, se detuvo como cortado.

En el entretanto la genovesa, que también discurría un medio para ver y hablar con Alvaro, pensó ir por un libro á la biblioteca de Santoyo, con el objeto de ver si al atravesar las habitaciones se encontraba en alguna de ellas al capitán.

No sé engaño, pues al atravesar una de las salas vió al jóven mirando el techo, como si le entretuyese mucho aquel trabajo.

Leonor tosó levemente, el capitán se volvió sobresaltado, y al distinguir á la jóven, hizo ademán de retirarse.—¡Dios me perdone, caballero! exclamó Leonor; mas creo que os causo miedo.

—¡Oh! no, contestó el jóven con pasión. Despues de estas palabras los dos jóvenes se miraron en silencio, sin atreverse á dirigir la menor frase, hasta que la genovesa, impaciente y dando á su hermoso rostro una expresión de vago disgusto, dijo al capitán:

—Don Alvaro, decididamente he venido á interrumpir vuestra meditacion, lo que siento mucho. Permitid que me retire.

—¡Oh! no, repuso el capitán, perdónad, estaba distraído, pero era pensando en vos, señora.



—¿En mí? exclamó Leonor ruborizándose.

—Sí, en vos. . . . Haced ya algún tiempo que tenéis encadenado mi pensamiento.

—Pues soy inocente de esa tiranía; os lo aseguro.

—¡Cómo!

—Nada he hecho para ejercerla.

—¡Ah! ¿quereis aceptar mi brazo para dar un paseo por el jardín?

La hija de Mayorini vaciló por un momento, porque presentia el objeto de aquel paseo, y se estremecía al considerar las funestas consecuencias de aquel amor; pero subyugada por éste, y no pudiendo resistir al deseo de oír de los labios del capitán que la amaba, con esa imprudencia de las verdaderas pasiones, que todo lo arrojan y lo atropellan todo, palpitó su corazón más fuerte que nunca, y dijo al capitán sonriéndose dulcemente:

—Acepto, D. Alvaro, muchas gracias.

El capitán y Leonor bajaron silenciosos al jardín y se sentaron debajo de un álamo corpulento.

La tarde estaba tibia y templada, pues era a principios de Abril, y los árboles empezaban a ostentar su traje de verdor. Alvaro estaba ahogado de sentimiento y no se atrevía á decir una palabra, mientras que Leonor, impaciente también y también silenciosa, se entretenía en dibujar en la arena del jardín figuras con su diminuto pie.

Era indudable que los dos jóvenes se amaban, y que se amaban mucho, á juzgar por aquel silencio. La juventud es siempre parlera; cuando dos jóvenes de diferente sexo se encuentran solos y pensativos, es porque sus corazones están muy ocupados, porque aman.

Al fin aquel silencio no podia durar tanto como la estancia de los jóvenes en el jardin, porque Alvaro comprendia demasiado que estaba haciendo un papel ridículo; por lo que volviéndose de pronto hácia la genovesa, la dijo, procurando dominar su emoció:

—En verdad, señora, qué debó pareceros muy torpe.—

—¿Y por qué, D. Alvaro?

—Hace que estoy en vuestra dulce compañía esta tarde cerca de una hora, y nada me se ha ocurrido qué decir.

—Eso es sin duda, porque está muy ocupada vuestra mente.

—Si así fuera, de lo mismo podria acusaros, Leonor.

—No creo que sea la mujer la que deba empezar.

—¡Ah! ¿me reprendeis?

—No, ciertamente, pero me atacais y me defiendo.

—Si lo creeis así, cierro mis labios; però...! voy á hacer os una confesion que hace muchos días me está ahogando.

—Hablad.

—Quisiera estar siempre á vuestro lado, señora.

La jóven se sonrió dulcemente.

—Pues en verdad que parece lo contrario, y si he de juzgar por vuestras acciones la amistad que me profesais, ésta ha disminuido mucho, porque ántes me buscábais siempre, y ahora me se figura que huís de mí, y os encuentro sombrío y taciturno.

—¿Y no sabeis por qué es esto?

—Si no me lo decís....

Alvaro exhaló un suspiro, y de pronto cogió una mano de la jóven, que ésta no trató de retirar.

—¡Ah! exclamó conmovido; ¡Leonor! ¡Leonor! ¡si comprendierais lo que siento!...

La hija de Mayorini se ruborizó intensamente.

El capitán, ya más animado, prosiguió con la mayor vehemencia:

—Leonor, tengo veinte y seis años y hace diez que estoy sirviendo á mi patria y á mi rey en el ejército, y jamás durante este tiempo me ha llamado la atención ninguna mujer, pues todo el cariño que mi alma es capaz de atesorar lo poseían íntegro mis buenos padres. Pero os ví, Leonor, añadió con acento más dulce todavía; os ví, y os amé... ¿Para qué he de negarlo, si tal vez lo habeis comprendido?

La hija de Mayorini, á pesar de lo dichosa que la hacian aquellas palabras, comenzó á temblar, y no supo qué responder al jóven.

—¡Oh! prosiguió el mancebo, ¿callais, Leonor? ¿No soy digno de que me deis una contestacion? Lo presumia, debo pareceros muy andaz y... ¿Por qué no me respondeis?

—Alvaro, exclamó la genovesa; sabeis mi vida y las extrañas circunstancias que me han conducido á la casa de vuestros padres.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Sabeis cuál ha sido el motivo de mi venida á la corte. Sabeis que el rey me ama, y que se vengará terriblemente de todo aquel que se atreva á poner en mí sus ojos.

—Todo lo sé, Leonor, exclamó el capitán con firmeza; sé que habeis resistido á la tenaz persecucion del monarca y esto es bastante para mi dicha.

—¿Y me amais á pesar de estos peligros?

—Os amo y os amaré siempre, y si las almas se aman á

través de los espacios, la mía continuará amándoos por toda la eternidad. No temo las intrigas de la corte; no me importa la venganza del rey; y si vos me amáis, Leonor, tengo aún fuerzas y energía para luchar con el rey. El mundo no es España, y si es preciso, saldré de España para protegeros y amaros.

La genovesa lanzó un suspiro de inmensa felicidad; y hermosa, deslumbrante de belleza, tomó la mano del capitán, y le dijo con acento solemne:

—Alvaro, mi amor a Perez fue una ilusión de niña, debida a la compasión que me inspiraron sus desgracias; pero hoy esta ilusión se ha deshecho, como la nieve a los rayos del sol. El amor que siento por vos durará tanto como mi vida, porque yo, Alvaro, os amo con todo el ardor de mi alma. Sufiré, lucharé y lloraré por vos; pero ¡ay! comprendo que el destino nos prepara duras y crueles pruebas, más no seré yo la débil ni la cobarde, os lo juro.

Alvaro cayó de rodillas a los pies de la joven; ebrio de felicidad, y por espacio de algunos minutos la emoción no le dejó pronunciar ninguna palabra.

Después de un momento de silencio dominó su emoción, y con acento grave dijo a la hija de Mayorini:

—Leonor, que Dios reciba nuestros juramentos y los acoja en su seno, como yo acepto los vuestros. Desde hoy trabajaré para conseguir vuestra mano, y si en España no podemos vivir, nos iremos a vuestra patria.

—¡Oh! sí, a mi patria, Alvaro.... pero ahora es preciso pensar en lo presente y ocultar hasta del aire nuestro amor.

—¿Quereis tambien que nada sepan mis padres?

—Nada, Alvaro, porque vuestro padre profesa al rey una

adoracion ciega, y tal vez, creyendo cumplir con su lealtad, tratara de separarnos.

—¿Pero y á mi madre, que jamás la he ocultado nada?

—Vuestra madre, Alvaro, es una santa, pero ama tanto á su esposo, que tal vez no se atreviera á ocultárselo.

—Nó, nó, Leonor, mi buena madre sabrá callarlo, pues aun cuando quiere mucho á mi padre, me quiere á mí mucho más.

—¡Oh! nó, nó, exclamó la genovesa, si quereis tranquilizarme, juradme que no revelareis, ni á vuestra madre, nuestro amor; lo sabe Dios, y basta.

—Sí, pero no tener la bendicion ni la aprobacion de mi buena madre....

—¿Qué?

—Os confieso que me entristece mucho, Leonor.

—Pues bien, voy á complaceros, dijo Leonor con dulzura. Arrodillaos en el suelo conmigo, y tomad mi mano.

El capitán obedeció dócil como un niño.

Leonor prosiguió:

—Ahora, Alvaro, vos y yo miramos hácia allí, que es donde está el aposento de Doña María, y como si pudiera vernos, la decimos con filial respeto: ¡Benedicidnos, madre mia!

—¡Benditos seais, hijos míos! á pesar de haber dudado de vuestra madre, dijo la dulce voz de Doña María á espaldas de los jóvenes.

Alvaro y Leonor se levantaron asustados, y vieron á Doña María con las manos extendidas sobre sus cabezas y sonriendo con rostro benévolo.

—¿Lo habeis oido, señora? preguntó Leonor aterrada.

—Todo, porque mi previsor cariño de madre sospechaba lo que ha sucedido.

—¡Perdon! exclamaron los amantes cayendo á los piés de la virtuosa dama.

—Alzad, estais perdonados, porque aquí no ha habido más que un culpable, y ese sois vos, Leonor.

La genovesa ocultó llorando su rostro en el seno de doña María.

—Y bien; mi querida madre, exclamó con angustia el capitán, ¿sereis tan buena que permitireis y tolerareis nuestro amor?

—Lo tolero y lo permito, pues aun cuando quisiera oponerme, ya sería tarde, y sólo lograría que os ocultáseis de mí.

—Gracias, gracias, señora, madre mía, murmuró Leonor besando las manos de Doña María.

—Desde hoy trabajaré por vuestra felicidad, repuso la madre de Alvaro; pero habeis de jurarme no dar ningun paso sin mi consentimiento, pues, como sabeis, vuestra posicion es muy crítica. Si llega á oídos del rey vuestro amor, estais perdidos.

—¿Y quién se lo ha de decir?

—Una imprudencia cualquiera.

—Sí, sí, exclamó la hija de Mayorini; vuestra madre, Alvaro, es prudente y entendida, y sin murmurar debemos someternos á su dictámen. Contad, pues, con nuestro silencio, señora, añadió dirigiéndose á Doña María; haced y obrad como os parezca, que nosotros os obedeceremos sin murmurar. ¡Ah! sois tan buena, que lo mejor que podemos hacer es entregarnos á vuestros cuidados.

—Bien, hijos míos. En este supuesto, por ahora nada ha de saber mi esposo.

—Nada le diré, madre mía.

—Es preciso que tú, Alvaro, no abandones tu servicio ni tus camaradas, alterando tu costumbre, á fin de no excitar sospechas.

—Así lo haré, señora.

—Y si es preciso, marcharás fuera de Madrid por un poco de tiempo.

Leonor se estremeció.

—Madre mía, repuso el capitán, ese sacrificio no es necesario.

—Por ahora nó; yo me refiero á si llega una época en que sea precisa tu marcha; partirás sin murmurar y sin oponerte.

—Si es preciso, partiré, señora.

—Bueno, ahora vamos arriba, pues es la hora de rezar el rosario.

Al decir estas palabras Doña María, se cogió del brazo de su hijo, éste ofreció el otro á Leonor, que le aceptó sonriendo, y los tres, felices y dichosos, dejaron el jardín.

## CAPÍTULO IX.

## Los dos amantes.

Leonor Vazquez de Mayorini y Alvaro de Santoyo eran tan felices con su amor; cuanto pueden serlo dos seres sobre la tierra.

La bella genovesa amaba con expansion y fé, pues á pesar de sus temores, nada tenia que echarse en cara por el amor que profesaba al capitán Santoyo, ni de qué avergonzarse, porque estaba santificado por su madre Doña María Sandoval.

Leonor, entusiasta y ardiente, como buena italiana, tenia enloquecido á Alvaro, que se miraba en sus ojos, así como tenia seducida á Doña María, que la queria como una hija.

El rey parecia haberla olvidado del todo, con asombro de Santoyo, que no sabia á qué atribuir aquel misterio; pero la hermosa genovesa no echaba de ménos los obsequios de Felipe II, muy al contrario, aquel abandono la hacia feliz, y sólo al recordar que el monarca podia verla, se estremecia de terror.

Esperaba impaciente noticias de su padre, porque Leonor sabia cuánto la amaba Mayorini, y no dudaba que aproba-



ria su amor por Alvaro, y que si era preciso, les acompañaría al extranjero en cuanto fuese puesto en libertad.

Doña María de Sandoval, aunque amaba y respetaba á su esposo, el señor Sebastián de Santoyo, le ocultaba con el mayor cuidado el amor de los dos jóvenes, y la virtuosa señora, para vencer sus escrúpulos, se decía á sí misma que aquél secreto no era suyo, y lo guardaba rigurosamente.

Santoyo, que casi nunca estaba en su casa, pues todo el día y gran parte de la noche lo pasaba en palacio al lado del rey, ni aun se le ocurrió que los dos jóvenes pudiesen tratarse más que como dos amigos; pues habria calificado su amor de un delito de lesa majestad, porque habia referido á su hijo el amor de Felipe II por la genovesa, y á su entender, era bastante para que su hijo ni la mirase si quiera.

Esto, sin embargo, él queria mucho á Leonor, y nunca se encontraba mejor que cuando la genovesa se hallaba á su lado.

Las horas dulces, las hermosas horas de ternura eran cortas para los amantes, que se embriagaban con su cariño sin acordarse de nada, y pareciéndoles que no habian vivido hasta entónces. Leonor habia olvidado los sufrimientos que le causara Antonio Pérez con su amor, el rey con su tiranía, y sólo vivia por Alvaro y para Alvaro.

El capitan á su vez la pagaba este amor con una ternura infinita y una adhesión sin límites, en tales términos, que si la genovesa le hubiese mandado morir, hubiera muerto sonriendo.

Doña María era el ángel de consuelo; les rodeaba y ani-

maba cuando dudaban y tenían miedo del porvenir, porque cuando el alma es muy feliz, es cuando más teme perder su dicha.

Dos días después de la escena que hemos descrito en el capítulo anterior, el señor Sebastian de Santoyo había salido á su hora acostumbrada para ir á palacio, y Doña María se entregaba tranquilamente á sus quehaceres domésticos, en tanto que Leonor y Álvaro conversaban en el salon.

La genovesa estaba hermosísima, porque nada embellece tanto como la felicidad. Sentada en un alto sillal, al lado de una de las ventanas, el sol la circundaba de una majestuosa aureola.

Nada más sencillo y gracioso que su túnica de seda azul flotante, desceñida al traje y subida púdicamente hasta el nacimiento de su cuello. Cubria su cabeza una escofieta de blanco encaje, de la cual se escapaban algunos rizos de ébano que llegaban hasta su espalda.

La ventana del salon daba al jardin, donde se escuchaba el canto de los pajarillos y se veían las pintadas y ligeras mariposas de mil colores.

La mañana estaba templada y aun calorosa, no obstante lo atrasado de la estacion, por lo que la genovesa, hiriéndola el sol en la cabeza, entornó media ventana y dejó el busto á la sombra, iluminando el sol la mitad de su figura, y hermoseándola más todavía por el contraste de la luz y los reflejos.

Al pié de su sillón, en un banquillo, estaba Álvaro, el gallardo capitán de los tercios de Flandes, y vestido con su rico uniforme, porque á las doce de aquel día iba á entrar de guardia en palacio, y eran ya cerca de las diez.

Sus ojos, radiantes de felicidad, miraban fijamente á la hermosa genovesa, y ella le dirigia de vez en cuando púdicas y castas miradas.

Leonor tenia delante de sí un bastidor en donde bordaba, y en aquel momento mostraba en su mano una madeja de seda roja, sin saber cómo devanarla, porque no estaba Doña María, y no se atrevia á pedir á Alvaro que le ayudase á devanarla.

El capitán Santoyo observó la vacilacion de su amante, y deseando complacerla, la dijo dulcemente:

—¿Quieres, Leonor mia, que tenga yo la madeja?

—¡Oh! no me atrevo á exigir este servicio de un caballero que maneja daga y espada.

—¡Bah! ¿y por qué? Ahora no soy capitán de la guardia flamenca, sino Alvaro, que te ama y quiere complacerte en todo.

—Pero....

—Nada, nada, bien mio, trae aquí esa madeja y veamos. Verás cómo yo sé tambien devanar. Venga la madeja.

Leonor puso la seda en las varoniles manos de su amante, y empezó á devanarla con puro y sencillo placer.

Alvaro se acercó aún más, para que su amada no se molestase, y muchas veces apoyaba sus codos en las rodillas de ésta, y la devoraba con sus ardientes miradas.

Leonor devanaba, pero devanaba con tanta calma, que aquella madeja llevaba trazas de no concluirse nunca.

Así pasó un cuarto de hora, y la seda, á pesar de lo despacio que era devanada, ya habia pasado casi toda ella de las manos de Alvaro al ovillo que tenia Leonor, cuando aquel se detuvo y murmuró:

—¡Oh! mi amada Leonor, quisiera que esta madeja fuera eterna.

La genovesa soltó el ovillo, y preguntó al capitán sonriéndose amorosamente:

—¿Y por qué, Alvaro mío?

—Porque de este modo estoy más cerca de ti; porque mis ojos te contemplan extasiados.

Leonor se ruborizó y bajó la cabeza.

—Alza la vista, ángel mío, prosiguió el jóven; ¿no eres tú ya mi esposa á los ojos de Dios, puesto que hemos jurado amarnos siempre y obtenido la bendición de nuestra madre?

—Sí, Alvaro; pero no sé lo que temo hoy, que aun cuando soy tan feliz, en este instante tengo frío en el corazón.

—¡Leonor! ¡mi adorada Leonor! ya hace días que tienes ese ridículo temor, cosa que tanto disgusta á mi madre.

—¿Pues qué, Alvaro, no participas muchas veces de él?

—Sí, pero no hoy, que tan dichoso soy en este momento, dijo el capitán besando las manos de la genovesa.

—Por eso yo temo, Alvaro. Somos demasiado felices para que el destino lo consienta.

El jóven se estremeció, y preguntó á su amada:

—¿Has sabido alguna cosa del rey?

—Nó, felizmente. Me tiene abandonada, por fortuna mía.

—Y entónces ¿por qué temes?

—Ninguna noticia he tenido de mi padre, añadió la jóven lanzando un suspiro.

—Si también te abandona, idolatrada mía, te quedo yo, que te amo por todos.

—El dudar de él es una ofensa.... Se encuentra preso,

como sabes, en compañía de su señor, Antonio Perez, y un preso no puede ni aun escribir cuando se le ocurre. ¿Quién sabe lo que puede haber sucedido?

—No temas ninguna desgracia. Me consta, porque es público en la corte, que todavía no ha recaído sentencia en la causa que se sigue á Antonio Perez y á tu padre. Pero todos tus temores se mitigarian si hubieras seguido mis consejos.

—¿Qué consejos?

—Casarnos y huir á Francia.

—Es verdad, Alvaro; pero no quisiera casarme sin obtener el consentimiento y la bendicion de mi padre y del tuyo.

—¡Por Dios, Leonor, pierdes el juicio! gritó enojado el capitan; ¿no sabes que el señor Santoyo, mi padre, en vez de dar su consentimiento, se lo revelaria al rey, creyendo que de no hacerlo así le hacia traicion?

—Sí, mas Doña Maria, que tanto nos ama, me ha exigido que sólo recurramos á la fuga en un caso extremo, y por muchos que sean mis temores, conozco que todavía no hemos llegado á ese punto.

—Entónces, si crees que no nos amenaza ningun peligro, ¿á qué te atormentas y me atormentas, Leonor?

La genovesa calló, no convencida, pero sin tener ya objeciones que exponer.

—Desecha todo miedo, amada mia, prosiguió el capitan amorosamente; Dios siempre protege á los buenos.

—Sí, pero les prueba ántes mucho.

—¿Me amas, Leonor?

—Oh! ¿y me lo preguntas?

—Pues entónces sé dichosa, confía en el porvenir y no temas nada.

—Sea, pues, lo que la Providencia quiera, Alvaro mio. Y Leonor, suspirando, volvió á coger el ovillo y á continuar devanando la madeja.

En aquel momento entró de puntillas Doña María de Sandoval, por una puerta que habia detrás de Leonor, y contempló extasiada aquel grupo de juventud y hermosura.

Ni la genovesa ni Alvaro la sintieron, pues estaban demasiado ocupados con su amor, mirándose y soñando en felicidades infinitas.

Doña María se aproximó á ellos, y preguntó maliciosamente:

—¿Cuánto tiempo hace que estais devanando esa madeja, hijos míos?

Leonor se estremeció y tembló como si la cogieran cometiendo un crimen; pero Alvaro, más tranquilo, dejó la madeja, y acercando un sillón á la anciana, la contestó sonriendo:

—Mucho rato hace, madre mia, que hemos empezado á devanarla.

—Me lo figuraba, añadió la bondadosa señora.

Y despues de decir estas palabras, se sentó al lado de Leonor.

La genovesa, avergonzada, no se atrevia á seguir devanando la interminable madeja, pero Doña María la dijo con dulce amabilidad:

—Concluye de devanar la madeja, Leonor. Veo que se te ha concluido la seda roja y va á hacerte falta.

Alvaro tomó el estambre, y la italiana devanó entónces

tan apresuradamente, que al momento concluyó, pasando el ovillo á Doña María.

Esta comprendió muy pronto que su *hija querida* tenia algun pesar, y con el objeto de distraerla, dijo á Alvaro con acento indiferente:

—Hijo mio, ¿has visto ya á la reina de Hungría?

—Nó, madre, hoy la veré, pues me toca dar la guardia en palacio.

—Dicen que es hermosísima, hijo mio. Y no tiene nada de extraño, porque es española, y las españolas é italianas son las mujeres más bellas del mundo.

Leonor levantó la cabeza y dirigió á Doña María una sonrisa por la parte que la tocaba de aquel cumplido.

La anciana continuó:

—La reina de Hungría es de la nobilísima familia de Lanuza, el gran Justicia de Aragon, y yo conocí á su madre en mi juventud.

—Entónces, señora, ¿podreis decirnos cómo el rey de Hungría se casó con ella, no siendo más que una dama principal?

—Ese es un misterio, hija mia, que ni yo ni nadie sabemos por qué....

La voz de Doña María fué interrumpida por la entrada del señor Santoyo en el salon.

—¿Tú aquí á esta hora, Sebastian? le preguntó su esposa sorprendida.

—Sí, María, y vengo por vuestra pupila.

—¡Por mí, gran Dios! exclamó Leonor aterrada.

—Sí, por vos, señora.

—¿Quién me llama? ¿acaso el rey?...

—Nó, tranquilizaos.

—Entónces....

—Ya os he dicho que os tranquiliceis....

—Pero señor....

—Vengo para llevaros á palacio, á la cámara de la reina de Hungría.

—¿Y qué me querrá S. M? dijo la genovesa admirada.

—En palacio lo sabreis, señora. Vestios al momento.

—Pero señor, añadió Leonor sin moverse....

—Al momento, repuso Santoyo con acento imperativo.

—Sí, sí, marchad, hija mia, exclamó Doña María; si os llama la reina de Hungría, nada temais, Doña Blanca de Lanuza es una noble señora.

Leonor no murmuró y fué á vestirse, saliendo poco despues con Santoyo, y dejando asombrados á Alvaro y Doña María, porque no podian adivinar el objeto de aquella marcha tan súbita.



## CAPÍTULO X.

**Tres peticiones.**

Segun sabemos ya por Doña María Sandoval, Blanca de Lanuza habia llegado á Madrid.

Efectivamente, dos dias ántes de la escena narrada en el capítulo anterior, un correo de Blanca despachado á Felipe II desde Zaragoza, anunció al rey la salida de aquella ciudad de la noble esposa de Fernando.

El monarca español mandó disponer todo lo preciso para recibir dignamente á la reina de Hungría, y con este objeto dispuso que la infanta, acompañada del príncipe de Asturias, salieran á esperar á la augusta viajera.

El recibimiento tuvo más de afectuoso que de oficial (como diríamos en nuestros dias), y no tan solo la infanta Isabel Clara, sino el mismo Felipe II, á pesar de su carácter reservado y sério, acogió á los viajeros con alegría, teniendo para Doña Blanca, como tambien para el archiduque, muchas expresiones de afecto y cordiales abrazos.

La infanta deliraba de alegría al ver á su régio padre tan estrechamente unido al archiduque, y en cuanto á

Blanca, ya comprenderán nuestros lectores si presagiaría felicidades de aquel viaje.

Los ilustres viajeros fueron hospedados en las principales habitaciones del régio alcázar, y obsequiados aquella noche con una magnífica cena, que fué célebre, en aquellos tiempos en que la corte de España era un inmenso convento, con sus costumbres, su monotonía y su soledad.

Ahora bien, Blanca, como mujer previsora y precavida, no quiso perder en balde el tiempo, y á este fin solicitó de Felipe II aquella misma noche una conferencia para el día siguiente.

El monarca se la concedió complacidísimo, y á las nueve de la noche la reina de Hungría esperaba en su cámara al monarca español.

Blanca estaba sola y hechiceramente vestida, sentada en un escabel y con la cabeza apoyada en sus manos.

La reina de Hungría estaba impaciente porque deseaba aquella conferencia y saber qué es lo que podía esperar de Felipe II, pues eran tres peticiones las que tenía que hacerle, y dudaba que las tres las concediera, á pesar de todas sus gestiones.

De pronto Felipe II se presentó en la cámara precedido de un paje, que le anunció ceremoniosamente, y quitándose su sombrero de terciopelo, que dejó sobre un sitial, saludó con respeto á la ilustre dama.

—El cielo os guarde, señora, la dijo afectuosamente; ¿estais satisfecha de la hospitalidad que habeis encontrado en Madrid?

—¿Y cómo no estarlo, señor, cuando sabeis ser tan noblemente galante?

—Mucho me alegro, señora, y puesto que deseais hablar-me, sentaos y hablemos pues, Doña Blanca.

El rey se sentó al lado de Blanca.

—Voy á pedir os tres gracias, ó por mejor decir tres actos de justicia. ¿Estais dispuesto á concedérmelas?

—Hablad, señora.

—V. M. no ignora el principal motivo de mi venida á España.

—Sí, con efecto; pero ántes de empezar nuestra conversacion, suprimid el tratamiento, estamos solos.

—Gracias, señor.

—Y bien, Doña Blanca, prosiguió Felipe II con frialdad, es cierto que sé el objeto principal de vuestro viaje, que es el de arreglar la boda de mi hija con el archiduque de Austria, vuestro sobrino.

—¿Y qué pensais de ese matrimonio?

—Como negocio político no puede ser más deplorable; pues mi hija deberia ser la esposa de Enrique de Francia; pero como padre que soy no puedo ménos de acceder á él, porque la infanta está locamente enamorada del archiduque.

—¿Es decir que no comprendeis las ventajas de ese matrimonio?

—¡Cómo! si no tiene ningunas.

—¿Ningunas decís?

—Absolutamente ningunas. Os aseguro que es el negocio más antipolítico que he hecho desde que soy rey.

—Porque en este asunto creeis ser más padre que político.

—En verdad, Doña Blanca, que nadie me adivina como vos, exclamó sorprendido.

—Y es eso, sin duda, porque sentís que la infanta no sea reina.

—Ciertamente; me desespera que una princesa tan soberana como mi hija Isabel Clara, no lleve sobre su frente la corona soberana.

—No es eso imposible.

—¿Cómo!

—Está en vuestras manos.

—¡Ah! repuso el rey con acento receloso, ¿vos también quereis hablarme de mis estados de Flandes?

—Sí, señor, ¿para qué he de engañaros? Hablo de los estados de Flandes, que sólo sirven para arruinar el tesoro y no proporcionaros ni aun siquiera gloria.

—Ya me figuraba yo que el amor del archiduque por mi hija era sólo ambición.

—Perdonad. Ofendeis al pobre Alberto, que sólo ama á la infanta porque es bella y jóven.

El semblante de Felipe II se desarrugó, pues su único lado vulnerable era el amor que profesaba á su hija.

—Os concedo, Blanca, prosiguió diciendo, que Alberto no sea ambicioso, pues tal vez es demasiado jóven para obrar así; pero no me negareis que el emperador vuestro tío y vos teneis gran deseo de los estados de Flandes para el archiduque.

—Señor, dijo la reina de Hungría con gravedad, el emperador de Alemania y el rey de Hungría son idólatras del engrandecimiento de la casa de Austria. Yo, que hoy he dado hijos á esa nobilísima familia, me creo también con derecho de abogar por un príncipe de esa misma casa, lo cual no debe extrañaros, puesto que sois su jefe.

Felipe II se sonrió, porque vió que Blanca habia buscado el mejor camino para llegar á su corazón, y la dijo amigablemente:

—Ya veo, señora, que quereis el engrandecimiento de un príncipe austriaco, aunque sea en perjuicio de otro.

—¿De otro? ¿Os chanceais, rey D. Felipe?

—No en verdad.

—Pues entonces, ¿cómo habeis dicho lo que acabo de oiros? ¿No sabeis que desmembrar de la corona de España los estados de Flandes, es como sacar del mar un vaso de agua?

No parecia sino que Blanca leia en el corazón de Felipe II para saber lo que habia de decirle, pues cada una de sus palabras hacian gran efecto en el despótico monarca, que veia halagada su soberbia de un modo especial y de una manera tan delicada como nunca habia escuchado.

—Doña Blanca, la dijo por fin con expansiva franqueza, básteos saber que vuestros dos protegidos serán esposos, y corto aquí la conferencia, porque acabariais por convenirme.

—¡Ah! me honrais demasiado al creerlo así, y permitidme que os manifieste, que no es que temeis la discusión, sino que la rehuís.

—Sois implacable, señora, y repito que os tengo miedo. Mucho amo á mi hija, y desearia verla reina; pero tambien quiero mucho á mis estados de Flandes.

—Que concluireis por perder, señor; porque cuando un pueblo quiere ser libre, es imposible contenerle. Ya veis que, aún hoy mismo, bajo vuestro cetro, todos los vireyes que mandais se ven precisados á ahogarlos á tributos, porque

tienen que sostener una continua guerra, y para vos, Flandes es una ruina que devorará, si os empeñais en ello, todos vuestros tesoros y soldados.

—Eso será según quien les gobierne. Ved ahora cómo están quietos y tranquilos.

—Sí, pero en continua fermentación, rey D. Felipe. Creo, pues, que podríais hacer de la Flandes un reino libre, dándole por soberanos á la infanta y su esposo, pero como feudatarios de España. De este modo los flamencos se tranquilizarían y vos seríais quien en realidad gobernaría aquel territorio.

El rey se quedó pensativo por algunos minutos, y luego dijo:

—Confiésoos que es una buena idea, y la pensaré.

Blanca, satisfecha, no quiso insistir más, y por espacio de un poco de tiempo reinó el más solemne silencio entre los dos augustos personajes.

Blanca lo rompió, diciendo al rey:

—Ahora, señor, creereis, y con razon, que ya han concluido mis peticiones; pero estoy muy lejos de eso, y vuestra bondad conmigo me anima á ser atrevida.

—No importa, Doña Blanca, decid, decid.

—Deseo que me permitais traer á mi lado á una joven italiana que ha sido menina de S. A.

—¡Leonor! murmuró Felipe II roncamente.

—Sí, Leonor Vazquez de Mayonini. Me ha sido recomendada por su mismo padre.

—¡Cómo! ¿habeis visto á ese traidor?

—Señor....

—Perdonad, me excedo. ¿Qué deseais, señora?

—Ya os lo he dicho, permiso para tenerla á mi lado.

—¿Con qué objeto os la han recomendado? repuso el rey mirando fijamente á la hermana de Lanuza.

—Con el de librarla de las borrascas de la corte, á la cual ha venido por primera vez.

Felipe II no contestó por espacio de un rato, sino ahogando un suspiro; pero después, satisfecho de volver á ver á Leonor y poderla tener en el palacio sin que ella conociese que él la obligaba, dijo á la reina de Hungría:

—Os concedo lo que me pedís, y mañana por la mañana cuando venga Santoyo, le diré que la acompañe al alcázar. ¿Estais satisfecha?

—¡Oh! y tanto, que no sé cómo manifestaros la tercera peticion que tengo que haceros.

—¿Más todavía? repuso el rey jovialmente.

—¡Oh! es la última, pero tambien la más difícil.

Felipe II, que se habia levantado para retirarse, volvió á sentarse con visibles muestras de impaciencia.

Blanca lo conoció, pero no se dió por vencida.

—Señor, voy á hablaros de un asunto que os es muy enojoso, pero que está siendo el escándalo y la crítica de Europa.

—¿De qué hablais, reina?

—De Antonio Perez.

—¡Antonio Perez! repitió el rey con todo el odio de su corazon.

—Sí, prosiguió Blanca, no obstante la ira que habia iluminado las facciones de Felipe II. Antonio Perez, señor, habrá sido un traidor, un malvado, no lo niego; pero en la actualidad sólo compasion inspira.

—¿Y sois vos, señora, la que me pedís el perdón de Antonio Perez? dijo el rey asombrado.

—Sí, señor.

—¡Vos! ¿á quien tanto hizo sufrir?

—Tanto, que fué el verdugo de los mejores años de mi vida.

—¿Y podeis olvidar sus ofensas?

—Así nos lo manda Dios.

—¡Sois un ángel, señora! exclamó el rey con cierta religiosa admiración que hizo sonreír á Blanca.

—Y bien ¿qué decís? exclamó por último.

—Que es imposible, la contestó el rey sombrío y lúgubre, Antonio Perez está bajo la ley, y si la ley le condena, morirá.

—¡Dios mío!

Y después de un momento de silencio prosiguió echando mano del último recurso que la quedaba:

—Rey D. Felipe, es cuestión de Estado el que deis libertad á Perez.

El rey miró todavía más asombrado á Blanca.

—Señora, la dijo, vais á volverme loco... ¿Por qué quiere la política que yo no castigue á un vasallo rebelde y concusionario?

—Porque la Europa entera está en los pormenores de su proceso, y no falta quien diga que en vez de hacer justicia, os vengais.

Felipe II se levantó arrogante y amenazador.

—¿Eso dicen? ¿Y quién es el miserable que dice eso? señora, descubridmele para que, sea quien quiera, corte su cabeza el hacha del verdugo.

—Tendríais que cortar tantas...



—¿Cómo así? ¿Ya un rey no puede castigar a un criado suyo que le ha estado vendiendo infamemente?

—Señor, yo no hago más que pedir os como cristiana la vida de un hombre que ha expiado bien duramente sus delitos, y aconsejaros lo que me parece más digno de vos y de la fama que os rodea y que habeis hecho descender sobre mi querida patria. Por lo demás, si persistis en castigarle, debo advertiros que os exponéis á muchos sinsabores.

—¿Acaso me amenaza ese villano?

—Antonio Pérez os respeta aún.

—Entonces, ¿qué peligros pueden amenazarme?

—Que huirá á Zaragoza, y allí como aragonés se acogerá al fuero de la manifestación.

Felipe II se sonrió con cierta fiereza.

—Tanto mejor, dijo, si se acoge á los fueros, ya me da un pretexto para arrollarlos.

—¿Os atreveríais?

—¡Ah! señora.... si vuestro padre acogé á Pérez, ¿creéis que no seré capaz de enviar á Aragon un ejército para destruir esos odiosos fueros que coartan mis derechos de rey? Yo no quiero que en España haya más voz ni voluntad que la mia, y si esos fueros me estorban, por encima de ellos pasaré.

—¿Y con ellos tendreis que arrollar á mi padre?

—Vuestro padre es un leal vasallo, y no se atreverá á defender lo que mi voluntad quiera destruir.

—Mi padre y mi hermano, señor, son aragoneses, y el cargo que ejercen les obliga, en ocasiones tan dolorosas, á mostrarse más aragoneses que vasallos del rey de España.

—¿Qué quereis decir?

—Lo que acabo de manifestaros; que para destruir los fueros, tendríais que pasar por encima del cadáver de mi padre.

—Pues pasaré, Doña Blanca.

La reina se estremeció y guardó silencio, no solamente para dominar su emoción, sino para dar lugar á que el rey Felipe II se repusiese, pues á la altura á que habia llegado la conferencia, era imposible continuarla.

Después de un momento de silencio, y cuando Blanca conoció que el rey se habia apaciguado, procuró sonreirse, y esperando volver al asunto otro día, dijo al monarca:—

—Veo, señor, que mi tercera petición no es tan afortunada como las dos anteriores, y lo siento, porque no quisiera que el castigo de Antonio Perez, por más justo que pueda ser, sirviese el día de mañana para dar armas á los malcontentos que hay en todos los países. Temed que el hasta hoy procesado caballero se convierta en jefe de un partido.

—Nada temo, señora. Mi nombre ha hecho temblar siempre á los rebeldes.

—Y Dios os dé siempre la misma fortuna.

—Podeis vivir tranquila. Confío en Dios.

—¿Es decir que nada puedo esperar?

—¿Respecto al perdon de Perez?

—Si, señor.

—Nada. Siento deciroslo, es muy poco galante dar una negativa á una dama, y sobre todo á una dama como vos; pero mi dignidad y la justicia ofendida así lo exigen.

—En ese caso, exclamó la reina de Hungría lanzando un suspiro, he concluido y siento haberos molestado por tanto tiempo.

—Yo tambien siento no poder ser más galante con vos, pero pedidme todo lo que querais, y todo os lo concederé, ménos la libertad ni el perdon de ese hombre.

Blanca bajó la cabeza afectada por la suerte que esperaba á su pobre amigo; pero no pareciéndole prudente insistir aquella noche, guardó silencio, y se limitó á decir al rey:

—De todas maneras, señor, os doy gracias por vuestras bondades, y siempre viviré reconocida.

—Yo tambien debo estarlo á vuestros buenos officios, pero por esta noche [descansad, es ya tarde y debeis encontraros fatigada.

—Un poco, señor.

—Pues dormid bien, y el cielo os guarde, señora.

El inclinándose galantemente, besó la mano de Blanca, y se despidió de ella, sin consentirla que le acompañase hasta la antecámara.

Blanca quedó sola.

## CAPITULO XI.

**La protectora y la protegida.**

Conseguido por Blanca el permiso del rey para proteger á Leonor Vazquez de Mayorini, se apresuró, como ya sabemos, á mandarla llamar á su cámara por medio de Santoyo, y la pobre niña, temblando de miedo, porque creía que era el rey quien la ordenaba presentarse en el palacio, siguió al padre de su prometido con el corazón transido de pena.

Después de haber disfrutado por algún tiempo de la tranquilidad que se respiraba en la casa del ayuda de cámara de Felipe II, volver al bullicio de la corte y tener que entablar de nuevo la lucha con el rey, era ciertamente insoprotable para Leonor, la cual se habia creído en sus dorados sueños, que el monarca habia desistido de perseguirla.

Su temor, sin embargo, no duró mucho, porque cuando llegó al alcázar, Santoyo la manifestó entónces que no era el rey el que la habia llamado, sino la reina Blanca de Hungría.

Esto tranquilizó á la jóven, que llena de esperanza, pudo presentarse á la esposa de Fernando serena y dueña de sí misma.

Blanca la recibió con afabilidad y con el cariño, que era la base de su hermosa alma, y al ver á Leonor tan bella y tan modesta, sintió por ella desde aquel momento una dulce simpatía.

Santoyo se retiró en cuanto hubo presentado á la reina de Hungría, la prometida de Alváro.

—Venid, venid, hija mia, la dijo Blanca arrastrándola suavemente á un sillón; venid y sentaos... Nada temais; he sabido que sois digna de ser protegida, y he resuelto protegeros. Sentaos, Leonor.

—Señora, murmuró la genovesa turbada.

—Sentaos, volvió á repetir la reina de Hungría.

Leonor se dejó caer en el sillón, y fijó sus hermosos ojos negros, en los que se reflejaba la más intensa gratitud, en el bello y bondadoso rostro de su protectora.

—Hija mia, la dijo ésta, despues de haberla mirado fijamente, ofreci á vuestro padre protegeros, y hoy cumplo mi palabra.

—¡Mi padre, señora! ¿Habeis visto á mi padre?—

—Sí.

—¿En dónde?

—En el castillo de Turuégano, poco ántes de mi venida á la corte. Refirióme que habíais venido sola y en compañía de un antiguo y leal criado llamado Gil de Mesa, á implorar del rey su perdon y el de Antonio Perez, y me suplicó que procurase averiguar vuestro paradero y que os tendiese los brazos, porque despues de haberos dejado marchar, ya pesaba á vuestro padre el permiso que os habia concedido.

—¡Ah! sin duda presentia todo lo que me ha sucedido.

—Es muy posible, y no comprendo cómo os dió su con-

sentimiento. La córte es un lugar de corrupcion, donde flaquean las virtudes más sólidas, y conociendo vuestro padre al rey, y sabiendo que era al rey á quien teniais que presentaros, os repito que me extraña el permiso que os dió para venir.

—Su afecto al señor Antonio Perez y el deseo de su propia libertad le animaron. Además, yo venia muy recomendada al señor conde de Oñate, que es un cumplido caballero.

—Ciertamente que sí; pero ¿visteis al conde?

—Estuve en su casa, de donde me sacó una orden del rey para trasladarme á la del señor Sebastian de Santoyo.

—¡Pobre niña! exclamó Blanca tristemente.

—Después...

—No prosigais.... La narracion de los pasados dolores debe evitarse siempre que sea posible, y ya conozco lo que habeis sufrido.

—¡Cómo! sabeis.... repuso Leonor bajando la voz y ruborizándose:

—Todo, añadió Blanca; sé, mi pobre niña, que habeis sido desgraciada, pero no culpable. Sé que habeis rechazado con una energía digna de ser celebrada, los favores de una muy alta persona, y que habeis preferido la persecucion á perder el honor, prenda la más hermosa de la mujer. Por eso la palabra que dí á vuestro padre me es doblemente grata, y estoy dispuesta á ser para vos una madre cariñosa, á protegeros contra todas las asechanzas que puedan dirigirse á vuestra virtud, y á cuidar de vuestro porvenir, que debe ser espléndido y magnífico, porque Dios no puede abandonaros, y porque lo merecis por vuestra noble alma.

—Leonor, afectada hondamente con las dulces promesas de

la reina de Hungría, cayó á sus piés derramando lágrimas de gratitud.

—¿Qué haceis, niña? la dijo Blanca.

—Lo que debo, mi buena señora. Adoraros como á la Virgen, porque sois para mí la providencia del cielo. ¡Oh! mucho he querido á la infanta Doña Isabel Clara, porque ha sido muy buena para mí, pero vos la sobrepujais en ternura y en bondad.

—Silencio, niña; sólo se debe adorar á Dios, y esas palabras son sacrílegas.

—Señora....

—Alzad, alzad, todavía no he concluido de manifestaros mis proyectos.

—¡Oh! exclamó Leonor juntando las manos, ¿y hareis, señora, que el rey no vuelva á perseguirme?

—No volverá á importaros, os lo aseguro, y sobre todo, protegida por mí, no se atreverá á cohibir vuestra voluntad con ningun medio violento.

El semblante de Leonor se iluminó de placer.

—Señora, exclamó con lágrimas en los ojos, veo que tenéis una gran influencia sobre el señor D. Felipe II, cuando así hablais; ruégoos que os acordeis de mi pobre padre, preso con el señor Antonio Perez en el castillo de Turuégano, y expuesto como él á que el verdugo corte su cabeza. ¡Dios mio! Hablad al rey de mi padre.... decidle que le ponga en libertad, que le perdone....

—Ya he tratado esa cuestion con S. M., hija mia.

—¿Y os le ha concedido?

—Nó.

—¡Ah!

—No os aflijáis. ¿Ignoráis que es muy difícil convencer á Felipe II?

—Entónces no hay esperanza, exclamó Leonor con amargo desaliento.

—No he dicho tanto, ántes bien creo que podemos confiar alguna cosa.

—¿Se ha mostrado S. M. propieio al perdón?

—Hasta ahora nó, pero estoy segura de convencerle.

—¡Ah! señora, si conseguís la vida de mi padre, os deberé más que la vida.... y moriré por vos si es preciso.

—No quiero más que vuestro cariño y obediencia.

Leonor, entusiasmada de gratitud, cogió las manos de Blanca y estampó en ellas sus labios repetidas veces, estrechándolas al mismo tiempo contra su corazón, lo cual conmovió á la reina de Hungría, hasta el extremo de que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vamos, vamos, dijo á la genovesa, sois una jóven digna y pura que me honro en proteger. Oidme bien. Haré todo lo posible por alcanzar el perdón de vuestro padre, así como el de Antonio Perez, pues me he comprometido á ello; y en cuanto á vos vivid tranquila, que Felipe II os respetará en cuanto sepa que pertenecéis á mi servidumbre.

—¡A vuestra servidumbre!

—¿No os alegraríais de ello?

—¡Dios mío! tanto, que no puedo creer tanta dicha. ¿Vais á nombrarme menina?

—Nó; sino dama de honor, y esta misma noche recibiréis la almohada en mi cámara, que os entregará mi dama la condesa Herta de Kosignan en presencia del rey y la reina de España y de mi pequeña servidumbre.



Leonor, confundida de gratitud, no sabía cómo expresar su agradecimiento, y las lágrimas inundaron sus mejillas.

—¿Por qué llorais, hija mia? la pregunto Blanca admirada.

—Lloro de felicidad, señora. Es tan imprevista esta dicha, que me se figura un sueño.

—Dios siempre premia la virtud, no lo olvideis nunca; más temprano ó más tarde se recibe el premio de una conducta sin tacha. Sed siempre buena, y no será esto lo último que debais á su justicia. Ahora supongo que sereis completamente feliz.

—¡Oh! sí, señora.

—Perteneciendo á mi servidumbre, tendreis que veniros conmigo á Hungría.

—¡Oh! señora, ¿y... mi padre? ¿y...

Leonor fué á pronunciar el nombre de su prometido, pero afortunadamente se contuvo.

—Vuestro padre vendrá con nosotros en cuanto se consiga su absolucion, lo cual, como os he dicho, si bien es muy difícil, no es imposible, y pienso alcanzarla del rey.

Por un momento la genovesa permaneció callada, y consistia en que su pensamiento se hallaba fijo en Alvaro. Si ella marchaba á Hungría ¿tendria valor para separarse de su prometido? Empero ante aquella idea ocurriéronla mil y mil halagüeñas y seductoras, como sucede siempre que el corazón toma parte en nuestras esperanzas. Leonor pensaba que amándola tanto el jóven capitán, y siendo ya libre, no titubearia en darla su mano y marchar á Hungría con la reina Blanca, tanto más, quanto que ésta habia de protegerle tambien, pues entónces Felipe II no se atreveria á vengarse de él, si ya habia desistido de sus amorosos proyec-

tos con respecto á ella. Estas y otras reflexiones llenaron su alma de esperanzas y su mente de ilusiones, hasta el extremo de sonrojarse de felicidad, desapareciendo de sus mejillas la palidez que los sufrimientos habian impreso en ellas.

Blanca prosiguió diciendo á la jóven:

—Ahora bien, niña mia. Desde este momento quedais bajo mi proteccion y á mi servicio en palacio, en el cual vivireis todo lo más retirada que podais, á fin de evitar que os encontréis á solas con Felipe II. En vuestro retiro tendreis una amable compañera y amiga en la baronesa de Kosignan, que sabe tambien lo que son dolores, porque ella tambien ha sido muy desgraciada. Además, os visitará mi confesor el bondadoso Fray Agustin, que es un santo, y cuyas piadosas palabras os servirán de mucho.

—¿Y qué más puedo desear entónces? exclamó la genovesa con pura alegría. Con una señora tan buena como vos, una amiga como la hermosa niña que me ha introducido en presencia de V. M., un padre espiritual, virtuoso, y ver algunas veces á mis amigos los de Santoyo, seré completamente feliz.

—Eso es lo que yo deseo, hija mia.

Y tocando la reina un silbato de oro, se presentó Herta.

—Querida mia, la dijo Blanca señalando á Leonor, lleva esta jóven al cuarto que la tienes dispuesto, y no te digo que seas amable con ella, pues sabes que es desgraciada.

—Ella y V. M. quedarán satisfechas de mí.

—Así lo espero, hija mia.

Y besando á Leonor en la frente como una madre cariñosa, las dos jóvenes salieron de la régia cámara.

## CAPÍTULO XII.

Pocos dias despues de los sucesos referidos y una mañana bastante temprano, presentóse en el régio alcázar un correo todo empolvado y cubierto de sudor con pliegos para Felipe II.

Acababa Santoyo de llegar al palacio y penetraba en la cámara del rey, el cual no se habia levantado todavía, cuando un uquier acompañaba al portador de aquellos pliegos.

Al ver á Santoyo el uquier se detuvo, y le dijo respetuosamente:

—Señor Santoyo, este correo acaba de llegar con pliegos para S. M. Tened la bondad de entregárselos, puesto que vais á despertarle.

Santoyo tomó los pliegos y leyó el sobre estremeciéndose.

Aquellos pliegos venian del castillo de Turuégano.

—¿Qué habrá pasado en el castillo? murmuró al mismo tiempo que penetraba en la régia cámara.

Felipe II acababa de despertarse, y al ver á Santoyo se incorporó sobre el lecho.

—Buenos dias, mi buen Sebastian, le dijo afectuosamen-

te; ¿qué es eso que traes en la mano, pliegos? Pronto empiezan hoy á fastidiarme los negocios. A ver, á ver.

Y Felipe II, rompiendo el sobre, miró la firma que se hallaba estampada al pié del pergamino.

—Del castillo de Turuégano, alcaidía.... ¿Qué habrá ocurrido en el castillo?

Y comenzó á leer.

Santoyo le miraba anhelosamente, tratando de adivinar por la expresion de su rostro, el contenido del pliego; pero sus dudas no duraron mucho, porque aún no habia terminado el rey de leer todo el pliego, cuando lanzó un rugido, apretó contra sus crispadas manos el papel y se arrojó al suelo exclamando:

—¡Ira del infierno! ¡Vísteme, Santoyo! ¡Vísteme en seguida!... ¡Es posible!... ¡Ah! como se burle de mí, la sangre va á correr á torrentes.

El ayuda de cámara, aterrado y asombrado, se dispuso á vestir al rey silencioso prudentemente; pero el monarca, que tenia en su leal servidor una confianza ilimitada, le dijo al mismo tiempo que le vestía:

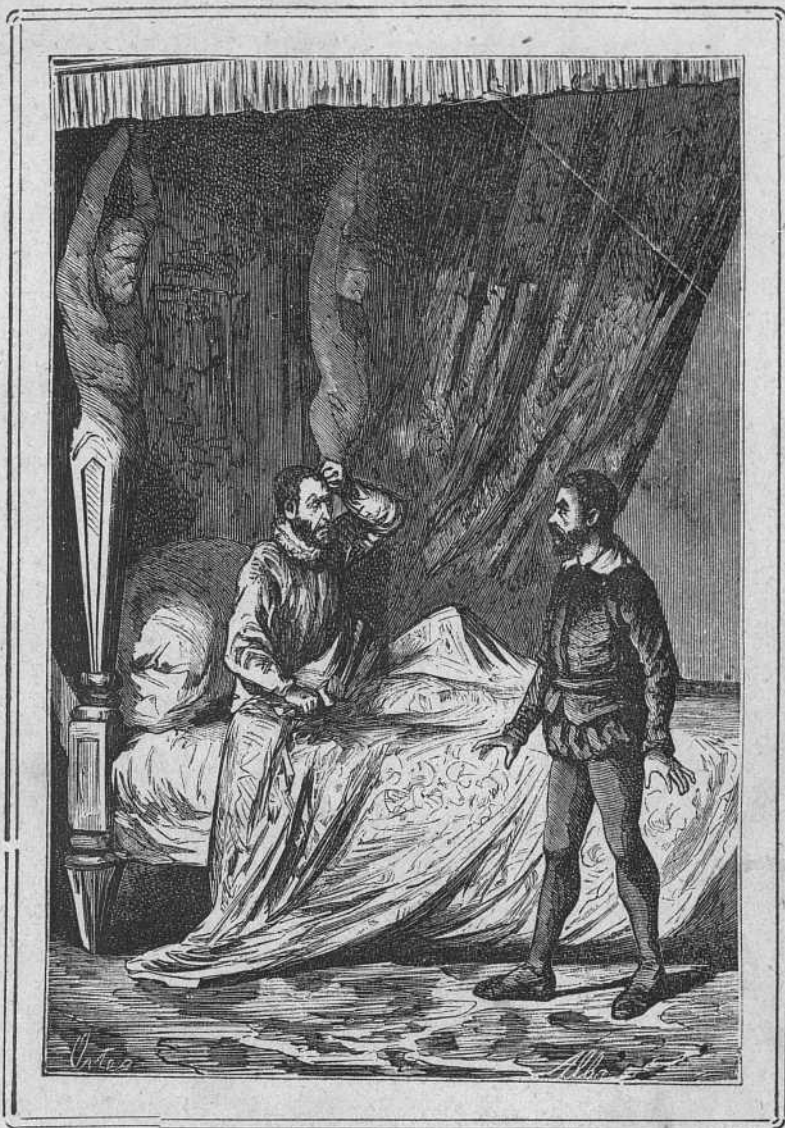
—¡Se ha escapado! ¡Se han escapado del castillo!

—¿Quiénes, señor?

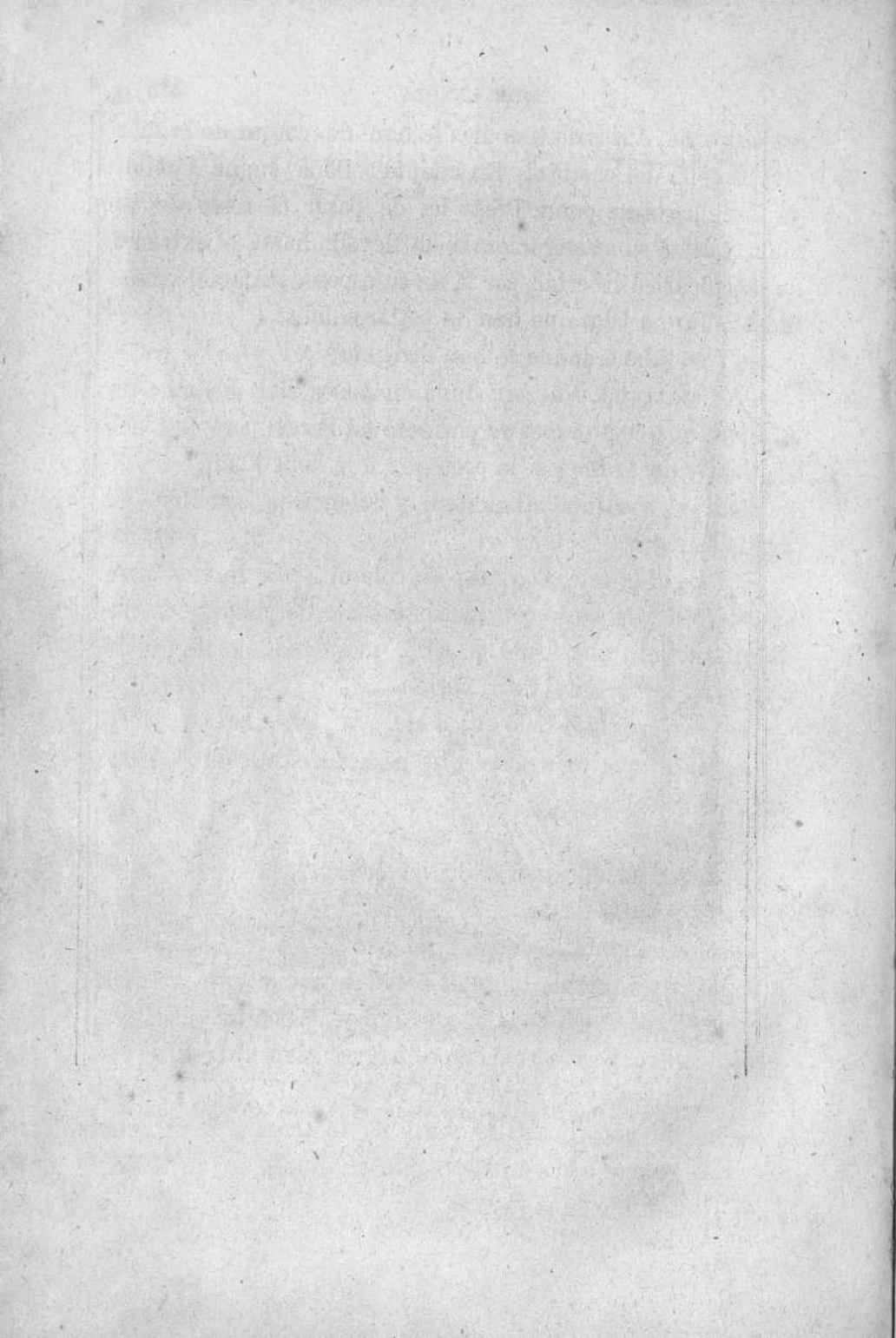
—Antonio Perez y Mayorini.

—¿Del castillo de Turuégano? exclamó asombrado Santoyo.

—Sí; ve aquí una comunicacion del alcaide Bustillos, en la que me lo dice. Se ha escapado Perez disfrazado con el traje de su mujer, y Mayorini con el del alcaide, habiendo dejado á éste maniatado. ¡Oh! ¡guardia estúpida y alcaide inútil!... ¡Vive Dios, que he de aclarar la verdad, y como



¡Ira del infierno! ¡Visteme, Santoye! ¡Visteme en seguida!



sea culpable, ántes de tres dias le han de colgar de la más alta almena del castillo! En cuanto á Doña Juana Coello, ya tiene bastante pena. Presa ha de pasar el resto de su vida, ya que su abnegacion la ha llevado hasta el extremo de sacrificar su libertad por la de su esposo. ¡Infamel! ¡infames!... Juro á Dios que han de pagármela...

—¿Y se sabe á dónde se han dirigido?

—A Calatayud. Van sin duda en busca del Justicia de Aragon, que como sabes es pariente de Perez; pero ¡ay del Justicia y de Aragon si le protegen ó le defienden!

Santoyo continuó silencioso, y silencioso concluyó de vestir al rey.

En seguida éste, convulso de cólera, se aproximó á un secreter de palo santo con incrustaciones de plata, y extendió una orden, que firmó y selló, mandando en seguida á Santoyo que introdujese al correo.

Este se presentó todo enlodado.

—¿Sois el que ha traído este pliego del alcaide de Turuégano?

—Sí, señor.

—¿Estais en disposicion de volver en seguida?

—Si V. M. lo desea.

—No solamente lo deseo, sino que lo quiero. Es preciso que lo ántes posible llegueis á Calatayud y entregueis al hidalgo D. Manuel Zapata esta orden. Reventad caballos, pedid dinero, pero corred. Se os pagará bien si bien servís.

—Señor, estoy al servicio de V. M.

—No volvais al castillo si así no lo manda D. Manuel Zapata. Poneos á sus ordenes. ¿Sois militar?

—He servido en piqueros.

—Pues os hago alférez si cumplís bien y pronto esta comisión; volved á Madrid por el despacho.

—¡Ah! señor...

—No os detengais; quedais á las órdenes del señor Zapata en Calatayud... Corred.

Y volviendo la espalda al correo, salió de su cámara por una puerta secreta que se comunicaba con las demás habitaciones del palacio.

En una de las galerías encontró á Herta, la dama de Blanca.

—¿Y vuestra señora? la preguntó; ¿se ha levantado ya? Decidla que tengo que comunicarla noticias graves.

La húngara miró al rey aterrada, porque leyó en su fisonomía todo el odio del infierno, y se detuvo no atreviéndose á dar un paso.

—¿No lo habeis oido, señora? repitió el rey, viendo que Herta permanecía inmóvil.

La jóven se estremeció, y como un autómatá pasó á avisar á su señora.

La reina Blanca se hallaba en aquel momento en el lecho, pues habia pasado la noche en dolorosa vigilia. Su alma fuerte y enérgica empezaba á perder su valor, porque presentia un doloroso desengaño, y comenzaba á aburrirse de las intrigas y el espíritu inquisitorial y sombrío de la corte de Felipe II. Acostumbrada á la vida pacífica de su palacio de Buda, no podia mirar con indiferencia las mil y mil intrigas que los cortesanos tramaban mutuamente para conquistar el favor del rey, rey por otra parte digno de ser querido, si el cielo le hubiera dotado de un corazón más sensible.



Además, empezaba á comprender que la determinacion de Felipe II acerca de Antonio Perez y Mayorini era inexorable, y se estremecía por Leonor y por Constanza, á quienes tanto queria.

Y no era esto sólo. Para aumentar los cuidados que la rodeaban y los compromisos que su buen corazon la creaban continuamente, vióse precisada á vigilar á Leonor como una madre, porque el rey, que tenia toda su confianza puesta en la familia de Santoyo, habia nombrado á Alvaro gentil hombre del príncipe de Asturias, y el enamorado mancebo, al verse cerca de su prometida aprovechaba todas las ocasiones de verla y aún de hablarla, llegando el caso de sorprenderlos Blanca conversando misteriosamente en las galerías con esa despreocupacion é imprudencia de las verdaderas pasiones. Blanca comprendia que si Felipe II veia alguna vez á Leonor hablar con Alvaro Santoyo, ó llegaba á sus oídos que los dos jóvenes se amaban, era muy posible que á él lo encerrase para siempre en un castillo y á ella en un convento.

En medio de todas estas circunstancias nada agradables que rodeaban á la reina de Hungría, sobrepujaba á todas la de que hacia ya más de un mes que no habia recibido ninguna noticia de su esposo ni de su hijo, á pesar de haber enviado en persona con cartas suyas al magyár Georgey, el cual ni habia vuelto á España, ni la habia contestado. Blanca no sabia qué pensar de todo aquello, y no se atrevia, sin embargo, á comunicar sus temores al rey, por no dar publicidad á aquella indiferencia de su esposo (pues no otra cosa parecia su prolongado silencio), y aguardaba un dia y otro dia, deseando anhelosamente que viniesen de Roma

las cartas y dispensa del Papa para efectuarse el matrimonio de la infanta con el archiduque, única cosa que esperaba la reina de Hungría para volverse á sus estados.

Todos estos temores y dudas la tenian disgustada y desvelada, por lo que, al ver entrar en su cámara á Herta asustada y temblorosa, la preguntó incorporándose qué tenia.

—¡Ah! señora, la dijo, el rey D. Felipe desea veros en seguida. Está muy incomodado.

—¿Incomodado y desea verme? ¿Qué será?

—No lo sé.

—Ayúdame á vestir pronto. Que pase.

Y Blanca, por no hacer esperar al rey, se arrojó del lecho y se cubrió con una túnica de terciopelo, ocultando sus cabellos una escófieta de encaje.

A los pocos momentos se presentó el monarca español. Cualquiera, al verle, se hubiera estremecido, porque pálido por la ira y vestido de negro segun costumbre, parecia el espectro de la muerte agitado por la venganza.

Leonor, que se hallaba con la reina de Hungría, tembló al verle.

—Que el cielo os guarde, señor, le dijo Blanca saludándole.

El rey no contestó más que con una fria y ceremoniosa inclinacion de cabeza, dirigiendo al mismo tiempo á la genovesa una mirada en que habia un infierno de pasión contenida.

—Retiraos, Doña Leonor, dijo Blanca á la italiana conociendo que el rey iba á darla alguna noticia grave.

La genovesa se inclinó y salió de la cámara.

—Señor, repuso la reina de Hungría ofreciendo al rey

asiento en un escabel, ya estamos solos, y espero que me expliquéis la honra de veros tan de mañana por mis habitaciones.

—Os traigo muy malas noticias, Doña Blanca.

—¡Acaso mi esposo ó mi hijo!...

—Tranquilizaos, las malas noticias sólo son para mí.—

Y mirando fijamente á la reina, la dijo despues de un momento de silencio:

—Parece imposible que no sepais lo que ocurre, cuando creo que toda la corte lo sabe ya.

—Os aseguro que no sé de qué habláis.

—Antonio Perez se ha escapado de Turuégano con Francisco Mayorini.

—¿Se ha fugado? exclamó Blanca asombrada.

—Sí, señora, estoy rodeado de traidores; pero yo juro que he de castigar á todos, y para eso he venido á molestaros.

—¡Cómo, señor!

—Antonio Perez se ha fugado á Aragon, porque confia en la proteccion del Justicia vuestro padre. Es, pues, necesario que inmediatamente le despacheis un correo, que yo pondré á vuestra disposicion, para que se niegue á darle asilo, porque podria pesarle, señora.

—Mi padre D. Juan de Lanuza no puede temer nada cumpliendo con su deber.

Felipe II miró con ira á la reina.

—D. Juan de Lanuza es un traidor, del que me vengaré si concede á Perez el beneficio de la manifestacion.

—Señor, Antonio Perez tiene ese derecho.

—Pues que le tenga.

—Observad que estais hablando de mi padre.

—Señora...  
 —¿Ha venido V. M. á hacerme oír amenazas? replicó la reina gravemente.

Felipe II conoció que se excedía, y conteniéndose, prosiguió:

—Nó, señora, puesto que vos no sois culpable; pero os suplico que escribais á vuestro padre para que mire cómo se conduce, pues juega nada ménos que su cabeza.

Blanca tembló.

—¡Oh! señor, dijo al iracundo monarca, mi padre no hará caso de mis súplicas si cree cumplir con su deber. Creo más acertado que vos le escribais, así como al marqués de los Velez.

—Fajardo es un traidor, que pronto haré volver á la corte para que me dé cuenta de su conducta en Zaragoza.

—¡Señor! mal juzgais á uno de los más nobles caballeros de vuestro reino.

—Ese concepto me merecía, pero el traidor se ha puesto de acuerdo con vuestro hermano y con vuestro padre. Sabed que me lo escribe así el marqués de Almenara.

—Entónces me lo explico todo. Ya sabéis que ántes de venir á Madrid he pasado por Aragon para abrazar á mi familia, y tengo motivos para aseguraros que el marqués de Almenara es el mayor enemigo de D. Pedro Fajardo.

—Eso nada tiene que ver con la traicion, traicion que pagará con su cabeza.

—¡Gran Dios! me haceis estremecer. No hablais más que de ejecuciones y muertes.

—Ellos tienen la culpa; estoy sólo rodeado de traidores.

—Tened cuidado, señor, que en vuestra cólera más ó

ménos justa no caiga la espada de la ley sobre alguna cabeza inocente. — ¡Oh! si sólo me guiara el deseo de la venganza, ahora mismo mandaría prender á la hija de Mayorini, castigándola por la fuga de su padre. Pero perded cuidado, ella nada tiene que ver en este asunto, así como tampoco vos, señora. Os repito, pues, que escribais á vuestro padre, diciéndole á lo que se expone si defiende á mi rebelde secretario.

Blanca lanzó un suspiro.

—Lo haré, señor, por complaceros, pero no creo conseguir nada.

Blanca se ahogaba de dolor y de angustia, y deseaba quedarse sola para desahogar su dolor, cuando vió que el rey se levantaba para retirarse.

—¿No teneis nada más que decirme, señor?

—Nada más, reina. Creo que estareis enterada, y que en obsequio á vuestra familia hareis lo posible porque vuestro padre me ayude á castigar á Perez.

—Lo haré, señor.

—Entónces que Dios os guarde, señora.

—Que él os acompañe, rey D. Felipe.

El monarca salió de la cámara, y Blanca, no pudiendo ya contener su dolor, prorumpió en amargo llanto, porque conocia que á la altura á que habian llegado los sucesos peligraba, y muy sériamente, la vida de su padre.

—¡Oh! murmuró sollozando, no escribiré á mi padre ni á Juan, porque romperian mi carta y me llamarian cobarde; pero participaré lo que ocurre á mi madre y á Constanza. ¡Pobre padre mio! ¡Pobre hermano mio!

.....

—Sólo nos resta decir que, como habrán comprendido nuestros lectores, en la orden que Felipe II escribió á don Manuel Zapata, le decía que prendiera á Perez donde quiera que le encontrase, que avisase lo ocurrido al virey de Aragón para que obra-se en justicia, y que en su compañía fuese al castillo de Turuégano para formar un expediente al alcáide Bustillos, ahorcándole si resultaba cómplice en la fuga.

Blanca lanzó un suspiro.

—Lo haré, señor, por complaceros, pero no creo conse-

guir nada.

Blanca se ahogaba de dolor y de angustia, y deseaba que se levantase para desahogar su dolor, cuando vio que el rey se levantaba para retirarse.

—No tenéis nada más que decirme, señores?

—Nada más, reina. Creo que estaréis enterada, y que en

el orden á vuestra familia haréis lo posible porque nuestro padre me ayude á castigar á Perez.

—Lo haré, señor.

—Entonces que Dios os guarde, señora.

—Que él os acompañe, rey D. Felipe.

El monarca salió de la cámara, y Blanca, no pudiendo ya contener su dolor, prorumpió en amargo llanto, porque conocía que á la altura á que habían llegado los sucesos peligrosos, y muy seriamente, la vida de su padre.

—Oh! ¡muerto sollozando, no escribiré á mi padre ni á Juan, porque romperían mi carta y me llamarían cobarda; pero participaré lo que ocurre á mi madre y á Constanza. ¡Pobre padre mío! ¡Pobre hermano mío!

Blanca, pues, no solamente supo y pudo conquistar el afecto de su augusto primo, sino que volvió a admirarle con creces.

### CAPITULO XIII.

Todavía se hallaba Blanca en su gabinete de su gabinete, cuando un día Herta anunció á Blanca que solicitaba verla una dama vestida de negro.

Blanca, que jamás se negó á oír á los desgraciados, presenció una de las mayores víctimas de Felipe II, que fué introducida por Herta en su cámara.

Blanca de Lanuza, la noble heroína de nuestra historia, la generosa reina que ya conocen nuestros lectores, había perdido mucha influencia en la corte, desde que Felipe II tuvo conocimiento de la fuga de Antonio Perez.

Es verdad que ella no tenía la culpa, puesto que en nada había contribuido á la evasión del antiguo secretario de Estado; pero el monarca español no podía perdonarla en su odio al desgraciado, que Blanca se interesase por él.

Entre los muchos disgustos que aquejaban á la esposa del antiguo Corsario Negro, no era el menor la posición falsa en que se había colocado con el rey, y comprendiéndolo así, trató de conquistarse en el ánimo del monarca el terreno que había perdido, aprovechando un terrible ataque de gota que tuvo el monarca, y durante el cual, la reina de Hungría le cuidó y asistió como si hubiera sido su padre.

Felipe II vió sus delicadas atenciones, leyó en su rostro su sincero sentimiento, pudo apreciar todo lo que valía la noble aragonesa, y acostumbrado al respetuoso pero frío ca-

riño de su familia, se sintió regenerado al grato calor de aquel afecto sincero, y no pudo ser indiferente.

Blanca, pues, no solamente supo y pudo conquistar el afecto de su augusto primo, sino que volvió á adquirirle con creces.

Todavía se hallaba el rey convaleciente de su enfermedad, cuando un dia Herta anunció á Blanca que solicitaba verla una dama vestida de negro.

Blanca, que jamás se negó á oír á los desgraciados, pues su mayor placer era enjugar lágrimas y dulcificar dolores, apresuróse á ver á la desconocida, que fué introducida por Herta en su cámara.

Al verla, Blanca se levantó cariñosamente, y lanzó un grito de asombro.

—¡Dios mio! exclamó, si mal no recuerdo, creo haberos visto en el palacio de mi hermano D. Juan de Lanuza.... ¿Sois Doña Violante, hija mia?

—Sí, señora.... repuso la dama arrojándose á los piés de la reina.

—¿Y cómo vos aquí, y de luto? ¿Qué ha sucedido?

—¡Oh! señora.... piedad para él, prosiguió Violante juntando sus manos.

—¡Para él! ¿Quién es él? ¡Oh! hablad.

—Mi esposo, señora.... el marqués de los Velez.

—¡Gran Dios! ¿Qué le ha sucedido al buen caballero?

—Ha sido preso por el marqués de Almenara.

—¿El virey de Aragon?

—Sí, señora.

—¡Oh! yo comprendí que se aborrecian; pero.... vos, cuando yo estuve allí no érais aún esposa del marqués....



—Dios bendijo nuestra union, que ha roto ese mal caballero.

—Hija mia, la union que Dios bendice no puede nadie romperla.... Tranquilizaos.... Yo os ofrezco mi proteccion.... Tengo alguna influencia con el rey, por más que la haya ya gastado.... Salvaremos al noble D. Pedro; pero venid, sentaos aquí y decidme, hija mia, cómo y por qué os ha sucedido esa desgracia.

Violante, que aún permanecia arrodillada, se levantó ayudada de Blanca, y se sentó á su lado en un sillón, mientras que la reina de Hungría cogia y estrechaba sus manos afectuosamente.

—Vamos, volvió á decirle enjugándola sus lágrimas con su propio pañuelo, no lloreis, Violante, y decidme: ¿Cuándo habeis venido?

—He llegado anoche.

—¿Habeis visto á alguna otra persona?

—Nó, señora; no conozco en Madrid más persona que V. M.

—V. M., exclamó Blanca sonriéndose; llamadme hermana y no me deis tratamiento: es tan ceremonioso y frio eso de V. M.

—Señora....

—Llamadme hermana.... Sé que sois muy buena, que amais á mi hermano como una hija cariñosa; pues bien, contádmelo todo. ¿Por qué ha sido preso vuestro marido?

—Por suponérsele cómplice en la evasion de Antonio, que se encuentra ya en Zaragoza, en la cárcel de la manifestacion.

—¿Ha ido ya á Zaragoza? ¿Pero vuestro esposo ha sido

realmente cómplice? Podeis decírmelo, porque yo tambien aprecio al desgraciado hermano de mi pobre cuñada, y por él y por ella estoy trabajando para que Felipe II le perdone. Además, no tiene nada de extraño que el noble marqués de los Vélez haya intervenido más ó menos en el asunto, porque me consta que era amigo de Antonio.

—Es verdad, pero en esta ocasion no ha hecho más que condolerse de su estado en presencia de algunas personas, e indicar su deseo de que el rey le perdone.

—Pues es bastante. No ignoráis que el marqués de Almenara aborrece á Perez, y está en sus intereses que desaparezca, porque es en la actualidad poseedor de casi toda la fortuna confiscada al antiguo favorito; y mucho extraño que vuestro esposo, que tanto conoce la corte y el corazon de Felipe II, se haya atrevido á hablar en favor de Perez. Pero hablad; todo lo que digamos sobre esto es ya inútil: la injusticia se ha cometido, y es preciso deshacerla. Hablad, hija mia.

Violante suspiró y se dispuso á hablar, en tanto que Blanca de Lanuza, cogiendo las manos de la jóven, la miraba cariñosamente.

—Señora, la dijo; ya sabeis que cuando tuvimos el gusto de abrazaros por primera vez, el marqués de los Vélez, á quien yo amaba con todo mi corazon, acababa de libertarme del poder de D. Rodrigo de Mendoza, hijo del marqués de Almenara, á quien en combate leal tuvo que herir con su espada para poderme arrancar de sus brazos. Pues bien, dos ó tres semanas despues de estos sucesos, D. Pedro Fajardo, que tambien me amaba, pidió mi mano á mi familia, y á pesar de la oposicion del marqués de Almenara, que recurrió

hasta al mismo señor obispo de Teruel, mis queridos padres adoptivos accedieron muy satisfechos, y comenzáronse las precisas diligencias. Llenados todos los requisitos, se dispuso celebrar la santa ceremonia en la capilla del palacio de don Juan de Lanuza, y el día prefijado, y delante de una concurrencia muy limitada, pero toda ella compuesta de amigos leales de la familia Lanuza, recibí el velo de desposada y D. Pedro Fajardo me entregó el anillo de esposo. Cuando ya la ceremonia iba á terminar, prosiguió la pobre jóven llorando, presentóse en la capilla el marqués de Almenara seguido de varios soldados, y sin permitir que se concluyese el santo sacrificio, cargó de cadenas á mi esposo en nombre de Felipe II.

—¡Qué escándalo! exclamó Blanca, no pudiéndose contener; ¿en la misma capilla se atrevió á hacer uso de la fuerza?

—Sí, señora; el villano caballero llevó su audacia hasta el extremo de maltratar con sus palabras al buen sacerdote que estaba celebrando, el cual, horrorizado del sacrilegio, indicó al virey que iba á poner aquel hecho en conocimiento de sus superiores. Empero, desgraciadamente para mí, el marqués de Almenara ha conseguido vengarse de mi esposo, porque á pesar de todo le ha traído á Madrid, donde Felipe II ha ratificado su prision.

—¿Y conoce el rey esos detalles?

—Creo que sí.

—Parece imposible, hija mía! D. Felipe II no ha autorizado jamás ninguna profanacion como esa.

—D. Felipe II es un rey bandido, gritó Violante encendida de cólera y olvidándose que se hallaba en el alcázar.

La reina de Hungría se dirigió apresuradamente á Violante, y tapó con su pañuelo la boca de la jóven para que callase.

—Silencio, niña imprudente, la dijo; recordad que las paredes oyen.

—No puedo sujetar mi cólera, reina, y perdonadme. No podría ver á Felipe II sin que leyese en mi rostro el odio que le profeso.

—¡Oh! callad, callad, no profirais esas frases, que pueden perderos estérilmente. Procurad serenaros y confiad en mí;

—¿Alcanzareis de Felipe II el perdon de mi esposo?

—Seguramente.

—¿Y hareis que le pongan en libertad?

—En cuanto le perdonen, si el asunto es tal como me lo habeis descrito.

—¿Y á qué habria de engañaros, señora? No sé cómo.

—Bien, pues seguidme.

—¿A dónde?

—Hija mia, á la cámara del rey.

—¡Del rey decís!

—Justamente. ¿Por qué os admira? ¿No quereis pedirle el perdon de vuestro marido?

—¿Y he de ser yo quien se lo ha de pedir?

—Es muy conveniente.

—Pero señora, ¿no os he dicho ya que le aborrezco con todo mi corazon, porque siempre he oido celebrar en torno mio su crueldad, y por su infame conducta con mi esposo? Os ruego que me eviteis verle, porque no sé qué será de mí.

—¿Y cómo quereis interesarle si no le hablais?

—Por eso he acudido á vuestra proteccion.

—Mi proteccion, hija mia, puede serviros de mucho; pero es preciso que la ayudeis con vuestros esfuerzos.

Y levantándose echó á andar, diciendo á Violante:

—Si quereis salvar á vuestro esposo, seguidme.

—¡Oh! nó, señora, exclamó la huérfana con una repugnancia horrorosa.

—Vamos, seguidme, añadió Blanca imperiosamente.

Violante, dominada por aquel acento bajó la cabeza, y silenciosa siguió á la reina, que la llevó por corredores de servicio hasta llegar á la cámara del rey.

Entretanto, la generosa reina de Hungría iba pensando en aquel nuevo encuentro tan parecido al de Leonor en sus consecuencias, y tambien aterrada, porque ya tenia miedo á Felipe II, desde que tan mal la habia tratado por defender á Antonio Perez.

Violante, precedida de Blanca, penetró por fin en la cámara, en la cual en aquel momento se encontraba el rey sentado en un sillón y rodeado de su mujer y de sus hijos.

Blanca se inclinó respetuosamente á salúdarles.

La huérfana, con cierta timidez que la daba un encanto particular, tambien se inclinó para besar la mano del rey Felipe, pero continuó inmóvil en el dintel de la puerta.

Entonces vió á la huérfana á quien no conocia, y volviéndose á Blanca, que se habia retirado á un lado para no ser vista por el rey, le dijo con bondadosa curiosidad: —Veo, mi querida prima, que vais introduciendo en

—Por eso le he dado á vuestra protección.  
 —Mi protección, hija mía, puede servir de mucho; pero es preciso que la ayudeis con vuestros esfuerzos. Y levantándose echó á andar, diciendo á Violante:  
 —Si queréis salvar **CAPÍTULO XIV.** según me  
 —¡Oh! no, señora, excolando la huérfana con una regu-  
 rancia horrible.

—Vamos, según me, añadió Blanca imperiosamente.  
 Violante, dominada por aquel acento bajo la cabeza, y  
 atenciones siguió á la reina, que la llevó por corredores de  
 servicio hasta llegar á la cámara del rey.

Quando Violante entró en la cámara real, detrás de la reina de Hungría, un espectáculo conmovedor se ofreció á su vista; espectáculo que, á pesar suyo, la hizo modificar en algun tanto el odio que inspiraba al monarca español.

Felipe II, sentado en un ancho sillón de cuero de Flandes, porque la gota le impedía moverse, se hallaba rodeado de toda su familia, que solícita y cariñosa le distraían mientras comía, acudiendo á satisfacer anhelosamente sus menores deseos.

Blanca, siempre seguida de Violante, se acercó al rey y le preguntó afablemente por su salud, teniendo la satisfacción de que Felipe II, al verla, se sonriese como se sonrió muy pocas veces en su vida, es decir, con afectuosa complacencia.

Entonces vió á la huérfana, á quien no conocía, y volviéndose á Blanca, que se había retirado á un lado para que la pobre niña fuese vista por el rey, la dijo con bondadosa curiosidad:

—Veo, mi querida prima, que vais introduciendo en

palacio á vuestros amigos sin presentárnoslos siquiera. ¿Quién es esta bella y triste dama que os acompaña?

—Una desgraciada, señor, exclamó Violante cayendo á los piés del rey, una infeliz que no se levantará de los piés de V. M. hasta que no la otorgue la gracia que viene á pedirle.

—¿Pero quién sois, y sobre todo, qué queréis? la preguntó el monarca sin darse por ofendido de que la reina de Hungría le hubiese llevado aquella infeliz cuando estaba comiendo.

La amabilidad del rey no pudo ménos de sorprender á Blanca y á la infanta, que se miraron confundidas; pero Violante, que no podia ménos de sentir al lado del rey una repugnancia invencible, continuó silenciosa.

Este silencio lo atribuyó el monarca á respetuoso temor, y halagando esta idea su amor propio, la dió con dulzura:

—Vamos, hija mia, os he preguntado cómo os llamais y lo que deseais de mí, y aún no me habeis respondido.

—Señor, me llamo Violante de Lanuza, y vengo á pedir á V. M. el perdon de D. Pedro Fajardo, marqués de los Veléz.

—¿Lanuza os llamais? ¿Sois hija del Justicia mayor?

—No tengo padres conocidos, añadió la huérfana sonrojándose, y uso ese apellido por la generosidad de D. Juan de Lanuza y de su esposa Doña Constanza Perez.

Al oír estos nombres Felipe II frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Y bien, prosiguió pausada y lentamente, habeis dicho que venis á pedirme el perdon de D. Pedro Fajardo. ¿Y con qué derecho?

—Soy su esposa, señor.

—¡Su esposa! exclamó el rey mirando sombríamente á la huérfana; mirad, niña mia, que si mentís, puede pesaros. El marqués de los Velez no puede haberse casado sin mi permiso.

—Señor, os juro que soy su esposa ante Dios y ante los hombres.

—¡Ah! ¿conque D. Pedro Fajardo, no contento con proteger al malvado Antonio Perez, se ha casado también sin nuestro permiso?

—Señor, exclamó Violante confundida.

—Alzad y retiraos, la dijo el rey, que aquella falta de respeto exaltó su bilis; próxima ya á estallar con el recuerdo de Antonio Perez evocado por Violante; alzad y no volvais á interceder por ese mal vasallo. ¿Es posible que tanto se desprecie ya mi autoridad? ¿Es posible que uno de los primeros nobles de mi reino se haya casado sin mi permiso con una dama que no sabe quiénes han sido sus padres? ¡Oh vergüenza!

Violante creyó morir de dolor; era la primera vez que la echaban en cara su orfandad, y era el rey en persona quien la despreciaba, el rey y delante de toda su familia.

—¡Cómo! prosiguió Felipe II cada vez más irritado, ¿á tanto extremo han llegado la impudencia y la insubordinación? Mañana el hijo de D. Pedro Fajardo ignorará la familia de su madre, y la noble descendencia de los Fajardos tendrá que colocar un cuartel vacío en su escudo por no saber con qué llenarle. ¡Ah! esto sólo vive Dios! merecé un cruel escarmiento.

Violante, anonadada, habia oido las últimas palabras del



rey, estremeciéndose como el cadáver colocado en una pila magnética, y luchando su dignidad con su dolor, no pudo detener sus lágrimas, y abriendo los brazos, acción suprema de la desesperación, cayó al suelo, exclamando con una voz que no parecía la suya:

—¡Oh! ¡compasion para él! ¡piedad!

Felipe II, al escuchar aquel acento que en nada se parecía al característico de la jóven, abrió los ojos, púsose livido, sus manos se crisparon, é incorporándose en el sillón, exclamó como hablando consigo mismo:

—¡Oh! esa voz.... yo la he oido ántes de ahora.... ¿Pero á dónde? ¿á dónde?

Al ver su agitación Blanca, el archiduque y la infanta, se aproximaron á él solícitos y cuidadosos.

Felipe II los rechazó con energía.

—Dejadme, dejadme, exclamaba; no tengo nada, retiraos.... dejadme.

Blanca le dió un poco de agua en una copa de cristal de Bohemia, y el rey la apuró de un solo trago.

Después se inclinó hácia la jóven, incorporada por la misma reina y el príncipe de Asturias.

—Señora, la dijo, retiraos; el acento de vuestra voz me hace daño. Volved mañana.... quiero oiros, y.... tengo que haceros algunas preguntas.... Ahora marchaos.... no habeis.... os lo mando.

Y estas palabras entrecortadas y como violentas, acabaron de afectarle, porque sus labios comenzaron á temblar convulsivamente.

¿Qué emocion sentia el alma fria y gastada de aquel misterio coronado?

Pero Violante, con esa fuerza y energía sólo propias de la desesperacion, que lo mismo puede subir hasta el heroismo como bajar hasta el crimen, miró al rey con sus hermosos ojos llenos de lágrimas, y sostenida por Blanca de Lanuza, porque apenas podia tenerse de pié, dijo al monarca con acento decisivo:

—Señor, matadme.... haced de mí lo que querais, pero no me moveré de este sitio sin que me concedais el perdón de mi esposo, sin que me dirijais una palabra de consuelo.

—¡Oh! sí, sí, escuchadla, padre y señor, exclamó el príncipe de Asturias.

—Concededla lo que os pide, dijo la reina.

—Perdonad al esposo de esta desgraciada, dijo tambien el archiduque.

El rey miró á su familia con cierta impaciencia dolorosa, pero en vez de contestarlos, dijo á Violante:

—Hablad, señora, os escuchamos.

Pero Violante, ahogada por la emocion, no pudo hablar; y la cólera del rey habria estallado terrible, si Blanca, temiéndolo así, y con la noble delicadeza que la distinguia, no hubiese dicho al monarca español:

—Señor, esta dama sólo os pide el perdón de su esposo el marqués de los Velez, por haberse casado con ella sin vuestro consentimiento.

—¿Es así?

—Sí, señor.

—Está perdonado; pues nunca me atrevo á deshacer lo que Dios hizo. Ahora ¿qué más quereis?

—Que examine V. M. por sí mismo la causá que se le ha formado por el virey de Aragon.

—La examinaré, y si no son ciertos los crímenes de que se le acusan, pronto estará á vuestro lado....

—¡Ah! señor, es inocente, y sólo la calumnia, hija del odio que le profesa el virey, es la que ha podido herirle. Sabed, señor, que mi esposo fué preso en la misma capilla del palacio de D. Juan de Lanuza, en el momento de estarse celebrando nuestro enlace, y en presencia del mismo Dios.

—¡Qué horror! exclamó la reina, ¡prender á un hombre en la casa de Dios!

—¡Qué infamia! dijo el príncipe de Asturias.

En cuanto á Felipe II, se contentó con estremecerse también de horror, pero nada dijo.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Si es así como lo decís, señora, Almenara se ha excedido, y nos veremos.

—¡Ah! fué arrancado de mi lado en el momento de recibir la bendición nupcial y sin permitirle despedirse de mí. V. M. no ha podido mandarle prender de ese modo.

—Ciertamente que nó, hija mía, y esto más que nada salva á D. Pedro Fajardo. Marchad tranquila.

—Gracias, gracias, señor, exclamó la pobre huérfana cayendo otra vez de rodillas á los piés del rey y besándole la mano con gratitud, gracias.... Sólo me resta que me concedais el permiso de verle.

—Tendreis ese permiso, señora. Y ahora retiraos; no sé por qué, vuestra voz parece que aumenta mis dolores.... No sé qué recuerdo vago se agolpa á mi memoria.... Idos, pues, y esperad tranquila.... No temais ya por la vida de vuestro esposo.

Felipe II, como agobiado por una oculta pena, hizo seña con la mano para que Violante obedeciese retirándose; y Blanca, que conocia el irascible carácter del rey, temió que se encolerizase si no era obedecido en seguida, y se apresuró á ofrecer su brazo á la aturdida aunque consolada huérfana.

—Venid, marquesa, la dijo con el tono más dulce de su voz, venid á mi cámara; estais muy agitada, y no conviene que salgais afuera de este modo. Descansad, y tiempo tendreis de ir á vuestro alojamiento. Apoyaos en mi brazo. Así, hija mia.

Y saludando á todas las personas de la real familia, Violante salió de la cámara.

—¡Pobre jóven! exclamó el príncipe de Asturias.

—Es en verdad bien desgraciada, repuso la reina.

—¡Oh! yo me hubiera muerto, dijo la infanta mirando amorosamente al archiduque.

Alberto pagó aquella mirada de amor con otra intensa y profunda, en tanto que Felipe II, sombrío y ceñudo, apoyaba su frente en su mano y murmuraba palabras incohexas, que no dejaron de alarmar á su familia, aunque nada pudieron comprender.

Era indudable que la voz ó la presencia de la huérfana recordaba al rey alguna de las mujeres que más habia amado en el trascurso de su vida, porque abismado en sus pensamientos, exclamó con un dolor infinito:

—¡Oh! ¡Cómo se parece! ¡Es su vivo retrato!

Estas palabras fueron dichas en un tono de voz tan bajo, que para las personas que rodeaban al rey sólo fueron un murmullo.

Blanca de Lanuza volvió pocos minutos despues.

## CAPITULO XV.

No era, pues, la **Últimas proposiciones.** la primera vista parecía, y ella, comprendiéndolo así, había perdido su tranquilidad, su reposo y hasta su salud.

Algunos días después concedióse al marqués de los Velez, preso en una de las habitaciones del régio alcázar, el consuelo de que le acompañase constantemente en su prision la pobre Violante, pues el noble anciano, afectado hondamente con la conducta del monarca, había caído enfermo de alguna gravedad.

La reina de Hungría, que esperaba sólo para volverse á Buda, que el Papa remitiese al rey la dispensa y licencia para el matrimonio de Isabel Clara con el archidúque, continuaba cada vez más triste y pensativa, como si un fatal presentimiento le hiciese temer serios y terribles dolores para el porvenir.

Retirada en su cámara casi todo el día, sólo de vez en cuando conversaba con Felipe II, y esto de asuntos indiferentes, pues no quiso volver á tocar la cuestion de Perez, porque el monarca se descomponía de cólera cuando le nombraban solamente su antiguo secretario.

Blanca, con el claro talento con que plugo dotarla el cielo, veía en el horizonte de su vida nubes que se amon-

tonaban y que tendrían que despedir el rayo. La causa de Antonio Perez iba á causar en Aragon indudablemente revueltas y tumultos que podian costar la vida á su hermano Juan y á su padre. El mismo rey la habia amenazado con cortar las cabezas de los que se atreviesen á defender á Perez, y Blanca sabía que tanto su hermano como su padre le defenderian hasta morir si á ellos acudia, como ya habia sucedido.

No era, pues, la situacion de Blanca tan envidiable como á primera vista parecia, y ella, comprendiéndolo así, habia perdido su tranquilidad, su reposo y hasta su salud.

No hay nada más destructor que un presentimiento triste.

Respecto á Felipe II, su naturaleza de hierro, apenas gastada con sus sesenta y nueve años, triunfó completamente de su último ataque de gota, y al cabo de algunos dias se encontraba ya tan ágil como ántes.

Su pasion por Leonor renació con su salud. Aquella pasion que parecia haber desaparecido, no habia hecho más que dormir durante aquel tiempo; y conociendo que nada conseguia con su aparente indiferencia, y habiendo oido que Blanca pensaba llevarse á Buda á su dama de honor, decidió hablarla por última vez, todavía esperanzado de que tal vez le amase.

Queriéndolo así, no le fué difícil provocar una entrevista, y una tarde mandó llamar á la jóven.

Leonor, trémula de miedo, pues adivinó el objeto de aquella peticion, se presentó pálida en la habitacion del monarca.

Felipe II la recibió con la proverbial aunque grave ga-

lantería que usaba con las damas, y sentándose en un ancho sillón, ofreció á la jóven otro que se hallaba á su lado.

—Sentémonos aquí, señora; es algo largo lo que tengo que deciros, y aunque me encuentro muy mejorado, no me atrevo á permanecer de pié.

—Señor, yo no debo sentarme delante de V. M.

—Pues yo quiero que os sentéis, hija mía.

Leonor se sentó, porque no habia medio de resistirse á las órdenes del monarca.

Felipe II prosiguió:

—Doña Leonor, creo, Dios me perdone, que al verme tan indiferente con vos, os habreis figurado que os he dado al olvido.

—Ciertamente, señor, aunque esto no podria ofenderme, porque soy muy poco para llamar la atención de V. M.—

—¿Muy poco? ¿Habeis olvidado que os amo?—

La genovesa palideció.

—Nó, rey D. Felipe, le dijo, no lo he olvidado; pero sí habia creído que jamás volveria V. M. á hablarme de ese amor, que es para mí una ofensa.

—¡Una ofensa decís, Leonor! ¿Tan poco vale para vos el rey de España?

—Perdonadme.... amo y respeto al rey de España como el mejor de vuestros vasallos; pero no es el rey de España quien solicita mis favores.

—¿Es decir que permanecéis inexorable?

La genovesa permaneció fria é impasible como el mármol.

—¡Oh! prosiguió el rey, impelido por la pasión que le dominaba, Leonor, mi alma y mi corazón es vuestro. Os amo como no he amado á ninguna mujer, y estoy dispuesto á

todo por conseguir vuestro amor. Yo os daré todo cuanto pueda haber concebido vuestra mente.

—Señor, á pesar de vuestro poder, no podreis darme la virtud, si una vez la pierdo al amaros.

—No lo sé.... ni quiero saberlo. Sólo sé que os amo, que os amo más cuanto más os resistís á mis ruegos.

—¿Y qué esperais, señor, de vuestras... súplicas? ¿No conocéis que no puedo ser vuestra?

—¿No me habeis asegurado que sois libre?

La genovesa miró al rey frente á frente como si tratara de leer en su rostro la intencion de aquella pregunta.

—Señor, le dije con acento grave, un dia os dije que no os engañaria jamás, porque sois mi rey, y que en todo os sería sincera, aunque por ello me expusiere á algun peligro.

—¿Y no me habeis engañado nunca, Leonor?

—Cuando me preguntásteis si era libre, prosiguió la jóven, os dije que sí, porque lo era; ahora me lo preguntais tambien, y os digo que nó, porque no lo soy.

—¿No sois libre?

—Nó, señor.

—¿Amais á alguno?

—Sí, señor.

Felipe II se levantó como si hubiese sentido la mordedura de una víbora, y sus ojos, inyectados de sangre, se fijaron en la pobre jóven con una expresion horrible.

Leonor tuvo miedo, y se levantó tambien.

—¿Conque amais? ¿Conque teneis un amante? repuso Felipe II ébrio de celos, ¿un amante por el que despreciais al rey de España? ¿Quién es, señora? Su nombre.

—Eso no saldrá de mis labios.



—¡Cómo! ¿os resistís?

—Antes la muerte.

—Mirad que estoy ciego y lo puedo todo.

—No tenéis poder sobre mi alma.

—¡Leonor!

—Dejadme.

—Nó, gritó el monarca, ya sin saber lo que hacía; es preciso que me digas el nombre de ese amante afortunado, para que le premie como merece. Es preciso que me ames; si quieres vivir, es preciso que seas mía.

—¡Oh! señor, compadeceos de mí, exclamó la jóven verdaderamente aterrada.

—No hay compasion. Tú tampoco la tienes de mi alma, que se muere de amor por tí. Me has despreciado y escarnecido....

—Señor....

—Y es preciso que seas mia ó que mueras. Pero ántes dime el nombre de ese rival.... Leonor.

—¡Oh! nó, nó, ántes la muerte....

—¡Leonor!...

—Matadme.... Sois dueño de mi vida, matadme, porque no os lo diré, señor.

Felipe II cogió con su crispada mano la muñeca de la pobre jóven y la obligó á caer de rodillas, mirándola de un modo siniestro.

Leonor creyó que habia llegado su última hora.

—Por última vez, la dijo Felipe II con todo el frenesí de la cólera, ¿me revelas el nombre de tu amante?

La genovesa no tuvo valor para decir que sí ni que nó, y cayó al suelo como anonadada.

Felipe II la miró por un momento con una expresión indefinible, lanzó un verdadero rugido de fiera vencida y se incorporó soltando á la jóven!

El rey habia vuelto á dominar al hombre, y con una dignidad que era tan cruel como su anterior delirio, pero que al fin no era tan baja ni rastrera, dijo á Leonor saliendo de la cámara:

—Pensadlo bien; un dia os doy de término, y ¡ay de vos si os negais á decirme el nombre de vuestro amante, ó si descubris á persona nacida lo que ha pasado en esta sala!

—¡Oh! señor, compadécose de mí, exclamó la jóven vertiendo lágrimas.

—No hay compasión. Tú tampoco la tienes de mí, que se muere de amor por tí. Me has despreciado y esent-

medida....

—Señor....  
—Y es preciso que seas mía ó que muera. Pero antes dime el nombre de ese rival.... Leonor.

—¡Oh! no, no, antes la muerte....  
—¡Leonor!

—¡Matahala! Sois dueño de mi vida, matahala, porque no os lo diré, señor.

Felipe II corrió con su criada mano la muñeca de la pobre jóven y la obligó á caer de rodillas, mirándola de un modo siniestro.

Leonor creyó que habia llegado su última hora.

—Por última vez, le dijo Felipe II con toda el frenesi de la cólera, ¿me revelas el nombre de tu amante?

La jóveness no tuvo valor para decir que sí ni que no, y cayó al suelo como anonadada.

## LIBRO QUINTO.

## LA CORONA DE ESPINAS.

## CAPÍTULO PRIMERO.

Agobiada Blanca de Lanuza por los presentimientos que herian su corazón, presentimientos algun tanto fundados en la carencia de noticias de su esposo, deseaba vivamente que se recibiesen en Madrid la licencia y dispensa de Su Santidad para desposar á la infanta con el archiduque, pues hecho esto, proyectaba volver á su palacio de Buda sin detenerse ni un solo día.

Para aumentar su disgusto habia sorprendido el amor de su jóven dama Leonor de Mayorini por el hijo de Santoyo, nombrado como ya sabemos gentil hombre del principe de Asturias, amor que no habia cedido á sus ruegos ni á sus amenazas. Además habia recibido otro desaire de Felipe II, puesto que no obstante su recomendacion, el monarca no habia querido perdonar al marqués de los Velez, y sólo habia consentido en que la pobre Violante habitase con él en el ca-

labozo que le servía de prision. Para completar el desasosiego de Blanca, la cuestion suscitada entre los aragoneses y Felipe II por la proteccion dispensada por estos á su antiguo secretario, iba agriándose cada vez más, y ya habia salido de Madrid para sujetar á los aragoneses una fuerza de doce mil infantes y tres mil caballos á las órdenes de D. Alonso de Vargas, capitan ya famoso en aquellos tiempos por su comportamiento en Portugal. Blanca no ignoraba que, tanto su padre el gran Justicia como su hermano, habian dispuesto combatir para no dejarse arrancar sus fueros, y temia fundadamente que aquella resistencia les costase la vida.

Tantas y tan encontradas amarguras hacian padecer á la pobre Blanca largas y prolongadas vigiliias, y muchos dias se arrojaba del lecho sin haber podido cerrar los ojos.

Tal era su estado un dia que, cubierto de polvo y sudor, llegó al alcázar de Madrid un correo que venia de Hungría.

Blanca, anhelosa, mandó introducirle en su presencia, y al verle entrar en su cámara, no pudo ménos de lanzar un grito de infinita angustia.

—¡Dios mio! exclamó saliendo á recibir al enviado, ¡vos haciendo de correo, conde de Treussen! ¿Qué ha ocurrido á mi esposo? ¿Y mi hijo? ¡Oh! hablad, hablad...

—Señora, repuso el húngaro inclinándose ya sabe V. M. que la pertenece mi vida, y que es muy corto el sacrificio de este viaje para lo que haria por servir á V. M.

—¿Por servirme? No os comprendo, conde. Nunca he dudado de vos, siempre os he creído un digno y leal caballero, pero vuestra presencia en Madrid me anuncia alguna cosa horrible...

El conde de Treussen bajó la cabeza dolorosamente.

Este movimiento acabó de alarmar á la reina.

— ¡Dios de bondad! ¿qué les ha sucedido á mi hijo y á mi esposo?

— Señora, S. M. el rey y S. A. el príncipe Juan Luis, gozan de perfecta salud.

— Entónces...

— Tomad, señora, lea V. M. esa carta.

Y el húngaro sacó de su limosnera una carta, que entregó á la reina.

— ¡Ah! ¿es de mi esposo?

— Nó, señora, sino de mi esposa Doña Estefanía.

— ¿Estefanía vuestra esposa?

— Ya sabeis que nos amábamos hace dos años y que era mi prometida; pero habríamos esperado á conseguir vuestra licencia, si Estefanía no me hubiese llamado hace un mes para decirme que era preciso que nos casáramos, porque sólo siendo su esposa podía encargarme de traer á V. M. una carta, y era preciso que V. M. la recibiese.

— ¡Gran Dios! exclamó la reina aterrada, ¿y es esta carta á la que os referis, conde de Treussen?

— Sí, señora.

— ¿Qué me dirá?

— Una gran desgracia, señora.

La reina palideció, y en vez de abrir el fatal papel, fijó su mirada en el rostro del caballero.

— ¡Conde! exclamó por fin, ¿decis que me anuncia una gran desgracia, y no obstante me asegurais que nada ha sucedido á mi hijo y á mi esposo?

— Y así es la verdad, señora.

—¡Ah! entónces me tranquilizo. ¿Qué me importa lo demás?

Y la noble y varonil mujer rompió el sobre y comenzó á leer la extraña misiva.

Pero de repente cayósele el papel de las manos, dió un grito agudo y desgarrador y cayó desvanecida en su sitial, tapándose el rostro con sus manos.

—¡Ah! me lo temia, murmuró el conde aproximándose solícito á Blanca.

Pero Blanca se incorporó, cogió el papel y volvió á leerle, exclamando repetidas veces: ¡Horror! ¡horror! nó, nó puede ser....

—Señora, es verdad cuanto dice esa carta; Estefanía no se atreveria á engañaros.

—¡Pero Dios mio! ¿entónces el rey Fernando se ha vuelto loco?...

El conde de Treussen bajó la cabeza.

Blanca, pálida como un cadáver, comenzó á llorar, y aquellas lágrimas salvaron su razon. Si no hubiese llorado, aquel dolor la habria vuelto loca, porque hay golpes tan terribles, que nó le es dable al alma humana resistirlos sin ayuda del cielo.

El húngaro respetó aquel dolor por espacio de algunos minutos, y cuando comprendió que debía procurar que se mitigase, dijo á la reina con respeto:

—Señora, no olvide V. M. que es reina, y por su hijo, que es la esperanza de Hungría, domine su dolor y trate de anonadar á los miserables calumniadores.

—Teneis razon, le dijo Blanca enjugándose las lágrimas y con una entereza que ocultaba sólo á medias la terrible

herida que acababa de recibir; teneis razon, conde de Treussen, soy reina, y una reina no puede llorar.

Y levantando al cielo sus hermosos ojos, añadió cruzando sus manos:

—¡Fuerzas, Dios mio, para sufrir esta prueba espantosa, esta tribulacion horrible!

—Despues prosiguió con esa energíade la desesperacion, que es á veces tan triste y tan sombría:

—Conde, ya conoceis el contenido de la carta.

—Sí, señora.

—Se trata de lo más sagrado que hay en el mundo para mí...

—Sí, señora.

—Necesito partir mañana mismo. Haced lo posible para arreglarlo todo en el dia de hoy.

—Muy bien, señora; mi esposa y yo no esperábamos menos de V. M.; mañana estará todo dispuesto para el viaje.

—¿Y no os faltarán fuerzas?

—¿Cómo, si llevo á los húngaros su adorada reina y á Estefanía su esposo?

—¡Ah! gracias, conde, gracias; vuestra lealtad merece una recompensa: si no puedo dárosela, Dios os la concederá.

—Me recompensais sobradamente con seguir los consejos de mi esposa, con volver V. M. á Hungría.

—Sí, sí, mañana á las nueve todo dispuesto.

—Lo estará, señora.

Despues de estas palabras, Leonor y Herta, que habian oido desde la cámara inmediata el grito de su señora, presentaronse solícitas y anhelantes, en tanto que el conde de Treussen se retiraba para cumplir los deseos de su reina.

Las dos damas observaron la palidez y exaltacion de su señora, y no pudieron ménos de alarmarse. Y

—¡Dios eterno! dijo Leonor.

—¿Qué ha sucedido á V. M?

—Una desgracia, hijas mias, les contestó Blanca, procurando ocultar su dolor todo lo posible. Preparaos para partir mañana mismo á las nueve á Buda, pues mi presencia es indispensable en mi córte.

Las dos jóvenes se miraron asombradas; Leonor se estremeció.

—Estamos á vuestras órdenes, señora, repuso Herta que, sabiendo ya que no volveria á vivir con su tia Lutgarda, deseaba volver á su querida patria.

—En cuanto á tí, Herta, repuso Blanca, ya sé que no hay ningun inconveniente, pero respecto á Leonor.

—¿Qué inconveniente puede haber?

—¡Ah! ¿no lo ves, hija mia, no lo ves cómo llora?

Con efecto, Leonor no habia podido contener sus lágrimas á la idea de que tenia que quedarse en Madrid otra vez expuesta á las asechanzas del rey, ó irse con Blanca dejando en España á su padre y á su prometido, á éste desesperado porque no podria seguirla, y á aquel perseguido, procesado y tal vez á dos pasos de la muerte.

La reina de Hungría, siempre buena y noble, olvidando en aquel momento su propio dolor, por el que parecia manifestar la hija de Mayorini, dijo á Herta que no demorase el arreglo de sus cofres, y despues que se hubo quedado sola con Leonor, la dijo afablemente:

—Hija mia, no pienso violentarte, ni te mando que me acompañes á mi país, por más que esto me agradara mucho,



pues te aprecio y deseo hacerte feliz; conozco, sin embargo, las causas que en este momento llenan tu alma de dolor, causas santas, dolor digno de tus nobles sentimientos; pero sí voy á permitirte hacerte algunas reflexiones. Veamos, empecemos por Alvaro de Santoyo, tu prometido.

Leonor se ruborizó y enjugó sus lágrimas. Blanca prosiguió diciendo:

—Quedándote en Madrid, es casi imposible que, mientras viva Felipe II, puedas ser esposa de D. Alvaro, porque jamás le dará su permiso para que se case contigo, permiso indispensable por pertenecer á su servidumbre. Además, su padre Sebastian de Santoyo, furibundo partidario del rey, se ha de oponer á esta boda tanto como S. M., pues no querrá exponer á su hijo á las iras y celos de Felipe II; ¿no lo crees así?

—Sí, señora.

—Pues bien, viniéndote á Hungría, Alvaro podrá saber de ti con toda la frecuencia posible, y tú de él, y á la primera ocasion, lo más pronto posible, le ofreceré un puesto honroso en mi guardia, y podrá marcharse y en Buda casarse contigo sin riesgo, á lo cual no dudo que accederia su familia.

—¡Oh! señora, exclamó Leonor deshaciéndose en lágrimas, Alvaro está decidido á acompañarnos, porque como era posible que el dia ménos pensado V. M. determinara volver al lado de su augusto esposo, ya hemos hablado acerca de esto; pero ¿y mi padre, señora, y mi pobre padre, que, preso con el señor Antonio Perez en la cárcel de la manifestacion, si el rey vence al gran Justicia le cortarán la cabeza?

—Sí, respondió Blanca lanzando un suspiro, eso es posi-

ble; pero tan posible es permaneciendo tú en Madrid como acompañándome á Buda. Por otra parte, yo tengo necesidad de avisar á mi familia mi salida de Madrid; puedo, pues, encargarle á mi hermano haga saber á Mayorini tu marcha en mi compañía, y manifestarle que si logra fugarse ó es absuelto se reuna contigo en Buda, adonde nada puede temer. Creo que es el mejor partido que se puede adoptar. Tu presencia en Madrid no librará á tu padre de sufrir lo que el rey disponga, y muera ó no, le ha de servir de un gran consuelo saber que nada te falta y que tienes tu porvenir asegurado.

Leonora, convencida de las razones de Blanca, cayó á sus piés embriagada de gratitud.

—¡Oh! señora, señora.... ¡bendito el momento en que Dios colocó á V. M. en mi camino para protegerme como una madre, librándome de caer en el odioso amor de Felipe III! Sí, sí, iré con V. M. á Buda, al fin del mundo, si preciso fuere. Yo no puedo hacer nada por mi pobre padre. Sólo un medio, añadió poniéndose encendida como una amapola, sólo un medio poseo para que S. M. el rey le perdonara y le permitiera reunirse conmigo, pero sería en cambio de mi honor, y mi conciencia no me autoriza á comprar con él la vida de mi padre, ni mi padre querría vivir á costa de mi honra. ¡Ah! estoy segura que me mataría.... y Dios sabe si no se vengaría del rey.

—¿Es decir que puedo contar contigo?

—Sí, señora.

—¿Te has convencido?

—¡Oh! sí, sí.

—Pues bien, yo procuraré hablar á Alvaro para que sepa cuál debe ser su conducta hasta que pueda salir de España.

—¿Pero qué es, mi buena señora, lo que obliga á V. M. emprender este viaje tan precipitado?

La reina se estremeció y se llevó la mano al seno.

—Calla, dijo á la genovesa, no me preguntes sobre eso. Nada quieras inquirir.

Leonor se estremeció del acento que Blanca habia dado á sus palabras, y no atreviéndose á insistir, inclinóse con respeto, diciéndola al retirarse:

—Perdone V. M. mi curiosidad, hija de mi interés. Nada volveré á decirle; ¿me permite V. M. que ahora mismo y puesto que mañana á las nueve es la partida, avise á Alvaro para que le deis instrucciones?

—Hay tiempo aún: por tu parte, si algo le quieres indicar puedes hacerlo. Ya te diré cuándo has de llamarle; ahora quiero que avises al archiduque y á S. A. la infanta Doña Isabel Clara, para que pasen á verme, pues á pesar de mi energía me encuentro sin fuerzas para atravesar esos salones y sonreír á los palaciegos.

Leonor se inclinó respetuosamente, y aunque muchos eran sus deseos de saber qué era lo que obligaba á Blanca á salir de Madrid, no se atrevió á preguntarla nada, y salió de la cámara para cumplir sus órdenes.

Entónces la reina de Hungría se arrodilló delante de un crucifijo, y al mismo tiempo que sus lágrimas cubrian sus mejillas, exclamaba dolorosamente:

—¡Señor, rey de cielos y tierra, dadme fuerzas para que pueda salir vencedora de esta prueba terrible, y haz que pueda salvar otra vez del abismo al que ántes se llamaba el Corsario Negro, y hoy se nombra Fernando de Austria, rey de Hungría y de Bohemia!

## CAPITULO II.

### Heroísmo de la infanta y del archiduque.

Acababa Blanca de hacer su corta oracion al Sér Supremo, cuando abrióse la mampara, y presentáronse delante de la reina de Hungría la infanta y el archiduque.

Las dos mujeres se arrojaron una en brazos de otra.

—Tia mia, exclamó la infanta, nos han dicho que vais á dejarnos.

—Y os han dicho la verdad.

—¿Pero os vais sin esperar los papeles de Roma?

—Parto mañana á las nueve.

—¿Y no os despedireis de la córte?

—Nó.... sólo de vuestro padre, de la reina y de vuestro hermano. Isabel, ¿no te dice mi rostro que algo pasa de horrible en mi alma?

—¡Oh! sí, sí, añadió el archiduque, estais pálida, mi querida tia; ¿qué os ha sucedido? Alguna noticia grave....

Blanca no queria revelar á sus sobrinos la verdad, y movió la cabeza negativamente.

—Entónces, añadió la infanta, quedaos, tia-mia, que-

daos; Alberto y yo os lo rogamos, os lo pedimos, no nos de-  
jeis sin un motivo poderoso.

Y viendo que nada la decía, añadió con la energía que  
le era propia:

—Señora, como amiga y como parienta os ruego que nos  
confieis vuestras penas, que nos digais el por qué de esa  
marcha tan precipitada.

—¡Oh! nó.... nó.... jamás....

La infanta hizo un gesto de cólera.

El archiduque de impaciencia

En vano esperaron los príncipes más de diez minutos  
que les dirigiese la palabra, hasta que Isabel Clara, no pu-  
diendo ya contener su despecho, porque se creía ofendida  
con aquella reserva, dijo á Blanca con alguna acritud:

—Señora, no creí que pudiérais obrar de esa manera con-  
migo... con nosotros. Ese silencio nos ofende; sin duda no  
nos creéis dignos de vuestra confianza, y en este caso...

—¿Qué?

—Nos marcharemos.

Y la infanta se inclinó para retirarse.

Blanca entonces se estremeció como si acabase de ser  
herida en el corazón, y asiendo á la infanta de una mano,  
la dió con la otra la funesta carta que había recibido, di-  
ciéndola con terrible acento:

—Ya que lo habeis querido, leed.

La infanta, aterrada por el aspecto de su tia, cogió el  
papel, que leyó ávidamente, lanzando un grito y arroján-  
dose en brazos de la reina de Hungría, al mismo tiempo  
que se le entregaba á su futuro esposo.

Alberto, asombrado, lo leyó también.

«Pero aquel fatal escrito tenía la propiedad de aterrar á todos los que lo leían, porque el archiduque le arrojó cóle-rico contra el suelo, exclamando con reconcentrado furor:

—¡Villanía é infamia! ¡ira de Dios, que me he de vengar terriblemente de los miserables calumniadores que tales infamias han propalado!

¿Pero qué decía aquel papel?

Vedlo aquí, lectores.

«Señora y reina mía: En cuanto V. M. reciba estas letras, póngase en camino para esta córte.

«La lealtad que debo á V. M. como vasalla y el afecto que la profesó, me deciden á enviar con mi esposo, el conde de Treussen, esta carta que en cualquiera otra ocasión podría ser atrevida.

«S. M. el rey D. Fernando sostiene con la condesa Lutgarda de Kuisong, relaciones culpables que están siendo el asombro de la córte, y para que jamás pueda V. M. volver á ocupar el puesto que la corresponde, la infame condesa, en union con el marqués de Buda, que ha confirmado su dicho, ha acusado á V. M. de adulterio con S. A. I. el archiduque Alberto de Austria.

«El rey, mi señor, dominado por la condesa Lutgarda, ha dado crédito á la calumnia, y quiere divorciarse de V. M.

«Haced, reina y señora mía, el uso que os parezca de esta carta.

*Estefanía, condesa de Treussen.*  
Pasada la primera emoción, la infanta se desprendió de los brazos de su tia.

—¡Oh! los hombres...! los hombres... murmuró; siempre

nos creen culpables, y nunca se hallan dispuestos á perdonar. ¿Pero es posible tal cúmulo de infames calumnias?

—Ya lo ves, Isabel.

—¡Dios mío! érais una santa, y os convierten en mártir.

—Gracias, exclamó la reina enternecida; nunca olvidaré esas expresiones que revelan la nobleza de tu corazón. Pero enterada de esa carta, ya comprenderás que debo partir en seguida. Creo que no continuarás diciendo que mi viaje es un capricho.

—¡Ah! perdon, perdon, tia mia...? No sólo comprendo ahora la necesidad de que marcheis, sino que habiéndoos sucedido esto por venir á Madrid á procurar mi dicha, sería el colmo de la ingratitud si yo consintiera en ser dichosa mientras estuviérais padeciendo. Así pues, juro, añadió solemnemente, no casarme con mi adorado Alberto hasta que vuestro honor sea restablecido, y cuando venga la dispensa de Su Santidad, será guardada hasta mejor ocasión.

—Y yo, mi idolatrada Isabel, añadió Alberto, yo juro acompañar á la reina Blanca á Hungría y atravesar el corazón del infame que se ha atrevido á calumniarla.

—Eres digno de ser mi esposo, porque sabes adivinar mi pensamiento. Vete á Buda con nuestra noble tia y confunde á los villanos calumniadores.

—Gracias, gracias por ese sacrificio, exclamó Blanca llorando de gratitud; pero pensadlo bien. Dentro de ocho dias se recibirá en España la bula pontificia, y podeis ser esposos.... meditado.... El sacrificio de vuestra felicidad me causaria remordimientos.

—Nó, señora, replicó el archiduque; no debe causaros remordimientos, porque no hacemos más que aplazar nuestra

dicha, y creo que bien mereceis este corto sacrificio por nuestra parte.

—Sí, sí, añadió la infanta; ¿quereis que seamos felices ni podamos serlo, en tanto que vos, á quien debemos esa felicidad, camineis triste y sola á Hungría, sin tener una persona que levante su voz... y su espada en vuestra defensa?

—¿Y si trascurre mucho tiempo antes de que pueda probar mi inocencia, Isabel?

—Que trascurra.

—¿Y si pasan años?

—Que pasen, añadió con entereza el archiduque.

—¡Ah! ¡cuán dignos sois de ser felices! Vuestro heroísmo me consuela y parece que aumenta mi valor dándome fuerzas para vencer á mis enemigos. Acepto vuestro noble sacrificio, y que Dios os lo premie. Ahora, Alberto, ya lo sabeis, disponedlo todo para la marcha, y perdonadme si por mí vuelve á alejarse la felicidad que ya creiais estar tocando.

El archiduque conmovido salió de la cámara sin atreverse á mirar á su prometida, en tanto que ésta procuraba consolar con sus palabras el justo y terrible dolor de Blanca de Lanuza.



vio á indicar ni el más pedimento de que Leonor parase en Madrid; pero cuando dejó sola á la reina de Hungría, comenzó á reflexionar sobre aquel viaje.

El rey amaba á Leonor con más vehemencia que el hu-

CAPÍTULO III.

El aparecido.

Aparte de esto, Felipe II no era hombre que se dejase

de Felipe II acudió también á la cámara de Blanca en cuanto llegó á sus oídos que la reina de Hungría iba á partir al día siguiente, y asombrado también de la infame calumnia que pesaba sobre aquella, no se atrevió á pedirla que demorase su viaje por más que sintiese su partida.

El frío y reservado monarca sentía por Blanca de Lanuza un afecto dulce y tierno que él mismo no podía explicar; afecto que participaba algún tanto de la admiración que siempre inspira al genio el conocimiento de un alma grande.

Más de dos horas pasó Felipe II en la cámara de Blanca, tratando de consolarla y ofreciéndola su protección si creía necesitarla, quedando en enviar al Papa un legado para que no accediese á la solicitud de divorcio pedida por el rey de Hungría, á lo ménos sin que se enterase de todos los antecedentes.

La última parte de la conversacion tenida entre el rey y Blanca habia recaído sobre la genovesa, la cual, como ya sabemos, iba á acompañar á su señora. Felipe II no se atre-

vió á indicar ni el más pequeño deseo de que Leonor permaneciese en Madrid; pero cuando dejó sola á la reina de Hungría, comenzó á reflexionar sobre aquel viaje.

El rey amaba á Leonor con más vehemencia que si hubiera tenido veinte años, y la amaba tanto más, cuanto más imposible encontraba su posesion. En las grandes pasiones, sabido es que los obstáculos las comunican mayores fuerzas, y así como las enfermedades se alimentan de vida, así las pasiones se alimentan de imposibles y se vigorizan con los obstáculos.

Aparte de esto, Felipe II no era hombre que se dejase vencer por una mujer, y por una mujer de la categoría de la hija de Mayorini; hasta entónces habia cedido por respeto á su esposa y á Blanca, y porque esperaba que la reflexión le entregase á la jóven; pero cuando pasó un dia y otro dia y Leonor continuaba insensible; cuando todos sus ofrecimientos eran rechazados hasta con dureza; cuando supo, en fin, que iba á salir de España, el enamorado rey ya no pudo contenerse, y calculó que por lo ménos le era preciso impedir aquel viaje.

Para conseguirlo tenia que valerse de un medio falso y oculto, porque ¿con qué pretexto podria detener en su córte á una de las damas de la reina Blanca?

Felipe II, abstraído con estas reflexiones, pasó casi todo el dia encerrado en su cámara, sin dejarse ver más que de sus dos secretarios y de Santoyo, y á las nueve de la noche, pretextando hallarse algo indispuesto, se retiró á su cámara, encerrándose en ella para no ser importunado.

Allí y solo, dejóse arrastrar por su pasion, hasta el extremo de levantarse dos veces y decidirse á ver á la genovesa.

para amenazarla si no le obedecía, olvidando en su delirio su dignidad de rey, sus deberes de esposo, el escándalo que produciría un acto violento de aquella clase, escándalo que podría precipitar la muerte de su esposa, enferma hacía algun tiempo, y enferma de cuidado.

La lucha, sin embargo, entre sus deberes y su frenesí, á pesar de haber durado más de tres horas, concluyó por volverle loco; y ya sin saber lo que hacía, salió de su cámara para presentarse en la de Leonor y ofrecerla en cambio de su amor, la vida, la libertad y la fortuna de su padre Francisco Mayorini.

Felipe II suponía que Leonor no se habría acostado aquella noche entregada á los preparativos del viaje, y pensaba cohonestar su propia vigilia si era descubierto por Blanca, bajo el pretexto de que, no pudiendo dormir, se había decidido á pasar á su habitacion á hacerla compañía.

Esto así, el rey salió de su cámara atravesando silencioso y precavido dos ó tres galerías y salones del alcázar, desiertos completamente á aquella hora y sin más luces que algunas lámparas de vacilante claridad colocadas en los cruceros de las galerías.

Al llegar á la última que unía las habitaciones del rey con las destinadas á Blanca, creyó oír un ligero murmullo al extremo opuesto, y mirando fijamente la débil luz de una lámpara de cristales de colores, le hizo creer distinguir dos sombras que se hallaban en la galería y al pié de un pedestal de una magnífica estatua que representaba la Guerra.

Su curiosidad y el temor de ser descubierto le hicieron arrimarse á la pared, y aprovechando todos los puntos ménos iluminados por la luz de la lámpara, y andando de punti-

llas como un malhechor, fué poco á poco aproximándose hasta colocarse á cuatro piés de distancia de las dos sombras, que nada habian visto por el pedestal de la estatua.

Entónces el rey pudo ya distinguir que aquellas dos sombras eran dos personas, un hombre y una mujer; ésta dama de palacio, á juzgar por su traje, y el capitán del ejército, á juzgar por el suyo.

Felipe II comprendió desde luego que eran dos amantes que se aprovechaban de la soledad del palacio en aquellas horas para conversar tranquilamente; pero á pesar de sus esfuerzos no podia ver sus facciones, porque se las ocultaba el pedestal, y no se atrevia á pasar al otro lado por temor de ser descubierto.

En aquel instante los dos amantes permanecian silenciosos, y el monarca no podia conocerlos tampoco por las genuflexiones de su voz ó el asunto de su conversacion; y ya iba impacientándose, cuando la dama, lanzando un suspiro que le hizo estremecer, dijo al afortunado caballero que la acompañaba:

—Esa es una locura, mi amado Alvaro. Yo no puedo consentir que abandones á tus padres por seguirme. Mucho te amo, pero huir de ese modo...

—¡Oh! es preciso, decia el caballero, es indispensable, porque sólo así podré ser tu esposo. Ya en Buda nos casaremos, y entónces enviaremos un correo á mi familia. Mi pobre madre nos dará su bendicion, pero mi padre nunca. Perteneces al rey en cuerpo y alma, y creeria hacerle traicion si no le participaba tus proyectos. Esto así, mi madre tampoco se atreveria á obrar sin permiso de su esposo; y en cuanto á acompañaros sin decirle nada, es todavía más imposible.

Felipe II se estremeció, porque un vago presentimiento le hacía temer quiénes eran aquellos dos amantes. La dama hablaba á media voz, pero Felipe II tenía en su corazón demasiado impreso aquel acento para que no le reconociese en aquella circunstancia. Además, el caballero se llamaba Alvaro y se hablaba de su viaje á Buda, capital de Hungría. Era, pues, imposible equivocarse. Aquella dama era Leonor de Mayorini.

Al conocerlo así el rey, sintió que la ira abrasaba su frente y que los más horribles pensamientos cruzaban su cerebro como esos fantasmas que produce el delirio de la calentura. Pero no obstante, procuró reponerse y oír hasta el fin.

La dama, después de un momento de silencio prosiguió: —Alvaro, no trates de persuadirme y no aumentes con tu obstinación los dolores que despedazan mi pecho. ¡Ay! yo también parto de España con el alma dolorida y me resigno. Dejo en ella, á ti que tanto amo y á mi pobre padre, que está expuesto á perder la vida por orden del feroz monarca que hoy gobierna. Pero no quiero quedarme en Madrid. Al lado de la noble reina de Hungría puedo esperar algunos días de ventura; pero aquí... perseguida por el mismo rey....

—Leonor, ¿no ha desistido todavía?

—Ni desistirá. ¿No le conoces?

—¡Oh! exclamó Alvaro... pues era él; nunca puede conocerse demasiado al tigre.

Felipe II volvió á estremecerse murmurando con el pensamiento:

—Alvaro de Santoyo, ¡infeliz de ti é infeliz de esa mujer que te ama y me desprecia por amarte!... ¡Ah! ¡pobres ne-

cios, y pretenden huir á Hungría! Sin duda que se han creído que soy un rey de copas... Pero veremos quién vence...! aún estais en mi poder...! ¡Irá del cielo!

Y prosiguió escuchando.  
—Leonor, decia el capitán, no te opongas á mis proyectos; yo no puedo vivir sin tí, y si te marchas te seguiré hasta el fin del mundo.

—No insistas, mi querido Alvaro, quédate en Madrid hasta que yo te avise.

—Leonor, no me amas.

—¡Ingrato! ¿no te amo cuando sólo deseo tu felicidad? ¿cómo quieres ser feliz, si ocasionas á tu pobre madre un disgusto que puede costarle la vida? ¿no te estremece esta idea? ¿qué importa esperar dos, tres, cuatro meses por cumplir con el más santo de los deberes, para ser más tarde doblemente dichoso, porque la conciencia no te podrá acusar de nada? ¿Acaso no me alegraría que pudieses acompañarme? ¿Qué mayor felicidad para mí? ¡Ah! ¡ojalá me fuera posible permanecer en Madrid al lado de mi padre sin temor de ningún género y esperando la mayor felicidad de mi vida!... ¿Qué son tres ni cuatro meses cuando tienen por término la felicidad de nuestro amor, cuando despues de ellos nos espera el paraíso en la tierra, paraíso que Dios bendecirá seguramente porque no tendrá de qué acusarnos? ¿no te estremece de alegría esta dulce esperanza? ¿no te hace delirar de placer? ¡Y aun dirás que no te amo! ¡Ah! ¡Alvaro, Alvaro... si pudieses leer en mi corazón!

Y la entusiasta y enamorada genovesa, olvidando el sitio en que se hallaba, concluyó su apasionado discurso en alta voz, alarmando á su amante y enloqueciendo de ira al

rey, el cual no podia ya caberle duda de quiénes eran aquellos dos enamorados.

Las ardientes palabras de la jóven sonaron en el corazon de Felipe II como los golpes de martillo al clavar un ataúd, y exasperando sus celos y su pasion, llevó casi instintivamente la mano á la empuñadura de su daga.

—¡Maldiccion! ¡maldiccion! murmuró lúgubremente; ese amor, ese delirio es el que yo anhelo, y esa mujer no tiene para mí ni una frase afectuosa.... Todo es para ese hombre, para ese miserable capitán, que es más feliz que su rey.... ¡Rey! ¿de qué me sirve ser rey si no puedo mandar á mi corazon que calle ni al de esa mujer que me enloquece? ¡Oh! ¡miserable condicion humana!... ¡destino adverso!

Y sus manos crispadas desgarraron el encaje de sus puños, y se dispuso todavía á escuchar.

—¿Qué mas queria oír?

—¡Oh! exclamó Alvaro, perdóname, ángel mio, si he podido ofenderte con mis dudas; pero ¿qué va á ser de mí sin ver la luz de tus ojos y el amor de tu sonrisa?

—Tienes deberes que cumplir; el rey....

—No me hables del rey.... desde que he sabido sus infames proyectos contigo, le aborrezco, le odio....

—Traidor, exclamó el monarca, siempre oculto.

—¡Oh! repuso la genovesa, no hables así, ya sabes que oyen las paredes del alcázar, y si el rey te oyera....

—¿Qué me importa?

—¡Por Dios, Alvaro!... sé prudente.

—No temas nada. Anoche el rey se retiró temprano á su cámara, porque se hallaba algo indispuerto, y no ha de haberse levantado á media noche.

—Sin embargo....

—Bien, bien, dejemos en paz á Felipe II y hablemos de nuestros proyectos, Leonor querida.

—¿No te los he manifestado ya?

—Sí, pero no me canso de oírlos.... Háblame, Leonor.... ¡es tan dulce tu acento para mí!

—Lo sé, pero es ya tarde; puede necesitarme S. M. la reina de Hungría y....

—¿Es decir que me dejas?

—Hasta mañana.

—Mañana vas á separarte para mucho tiempo. ¿Qué va á ser de mí durante tu ausencia?... ¡Ah! ¡no sabes qué sacrificio hago por complacerte!...

—Sacrificio que no te pesará, Alvaro mio, te lo aseguro.

—¿Cómo ha de ser! vamos.

Y Felipe II creyó oír como un débil rumor de un suspiro confundido en un beso, y no pudiendo contener más su ira y su impaciencia, dobló el ángulo del pedestal, y se presentó de improviso á los dos amantes, diciéndoles con acento terrible:

—Aún no es tiempo.

Los dos jóvenes retrocedieron, y en tanto que Leonor lanzaba un grito, Alvaro sacaba su espada decidido á castigar al importuno que se le ponía delante.

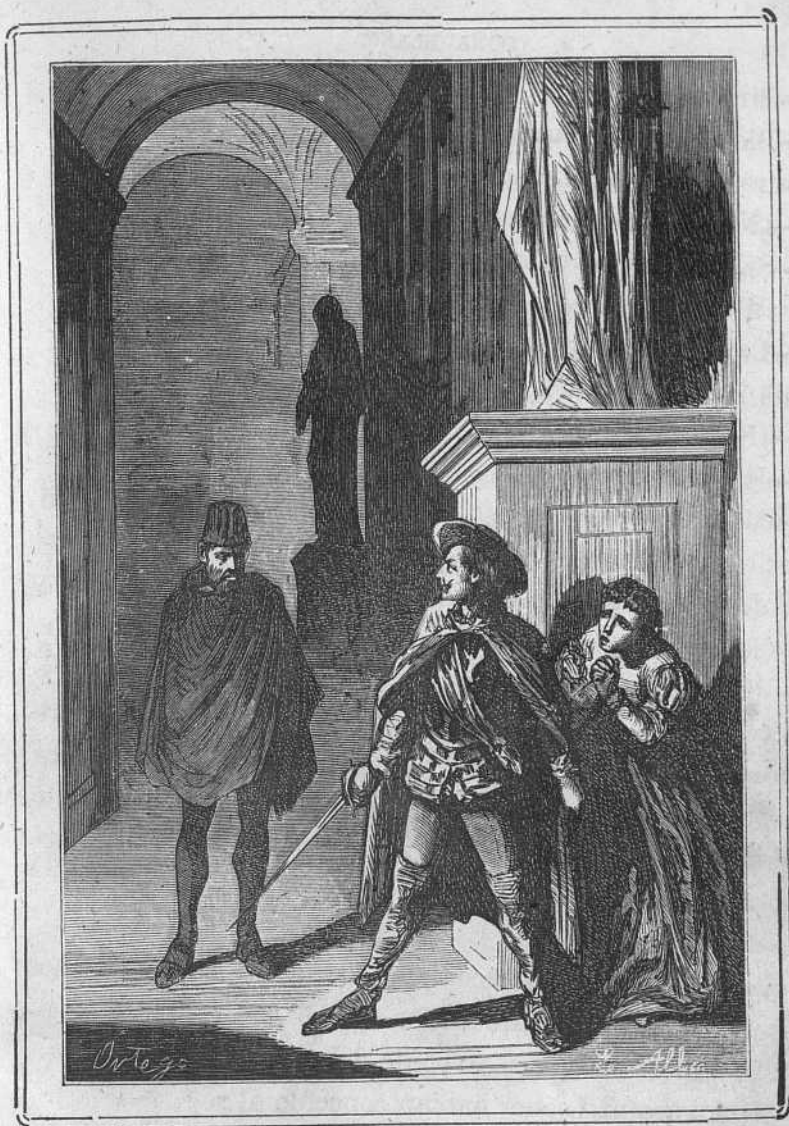
Ni Alvaro ni Leonor habian conocido al rey.

—¿Quién sois, atrevido y mal caballero, exclamó el capitán con colérico despecho, quién sois que así os presentais? ¿Habeis estado escuchando?

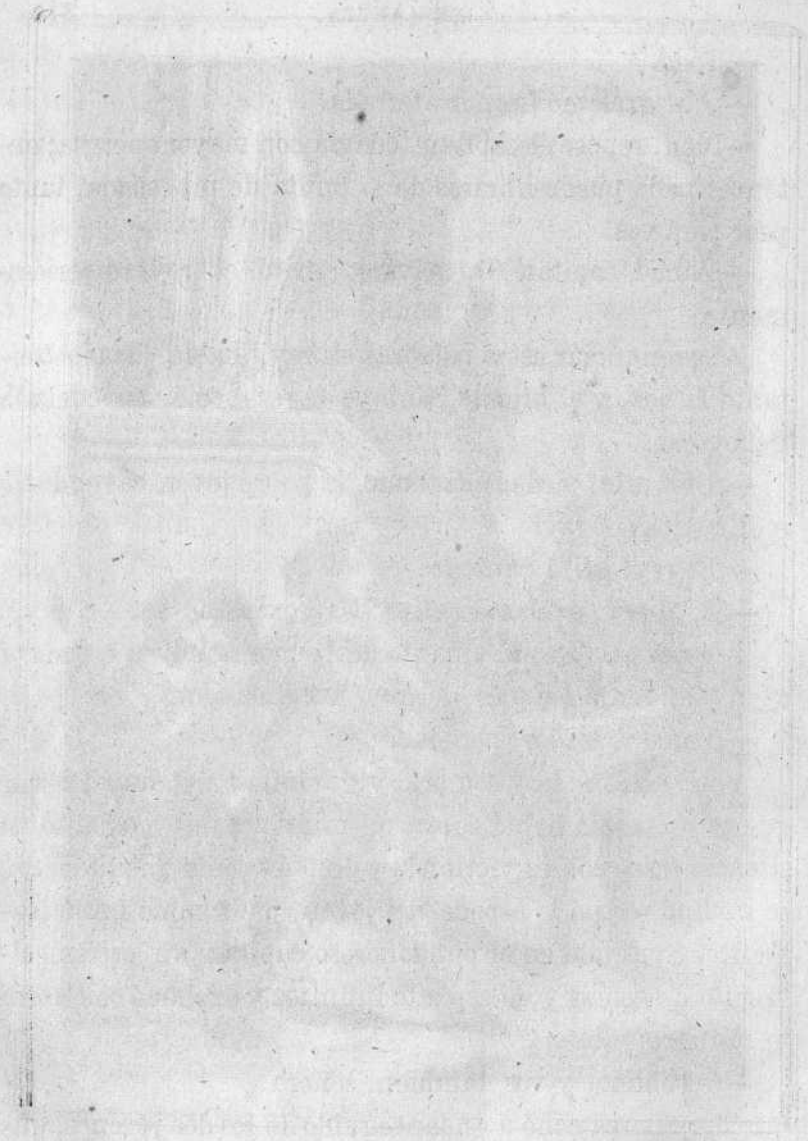
—Sí.

—¿Y habeis oído?....





En tanto que Leonor lanzaba un grito, Alvaro sacaba su espada, decidido á castigar al importuno que se le ponía delante.



Capitulum in antiquissimo...  
in libro...

—Todo.

—¡Ah! exclamó Leonor aterrada.

—Bien, repuso el capitán todavía con mayor energía; entonces nada puede libraros de la punta de mi espada, tanto peor para vos.

—¡Atrás! capitán D. Alvaro, gritó el rey imperiosamente.

Al pronunciar estas palabras el rey, había alzado bastante la voz, y el hijo de Santoyo la reconoció, así como la genovesa.

—¡Dios mío, piedad! exclamó la pobre joven cayendo de rodillas. ¡Es el rey!

—¡El rey! gritó Santoyo.

—Sí, el rey, exclamó Felipe II aproximándose.

A estas palabras el amante de Leonor soltó su espada y cayó también á los pies del rey exclamando:

—¡Perdon! ¡señor, perdonadnos!

Felipe II, mudo y sombrío y gozándose en aquel terror que su presencia había causado, miró por un momento en silencio á sus pobres víctimas, y después como un autómatas, se inclinó, cogió la espada del joven, la rompió frenéticamente, causando en el pundonoroso capitán un estremecimiento de cólera y de espanto infinito, y exclamó con acento lúgubre:

—Seguidme, y vos también, señora.

El monarca echó á andar seguido de los dos jóvenes, que apenas podían tenerse en pié de terror y de pena; pues presentían el triste desenlace de aquella aventura, y los tres penetraron en una cámara que servía de habitación al capitán de la guardia de noche.

—¡Sancho! exclamó el rey dirigiéndose á un hombre que se hallaba dormitando en un escabel.

—El interpelado se incorporó, y al reconocer al rey comenzó á temblar porque le habia encontrado dormido. Era el capitán de la guardia.

Empero Felipe II no estaba entónces para hacer observaciones secundarias, y con acento sombrío dijo al capitán señalándole á Leonor y á su amante:

—Conducid á este hombre á las prisiones del Santo Oficio y á esta mujer al convento de Santo Domingo el Real, para que sea encerrada en uno de los calabozos del in pace. Tu cabeza me responde de sus personas.

Leonor, al oír una sentencia tan terrible cayó de rodillas; pero el monarca español, siempre como una estatua, la volvió la espalda retirándose.

—¡Bárbaro verdugo! exclamó la pobre niña cayendo desmayada al suelo.

Alvaro fué á aproximarse á ella, pero Sancho se lo impidió.

—¡Cómo! le dijo, ¿sereis tan cruel que no me permitireis estrechar su mano? Sois jóven como yo, y capitán como yo.... ¿No habeis amado nunca?

—Sí; ¿jamais á esa joven?

—Ese es mi delito.

—¿Es acaso el rey vuestro rival?

—Sí.

—Entónces estais perdidos, y.... yo no puedo perderme por complaceros.

Y desoyendo las súplicas del pobre jóven, llamó á algunos soldados para que condujesen al hijo de Santoyo á la

Inquisicion, y él en persona acompañó á la genovesa al convento.

Una hora despues, las órdenes del rey ya sê habian cumplido. Alvaro yacía sepultado en uno de los más sombríos calabozos de la Inquisicion, y la hija de Mayorini en las húmedas bóvedas del in pace del convento de Santo Domingo.

¡Pobres jóvenes!

---

## CAPITULO IV.

---

### La partida.

Fué llevada á cabo con tanto secreto la prision de Alvaro y Leonor, que nadie tuvo conocimiento de ella en el alcázar.

El rey calló, porque no queria dar publicidad á un hecho que no podia honrarle mucho, toda vez que le era imposible justificarle de una manera digna; y en cuanto al capitan D. Sancho, íbale en éllo su cabeza para que se atreviese á referir á nadie el indigno papel que habia hecho aquella noche.

Para completar la impunidad, los pocos guardias que tuvieron que enterarse de alguna cosa fueron enviados aquella misma noche á servir á los tercios de Valladolid.

La superiora del convento de Santo Domingo, por más que conociera la injusticia que cometia el rey, y de la compasion que no pudo ménos de inspirarle la hija de Mayorni, temia y respetaba demasiado al rey para que no cumplierse extrictamente sus órdenes.

No hubo, pues, esperanza para la pobre Leonor y su desgraciado amante.

Mientras tanto, Felipe II, completamente tranquilo y como si no hubiese cometido un horrible y repugnante abuso de autoridad, si bien no pudo dormir en toda la noche, no fué ciertamente por remordimientos, sino porque su alma, agobiada de cólera y de celos, se estremecía ante los pensamientos que cruzaban su mente.

Blanca, que se habia levantado al amanecer, se hallaba ya en su cámara acompañada de la infanta, el príncipe de Asturias, Fray Agustín y el archiduque.

La reina vestía un traje de terciopelo negro que estaba en armonía con el estado de su alma y el frío de su corazón. Blanca temblaba de frío, porque á pesar de la energía de su alma, no habia podido resistir su último golpe, y se habia anonadado ante el dolor.

Blanca tenia fiebre.

¡Hacia dos noches que no dormía! dos noches de incalculables tormentos, porque la situación de la pobre reina no podia ser en verdad más horrible.

De un lado su amor de mujer despreciado por el hombre que tanto quería; de otro su amor de madre, vilmente ultrajado con la acusación de adúltera que pesaba sobre ella, porque el deshonor de aquella acusación recaía también sobre su hijo; de otro su orgullo de reina, postergado por una miserable cortesana.

En vano Fray Agustín trataba de consolarla con las más dulces frases. Blanca habia perdido con aquel golpe, no diremos su fé ni sus creencias religiosas, porque estas las tenia demasiado arraigadas, sino esa resignación que tanto predispone al consuelo, propia sólo de los bienaventurados y de los mártires.

Todos los personajes que rodeaban á Blanca estaban tristes, porque además de que todos la apreciaban muy de veras, la desgracia que la habia herido venia á herir tambien á ellos por uno de esos raros y misteriosos caprichos de la suerte.

La infanta temia separarse del hombre que amaba é iba á ser su esposo; el príncipe de Asturias, porque veia triste á su hermana, á quien queria con todo su corazón; Fray Agustin, porque hubiera deseado permanecer por algun tiempo más en su querida patria, y el archiduque, porque iba á separarse de su augusta prometida.

Un reloj inglés colocado en la cámara, dió las ocho y media, y Blanca se estremeció mirando en torno suyo con cierta impaciencia.

—¿Qué buskais, hija mia? la dijo Fray Agustin, que se hallaba á su lado.

—¿Y Leonor? preguntó Blanca.

—Estará en su aposento, exclamó Herta.

—¿Pues cómo no se ha reunido ya conmigo?

—Todos callaron.

En este silencio abrióse la puerta de la cámara, y Felipe II apareció en ella con su acostumbrada gravedad, si bien un profundo observador habria descubierto en su fisonomía algo de siniestro y lúgubre.

El rey, al entrar, miró con profunda atención á cada uno de los personajes que se hallaban con la reina, como para leer en sus rostros lo que pasaba en su alma, y despues de este mudo exámen tomó asiento al lado de la reina de Hungría.

—¿Cómo os sentís, señora? la dijo con su más dulce voz.



—Bastante mal, le dijo Blanca lanzando un suspiro.

—Lo comprendo, añadió el rey; por grande que sea vuestro corazón, no podreis ménos de padecer. A veces, por fuerte que sea el alma, hay momentos en que desfallece y se agobia. Pero ¿por qué no os quedais en Madrid hasta tanto que eso se aclare?

—No puede ser, señor. Mis deberes me llaman á Hungría.

Y volviéndose hácia Herta, la dijo con acento algun tanto impaciente:

—Hija mia, ve al cuarto de Leonor para que se apresure á reunirse conmigo. Comienza ya á alarmarme su tardanza.

Herta salió en busca de su compañera.

Durante la ausencia de la húngara, ninguno de nuestros personajes despegó sus labios, pero todos se estremecieron al verla entrar poco despues azorada y afligida.

Blanca se levantó.

—¿Qué es eso, hija mia, qué sucede?

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Habla.

—Leonor ha desaparecido del alcázar.

—¡Qué ha desaparecido! exclamaron todos.

—Sí, señora, prosiguió Herta contestando á la reina; he recorrido todo el alcázar preguntando, y nadie ha visto á Leonor.

—¡Es extraño! ¿Y cómo está su aposento?

—Con las ropas en desórden, señora.

—¡Cosa más rara!

Herta comenzó á llorar.

—¿Por qué lloras, hija mía?

—¡Oh! señora, á Leonor le ha sucedido alguna desgracia.

—¿Y por qué lo crees así?

Herta calló.

El archiduque y la infanta se miraron, porque empezaban á comprender alguna cosa de aquella desaparicion tan extraña. Los dos, como debemos suponer, sospechaban de Felipe II.

Blanca prosiguió:

—Tranquilízate, Herta, y procura recordar. Desde tu aposento, que está cerca del de Leonor, ¿oíste algun ruido extraño?

—Nó, señora.

—¿Y quién la visitó anoche?

La baronesa de Kuisong se quedó turbada.

—¿Quién la visitó anoche? volvió á repetir la reina.

—No sé, señora....

—La verdad, Herta, la verdad.

—El capitán D. Alvaro Santoyo, exclamó la húngara estremeciéndose.

—Entónces, exclamó el rey, ese ha sido su raptor, porque también ha desaparecido del alcázar.

El asombro de todos nuestros personajes creció con estas palabras; é iba Blanca á hacer al rey alguna otra pregunta, cuando oyéronse voces por la antecámara, que decían:

—¡El rey! ¡Quiero ver al rey D. Felipe!

—Ahora no podeis verle, porque está con S. M. la reina de Hungría, contestaba el conde de Treussen.

—A mí me recibe en todas partes.

—Alberto, exclamó el rey tranquilamente, esa voz es la

de mi fiel Santoyo; abrid esa puerta y que éntre. Veamos qué es lo que le ha sucedido.

El archiduque abrió la puerta, y el ayuda de cámara presentóse todo azorado y afligido arrojándose á los piés del rey.

—¡Señor! ¡señor! ¡mi hijo! ¡mi Alvaro!

—¿Qué quieres decir, Santoyo?

—¿No lo sabe V. M.?

—¿Qué he de saber?

—¡Ah! mi hijo ha desaparecido.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Soy por ventura su guardian?

—Señor, perdon, pero ayer vino al alcázar, y desde ayer no sabemos de él.

—Pues búscale.

—Ya le he buscado, señor.

—¿Y no le has encontrado? replicó Felipe II con una sonrisa de hielo.

—Nó, señor.

—¿Y quieres que yo sepa á dónde se halla?

—Señor....

—Yo no soy adivino, mi buen Santoyo.

—Pero sois un rey justiciero, y debe V. M. tratar de averiguar qué crimen se ha cometido esta noche en el alcázar, porque estoy seguro que se ha cometido un crimen del cual ha sido víctima mi hijo.

—¿Sabes algo?

—Nada, señor.

—Pues entónces ¿qué es lo que quieres de mí?

—Señor, esta noche se ha cometido un crimen, volvió á exclamar el pobre padre.

Felipe II, receloso y suspicaz, vió en esta insistencia un ataque á su autoridad, y con acento severo dijo á su ayuda de cámara:

—Ciertamente, Santoyo, que esta noche se ha cometido un crimen en el alcázar, pero date por satisfecho con que no trate de averiguarlo, porque entónces es posible que tu hijo pareciera para ir á una prision. Esta noche ha sido robada del alcázar Doña Leonor Vazquez de Mayorini, dama de mi augusta cuñada S. M. la reina de Hungría, y todas las sospechas recaen sobre tu hijo.

—Señor, es imposible... mi hijo no puede haber cometido tal vileza.

—Tu hijo, Sebastian, fué el último que visitó anoche á esa dama. Ahora vete y espérame en mi cámara, hablaremos.

Sebastian de Santoyo, entre aturdido y agradecido, se inclinó profundamente y salió de la cámara, en tanto que Felipe II decia á la reina de Hungría:

—Descuidad, señora; podeis marcharos tranquila acerca de Leonor. Ella parecerá, pues yo haré que la busquen, y si lo desea os la enviaré con una persona de mi servidumbre.

—¡Oh! no sabeis, señor, cuánto os lo agradezco, porque Leonor merece mis simpatías. Yo siento no poder esperar el resultado de vuestras gestiones y...

—Nó, nó, repuso Felipe II con cierta impaciencia y como si temiese que la reina defriese el viaje, podeis marchar tranquila, Leonor volverá á vuestro lado.

Blanca suspiró, porque en medio de sus tribulaciones todavía la perseguía el destino hasta arrebatarla una de sus más queridas camareras; y deseando salir de Madrid, que no

le habia producido más que dolores, púsose un manto y conmovida hondamente , abrazó al rey, á la infanta y al príncipe.

Esto era la señal de la partida; y Felipe II, siempre caballero y galante, ofreció el brazo á Blanca para acompañarla, como la acompañó, hasta el mismo estribo del carruaje.

La reina entró en él acompañada de Fray Agustin y del archiduque, miéntras que la infanta Isabel, hondamente afectada con la partida de su amante, caia desvanecida en los brazos de sus damas de honor, que la subieron precipitadamente á su cámara.

Felipe II permaneció en el peristilo hasta que hubo desaparecido el coche, subiendo despues grave y mesurado á ver á su fiel ayuda de cámara.

Blanca habia entrado llorando en Madrid y salia llorando de él.

Hay criaturas de un destino incomprensible, y Blanca era una de ellas.

---



---

# PARTE TERCERA.

## JUICIOS DE DIOS.

---

### LIBRO PRIMERO,

#### Felipe II y los Fueros de Aragon.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

---

##### La cárcel de la manifestacion.

El desenlace del drama que estamos presentando nos obliga ahora á trasladarnos á Aragon para poner en conocimiento de nuestros lectores todo lo que habia sucedido á Antonio Perez desde que, por disposicion del Justicia, hubo sido conducido á la cárcel de la manifestacion por D. Martin de Luna, despues de su choque en Calatayud con las tropas de Felipe II.

Conducido á la cárcel de la manifestacion con harto descontento del virey, que inmediatamente despachó un correo para Felipe II, fué tratado en ella más como amigo que como prisionero, pues se le permitió ver todos los dias á sus amigos, se le eximió de grillos'y cadenas, y pudo, á lo ménos por

unos cuantos dias, descansar de las violentas emociones que le habia producido su fuga de Turuégano.

No estaba, sin embargo, tranquilo, porque se acordaba mucho de sus hijos, que se hallaban en Madrid bajo la proteccion del conde de Oñate, y de su esposa, que por disposicion de Felipe II continuaba presa en Turuégano sin esperanzas de recobrar su libertad.

En cuanto á Mayorini, si bien tenia el sentimiento de estar separado de su hija, no ignoraba la proteccion que la dispensaba Blanca de Lanuza, y este consuelo unido á su estoicismo, le hacia parecer tranquilo, ó á lo ménos resignado.

Un mes llevaba ya de prision Antonio Perez, en cuyo tiempo Felipe II, viendo que nada conseguia, habia tratado de perder por varios medios á su antiguo favorito.

Pero oigamos acerca de esto á un historiador contemporáneo (1):

«Deseando el rey evitar por todos medios que Antonio Perez fuese puesto en libertad, trató de privarle del privilegio de la manifestacion, que era su grande salvaguardia; y como este no alcanzaba á los criados del rey, recurrió al regente de la audiencia quejándose de los malos procedimientos de Antonio Perez durante el ejercicio de su cargo, pidiendo se abriese un juicio de averiguacion llamado *engüesta* en Aragon, así como en Castilla tenia el nombre de *visita*. Acogió el regente la querella, y se procedió, pues, á esta averiguacion ó *engüesta*, dándose por supuesto que Antonio Perez habia sido criado del rey, á quien de derecho pertenecia fiscalizarle y castigarle. Mas Antonio Perez

(1) D. Evaristo San Miguel: Historia de Felipe II.



»hizo ver ante el Justicia que el cargo que habia ejercido de  
»secretario de Estado era público, y no podia colocarle en la  
»clase de criado ó sirviente del monarca; que aun supuesta  
»esta categoría, no habia sido sirviente del rey de Aragon,  
»y sí del de Castilla; pues ninguno de los negocios de Ara-  
»gon habian sido de su cargo. Que además, habiendo ya pa-  
»sado por semejante juicio y sufrido su sentencia, no podia  
»ser sujetado á otro por la misma causa; y tan fundadas pa-  
»recieron estas razones, que el rey tuvo que apartarse de su  
»nueva querrela, sobreseyéndose de este modo el juicio de  
»la *engüesta*.

»Despues de haber intentado vanamente Felipe II estos  
»dos medios de continuar el proceso contra Antonio Perez,  
»recurrió á otro más expedito, de tiro más certero. Creyén-  
»dese ya seguro Antonio Perez despues de estos dos desisti-  
»mientos de Felipe II, pidió ser puesto en libertad bajo fian-  
»zas, ó *cautela*, como entónces se decia, que era uno de los  
»beneficios de los manifestados; mas habiéndose negado  
»este favor por la influencia de los poderosos agentes del  
»rey, concibió muy bien el preso los peligros que le rodea-  
»ban y los muchos que tenia todavía que correr por parte  
»de un adversario tan irritado y formidable. Formó, pues,  
»el proyecto de fugarse de la cárcel, y si bien, como dicen  
»algunos, no fué idea suya, y sí de su compañero Francisco  
»Mayorini, lo cierto es que hubo traicion por parte de al-  
»gunos á quienes se habia puesto en el secreto, y que fué  
»denunciado á las autoridades. Como el país de Francia más  
»próximo á Zaragoza era el Bearne, gobernado entónces por  
»la princesa Catalina, hermana de Enrique de Navarra, así-  
»mismo protestante, como Antonio Perez estaba en corres-

»pondencia con esta princesa, según cartas que se le cogie-  
 »ron, y el Bearn era entonces un país de hereges, fácil fué  
 »de acusar de heregía al hombre que á tierra de hereges se  
 »encaminaba y con hereges se hallaba en relaciones tan es-  
 »trechas.

»*Antonio Perez es herege.* He aquí el gran recurso de  
 »que echaron mano los que estaban empeñados en su rui-  
 »na. De los hereges era juez la Inquisición; á la Inquisición  
 »debía, pues, encargarse este negocio. Ofició el regente de  
 »la Audiencia al inquisidor Molina, diciéndole: Que consta-  
 »ba de informaciones, que Antonio Perez y Francisco Ma-  
 »yorini en su proyecto de evadirse de la cárcel, procuraban  
 »irse al Bearn y á otras partes de Francia donde hay he-  
 »reges....y que le parecia conveniente advertírselo y en-  
 »viarle copia de lo actuado, para que él y los demás señores  
 »del Santo Oficio tuviesen noticia y lo mandasen *ver y con-*  
 »siderar como lo tenían de costumbre.

»Acogieron, pues, esta acusacion con toda la ener-  
 »gía de que eran capaces los inquisidores de aquel tiem-  
 »po. Enviaron copias al inquisidor general D. Gaspar  
 »Quiroga, Arzobispo de Toledo, quien las pasó á examen del  
 »P. Chaves, confesor del rey, como calificador del Santo Ofi-  
 »cio. Examinó éste las declaraciones de los testigos que po-  
 »dian haber oído á Perez algunas expresiones indiscretas de  
 »estas que ocurren en el calor de la conversacion, y son hi-  
 »jas de impacencias del momento. Uno le oyó decir: *Pa-*  
 »rece que Dios se duerme mientras se trata de mis negocios.  
 »Si Dios no hace milagro en ellos, estoy expuesto á perder  
 »la fe que tengo. Otros le oyeron renegar de la leche que ha-  
 »bia mamado: otros decir con enojo: *Que si Dios Padre se*

»pusiera de por medio para evitar que diese sus descargos,  
»le quitaria las narices á trueque de hacer ver cuán ruin  
»caballero se habia mostrado el rey. Calificó el P. Cha-  
»ves todos estos dichos y otros semejantes de escandalosos,  
»de heréticos, de sabor á heregía, y el inquisidor general  
»mandó que siguiesen la causa como privativa y peculiar  
»del Santo Oficio. Formulado el proceso de averiguacion, pi-  
»dió el tribunal la persona del reo, como de su sola compe-  
»tencia, amenazando con censura y más penas eclesiásticas  
»á los que su jurisdiccion desconociesen.»

Tal era el estado de la causa de Antonio Perez el 24 de Mayo de 1596.

## CAPÍTULO II.

El marqués de Almenara, que no podía perdonar á Juan de Lanuza su conducta para con su hijo, así como no podía ver sin envidia las simpatías que tenia en el pueblo mientras que él era odiado públicamente, no era el que menos trabajaba en su cualidad de virey para perder á Antonio Perez ó herir al hijo del gran Justicia; así fué que, cuando el tribunal de la Inquisicion pidió las personas de Antonio Perez y Francisco Mayorini para conducir las á sus prisiones, el mismo marqués de Almenara quiso ser el portador de la funesta orden.

Sabia que con ella era invencible, y que Juan de Lanuza no tendria más remedio que entregarle á los dos procesados.

El Justicia mayor hacía ya algun tiempo que se hallaba en cama, con la enfermedad que algunos meses despues le llevó al sepulcro, y su hijo Juan, el esposo de Constanza, era el que presidia su tribunal y ejercia interinamente el cargo de gran Justicia.

Por esta razon Almenara se creia más orgulloso y satisfecho con llevar él mismo la orden de prision de Perez y Ma-

yorini, pues gozaba ya anticipadamente del placer de la venganza.

D. Juan de Lanuza, atento y caballero siempre aún para sus mismos enemigos, recibió con respetuosa deferencia al marqués de Almenara.

La fisonomía del esposo de Constanza se hallaba pálida y convulsa. La enfermedad de su anciano padre, á quien quería con todo su corazón, pesaba sobre su alma de un modo horrible, y la prision de D. Pedro Fajardo, su más querido amigo, le habia hecho comprender toda la crueldad de Felipe II, con quien tenia que combatir. Veia con su claro talento los próximos tumultos de Aragon y las consecuencias que iban á ocasionar, entristeciéndole el porvenir de su querida familia, expuesta á padecer como él mismo toda la ira de Felipe II.

Empero Juan de Lanuza tenia conciencia de sus deberes. Sabía que debía respetar al rey, pero no ignoraba el límite de aquel respeto. Comprendia que destinado por el cielo á ser el fiel guardador de los fueros de su país, no podia ni debía, sin deshonorarse, dejar que el despotismo los deshiciera y los atropellara en su feroz dominacion. Erale preciso recoger el guante arrojado por Felipe II, y recogerle con dignidad, sin arrogancia, pero tambien sin cobardia. Acorrábase de Padilla, Bravo y Maldonado, primeras victimas sacrificadas por la casa de Austria en su odio á todos los antiguos derechos de los españoles, y no podia ménos de conocer que, si bien la casa de Austria habia colocado á España á una altura gloriosísima, fué á costa de sus más queridos derechos, de sus más santas libertades.

¡Ah! si el noble Juan de Lanuza hubiese vivido algunos

siglos despues, cuando la casa de Austria se derrumbaba en España al rojizo resplandor de las hogueras inquisitoriales, al tétrico murmullo de los exorcismos, al grito fatídico de un rey supersticioso que se creia hechizado con maleficios del infierno; ¡ah! si hubiese vivido entónces, habria visto el hambre del pueblo, la incuria de los nobles, la miseria en todas las clases; convertida la supersticion en dogma del Estado, regido el país por un fraile ambicioso, y despedazada España, la noble y siempre heroica España, por las intrigas palaciegas fomentadas por el imperio de Austria y por Francia para sorprender el último suspiro de Cárlos II y disputarse su corona como una presa las fieras.

El recuerdo de la conducta del marqués de Almenara con Violante, no era tampoco lo que ménos habia encendido en el pecho de Lanuza el odio que le profesaba; pero ya lo hemos dicho, siempre noble y caballero recibió al virey con noble dignidad.

—¿Qué busca el marqués de Almenara en casa de don Juan de Lanuza? le preguntó con voz grave.

D. Iñigo de Mendoza miró altivamente al caballero.

—No es el marqués de Almenara quien viene á ver á D. Juan de Lanuza, le dijo, sino el virey de Aragon, que viene á entregar una orden al gran Justicia. ¿Habeis comprendido la diferencia?

—Perfectamente, y en este caso suplico al señor virey tenga la bondad de comunicarme esa orden.

—S. M. el señor rey D. Felipe II, reclama de vos la persona del traidor Antonio Perez.

Lanuza se estremeció imperceptiblemente, pero miró al virey con orgullo.

—Decid á S. M., señor virey, que D. Juan de Lanuza no puede entregarle la persona del antiguo secretario de Estado, porque está bajo el amparo de las leyes de Aragon.

—¿Conque no entregareis al preso?

—Me es imposible.

—¿Es decir que os rebelais contra S. M?

Lanuza dió un paso hácia el virey, y coloreando sus mejillas el rubor de la cólera, le dijo:

—Señor virey, vuestro carácter de enviado no os autoriza para insultarme; y tened presente que si con vuestra conducta os olvidais de él, me aprovecharé de vuestro olvido para trataros como simple caballero. D. Juan de Lanuza, enfermo y todo, sostendrá los fueros de Aragon; y yo, su hijo, los sostendré tambien, sin que por esto nos consideremos rebeldes á D. Felipe II, porque D. Felipe II ha jurado la Constitucion aragonesa y respetar sus fueros y privilegios. Medid por lo tanto vuestras expresiones y concretaos á cumplir vuestra mision.

El altivo marqués se estremeció de cólera, y lanzó sobre Lanuza una mirada tan profunda de odio, que hubiera hecho temblar á otro cualquiera que no hubiese sido el animoso jóven.

—Caballero, le dijo, hago mal en tratar con vos, puesto que no sois todavía el gran Justicia. Permitidme ver á vuestro padre.

—Es imposible. Se encuentra, como sabeis, bastante enfermo. Tengo poderes suyos para obrar. Dadme la orden, señor virey.

—¿Para obedecerla?

—Es imposible.

—Mirad que la última tentativa de evasión ha acabado de empeorar la situación de Antonio Perez.

—No volverá á fugarse.

—Sí, pero acordaos que se le han sorprendido cartas de los hereges del Bearne.

—Indudablemente, como que al Bearne se retiraba.

—Mirad que se le acusa de herege.

—Acusacion inícuca. Antonio Perez no es herege.

—Eso lo decidirá el Santo Oficio. En su nombre os pido al preso.

—¡En nombre de la Inquisicion! exclamó Lanuza estremeciéndose.

—Sí; ved una orden del inquisidor general Arzobispo de Toledo, D. Gaspar de Quiroga.

Y Almenara, gozándose en la turbacion de Juan de Lanuza, sacó de su limosnera un pergamino lacrado y sellado, que le entregó con sonrisa sardónica.

El noble caballero le abrió con mano convulsa. Sus ojos recorrieron ávidamente el siniestro pergamino, y después, pálido como un cadáver, miró al virey de una manera indefinible.

—Señor virey, le dijo, la Inquisicion manda, y obedecer es fuerza. Veo que Felipe II y los enemigos de Antonio quieren perderle; recurriendo á la religion para poderse vengar. Ni al rey ni á los enemigos del rey, honra mucho esta infame conducta; pero sereis obedecido, ó por mejor decir, será obedecido el santo tribunal. Volved esta tarde. Yo solo no me atrevo á resolver esta orden. Se reunirá el tribunal, y los lugartenientes del Justicia decidirán lo más justo. No creo que haya lugar á discutir. Los asuntos



religiosos no tienen otro tribunal más que el Santo Oficio. Lo sé, pero mi deber es ese. Yo no soy autoridad para decidirme.

—Pues yo no puedo esperaros, caballero Lanuza, exclamó el virey con arrogancia; yo necesito ahora mismo el mandamiento de entrega del preso.

—Tanto monta, replicó el esposo de Constanza: si vos no podeis esperar, yo tampoco puedo resolver.

—Dad aviso á vuestro padre.

—Se encuentra muy enfermo, señor virey; no puedo hacer más que llamar al consejo, darle parte de esta comunicacion del señor Arzobispo, y obedecer lo que decidan.

—¿Y quiénes lo han de decidir?

—Los lugartenientes del justiciazgo.

—¡Cómo! ¿Es por ventura su tribunal superior al del Santo Oficio?

—En Aragon es el primero.

—¿Es decir que....

—No insistais, señor virey, exclamó Lanuza apretando los labios de cólera, porque la ira que hervia en su pecho iba subiendo á su cabeza; no insistais, os lo suplico, y dad por terminada vuestra mision. Con esto doy por acabada mi contestacion al representante de D. Felipe II; pero ahora oíd lo que el caballero dice al caballero: Guardaos, señor marqués, de exaltar los ánimos del populacho. Sois aborrecido del pueblo, y si llega á conocer el odio que profesais al que ha declarado su protegido, que el cielo os salvé, porque me parece que sólo Dios puede protegeros.

—¿Una amenaza?

—Un consejo; la amenaza viene ahora. Marqués, soy vuestro enemigo, y no puede haber entre vos y yo reconciliacion posible. Os odio porque habeis venido á matar los fueros de Aragon; os odio porque aborreceis á mi padre; os odio por vuestra complicidad en la infame conducta de vuestro hijo; os odio por vuestra ruin venganza contra D. Pedro Fajardo; y os odio, en fin, porque aborreceis á Antonio Perez, que ningun daño os ha hecho. Mi alma arde de cólera cuando tengo que hablaros, y los dos no cabemos en el mundo. Cuando la cuestion de Antonio Perez se haya resuelto; cuando ya no nos pertenezcamos á nuestros respectivos deberes, iré á buscaros para que en un combate leal pueda castigar vuestra incalificable conducta. Ya lo sabeis; id, pues, ahora tranquilo. En tanto que esta cuestion no se resuelva, siempre encontrareis dispuesto al Justicia de Aragon á ayudaros; pero despues... nos veremos. Dios os guarde.

Y sin esperar la respuesta del asombrado marqués de Almenara, inclinóse profundamente y salió de la habitacion con paso grave y mesurado.

El orgulloso virey, que se vió vencido y jamás habia oido palabras tan duras ni atrevidas, estremecióse de cólera, dirigió una amenazadora mirada al sitio por donde Lanuza habia desaparecido, y lanzando una blasfemia salió del palacio del Justicia.

Entretanto, el esposo de Constanza, agobiado de pena, se encerró en una habitacion sin saber qué hacer, porque temia por un lado poner en conocimiento de su padre aquella órden que no dudaba seria obedecida, y temia por otro no darle parte de ella, y como se dice vulgarmente, dar largas al asunto. En el primer caso, iba á causar á su

pobre esposa un dolor terrible, y en el segundo exponia á su enfermo padre á un grave conflicto.

En esta duda, preguntó á su conciencia lo que debia hacer, y su conciencia le resolvió la cuestion. Entre el dolor de su esposa ó la deshonor de su padre, era preferible lo primero.

Pálido, convulso y agitado, con la mirada extraviada y la mano puesta en el pomo de su daga como si viese delante de sí, amenazador y terrible, á su odiado enemigo, penetró en la cámara de su padre.

El noble anciano se hallaba sentado en un ancho sillón sin poder hacer ningun movimiento, flaco, demacrado, sin color en los labios ni en las mejillas, y sólo revelando la vida en sus ojos vivos, amorosos, inteligentes y brillantes. A su lado se hallaba su esposa Doña Catalina de Urrea, noble anciana de afectuosa sonrisa y cabellos blancos, que en aquel momento, solícita al cuidado de su esposo, le miraba cariñosamente con esa dulce mirada de las madres á sus hijos débiles ó enfermos.

Frente por frente del anciano D. Juan de Lanuza, veíase á Constanza Perez, tambien pálida y delgada por los sufrimientos de aquellos últimos dias, pues aparte de su dolor por la desgracia de Violante, hallábase temiendo todos los dias que llegase á Zaragoza la sentencia de muerte de su pobre hermano.

Quando Juan de Lanuza penetró en la habitacion, sus ancianos padres y su esposa se hallaban silenciosos y pensativos.

## CAPÍTULO III.

## Deberes contra afecciones.

La triste y desesperada expresion del rostro de Lanuza no pudo ménos de aterrar á su familia, dispuesta á alarmarse por las circunstancias que la rodeaban, y Constanza fué la primera que, no pudiéndose contener, se levantó y salió al encuentro de su marido.

—¡Dios santo! exclamó aterrada, ¿qué tienes, Juan? ¿qué te ha sucedido.

Juan, empero, la rechazó dulcemente, y aproximándose á su padre, tomó silencioso un asiento á su lado.

—Señor, le dijo, el virey marqués de Almenara acaba de separarse de mí. Es preciso reunir el tribunal.

—¿El tribunal? exclamaron las dos mñjeres aterradas.

—¿El tribunal dices? replicó el anciano gravemente.

—Sí, padre mio, prosiguió Lanuza con acento sombrío y lúgubre; hay que reunir el tribunal para que decida sobre esta comunicacion que acaba de entregarme el virey.

—¿De quién es esa comunicacion?

—Del inquisidor general.

Las dos mujeres lanzaron un grito de terror; el Justicia se puso aún más pálido.

—Lee, dijo á su hijo, veamos si esa comunicacion merece ó no ser escuchada.

Juan no se atrevió á leer por no destrozár con su contenido el corazón de su pobre hermana, pero no pudo ménos de decir á su padre:

—Señor, esta comunicacion no tiene nada de notable en la forma para que os incomodeis en oirla leer.

—¿Pero qué dice?

—Que ha sido acusado de herege Antonio Perez, y que el inquisidor nos pide su persona.

Estas palabras sonaron en los oídos de nuestros personajes como debieron de sonar en los de Adán y Eva la maldición del Eterno cuando fueron arrojados del Paraíso. Doña Catalina cruzó las manos y se puso á rezar sin saber lo que hacía; Constanza comenzó á llorar como una Magdalena; en cuanto al noble anciano, sus labios trémulos se apretaron por un movimiento de cólera, y despues bajó la frente, exclamando con la más infinita amargura:

—¡Perez á la Inquisicion!... ¡Ya no hay justicia en la tierra!...

—¡Oh! exclamó Constanza, ¡mi hermano á la Inquisicion!... ¡mi hermano herege!... ¡mentira! ¡mentira! ¡miente el marqués de Almenara si lo ha dicho! ¡miente D. Gaspar de Quiroga! ¡miente Felipe II!

—¡Silencio, desgraciada! exclamó Lanuza, ¡silencio por Dios!... La cólera te hace delirar.... tranquilízate.... esposa mia.

—Vamos, vamos, exclamó el anciano, las mujeres no

sirven para estos lances.... Hijo mio, saca de aquí á tu madre y á tu esposa para que podamos hablar....

—Sí, ven, ven, hija mia, repuso Doña Catalina cogiendo del brazo á la hermana de Perez.

—¡Oh! padre mio, exclamó ésta cayendo á los piés del anciano, no tengo más padre que á vos.... ¡Salvad á Antonio, salvadle.... no le entregueis á la Inquisicion.... yo os lo suplico por lo que más ameis en el mundo.... por vuestro hijo, por mi esposo.... por la Virgen Santísima!... ¡Salvad á mi pobre hermano.... salvadle!...

—Se le salvará, Constanza, repuso Juan de Lanuza con acento afectuoso; retírate con mi madre, y espérame en tu habitacion.

Estas palabras y dos lágrimas que brillaban en las pálidas mejillas del anciano, animaron algun tanto á la pobre mujer, que creyendo que sus súplicas habrian sido oidas, se retiró con Doña Catalina, dejando solos al Justicia mayor con su hijo.

Hubo un momento de silencio, porque ni el uno ni el otro se atrevian á hablar, hasta que el anciano, levantando la cabeza, dijo por fin al jóven:

—Hijo mio, creo que la esperanza que has dado á tu pobre mujer, no habrá sido más que una esperanza, porque no te creo tan imprudente que pienses negar á la Inquisicion la víctima que nos pide. No hay en la tierra potestad más elevada que ella, y aunque mi vida es corta, tengo miedo á ese poder omnímodo, á ese tribunal que llaman santo, porque sé que castigaria mi desobediencia, no en mi persona, sino en las personas de mi familia hasta la tercera generacion. La muerte no me arredra; ¿cómo ha de arre-

drarme si la veo ya frente de mí? pero me horripila la idea de que al morir os dejaria pobres, deshonorados, presos, separados unos de otros, malditos, miserables.... ¡Ah! esto es horrible.... y esto es lo que sucederia.... No hay pues más remedio que obedecer. ¿No lo crees así, mi querido Juan?

Lanuza por un momento vaciló, pero preciso nos es decir, que la horrible pintura que el anciano habia hecho, no era la más á propósito para decidirle á sostener la independencia de su conciencia. Era padre, acordóse del porvenir de sus hijos, y lanzó un suspiro de desaliento.

—Es preciso obedecer, murmuró; teneis razon, padre mio. Ya no hay justicia en la tierra. ¡Desgraciado del país cuyas más altas instituciones sirven sólo de instrumento para satisfacer los odios personales de los que más debian respetarlas!

—¿Es decir que eres de mi opinion?

—Tengo hijos.

—Y esposa, Juan.

—Sí, sí, es preciso ceder.

—Creo que todos los lugartenientes serán de nuestra misma opinion, y por lo tanto no me parece necesario reunirlos. Contesta á esa comunicacion y dispon lo necesario para la entrega del preso. Que se verifique esta noche y con sigilo; si el pueblo sabe alguna cosa....

—Tanto mejor, exclamó Lanuza, cuya sangre hervia en las venas, y que hubiera dado su vida por no complacer á Almenara; tanto mejor, padre mio. Si el pueblo arrebatá su presa á la Inquisicion, nosotros nos habremos salvado, y la justicia se vindicará. Dejad que el pueblo....

—Nó, eso es horrible. Yo no he jugado nunca doble, y

además, tiempo habrá de levantar al pueblo si es preciso. Que no se derrame sangre; no demos á Felipe II ni el más mínimo pretexto para que se arroje sobre nosotros y rompa nuestros fueros. Obedece y calla, hijo mio. Dispon lo necesario para que el pueblo no se entere y....

—¿Qué va á decir el pobre Antonio?

—Dios le dé fuerzas.

—¿Y mi esposa?

—Lo creo, hijo mio. Tu esposa creerá que no defendemos á su hermano, pero tiene talento; hazla ver el peligro que hay en protegerle; píntala la situación con sus verdaderos colores, y no dudes que se resignará con su suerte. ¡Qué lo hemos de hacer, Dios mio!

Después de estas palabras, padre é hijo guardaron silencio por algun tiempo, hasta que el segundo se levantó.

—Señor, dijo á su padre, parto ahora mismo á ver á Antonio para decirle lo que hay y ordenar lo más oportuno. Luego volveré á que firmeis las órdenes precisas para la entrega.

—¿Y vas á irte sin ver á Constanza?

—No me atrevo, padre mio.

—Bien, yo la prepararé y procuraré convencerla. ¡Oh! ¡qué iniquidad! ¡qué infamia!

Y el noble anciano levantó al cielo sus ojos, como si invocase la maldicion de Dios sobre los que, abusando de su poder, recurrían al crimen para vengarse de su enemigo.

Juan, trastornado por la cólera y la pena, salió del palacio del Justicia, sin ser visto de su esposa, y en la calle se encontró á Gil de Mesa, á quien no vió por la abstraccion en que iba sumido.



El astuto y leal criado, que no se dormía y que conocía la fuerza de carácter de Juan de Lanuza, sospechó que algo ocurría de grave cuando caminaba tan distraído, y le siguió á muy poca distancia.

Vióle entrar en la cárcel de la manifestacion, y salir poco despues todavia más sombrío; vióle despues entrar en la Aljafería y en el palacio del virey, y cada vez más asombrado, en vez de irse á su casa, volvió á la prision de Antonio Perez.

Halló á su amo frenético de cólera y abrumado de terror. Pidióle explicaciones, y entónces supo lo que iba á suceder.

Á tal noticia, Gil de Mesa, con el laconismo y audacia que en los momentos críticos formaban la base de su carácter, despidióse de Antonio Perez, prometiéndole y jurándole por la salvacion de su anima, que no dormiría dos noches en los calabozos de la Inquisicion.

Antonio Perez le pidió explicaciones, que no pudo obtener, y dejándole marchar, Gil de Mesa pasó á ver á su amigo Gil Gonzalez y á un antiguo criado de la casa de Perez, llamado Garcia, á los que enteró del peligro que amenazaba á su amo.

—¿Qué hacemos? le dijo Gonzalez.

—Nada hasta mañana, porque hasta mañana no podemos tener lista la gente. Trabajemos esta noche, y mañana á la Inquisicion.

—Y si no podemos entrar? objetó Garcia.

—Se la prende luego, repuso Gil secamente.

Porque su fiel criado la había dado algunas esperanzas.

El asusto y el espanto, que no se dormía y que conocía la fuerza de carácter de Juan de Lanuza, sospechó que algo ocurría de grave cuando caminaba tan distraído, y le siguió á muy poca distancia.

Vióle entrar en la Aljafería, y al salir poco después todavía más seguro; volvió á salir en la Aljafería y en el palacio del virrey, y cada vez más acompañado, en vez de irse á su casa, volvió á la prisión de

#### Un pueblo levantado. Antonio Perez.

Halló á su amo trémulo de cólera y apremiado de terror. Pidió explicaciones, y entonces supo lo que iba á suceder.

A las doce de aquella misma noche, un coche, escoltado por alguaciles y familiares del Santo Oficio, trasladó á Antonio Perez y Francisco Mayorini, de la cárcel de los manifestados á la de la Inquisición.

Sumida la ciudad en el más profundo silencio, inútiles parecían ser las varias precauciones que, tanto el marqués de Almenara como D. Juan de Lanuza, tomaron para sostener el orden; pero en medio de aquel silencio, ó mejor dicho, por aquel mismo silencio, había algo de misterioso que hubiera aterrado indudablemente á un observador imparcial.

La tranquilidad que respiraba Zaragoza, era la tranquilidad que precede á la tormenta.

Los dos presos fueron, pues, encerrados en la Aljafería, que era entonces donde se hallaban establecidas las cárceles de la Inquisición, sin que al parecer ninguno se apercibiese de ello, lo cual abrumó de pena á Antonio Perez, porque su fiel criado le había dado algunas esperanzas.

En cuanto á Mayorini, siempre indiferente á su propia

situación, sólo pensaba en su hija, consolándose cuando se acordaba que tenía por protectora á la reina de Hungría. Cuando Antonio Perez se encontró dentro de la Inquisición y las puertas se cerraron detrás de él, y sólo vió rostros feroces ó enmascarados, su horrible calabozo y las galerías subterráneas de las prisiones, creyó que el mundo había desaparecido para él, y creyéndose ya perdido, se doblegó ante su desgracia, como el árbol jóven al soplo del huracán. Pero qué hacía entretanto Gil de Mesa?

Vamos á saberlo. Gil había pensado levantar al pueblo de Zaragoza, pero no era posible conseguirlo aquella misma noche por falta de tiempo para arreglar y combinar un plan de ataque. Fuéle preciso esperar al día siguiente, aprovechando aquellas horas en prepararlo todo, encargando á sus compañeros García y Gil Gonzalez que reuniesen el populacho, mientras él en persona se presentó á los nobles que se habían declarado amigos de Perez. Entre otros varios se contaban D. Martín de Lanuza, tío de Juan y de Blanca, D. Diego de Heredia, baron de Bárboles, el baron de Purroy y D. Juan de Luna, á quien ya conocemos.

A cada uno de estos señores refirió lo que ocurría, comprometiéndose á levantar las masas, si le proporcionaban oro y le auxiliaban en el momento crítico. Los nobles aragoneses accedieron á todo, y ofreciendo á Gil sus casas y sus bolsillos, quedaron en trabajar tambien por su cuenta.

En estos trabajos trascurrió la noche, y la aurora del día 24 de Mayo de 1591, fué testigo de los primeros grupos de gente armada que empezaron á recorrer las calles con el más profundo silencio.

A la media hora, los grupos habian ido engrosándose de tal manera, que ninguno se componia de ménos de treinta hombres, y á las siete un curtidor disparando su arcabuz al aire, dió el primer grito de: *¡Vivan los fueros de Aragón! ¡Abajo los opresores del pueblo!* (1). Al esta voz se siguieron varios disparos, y los grupos se fueron engrosando y dirigiéndose hácia la plaza del Mercado.

El movimiento iniciado por Gil de Mesa, era dirigido por él, García y Gil Gonzalez, los cuales acordaron dividirse, encaminándose los dos últimos á la Aljafería, y el otro en busca del marqués de Almenara, á quien se acusaba justamente de ser el enemigo más terrible de los dos procesados. Como la marcha del pueblo enfurecido era hácia la Inquisición, las pocas fuerzas militares que residian en Zaragoza, así como los familiares del Santo Oficio, se encerraron en la Aljafería para proteger y defender las personas del inquisidor y demás jueces del Santo Oficio. En el primer momento, las autoridades, y entre ellas Juan de Lanuza, salieron á caballo para imponer al pueblo, pero tuvieron que retirarse á sus casas convencidos de su impotencia para contener aquel torrente desbordado, á ménos de no haber contado con cuatro ó cinco mil piqueros y alguna artillería. D. Juan de Lanuza, presintiendo lo que iba á suceder, porque sabia que el iniciador del movimiento era Gil de Mesa, se fué á la casa de Almenara con el objeto de protegerle y salvarle de las iras del populacho, pero no sin que

(1) Histórico.

antes, y al atravesar una plaza, dejase de oír por algunos lados palabras de amenaza contra su misma persona. La tromba humana que capitaneaban Gil Gonzalez y Garcia, llegó por fin frente por frente del edificio de la Inquisición, rodeado todo él de una triple fila de soldados y coronadas sus almenas y ventanas por los familiares, carniceros y sayones del santo tribunal.

El pueblo, al ver á los arcabuceros, se detuvo por un momento, porque sin duda habia creído poder entrar en la Inquisición sin obstáculo alguno; pero una bala disparada desde una de las ventanas del edificio, dió muerte á un zapatero, muy querido de sus paisanos; y esto fué la señal del ataque.

No describiremos el combate que entonces tuvo lugar, ni las escenas de muerte que se verificaron; porque ni la historia nos comunica detalles, ni lo consiente la índole de este libro. Bástele saber al lector que después de una hora de lucha, los arcabuceros se dispersaron completamente, y el pueblo, dueño del campo y victorioso, pidió al inquisidor Molina y á otros varios personajes, que se asomasen al balcón para que oyesen lo que tenían que pedirles.

Como es de suponer, al principio se resistieron; pero unos cuantos cristales rotos les obligó á asomarse á uno de los balcones del edificio.

El pueblo les pidió entonces las personas de Antonio Pérez y Mayorini; á lo que se negaron encerrándose otra vez; por lo que los sublevados, furiosos de despecho y deseando ya concluir, se empeñaron en entrar en la Inquisición á viva fuerza. El edificio estaba y está, pues aun existe sólidamente,

construido, y con poca resistencia que pudiesen hacer los que en él se hallaban encerrados, era bastante para sostenerse seis ú ocho horas; pero en los movimientos de las masas hay siempre algo de misterioso que parece cernerse en el espacio, aconsejando á cada individuo una misma idea.

Vista la imposibilidad de penetrar en las cárceles de la Inquisicion derribando sus puertas, á uno se le ocurrió prenderlas fuego, y súbitamente como si esta idea hubiera sido preconcebida y cada uno de los amotinados hubiese llevado bajo su ropilla un haz de leña, aparecieron por todas partes máderos y muebles viejos de madera, que arrimaron á las paredes del edificio, especialmente á las puertas.

Colocado el combustible como por encanto, prendieronle fuego por varias partes en medio de las más terribles amenazas contra los inquisidores, los cuales empezaron á comprender el verdadero peligro que corrían.

Con efecto, encontrábase solos y á merced de la irritable multitud, que pedía aullando sus cabezas. Las escasas tropas que podían protegerlos, habían sido diezmadas y vencidas; las autoridades habían perdido su influencia, y el pueblo era rey. No había salvacion posible. El fuego cundía, y los amotinados añadían combustible sobre combustible; las puertas comenzaban á encenderse y los muros á caldearse.

En aquella situacion era preciso transigir, y los inquisidores transigieron. Dudaron, vacilaron todavía media hora, porque era la primera vez que la Inquisicion se veía atacada y vencida; pero olvidándolo todo, abrióse el balcon y se presentó un parlamento, que anunció á los zaragozanos su

completa victoria, es decir, que se les entregaria las personas de Antonio Perez y Mayorini.

Gil Gonzalez, que habia sido herido con una pica en el brazo derecho, fué el encargado de oír al inquisidor y arreglar las condiciones de la entrega.)

El inquisidor ofrecia entregar al pueblo á los dos reos, siempre que las hogueras se apagasen; pero Gil Gonzalez, que no ignoraba la política de sus enemigos, le contestó secamente:

—Antes de apagar el fuego, es preciso que veamos entre nosotros al señor Antonio Perez y Francisco Mayorini. Que salgan y os salvareis.)

El inquisidor les ofreció hacerlo así, y media hora después los dos acusados abrazaban con frenético á sus salvadores.)

No era, sin embargo, igual el estado moral de los dos. Antonio Perez se hallaba satisfecho y risueño, porque habiendo salido de la Inquisición se creia ya salvado; pero Francisco Mayorini, con su acostumbrada sangre fría, veía más claramente la cuestión, y adivinaba que aquel triunfo iba á costarles la cabeza en cuanto Felipe II tuviese noticia de aquellos sucesos.)

El pueblo cumplió su promesa y apagó las hogueras en cuanto estuvo en su poder á Perez y Mayorini, á los cuales se llevaron á la cárcel de los manifestados para demostrar que ellos no buscaban la impunidad de los delincuentes y sino la verdadera justicia, justicia que no podía existir en el Tribunal de Vaquez, comprado por Felipe II.)

Pero al principio de este capítulo dejamos al grupo capitaneado por Gil de Mesa, yendo en busca del marqués de Admenara, y de ellos vamos á ocuparnos en el siguiente.

completa victoria, es decir, que se les entregara las personas de Antonio Perez y Mayormi.

Gil Gonzalez, que habia sido herido con una pica en el brazo derecho, fue el encargado de ir al indio y arreglar las condiciones.

### CAPÍTULO V

El indio ofrecia entregar al pueblo á los dos reos, siempre que las hogueras se apagasen; pero Gil Gonzalez, que no ignoraba la politica de sus enemigos, le contesto se-

#### Justicia de Dios.

—Antes de apagar el fuego, es preciso que veamos entre nosotros al señor Antonio Perez y Francisco Mayormi. Que

El grupo capitaneado por Gil de Mesa, despues de haberse aumentado con más de cien combatientes, llegó por fin á la plaza del Mercado, que era donde se hallaba situada la casa del virey.

No era, sin embargo, igual el estado de ánimo. Hallábase en ella D. Juan de Llantzua, que noble y digno olvidando los resentimientos personales que tenia con D. Inigo de Mendoza, habia acudido á su defensa para confederar al pueblo, llevándose consigo los cincuenta hombres de armas que formaban la guardia del Justiciazgo.

Desde la casa de Almenara se oian los disparos de los arcabuces y mosquetes, y ese ruido lúgubre y lejano, sólo peculiar de las batallas, ruido que hacia estremecer á Launza, porque comprendia lo que iba á suceder. El marqués de Almenara se hallaba armado completamente, pero pálido. No era cobarde, pero tenia miedo á aquel pueblo que tanto habia ofendido, y temia más que la muerte, la humillacion del vencimiento.

En el principio de la tarde, á su lado se hallaba su hijo Rodrigo, rojo de cólera y mirando á su padre como pidiéndole permiso para obrar,



apoyado en su espada desnuda, y esperando ciertamente, hasta con satisfacción, el momento de combatir.

— Por consejo de Lanuza, las puertas de la casa del marqués se hallaban cerradas, y la guardia del Justiciazgo, la mitad en el patio y la otra mitad en una torreilla ó tronera que tenia el edificio en uno de sus ángulos.

Por el resto de la casa hallábanse dispersos los criados del virey y algunos otros hombres adictos á su persona, todos armados, viéndose solos en la sala al virey, á su hijo y á Lanuza.

Los tres se hallaban silenciosos, escuchando el ruido lejano del combate, cuando de pronto oyeron los gritos terribles y el ruido producido por la gente que mandaba Gil de Mesa, la cual se aproximaba á la casa del marqués.

Como movidos por un resorte, D. Ñúño, su hijo y Lanuza se incorporaron, mirándose fijamente, hasta que el esposo de Constanza, no quedándole ya duda de la causa y objeto de aquel alboroto, dijo al virey con firmeza: — Señor marqués, el pueblo se aproxima y viene á buscaros. No os quiere bien y temo una desgracia. Permittedme salga al balcon y le pregunte qué es lo que desea; ¡y trate de contenerse!

— No hace falta, replicó el orgulloso Rodrigo. Somos bastantes para contener á esa canalla, y antes de que puedan penetrar aquí, si es que penetran, algunos habrán hecho el último viaje.

— Perdonad, D. Rodrigo, le contestó Lanuza; no soy de vuestra opinion.

— ¿Y por qué?

— Debemos evitar el derramamiento de sangre.

—Pues dejad que se vierta.

—Es que no es eso sólo; temo ser vencido y...

—¡Bah! a esa canalla la ahuyento yo, sólo con mi servidumbre.

—Sin embargo, ya los oís, piden la vida de vuestro padre.

—Que vengan á buscarla, exclamó el virey.

Con efecto, los gritos y las voces oíanse ya muy cerca; y por último, lanzábase desde el balcón el grupo de sublevados que desembocaban en la plaza del Mercado.

—Muchos son, exclamó con angustia; muchos son; y capitaneadlos por Gil de Mesa, que como buen soldado, no desconoce el arte de pelear.

—¿Parece que defendeis á esa canalla? objetó D. Rodrigo.

El noble caballero fijó su límpida mirada en la del hijo del virey, diciéndole por toda respuesta:

—Sois aún un niño. Quizás dentro de media hora habreis cambiado de opinión.

Durante este pequeño diálogo, los sublevados se habían colocado ya debajo de los balcones y podíanse por lo tanto oírse distintamente sus gritos.

Estos gritos no eran tranquilizadores para el marqués de Almenara? —

Era su cabeza lo que pedía aquella gente. Lanzó comprendió que había llegado el momento de hablar, y salió al balcón.

Mil aclamaciones resonaron en la plaza al verle; pero apenas comenzó á hablar tratando de apaciguar el tumulto, las imprecaciones se sucedieron á los vítores; y más de una piedra pasó silbando por los oídos del jóven.

— ¡Muerá el virey de Aragón! decían unos.  
 — ¡Abájo los gobernadores extranjérs! Abájo la tiranía! decían otros.

— Al verse Lanuzá desobedecido, á pesar de su inmensa popularidad, comprendió que era inevitable el choque, y trató de contenerle recurriendo al último extremo.

— Este extremo era llamar á Gil de Mesa.

— ¡Vana tentativa! El rencoroso soldado, que como sabéis mos profesaba á su amo una verdadera adoración, anhela vengarse del marqués, y no quiso oír las conciliadoras palabras de Lanuzá.

— Nada de perdón, le dijo agitando una pistola que empuñaba en su mano derecha; nada de caridad para los que se mofan y desprecian nuestros fueros. Retiraos, señor don Juan de Lanuzá, porque yo no respondo de esta gente.

— No había acabado de decir estas palabras, cuando una bala se estrelló en la pared á dos piés de la cabeza de Lanuzá.

Entonces, comprendiendo que sino permanecía en el balcón iba á ser víctima de su celo, y víctima inútil, desapareció de la ventana y volvió al lado del marqués.

Aquel tiro fué la señal de ataque. Los amotinados, sin hacer caso de los disparos de la gente del Justicia, atacó las puertas de la casa, que eran de sólida y gruesa encina, y encontrando en su construcción una resistencia terrible, resolvieron también recurrir al fuego.

Algunos minutos despues, el marqués de Almenara divisó una columna de humo, y comprendiendo lo que sucedia, aumentó su palidez y abrazó á su hijo.

Ya hemos dicho que su alma no reconocía más afecto

que su amor paternal; pero este amor era profundo, verdadero, infinito. La palidez que cubria las mejillas del virey no tenían otra causa.

El ataque empezó formidablemente. Las tropas de la Justicia go. causaban muchas bajas (en los revoltosos) pero mientras tanto, la puerta del edificio iba siendo presa de las llamas, y ya se desprendían de ella tablones, que se ofrecían anchos boquetes á los sublevados.

Antes de un cuarto de hora, la puerta se desprendió por fin de los goznes, y hecha una brasa, cayó sobre el mármoreo pavimento del zaguan, precipitándose en los amotinados en el patio, saltando por encima de las brasas como si fueran invulnerables al fuego. Ya dentro del edificio, trabóse un reñido combate entre los revoltosos y la servidumbre del marqués; pero era una lucha de uno contra veinte, y la victoria no podía estar dudosa por mucho tiempo.

Los amotinados llegaron por último á la escalera. El virey se estremeció.

D. Rodrigo avanzó impertérrito hacia el sitio del combate, deteniéndolo. — ¿Qué vais á hacer? le dijo.

— Es una imprudencia. Permitidme precederos en todo caso.

— Yo no necesito de vuestra ayuda, replicó el orgulloso joven con altanería.

Lañuzá se encogió de hombros y salió á la galería principal. Gil de Mesa fué el primero con quien tropezó. — ¡Atrás, exclamó con severo acento, atrás! ¡Os pasó con

mi espada, Gil de Mesa! ¿Cómo os atreveis á venir á matar á un hombre que ha cumplido con su obligacion? — Es muy posible, pero yo cumpla también con la mia! repuso Gil con fiero acento.

— Sí, sí, gritó la multitud, ¡abajo el austriaco! ¡muera el marqués de Almenara!

Y sin imponerles la noble actitud del Lanuza, le dió por el lado como á un niño, no sin sufrir algunas leves lesiones, y como una avalancha penetraron en el salón unos treinta hombres.

El marqués de Almenara conoció que ya no podía ceder, y se colocó al lado de su hijo, dispuesto á morir matando.

Estaba lívido como un cadáver.

La lucha no fué muy larga. Una bala hirió en el hombro á Rodrigo, que cayó al suelo; y su padre, al verle caer, al oír su exclamacion de dolor, le olvidó todo, hasta su propia defensa, y soltando su espada, se arrojó al lado de su joven primogénito.

Aquel movimiento alentó á los sublevados, que cayeron sobre el virey como buitres sobre su presa; y le separaron del lado de su hijo, tirando de él como de un objeto sin vida.

— ¡Rodrigo! ¡Rodrigo! exclamó el infeliz salvador que le separaban del joven.

El herido se incorporó sobre sus rodillas y se vió rodeado de rostros fieros y terribles; fué á incorporarse para coger su espada, pero oyóse un pistoletazo, y Rodrigo volvió á caer sin exhalar un ¡ay!

Una bala le habia atravesado el corazón.

— ¿Quién le habia muerto? No sé, supo, ni se ha sabido nunca. Tal vez el brazo de Dios.

Mientras tanto, un grupo de hombres ebrios de cólera se llevaban y sacaban de la casa al virey; Gil de Mesa y otros dos hombres del pueblo, acompañaban al Llanuzza al palacio del Justicia.

Juan iba pálido de emoción, ni lo de miedo. La suerte de Rodrigo le había afectado hondamente, y presentía que el virey iba á tener el mismo fin. Y sin impedirse le dijo: —Es un horrible asesinato lo que habéis hecho, dijo á Mesa cuando hubieron llegado al palacio.

—Perdonad, señor, le dijo el antiguo soldado, no es una venganza sino una justicia. Al hombre que mata á otro, se le ahorca. ¿A cuántos no ha matado el virey con su tiránica dominación?

—Pero ¿y su hijo?

—Su hijo ha muerto en la lucha.

—No le han matado traidoramente, lo he visto. Le han disparado un pistoletazo ya vencido en el suelo.

—¡Ah! entonces es la justicia de Dios, replicó Gil con el acento de la convicción más profunda.

En aquel mismo momento, dos hombres, negros por la pólvora y cubiertos de polvo, se aproximaron á Gil.

—¿Qué hay? les preguntó éste.

—Todo ha terminado. Ahora á nuestras casas para que no se nos acuse de robos ni pillajes.

—¿Y el señor Antonio Pérez?

—En la cárcel de los manifestados.

—¿De veras?

—Con el señor Francisco Mayorini.

—¡Loado sea Dios! exclamó Gil dando la mano á su amigo y despidiéndose de él para correr al lado de su señor.

Juan de Lanuza, impaciente por abrazar á su familia, que estaba aterrada y esperándole, no habia oido nada de esto.

Cuando Gil pasaba por delante de la cárcel pública, en la que se juzgaba á los que no eran manifestados, vió un grupo de gente á su puerta, y preguntó qué habia sucedido allí.

—Poca cosa, le dijo uno de aquellos hombres; han traído al marqués de Almenara, pues aunque se le iban á llevar á la cárcel de la manifestacion, han sido tantos los golpes que ha recibido, que han temido se les quedase entre las manos. ¡Oh! ¡la venganza del pueblo ha sido terrible!

—Sí, repuso Gil con cierta ruda filosofía; en estos casos los hombres no somos más que instrumentos de Dios.

Catorce dias despues de estos sucesos, y una tarde al ponerse el sol, cuatro hombres sacaban de la cárcel un ataúd que encerraba los restos mortales de D. Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara y virey de Aragon.

que estaba atarada y espantada, no había oído nada de esto.

Cuando Gil pasaba por delante de la cárcel pública, en la que se juntaba á los que por manifestados, vio un grupo de gente á su puerta y preguntó qué había sucedido allí.

—Pocas cosas, le dijo uno de aquellos hombres: han traído al marqués de Almenara después de haberse le iban á llevar á la cárcel de la manifestación, han sido tantos los golpes que ha recibido, que han temido se les pudiese entre las manos.

«El lance pareció muy serio á todos los que no ignoraban el verdadero estado de las cosas, dice el historiador ya referido hablando de la traslación de Perez, de la cárcel de la Inquisición á la de los manifestados.»

«Por la primera vez desde el establecimiento de la Inquisición, se había levantado el pueblo contra sus disposiciones. El Consejo Supremo se sintió ofendido; Felipe II vió un ultraje á su persona en este desmán de los zaragozanos. El marqués de Almenara murió en la cárcel á los catorce dias de prision, de resultas de los malos tratamientos. Los que más adictos se habían mostrado á su persona huyeron de Zaragoza y partieron á Madrid para hacer acusaciones.»

«En la ciudad quedaron sumamente gozosas las clases populares con este triunfo de sus fueros; las autoridades sumamente recelosas por sus consecuencias. La diputación hizo ver que siendo sus funciones meramente legislativas, no había tenido medios de contrarrestar los esfuerzos de la muchedumbre. El Justicia con sus lugartenientes había acudido á la casa del marqués de Almenara á defender su



persona de los ataques de los amotinados. Los amigos de Pérez no podían ménos de conocer con qué rey se las habrían, y en cuanto al mismo preso, estaba muy lejos de contarse por seguro viéndose detenido, pues aunque habia sido devuelto á la cárcel de los manifestados, permanecía siempre bajo la inmediata autoridad del Santo Oficio.»

«Sin embargo, no se atrevieron las autoridades de la parcialidad del rey á tomar medidas de coaccion contra ninguno de los comprometidos en el alboroto. Dieron tiempo á que se calmase la efervescencia popular, mientras se tomaban disposiciones para dejar áirosá la conducta de la Inquisición, y sobre todó al rey, tan encarnizado con la total ruina de su antiguo secretario.»

«Por de pronto la diputación trató de poner en claro si la traslacion de Pérez á las cárceles de la Inquisición habia sido verdaderamente un contrafuero. Se nombró para esto una comision de cinco juriscónsultos, quienes decidieron en la mayoría de cuatro, que se habia cometido un contrafuero por violarse en elló tres privilegios de los manifestados: 1.º El de no estar sujetos á la prueba de tormentos sometiéndolos á otra jurisdiccion donde se empleaban; 2.º El de poder conseguir la libertad con fianza juratoria despues de responder á los cargos, que tambien se frustraban con la traslacion; 3.º El de que se terminase el proceso sin demora, lo que sería imposible, además de que quedaria sin saberse la verdad, en caso de que los inquisidores condenasen al reo al último suplicio.»

«No quedando satisfechos con esta decision, agregaron á la comision de los cinco, para más ilustraciones á la materia, otros nueve, para que la mayoría decidiese. Fué la re-

«Resolución de la nueva junta que el había sido exceso en los inquisidores la anulación de la manifestacion, por no haber en la tierra potestad para ello, sino en el rey y el reino juntos en Cortes; pero que si los inquisidores se volvian á pedir los presos exhortando al gran Justicial con cláusula de que se suspendieran los efectos de la manifestacion; mientras el Santo Oficio seguia y fenecia la causa de fe, se le deberían entregar, porque no era opuesto á los fueros; resolución que llenaba las miras de los perseguidores de los presos, que á toda costa querian haber triunfar las regalías del monarca.»

«Ya no era dudoso el giro que con esta decisioñ iba á tomar un negocio tan desagradable. Triunfantes los de la parcialidad del rey, no pensaron más que en realizar lo que la misma resolucioñ los indicaba.»

«No tardaron los inquisidores en pedir los presos en los términos que al parecer estaban convenidos. El Justicia y sus lugartenientes parecian dispuestos á obedecer; y se daba por seguro que Antonio Pérez iba por fin á ser víctima del Santo Oficio. Para asegurar mejor el golpe se tomaron en la ciudad disposiciones militares.»

«Escribió el rey á varios señores de Aragón, en medio de no ignorar que le eran desafectos, para que reuniesen cuantos hombres les fuera posible en desagravio de su real autoridad comprometida. Algunos obedecieron; tales eran sus temores de no llevar lo mejor en este lance. De este modo se fueron reuniendo en Zaragoza hasta tres mil hombres de varias procedencias, que se pusieron á las órdenes del gobernador militar D. Ramon Cerdan. Por su parte los inquisidores habían dispuesto que viniesen á la ciudad muchísimos familiares del Santo Oficio de los pueblos de las inme-

diaciones. Mientras tanto andaba la ciudad alborotada; la muchedumbre no daba muestras de arredrarse con este aparato de la fuerza armada. A todas horas aparecían las calles y las plazas cubiertas de pasquines, en que se hacían ver los manejos de los inquisidores y demás personas en oficio para cubrir sus tropelías con cierta apariencia de justicia. Decían que la supresión de los derechos de los manifestados equivalía al su completa anulación; por cuanto el reo quedaba sujeto á la pena de tormento, y que probablemente una vez metido en las cárceles de la Inquisición, no volvería á verse en juicio por otra cualquier causa. Antonio Perez, ofició á la diputación haciendo ver que el atropellamiento de su persona equivalía al de todos los aragoneses. Mas demasiado sagaz para contar con la eficacia de este paso, pensó sustraerse con la fuga á la suerte cruel que le esperaba. Trató con esto de proporcionarse limas y otros instrumentos necesarios; y llevaba ya muy adelante este último recurso de salvacion que le quedaba, cuando denunciado á las autoridades por un tal Basarte; que se le yendia por amigo y confidente, fué puesto con más seguridad que nunca y abandonado á todo el rigor de su destino! —

... Tal era la situación de Zaragoza el 14 de Setiembre de 1591.

... Dos dias ántes, es decir, el veinte y dos á las cuatro de la mañana, notábase un gran movimiento en el palacio de D. Juan de Lanuza. Era evidente que en aquel momento se verificaba algun suceso extraordinario, pero de índole funesta, porque á pesar de los muchos personajes que se hallaban en los salones del palacio, el más lúgubre silencio reinaba en él.

—¿Qué acontecía en aquella casa? D. Juan de Lanuza, el anciano y noble Justicia de Aragón había recibido en aquella misma noche los últimos sacramentos de la Iglesia, y se hallaba moribundo. Los últimos sucesos habían precipitado el desenlace de su grave y ya crónica enfermedad. Toda la familia del buen caballero se hallaba retirada en una de las habitaciones, despues de haberse despedido del moribundo, y sólo se encontraba con éste su hijo, el esposo de Constanza.

Sentado á la cabecera del lecho, oía con religioso recogimiento la fatigosa respiración de su padre, y por sus pálidas mejillas corrían unas en pos de otras, lágrimas ardientes que desaparecían en su gola de encáje. De pronto el anciano, que estaba con los ojos cerrados, los abrió y buscó á su hijo con la vista, porque no podía mover la cabeza. Juan se levantó apresurado.

—¿Qué quereis, padre mio? le dijo inclinándose sobre el enfermo.

—Hablarle, exclamó éste con voz apenas perceptible. —¡Oh! vais á fatigaros mucho, descansad ahora... luego....

—Nó, nó. Voy á morir muy pronto y quiero darte algunos consejos. no los necesitas, hijo mio, pero soy más viejo que tú y tengo más experiencia.

—Hablad pues, señor, contestó el jóven con religioso respeto.

—Hijo mio, prosiguió el anciano, tienes talento y estás penetrado de los deberes que te impone el cargo de gran

Justicia que hoy heredarás de mí. He procurado inculcar en tu alma el más sagrado respeto á los derechos de ese noble pueblo aragonés que estás llamado á gobernar, y... lo he conseguido. Pero los tiempos son azarosos. La crisis por que está atravesando Aragon es funestísima para las libertades patrias, pero defiéndelas hasta sacrificarte por ellas si es preciso. Recuerda á Padilla y cópiale. El pueblo no es ingrato. El te pagará con los sacrificios que por él te impongas. ¿Estás dispuesto á obrar así, hijo mío?

—Os lo juro, señor, replicó Lanuza levantando al cielo sus ojos y su mano derecha, os juro morir por los fueros de Aragon, si es preciso, ántes que verlos rotos y despreciados.

—Bien, muy bien, replicó el moribundo haciendo un esfuerzo.

—Después, agotadas sus fuerzas, cerró los ojos y permaneció un momento inmóvil. Pero luego prosiguió con la voz más débil y agotada:

—Quiero, no obstante, mi querido hijo, que en la cuestion de Antonio Perez sigas mi conducta. El consejo reunido para deliberar sobre la petición del Santo Oficio, ha resuelto entregar á éste á Perez y Mayorini. Entrégaselos y obedece.

—¡Padre! murmuró el joven asombrado.

—Si es preciso obedecer á la Inquisicion. Es un abuso de poder; pero ¡ay de tí y de tu madre y de tu mujer y de tus hijos si te resistes! Serás declarado herege, traidor, judío, criminal, y tu cabeza rodará por el cadalso, y tus bienes pasarán á Felipe II. ¡Horror! ¡horror!

Y el anciano, aterrado efectivamente con aquella idea,

volvió á cerrar los ojos, estremeciéndose como el cadáver tocado al contacto de una pila eléctrica; y cuando se abrió los ojos, la lanuza tuvo piedad de su pobre padre, y no quiso privarle del placer de verse obedecido. Aproximóse á él, y besándole en la frente, cubiertayá de un sudor mortal, le dijo con voz convulsiva: «¡Hasta ahora he obedecido á los santos padres, pero obedeceré á ti, Señor, también los obedeceré! ¡En tésó, entregando esas dos pobres víctimas de Felipe al tribunal de la Fé! Vos lo habéis dicho! El mandando á obrar! Hasta las impingas! Estas palabras parecieron consolar efectivamente al anciano; y miró á su hijo con la expresión más ardiente de alegría, y antes de volver los ojos, se desvaneció.

Después volvió á cerrar los ojos y lanzó un suspiro. La muerte se aproximaba. El esfuerzo hecho por él moribundo para dar á su hijo los últimos consejos, había agotado sus fuerzas, y ya las tintas siniestras de la muerte cubrían las demacradas mejillas del anciano.

Un cuarto de hora después fué sin duda á hablar, pero ya no le fué posible. Sus labios se estremecieron y lanzó un suspiro. El consorte de Antonio Pérez siguió mi conducta. Aquel suspiro era su alma que se elevaba sobre la cabeza de Juan de Lanuza, había muerto.

Por espacio de algunos minutos el esposo de Constanza no conoció que se hallaba al lado de un cadáver, y su mirada caía sobre el anciano con esa tristeza infinita que siente el alma cuando contempla el cadáver de una persona que fué; pero no tardó en convencerse de que se hallaba solo. Entonces se aproximó al lecho. Puso su oído y nada oyó; colocó su mano en la frente de su padre; á quella frente estaba fría; la puso en su corazón, había cesado de latir. Y

Arrodillóse al lado del lecho y el noble joven se puso á orar.

Después, con esa fortaleza de la resignacion, que es más grande que el valor más verdadero, besó la fría cabeza del anciano, y salió de la cámara mortuoria con paso sereno, pero tan pálido como el que había dejado de existir.

En la antecámara halló á un gran número de caballeros.

—Señores, les dijo, el gran Justicia de Aragon D. Juan de Lanuza, acaba de espirar. Rogad al cielo por el eterno descanso de mi padre.

Los nobles se inclinaron silenciosos, y media hora después las campanas todas de Zaragoza, doblaban hégubremente por el Justicia.

Para describir detalladamente este acontecimiento, que tanta sangre hizo verter en la heroica Zaragoza, necesitamos escribir un capítulo; y como es preciso que perdamos en la última página de este libro para no hacerle interminable, no nos atrevemos á emprender ese trabajo.

Cuando en una novela se reproducen unas mismas escenas, bastan á los lectores, y más aún las que describen de horrores dejan impresa en el ánimo una especie triste. Contentámonos con narrar sencillamente lo que sucedió en Zaragoza el 24 de Setiembre de 1501, y para esto valgan unos monjes del historiadór ya citado copiándoles por última vez.

Antes, sin embargo, reflexionemos brevemente. Juan de Lanuza, nombrado sucesor de su padre en el cargo de gran Justicia, su primera disposicion fué la orden para que restituyesen al Santo Oficio las personas de Antonio Perez y Francisco Mayormorin.

## CAPÍTULO VII.

En la época que ya hemos citado en el capítulo anterior, verificóse la extradición de Perez y Mayorini de la cárcel de los manifestados.

Para describir detalladamente este acontecimiento, que tanta sangre hizo verter en la heroica Zaragoza, necesitaríamos escribir un capítulo; y como es preciso que pensemos en la última página de este libro para no hacerle interminable, no nos atrevemos á emprender ese trabajo.

Cuando en una novela se reproducen unas mismas escenas, bastían á los lectores, y más quizás las que describiendo horrores dejan impresa en el ánimo una enojosa tristeza.

Contentémonos con narrar sencillamente lo que sucedió en Zaragoza el 24 de Setiembre de 1591, y para esto valgámonos del historiador ya citado copiándole por última vez.

Antes, sin embargo, reflexionemos brevemente.

Juan de Lanuza, nombrado sucesor de su padre en el cargo de gran Justicia, su primera disposicion fué la órden para que restituyesen al Santo Oficio las personas de Antonio Perez y Francisco Mayorini.



Nuestros lectores, que conocen la nobleza de alma de Juan de Lanuza y el inmenso cariño que profesaba á su esposa, comprenderán lo que sufriría al disponerlo así, en contra de la bondad de su corazón y causando á Constanza una herida terrible. Pero las últimas palabras de su padre le habian aterrado, y se horrorizaba al pensar que podia muy bien cumplirse su triste profecía.

A la altura que habian llegado los acontecimientos, Juan necesitaba obedecer á la Inquisición para salvar á su esposa é hijos, y por mucho que fuese su heroísmo, era mucho mayor todavía su afecto de esposo y padre. Además, ligábale su conciencia la promesa que habia hecho á su padre moribundo, de que entregaria á Perez, y ligábale también el respeto que aun á las elevadas personas inspiraba la Inquisición. Todas estas cosas concluyeron por decidirle á entregar al santo tribunal á los dos presos, no obstante de saber que era lo mismo que entregarlos al verdugo.

Cuando llegó á oídos de Perez la determinación de su cuñado, le acusó de venal y de cobarde y su desesperacion llegó á su alma.

Mayorini recibió la noticia sonriendo.

—No hay que darle vueltas, dijo á su señor con amarga ironía, hemos nacido para morir ahorcados, y la cuerda nos arrastra. Bailaremos en el aire, ¡Dios lo quiere!

Gil de Mesa, oculto en Zaragoza desde los últimos acontecimientos, supo, no se sabe por dónde, lo que iba á suceder, y preparó su gente con la fuerza de voluntad y astucia que le caracterizaba.

Su decision era ya extrema y terrible, porque iba á oponerse hasta al mismo Justicia de Aragón; pero la firmeza de

su carácter le hizo cerrar los ojos, y arrojando todos los peligros, se decidió á salvar á su amo, y á Mayorini. Como esta historia toca ya á su desenlace, nos parece conveniente concluir este capítulo copianlo lo que sobre el particular dice el historiador ya citado, y terminar de este modo con el desgraciado Antonio Perez.

«Aunque se tuvo muy secreta la medida (la traslación de Perez de la cárcel de los manifestados á la de la Inquisición), llamaron al instante la atención del público las precauciones que tomaron para salir airosos del empeño. Se apostaron tropas en las calles, sobre todo en la plaza del Mercado, donde estaba la cárcel de los manifestados; las autoridades civiles y militares se hallaban todas en sus puestos. Salió el virrey á pié acompañado de sus dos consejos, del duque de Villa hermosa, y de los condes de Aranda y Sástagoi y Morate y otros caballeros. Llegaron á la plaza del Mercado y se subieron á los balcones para presenciar el acto.

«Cuando se hallaba ya á la puerta de la cárcel la tropa que debia llevar á Antonio Perez y Mayorini, se oyó un grito general de alarma, y la campana de San Pablo, á cuyo sonido se precipitó la muchedumbre guiada por Gil de Mesa, por la plaza del Mercado, rompió por las filas sin hacer caso de la fuerza armada. En seguida entraron en la cárcel, se apoderaron de las personas de los reos y los sacaron, paseándolos despues en triunfo por las calles. Despues los depositaron en casa del baron de Bárboles.

Fué el dia 24 de Setiembre, un dia de mucho alboroto y confusion y hasta de desgracias. La muchedumbre estaba ciega de furor, y desahogaba su resentimiento comprimido durante cuatro meses. No bastaron las tropas para refrenar

nar aquella muchedumbre armada. Las autoridades fueron completamente desoidas. Fué necesario sacar por las calles el Santísimo para que se restableciese la tranquilidad, y que los vecinos fuesen poco á poco recogiendo á sus casas. Hubo algunas muertes durante la refriega, mas no pasaron adelante los excesos. Se respetaron las propiedades, y el pueblo hizo ver que sólo le movia un resentimiento de independencia que creia hollada con el desafuero intentado por el rey, pues como tal se reputaba y tal era en efecto la violenta extradición de los reos de la cárcel de los manifestados.

Permanecieron algunas horas Perez y Mayorini en casa del baron de Bárboles, y despues se salieron de Zaragoza al abrigo de la confusión, dirigiéndose cada uno á donde les pareció más conveniente. Antonio Perez se fué á Tauste, donde estuvo oculto en casa de un amigo. Mas no creyéndose seguro, se volvió á Zaragoza, y tomó por segunda vez asilo en casa del baron de Bárboles.

Todavía permaneció allí por espacio de dos meses, á pesar de las pesquisas que se hacian para la aprehension de su persona, pues era el general rumor de que no habia salido aún de Zaragoza. Con este temor y la noticia de la aproximacion del ejército del rey, salió otra vez de Zaragoza el 11 de Noviembre del mismo año de 1591, y pasó á la villa de Sallent, del señorío del baron de Biescás. De aquí solicitó permiso para refugiarse al Bearn, de la princesa Catalina, y obtenido, entró en Francia el 24, cuando llegaba á Sallent el baron de la Contá con trescientos hombres á prenderle.»

Esto, por lo que se refiere á Antonio Perez, que respecto á Mayorini todavía hemos de encajtrarle en lo que aún nos falta por decir.

completamente desoidas. Fue necesario sacar por las calles el santísimo para que se restableciese la tranquilidad, y que los vecinos fuesen poco á poco recogidos en sus casas. Hubo algunas muertes.

**CAPÍTULO VIII**

adelante los excesos. Se respetaron las prohibidas, y el pueblo hizo ver que solo le movía un resentimiento de independencia que creía hallada con el desahino intentado por el rey, pues como tal se resistió á la violencia de la violenta extradição de los reos de la cárcel de los manifestados. Terminacion algunas horas Porez y Mayorini en casa

Antonio Pérez y Mayorini, gracias á la astuta y atrevida cooperación de Gil de Mesa, habían logrado por fin escaparse de las garras de la Inquisición y del rey, pero su fuga iba á producir innumerables desgracias en Zaragoza, en esa ciudad clásica de los héroes y del heroísmo.

Juan de Lanuza no podía ménos de conocer que la venganza de Felipe II no se haría esperar mucho tiempo, y por más que satisficése á su noble alma la evasión de su cuñado, estremeciase al considerar las consecuencias que iba á producir. Estas consecuencias no eran ni podían ser dudasas. Zaragoza, al rebelarse contra la Inquisición, atacándola y atacando á mano armada á las autoridades que representaban á Felipe III, se había rebelado contra éste, y el monarca español ya habia dado pruebas infinitas de cómo castigaba la desobediencia hácia su persona.

«Creyéndolo así Juan de Lanuza, suplicó á su mujer que se retirase con sus hijos á la quinta que ya conocemós; y Constanza, que se negó al principio, manifestándole que ella no debía separarse de su esposo, pues su obligacion era cor-

rer sus mismos peligros, accedió por fin á sus ruegos, y partió para su casa de campo, dejando á Lanuza más en libertad para dedicarse á los deberes de su alto ministerio. Así las cosas, Felipe II, que no tardó en tener conocimiento de todo lo referido, juró la destrucción de Zaragoza y de todos los que directa ó indirectamente habían contribuido á la evasión de su antiguo secretario. Con este objeto, pocos días despues alistó y organizó en el mismo Aragon un ejército de doce mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes de D. Alonso de Vargas, poniendo al frente de la caballería al célebre capitán D. Bernardino de Velasco, y dando el mando de la artillería á D. Estéban Ibarra. Reuniéronse estas tropas en la villa de Agreda, provincia de Soria, próxima á Calatayud, esperando allí las ulteriores órdenes del monarca.

Durante estos preparativos, hervía Zaragoza en la agitación consiguiente á un estado de defensa. Las clases populares, animosas y revueltas, se hallaban decididas á arrojarse todo para salvar sus fueros, y las autoridades todas, tanto las del rey como las populares, estaban reducidas al silencio.

La ciudad entera tomó un aspecto belicoso, y teniendo por jefes á D. Diego de Heredia y D. Juan de Luna, los sublevados adquirieron cuantas armas había en los depósitos, recogiendo hasta las que tenia el Santo Oficio, sin que los inquisidores se atrevieran á negarlas.

La noticia de los preparativos del ejército castellano aumentó la agitación del pueblo de Zaragoza, que obligó al Justicia á cecidir si era ó no contrafuero la entrada del ejército del rey en Aragon, segun la ley dada por D. Juan II

en 1461, con motivo de prohibir la entrada en Aragón de las tropas catalanas (1).

El Justicia y sus diputados consultaron el caso con trece jurisperitos, quienes á excepcion de uno, decidieron que habia contrafuero.

No necesitaba tanto el pueblo para decidirse; pero conformándose con esta decision el mismo Juan de Lanuza, le pareció deber ponerse al frente del movimiento, puesto que el contrafuero era ya tan terminante, y á este fin empezó á organizar un ejército, para lo cual escribió demandando socorros á todas las ciudades de Aragón.

Por una de esas anomalías tan peculiares á las revoluciones populares, ninguna ciudad acudió al llamamiento de D. Juan de Lanuza, y Zaragoza se encontró sola para defender sus queridas libertades.

Esta decepcion abrumó á Juan. En su buen criterio no pudo ménos de conocer que no siendo auxiliado, era imposible toda resistencia, y al considerarlo así, el recuerdo de su esposa, de sus hijos, y de su anciana madre se fijó en su mente con una tenacidad desconsoladora.

En su lecho de muerte, su padre moribundo le habia recomendado aquellas personas tan queridas; y si era víctima de su patriotismo, ¿qué porvenir legaba á aquellas prendas de su corazon? La infamia y la miseria, quizás la persecucion y la muerte.

Empero el noble Juan, en medio de su dolorosa incertidumbre, al ver que el heroico pueblo confiaba en su hidalguía, comprendió que no podia abandonarle, y prosiguió al

(1) No transcribimos copia de este fuero por su mucha extensión.

enfrente del movimiento bono el alma torturada y el corazón despedazado orgánico y el ejército y las dadas municiones.

Indudablemente que su estado moral no era el más á propósito para inspirar su genio ni robustecer su audacia; y con efecto; si abrimos el libro de la historia, veremos que Juan de Lanuza, el hidalgo, el héroe, el valiente hijo de Aragón, estuvo como jefe, muy por debajo de su fama; muy inferior á su gloria. Al cabo de algunos esfuerzos, Juan de Lanuza pudo por fin organizar un pequeño ejército, pero pobre y miserable. La caballería no era buena y la infantería era todavía peor.

No habia uniformidad en las voluntades y faltaba entusiasmo, tal vez porque tampoco le sentia su primer magistrado y primer jefe.

Mientras tanto D. Alonso de Vargas, que ya habia recibido órdenes de Felipe II, se puso en movimiento para Zaragoza, y no dando órdenes á dos emisarios que se le envió el Justicia mandándole detenerse bajo pena de latida, prosiguió su marcha y entró en Calatayud, de cuyos habitantes fué muy bien recibido y obsequiado.

Al saberse en Zaragoza la determinación del capitán castellano, alborotáronse pidiéndole á gritos salir para combatirle; y Juan de Lanuza, con un triste presentimiento en el corazón, púsose al frente de su pequeño y desorganizado ejército, y salió de la ciudad el 9 de Noviembre de 1591, casi ya de noche, deteniéndose á una legua de distancia, en Mozalbarba, sobre el Ebro. No llevaba consigo mas que dos mil hombres y tres piezas de artillería que nadie sabia manejar. Durante su detencion en el mencionado punto, sublevá-

consele los arcabuceros del barrio de la Magdalena porque no les daban municiones, y el ejército prosiguió su marcha volviéndose á detener en Utebo.

Al siguiente día avistáronse los dos ejércitos, pero no hubo batalla. Póseido de un pánico terrible el aragonés, comenzó á dispersarse, y sin que sus jefes pudieran contenerle se declaró en la más precipitada fuga, teniendo tambien que emprenderla Lanuza, que se retiró á la villa de Epila. Alonso de Vargas llegó sin resistencia á Zaragoza, y acompañado de todas las autoridades adictas al rey, hizo su entrada en la ciudad casi en triunfo, si bien acompañado de un lúgubre silencio por parte de sus moradores.

Como es de suponer, apenas el ejército castellano hubo entrado en la ciudad, la ocupó militarmente, estableciéndose cuérpos de guardia en varias calles y plazuelas; y disponiendo la artilleria en los lugares más convenientes.

Por espacio de bastantes dias, Vargas permaneció inactivo, limitándose á precaver y evitar todo motivo de desórdén. Los zaragozanos comenzaron á creer que Felipe II, sin duda por no exacerbar las pasiones, desistia de todo castigo individual; y fueron volviendo á Zaragoza.

Juan de Lanuza, confiado como todos, regresó tambien, comenzando á ejercer sus funciones sin obstáculo de ninguna clase. Así las cosas, parecia que la tormenta habia pasado, cuando ni aun se habia formado si quiera, y los jefes de la rebellion, juzgando sin duda el corazón del rey por el suyo, fueron tambien volviendo poco á poco á sus casas.

Esto era lo que deseaba el monarca español. Prender á los revoltosos en el momento del levantamiento, además de qué seria exasperar los ánimos, era casi imposible, porque la



mayor parte se habían fugado. Era preciso engañarlos, hacerles creer que nada podían temer, y cuando todos ó la mayor parte se encontrasen dentro de Zaragoza, dar el golpe de mano y reducirlos á prision.

Esta política estaba muy en consonancia con el carácter de Felipe II; y lo que parece imposible, lo que se negaría á no constar en documentos irrefragables, es la confianza de los sublevados en volver á la ciudad, presa ya del rey, y á quien tanto habían ofendido.

La tempestad iba ya á estallar. Presentóse en Zaragoza un tal Gomez Velazquez con las órdenes del rey para prender al Justicia y demás jefes de la rebelión, llevando tambien instrucciones secretas para D. Alonso de Vargas.

En virtud de estas órdenes, el capitan castellano mandó llamar á su habitacion el 19 de Diciembre de 1591 á Juan de Velasco, capitan retirado del servicio, hombre astuto, viejo, intrigante, y que acompañaba al ejército en calidad de merodeador, desempeñando, por la impunidad que consentian á sus atropellos, los oficios más despreciables y algunas veces las comisiones más peligrosas.

Juan de Velasco no tardó en presentarse al capitan.

—Escucha, viejo zorro, le dijo éste enseñándole un pergamino sellado con el escudo real, ¿ves este pergamino?

—Sí, señor.

—¿Ves lo que es?

—Una orden de prision contra D. Juan de Lanuza,

—Basta, los demás no te corresponden, añadió D. Alonso guardando el pergamino. Es preciso que te encargues de prender á D. Juan de Lanuza.

—¿Al Justicia? exclamó el viejo frotándose las manos de gozo.

—Sí, pero prenderle de una manera imprevista, para que ni pueda escaparse ni puedan defenderle sus partidarios.

—Comprendo, comprendo.

—Entónces no te digo nada. ¿Qué necesitas?

—Un cuerpo de guardia próximo á la iglesia de San Juan y un puñado de oro.

—¿Oro tambien?

—Sin dinero no hay brazos ni piernas útiles, señor.

El capitán sacó de su limosneta unas cuantas monedas de oro, y se las dió al mal viejo.

—Toma, le dijo; creo que con esto tendrás bastante. ¿Y cuándo cumplirás tu cometido?

—De hoy á mañana.

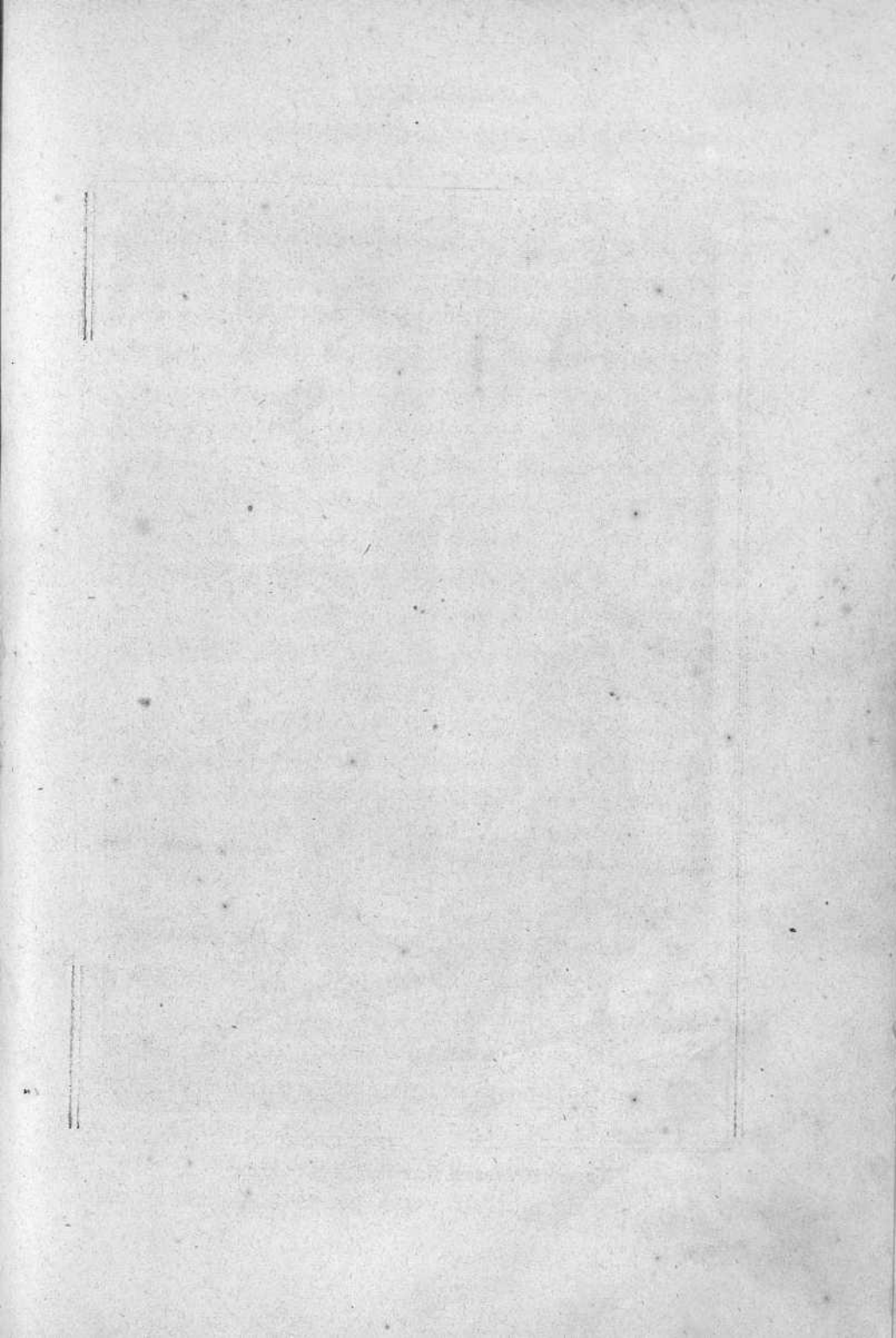
—Pues Dios te guarde.

El viejo se inclinó y salió de la cámara de Don Alonso, retirándose á una hostería, en la que cenó copíparamente.

Al día siguiente, los vecinos de la iglesia de San Juan observaron con cierto asombro un nuevo cuerpo de guardia abierto aquella misma noche; pero los comentarios no pasaron de comentarios.

A las diez de la mañana Lanuza celebró consejo como de costumbre, y concluido, salió del palacio de la corte acompañado de sus lugartenientes, á oír misa á la iglesia de San Juan, obedeciendo á una antigua costumbre.

Desde el palacio hasta la iglesia, que se hallaba bastante próxima, uno de los lugartenientes que acompañaban al Justicia observó, no sin algun recelo, que eran seguidos por un hombre vestido militarmente, pero de mala traza y peor





Téngase D. Juan de Lanuza al Rey D. Felipe II.

talante, el cual parecia observarlos con alguna detencion sospechosa. Comunicó sus recelos á Lanuza, el cual se sonrió tristemente.

—Tranquilizaos, amigo mio; en el ejército de Felipe II abundan mucho esos tipos sospechosos. Son generalmente bravos soldados con facha de bandidos. No temais nada. No tendria objeto lo que sospechais cuando somos tan conocidos y no nos hemos ocultado.

Dada esta explicacion, que pareció tranquilizar al lugarteniente, entraron todos en la iglesia, quedándose el capitán Juan de Velasco (pues ya habrán comprendido nuestros lectores que era él) hablando en el atrio de la iglesia con unos hombres del pueblo que vendian estampas é imágenes del santo (1).

Concluida la misa, Juan de Lanuza salió acompañado de sus lugartenientes y prosiguió su camino, seguido siempre del viejo, que se sonreia satisfactoriamente.

A medida que se iban aproximando al cuerpo de guardia, Velasco aceleró el paso, de manera que cuando Lanuza pasaba junto á los arcabuceros, el viejo se encontró á tres pasos de él.

Entónces y súbito como el relámpago, sacó de su ropilla dos pistoletes, y apuntando con ellos al jóven, exclamó con voz bastante baja:

—Téngase D. Juan de Lanuza al rey D. Felipe II.

Lanuza dió un paso atrás más admirado que aterrado; y sereno, grave, digno, comprendió lo que era aquel brusco ataque, y exclamó severamente:

---

(1) Histórico.

—A mí nadie me puede prender mas que el rey y la corte juntos (1).

—Eso no es del caso, replicó el viejo con sorna; yo os prendo y....

Volviéndose á los soldados que se habian aproximado y rodeado al Justicia mayor, les dijo con acento imperativo:

—Llevemos á este hombre á casa de D. Alonso de Vargas, por fuera de la ciudad, y si resiste lanzazo sobre él.

Y echando á andar miró altivamente á los atónitos lugartenientes, que ni se atrevieron á despegar sus labios, y que no tardaron en dispersarse como si hubiesen visto un cataclismo universal.

El atentado, sin embargo, en la persona del Justicia y en las mismas calles de Zaragoza, tenia algo de sobrenatural y de inconcebible.

Hay realidades monstruosas, como hay delirios posibles.

Juan de Lanuza no pudo ni quiso oponer resistencia. Era inútil. Su destino estaba ya escrito, y el noble jóven tenia esa conviccion profunda é inalterable que ha anunciado siempre á los grandes hombres el desenlace de su vida, el glorioso epilogo de su fama.

Lanzó un suspiro, porque se acordó de Constanza y de sus dos hijos, que en aquel momento estarian indudablemente jugando por el jardin, y caminó con paso sereno hasta el palacio del virey, ocupado entónces por D. Alonso de Vargas.

El capitan recibió al prisionero grave y comedido, respetando su desgracia, y le dijo cuando se hubo quedado sólo con él:

---

(1) Histórico.

—Caballero Lanuza, hay comisiones funestas que son más bien un castigo para los hombres que, como yo, juzgan los hechos con corazón desapasionado. He recibido orden de prenderos, como asimismo á todos los que han sido jefes y cabezas de la rebelion, y... tengo tambien orden de entregaros al verdugo.

—¡Al verdugo!

—Ordenes terminantes.... Se me prohíbe toda consideracion á vuestra desgracia. No podeis despediros de vuestra familia, no podeis defenderos, porque mañana se ha de verificar la ejecución.

Al oír estas palabras, la fisonomía de Lanuza se contrajo de cólera.

—Sí, de cólera, debemos decirlo en honor del malogrado aragonés. La impresion que aquella terrible noticia podia causarle, no fué de terror ni de pena. Tenia conciencia de haber cumplido con sus deberes, de ser mártir y no reo; y si la pena deshónra, el martirio inmortaliza. No, no fué el temor de la muerte el que le hizo palidecer; fué su dignidad ofendida, su conciencia, que se rebelaba ante aquel abuso de la fuerza y del despotismo, ante aquella violacion de los derechos más sagrados del hombre, que le prohibia defenderse, como le prohibia abrazar ántes de morir á sus hijos y á su esposa.

II—Señor capitán, dijo á Vargas con acento sombrío y convulso, os he oído admirado y sin poderme dar cuenta de vuestras palabras habéis hablado de verdugo, de muerte, de castigo. ¿Es á mí á quien se va á decapitar?

—Sí.

—¿Y mañana mismo?

—A las once.

—¿Y no se me permitirá ver á mi familia?

—Imposible.

—¡Oh! ¡eso es una villanía!... Felipe II no puede juzgar-me.... no puede ser juez de tal sentencia.

—Perdonad, voy á daros una satisfaccion para que no me acuseis. Leed, caballero.... leed esta orden que he recibido.

Y D. Alonso enseñó á Lanuza un pergamino, que con el sello real y de mano propia del rey decía así:

«En recibiendo ésta, prendereis á D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y tan presto sépa yo de su muerte como de su prision: haréisle luego cortar la cabeza, y diga el pregon así: ésta es la justicia que mandá hacer el rey nuestro señor á este caballero por traidor y conyocador del reino; y por haber levantado estandarte contra su rey, manda que le sea cortada la cabeza y confiscados sus bienes y derribados sus castillos y casas. Quien tal hace que tal pague (1).»

Lanuza suspiró cuando concluyó de leer, y por un momento el recuerdo de su esposa y de sus hijos, que quedaban en la indignencia, le hizo estremecer de pena.

Después se repuso, una amarga y dolorosa sonrisa plegó sus labios, y dijo á Vargas lentamente:

—Señor capitán, no protesto, porque es inútil; Felipe II no respeta nada, y mi padre al morir me vaticinó lo que está sucediendo. El conocia al rey, él sabia ciertamente lo que se puede esperar del hipócrita caballero que hoy ciñe la co-

(1) Histórico este documento.



rona de dos mundos, y que digno sucesor de Cárlos I, arrastra por el lodo las libertades que juró respetar, y perjuro, sacrilego y cruel, tiñe sus manos en la sangre de los que están encargados de conservarlas y guardarlas.

Y en un arranque de frenético delirio, exclamó apretando sus manos y rugiendo como un leon:

—¡Ah! ¡raza austriaca! ¡raza de tigres y de hienas!

El capitán comprendió la causa de aquel terrible apóstrofe, pero leal á su rey, no pudo ménos de decir al desgraciado jóven:

—Caballero Lanuza, reponeos. Estais hablando delante de mí y faltando al respeto que debéis al rey.

Lanuza se estremeció como si estas palabras hubiesen sonado ántes en su corazon que en sus oídos, y reprimiéndose se limitó á decir al capitán:

—Soy vuestro, señor de Vargas. Hemos concluido.

Poco despues Lanuza fué conducido á la casa de Bobadilla, y á las doce de la noche á la cárcel de la ciudad, encerrándole en un calabozo con muchos y vigilantes guardias.

¡Ah! el pobre jóven no podia escaparse como Antonio Perez y Mayorini; la ciudad estaba ahora dominada materialmente por las tropas del rey, y no tenia otro Gil de Mesa.



iba á dar cuenta de sus actos al trono de Dios; y Constanza, adivinando que aquellas campanas doblaban por su esposo, no pudo resistir su dolor y se desmayó á la puerta de una tienda. Su propietario, que velaba, oyó el ruido del cuerpo de la pobre mujer contra el suelo, y abriendo la puerta la metió dentro con cariñosa solicitud. Tanto él como su mujer conocían personalmente á la pobre Constanza, y al verla allí y en aquella situación comprendieron lo que habia pasado y la colocaron en su lecho.

Desgraciadamente para la infeliz, aquella casa que la servia de asilo estaba en la misma plaza del Mercado, y allí enfrente iba á levantarse el tablado para la horrible ejecución. El destino no podia ser más duro ni cruel con ella.

Juan de Lanuza, después que hubo sido trasladado á la cárcel de corte y colocado en un calabozo, donde habia una mesa con un crucifijo y dos luces encendidas, le dejaron solo con dos jesuitas destinados á auxiliarle en aquellos tristes momentos.

Uno de estos jesuitas se llamaba Fray Leonardo de Argensola, célebre poeta y hermano del más célebre todavía Lupericio Leonardo de Argensola.

El esposo de Constanza los recibió como buen cristiano y buen caballero, pasando la noche en pláticas edificantes, si bien repetidas veces se interrumpía ó interrumpía á sus confesores para preguntarles *qué delitos eran los suyos y por qué le mataban.*

Los confesores le respondian que, puesto que Dios lo disponia así y el rey lo mandaba, no tratase de pensar más.

que en su arrepentimiento y mirar la muerte como expiación de sus pecados.

Al día siguiente á las diez de la mañana le sacaron de la cárcel en un coche, con grillos en los piés, vestido con el mismo traje de luto que llevaba por la muerte de su padre.

Don Alonso de Vargas tomó las mayores precauciones para evitar todo ataque del pueblo, poniendo tropas en varios puntos y formándolas en dos filas desde la cárcel hasta el pié del cadalso, el cual rodeó con caballería para mayor seguridad.

Pero eran inútiles estas precauciones. Las casas estaban todas cerradas, y sólo se oía en la ciudad el acompasado paso de los soldados. Ni un menestral, ni un caballero se presentó en el lugar del suplicio, y hasta los establecimientos públicos estaban cerrados, único modo de protestar contra el asesinato que se iba á cometer.

La protesta era muda, pero no podía ser más elocuente ni terrible! Juan de Lanuza iba pálido aunque sereno. El recuerdo de su familia le hacía estremecer de vez en cuando, y preciso es decirlo, olvidábase hasta de Dios cuando recordaba que su muerte arrancaba á su esposa y á sus hijos todo cuanto les pertenecía.

Precedían al coche donde iba el Justicia, pregoneros que publicaban en alta voz la sentencia, condenándole á la confiscación de todos sus bienes y á morir decapitado; pero Juan de Lanuza no podía oírlos, porque se lo impedían premeditadamente las exhortaciones de los dos religiosos que le acompañaban.

De vez en cuando y como si fuera víctima de un sueño

horrible, Don Juan preguntaba a los jesuitas cuál era su delito, y una de estas veces el padre Leonardo de Argensola le dijo con cariñoso y dulce acento:

—Hijo mio, no penseis con tanta insistencia en las cosas de la tierra. Sois un mártir... y Dios tomará en cuenta vuestra muerte.... Pensad en la eternidad.... orad... yo os lo suplico.

—Padre, le respondió Lanuza inclinándose la frente, no lo digo sino por si puedo disculpar a alguno (4).

Después de estas palabras, sus labios no volvieron a abrirse hasta que divisó el cadalso levantado y cubierto de negro. Entonces bajó del carruaje, produciendo en la tropa un murmullo de compasion y asombro, porque bello, hermoso y noble poseia una presencia distinguida, realizada en aquellos momentos con esa aureola misteriosa que rodea siempre a los protagonistas de las grandes catástrofes humanas.

Lanuza llegó por fin al pie del tablado y se detuvo por un momento, dirigiendo al espacio límpido y azul una mirada resignada. Después se inclinó al oído del fraile.

—Padre mio, le dijo, el rigor de mi sentencia me ha impedido poderme despedir de mi familia. Llévate a mi esposa un mechón de mis cabellos y a mis hijos la bendición de su padre. Decidles que muero pensando en ellos y que no olviden nunca mi última voluntad. Que sean honrados y el apoyo de su pobre madre, y a ésta que me perdone los disgustos que la he ocasionado con mi conducta y la miseria en que la dejo sumida. Decidla tambien que, si es posible,

obsequie a su madre en sus últimos momentos.

(4) Histórico.

no se separe de mi pobre madre y que la consuele en su triste y desierta ancianidad.

Al pronunciar estas palabras, la emocion no le dejó proseguir: y Fray Leonardo de Argensola, creyendo que se detenía porque habia concluido sus encargos, le dijo afectuosamente:

—Todo se hará, hijo mio; morid tranquilo. ¿No ifeneis más que decirme?

—¡Oh! á mi madre, prosiguió Lanúza, ¿qué habeis de decirle que pueda servirle de consuelo? Nada, padre mio, mi madre no puede sobrevivirme.

Y lanzando un suspiro se arrodilló á los piés del fraile para recibir su bendicion postrema.

En seguida con paso firme subió las gradas del tablado. Ya en él, paseó su mirada serena y límpida por el ámbito de la desierta plaza que tantas veces habia atravesado dichosa y feliz, oyendo la dulce voz de su esposa que á su lado sonreía también dichosa, y al fijar sus ojos en uno de sus ángulos vió á través de los hierros de una reja una fisonomía que le hizo estremecer.

Aquella fisonomía, pálida como la de un cadáver, tenia sus ojos extremadamente abiertos, los cuales le miraban con esa expresión extraviada de la locura.

El infeliz reconoció aquel rostro á pesar de su descomposicion, y una lágrima ardiente y fugitiva, veloz como el relámpago, rodó por sus mejillas desapareciendo súbitamente.

¡Ay! aquel rostro era el de Constanza!

El destino no podia cebarse más en aquel desgraciado que presentándole en aquellos momentos el rostro de su es-

posa, y presentarse alterado por el dolor, contraído por la locura.

Sí, Lanuza ignoraba que su esposa se encontrase en Zaragoza, pero lo suponía. Era imposible que no hubiese venido.

Por un momento permaneció inmóvil contemplandola, hasta que á una seña de D. Alonso de Vargas hecha al verdugo, obligó al ejecutor á aproximarse al sentenciado.

Este se volvió estremeciéndose; y dando un paso se acercó á Fray Leonardo.

—Padre mio, le dijo con acento suplicante y casi en voz baja, allí enfrente, en un cuarto bajo, detrás de una reja, he visto el rostro de mi esposa. ¿La veís?

El anciano levantó la frente.

—Sí, murmuró.

—Pues bien, corred á consolarla. Va á ver caer el hacha sobre mi cabeza, saltar mi sangre, va oír el ruido del golpe, y va á morir si se encuentra sola.... corred.... llevadla el consuelo de la religion, es preciso que viva para sus hijos. ¡Pobre Constanza!

El sacerdote por toda respuesta se separó de Lanuza y comenzó á descender del tablado.

En el mismo momento una nueva insinuacion del verdugo hizo ver al jóven que se deseaba cumplir pronto la sentencia; y arrodillándose al pié del tajo, presentó su frente al ejecutor para que se le vendasen los ojos.

Hiciéronlo así, y despues lanzando un suspiro colocó su cabeza sobre el tajo, levantó otra vez su frente al cielo, y pronunció en latin la siguiente oracion:

—María, madre de gracia, madre de misericordia, pro-

tégenos contra el enemigo y recíbenos á la hora de la muerte (1).

Poco después un grito de terror y otro de suprema agonia indicaron á los zaragozanos que su querido Justicia D. Juan de Lanuza habia dejado de existir.

¿Qué habia sido entretanto de la pobre Constanza?

Socorrida como ya sabemos por los vecinos en cuya casa habia caído desmayada la noche anterior, fué colocada en un lecho, prodigándola todos los cuidados que exigia su situacion. Cuando volvió en sí quisieron trasladarla á otra casa, pero sabia ya que la ejecucion iba á verificarse en la plaza del Mercado, y se negó obstinadamente á ello, diciendo que deseaba ver á su esposo por última vez.

Sus hospitalarios huéspedes, viendo su negativa, procuraron hacer lo posible para que no oyese los golpes de los carpinteros que armaban el tablado, pero no les fué posible, porque con esa tenacidad de la locura que no retrocede por nada ni por nadie, se agarró á los hierros de la ventana y en ella permaneció sin moverse.

Desde allí vió colocar el tablado, extenderse la tropa, llegar el coche que conducia á su marido, subir éste al cadalso, arrodillarse, y caer sobre el cuello de su querido Juan el hacha acerada del verdugo.

Entónces las fuerzas la abandonaron de repente. Cris-

(1) Histórico.



páronsele las manos y vino al suelo como si hubiera dejado de existir, confundiéndose su ¡ay! moribundo con el ¡ay! de terror lanzado por las tropas al ver rodar la noble cabeza de uno de los mejores caballeros.

— ¡Oh! ¿quién es capaz de describir, ni aun de concebir siquiera, lo que aquella mujer sufriría en aquellas horas? ¿Quién podrá encontrar palabras para expresar su dolor, para darle forma? Nadie, ninguno. (1)

Hay en la vida instantes supremos que no pueden explicarse, instantes que no pueden comprenderlos más que los que se han hallado en análogas situaciones, instantes de agonía, en los que parece que el alma se rompe, y en los que el cuerpo se doblaba sin fuerzas, casi sin vida.

Constanza, que amaba á su esposo con un verdadero frenesí, que era dichosa como pocas mujeres, perder en ménos de tres días marido y fortuna, y perderle viendo sus últimos momentos sin poder abrazarle, sin poder llorar con él, sin poderle llevar á sus hijos; verle allí, cargado de cadenas al lado del verdugo; verle jóven, hermoso, digno, recordar con su presencia las pasadas felicidades, sentir en el corazón el golpe que á él va á herirle, y no poder contenerle, no poder evitarle.

¡Oh! creemos que este tormento es más horrible que todo lo que la imaginacion puede concebir de más espantoso. No hay nada comparable con él.

Fray Leonardo cumplió en todas sus partes la última voluntad de Lanuza, y vió á la pobre Constanza en cuya compañía pasó todo aquel día.

Concluida la ejecucion, acudió procesionalmente, con el guardian á la cabeza, la comunidad de San Francisco, en

cuyo convento tenían los Lanuzas su sepultura de familia. Comenzó en aquel momento la ceremonia de sus exéquias, que fueron magníficas por expresa disposición del monarca, el cual ordenó que el féretro fuese llevado en hombros por el conde de Oñate, D. Agustín Megía, D. Francisco de Bobadilla, D. Luis de Toledo, D. Antonio Manrique y otros dos caballeros, es decir, los principales jefes del ejército de ocupación (1).

¡La hipocresía no podía llevarse á más alto punto! ¡El sarcasmo no podía ser más sangriento!

Todo el pueblo de Zaragoza acudió al templo á rezar por la víctima, y más de una lágrima rodando por el curtido rostro de un hombre del pueblo, demostró á los sicarios del monarca el afecto que había sabido conquistarse el desgraciado Lanuza.

Al día siguiente, en una litera, casi desmayada y envejecida como si hubiesen trascurrido veinte años, la pobre viuda fué llevada á la quinta, en la que la esperaban sus hijos y la madre de su esposo.

Aquí damos por terminado todo lo que respectó á Aragón hemos tenido necesidad de referir.

El epílogo del sangriento drama fué muy largo y horrible, pero ya no pertenece á nuestro terreno, porque se haría interminable esta obra.

Bástele saber al lector que Felipe II concluyó por anular los fueros de Aragón, que la sentencia de Juan de Lanuza

(1) Histórico.

se cumplió al pié de la letra, dejando arruinada á su familia, y derribando todas sus posesiones, á excepcion de una que reclamó su madre Doña Catalina, como perteneciente á su viudedad. Y que D. Diego de Heredia, D. Juan de Luna, el conde de Aranda, el de Villahermosa, Gil Gonzalez y casi todos los que habian dirigido ó tomado parte en la sublevacion, fueron decapitados ó ahorcados, segun su categoria, cabiéndole esta suerte hasta al mismo verdugo de Zaragoza Juan Miguel, que fué ejecutada por un discípulo y compañero suyo en el oficio.

## CAPITULO PRIMERO.

Dadas.

Nuestros lectores conocen ya las causas que originaron la reina de Hungría á partir aceleradamente al habérseles-  
 que saben que este tratado de república acordado de adhi-  
 ter, pero no saben cómo y por qué existía esa coronación.

Esto es lo que vamos á hacerle en este libro, procurando  
 no ser difusos, y tratando de explicarle lo mejor posible,  
 la normal é inculcable conducta del antiguo Consejo  
 Negro.

El profundo amor que profesaba á Blanca, le hizo sentir  
 doblemente su ausencia, de tal modo, que los veinte y cinco  
 los días apenas se dejó ver de sus vasallos ni servidores.  
 El palacio de Buda perdió la dulce alegría que se respiraba  
 en él, y los cortesanos se aburrían con un misterioso silen-  
 cioso.

Pero todo lo excesivo es perjudicial; y Fernando, que si

## LIBRO SEGUNDO.

## AMOR Y EXPIACION.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## Dalila.

Nuestros lectores conocen ya las causas que obligaron á la reina de Hungría á partir aceleradamente al lado de su esposo; saben que éste trataba de repudiarla acusándola de adúltera; pero no saben cómo y por qué existía esa acusacion.

Esto es lo que vamos á decirles en este libro, procurando no ser difusos, y tratando de explicarles lo mejor posible, la anómala é incalificable conducta del antiguo Corsario Negro.

El profundo amor que profesaba á Blanca, le hizo sentir doblemente su ausencia, de tal modo, que los veinte primeros días apenas se dejó ver de sus vasallos ni servidores. El palacio de Buda perdió la dulce alegría que se respiraba en él, y los cortesanos se aburrían con su misterioso aislamiento.

Pero todo lo excesivo es perjudicial; y Fernando, que si

hubiera mostrado su dolor de otro modo distrayéndose con los negocios de su gobierno, habria sufrido la ausencia de su esposa de una manera más tranquila, concluyó por aburrirse tambien, y su aburrimiento le condujo á pensar en la guerra, que era su pasion favorita.

Injusta é imprudentemente armó un poderoso ejército, y dejando á su hijo en poder de la dama española Doña Estefanía, entró por tierra de moravos, arrollándolos y haciéndose dueño de las principales ciudades.

Un mes de campaña le bastó para conquistar un magnífico territorio y hacer prisionero á su rey Tamariz, que fué enviado á Buda cargado de cadenas.

Cuando el ejército victorioso de Fernando entró en Buda con su rey á la cabeza, fué recibido con festejos públicos, y en una de las plazas más principales se levantó un tablado para coronar al rey vencedor por mano de la dama más noble y bella de Hungría.

El papel de reina de la fiesta no podia ser representado más que por Ludgarda, condesa de Kinsong, pues á pesar de sus cuarenta años, no representaba, como ya sabemos, más de treinta, y reunia á su proverbial belleza la circunstancia de ser la dama más noble del reino.

Nuestros lectores recordarán que algo dijimos de esta mujer en el libro II de la segunda parte, en la cual manifestamos que era una de esas mujeres que sólo han nacido para el amor y la intriga, y que no pudiendo vivir sin amante, fijan sus miradas á donde el capricho las impele, haciendo de su hermosura la palanca más poderosa de su elevacion. Tambien indicamos que era tia de Herta, la dama que acompañó á Blanca á Madrid, así como dijimos

igualmente que hacía muchos años era la amiga más apasionada del feroz magyar Giorgey, conde de Buda.

Pues bien, Ludgarda fué la destinada á colocar en la frente de Fernando la corona del vencedor, y esta circunstancia la hizo concebir el deseo de pretender lo que hasta entónces no se habia atrevido por respetos á la reina de Hungría; el amor de Fernando.

En el carácter de éste, y conocidas sus ideas, nuestros lectores comprenderán que el proyecto de la condesa de Kinsong era un proyecto loco; pero precisamente por esto tenia para ella más encantos.

A este fin y poseyendo esa astucia diabólica que echa mano de todos los recursos para conseguir sus malévulos fines, Ludgarda ocupó su trono en el tablado, vestida con un coquetismo encantador, y rodeada de las demás jóvenes que representaban la corte de la improvisada reina de la fiesta.

El ejército victorioso penetró en la ciudad entre las músicas y aclamaciones del pueblo, y Fernando fué coronado por mano de Ludgarda, que fijó en él sus hermosos ojos de una manera particular y provocativa.

El rey no echó de ver esta mirada, porque su pensamiento estaba fijo en su esposa; pero por la noche tuvo que asistir á un baile con que le obsequió el pueblo, y en él volvió á sentir sobre su corazon la misma mirada de la condesa.

Entónces echó de ver que Ludgarda estaba encantadora, y aunque muy distante de pensar que fuese amado por la astuta condesa, no pudo menos de sentir en su corazon algo de lo que expresaba aquella mirada.

Desde aquel día, á su pesar, acordábase frecuentemente de Ludgarda, y se sentía más tranquilo á su lado.

Nada, sin embargo, había conseguido la condesa; pero Fernando cayó enfermo, y Ludgarda, que no desperdiciaba ninguna ocasion de insinuarse en el ánimo del rey, bajo el pretexto de que no estando la reina, á ella sola correspondía ocupar su lugar en la cabecera del lecho de Fernando, le asistió con afectuoso cariño, y le rodeó de tantos cuidados, que cuando el rey se encontró bueno, no pudo menos de pagar con toda su gratitud á la intrigante sus asiduos y solícitos cuidados.

Entre personas de diferente sexo, casi siempre la gratitud es una máscara del amor.

Ludgarda sabía muy bien esto mismo, y daba ya su triunfo seguro.

Y con efecto, el esposo de Blanca de Lanuza, sin poder comprender él mismo cómo se había verificado aquel cambio en su corazón, se acordaba mucho más de Ludgarda que de su esposa, y soñaba más frecuentemente con aquella que con ésta.

Un día, dos meses después de la marcha de Blanca, Fernando se hallaba en su cámara todavía convaleciente, y disfrutando de un magnífico sol de invierno que entraba por las rasgadas ventanas del edificio.

La condesa de Kinsong se hallaba á su lado sentada también, y en una postura estudiada, con sus negros cabellos rizados en tirabuzones, que la caían por sus desnudos hombros, blancos como la leche, y enseñando con una coquetería premeditada, su pie grueso y diminuto calzado con un lindo borceguí de terciopelo negro bordado de oro.

Sujetando sus sedosos cabellos, llevaba una cadena de oro, de la cual pendían estrellas de brillantes, una de las cuales caía en el centro de su frente, algun tanto ancha, pero de un dibujo correcto, y adornada con dos cejas, negras también, y de una curvatura especial.

En el traje, en la actitud, en la belleza de aquella mujer, mórbida y redonda, había algo de magnético é impresionable que subyugaba á los sentidos, como la belleza sensual de las hijas del Asia, que excita los deseos y hace hervir la sangre.

Fernando y Ludgarda permanecían silenciosos, sumidos cada cual en sus pensamientos; y así llevaban hacia ya media hora, cuando el primero exclamó:

— Parece que estais disgustada, Ludgarda. ¿Estais triste?

— Sí, señor, le respondió la dama lanzando un suspiro.

— ¿Y por qué?

— La condesa miró fijamente á Fernando:

— ¡Cómo! exclamó, ¿vos me lo preguntais? ¿Por ventura no habeis comprendido mi secreto?

— ¿Vuestro secreto?

— Sí; ¿no me encontrásteis el otro dia en el jardin grabado en la arena vuestro nombre?

— Es verdad.

— ¿Y no me habeis dicho que el otro dia, habiéndome quedado dormida en la cámara de S. A., entrásteis á ver á vuestro hijo y me encontrásteis pronunciando en sueños vuestro nombre?

— Es verdad, volvió á repetir el rey.

— Pues bien, ¿no sabeis que os amo?

Fernando se estremeció.



— ¡Ah! yo mismo os lo dije, condesa.

— Por eso os lo repito; si no, el secreto de mi pasión no habría salido nunca de mi pecho. Pero oidme, señor. Es verdad que os amo, mas nada pretendo ni espero. Sois de la reina, á quien amais, y yo sólo debo llorar y sufrir mi triste suerte. Este será el castigo de mi imprudencia. No he sabido sujetar á mis sentidos ni á mi alma, y la pena es justa. No pretendo ni pretenderé nunca que me correspondais; sería un crimen.

— ¡Un crimen! exclamó Fernando como si contestara á su corazón.

— Seguramente, prosiguió la astuta condesa. Sois casado, señor, y rey. Yo no aceptaría vuestro amor por nada; os amo y os amaría aunque fuérais el último de vuestros vasallos, pero mi dignidad no me permite aceptar vuestro amor aunque me lo ofrecierais. Permitidme tan sólo el placer de saber que leéis en mi alma, que me compadeceis y que no os ofende mi cariño. Yo no os lo he revelado, eso no lo hubiera hecho jamás; pero lo habeis comprendido, y al preguntármelo he querido ser sincera. La verdad no ha de rebajarme á vuestros ojos. Sé que nada puedo esperar, pero os amaré siempre.

Y una lágrima diestramente forzada brilló en las sedosas pestañas de la condesa, que al mismo tiempo que declaraba su amor á Fernando, parecia querer rechazarle.

El antiguo Corsario Negro era impetuoso y Ludgarda muy bella. La luz del dia, el aroma de las flores, el viento tibio de la primavera, la sangre que empezaba á circular libremente por sus venas, la ausencia de su mujer, la hermosura y coqueteria de la condesa, la inspiracion funesta del ángel malo, todo le cegó en aquel instante, y le hizo expe-

rimentar ese extraño vértigo de los sentidos que tantas víctimas produce.

A impulsos de su admiración, Fernando se pasó la mano por la frente y se aproximó á Ludgarda, que en vez de retirarse, miró ardientemente al antiguo Corsario Negro.

—Condesa, la dijo éste cogiendo una de sus dos manos, habeis sido una loca al confesarme que me amais, porque sois demasiado bella para que mi corazón haya podido permanecer indiferente.

—¿Qué quereis decir, señor?

—Que os amo.

—¡Dios mio!

—¿Os asustais, Ludgarda?

—¡Oh! ¡cómo quereis que no me asuste! exclamó la hipocrita; ¿sabeis, señor, lo que me proponeis, lo que quiere decir que me amais?

—Si.

—¿Y no temeis al cielo que nos castigará?

Fernando se encontraba en aquel momento bajo la impresion exclusiva de los sentidos, y eludió una respuesta categórica, exclamando:

—Qué quereis, nada halaga tanto á los hombres como oír de unos lindos labios como los vuestros lo que acabais de decirme. Me amais, comprendeis que no podeis ser amada, y esto os entristece; me lo decís sonriendo, y sin embargo, una lágrima se desprende de vuestros ojos. Veo esa lágrima y la siento caer sobre mi corazón. Recuerdo que hace ya algunos días mi pensamiento os busca en todas partes; que habeis permanecido horas enteras á la cabecera de mi lecho cuando el delirio de la calentura me tenia postrado;

comprendo lo que sufrís, y al fijar en vos mis ojos leo en los vuestros todo un mundo de felicidad, un poema de amor, y medito; quiero luchar, y me encuentro dominado; quiero rechazaros, y me hallo sujeto por los lazos de vuestra hermosura; pregunto; en fin, a mi corazon, y me responde que tambien os ama. Esto es lo unico que sé. Esto es, condesa, lo que puedo deciros. No preguntéis al torrente por qué no puede detenerse ni al sol por qué no varia su carrera. Dios lo sabe; está escrito que he de amaros, y os amo ya; no es posible retroceder. Ludgarda.... ¡cuán bella sois!

Y Fernando, que se habia ido exaltando con sus propias palabras, apretando cada vez más la mano de la condesa que tenia entre las suyas, la llevó á sus labios y estampó en ella un ardiente beso.

La hipócrita húngara fingió estremecerse de emoción, cerró los ojos y quiso levantarse rechazando al hombre que habia seducido.

—No, no, repuso con una entereza, al través de la cual un hombre sereno habria adivinado la inmensa alegría de aquella mujer porque veia conseguidos sus deseos; no, no, es un crimen nuestro amor, y por mucha que sea mi locura jamás me rebajare hasta ese extremo.

—¡Ludgarda!

—Callaos, señor, ¿qué os he hecho para que no me respeteis?

La astuta condesa, demasiado práctica en la vida para no conocer que en las pasiones cuanto más obstáculos se encuentran, más se desarrollan y se afianzan, pretendia acabar de enloquecer á Fernando con aquella aparente dignidad, que no era más que un refinamiento de astucia.

Así sucedió: el enloquecido y trastornado rey de Hungría procuró convencer á la condesa de lo que ella misma estaba convencida, pero todo fué en vano. La entrevista concluyó sin consecuencias.

La oposicion de Ludgarda causó en el rey el efecto que ella queria, y cada vez más enamorado de la astuta condesa, concluyó por olvidar completamente á su esposa, entregándose á aquella pasion del infierno.

Un mes despues, los amores del rey con la condesa de Kinsong ya eran conocidos de todo el reino, y los cortesanos que deseaban conseguir alguna cosa, valiáanse de Ludgarda como la única persona para la que no habia imposibles.

Entretanto el rey, casi olvidado de su hijo, trascurrían las semanas enteras sin verle, y siempre al lado de la condesa de Kinsong, iba poco á poco perdiendo la aureola de gloria que cubria su frente y trasformándose en un hombre vulgar, esclavo de sus pasiones, descuidado en el gobierno, protector de los personajes más odiados en el país, y esclavo de una cortesana ilustre, cuya reputacion corria de boca en boca.

Tales son las consecuencias del vicio. Una pasion inno-  
ble mata el alma, como mata la embriaguez la inteli-  
gencia.

—Callas, señor, qué es de hecho para que no me res-  
tales  
La astuta condesa, demasado practica en la vida para  
no conocer que en las pasiones quanto más obstáculos se en-  
cuentran, más se desarrollan y se afianzan, pretendiendo  
dar de enpuñecer á Fernando con aquella aparente digni-  
dad, que no era más que un refinamiento de astucia.

el medio de poder acusar á Blanca, pero estaba segura de encontrarle, porque habia genios para el mal lo mismo que para el bien, genios secundos en pensamientos satánicos que parecen inspirados por el ángel caído.

## CAPÍTULO II.

Tal era la situación de la condesa de Kinsong cuando el marqués de Buda llegó á la capital de Hungría.

Ya saben nuestros lectores que Georgey era el amante de la condesa de Kinsong, hacia ya muchos años, y que los dos intriguantes se amaban mas por conveniencias que por amor.

### Dos perversos en campaña.

Georgey, sin embargo, no habia podido olvidar en España á Ludgarda, y anhelaaba verla, por lo que la misma

Cuando Georgey, el marqués de Buda, llegó á la capital de Hungría con las cartas de Blanca, muy pocos eran los cortesanos que se acordaban de su reina, porque dando el rey el ejemplo completamente distraído con Ludgarda, ni aun siquiera por incidencia se nombraba á la infeliz española.

Ya en aquella época la condesa de Kinsong, que habia querido sólo dominar al rey, ambicionaba sentarse en el trono de Hungría para vengarse de Blanca, á quien odiaba por la proteccion que habia dispensado á Berta llevándosela á España; y aunque sentarse en el trono era ya una insensatez, no era, sin embargo, imposible.

Para esto no tenia más que provocar el divorcio de Fernando con Blanca, y una vez libre el rey, la victoria tenia que ser suya, porque le dominaba por completo. Para provocar el divorcio era preciso acusar á Blanca de un delito grave, y no bastaba acusarla, sino que era necesario justificar aquel delito.

El alma perversa de Ludgarda no habia hallado todavía

el medio de poder acusar á Blanca, pero estaba segura de encontrarle, porque hay genios para el mal lo mismo que para el bien, genios fecundos en pensamientos satánicos que parecen inspirados por el ángel caído.

Tal era la situación de la condesa de Kinsong cuando el marqués de Buda llegó á la capital de Hungría.

Ya saben nuestros lectores que Georgey era el amante de la condesa de Kinsong hacía ya muchos años, y que los dos intrigantes se amaban más por conveniencia que por amor. Georgey, sin embargo, no había podido olvidar en España á Ludgarda, y anhelaba verla, por lo que la misma noche que llegó á Buda pretextó un cansancio insoportable para que sus dos criados no se admirasen de su demora en presentarse al rey, y retiróse á su casa, desde la cual pasó al palacio de Ludgarda á la una de la noche.

La servidumbre de esta, que no ignoraba la intimidad del magyar con la condesa, le introdujo en un magnífico retrete, en el cual tuvo que esperar más de una hora, porque la condesa no había vuelto todavía del palacio.

Georgey se admiró de aquella tardanza, cuya causa no podía sospechar, porque no estando en la corte la reina, la misión de Ludgarda terminaba al toque de oraciones, es decir, cuando se recogía el príncipe heredero.

Impaciente y hasta colérico esperó una hora, que le pareció un siglo, y ya por fin oyó el ruido de un carruaje, y poco después el crujido de un vestido de seda.

Georgey, olvidando ya su mal humor, se dispuso á recibir cariñosamente á Ludgarda, la cual se le presentó radiante de hermosura y ataviada con un lujo que sobrepujaba lo que siempre había visto en ella.

En cuanto á la intrigante debemos hacer una observacion.

Al llegar á su casa supo que el marqués de Buda la estaba esperando, y esta noticia en lugar de contrariarla la animó. No ignoraba lo que valia su digno amante para una intriga, y estaba segura de contener sus celos y hacerle ver que mandar en el corazón del rey Fernando bien merecía por su parte un pequeño sacrificio.

Con estos pensamientos subió á su cámara y cayó en los brazos del marqués de Buda.

Bien pronto comenzaron una intriga, que no trascribimos porque no podríamos hacerlo sin faltar á los deberes de la moral, y porque ciertos cuadros, por muy naturales y verídicos que sean, deben cubrirse con un velo para apagar algun tanto sus colores.

Aquella conversacion duró cuatro horas. En ella Ludgarda refirió al marqués sus proyectos: el marqués empezó por enojarse, y concluyó por avenirse á ellos de buen grado en vista de las inmensas ventajas que podria producirle; y cuando supo que su amante pretendia sentarse en el trono de Hungria, no titubeó en ayudarla para tener derecho á una crecida recompensa.

Con este objeto los dos miserables calcularon y meditaron un plan diabólico para perder á Blanca de Lanuza. Por el pronto concertaron en no entregar al rey las cartas que traia de Blanca, las cuales se guardó Ludgarda, y despues, fingiendo una carta amorosa del archiduque Alberto dirigida á su tia y un billete de ésta sin firma, quedaron en que al dia siguiente se presentaria al rey, á quien diria que se habia venido por no ser testigo de la deshonra de su sobe-

no, en prueba de lo cual enseñaría las falsificadas cartas.

Con esto y los consejos de Ludgarda, la cólera de Fernando tenía que estallar terrible y severa, el resultado era quizás seguro.

Georgey era muy capaz para llevar adelante una intriga, por graves que pudieran ser sus consecuencias, y al día siguiente, todo lo temprano que le permitía la etiqueta, se presentó en el palacio real haciéndose anunciar á Fernando.

Decir que el antiguo Corsario Negro no palpité de emoción á la vista del marqués de Buda, sería desconocer el corazón humano. Fernando sabía y tenía conciencia de la falta que estaba cometiendo para con su esposa, una de cuyas consecuencias era el olvido en que tenía á la pobre mujer, no enviándola ningun correo en tres meses, y al ver al marqués creyó desde luego que Blanca, atribuyendo aquel silencio á alguna causa poderosa, le enviaba al magyar para saber qué ocurría.

No era el marqués de Buda persona muy del afecto de Fernando, por lo que le recibió friamente. No obstante, como era uno de los primeros nobles del país y había acompañado á su esposa, le mandó sentar, preguntándole qué se le ofrecía y qué nuevas traía de España.

—Señor, le dijo Georgey empezando á representar su infame comedia, yo suplico á V. M. que no se aflija ni se ofenda por lo que tengo que decirle, pues soy un caballero leal y honrado, y el secreto de lo que voy á manifestarle morirá conmigo en el sepulcro.

Este prefacio alarmó al rey, que no podía adivinar su objeto.



—¿Qué queréis decir? le dijo, ¿traéis alguna misión tan delicada que debáis antes recordarme lo que me debéis como hombre de honor? ¿Qué es de la reina? ¿no os ha dado ningún pliego para mí?

—Ninguno.

—¡Cómo!

—S. M. vuestra augusta esposa no sabe que he venido.

—¿Y cómo os habéis atrevido a abandonar vuestro puesto? ¿Es esto lo que yo podía esperar de vos, marqués de Buda?

—Señor, perdonadme; V. M. no sabe todavía lo que ocurre.

—Pues hablad, por San Humberto bendito. ¿Cuál es la causa de vuestra venida?

—No he querido, señor, presenciar más tiempo lo que han visto mis ojos.

—¿Qué habéis visto?

El marqués vaciló como si temiera decir lo que iba bien decidido á revelar, y su vacilacion acabó de exasperar y alarmar á Fernando.

—¿Os habéis propuesto incomodarme, señor marqués de Buda?

—Dios me perdone, repuso Georgey con acento compungido; es tan grave, señor, lo que tengo que revelar, que.... no sé....

—Acabad.

—Bien, señor, bien, obedezco.

—Ya podiais haber obedecido. No traéis cartas de la reina, ¿luego cuál es la causa de vuestra venida?

—Revelaros su conducta, señor.

—¿La conducta de la reina?

—Sí, señor. Sus amores con el archiduque.

Fernando se levantó como si le hubiese mordido una víbora, y no pudiendo contener su cólera, sacó la daga para atravesar el corazón del vasallo que se atrevía á proferir tal acusacion contra la reina.

—¡Miserable! le dijo con voz de trueno.

Pero Georgey, que esperaba aquel resultado, permaneció impassible, y por toda respuesta sacó de su limosneta su par de cartas, que entregó respetuosamente al rey.

Fernando las cogió asombrado. Sus ojos las recorrieron y lanzó despues un grito.

—¡Ah! exclamó, mentira, mentira, impostura.... Blanca no puede haberse envilecido así; la hipocresia no puede llegar á ese extremo. ¡Oh! responde, responde si no quieres morir, y ¡ay de tí si me engañas!

—Señor, el asunto es demasiado grave para que yo ni nadie se atreviera á engañar á V. M. La reina Blanca deshonra su nombre.

—¡Silencio!... así no se habla de la esposa de tu rey....

—Señor, si me manda V. M. callar, entonces....

—Refiere, pero no califiques.

—Está bien, señor.

Y como quien hace un violento esfuerzo, prosiguió diciendo:

—Poco despues de nuestra llegada á Madrid, mi permanencia continúa al lado de S. M. me hizo observar y ver algunas cosas que no pudieron ménos de llamarme la atencion y que me recordaron otras que habia visto durante el camino, y las cuales no habia reparado, porque aquella sos-

pecha era verdaderamente absurda. Al cabo de cierto tiempo no pude ménos de convenir que existia algun afecto culpable entre la reina mi señora y S. A. I. el archiduque, mucho más, cuando observé que el archiduque no amaba á la hija de D. Felipe II, casándose con ella sólo por el deseo de llegar á ser rey de Holanda, por lo cual sin duda ha sido la cesion de estos Estados la primera condicion impuesta al rey de España por el archiduque y la esposa de V. M. No me es posible, señor, referiros en sus detalles ciertos acontecimientos; bástele saber á V. M. que yo mismo no me atrevia á dar crédito á mis ojos, hasta que un dia me encontré en la cámara de la reina su limosnera, que sin duda se le habia desprendido. La cogí, é impulsado por mi curiosidad, ó por mejor decir por mis sospechas, me atreví á abrirla y examinar su contenido. En ella encontré esa carta de S. A. el archiduque Alberto, y esa otra nota sin firma, que parece ser de mano de la reina. Con tal hallazgo ya non pudo quedarme duda. Pretexté un vivo deseo de volver á Buda, y he venido. No podia ya sufrir mi dignidad lo que estaba pasando sin ponerlo en conocimiento de V. M.; y como hay cosas que no pueden fiarse al papel, he venido. Señor, esto es todo; ahora si V. M. cree que he faltado al respeto de mi reina, castígueme y mis labios no se abrirán para quejarse.

El marqués de Buda calló, esperando que Fernando le dijese alguna cosa; pero éste se encontraba demasiado abstraído en sus ideas para que pudiese hablar.

Con efecto, aquel golpe era terrible. Heria á la vez su corazón, su dignidad y su conciencia; á su corazón, porque á pesar de todo amaba á Blanca; á su dignidad,

porque veía deshonrado su nombre; á su conciencia, porque no podia ménos de ver en aquella desgracia un castigo del cielo por su conducta.

Sin embargo, bien pronto una reflexion tranquilizó en parte sus remordimientos aumentando su ira; cuando Blanca le habia faltado, él adoraba á Blanca, y estaba muy lejos de pensar en la condesa de Kinsong.

Según se expresaba el marqués de Buda, hacia ya algun tiempo que la reina Blanca habia cometido el delito más infame en una mujer, puesto que ya durante el viaje habia observado alguna cosa.

¿Pero cómo Fernando, que amaba todavía á Blanca y que podia tener seguridad de ser correspondido, daba crédito tan fácilmente á aquella terrible calumnia? Precisamente por lo mismo que la calumnia, de ser calumnia podia llevar al cadalso á los calumniadores, Fernando no podia creer que mintiese. Además, le enseñaba una carta, cuya letra parecia ser del archiduque, y unas cuantas líneas de mano de su esposa, al parecer contestacion no concluida á alguna carta del jóven. Luego la circunstancia de no haber vuelto á tener noticias suyas, y de no llevarlas, como suponía, ni aún el mismo marqués de Buda, no obstante de haberse despedido de la reina, todas estas pruebas eran demasiado palpables ó á lo ménos demasiado verosímiles, para que el rey de Hungría las rechazara por completo.

Tenia por lo tanto que creer en la calumnia, y creyó.

Al creer, su alma pareció partirse en mil pedazos; pero procuró dominar su cólera y dijo á Georgey gravemente:

—No tengo por qué castigaros, y marqués de Buda. Creo que habéis hablado la verdad, porque estas cartas me

parecen propias de los culpables. Perded cuidado que premiaré vuestro celo; ¿pero estais seguro de no haberos engañado?

—Segurísimo.

—¿Es decir que sois de opinion de que ha habido efectivamente delito?

—Sí, señor.

—¿Y qué os parece? colocaos en mi lugar, Georgey, ¿qué hariais?

—Señor, despreciar á la culpable y no volver á hacer caso de ella.

—¡Ah! ¿creeis ese partido el mejor?

—Seguramente.

—¿Y quedará impune tan feo delito?

—Podeis revelárselo á S. S., á fin de que éste con su buen criterio perdone y aconseje á la culpable, ó al ménos la castigue.

—¿Y cómo ha de castigarla?

—Autorizando el divorcio.

Fernando se quedó pensativo por un momento, no sabiendo qué resolver, hasta que exclamó levantándose como un beodo:

—¿Supongo, Georgey, que no habreis revelado á nadie....

—A nadie, señor.

—¿Ni lo revelareis tampoco?

—Os lo juro.

—Entónces ya vivo algo más tranquilizado. ¡Oh! el mundo es una farsa; que pueda aparentar ser feliz, y todos me creerán dichoso.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Primeramente, que os mandaré ahorcar si llega á mis oídos que alguna persona más que vos y yo sabe ese secreto; y además quiero que volvais á España.

—Volveré.

—Es preciso no aparentar crueldad; pero también es preciso que vuelva yo á ocupar el lugar que me corresponde. Presentaos en Madrid con una carta que yo os daré; es posible que cuando la ideis esta carta, seais testigo de algun ataque: no importa.

—¿Y cuándo vuelvo?

—Mañana mismo. Necesito adquirir noticias más detalladas.

—Bien, señor, repuso el marqués de Buda, conociendo que el rey le despedía, pero satisfecho del buen resultado de sus gestiones; bien, señor, estoy á las órdenes de V. M.

—Gracias, Georgey. Hasta la vista.

El marqués de Buda se inclinó gravemente y dejó á Fernando, el cual al verse solo, no pudiendo contener su cólera y su pena, comenzó á llorar en silencio, porque la decepcion de Blanca era para él la decepcion más horrible!

condes, a esta vida inerte de los gozes brutos que en peduñece al alma y mata todas las aspiraciones nobles. Ni el gobierno de sus Estados, ni el amor de su hijo, ni el temor de perder su gloria, ni el peligro de que el emperador de Austria tomase carta blanca para nada volver a Fernando al camino que había perdido ni hacerle despertar nuevamente a la virtud.

La condesa Ludgarda repartía con el marqués de Buda el gobierno del reino, **Fascinación completa.** aprovechando aquella circunstancia que les concedía poderes tan extensos, procuraban sólo enriquecerse vendiendo destinos y autor-

Tan terrible fué para Fernando la calumniosa revelación del marqués de Buda, que enfermó gravemente con unas calenturas malignas, **menhemb** que necesitaban un rey

Durante este tiempo, Ludgarda puede decirse que era la verdadera reina, porque autorizada por Fernando para ello en lo que durase su enfermedad, no había en Hungría otra voz más que la suya, repartiéndose entre ella y su digno cómplice todas las presas que podían hacer validos de su posición. **Comprendiendo que uno de los mayores obstáculos**

Si la historia no nos lo dijera, dejaríamos á nuestros lectores en libertad de creer ó no un cambio tan completo en el carácter y en los sentimientos del esposo de Blanca, aunque por nuestra parte lo hubiéramos creído de todos modos, porque hemos observado en más de una ocasión los efectos que produce, aún en las criaturas mejor dotadas física y moralmente, una pasión profunda é ilegítima. **Al** Fernando no conservaba de su personalidad más que el nombre, é indiferente á todo lo que no fué su amor, se entregaba por completo, ofuscado por la fatal seducción de la

condesa, á esa vida material de los goces brutales que empequeñece al alma y mata todas las aspiraciones nobles. Ni el gobierno de sus Estados, ni el amor de su hijo, ni el temor de perder su gloria, ni el peligro de que el emperador de Austria tomase cartas en el asunto, nada pudo volver á Fernando al camino que habia perdido ni hacerle despertar nuevamente á la virtud.

La condesa Ludgarda repartia con el marqués de Buda el gobierno del reino, y los dos cómplices, aprovechando aquella circunstancia que les concedia poderes tan extensos, procuraban sólo enriquecerse vendiendo destinos y autorizando los más escandalosos abusos. La mayor parte de la nobleza se retiró de la córte, quedando tan sólo al lado del rey aquellos que necesitaban mendigar los favores de la gobernadora.

Esta por su parte, astuta y egoista, no se dormia ni se dejaba desvanecer por su dominacion. Comprendia que para asegurar su posicion tenia que trabajar mucho, y no descansaba.

Comprendiendo que uno de los mayores obstáculos con que tenia que luchar, era con el joven príncipe heredero y la dama de Blanca Doña Estefanía, trató de inutilizar á ésta para hacerla salir del palacio y encargarse ella del cuidado del príncipe. A este fin comenzó su campaña contra la dama favorita de la reina.

Doña Estefanía no se atrevia á quejarse temerosa de que la arrojaran del palacio, obligándola á dejar abandonado al príncipe, y ya dos veces tomó á éste de la mano para llevarsele á su padre y echarse á sus piés suplicándole pusiera remedio á aquella situacion violenta; pero Ludgarda



habia tomado sus medidas, y la servidumbre del rey rechazó á la española cuantas veces quiso presentarse.

Esto así, Ludgarda trató de arrojar del palacio á Doña Estefanía; pero el rey se negó á ello. Entónces fingió una conspiracion para atentar á la vida del rey, y descubriéndosela á éste y haciéndole ver que eran la dama española y su prometido el conde de Treussen los autores del movimiento, consiguió por fin lo que deseaba.

Doña Estefanía fué separada del principe y el conde de Treussen desterrado de Buda.

La dominacion de la condesa de Kinsong no podia ser en verdad más completa; pero era su posicion demasiado falsa para que pudiese satisfacerla por completo.

El día que Blanca volviera á Buda, su reinado y dominacion habia concluido, porque Blanca se defenderia, probaria su inocencia, y la culpable concluiria por ser castigada, ó por lo ménos desterrada del lado de su real amante.

Esta idea que atormentaba á Ludgarda y á Georgey les amargaba todas sus alegrías, y pensando en los medios de que podrian valerse para evitar tan fatal desenlace, trascurrió otro mes y Fernando volvió á recobrar la salud.

Entónces Ludgarda empezó á infiltrar poco á poco en el ánimo del rey la idea de que debia divorciarse de Blanca, pues además de que el adulterio estaba justificado con las dos cartas que Georgey habia sorprendido á la reina, lo demostraba tambien la indiferencia de ésta para con su esposo é hijo, á los cuales durante su estancia en Madrid no habia enviado ningún correo, y la tenacidad de la reina en ir á España en compañía del archiduque, tenacidad que indicaba un afecto impropio del parentesco que les unia.

Durante la enfermedad de Fernando, otro correo de Blanca á su esposo habia sido interceptado por Ladgarda.

Las razones de ésta, desechadas al principio por el rey, concluyeron por convencerle, por más que fuesen absurdas é indefendibles; pero estaba obcecado, y la energía de su carácter habia desaparecido como habia muerto la lucidez de su inteligencia.

Convencido por fin, impetó de S. S. el papa Gregorio XIV el divorcio de su esposa, encargando esta comision al pérfido marqués, el cual corrió á Roma animado con la esperanza de conseguir sus deseos, pues era amigo de dos ó tres cardenales y esperaba por medio de su influencia sorprender el ánimo del pontífice.

No era esto, sin embargo, muy fácil, porque Gregorio XIV era hechura de Felipe II, y si llegaba á oídos de éste los designios de Fernando y pedía explicaciones al pontífice interviniendo en el asunto, la cuestion no era ya de tan fácil y rápida solucion.

Por secreta que se quiso tener la marcha del marqués de Buda, llegó á oídos de Doña Estefania, la cual, comprendiendo todas las tristes consecuencias de aquella traicion, conoció que no debia permanecer impassible, y desposándose con su prometido el conde de Treussen, le envió á España para participar á Blanca todo lo que ocurría.

Entretanto, la condesa de Kinsong continuaba cada vez adquiriendo mayor influencia en el ánimo de Fernando y por lo tanto en el gobierno de Hungría. Parecia imposible que fuese el antiguo Corsario Negro aquel hombre débil y casi enfermizo, sin voluntad propia, sin energía, sin intencion. Dejábase acompañar continuamente, lo mismo en

público que en privado, por la libre y ambiciosa Ludgarda, y no comprendia el escarnio de que era objeto por la mayoría de sus vasallos, que se horrorizaban de aquella conducta y empezaban á aborrecerle.

Nada de esto veia el rey, y sólo escuchaba los gritos de su pasión, pasión maldita que iba á producir la ruina de su casa y su propia deshonra.

Segura de su triunfo la condesa de Kinsong, se entregaba completamente á sus ambiciosos planes, y sólo pensaba en aumentar su fortuna por todos los medios posibles, para el caso, poco probable segun ella, que tuviese que dejar su puesto y salir de Hungría, desterrada.

Desgraciadamente para Ludgarda, su orgullo la vendaba los ojos, no dejándola ver las primeras nubes que se formaban en el horizonte, pues por un lado Blanca iba á saber muy pronto lo que ocurría, y en cuanto lo supiera regresaría á Buda para desenmascarar á sus enemigos, y por otro, Georgey no habia encontrado en Roma toda la protección que necesitaba; y para desgracia de él y de su cómplice, el príncipe de Francfort, que se hallaba en Roma, descubrió lo que deseaba Fernando, y asombrado, y verdaderamente lo puso en conocimiento de su padre, Rodulfo II, quien á su vez se lo participó á su hermano el rey de España, oficiando á S. S. para que detuviera el proceso y toda resolución definitiva, hasta que se tomaran ciertas resoluciones y se adquirieran pruebas mayores del delito.

Como comprenderán nuestros lectores, la intervencion del emperador y de Felipe II era el mayor obstáculo que podia haberse presentado á los planes de Ludgarda y del marqués de Buda, porque sus fuerzas y sus influencias eran dema-

siado pequeñas para luchar con las de contrarios tan poderosos, y porque su acusación, basada más que nada en suposiciones y dos documentos falsificados, tendria que caer por su base en cuanto se formara como era debido el proceso por la curia romana.

Entretanto el rey Fernando, que ignoraba tambien la intervencion que en sus asuntos habian empezado á tomar su hermano el emperador y su tio Felipe II, se entregaba á sus ilusiones con un deseo febril que revelaba la amargura de su espíritu.

Con efecto, el esposo de Blanca no era dichoso ni podia serlo. En medio de su amoroso delirio por la condesa de Kinsong, acordábase de Blanca con cierta especie de remordimiento, y si bien la creia culpable y esto aminoraba su pena, tambien conocia que la falta de su esposa no autorizaba ó justificaba la suya, doblemente criminal, porque casi habia abandonado sus Estados á la rapacidad de sus dos favoritos.

No obstante, no se atrevia á retroceder, y maldiciéndose á sí mismo, seguia y seguia bebiendo voluntariamente el tósigo de su perdicion.

— ¡Triste y miserable condicion humana!

Como comprenderán nuestros lectores, la intervencion del emperador y de Felipe II era el mayor obstáculo que podia haberse presentado á los planes de Indagaria y del marqués de Buda, porque sus fuerzas y sus influencias eran dema-

## CAPÍTULO IV.

## La dama de la casita blanca.

Una noche del mes de Octubre de 1591 penetraban seis personas en una linda aunque pequeña casita que se hallaba en los arrabales de la ciudad de Buda, lindando con un pequeño bosquecillo y resguardada toda ella con una verja de madera pintada de verde.

Esta casita, que parecía respirar la dulce paz de los campos, aunque desde ella podía oírse como un lejano murmullo el ruido de la ciudad, tenía un solo piso y cuatro lados iguales con otras tantas ventanas, pareciendo de día, por lo lindo de su arquitectura y la limpieza de su exterior, un pequeño nido de algunos esposos felices, ó el tranquilo retiro de un filósofo opulento.

Habitábala una anciana con una jovencita de doce años, nieta suya, cuyo padre, hijo de la anterior, había muerto hacía poco tiempo; y era, no el propietario, sino el administrador de aquella posesion en miniatura.

Su dueña ó propietaria era la condesa de Quinsongto, á quien ya conocemos, y una de las seis personas que se

gun hemos dicho, penetraban en la casa una noche del mes de Octubre de 1591.

Las otras eran Blanca de Lanuza, el archiduque Alberto, Fray Agustin y dos criados de confianza.

Blanca habia llegado á Buda con el corazon desgarrado y sin haber dejado de llorar en todo el camino, porque la traicion de su esposo ofendia á la vez su triple personalidad de reina, esposa y madre. En vano Fray Agustin habia tratado de consolarla repetidas veces; pero Blanca cerraba los oidos á todo consuelo, y en esta disposicion llegó á Buda.

Por indicaciones de su augusto sobrino y del buen religioso no se atrevió á presentarse al rey, prefiriendo hospedarse en aquella solitaria casa, desde la cual podia adquirir noticias más exactas acerca de la conducta de su esposo, y hasta averiguar por sí misma el puesto que ocupaba Ludgarda en el corazon de los budenses.

Al principio, entregada por completo á su dolor, tal ver que no era de nadie conocida, como si en aquel país fuera una pobre extranjera, no hizo nada ni meditó ningun plan para justificar su inocencia y confundir á la andaz favorita; pero quedóse sola, porque el archiduque partió para Aquisgran á fin de decirle á su padre todo lo que ocurría, y el conde de Treussen marchó á Roma con cartas de la reina para Gregorio XIV.

Blanca, al quedarse sola, parecióle más horrible su posicion, y mandó llamar á su dama Estefania. Con ella, Herta y Fray Agustin procuró encontrar algun consuelo á su inmenso dolor, esperando que el Omnipotente descubriera su inocencia y la hiciera triunfar de Ludgarda; pero llegó un

dia en que su resignacion se agotó y en que la mujer yenció á la reina y á la madre.

Hallábase una tarde detrás de las pintadas celosias, cuando oyó el ruido de un carruaje y el galopar de caballos. Instintivamente fijó su atencion, y al levantar la cabeza para mirar la carroza, que en aquel momento pasaba por delante de la ventana, lanzó un ahogado grito y cayó de rodillas contra el suelo.

En aquel coche acababa de ver á su esposo con Ludgarda, él pálido, demacrado, desconocido; ella orgullosa, altiva y sonriéndole amorosamente.

A la vista de este espectáculo, Blanca no pudo resistir su dolor, y llamó á su lado á Herta y á Estefanía.

—¡Oh Dios mio! las dijo cruzando las manos sobre el pecho, acabo de ver al rey con esa infame cortesana.... ¡qué vergüenza! ¡qué oprobio! Sólo me faltaba esto.... verlos juntos, hablando.... ocupado mi lugar por esa mujer sin pudor. Pero ¿cómo, Dios mio, ha podido Fernando olvidarme así?

—Tranquilizaos, señora, la dijo Estefanía; eso no vale nada, eso es lo que ménos debe importaros.

—¡Oh! juzga por tí misma. Si vieras al conde de Treussen en compañía de otra mujer, ¿tendrías valor para verlo serena?

La española bajó la frente sin contestar, porque comprendió la verdad de aquellas frases; pero Herta, más sencilla, ó por mejor decir más inexperta, repuso contestando por Estefanía:

—No debeis afligiros así, señora. Creo que lo que debe hacer V. M. es obrar en vez de desesperarse, pues hasta ahora nada ha dispuesto.

—¿Y qué quieres que haga?

—Procurar enteraros de cómo mira el pueblo y la nobleza húngara el atrevimiento de mi tía. Por mi parte creo que ésta y aquel se pondrán á vuestro lado; y siendo esto así, debéis arriesgar el todo por el todo, es decir, presentaros al rey.

—Y tú ¿qué opinas, Estefanía?

—Pienso lo mismo que Herta.

—¿Es decir, que crees conveniente que me descubra?

—Sí, señora.

Blanca permaneció un momento indecisa, como dudando si seguir ó no los consejos de sus damas; pero demasiado enérgica, á pesar de su situación, para sufrir en silencio por más tiempo aquel insulto, dijo á su dama favorita:

—Pues bien, puesto que lo creéis así, yo también lo quiero. Mañana mismo me presentaré al rey.

—Nó, eso nó, dijo Estefanía; el rey quizás no os recibiera, y eso sería para vos la mayor de las desgracias. Además, la condesa de Kinsong es capaz de cualquiera cosa para sostenerse en el ánimo é influencia del rey. Creo, señora, que lo que conviene se reduce á que trateis de inquirir todo lo que os parezca conveniente acerca de este funesto asunto, y despues obrar con arreglo á lo que den de sí vuestras investigaciones.

—¿Y cómo quieres que pueda saber...

—Muy fácilmente, á juzgar por mi modo de ver esta cuestion.

—¡Oh! habla.

—¿Conoceis al príncipe Tamariz, señora?



—Nó.

—Pues bien, creo que podemos contar con él para el caso.

—¿Y quién es ese príncipe? ¿qué papel representa en la corte de Hungría?

—Tamariz, señora, es el rey de la Moravia, hecho prisionero en la última guerra; pero que noble y caballero como muy pocos, tiene por cárcel la ciudad y por grillos su palabra. Goza con el rey de una gran reputación y ocupa en su amistad un buen puesto. Está enterado de todo, y él puede saber lo que á nosotros nos interesa averiguar.

¿Quereis que le avise?

—¿Y vendrá?

—En seguida. A lo ménos así lo creo.

—¿Y no me comprometeré si le hablo?

—Me parece que nó; pero es fácil evitar ese compromiso.

—¿Cómo?

—Presentaos á él, no como la reina de Hungría, sino como una dama particular al servicio de Doña Blanca. Tamariz no debe conoceros, pues que nunca os ha visto.

—¡Ah! apruebo esa idea, Estefanía; tienes razon. ¿Y cómo haremos para avisarle?

—Yo me encargo de eso. Señora, dadme vuestro permiso y todo se arreglará.

—Pues bien, en tí confío, mi querida amiga, exclamó Blanca abrazando á su leal camarera, en tí confío, y quiera el cielo que ántes de morir pueda volver á abrazar al hijo de mis entrañas.

—¿Antes de morir? Desechad, mi querida señora, tan tristes presentimientos; no estais enferma, y la misericordia divina no puede consentir que la maldad triunfe de la

virtud. El corazón me dice que vencereis á Ludgarda y que conseguireis volver al lado de vuestro esposo.

—¡Ah! repuso Blanca sollozando amargamente, no sé si podré perdonarle. Me ha engañado y calumniado; puedo olvidar su infidelidad, pero su calumnia.... ¡Esto es horrible! Arrojar sobre mi frente la mancha de la adúltera, el que me conoce, que sabe cuánto le amo....

—Señora, las sugerencias de esa infame mujer han sido continuas y enérgicas. Ya os he dicho y os repito que le domina.

—¿Y quieres que eso le disculpe? ¿Qué merece el hombre que se deja dominar por una mujer como Ludgarda? Sólo desprecio.

—Sin embargo, sed indulgente con vuestro esposo.

—¡Ah! ¿le defiendes también tú?

—Nó, señora; pero al tratar de consolaros con la perspectiva de un porvenir más halagüeño, he de demostraros en qué me fundo para creerlo así. El rey, señora, está como abstraído, y no dudo que la voz de su pueblo, que ya comienza á levantarse, llegará á sus oídos haciéndole despertar. No conozco lo bastante el corazón humano, pero creo que el rey está más deslumbrado que enamorado de la condesa de Kinsong. ¡Ah! ¡cuántas desgracias os habiérais evitado, señora, si no hubiéseis salido de Hungría!

—Era mi deber, y estoy satisfecha. Además, si antes de mi partida me hubiesen asegurado que iba á sufrir tan terrible golpe, no la habria suspendido, porque me hubiera reído del profeta. ¡Es tan extraño todo esto!

—Tanto, que segun voces que han llegado á mis oídos, toda la Alemania tiene hoy sus ojos fijos en la conducta del

rey, y su augusto hermano el emperador Rodolfo, se halla dispuesto á tomar medidas severas.

—¡Qué decís! ¡Dios mio! ¿Podrá provocar esto alguna guerra entre los dos hermanos?

—No creo que lleguen á ese extremo.

—¡Oh! sería horrible.... y eso me acabaría de asesinar.

—Si tal sucediera, mi querida señora, tendríamos que ver en ello la mano y la justicia de Dios.

—Estefanía, repuso Blanca con acento digno aunque lúgubre, no olvides que estás hablando de mi esposo.

—Perdon, señora, perdonadme.

Por toda respuesta, Blanca estrechó contra su corazón á la esposa del conde de Treussen, derramando en su seno un torrente de lágrimas.

— ¡Qué fácil! Dios mío! ¿Por qué provocar esto alguna guerra entre los dos hermanos?

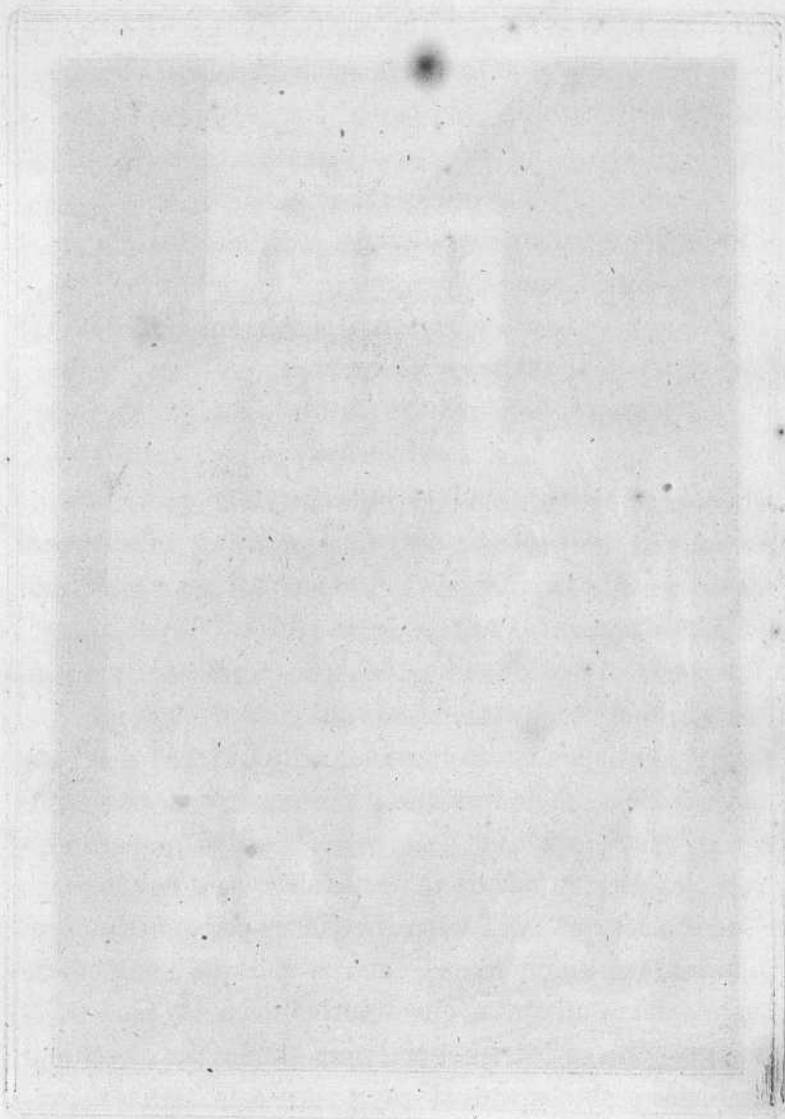
— No creo que lleguen.  
 — ¡Oh! sería horrible... ¿ese me acordaría de asesinar.  
 — Si tal sucediera, mi querida señora, tendríamos que ver en ello la mano y la justicia de Dios.  
 — ¡Estad bien, repentinamente digno cuando se le  
 — Perdon, señora, perdonadme.

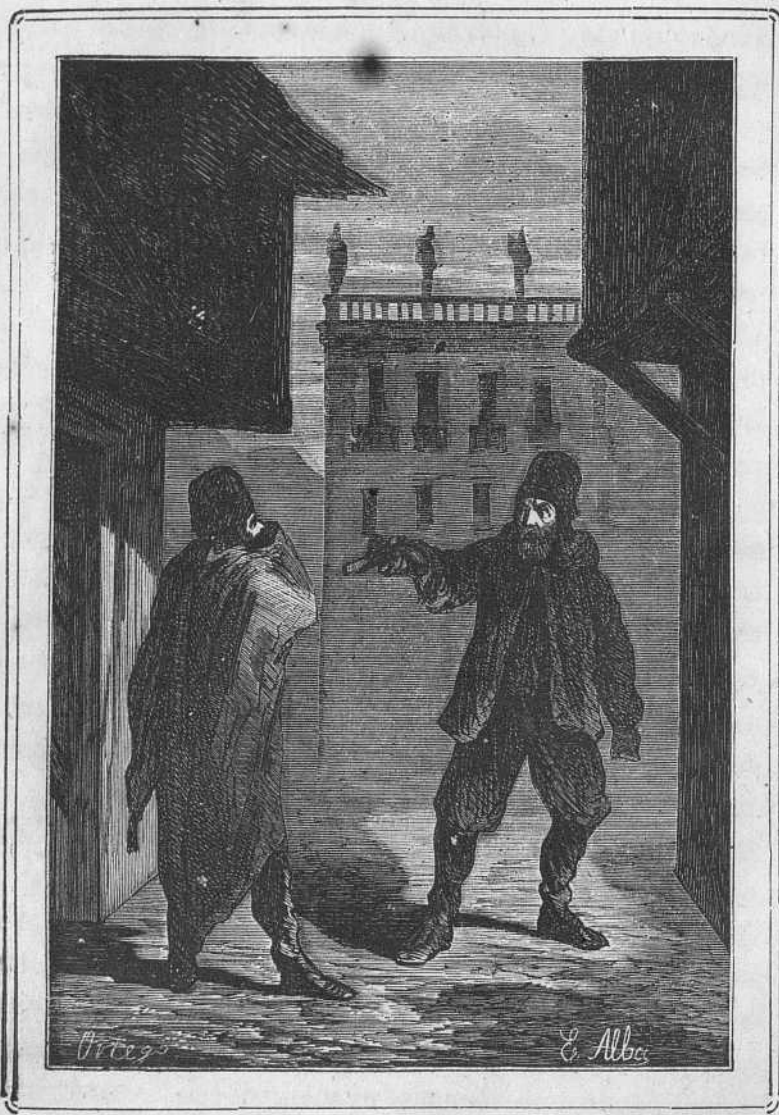
Frecuentemente halla el criminal su castigo en aquello mismo que aspiraba conseguir. Siempre se cumple directa ó indirectamente la sublime sentencia del Salvador: *«El que á hierro mata, á hierro muere.»*

Ludgarda, que habia abusado de su hermosura para sepultar á Fernando en el abismo del enloquecimiento; que habia jugado toda su vida impunemente con el amor, valiéndose de él como de una arma poderosa para conseguir sus fines, vino por último á ser su víctima y á experimentar todos los tormentos que tan repetidas veces habia hecho ella sufrir á los que la adoraban, cegados por su hermosura.

Ludgarda se enamoró de Tamariz, pero se enamoró de una manera tan absoluta, que absorbió todas las facultades de su alma y de su inteligencia, empezando por descuidar sus ambiciosos planes con el rey, pues sólo tenia pensamientos para el vencido rey de los moravos.

Impulsada por su amor, y con el cinismo que le era propio, Ludgarda no tardó en declararse á Tamariz; y éste, que noble y digno aborrecia á la húngara, porque conocia





¡Alto! le dijo amenazándole.

sus liviandades, aceptó aquel amor como un medio de conseguir su libertad y su vuelta á su patria.

Frecuentemente el príncipe moravo sentía vivos deseos de delatar á la condesa, descubriendo al rey su conducta, y pidiéndole como premio á su delacion, lo mismo que esperaba conseguir de Ludgarda; pero era demasiado caballero para que aquellas ideas pasaran de ideas.

La condesa de Kinsong, cada dia más y más enamorada de Tamariz, habia olvidado casi por completo al marqués de Buda, y cegada por su pasión, le escribía casi diariamente cartas que podian conducirla al patíbulo.

En estas cartas, en las que dominaba la confianza más absoluta, se hablaba de Fernando y del magyar Georgey con un desprecio tan insultante como atrevido, trasluciendo en ellas su deseo de reinar en Hungría, á cuyo fin habia tratado de calumniar á Blanca para conseguir el divorcio.

Tamariz, demasiado astuto para no saberlo que aquellas cartas podian valerle, trató de hacer ver á la condesa lo mucho que se alegraba recibirlas, á fin de aumentar su número y adquirir con todas las pruebas más palpables del envilecimiento de aquella mujer.

Tal era el estado de las cosas, cuando una noche al retirarse Tamariz al palacio real, se halló detenido por un hombre que le puso al pecho el cañon de una pistola.

—¡Alto! le dijo amenazándole; ¿sois el príncipe Tamariz?

—Sí, ¿qué deseas? repuso el moravo con la sangre fría del que no sabe lo que es miedo.

—Seguidme y lo sabreis.

Es en vano. Yo no sigo á un desconocido que me amenaza cuando parece suplicar.

—Lo cual os dará á entender que no obro por mi cuenta.

—Lo creo; ¿cuánto te han dado por mi vida.

—Señor, no soy asesino.

Tamariz hizo un movimiento para separarse del embozado; pero éste le sujetó rápidamente y colocó el cañon de su arma sobre la frente del moravo.

—Mal estais con vuestra vida, señor. Si os negais á seguirme tendré que mataros, y en verdad que lo sentiria.

—¿Pero puedo saber lo que deseas?

—Que me sigais.

—¿Y á dónde?

—A casa de una noble dama que os está esperando.

El carácter caballeresco del príncipe sintióse halagado con aquellas frases, y aunque podia muy bien ser una traicion, como se hallaba vencido; no tuvo inconveniente en acceder á los deseos del desconocido.

—¿Conque es una dama la que me llama?

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—No puedo deciroslo.

—¿Pero tú la conoces?

—Soy uno de sus criados de más confianza.

—¿Y es principal su cuna?

—Pertenece á la más alta nobleza.

—¿Y desea hablarme?

—Hay más que eso.

—¿Es decir que me ha visto alguna vez?

—No os conoce mas que de nombre.

Estas respuestas acabaron de trastornar la imaginacion del príncipe, que bajó la frente y se quedó pensativo.



—Vamos, dijo despues de un momento de silencio, ya te sigo. Cuando una dama recurre á un caballero, le honra demasiado para que este deba de inquirir el objeto de su peticion. Pero adviértote que si tratas de engañarme, no soy manco y llevo dos pistoletes. Echa andar.

El desconocido, que era uno de los más fieles criados de Doña Estefanía, giró sobre sus talones y emprendió su camino precedido de Tamariz.

—Cuando llegaron á la casita ocupada por Blanca de Lanuza, el embozado se detuvo y dijo al moravo:

—Aquí es; ¿sabeis quién vive en esta casa?

—No por mi vida. Pero si quieres que penetre en ella ha de ser con los pistoletes en las manos y detrás de tí.

—Si me dais palabra de no fugaros...

—Te la doy. El ama.

El desconocido llamó suavemente, y sin duda le estaban esperando, porque la puerta se abrió en seguida, y los dos penetraron en el jardín.

Atravesaron una corta calle de árboles y entraron por fin en la casa.

Ya en la habitacion, el embozado se retiró diciendo á Tamariz:

—Aquí ha concluido mi mision y os dejo. Seguid á esa anciana príncipe.

Entonces vió el moravo que le seguía una señora anciana, que era sin duda la que habia abierto la puerta.

La anciana condujo á Tamariz á una pequeña sala amueblada decentemente, y despues de advertirle que esperase algunos breves momentos, se retiró dejándole solo.

El moravo, caminando de admiracion en admiracion y

no pareciéndole que aquella casa tenía trazas de ser una madriguera de ladrones, comenzó á tranquilizarse. Al cabo de unos ocho minutos oyó ruido de pasos; y vió levantar el tapiz y aparecer en el dintel de la puerta una dama, jóven aún, vestida de negro, que le saludó cortésmente y con una dignidad que acabó de asombrar al moravo.

Como nuestros lectores habrán comprendido, aquella mujer era Blanca de Lanuza. Los disgustos y las penas la habían enflaquecido y puesto pálida, pero con esa palidez del nácar que tanto excita la pasión.

A pesar de esto, el traje severo que vestía y su noble y pura fisonomía no inspiraban más que respeto y veneración.

Tamariz, al verla, no pudo hacer más que levantarse; pero enmudeció completamente. Había creído ser llamado para una aventura amorosa, y aunque la mujer que se le presentaba era bella y jóven aún, encontraba en su fisonomía algo que le imponía respeto y que parecía decirle que se había equivocado en sus juicios temerarios.

Blanca comprendió su asombro, y una leve y triste sonrisa asomó á sus labios.

—Perdonad, caballero, le dijo; os he molestado porque necesito de vos, y la fama de vuestras virtudes é hidalguía me ha hecho solicitar vuestros servicios. Sentaos, prosiguió la reina. Oid en breves palabras lo que tengo que deciros. Soy española y estoy al servicio de la reina de Hungría, que como sabeis, ha sido acusada de adúltera por su esposo D. Fernando. El rey, no obstante de conocer la inocencia de su esposa, ha obrado así por la condesa Ludgarda de Kilsong; que hoy ocupa en su corazón el lugar de la reina. Doña

Blanca, mi señora, está trabajando para hacer patente su inocencia, pero necesita en la corte de Buda una persona que la ayude para que la proporcione datos y noticias; esa persona seréis vos.

—¿Yo, señora?

—¿Cómo? ¿acaso os negareis á ello, príncipe? exclamó Blanca estremeciéndose; si la fama que os rodea es justa, ¿tendréis valor para no ayudar y defender á una desgraciada villanamente engañada por la última de sus súbditas? ¿No comprendéis que todo hombre de honor está obligado á sacar su espada en defensa de la inocencia?

—Es verdad, pero quizás ignoreis que me ligan con la condesa de Kinsong; compromisos graves.

—Lo sé, y por lo mismo he acudido á vos. Sois demasiado noble para amar á Ludgarda, y sólo el deseo de servir de su influencia os obliga á sostener unas relaciones doblemente criminales. En este caso, si trabajais en favor de mi señora Doña Blanca y puede con vuestra ayuda hacer constar su inocencia, estad seguro que seriais libre y se os devolverian los países que os ha arrebatado el rey.

Tamariz se pasó la mano por la frente.  
—¡Oh! señora, exclamó asombrado, teneis el talento de leer en los corazones, porque os aseguro que no sé cómo habeis adivinado tan perfectamente mis pensamientos. Es verdad, no quiero negaros nada; finjo amar á la condesa de Kinsong por el interés de conseguir mi libertad, pero la aborrezco y estoy avergonzado.

—¿Es decir que mi señora puede contar con vos?

—Segun y conforme los servicios que me exija.

—Ninguno de ellos ha de ser indigno de vos.

—Entonces soy suyo.

—Gracias en su nombre, príncipe. Ahora dadme algunos detalles del estado de S. M.

—Todos pueden reducirse á dos palabras. Embrutecimiento y cobardía.

La reina lanzó un suspiro y se estremeció.

—¡Ah! repuso con acento algun tanto severo, estais hablando del rey, y esas expresiones son un poco duras.

—Duras, sí, pero exactas. El rey D. Fernando, seducido por la condesa de Kinsong, no tiene hoy voluntad propia ni energía. Ha abandonado á Ludgarda las riendas del gobierno, y Ludgarda es la que rige el país y administra la familia. El rey no ve siquiera á su hijo, ni se acuerda de él, ni sale á paseo por las vías públicas, ni recibe á sus consejeros, ni hace nada, mientras la condesa es la que dá audiencia y lo gobierna todo. Su influencia es omnimoda; hoy es en Hungría más que el rey, porque lo es todo.

Blanca se puso livida y tuvo que hacer violentos esfuerzos para no llorar; pero su alma enérgica comprendió que cuanto mayores fueran los obstáculos que se le presentasen mayores tenian que ser sus esfuerzos para vencerlos, y despues de un momento de vacilacion, dijo por fin á Tamariz:

—Triste es en verdad la pintura que haceis de la corte de Buda, pero la creó cierta. Vuestro corazon noble y digno debe aborrecer tanta infamia, y no dudo trabajareis para destruir á ese mónstruo. Hacedlo por la reina y por vos, la gloria os perteneceria. Luchar y vencer á la maldad es más glorioso que conquistar un imperio dilatado, y vos, príncipe, estais en el caso de conseguir esa gloria. Sirviéndoos como instrumento del amor que os profesa Ludgarda, podeis

conseguir desenmascararla, humillarla, hacer patente la inocencia de Doña Blanca, volver al rey al camino de la virtud y conseguir que renazca nuevamente en Hungría, y especialmente en Buda, la paz, la tranquilidad, y sobre todo la virtud que ha desaparecido. El rey Fernando concluirá por reconocer que sólo á vos debia el amor de sus vasallos, la tranquilidad de sus puebls, el afecto de su familia, y no dudeis, ¿cómo podreis dudar? que toda la Alemania os enviaria los más fervientes votos por vuestra prosperidad y vuestra gloria. Hacedlo así, señor, y el cielo os colmará de dicha; hacedlo siquiera por vos, si es que no puede hallar eco en vuestro corazon la desgracia que pesa sobre una inocente. Y Blanca, no pudiendo cóntener su emociion á pesar de sus esfuerzos, comenzó á llorar amargamente, causando en el moravo una admiracion inaudita.

—Por ahora, señora, señor, no viendo en aquellas lágrimas más que el afecto de una leal amiga; pues no podia presumirse ni remotamente que aquella mujer fuese la misma Blanca de Lanuza, sintióse conmovido y subyugado y su noble corazon le hizo exclamar con frenesí:

—Tranquilizaos, ilustre señora, vuestras palabras me han llegado al alma; y puesto que me ofreceis en nombre de la reina la libertad que he perdido, yo os juro tambien no contribuir á salvarla, sino á demostrar su inocencia.

—¡Vos, príncipe!

—Sí, señora.

—¡Vos! ¿y cómo?

—Muy fácilmente. Tengo cartas de Ludgarda en que me descubre su juego, y además sé que conserva en su poder todas las que la reina ha dirigido á D. Fernando hoy poseído.

—¡Dios mío! ¿Ha interceptado su correspondencia?

—Sí, señora. Compraba a los emisarios y a la fuerza de oro les obligaba a entregarle las cartas.

—Entonces no habría más que enseñar al rey esas misivas para justificar la inocencia de mi señora.

—Justamente.

—¿Y vos, me las entregareis?

—No, señora.

—¿Cómo? exclamó Blanca palidécendo.

—No os las entregaré, porque quiero yo dar el golpe, y además porque cuando esto suceda convendría que doña Blanca se encontrase en Budai.

La esposa de Fernando no le pareció prudente darsé todavía a conocer y guardó silencio.

—Por ahora, señora mía, lo que os ofrezco es aprovechar todas las ocasiones de hablar al rey en favor de su augusta consorte, y si quereis escribir á Doña Blanca para que decida, hacédo, yo aguardo su decision para obedecerla.

—¡Ah! lo haré así, replicó Blanca con emociion.

—Entonces, señora, póngome á vuestras órdenes.

—Gracias, príncipe. Ahora retiraos. Todos los días, el criado que hoy os ha guiado aquí, le vereis en la puerta principal del palacio real. Si algo teneis que comunicarme hacédo por su conducto, que yo os enviaré por él todas las noticias que pueda tambien adquirir. No os encargo el secreto, porque sé que sois caballero; no creo que me hagais traicion, porque conozco que sois noble. Si no es así, si me vendeis faltando á vuestra palabra, juro perdereis más que mi pobre señora, porque habreis perdido las simpatías que hoy poseeis en toda la Alemania.

—Señora, me ofende esa sospecha.

—Es muy posible, pero advertid que, en vista de todo lo que sucede en Buda, ya no puede inspirarme completa confianza ningún hombre. Creo, sin embargo en vos, y de no ser así, no os habría buscado; pero mi recelo es hijo de las circunstancias. ¿Cómo he de fiarme de los hombres, cuando el rey D. Fernando ha llegado á solicitar el divorcio, sólo impelido por las sugerencias de una ilustre cortesana?

—Es cierto, señora, me habeis convencido. Cuando se han sufrido muchos desengaños, es muy difícil confiar; pero yo os emplazo para el día en que pueda deciros: «Tengo ya en mi poder todas las pruebas de la inocencia de Doña Blanca; mandad, y sereis obedecida.» Entonces, señora, ya no podreis dudar de mi adhesión á la persona de la reina; cuya desgracia no he comprendido en toda su extensión hasta que os he oido.

—Y eso que vos no sabeis muchas cosas. Si estuviérais en antecedentes, más habíais de compadecerla; á mayor dicha tendríais en ser su paladín y su protector. Ahora, príncipe, retiraos, y no olvidad lo que os he dicho.

El morayo por toda respuesta se inclinó con respeto, llevó á sus labios la mano que le habia alargado Blanca, y grave, majestuoso, salió de la salita.

Acompañado de la misma anciana camarera y después del mismo criado, llegó al centro de la ciudad.

Entretanto Blanca, algo más consolada, daba al cielo gracias por la ayuda que parecia enviarle por aquel inesperado protector.

—Es muy posible, pero advertid que, en vista de todo lo que sucede en Buda, ya no puede inspirarme completa confianza ningún hombre. Creo, sin embargo en vos, y de no ser así, no os habría permitido que os hiciera el hijo de las circunstancias. ¿Como he de fiarme de los hombres, cuando el rey D. Fernando ha llegado á solicitar el divorcio, solo impelido por las sugestiones de una fiestre corte-

#### Un nuevo crimen.

—Es cierto, mi señora, me habéis convencido. Cuando se han sentido muchos desagrüos, es muy difícil confiar. Algunos dias despues de estos acontecimientos, notábase en Buda una sorda agitacion que parecia el preludio de un motin popular. Como sucede en estos casos, el pueblo, que se habia interesado por la reina, tanto más, cuanto más audazmente crecia el favoritismo de la condesa de Kinsong, tenia la mirada fija en el alcázar de sus reyes, y comentaba á su manera todas las peripecias de aquel drama que se desarrollaba en el seno de la primera familia de Buda para escándalo de todo el reino.

Gracias á esta atencion, el pueblo sabia que aquella misma noche habia llegado á la capital el marqués de Budá de vuelta de su embajada en Roma, acompañado de un delegado de S. S. para que se enterase de la justicia que podia asistir al rey para pedir el divorcio, abriendo una especie de juicio en el cual se presentasen las pruebas del delito impuesto á Doña Blanca.

El consejo debia celebrarse dos dias despues, y comenzaron las citaciones; debiendo componerse de todos los



dignatarios del reino en sus tres brazos político, militar y eclesiástico, bajo la presidencia del rey y asistencia del delegado de S. S.

El pueblo sabía también que los prosélitos de la condesa de Kinsong se agitaban en busca de partidarios, y de aquí provenía su murmullo, porque el pueblo, con ese instinto providencial que posee, comprendía que la justicia, la verdadera justicia iba á sufrir un golpe terrible. Con la llegada á Buda de Georgy coincidió la del conde de Treussen, el esposo de Estefanía, y la de Alberto, así como la de su hermano el archiduque Carlos, enviado por el emperador Rodolfo para que le representase en el consejo que se iba á celebrar.

Alberto y el conde de Treussen explicaron á Blanca la oposición que encontraban en Roma las pretensiones de su esposo, pues el Papa temía ofender á Felipe II, del cual había recibido una carta muy extensa, amenazándole con sus iras si accedía al pretendido divorcio, y además, las gestiones practicadas por Alberto y el conde de Treussen, aunque ocultas, habían también alarmado el espíritu recto de Gregorio, el cual no quería sentenciar sin haber oído á la acusada.

Como comprenderán nuestros lectores, el resultado conseguido por el marqués de Buda era casi nulo; y demasiado lo comprendía así, cuando lo primero que hizo en cuanto llegó á la capital fué ver á Ludgarda, manifestarle sus pocas esperanzas de conseguir el divorcio, y cifrar el triunfo en el soborno de los principales consejeros, á los cuales Ludgarda visitó personalmente.

Muchos de ellos, tal vez la mayor parte, accedieron á los

deseos de la condesa de Kinsong, esperando un premio crecido por su condescendencia; y el pueblo, que habia comprendido de lo que se trataba, murmuraba sordamente disponiéndose por su mano á hacer triunfar la justicia.

Blanca, en medio de sus dolores no pudo ménos de sentir una dulce satisfaccion al saber las noticias de todo lo que llevamos referido; y mucho más cuando al referir á Alberto y á Treussen la cooperacion de Tamariz, convinieron estos en que Ludgarda sería venciada y castigada duramente. En aquellos dias sólo una vez habia vuelto á ver al príncipe moravo, y Blanca, herida en el fondo de su corazon por la decepcion de su esposo, no le costó trabajo sospechar que Tamariz la habia vendido. Esta idea le produjo un grave disgusto, pero resignada á su suerte y viendo por otra parte que el rey de España, el emperador de Alemania y el mismo Padre Santo la creían inocente, respetó tranquila y serena en el seno de aquellas personas que tanto la querían á que Dios demostrase la injusticia de que era objeto. Retirada en la blanca casita, y no dejándose ver de nadie ignoraba completamente la actitud del pueblo.

La antevíspera del dia señalado para la celebracion del consejo, Tamariz se presentó en la retirada casa de Blanca. Esta le mandó introducir en su presencia. El príncipe iba pálido y sombrío. Su mirada era fiera, y sus labios se hallaban sin color. La palidez de sus mejillas era cadavérica, y sus movimientos tristes y desalentados.

Blanca apenas pudo reconocerle. —Perdonad, señora, dijo á la reina al penetrar en la sala,

perdonadme si he faltado tantos dias á traeros algunas noticias. No eran en verdad muy interesantes las que podia haberos comunicado, pero no ha sido eso la causa de mi desgracia.

—¡Ah! ¿habeis estado enfermo seguramente?

—Nó, señora.

—La palidez de vuestro rostro.

—He perdido á mi esposa, á quien idolatraba.

La reina se estremeció.

—¡Dios mio, es posible! ¿cuándo?

—Hace cuatro dias que se ha recibido en Buda el correo.

Ha muerto envenenada

—¡Envenenada! ¡Horror!

—Sí, señora.

—Y se ha descubierto al regicida?

—Nó, señora, se ha fugado.

—¿Se sabe quién es?

—Su cocinero.

—¡Infamia! ¿Pero su cocinero ha obrado por sí?

—Es probable.

—¿Nada más que probable?

—Señora....

—¡Ah! repuso Blanca cogiendo la mano del principe y llevándole á un estrado, en donde se sentó con él; veo, señor, que el dolor os ha trastornado vivamente y ha apagado la luz de vuestra inteligencia.

—¿Quereis decir?

—En las averiguaciones practicadas, por me supongo que se habrán practicado muchas, no se ha hallado alguna luz que ilumine ese misterioso crimen?

—Ninguno.

—Voy entonces á hablar.

—¿Sabeis algo?

—¿Qué he de saber? pero raciocinaremos. Ese cocinero ¿tenia algun motivo de odio contra vuestra esposa?

—Ninguno que yo sepa. Hacía una semana que habia tomado posesion de su cargo.

—¿Y cuáles eran sus antecedentes?

—Buenos, al parecer.

—¿De dónde era?

—De Buda.

—¿Húngaro?

—Sí, señora.

—¡Ah! exclamó Blanca con la mirada encendida de furor, ¿todavía no os dice nada esa circunstancia? ¿no es posible que siendo húngaro haya sido un instrumento de la condesa de Kinsong?

—¿De Ludgarda!

—¿Qué os admira? ¿no os ama?

—Como una demente.

—Pues bien, vuestra esposa era un obstáculo para su felicidad, no lo dudeis.

El moravo inclinó sobre el pecho su cabeza pensativo, y despues la levantó con los ojos inyectados de sangre. Las reflexiones de Blanca habian iluminado su razon, y la sospecha de la reina se convertia en una certeza para él, porque él sabia el odio que Ludgarda profesaba á su esposa, odio que no habia tenido inconveniente en revelarle.

—Teneis razon, señora, exclamó por fin con los puños crispados por la ira, teneis razon. Ludgarda aborrecia á mi

esposá; el cocinero es húngaro, quizás haya pertenecido á su servidumbre, é ido exprofesamente á cometer el crimen.... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esa mujer es una fiera.

—Si, una fiera, replicó Blanca con voz sombría. Y;—

Y despues de un momento de silencio, prosiguió diciendo:

—Y bien, príncipe, ¿qué pensais hacer? Para vengaros de Ludgarda necesitais mucho tino y mucha prudencia. Lo puede todo en el ánimo del rey, y...

—Descuidad, señora, replicó el moravo con voz ronca de cólera, ya sé cómo pisar á la víbora para que no muerda. Tranquilizaos, me vengaré impunemente. Ahora mismo voy al palacio, en el cual vive ella; la sorprenderé para aclarar la verdad; si es inocente devoraré en silencio mi dolor, pero si es culpable....

—¡Oh! ¿vais á asesinarla, príncipe? exclamó Blanca.—

—Nó, señora. Los moravos tenemos fama de sanguinarios, no importa. Yo sé que el hombre no tiene derecho á la vida de otro hombre. Pero me vengaré de Ludgarda; tengo medios para ello. Poseo sus cartas, en que se burla del rey y del marqués de Buda, y también las que ha intervenido de la reina Doña Blanca, las cuales le arrancaré á viva fuerza. Con esto me presentaré á D. Fernando. De esta manera trabajo también en favor de Doña Blanca.

—¿Y no sería mejor para la presentación de esos documentos aguardar la celebración del consejo? Delante de testigos....

—Perded cuidado, delante de testigos serán entregados al rey.

—Haced lo que gustéis Tamariz, y Dios os alumbre.

—Gracias, señora. Ahora hablemos de vuestra ama. ¿Sa-

beis que ha venido ya el marqués de Buda acompañado de un delegado del Papa?

—Sí, lo sabía.

—¿Y sabéis tambien que la declaración de divorcio encuentra gran oposicion en S. S?

—Tambien lo sé.

—¡Ah! veo que teneis excelentes emisarios.

—Sé más que vos. Sé que Felipe II se ha opuesto á la declaración de divorcio, y que los archiduques Carlos y Alberto están en Buda para proclamar en nombre del emperador la inocencia de la reina.

—¿En Buda?

—Sí.

—¿De incógnito?

—Es claro, no se presentarán hasta el momento de celebrarse el consejo.

—¿Y los habeis visto?

—Se hallan en esta misma casa. Pero no tengo inconveniente en revelároslo, porque creo que me sereis fiel. El enemigo contra quien combatimos es comun para los dos.

—¿Y la reina?

—En Buda tambien.

—¿En Buda? ¿acaso aquí mismo? ¿en esta casa?

—Sí, se encuentra en vuestra presencia.

—¿Vos, señora? ¿sois vos la reina de Hungría?

—Sí, Doña Blanca de Lanuza.

Tamariz, asombrado, se levantó inclinándose con profundo respeto.

—¿Qué haceis? le dijo Blanca.

—Lo que debo, señora. El vasallo debe estar de pié delante de su reina.

—¡Oh! nó, nó, sentaos, Tamariz, yo os lo ruego. En este momento no soy más que una mujer acusada de adúltera por su esposo, no soy la reina. Sentaos, yo os lo mando.

El príncipe se sentó quedándose pensativo. Después de un momento de silencio, exclamó:

—¿Sabe V. M., reina mia, que el pueblo está casi levantado proclamándoos por inocente?

—¿Qué decís?

—La verdad. ¿Quiere V. M. que se levante? No tiene más que autorizarme para decirle que su querida reina se halla entre él.

—¡Oh! nó, nó, provocar un motin en el que la sangre correría... nunca, nunca... todo al contrario. Que no sepa nadie que he venido. Yo os lo suplico.

—Sereis obedecida, señora.

—Sí, sí....

—A nadie diré lo que he sabido, os lo juro.

—Pues bien, yo confío en vuestra palabra, y nada añado. Sólo si me comprometo, si triunfo, á alcanzar del rey vuestra libertad y á que os devuelva los países que os ha conquistado.

El príncipe se inclinó tristemente.

—Gracias, señora, la dijo; ahora voy á ver á Ludgarda.

—No os precipiteis, yo os lo ruego; un asesinato podria ser funesto á mi causa. Es preciso que la misma mujer que ha sido la primera en calumniarme, sea tambien la primera que se retracte solemnemente.

—Ludgarda no morirá, señora, á lo ménos por mi brazo.  
—¿Ni por vuestro mandato? El que debo.

—Tampoco.

Después de estas palabras, el moravo se levantó para retirarse.

—Permitidme, señora, le dijo, hacer os una última advertencia. El marqués de Buda y sus allegados están tratando de adquirir prosélitos para dominar el consejo que ha de celebrarse pasado mañana. Si V. M. tiene alguna persona que pueda también lealmente trabajar por el mismo estílo á vuestro favor, creo que debéis hacerlo.

—Nó, príncipe! La convicción de mi inocencia y la fé que tengo en la justicia de Dios, me hacen no fiar más que de él, el triunfo de mi causa. El descubrirá mi inocencia!

El príncipe se inclinó respetuosamente, y no atreviéndose á besar la mano de la reina, fué á retirarse en silencio; pero Blanca, que le convénia adquirirse la amistad de aquel hombre, le alargó la mano con afectuosa deferencia.

—Tomadla, Tamariz, le dijo; es la mano de una amiga la que os ofrezco, no la de la reina. Tomadla, sois bien digno de estrecharla, y hoy más que nunca.

El príncipe, confundido de gratitud y entusiasmado por aquella noble y desgraciada mujer, cogió su mano, la llevó á sus labios respetuosamente y haciendo otra profunda reverencia, salió de la sala.

Blanca le vió partir y después lanzó un suspiro.

—¡Desgraciado! También él ha sido herido en el corazón por esa mujer fementida... ¡Oh! Dios mio, ¿por qué consentes esas monstruosidades?



## CAPÍTULO VII.

Este se sentó sin ceremonias á la derecha de la condesa, y silencioso se la quedó mirando profundamente. Respiraba aquella una loba vencida. La condesa no pudo menos de estremecerse. Hubo un momento de silencio, hasta que la condesa, casi con el convencimiento de que la condesa de Kinsong era la homicida de su esposa, el príncipe moravo se presentó en el palacio y se hizo anunciar á Ludgarda. — La perversa mujer, no muy tranquila con el resultado del consejo que iba á celebrarse, mucho más cuando no ignoraba la disposición del pueblo de Buda, acababa de separarse de Georgey, con el que habia tenido una conferencia de más de dos horas, y en la cual le habia manifestado que, si en aquel consejo era vencida, no le quedaba más recurso que expatriarse.

Georgey era ambicioso y no miraba con buenos ojos perder lo que creia haber conseguido ya. Con este objeto se separó de Ludgarda ofreciéndola emplear toda su influencia para que sus partidarios estuviesen en mayoría en aquel especie de jurado.

Cuando Tamariz penetró en la cámara de la condesa, ésta se hallaba sentada en un sillón al lado de una magnífica mesa de mármol, en la cual se veía una papelera del gusto del renacimiento.

Al ruido que hizo Tamariz para entrar, Ludgarda levantó la cabeza, y al ver al moravo, entreabriéronse sus labios para dar paso á la sonrisa más encantadora.

Tamariz contestó á esta sonrisa con un fruncimiento de cejas, que hizo incorporarse á Ludgarda y mirar fijamente al moravo.

Este se sentó sin ceremonia á la derecha de la condesa, y silencioso se la quedó mirando profundamente.

Respiraba aquella mirada una tristeza tan sombría, que la condesa no pudo ménos de estremecerse.

Hubo un momento de silencio, hasta que la condesa, viendo que su amante no la decia nada, se atrevió á interrogarle.

—¡Es posible, Tamariz! le dijo; ¿en qué estais pensando que tan taciturno os encuentro? ¿Tan poco valgo yo para vos, que encontrándoos á mi lado nada hallais que decirme?

—Señora, os equivocais.

—No lo veo así.

—Es tanto lo que tengo que deciros, que no sé por dónde empezar.

La condesa se sonrió.

—Empezad por lo grave.

—Todo es grave, señora.

—Pues entónces por lo más largo.

—Voy, pues, á daros gusto, señora, añadió el príncipe pausada y lentamente; deseo retirarme de Buda, y vengo á que solicitéis del rey el competente permiso.

—¿Tan mal os va en Hungría?

—Nó, señora, però estoy haciendo falta en mi casa.

El acento de estas palabras no habia sido doble ni sar-

cástico; pero la condesa, subyugada por su conciencia, vió en él una acusacion, y no pudo ménos de decirle:

—¿Falta en vuestra casa?

—Sí, señora.

—¿Por ventura no la haceis aqui?

—Nó, señora.

—¡Ah! sois un ingrato; ¿cómo habeis podido olvidar tan pronto mi amor?

—Porque el hombre es inconstante.

—¿Eso es decir que ya no me amais?

—Nó, señora, no os amo.

—¿Conque no me amais?

—Nó, señora, volvió á repetir Tamariz con amarga ironía; mucho se adora al sol; pero si se aproximase á nosotros nos aplastaria. Ved, pues, cómo en ocasiones conviene que los astros estén muy léjos.

—Celebro la comparacion, añadió Ludgarda procurando sonreirse, aunque la verdadera sonrisa ya habia desaparecido de sus lábios; pero me parece un poco inexacta, porque es muy injusta.

—¿Y por qué, señora?

—Porque de este modo podreis acusarme de todo lo que se os antoje.

—¿Luego sospechais que voy á acusaros?

—No sé de qué.

Tamariz se estremeció de cólera.

—¡Ah! exclamó con acento sombrío, si fuera á formular todos los cargos que puedo haceros, necesitaría tres ó cuatro horas, y tengo prisa.

—¿Tanto teneis que hacer? Hace dos meses que cuando os

encontrábais á medida de las horas trascurrían para vos sin sentir.

—Es verdad, pero entónces os mentía.

—¿Me engañábais?

—Yo no os he amado nunca, condesa, exclamó el moravo roncamente.

Ludgarda palideció de cólera y sentimiento, y quiso sonreirse, pero inútilmente.

—¡Ah! exclamó; veo, Tamariz, que estais loco, y si continuais de ese modo no puedo oiros. Retiraos.

—¿Me echais, señora?

—Estais faltando al respeto que debeis á una dama.

Y la condesa, herida en su orgullo y en su amor, fué á levantarse, pero Tamariz, súbito como el rayo, sacó un puñal damasquino, y sujetando con su mano izquierda el brazo derecho de la infame, levantó el arma, diciendo con ronco acento.

—¡Miserable homicida!... Tu vida, ó las cartas de la reina.

Tan súbito fué el ataque y tan terrible la expresion del rostro del moravo, que Ludgarda, viéndose perdida, le faltó el valor para gritar, y huyendo de su semblante el color, fijó sus aterrados ojos en el príncipe.

—Sí, prosiguió éste, el cielo castiga todos los crímenes, y el tuyo, perversa criatura, no puede quedar impune. ¿Qué has hecho de mi esposa? ¿qué has hecho de la honra de la reina de Hungría? Habla, responde, responde, ó te parto el corazón y te envío con Satanás, que te está esperando.... Habla.... Has muerto á mi esposa, que en nada te había ofendido, y la sangre pide sangre. Morirás.—La

has muerto traidoramente, y á traición tienes que morir... Yo nada arriesgo con matarte. La inocencia de doña Blanca se ha descubierto, y para captarme las simpatías de toda la Alemania, que te aborrece, no tengo más que presentarme como su vengador. Réza, reza por tu alma, porque vas á morir.

La condesa se vió perdida, y sobrecogida de espanto, no pudo disimular su terror. Creyó que Tamariz había descubierto que ella era la que había ordenado la muerte de su esposa, y sin saber cómo, dominada por el terror, desfallecida, pálida como un cadáver, cayó de rodillas á los pies del moravo, sin que éste cambiara de actitud ni soltara su presa.

— ¡Perdon! exclamó casi en voz baja, soy culpable.... Te amaba demasiado para no aborrecer á tu esposa.... Te veía siempre triste porque no estabas con ella, y los celos trastornaron mi razón. Perdóname. Reconozco mi crimen. Soy culpable.

— ¿Con que eran ciertas mis sospechas?

— Tus sospechas?

— Sí, miserable....

— ¿Luego nada sabías de cierto?

— No.

— ¡Ah! exclamó la condesa con un acento inexplicable de ira al ver que se había vendido, pues si hubiéramos negado,

las sospechas de Tamariz no hubieran pasado de sospechas.

El principe comprendió el grito de Ludgarda, y más irritado todavía, prosiguió diciendo:

— Acabemos, señora. Vuestra muerte no devolvería la vida á mi pobre María, y os perdono; pero ahora pasemos á

otra cuestion. Vos tenéis en esa papelera, porque me lo habéis dicho muchas veces, las cartas interceptadas á la reina de Hungría. Es preciso que me las entreguéis ahora mismo.

Ludgarda comprendió que si entregaba aquellas cartas (pues no podia desconocer el uso que se queria hacer de ellas) estaba perdida, y por mucho que la aterrased la muerte, más la aterraba el escándalo.

— ¡Oh! exclamó con voz entrecortada, ¿quereis las cartas de la reina?

— Sí, señora.

— No las tengo, y aunque las tuviera no os las entregaria. ¿Pretendeis llevárselas al rey?

— Y se las llevaré.

— Os cansais en vano, Tamariz.

— Señora!

— Matadme; no tendreis esas cartas.

Y la condesa cerró los ojos esperando recibir el terrible golpe; pero Tamariz, que era incapaz de sepultar su acero en el seno de una mujer indefensa, por mucho que fuera su odio, rugió de cólera al ver que iba á ser vencido, y lo habria sido en verdad á no habérsele ocurrido una idea feliz.

Comprendió que la condesa de Kinsong preferia morir á presenciarse su deshonor y el castigo que la esperaba si se hacian públicos sus manejos para deshorrar á la reina de Hungría, y exclamó lúgubrementey bajando el puñal hasta colocar su acerada punta sobre el seno blanco y redondo de la condesa:

— Señora, confieso que os creí más pervertida, y que por no exponeros á morir me entregariais las cartas de la reina.

Esto me indica que temeis la publicidad de vuestra conducta; y como yo soy inexorable y no puedo perdonaros, os juró por mi fé de caballero que esas cartas me las habéis de entregar.

—Nunca, nunca.

—Señora....

—Nunca, os lo juro también.

—Entonces oidme, condesa. Sé que están en esa papelería.

—No, no.

—Si, si, ahí están.

—Pero ¡Dios mio! ¿Qué pretendéis?

—Voy á deciroslo. Si me las entregais, enseñarlas al rey Fernando para que levante las censuras á su esposa y os destierre de Hungría sin que la nacion sepa la causa de vuestro destierro; y si no me las entregais, tocar á ese timbre, escandalizar el palacio, hacer que el rey y los cortesanos acudan á esta sala, y sin que podais defenderos, pues os tendré sujeta, confesar al rey la verdad, decirle que habeis sido mia, como lo habeis sido del marqués de Buda; decirle que le habeis estado engañando, que habeis envenenado á mi esposa, que la reina está en Hungría, que es inocente, y que como prueba de su inocencia, dentro de esa papelería encontrará las cartas que habeis interceptado sin otro objeto que el de alucínarle. Además, le enseñaré también las que tengo de vos, y hecho así, el rey no podrá ménos de mandaros prender, si quiera por los nobles que me oigan, y se os formará causa; y como os aborrece el pueblo, y los conoce ya el emperador de Alemania, sus hijos, el rey de España y la principal nobleza de Hungría, todos pedirán vuestra vida, y morireis á manos del verdugo.

—La condesa se estremeció como si hubiera sufrido una descarga eléctrica, y sus dientes chocaron unos con otros. Comprendió la verdad de todo lo que acababa de oír, y viéndose perdida, comenzó á llorar entre cortados sollozos.

—¡Oh! ¡compasion, compasion, príncipe! exclamó ya vencida completamente.

—No hay compasion, repuso el inexorable moravo; no la hay, no puede haberla. Dadme esas cartas, ó doy voces. Quereis huir del escándalo, pues bien, evitadle. Si me las dais, nadie os conocerá más que el rey. ¿Qué decidís? Hablad pronto, pronto. —Pero ¡Dios mio! ¿Qué pretendéis? — ¡Oh! ¡acordaos que me habeis amado!

—Yo no os he amado, señora.

Esta respuesta era para la condesa de Kinsong tan dolorosa ó más que todo lo que habia oído, porque ya hemos dicho que amaba á Tamariz con toda su alma; por lo que al oírle levantó los ojos al cielo, y quizás en aquel momento, allá en el fondo de su conciencia, comprendió que era justo su castigo.

Después, leyendo en el rostro del moravo la decisión de una voluntad de hierro, comprendió también que no podía luchar, y ante la terrible disyuntiva que la presentaba, resolvió aceptar la menos horrible.

Se incorporó balanceándose, y suplicó á Tamariz que la dejase libre el brazo derecho; hizolo así aquel, dejando señalada su mano por un círculo negro en la torneada muñeca de la condesa, que no habia sentido dolor ninguno, y Ludgarda se acercó á la papelería, abrió uno de sus cajones, apretó un resorte, que dejó descubierta un pequeño fondo, y de él sacó un rollo de papel.



—Tomad, dijo á Tamariz entregándoselo, tomad, y haced de ello lo que queráis; me habeis vencido, me habeis engañado.... Sois la causa de mi deshonra, de mi muerte.... Gracias, señor.

El moravo examinó el rollo de papel, y vió que efectivamente eran las cartas que Blanca habia escrito á su esposo, una de las cuales tenia una postdata autógrafa de la hija de Felipe II. Guardóselas en su limosnera, y miró fieramente á la húngara.

—Señora, la dijo con ronco acento, pesa sobre vos más de un crimen y no puedo perdonaros. La sangre de mi esposa ha de caer gota á gota sobre vuestra cabeza. *El príncipe* Oh! ¡sois un miserable! exclamó Ludgarda apoyándose desfallcida en la mesa de mármol que sostenia la papelería. Tamariz la miró fiero é iracundo, y su mano, que apretaba el pomo de su puñal, se crispó involuntariamente; pero despues, pareciéndole indigno herir por sus propias manos á aquella mujer indefensa, guardó el acero, y sin proferir más palabras, sin volver á fijar sus ojos en la condesa de Kinsong, se pasó la mano por la frente y salió de la cámara como un espectro del otro mundo.

La condesa se quedó recostada en la mesa, con la frente inclinada y los brazos caidos á lo largo de su cuerpo. Despues lanzó un suspiro y se incorporó; un relámpago de impotente cólera cruzó sus pupilas, que brillaron como las del tigre, y rompiendo los encajes que cubrian su seno, se apretó el corazon con ambas manos, lanzó un ¡ay! y cayó al suelo sin sentido.

Un incidente sin embargo, habia preparado en algún

—¿Por qué no me habéis dicho esto lo que queráis; me habéis vendido, me habéis vendido... Sois la causa de mi deshonra, de mi ruina...  
 Gracias, señor.

### CAPÍTULO VIII.

El nuevo examen de las cartas que Blanca había escrito a su esposo, una de las cuales tenía una postdata autógrafa de la hija de Felipe II. Guardólas en su timonera, y miró fieramente

#### Revelaciones.

—Señora, le dijo con tono acento, pes sobre vos más de un crimen y no puedo perdonaros. La sangre de mi esposa

El príncipe Tamariz, anhelando cumplir la palabra dada á Blanca, cuyo infortunio habia interesado más vivamente su corazón desde el momento que se descubrió á él, y deseando también vengarse de Ludgarda, ¿por qué no decirlo? atravesó con paso acelerado varias habitaciones y galerías y se presentó en la del rey. Fernando se hallaba en aquel momento conversando de asuntos indiferentes con cuatro ó cinco nobles, entre ellos el obispo de Buda y Georgey; pero su fisonomía estaba sombría y triste, porque no hacía aún dos horas que el marqués de Buda le habia manifestado nuevamente los inconvenientes que el Padre Santo ponía para conceder el divorcio pretendido. Además, la idea del congreso ó jurado que se veía obligado á reunir por mandato del Papa, no dejaba de alarmar al rey, porque la verdad es que un vago presentimiento le hacía sospechar que su esposa era inocente, y temía el sonrojo que iba á sufrir por su conducta.

Un incidente, sin embargo, habia preparado en algun

tanto su corazón para desear, aunque vagamente, que su esposa saliera con honra de aquel juicio, aunque esto le imposibilitara de conseguir el apetecido divorcio.

Las reflexiones del delegado de S. S., que era monseñor Palagnati, célebre cardenal y teólogo de aquel siglo, habían causado bastante impresión en el corazón de Fernando, impresión rubostecida algunos momentos después con una inocente pregunta de su hijo, que le preguntó sonriendo cuándo volvía su mamá.

El antiguo Corsario, que no era malo, y que sólo se había dejado dominar por la condesa de Kinsong, impulsado por el despecho que le producía la conducta de Blanca, de la cual no recibía ni una carta, y más que nada por su carácter ardiente, impetuoso, altivo y fiero, no siendo dominado por los dulces consejos de la reina, había comenzado á vacilar, no en el amor que sentía por Ludgarda, porque no merecía este nombre el delirio que le había producido, sino en la conducta que se había propuesto seguir y en el castigo que por su supuesta falta quería imponer á su esposa. Además, Fernando sabía por el delegado (y es probable que también por algun otro de los partidarios que Blanca tenía entre la nobleza) la actitud que iba tomando el pueblo y la conducta que se habían propuesto seguir en aquella querrela el emperador de Alemania y Felipe II, del cual había recibido una extensa carta no muy tranquilizadora en verdad.

Todo esto unido á las pretensiones de Ludgarda, cuya ambición no pudo ménos de conocer desencantándole en algun tanto, le tenía sumido en una abstracción profunda y una situación moral perfectamente favorable para oír al príncipe moravo.

La afectuosa deferencia que el rey de Hungría dispensaba á su prisionero; facilitó á este el penetrar en la regia cámara sin ser detenido por ninguno de los guardias, pajes ni mujeres.

Con efecto, Tamariz se presentó al rey, que al verle se sonrió alargándole la mano, mientras los demás nobles se levantaron de sus asientos, demostrando así el respeto que les inspiraba la desgracia.

—Dios os guarde, príncipe, le dijo Fernando presentándole un escabel para que tomase asiento; hacía ya algunos dias que no os habiais dignado hablarme, lo cual os dispense porque conceptúo la gravedad de la desgracia que ha caído sobre vos; ¿Venís acaso á despediros? Marchad, pues, á vuestros Estados; ya sabéis que sois mi amigo más que mi prisionero, y creería ofender á Dios si os retuviese por más tiempo en Buda despues de la muerte de vuestra esposa.

—Perdonad, señor, le dijo Tamariz inclinándose, os doy gracias por vuestras bondades, y os las doy doblemente, porque esperó que me concederéis media hora de audiencia para asuntos de alguna importancia.

—Concedida, príncipe. ¿Queréis que se retiren estos señores?

—Oh! no, al contrario, desearia poder hablar delante de toda la corte.

—¿Pues qué es ello?

—Es un asunto que pertenece á V. M.

—¿A mí?

—Y á vuestra augusta esposa.

La frente de Fernando se nubló, y los nobles se miraron unos á otros.

El marqués de Buda hizo un movimiento de disgusto que no pasó desapercibido para el moravo.

Éste continuó:—

—Voy, señor, á molestar la atención de V. M. con un negocio que debe serle doblemente doloroso, pero que no dudo me agradecerá despues que le haya dado este mal rato. Sabeis, señor, cuáles son mis ideas, y creo que os hallais convencido de ello. Voy además á hablaros de vuestra esposa, la ilustre y desgraciada reina Doña Blanca, digna, dignísima de ocupar el trono húngaro, y voy á defenderla con pruebas que os demostraran la injusticia de los ataques que se le han dirigido.

Fernando se conmovió, y no pudo menos de decir al moravo:

—Príncipe, ese asunto ha de resolverlo el consejo y no ahora particularmente.

—Perdonad, señor, pasado mañana será tarde. Ahora se hallan aquí presentes los principales nobles de vuestra corte, y bastará su testimonio para la justificación de la inocencia.

—¿Y qué móvil os impulsa?

—La justicia, señor, y la venganza.

—¿La venganza? ¿Contra quién?

—Contra la condesa Ludgarda.

—¡Príncipe!

—Señor, escuchadme, exclamó impasible el moravo, no arredrándole el tono de reconvencción del rey, y conociendo que este no tenia más remedio que oírle; la condesa de Kinsong, á quien V. M. ha considerado hasta ahora como una de las damas húngaras más principales, acaba de ser con-

vencida por mí de homicida y de calumniadora. La condesa de Kinsong ha muerto á mi esposa.

—¡Ludgarda! exclamó el rey.

—Es mentira, exclamó el marqués de Buda lanzando sobre Tamariz una mirada de orgulloso desafío.

—Señor, replicó el moravo sin hacer caso del magyar, ella misma acaba de revelármelo. La circunstancia de haber sido muerta mi esposa por medio del veneno, como sabe V. M., me ha hecho reflexionar sobre su muerte hasta adquirir la convicción que ha sido Ludgarda la regicida. Ya sabe V. M. que el cocinero de mi difunta esposa ha desaparecido, confirmando así las sospechas de que él ha sido el culpable; pero mi esposa era muy querida, no tenía enemigos en el país, luego el cocinero ha sido sólo el instrumento de una venganza. Ahora bien, señor, ese cocinero es húngaro y ha estado al servicio de la condesa de Kinsong.

—Eso no prueba nada, objetó el rey; porque ese cocinero haya pertenecido á la casa de la condesa, no por eso puede suponerse lo que decís. ¿Tenía la condesa de Kinsong algun resentimiento contra vuestra esposa?

—Eso es lo que hay que demostrar, exclamó Georgey.

—Sí, señor, replicó el moravo; un resentimiento terrible. Estaba celosa.

El rey palideció, y el magyar se revolvió impaciente en su asiento.

—¡Celosa! exclamó este último.

—¿Os amaba acaso? dijo el rey.

—Sí, señor, repuso lúgubrementes Tamariz; me amaba, y para que quedase libre ideó deshacerse de mi esposa.

—¡Pero eso es horrible! exclamó el obispo; observad, prin-

cipe, que una acusacion de esa especie sin pruebas....

—Perdonad, ilustre prelado, continuó Tamariz; la misma condesa me lo ha confesado al fin; pero como yo no pretendo ser creído bajo mi palabra, y como por otra parte no deseo que se la castigue por este crimen, pues así se lo he prometido, dad, y vosotros tambien ilustres húngaros, por no dicho todo lo que habeis oido, y permitidme explicaros la causa principal de esta conferencia, el por qué pido justicia, para quién y contra quién la pido.

—Creo que estais abusando demasiado de la bondad del rey, exclamó el marqués de Buda, que presentia una catástrofe.

—Noble magyar, contestó Tamariz con un acento que lo mismo podia ser respetuoso que sarcástico, sois el único de todos los nobles que me escuchan, que se ha atrevido por tres ó cuatro veces á interrumpirme, y creo que es una falta de respeto á vuestro rey, porque sólo á S. M. concedo el derecho de interrogarme.

—Y quereis arrebatar-me el de defender á una ilustre dama á quien calumniais, escudado con la proteccion que S. M. os concede?

—Señor, replicó el obispo dirigiéndose al magyar, disculpo vuestro celo, pero no le apruebo. Dice muy bien el príncipe, sólo el rey puede interrogarle, toda vez que á S. M. es á quien viene á revelar lo que vamos á oir; cuando concluya, si el rey nos autoriza para ello, pediremos pruebas de su acusacion al delator. Ahora yo tambien os ruego, marqués de Buda, que dejeis hablar al príncipe.

Georgey miró al obispo con iracundos ojos, pero no se atrevió á despegar sus labios.

Tamariz prosiguió diciendo, mirando al rey como si á él solo se dirigiera:

—He dicho á V. M., señor, que ahora iba á decirle el por qué pido justicia, para quién y contra quién la pido, y voy á cumplir mi palabra. Pido justicia, señor, por acallar la murmuracion de vuestros vasallos, que con los ojos fijos en el régio alcázar, contemplan asombrados é indignados el reinado de la impudencia y del favoritismo; pido justicia para vuestra noble y virtuosa esposa la reina Doña Blanca, victima de una calumnia infame; y pido justicia contra la condesa de Kinsong, autora de esa calumnia que el reino entero ha oido indignado. Tal es el objeto de mi venida. Yo, el último de vuestros vasallos, vuestro prisionero de guerra, he querido ser el paladin de la virtud, he querido desmascarar al vicio y conseguir con mi conducta rehabilitar á la mejor de las esposas, de las madres y de las reinas.

Tamariz concluyó de hablar, y por espacio de algunos minutos ni aún el rey se atrevió á despegar los labios, porque aterrado, y más que aterrado confundido, presentia que la protesta del moravo iba á ser como el combustible que se arroja al fuego, nuevo elemento de complicación en aquel doloroso asunto.

En cuanto al obispo de Buda, acérrimo partidario de Blanca y uno de los que más deploraban la extraviada conducta de Fernando, vió en las palabras del moravo una prueba de la justicia del cielo; y sin esperar á que hablase el rey, y sin importársele nada los gestos de colérica impaciencia del marqués de Buda, exclamó juntando las manos y elevando al cielo sus ojos:

—¡Oh! príncipe, príncipe, hablad, hablad... no os deten-



gais si podeis justificar la inocencia de Doña Blanca, porque deber es de todo hombre honrado sacar su espada en defensa de la virtud. Hablad. Toda Hungria está en este momento pendiente de vuestros labios, porque en el doloroso asunto que pasado mañana va á juzgarse, debo confesar que todas las pruebas acusan á Doña Blanca. Pero faltaba aún oirla, y no se la hubiera condenado sin escucharla. ¡Ah! si la reina se hallara en Buda, tal vez no necesitaria defensor; pero se ha obstinado en permanecer al lado de Felipe II, y esto, debo decirlo, justifica en parte la acusacion que pesa sobre ella. Quiera Dios escucharos y concederos el grande, el sublime, el santo valor de probar y justificar la inocencia de la reina, devolviendo á un esposo su esposa, á un hijo su madre, á un reino su soberana.

Las palabras del prelado conmovieron á Fernando y á Tamariz, que en aquel momento se creyó superior al mismo rey. Decidido ya á hablar sin rebozo, se levantó del sillón, y colocando su mano en la cruz de su daga, exclamó con voz solemne:

—Pues bien, Dios me juzga. Oidme, nobles señores, y vos tambien, señor. Yo, Tamariz, rey de la Moravia, príncipe de Transilvania, declaro á la faz del mundo y juro por Dios, que la reina de Hungria y de Bohemia, Doña Blanca de Lanuza, es inocente del crimen de adulterio que se la imputa, siendo una infame calumniadora la condesa Ludgarda de Kinsong y todos los que han sostenido y sostienen que es cierto ese crimen.

—Bien, bien, hijo mio, exclamó el prelado levantándose y abrazando á Tamariz en medio de su entusiasmo.

El marqués de Buda tambien se levantó, y con voz des-

templada, faltando al respeto que debía a su rey, exclamó rojo de colera:

—Y yo juro también en nombre de Dios sacar la lengua al insolente que acusa sin pruebas a la condesa de Kinsong.

—Marqués de Buda, repuso Tamariz con una tranquilidad que contrastaba con la colera del mal caballero, yo no acuso sin pruebas, y ratificandome en lo que acabo de decir, ved lo que entrego a S. M.

Y dirigiéndose al rey le entregó las cartas que conservaba de Ludgarda y las que habia arrebatado a ésta momentos antes.

Fernando las tomó con mano trémula. Era en verdad necesario que el antiguo Corsario Negro hubiera perdido toda su energía para que hubiese consentido aquella violenta escena sin imponer silencio a los que faltaban al respeto que debían a su rey.

Pero ya lo hemos dicho en otra parte, Fernando estaba desconocido.

Con la misma mano que cogió las cartas se las entregó al obispo de Buda, como si no se atreviera a desarrollarlas, y con la otra indicó a Tamariz y al magyar que se sentasen.

Los dos obedecieron lanzándose una mirada de odio, y el prelado, grave y solemnemente abrió las cartas y pasó por ellas su vista.

—¡Qué veo! exclamó; estas tres cartas son de la reina, fechadas en Madrid hace cuatro meses, precisamente cuando V. M. se quejaba de no recibir noticias de su augusta esposa. Estas cartas han sido interceptadas. ¿Quién las tenia, príncipe?

—La condesa de Kinsong.

—¡Ah! prosiguió el prelado, presiento que la providencia de Dios va á dejarse ver como siempre.

Y comenzó á leer rápidamente las demás; pero á la tercera, su noble y venerable fisonomía se contrajo, y levantando al cielo sus brazos, no pudiendo ya contener su emoción, exclamó:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡nunca dejas á la maldad impune! ¡Oh! ¡asco y vergüenza!

Y volviéndose al rey añadió:

—Rey D. Fernando, la lectura de estas cartas es la prueba más concluyente de la inocencia de la reina; y ahora yo también juro por Dios que la condesa Ludgarda ha calumniado á vuestra esposa. Oid, oid, señores.

—Un momento, repuso Georgey, que adiviné algo de horrible en aquellas cartas, y que comprendí desde luego que la condesa estaba perdida; un momento, venerable prelado. Esas cartas no pueden ni deben leerse sino en el consejo y delante de todos los nobles que le componen. S. M. se encuentra ahora muy afectado, y sería una imprudencia su lectura.

—No, Georgey, repuso el rey lanzando un suspiro, pero sin atreverse á levantar la vista, no: cuando el ilustre prelado se ha aterrado con el contenido de esas cartas, es sin duda porque es horrible. Leamoslas ahora, y no las llevemos al consejo, porque tales cosas pueden revelar que sea una imprudencia darlas á conocer.

El marqués de Buda no se atrevió á insistir, y confiado en el amor que Fernando profesaba á Ludgarda, creyó que éste lo que deseaba era no verse obligado á castigar á su favorita.

Los demás nobles se miraban asombrados, no sabiendo qué admirar más, si la energía y heroicidad de Tamariz, ó la audacia de Georgey en defender una causa tan despreciable.

—Señor, exclamó el moravo despues que el rey hubo concluido de hablar; ántes de comenzar la lectura de estas cartas, permítame V. M. hacer una observacion.

—Hacedla, príncipe.

—Uno de los fundamentos en que se apoya la acusacion que pesa sobre Doña Blanca, es su falta de correspondencia con V. M., pues se ha dicho que entretenida con sus amores, habia olvidado por completo á su esposo. Pues bien, esas cartas que he arrancado á la condesa destruyen ese fundamento, porque están escritas en diferentes épocas por Doña Blanca desde Madrid, y en ellas se queja de no haber recibido ninguna de su augusto esposo, apareciendo en la más antigua una postdata con la firma de la infanta Isabel Clara, hija de Felipe II. Esas cartas no pueden ser más cariñosas, y todas revelan el afecto que Doña Blanca profesa á su augusto esposo y la sabiduría que la distingue, pues están llenas tambien de sublimes y acertados consejos. Ahora bien, señor. La condesa Ludgarda necesitaba hacer creer á V. M. de algun modo, que el crimen de la reina era cierto, y para esto sobornó á los correos é interceptó la correspondencia. Creo que este hecho, aún aislado, constituye en sí un grave delito; pero como si Dios deseara no dejar en la mente de V. M. ni la más pequeña duda, acerca de la inocencia de vuestra esposa, en esas otras cartas firmadas por la condesa, declara ella misma que es efectivamente falso el delito que supone en la reina, pero que necesita pro-

barle para conseguir sus fines. Me parece que ante semejante confesion la evidencia es manifiesta. Ahora he concluido: podeis leer, reverendo prelado.

El marqués de Buda, durante la relacion de Tamariz, habria deseado mejor encontrarse en el infierno que delante del rey y de aquellos nobles que le rodeaban, debiendo decir por nuestra parte que ya no era únicamente el presentimiento de perder su privanza lo que encendia su cólera, sino la vaga sospecha de que Ludgarda amaba, y amaba mucho, á la persona á quien aquellas cartas iban dirigidas, cuando tales confianzas le hacía en ellas. A esta sospecha iba asociado indudablemente el nombre de Tamariz; y esto aumentaba su cólera, porque indudablemente Ludgarda le habia estado engañando, mientras él se hallaba en Roma trabajando en su favor.

Loco, desfigurado, con la mirada centellante, lanzó sobre su rival una mirada terrible, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Leed, ilustre prelado; volvió á decir Tamariz, viendo que el obispo no comenzaba la lectura de aquellas cartas esperando tal vez el permiso del rey.

—Sí, leed, señor, repitieron los nobles.

Entónces el obispo comenzó la lectura por las cartas de Blanca dirigidas á su esposo desde Madrid; y como era un tesoro de cariño bastante familiar para que en ellas no hubiese dejado ver su alma, todos se conmovieron, y el mismo Fernando, no pudiendo contener su dolor, se cubrió el rostro con sus manos.

Bien es verdad que el anciano obispo, partidario de Blanca y amigo de la justicia, daba tal entonacion á la lec-

tura, que el sólo acento de su voz era bastante para conmover.

El silencio más profundo reinaba en la regia cámara, y había indudablemente algo de solemne en la lectura de aquellas tiernas cartas de una esposa á su esposo, cartas que debían echar por tierra la más infame de las calumnias.

Después tocó su turno á las escritas por la condesa de Kinsong á Tamariz, las cuales suprimimos, porque no queremos manchar, copiandolas, esta obra destinada á correr por todas las manos. Básteles saber á nuestros lectores que ellas revelaban en toda su desnudez el alma podrida de la condesa de Kinsong, y que se ridiculizaba á Fernando y á Georgey de la manera más escandalosa. Ludgarda se vanagloriaba de enganar á Fernando, que era el primer hombre del reino, y al marqués de Buda, que se tenía por el primer intrigante. Aseguraba á Tamariz que, gracias á sus trabajos, el divorcio del rey era seguro, y por lo tanto su elevacion al trono, y que cuando esto sucediera le aseguraba hacerle dueño de inmensos tesoros pertenecientes á Hungría.

Las cartas eran siete u ocho, pero el obispo no pudo leer más de cuatro. Una santa indignación cubria sus ojos con un espeso velo y hacia su voz convulsa y opaca, en tanto que los demás nobles murmuraban sordamente, escandalizados y horrorizados de lo que estaban oyendo.

Fernando, por una reaccion lógica y natural en su estado moral, comenzó por avergonzarse y concluir indignado con todo su corazón. Al verse convertido en juguete y escarnecido por la condesa; al comprender que nunca había sido amado por ella, y que por ella había

sido mal padre, mal rey y mal esposo; al saber, en fin, que él, rey de Hungría y de Bohemia, había tenido por rivales á un bribón y á un prisionero, la colera cegó sus ojos, la atonía de su alma desapareció para siempre, y roto el desencanto, la venda de sus ojos cayó también para no volverlos á cubrir. La impetuosidad de su carácter renació en aquel momento, y sus manos crispadas oprimían violentamente la empuñadura de su daga, como si deseara vengar por sí mismo el desprecio de que había sido objeto y los males ocasionados por la infamia de aquella mujer.

En cuanto al marqués de Buda, palido y sombrío, miraba de reojo á la puerta de la cámara, como si la idea de la fuga atravesara su mente, porque no podía esperar ser perdonado. La condesa, su amante, á quien él amaba con una pasión del infierno, no solamente le había estado engañando, sino que le había perdido al descubrir la cooperación prestada á la infame intriga para deshorrar á la reina. La expresión del rostro del rey le daba miedo; comprendió que Ludgarda iba á ser castigada, y castigada de una manera terrible, y temió que él mismo no se escaparía. Aquellas cartas imprudentes eran demasiado explícitas para que no llevasen la convicción más profunda al ánimo de todos; Georgey tembló, y tembló con razón. La tempestad rugía sobre su cabeza lo mismo que sobre la de Ludgarda; oía silbar el rayo en torno suyo, y le veía caer sobre él, rápido, inexorable, terrible.

Entonces pensó en la fuga, y dominado por este pensamiento, levantóse de su sillón y pasó junto al prelado, que se hallaba próximo á la puerta. Ocupó otro sillón á su lado

y pretextó querer leer por sí mismo una de aquellas cartas acusadoras.

Pero Fernando, que era ya otro hombre, que había vuelto á ser el antiguo Corsario Negro, se levantó grave, iracundo, sombrío, amenazador, y tendió su mano sobre Georgey, que se estremeció como debe estremecerse el condenado al último suplicio al sentir la mano del verdugo.

—Miserable! exclamó, has engañado á tu rey y has sido cómplice en la mayor de las infamias: vas á morir por mano del verdugo.

—Señor, repuso el marqués cayendo de rodillas, es muy justa esa sentencia. Soy un miserable; pero yo suplico á V. M. me conceda una gracia.

—Habla.

—Que me deje ir libre á mi palacio, y bajo la fé de caballero, yo mismo me presentaré en la cárcel ántes de tres horas.

—No, replicó el rey.

El magyar se puso densamente pálido, y por un momento permaneció anonadado de terror; pero de pronto una idea cruzó su mente, y repuso con aparente humildad:

—Señor, soy padre. Tengo una hija de ocho años que V. M. no conoce. Permittedme verla y abrazarla, sólo para esto os pido una hora.

—Te se traerá esa hija.

—¡Oh! señor... eso es horrible... Yo quiero despedirme de mi hija sin que ella conozca que ya no ha de volver á verme, porque sería causar su desgracia. Comprendedlo, señor, así.

—¿Y cómo nunca me has hablado de esa hija?



—Porque es una hija natural, fruto de unos amores culpables.... Pero yo la amo, señor.... soy padre....

—Basta, replicó Fernando, conmovido con el acento del marqués; basta. Despidete de tu hija y cumple tu palabra, si quieres morir al menos como caballero, como noble. Tu crimen no merece compasión; pero yo también soy padre, y mi crueldad no llega a castigar a tu hija. Vete; ¡pero ay de tí si no vuelves!... porque entonces serás preso y morirás, no decapitado, sino arrastrado por mis potros. Vete, Georgey.

En los tiempos á que se refieren los sucesos de esta historia, una palabra empeñada merecía tanta fé como una escritura, y no es de extrañar que tanto el rey como el obispo, Tamariz y los demás nobles, aceptaran la promesa del marqués y confiaran en su honor. Además, el pretexto que había buscado justificaba completamente su petición, y aunque todos ignoraban la existencia de aquella hija, hallaban también justificado su silencio por la circunstancia de ser, como había dicho el magyar, una hija del crimen. Aparte de esto, Fernando sabía que Georgey no podía escaparse, porque si es verdad que en aquellos tiempos no había telégrafos eléctricos, tampoco había ferro-carriles.

Fernando, pues, concedió al marqués de Buda dos horas para despedirse de su hija, y le dejó marchar.

En seguida se volvió hacia Tamariz;

—Príncipe, le dijo, también me habeis engañado, y no era en verdad una traición lo que tenía derecho á esperar de vos; pero es demasiado grande el beneficio que habeis hecho á Hungría desenmascarando á esos dos miserables, para que yo no os perdone y os conceda la libertad que tanto

anhelais. Sois libre, Tamariz, libre; y mi más querido aliado.

— Señor, repuso el moravo conmovido, doy gracias á V. M. por el honor que me dispensa; pero mi conducta no tiene nada de notable. He podido ser cómplice en tan infame intriga, alentado por la esperanza que la condesa de Kinsong me habia dado de pedir mi libertad; pero la muerte de mi esposa y el haber conocido á la reina doña Blanca, me han hecho cambiar de ideas.

— ¡Cómo! exclamó el rey asombrado, ¿habeis conocido á la reina? ¿Cuándo?

— Hace algunos dias.

— ¿Dónde?

— En Buda.

— ¿Cómo en Buda, si cuando habeis venido ya habia partido para España?

— Señor, vuestra augusta esposa se encuentra en Buda hace algun tiempo, y he sido presentado á ella.

— ¡La reina en Buda! exclamaron los nobles.

— ¡Qué decís! repuso el obispo.

— ¡Oh! hablad, hablad, dijo el rey aproximándose anhelante al moravo; ¿está la reina en Buda, sin saber yo nada? ¿La habeis visto?

— Sí, señor.

— ¿Y dónde está? ¿Cómo no se ha presentado?

— No ha querido darse á conocer hasta que hubiese sido proclamada inocente. Vive en una casita en los arrabales de la ciudad, con dos damas y un fraile llamado Fray Agustin. Hace pocos dias han llegado tambien á Buda los archidukes Carlos y Alberto.

—Al escuchar estas palabras, la emocion del rey llegó á su colmo, y volviéndose al obispo, le dijo con la voz profundamente conmovida:

—Ilustre prelado, ¿qué me aconsejais hacer?

—Señor, que mandeis llamar á vuestra esposa. La intriga se ha descubierto; es inocente, y el consejo que habia de celebrarse pasado mañana es ya completamente inútil. No hay necesidad de él. Estas cartas y la confesion y castigo de los culpables basta para la reivindicacion de la reina. Corred á sus brazos, pedidla perdon, y que vuelva á sentarse en el trono de Hungría. El pueblo la espera anhelante, y dese término á este acontecimiento con fiestas y regocijos, sin olvidar dar gracias á Dios por su inmensa misericordia.

—Pues bien, vos y Tamariz arregladlo todo, y vosotros tambien, nobles magyares. Ya que el cielo ha querido que seais los primeros en haber leído la justificacion de mi esposa, sed tambien los encargados de que haga su entrada en Hungría como se merece. La espero.... Decídselo así, y si hace falta, yo mismo iré en persona, por más que me encuentre muy débil. ¡Ay! las enfermedades del alma tambien pesan sobre el cuerpo....

Y Fernando, débil y enfermizo, no pudo resistir las emociones que habia experimentado en aquella hora, y vacilando cayó desvanecido sobre el sitial.

El obispo y los demás nobles le trasladaron á su lecho.

Gracias á esta circunstancia, la condesa de Kinsong, que debia haber sido presa, nadie se acordó de ella, y pudo bajar para escaparse.

En el capítulo siguiente veremos si logró conseguirlo.

—Ilustre prelado, ¿qué me aconsejáis hacer?

—Señor, que mandéis llamar á vuestras esposas. La intriga

### CAPITULO IX.

—¿Se ha descubierto? es inocente? y el consejo que habéis de

celebrarse pasado mañana es ya completamente inútil. No

hay necesidad de él. Estas cartas y la confesion y castigo

de los culpables basta para la reivindicacion de la reina.

**Quien á hierro mata, á hierro muere.**

Corred á sus brazos, pedidla perdón, y que vuelva á sentar-

se en el trono de Hungría. El pueblo la espera ansioso,

y dese termino á este acontecimiento con fiestas y regocijos.

Impulsado por un pensamiento del infierno, el marqués

de Buda se presentó en la habitacion de Ludgarda.

—Pues bien, vos y Tamariz tratadillo todo y andad

El magyar habia solicitado aquella próroga de una hora

para intentar la fuga, ó por lo menos para poder vengarse

de Ludgarda.

—Ya hemos dicho en otra ocasion que amaba frenéticamente

hacia mirar con buenos ojos la infidelidad de su amante con

el rey; pero cuando supo que aquella le faltaba tambien con

Tamariz, y se convenció que habia sido su juguete, la ira

trastornó su razon, y presa de ese delirio de la venganza

que todo lo hace ver de color de sangre, juró vengarse de la

condesa para morir satisfecho, si es que le tocaba morir.

—Cuando se presentó á Ludgarda, ésta se hallaba sentada

en un sillón, palida como un cadáver y casi sin vida,

recordando su amor por el principe moravo, la conducta de

éste y el peligro en que se encontraba con haberle dado las

cartas de la reina.

En honor de la verdad, debemos decir que esta reflexion

era la que ménos pesaba en la mente de la condesa, porque creia todavía poder dominar al rey, á lo ménos lo bastante para que no se atreviera á castigarla. Empero su amor por el príncipe moravo habia sido absoluto, y la decepcion de éste la volvía loco. Georgey no podia aparecersele en peor ocasion, pero en aquellos momentos la presencia de su amigo la reanimó algun tanto. Tal vez el marqués de Buda podria aún arreglarlo todo.

Georgey, fingiendo una serenidad siniestra, que no fué notada por Ludgarda, se aproximó á ella, y la cogió una mano.

—Ludgarda, la dijo, el rey lo sabe todo. Ese infernal príncipe moravo le ha entregado tus cartas y estamos perdidos. He sido sentenciado á muerte y me hallo libre bajo mi palabra. Los nobles han pedido también tu cabeza, y si no huyes, morirás mañana á manos del verdugo. La reina está en Buda y... ¿qué te parece?

La condesa se estremeció, y aterrada se incorporó mirando al magyar con espantados ojos.

—¡Dios mío! ¡morir! ¿qué dices? ¿es verdad?

—Sí, morir; ¡por tus imprudencias me has perdido!

—¡Oh! perdóname.

—Te perdono, exclamó Georgey con acento inexplicable, te perdono, porque es preciso que nos salvemos para vernos.

—¡Salvámos! ¿y cómo?

—Huyendo.

—¿Pero cómo?

—Mira, la noche se acerca. Este balcón da al jardín. Me descolgaré por él arrancando una de esas colgaduras, y á

favor del crepúsculo iré á mi casa y prepararé dos caballos. En seguida vuelvo, bajas también al jardín y huimos. Todo esto hay que hacerlo antes de una hora, porque pasado este tiempo me buscarán.

—¡Oh! ¿y quieres que yo me quede aquí entretanto?

—Sí.

—Nó, nó, repuso aterrada la condesa, que en aquel momento sólo veía en Georgey su salvador, no acordándose que si había oído leer las cartas escritas á Tamariz, debía aborrecerla y despreciarla; nó, tengo miedo de un momento á otro bajarán á buscarme.... ¿No has dicho que los nobles han pedido al rey mi cabeza?

—Sí.

—¡Oh! me estremezco... Huyamos, Georgey, huyamos.

El magyar se quedó por un momento contemplando con siniestra mirada la hermosa mujer que le había perdido, y mudo, silencioso, sin contestar á la condesa, arrancó una colgadura, la rasgó por la mitad, la anudó fuertemente á los hierros del afiligranado balaustre del balcon, y viendo que tocaba al suelo del jardín, se volvió hácia Ludgarda, y la dijo:

—Tu imprudencia me cuesta la vida y tu desamor mi alma. Mientras confiado en tí yo trabajaba en obsequio tuyo cerca del Padre Santo, tú me engañabas con el príncipe moravo. Has sido una infame....

—¡Georgey! exclamó la condesa nó comprendiendo el objeto de aquellos reproches.

—Tu ambicion me ha perdido, pero quiero ahorrar su oficio al verdugo. Vas á morir.

—¡Dios santo! exclamó Ludgarda retrocediendo.

Pero antes que hubiese podido gritar, el bárbaro sacó su daga y la sepultó en el seno de la condesa con una expresión tan horrible de fiera, que su fisonomía se desfiguró por completo.

La condesa, sostenida por el marqués de Buda, no cayó al suelo, y lanzando un ¡ay! doloroso se llevó la mano á la herida.

Entonces el magyar volvió á levantar el acero ensangrentado, y con una ferocidad increíble, le volvió á sepultar en el seno de la víctima, que comenzó á dar gritos horribles.

En ménos de un minuto, tres veces el acero se hundió en sus carnes, y entonces Georgey arrojó á su víctima contra el suelo, contemplando sus últimas convulsiones.

Después se inclinó, puso su mano sobre el corazón, y al convencerse de que ya no existía, lanzó un rugido de feroz alegría, exclamando al mismo tiempo que envainaba su daga ensangrentada:

—Ya me he vengado.... Ahora huyamos para siempre de Buda.... Satanás vendrá conmigo.

Y con agilidad increíble saltó al balcon y dejóse escurrir por la desgarrada colgadura. Ya en el jardín, miró en torno suyo, y viendo que nadie le observaba, procuró serenarse, atravesó rápidamente varias calles de árboles y salió fuera.

El centinela colocado en la puerta de hierro del jardín, ignorante de todo, dejó pasar al marqués, que se perdió bien pronto en las tortuosas calles de la ciudad.

Entretanto, los últimos gritos de la condesa de Kinsong habian sido oidos por varias de sus damas que se hallaban

en la antecámara, y aterradas corrieron a avisar a los demás servidores, pero cuando todos penetraron en la habitación, sólo hallaron el cadáver de su señora en un lago de sangre y la destrozada colgadura que habia servido para la evasión de Georgey.

Todo el palacio se puso en movimiento. Una hora despues, adivinando quién habia sido el asesino, pues la servidumbre de Ludgarda habia visto entrar en la cámara a Georgey, Fernando dió orden de buscarle, comprendiendo que el miserable habia pedido aquella próroga para vengarse de Ludgarda, así como para huir si le era posible.

Durante este tiempo, el magyar habia llegado a su palacio sin demostrar en su fisonomia la más pequeña alteracion. Sin detenerse en nada, mandó ensillar su caballo más corredor, subió a sus habitaciones, se provayo de dos pistoletes, llenó de oro sus bolsillos, y se dispuso a hacer todo lo posible para no ser cogido por los soldados de Fernando.

Su pensamiento era el siguiente: Atravesar a todo escape una media legua de camino y poder ganar la cordillera. Ya en esta, podia descansar en uno de sus castillos, cuya guarnición le pertenecia, y bien escoltado continuar la fuga por senderos que sólo conocia él, hasta llegar a la costa. En ella compraria un barco, y ya en el mar, nada podia temer.

Esta plan de fuga, que era atrevido y arriesgado, podia muy bien faltarle; pero como lograrse penetrar en la montaña, las probabilidades de salvacion eran ya todas suyas.

Por pronto que el rey de Hungria quiso disponerlo todo, el marqués de Buda salió antes de su palacio, dejandose



llevar en su veloz carrera como arista arrebatada por el viento; y si bien favorecia su fuga, la circunstancia de ser de noche, tambien la falta de luz aumentaba los riesgos que podia correr.

Efectivamente, apenas se hubo separado una milla de la ciudad, tuvo que refrenar el caballo para no estrellarse contra las piedras del camino, circunstancia que no habia calculado y que tenia que disminuir la velocidad de su carrera. Es cierto que si el camino era arriesgado para él, tambien lo era para sus perseguidores. Estos serian muchos y obedecian una orden superior, con la cual poco les importaba estropear unos cuantos caballos. Además, al que ya huyendo todo le es contrario, y mucho más si huye perseguido justamente por la justicia de los hombres.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, la luz del dia desapareció por completo, y la luna comenzó á iluminar los campos. A su pálida luz, Georgey vió á su espalda un grupo de ginetes que se le aproximaban á todo el correr de sus caballos, mientras él caminaba al trote; y viendo á un tiro de fusil el principio de la cordillera enyo quebrado terreno iba á ser su salvacion, oprimió los ijares de su caballo, encomendóse á Satanás, y salió á escape como la ballesta disparada por la robusta mano de un arquero.

Los ginetes que le perseguian, que era efectivamente un destacamento enviado en su busca, siguiéronle animados al verle ya tan próximo, y aunque algunos de aquellos soldados rodaban por el terreno, los demás seguian su camino: el marqués de Buda veia siempre á su espalda, aquel grupo de hombres y oia los resoplidos de sus caballos, que parecian los rugidos de otras tantas fieras.

El magyar comprendió que su salvación dependía de no ser cogido, y dándole alas el deseo de vivir, parecía que su caballo no pisaba la tierra.

Gracias á la agilidad del noble bruto, consiguió ganar algun terreno á sus perseguidores, y esto le animó para seguir aquella carrera infernal.

Algunos minutos después, el camino comenzó á verse cubierto de rocas, y los pinos extendían sus desnudos brazos por encima de las peñas. Si el marqués podía sostener aquella ventaja por media hora, ya se había salvado.

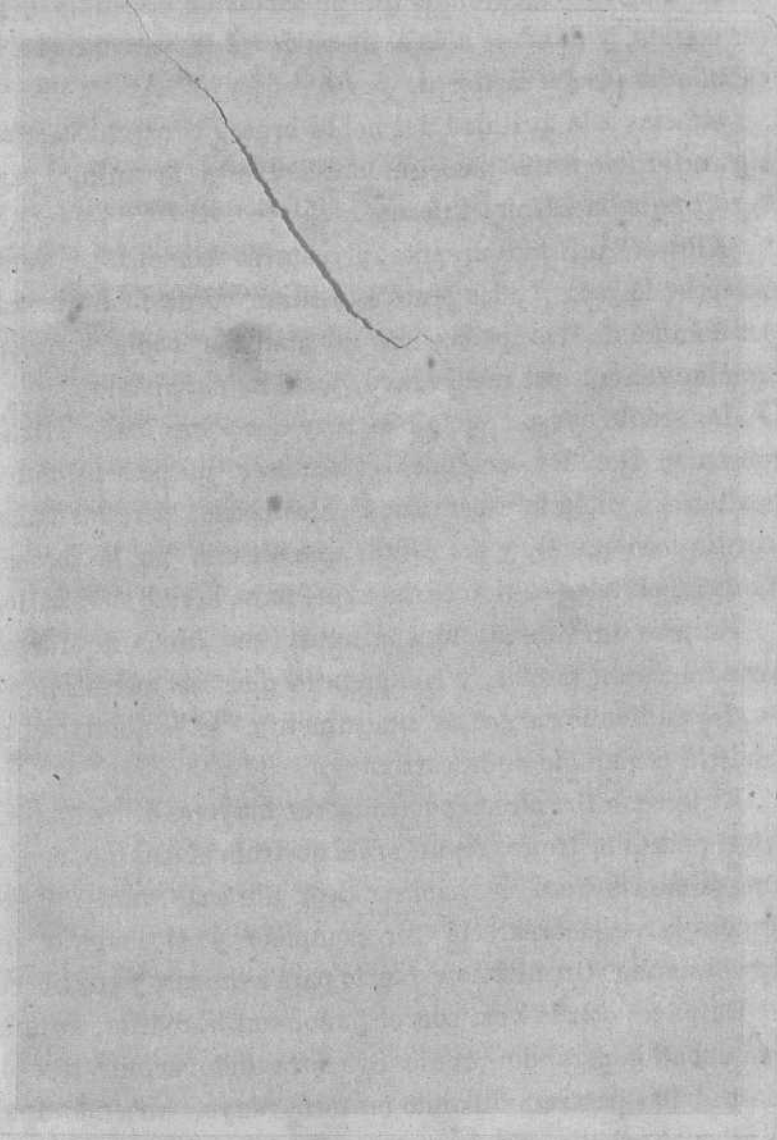
De pronto oyó una detonación, y dos ó tres balas silbaron en su derredor haciéndole estremecer. Sus perseguidores perdían sin duda la esperanza de alcanzarlo; pero las balas corrían más que él, y era difícil que alguna no le tocase. Además, para ser cogido bastaba que fuese herido su caballo.

Empero durante algunos minutos las armas de fuego permanecieron mudas, y comprendió que sus perseguidores, no pudiendo cargarlas nuevamente, se concretaban á rendirle por medio de la carrera.

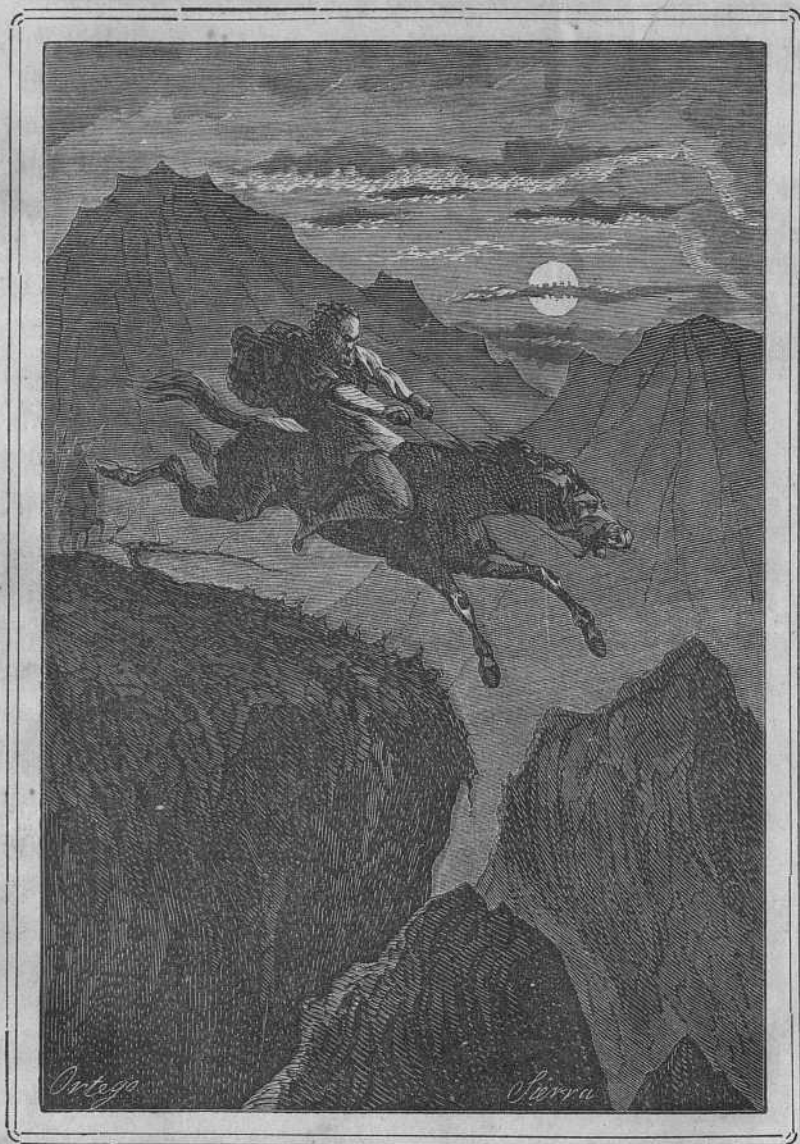
El terreno iba ofreciendo cada vez mayores dificultades, y tan pronto el tronco de un árbol obstruía el camino, como una inmensa roca le hacía rodear algunas varas. Poco después la vía desapareció por completo y el magyar se creyó salvado. Un último esfuerzo para avanzar, y era libre.

Entonces con la voz, con el puño, con la rodilla, animó á su caballo; pero de pronto oyó otra detonación: tres ó cuatro balas pasaron silbando en torno suyo, hiriendo una de ellas al caballo en la grupa.

El noble animal se detuvo de pronto, dió un resoplido, se encabritó y salió á escape, ciego, loco, desbordado.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS  
1950



Oyóse un grito y una horrible blasfemia, y jinete y caballo desaparecieron en la oscuridad del abismo.

— ¡Maldición! gritó Georgey agarrándose á las crines; han herido al caballo y ya no obedece. Soy perdido.

Con efecto, el pobre caballo, loco por el dolor, corría en línea recta sin ver los obstáculos que encontraba, saltando las rocas, las peñas y los arbustos como si hubiera tenido alas. El marqués se vió perdido: no pudiendo dominar su cabalgadura en aquella carrera vertiginosa, no sería alcanzado seguramente, pero sí precipitado en algún abismo ó estrellado contra cualquiera roca.

Esto le aterró. Sus cabellos se erizaron, y pareciéndole que volaba, cerró los ojos para no desvanecerse. El viento agítaba su ropilla, y la crin de su caballo, por la velocidad de su carrera, azotaba su rostro como una rama de espinos. La respiración parecía faltarle, y sentía en los riñones una opresión terrible como si le apretara un anillo de hierro. Este tormento horrible, esta especie de agonía duró más de diez minutos; pero no podía ser muy larga, porque gine- te y cabalgadura iban ya perdiendo las fuerzas.

De pronto, la mirada extraviada de Georgey vió á unos cincuenta pasos las rocas acantiladas de un precipicio.... el caballo se dirigió á él sin verle.... quiso arrojarle al suelo, pero ya era tarde; oyóse un grito y una horrible blasfemia, y gine- te y caballo desaparecieron en la oscuridad del abismo.

Oyéronse sus cuerpos caer rodando de roca en roca, y despues.... nada.

El marqués de Buda había desaparecido para siempre.

.....

Quando los soldados que perseguían á Georgey le vieron

hundirse en el terreno como un fantasma, y oyeron su grito de agonía; detuviéronse poco á poco, y comprendieron lo que habia sucedido. No obstante avanzaron con precaucion hasta llegar á la misma boca del precipicio, y escucharon; pero no se oia nada, aunque algunos creyeron distinguir vagamente un canto satánico en el fondo del abismo, como si el diablo celebrara con extraña música la presa que acababa de hacer.

Sobrecogidos por esta idea supersticiosa, miráronse mutuamente, y volvieron grupas, no sin que el capitán que los mandaba exclamase con acento complacido: — ¡Por Cristo! muchachos, el noble magyar nos ha ahorcado el trabajo de ahorcarle precipitándose por ese derrumbadero. Tanto mejor; de este modo el infierno ya tiene un habitante más, y el mundo un bribon ménos. Adelante. Los soldados volvieron grupas algun tanto sobrecogidos, y emprendieron de nuevo la marcha hácia la poblacion.

Tal fué el fin del miserable y la oracion fúnebre que se dedicó á su memoria.

El instante en que se desvaneció el cuerpo del pobre soldado, el caballo se dirigió á él sin verle... quiso atravesarse al suelo, pero ya era tarde; oyóse un grito y una horrible plasmada, y finete y caballo desaparecieron en la oscuridad del abismo. Oyóronse sus cuerpas caer rotando de roca en roca, y después... nada.

El instante en que Blanca habia desaparecido para siempre.

Cuando los soldados que perseguian á los magyares le vieron

Con efecto, en las fiestas de la feria, dos carteros del rey pararon en la casa, y precedidas de un piquete de tropas y seguidas de otra fuerza y varias literas, en las cuales iban el obispo, Fray Agustín, las damas de Blanca y dos o tres señoras de la nobleza. **CAPÍTULO X.** El día de los vitores del pueblo y el día de las campañas que celebraban la venida de su querido reina.

Blanca lloró entonces á pesar de sus esfuerzos para contener sus lágrimas. **Mujer, antes que reina.** Tenía un hijo, á su querido niño, que no había podido ver antes, y por el cual había sido su mayor dolor, no pudo contenerse.

No describiremos, porque es imposible, la emoción que experimentó Blanca de Lanuza cuando al día siguiente se presentaron en su retiro el obispo de Buda y Tamariz, y después de referirle el castigo providencial de sus calumniadores, la ofrecieron en nombre del rey toda clase de satisfacciones, participándole que podía volver á ocupar su puesto.

En medio de su alegría, porque sería desconocer el corazón humano si negáramos esto, resistióse por dignidad á presentarse en el alcázar hasta tanto que no pudiese entrar en él como había salido; pero los consejos del obispo y Tamariz, así como los de Fray Agustín y los dos archiducos, la decidieron á presentarse á su esposo, aunque imponiendo algunas condiciones.

Una de estas consistió en que había de hacer su entrada pública como si acabase de llegar á Buda, saliéndola á recibir su esposo hasta el peristilo del palacio; y pareciendo razonable su petición, dispúsose todo de manera que aquella misma tarde pudiese hacer su entrada triunfal.

Con efecto, á las cuatro de la tarde, dos carrozas del rey paráronse en la casita, y precedidas de un piquete de tropa y seguidas de otra fuerza y varias literas, en las cuales iban el obispo, Fray Agustín, las damas de Blanca y dos ó tres señoras de la nobleza, atravesaron la ciudad en medio de los vítores del pueblo y el tañido de las campanas que celebraban la venida de su querida reina.

Blanca lloró entónces á pesar de sus esfuerzos para contener sus lágrimas; y cuando llegó al palacio y vió á su hijo, á su querido niño, que no habia podido ver ántes, y por el cual habia sido su mayor dolor, no pudo contenerse, y desvanecida de emoción le estrechó contra su seno, le cubrió de besos y cayó desvanecida en los brazos de sus damas.

Pero bien pronto su enérgica voluntad dominó la situación. Fijó sus ojos en Fernando de una manera inexplicable, y sin alargarle la mano, sin dársela á besar, sin sonreirse siquiera, cogió al príncipe de la mano y subió las gradas del peristilo.

Pocos momentos despues, Blanca se encontraba en su cámara, sola con Fernando, el obispo de Buda, Fray Agustín, los dos archiduques y Estefanía.

El rey estaba pálido y profundamente conmovido. Blanca pálida también, pero de vergüenza.

A pesar de la pureza de su alma, sentíase contrariada al verse delante del esposo que se habia atrevido á acusarla de adúltera.

Entónces Fernando, que habia permanecido silencioso, sin atreverse á hablar, avergonzado y confundido llegó á los piés de Blanca, y arrodillándose dijo con emoción:



—Señora, soy culpable de haberos ofendido dudando de vuestra virtud. ¡Perdonadme!

—Estais perdonado, rey D. Fernando, puesto que ya nadie duda de mi inocencia. Alzad, prosiguió Blanca con una dignidad altiva, alzad; no es ese el puesto que os corresponde como rey, por más que sea el único que mereceis como hombre.

—¡Ah! sí, tenéis razon, más perdonadme tambien. A pesar de mi locura, porque solo ha sido una locura; á pesar de mi locura con Ludgarda, no he dejado de amaros, os lo juro, y hoy os amo tambien como á una santa.

La reina dió un paso hacia atras contestando con energia:

—La reina os ha perdonado porque sois el rey, pero la mujer no os perdonará nunca, ¡nunca! ¡jamás! Entre los dos nada existe desde este momento, pues que vuestro olvido y desprecio han roto nuestro enlace.

—¡Oh! Blanca, vos no podeis hablar con el corazon, porque me habeis amado mucho, repuso el rey sin levantarse y juntando sus manos en actitud suplicante.

Blanca le miró por un momento, y volvió á decirle:

—Alzad, señor; no es ese el puesto que debeis ocupar, ya os lo he dicho.

—Pues perdonadme.

—Como mujer, nunca, ya os lo he dicho tambien. Se interpone entre los dos la sombra de Ludgarda.

—¡Blanca! ¡Blanca! gritó Fernando con acento desgarrador, vos que sois tan buena, ¿sereis ahora rencorosa conmigo? ¡Oh! entónces me hariais dudar de vuestra virtud.

—Ya habeis dudado...

—¡Blanca!

—No insistais, señor.

—¡Ah! bien, os vengais, añadió Fernando tristemente y levantándose.

—Os equivocais, repuso Blanca; no es el deseo de la venganza la que me hace permanecer inflexible, es mi dignidad ofendida, es... que dejé de amaros... ved aquí todo.

Fernando estaba pálido de dolor, pues comprendía entonces toda la enormidad de su falta, y por espacio de algunos minutos no pudo hablar. Al fin, haciendo un violento esfuerzo, exclamó con amargura:

—Pues bien, yo os ruego, Blanca, por lo que más ameis en el mundo, por vuestro hijo, que olvidéis mis ofensas y no veáis en mí más que al Fernando de otro tiempo, yo os lo suplico.

—No puede ser. No quiero engañaros, señor.

—Vamos, hija mía, añadió Fray Agustín, disgustado del giro que iba tomando la conversacion: perdonad á vuestro esposo y admitid sus satisfacciones.

—Sí, sí, añadió el obispo de Buda: V. M. es la esperanza del reino y no debe ni puede abandonar el trono que ocupa. V. M. es la reina de Hungría y...

—Padre mio, exclamó la española con una firmeza que quitaba toda esperanza, desde hoy no veáis en mí á la reina de Hungría y de Bohemia, sino á la rica hembra española Blanca de Lanuza, que habiendo cometido la locura de elevarse á un trono y creído en el amor de un hombre, ha recibido el desengaño de ver despreciado su amor, y renuncia á ese trono.

—¡Blanca! ¡Blanca! dijo el rey....

—¡Por Dios! mi querida tia, añadió el archiduque.

—Todo es en vano, prosiguió Blanca; no volveré jamás á sentarme en el trono de Hungría, manchado con la sangre de Ludgarda y de Georgey. Señor, antes que reina soy mujer, y mujer ofendida.

—¡Gran Dios! ¿qué quereis decir, señora?

—Que no volveré á habitar en el palacio de Buda.

Fernando, con las manos convulsas y los cabellos en desorden, asemejándose á un demente, exclamó con toda la expresion del sentimiento:

—¿Y en dónde vais á vivir, puesto que rehusas mi compañía?

—Por ahora, en el convento de la Anunciacion; más tarde.... yo misma no lo sé.

—¿Y con qué derecho os separais del esposo que habeis elegido?

—Con el mismo que vos teniais, señor; para divorciaros de mí.

—Blanca, exclamó el rey volviendo á caer otra vez á sus piés, ¿qué habeis dicho ó hablado de separacion y divorcio?

—Señor, me habeis acusado de adúltera, y he demostrado que no lo he sido. Me creisteis infiel, y os he probado que nunca os dejé de amar; pero ahora estoy en mi derecho al pedir á mi vez la separacion.

—¿Vos, Blanca?

—Sí.

—¿Vos pedir el divorcio?

—Sí.

—Señora.... repuso el obispo.

—Callad, padre mio, callad.... estoy en mi derecho.

—¡Ah! ¿qué pretendéis? exclamó Fernando levantándose y en el colmo de la desesperacion.

—Por ahora, prosiguió Blanca, me retiro al convento de la Anunciacion, y mañana enviaré á Roma un correo pidiendo á S. S. el divorcio.

—Y os lo concederá, añadió el rey desesperado.

—Hija mia, repuso Fray Agustin juntando las manos, quedaos en el palacio real y desistid de esa idea. ¿Qué pretendéis? ¿Creéis que vuestra cualidad de mujer ofendida os autoriza para romper lo que Dios ha ligado? ¿Y vuestro hijo? ¿y el reino? ¿y vuestra familia? ¿y el mundo todo? ¡Ah! no habeis reflexionado en las consecuencias de semejante paso.... nó, nó....

—Perdonad, padre mio; añadió Blanca; mi resolusion es irrevocable.

—Yo la impediré, añadió Fernando.

—Todo es inútil; vuestro poder, señor, no pasa por encima del sucesor de San Pedro, no puede llegar á él, y no llegará. Dejadme, pues, cumplir con lo que creo que es mi deber. Harto me habeis martirizado para que ahora tambien con vuestra oposicion aumenteis mis dolores.

—Yo no puedo consentir eso; hija mia, replicó Fray Agustin con una energía santa; soy el director de vuestra conciencia, y.... os lo aseguro, en nombre de Dios os prohibo que soliciteis el divorcio del Padre Santo.

—Pues bien, dejadme retirar al convento.

—Eso es otra cosa.

—Entónces, partamos.

—Blanca, ¿os vais al fin?

—Sí, señor.

—¡Oh! ¡ven, ven!...

Pero Blanca, sin hacer caso de Fernando, se volvió hácia Estefanía y los archiduques, y despidiéndose del rey con una leve inclinacion de cabeza, dijo con acento firme aunque algun tanto apagado:

—Al convento de la Anunciacion, señores.

Las divinas.

La negativa de Blanca causó en Fernando una impresión tan dolorosa, que no pudiendo contener su dolor y no siendo bastante para mitigarle la presencia de su hijo ni de sus amigos, le postro en el lecho del dolor haciendo temer por su vida.

Por fin, el primer ataque pudo ser dominado, pero después le siguió otro acompañado de una melancolía tan desagradable, que los médicos que le asistieron aseguraron que era muy difícil salvar al rey, y que si se lograba devolverle a la vida, no así a la razón, porque se volvería monárquico. Para remediar este triste pronóstico, convinieron en que era preciso que la reina le asistiese en su enfermedad y llevase a su ánimo la esperanza de mejores días; pues el padecimiento que mataba al rey, por más que fuese del cuerpo, tenía su origen en el alma, en sus remordimientos y en el amor que profesaba a su esposa.

Fray Agustín, aunque admirado al ver que Blanca no había intentado ver a su esposo, a pesar de saber por Estefanía la gravedad de su estado, se ofreció a persuadirla a la rei-

Pero Blanca, sin hacer caso de Fernando, se volvió hacia Estefanía y las archiduchas, y despidiéndose del rey con una leve inclinación de cabeza, dijo con acento firme una

## CAPÍTULO XI.

### Luz divina.

La negativa de Blanca causó en Fernando una impresión tan dolorosa, que no pudiendo contener su dolor y no siendo bastante para mitigarle la presencia de su hijo ni de sus amigos, le postró en el lecho del dolor haciendo temer por su vida.

Por fin, el primer ataque pudo ser dominado, pero después le siguió otro acompañado de una melancolía tan desgarradora, que los médicos que le asistieron aseguraron que era muy difícil salvar al rey, y que si se lograba devolverle á la vida, no así á la razón, porque se volvería monomaniaco. Para remediar este triste pronóstico, convinieron en que era preciso que la reina le asistiese en su enfermedad y llevase á su ánimo la esperanza de mejores días, pues el padecimiento que mataba al rey, por más que fuese del cuerpo, tenía su origen en el alma, en sus remordimientos y en el amor que profesaba á su esposa.

Fray Agustín, aunque admirado al ver que Blanca no había intentado ver á su esposo, á pesar de saber por Estefanía la gravedad de su estado, se ofreció á persuadir á la rei-

na para que se presentase en el palacio, pues creía que apenas la dijese que su estado era tan desesperado, no titubearía en seguirle.

Con efecto, un día, ó por mejor decir, una noche, el rey se había quedado algún tanto traspuesto, y el médico dijo á Fray Agustin lo oportuno que sería que al despertar se encontrase al lado de Blanca; y Fray Agustin, que era la abnegacion en persona, sin esperar á más reflexiones, sin arredrarle nada, mandó preparar una silla de manos y salió del palacio dirigiéndose al convento de la Anunciacion, donde se hallaba la reina.

Eran las diez, y como es de presumir, el convento se hallaba ya cerrado á esta hora; pero los conductores del buen sacerdote llamaron con energía, y la portera aterrada abrió un ventanillo, preguntando quién llamaba á la casa de Dios á tan extrañas horas.

—El Reverendo Fray Agustin, que viene de parte del rey á ver á S. M. la reina, contestó uno de los que le acompañaban.

La portera, conociendo al religioso, que ya se había bajado de la silla de manos, abrió las puertas y exclamó respetuosamente:

—Sígame vuestra paternidad á los aposentos de S. M.

Fray Agustin echó á andar detrás de la monja, haciendo seña á los que le acompañaban que le esperasen.

Blanca no se había acostado todavía y oraba fervorosamente cubierta con un traje de lana, cuando la condesa de Treussen se presentó en su celda, palida y conmovida.

—¿Qué hay, Estefania? preguntó la reina levantándose del reclinatorio.

—Fray Agustín quiere hablaros, señora.

Blanca se estremeció y murmuró con acento opaco:

—¡A estas horas! ¡Fernando está enfermo! ¡qué sucederá, gran Dios! Introdúcele, condesa, que suba en seguida.

Pocos minutos despues, Fray Agustín penetraba en la celda de Blanca.

El confesor saludó á la reina con respeto, mientras que Estefanía salió.

Blanca cerró la puerta del aposento, y preguntó anhelante:

—¿Qué sucede al rey, padre mio?

Fray Agustín la miró con fijeza y contestó con alguna severidad:

—Pues qué, ¿no sabe V. M. que el rey está enfermo?

—Lo sé, padre.

—Y entónces, ¿cómo V. M., que es tan buena, no ocupa el lugar que le corresponde á la cabecera del lecho de su esposo?

Blanca bajó la cabeza con desaliento.

—¿No me contesta V. M., señora? Lo comprendo, estais arrepentida y avergonzada de vuestra conducta.

—Nó, padre mio, contestó Blanca levantando la frente con firmeza; tengo motivos poderosos, bien lo sabeis, para no volver al palacio real de Buda, y no volveré.

—¿Motivos, señora?

—Ya lo sabeis.

—¡Ah! por caridad, señora, olvidadlos; pues Dios, que ve el sincero arrepentimiento del rey, ya le ha perdonado.

—Dios es todo misericordia, y yo soy una mujer que no puedo tenerla.



—Pensad lo que decís, señora, pues á pesar de vuestras virtudes, estais expuesta á perderos por el rencor que guardais en el corazon. Dios ha dicho: «Perdona, y serás perdonado;» y yo os digo, hija mia: «Perdona para que Dios te perdone.»

—Ya he perdonado, señor, contestó Blanca con frialdad; le he perdonado tan de veras, que mi alma aprecia al rey como á un buen amigo.

—Ese no es el perdon que Dios manda, Doña Blanca, dijo el sacerdote con autoridad. El rey está enfermo y necesita vuestros cuidados, y á buscaros vengo para que se los prodiguis.

—Padre mio, me pedís un imposible, dijo Blanca con agitacion; he jurado no volver al palacio real.

—Pues es un juramento impío que Dios no habrá tomado en cuenta. Venid, señora, venid.

La reina no contestó, y por un gran espacio de tiempo fué presa de la mayor agitacion.

Fray Agustin, viendo que nada le decia, volvió á reiterarla sus instancias; pero viendo que permanecia impasible, añadió con toda la cariñosa energía de su carácter:

—Hija mia, querida hija, hacedlo por mí, á quien habeis dicho tantas veces que amais como á un padre. Reflexionad que si no venis, el rey morirá esta noche, y que sólo puede salvarle vuestra presencia.

Al escuchar Blanca estas palabras, se levantó y se aproximó al buen religioso convulsa y conmovida. Sus manos se apoyaron en el brazo del anciano, y mirándole fijamente le dijo como una loca:

—¡Dios eterno! ¡Dios mio! ¿tan enfermo está?

—Tan enfermo, señora, que si esta noche no vais á su lado, el sol de mañana no alumbrará mas que su cadáver.

—¡Oh! Fray Agustin, Fray Agustin, corramos entónces; no creó que semejante noticia sea una supercheria para engañarme, no lo creo.... y.... vamos, vamos, si hubiéseis empezado por ahí, ya estaríamos allá... ¡morir! ¡morir! ¡Dios mio!

Y Blanca olvidó todas sus ofensas; y su amor, dormido en el fondo de su corazón, resucitó más poderoso y enérgico que nunca.

Abrió rápidamente un armario, y sacó de él un manto de terciopelo, con el cual se envolvió sin proferir una palabra. Despues fué á la puerta y llamó en voz baja á Estefania.

La condesa de Treussen, apareció.

—Mi esposo está muy enfermo, la dijo, y parto á su lado. Discúlpame con la priora, y tú, mañana á primera hora, ve á reunirme conmigo.

—¿A dónde, señora? ¿al palacio?

—Sí, mi reina.

Despues de estas palabras, Blanca y Fray Agustin salieron presurosos de la celda y llegaron á la portería.

El asombro de la portera fué inmenso; y no pudiendo contener la curiosidad, preguntó á Blanca al mismo tiempo que abria la puerta:

—¡Dios mio! ¿V. M. se marcha á estas horas? ¿qué ocurre?

—Sí, madre Luisa, el rey mi esposo está espirando.

Ya fuera, en el ático, Fray Agustin mandó á los conductores de la silla de mano que se acercaran, y Blanca y él subieron en ella silenciosos.

Poco despues la silla se detuvo. Habían llegado al palacio. Fray Agustin y la reina subieron la ancha escalera de mármol y llegaron á la galería en donde estaba la guardia de honor.

—¡Paso á S. M. la reina! dijo el religioso.

—¡La reina! ¡la reina! exclamaron los guardias entusiasmados de verla ya en el alcázar.

Al llegar á las cámaras se repitió la misma escena. Toda la servidumbre se agolpó á su paso, apellidándola con los nombres más dulces, y Fray Agustin la dijo casi al oido:

—Ya lo veis, señora, debéis bendecir á Dios que os ha dado tantos corazones amigos. Antes os amaban como á una mujer; hoy os adoran como á una santa.

La reina, profundamente conmovida, guardó silencio porque la emoción no la dejaba hablar, y así llegó con Fray Agustin á la puerta de la real cámara, en la que reinaba el silencio de la muerte.

Fray Agustin levantó el tapiz, y penetró seguido de la reina.

Blanca entró con paso ligero, pero el espectáculo que se presentó á su vista la aterrorizó.

En un alto lecho, blasonado con las armas de la casa de Austria, estaba Fernando más blanco que las sábanas de batista que le envolvían.

A su lado en un sillón el principe Tamariz, y de pie, á la cabecera del lecho en otro, el médico que con más frecuencia le asistía.

A los pies, el conde de Treussen y el obispo de Budá.

—¡Bendita seas, señora! dijeron á Blanca estos últimos al verla entrar.

—¡Sois un ángel! añadió Tamariz.

Blanca, sin hacerles caso, se aproximó al médico, á quien dijo anhelosamente:

—¡Doctor, mi buen doctor! ¿cómo está el rey Fernando?

—Se moria, señora; pero V. M. ha venido y va á devolverle la vida.

Blanca se acercó al enfermo y puso sus labios en su frente, retrocediendo aterrada.

—¡Dios mío! está frío!

—Sin embargo, vive aún. Tiene un síncope, y es preciso que cuando vuelva en sí os vea á su lado. Vos, conde de Treussen, colocaos á la puerta para que nadie entre; vos, señor obispo, y vos, reverendo padre, á los piés del lecho, el príncipe Tamariz á su lado. Es preciso que cuando abra los ojos se vea rodeado de amigos. Vos, señora, aquí, á la cabecera.

Blanca se colocó en el puesto designado por el doctor, y con amoroso cariño pasó su brazo por debajo del cuello de Fernando y colocó su cabeza encima de su seno, que palpitaba de emoción y de angustia.

—¡Muy bien! exclamó el doctor con alegría; eso vale más que todas mis drogas.

Y con admirable precision sacó un pomito, y vertió sobre los labios del rey unas cuantas gotas del líquido que contenía.

Momento solemne y lleno de angustia para todos, pues nadie se atrevía á respirar.

Fernando hizo por fin un movimiento y exhaló un suspiro.

—¡Ay! exclamó con voz débil, creí que este momento era el último de mi vida.

Blanca estrechó amorosamente su cabeza, y ardientes lágrimas surcaron sus mejillas y cayeron sobre el rostro del rey.

Fernando se estremeció.

—¿Quién coge mi cabeza? exclamó; ¿quién llora á mi lado?

—Soy yo, mi querido Fernando, ¿no me conoces? dijo Blanca con voz tan dulce como el canto del ruiseñor.

—¡Cielo santo! añadió el rey mirando delirante á su esposa.

—Sí, prosiguió ésta, ¿no me conoces? ¡tu esposa que ha vuelto!

—Tú, Blanca mia, tú, exclamó Fernando, no dando crédito á lo que veían sus ojos.

—Sí, ¿qué te admira?

—¡Ah! ¿no me aborreces?

—Nunca te aborrecí.

—¿Me perdonas?

—Con toda mi alma.

—Bien, exclamó el doctor, que hasta entónces habia permanecido inmóvil con la vista clavada en el enfermo, bien, esto ya es otra cosa; y levantando la voz, añadió: ¡V. M. se encontrará ahora más aliviado, lo cual sirve de satisfacción á todos sus buenos y leales amigos. Miradlos, señor, todos os rodean solícitos y cariñosos.

El rey tendió la vista, y al verse rodeado de todos aquellos leales corazones, sus labios sonrieron dulcemente, y volvió á estrechar la mano de su esposa.

—Blanca, volvió á decir, ¿es cierto que me perdonas?

—Si no te hubiera perdonado, no habria venido á verte, esposo mio.

—Vamos, señores, añadió el doctor; es conveniente que dejemos sola con S. M. á la reina, á fin de que repose un par de horas; salgamos.

El obispo, Fray Agustin, el conde de Treussen, Tamariz y el doctor salieron uno en pos de otro; y entonces Fernando, renaciendo á la vida, que parecia no volver ya á recobrar, dijo á Blanca con un acento que expresaba su inmenso cariño:—

—¡Blanca! ¡Blanca mia! ¿serás tan buena que me devuelvas tu amor?

—Fernando, esta noche por última vez hablaremos del motivo de nuestra separación.

—Habla.

—Tú sabes cuánto me has ofendido y cuántos motivos tuve para hacer lo que hice, pero todo tiene su término. El sincero arrepentimiento que has demostrado, me ha conmovido y te perdono, te perdono tan completamente como el dia que nos conocimos en Sorrento; nada te recordaré jamás, te lo juro, Fernando. Eres noble y creo que sabrás estimar mi conducta, y que nunca jamás volverás á despreciarme como lo has hecho, ni á dar oídos á la maledicencia, y sobre todo á la calumnia. ¿No es verdad, Fernando mio?

—Sí, sí, te lo juro; Dios me ha iluminado por segunda vez y ha tenido misericordia de mí. Me ha impedido caer en el abismo que Satanás habia abierto á mis plantas, abismo sin fondo que ahora me aterra, y que me parece imposible haya podido detenerme.

—¿Tan grande era tu amor por Ludgarda?

—Nó, Blanca, nó, yo no la amaba; estaba subyugado. Era un vértigo lo que se habia apoderado de mí, un vértigo

horrible; ve aquí todo. Esclavo de esa infame mujer, yo no podía desatar los lazos que me había echado.... ¡ay, era una cosa horrible.... Blanca!...

—Lo creo, repuso la reina abrazándole.

Fernando estaba tan enternecido y tan débil, que por espacio de algunos minutos no pudo hablar.

Al fin, haciendo un esfuerzo dijo con voz tan baja que Blanca tuvo que aproximarse á él para oírle:

—Siempre fuiste mejor que yo, pero tu conducta presente te eleva á tal extremo que no puedo ménos de hallarme avergonzado en tu presencia.

—No quiero eso. Me basta que no olvides nunca lo que he hecho por ti, el amor que te profesé y lo digna que soy del tuyo.

Fernando echó sus brazos al cuello de la reina y la atrajo hácia sí.

Estaba tan débil, que aun este esfuerzo le costó trabajo.

Blanca le abrazó con verdadero amor, y le dijo:

—¡Duerme ahora, yo velaré tu sueño!

Fernando se sonrió, lanzó un suspiro, y poco después se quedó dormido dulcemente.

...cosa horrible!... Blanca!

—Lo creo, repuso la reina abrazándole.  
 El marido estaba **CAPÍTULO XIII** y tan débil, que por

espacio de algunos minutos no pudo hablar.  
 Al fin, haciendo un esfuerzo dijo con voz tan baja que Blanca tuvo que aproximarse á él para oírle:

**Felicidad.**—Siempre fuiste mejor que yo, pero tu conducta presente te eleva á tal extremo que no puedo ménos de hallarme indignado en tu presencia.

Un mes despues de estos acontecimientos, Fernando, completamente restablecido, habia dispuesto una gran fiesta nacional para celebrar pública y oficialmente la llegada de su esposa á Buda.

Con este objeto, dispúsose un magnífico *Te Deum* en la catedral, y bailes públicos costeados por la corte, así como unas justas ó torneos parodiando los de la edad media, entre los principales nobles del reino húngaro.

La paz y la alegría habian vuelto á renacer en la pintoresca ciudad con la reconciliacion de los dos esposos, los cuales completamente felices, no empañaba el cielo de su dicha más nube que el recuerdo de Juan de Lanuza y Constanza.

Fernando, al reunirse con su esposa, habia vuelto á reconquistar la amistad de su hermano el emperador, así como la de Felipe II, de los cuales habia recibido cartas afectuosísimas.

En cuanto á Blanca, incapaz de olvidarse en su dicha de los desgraciados, habia pedido á Felipe II noticias de



Leonor Vazquez de Mayorini, que, como recordarán nuestros lectores, habia desaparecido con Santoyo el mismo dia de la salida de Blanca de Madrid. Nada, sin embargo, pudo averiguar, porque Felipe II la contestó respecto de esto con evasivas y ambigüedades, concluyendo por manifestarla que nada habia vuelto á saberse de la genovesa.

El dia estaba hermosísimo, uno de esos dias templados y esplendentes del invierno, tan hermosos como los de la primavera, radiante de sol, que parecia tambien regocijarse con la alegría de la noble y antigua ciudad de Buda.

Tamariz habia venido aquella misma mañana de sus Estados, á los que habia tenido precision de ir para arreglar varios asuntos de su malograda esposa, y volvió á Buda sólo para permanecer en ella algunas horas, pues pensaba dejarla aquella noche.

El noble moravo habia recibido del esposo de Blanca y de ésta misma pruebas inequívocas de una verdadera amistad, á la cual tenia derecho, pues gracias á él, la paz y la ventura habian vuelto á reinar en Buda; pero nada quiso aceptar de Fernando mas que la libertad y la devolucion de los dos ó tres pueblos que le habia arrebatado en la conquista.

Mientras en el régio alcázar todos se preparaban para dar á la fiesta la mayor solemnidad posible, los buenos budenses tambien ponían de su parte todo lo que podían, agiéndose alegremente, colgando las fachadas de las casas con telas de los más vivos colores y adornando las principales calles con arcos de follaje y cintas de colores. Todos los músicos y tañedores de instrumentos prestábanse gratuitamente á divertir al pueblo con dos aires del país, y has-

ta, los pobres tomaron parte en la fiesta, porque gracias á la inagotable caridad de Fray Agustín, sabian que les esperaba en uno de los extensos patios del palacio una opípara comida y un vestido completo.

Los establecimientos públicos, especialmente las hosterías y cervecerías, se hallaban atestadas de parroquianos, y todos desde el más chico al más grande, desde el más pobre al más rico, preparábanse á divertir segun sus facultades é inclinaciones.

A las diez de la mañana Blanca y Fernando, vestidos con los atributos de la soberanía y sonriendo de felicidad, salieron de palacio precedidos de heraldos y pajes y seguidos de toda la nobleza y jefes del ejército.

Fernando montaba un magnífico caballo, regalo de Tamariz, y Blanca una hacanea preciosa, que manejaba con una gracia verdaderamente meridional.

Encamináronse al templo por entre un inmenso gentío que los victoreaba frenéticamente, y penetraron en él después de apearse en la gran plaza donde se hallaba situada la catedral.

El obispo de Buda, acompañado del delegado del Papa, de Fray Agustín y de casi todo el clero de la ciudad, salió á recibir á los reyes al átrio del soberbio edificio, penetrando todos procesionalmente al compás de la música.

Concluida la ceremonia religiosa, los reyes pasaron por la ciudad y regresaron á su palacio radiantes de alegría, porque la ovacion que habian tenido era ciertamente entusiasta y conmovedora.

Después de la comida, que presidió Blanca como reina de la fiesta, dióse principio al baile, y mientras éste se verifi-

caba en los magníficos salones del palacio, adornados de expofeso, Fernando y Blanca se retiraron a una camara cuyos balcones daban al jardin.

—Fernando mio, exclamó la reina conmovida y oyendo los ecos armoniosos de las músicas que poblaban la ciudad, cuando en el calabozo del palacio de Felipe II, esperando ver entrar al verdugo, vimos penetrar al rey con el conde de Brandeburgo, no experimenté una sensacion tan intensa de alegría como en este momento. Soy feliz, tan feliz como no puede haber otra mujer en la tierra, y doy gracias a Dios porque cada tribulacion que me envía es sólo para arrojar despues sobre mi todas sus bondades. ¿Me amas mucho, Fernando?

El rey, por toda respuesta oprimió con sus labios la frente de su esposa estrechandola contra su corazon.

No podia hablar de conmovido que estaba.

—Mira, añadió la reina apoyando su blanco y morbido brazo en el hombro de su esposo, mira, ¿ves ese sol que va a desaparecer entre las nevadas cimas de aquellas montañas, cuyas nieves eternas le han saludado tantos dias? ese sol es la imagen de nuestra felicidad, de nuestra dicha. Mirale esplendente y magnifico enviarnos sus últimos rayos, hasta mañana que vuelva a arrojarlos sobre nosotros por el Oriente. Ninguna nube le empaña, ni una sombra oscurece su luz. Dios le ha trazado su camino, y obedece a Dios. Fiel a sus leyes, cumple su mision divina y no se rebela contra el que le ha creado, ni altera la uniformidad de su marcha. Todo en la creacion tiene una mision que cumplir, y desde ese astro divino, hasta el átomo que voltejea en el aire, todo obedece a Dios y no se resiste ni le escandaliza. ¡Sólo el

hombre hace esto! sólo la criatura privilegiada por él es ingrato á sus beneficios!... ¡Ah! ¿y por qué así? ¿por qué todos, todos, Fernando, no hemos de cumplir con nuestros respectivos deberes sin querer perfeccionar la obra de la creación, sin dar oídos á los espíritus malditos que nos seducen para cubrir de flores los abismos en que nos precipitamos? ¡Ah! ¡soberbia humana!... ¡incalificable! ¡absurda!

Y deteniéndose por un momento, prosiguió:

—Fernando mio, desde hoy que renaces á nueva vida física y moralmente, porque has estado muy enfermo del cuerpo y del alma, desde hoy espero de tí una conducta ejemplar. Eres rey, esposo y padre; cumple con los deberes que te impone tu triple estado, y haz feliz á tu reino, á tu esposa y á tu hijo. Que los siglos venideros pronuncien tu nombre con veneración, y que la historia te consagre sus páginas más brillantes. ¿Lo harás así, Fernando mio?

—Sí, Blanca, sí, mi ángel en el mundo; sí, te lo juro por ese Dios que nos ve y nos escucha. El desvanecimiento de mi alma no ha sido mas que un vértigo maldito que ha desaparecido por completo. Me encuentro dichoso, y la dicha hace milagros.... El que siendo verdaderamente feliz es criminal, ese no es hombre, es un mónstruo. Te lo juro, Blanca; de hoy más me consagraré á mis deberes y procuraré que mi nombre viva más allá de mi tumba, nombre que si algun dia le rodea alguna gloria, sólo á tí la deberá, tuya será como de él.

Y cogiendo las manos de Blanca, Fernando las llevó á sus labios, reteniéndolas por algunos momentos.

A las nueve de aquella misma noche, y hallándose los reyes en su habitación jugando con el príncipe y rodeados de los principales personajes de su servidumbre, Tamariz pidió permiso para despedirse de ellos.

Después de los saludos de costumbre, el príncipe moravo, á invitación de Fernando, tomó asiento en un sitio, y después de un momento de silencio, le dijo:

—Príncipe, creo que después de lo que habeis visto, no podreis poner en duda el afecto que el pueblo de Hungría profesa á sus reyes ni estar quejoso de la participacion que habeis tenido en su entusiasmo.

—No en verdad, señor, y tanto, que nunca olvidaré el día de hoy.

—Pues bien, yo os ofrezco un puesto en mi consejo, una habitación en mi alcazar, un sillón en mi mesa y un lugar en mi corazón. Aceptadlo. Vuestra presencia en vuestros Estados no es precisa, toda vez que podeis gobernarlos por medio de vireyes. No os faltarán en verdad personajes á quienes podeis confiar el gobierno, y no nos priveis de estrechar vuestra mano todos los días. Os debemos nuestra dicha, os lo debemos todo, y no sabemos cómo pagaros.

—Señor, no he obrado por la codicia del premio.

—Ya lo sé. Además, nada podemos daros que no tengais.

—Me basta, rey D. Fernando, la tranquilidad de mi conciencia y el recuerdo de vuestra amistad, que vale mucho.

—¡Oh! mi amistad, ¿cómo podiais creer que no os la concederia?

—Señor....

—Pensadlo, príncipe. En Buda habeis hallado una segunda patria y una segunda familia.

—Sí, repuso el morayo sombríamente; en Buda he encontrado también la desgracia, señor. ¿Cómo quereis que viva en este alcázar ni en esta ciudad, cuando tiene para mí recuerdos tan horribles?

—¿Horribles? repuso Blanca.

—Sí, señora. La condesa de Kinsong moraba en este palacio, y ella....

—¡Ah! callad, callad, repuso Blanca estremeciéndose; no recordéis ese nombre maldito nada más que para rogar á Dios por la culpable.

—Sí, añadió Fray Agustin, perdonadla, príncipe, como hace nuestra reina; el odio no puede ni debe traspasar más allá de la tumba, porque allí se encuentra ya la justicia de Dios, y el hombre debe humillarse. Perdonad á la culpable y rogad por ella. Dios no quiso permitir que Satanás venciese, y al armar el brazo del marqués de Buda con el puñal homicida, fué justo, aunque severo. Esto es lo único que podemos decir.

El morayo lanzó un suspiro; y Fernando, no queriendo que la tristeza se hiciese general, le preguntó afectuosamente cuándo partía.

—Esta misma noche, le dijo Tamariz; he preparado ya el viaje, y sólo espero vuestras órdenes.

—No teniais necesidad de ellas. En Buda estais como en vuestros Estados. Sabedlo, príncipe.

—Gracias, señor.

Después de estas palabras, la conversacion se generalizó por algun tiempo, hasta que Tamariz se levantó para retirarse.

Despidióse de todos, y salió acompañado de Fernando y Blanca hasta la misma escalera.

Allí, Blanca se le aproximó, y le dijo con afectuosa sonrisa: —

—Príncipe, desechad esa sombría tristeza, pues por muy justa que sea, no debéis dejaros dominar hasta el extremo tal vez de olvidar vuestros deberes. Animáos, y dadme palabra de volver á vernos algún día.

—Perdonad, señora. He jurado no volver á ver los sitios en que he conocido á la condesa de Kinsong.

—Pero tambien en ellos habeis hecho amistad con nosotros, y no me parece que merecemos esa indiferencia....

—Señora, si pudiérais leer en mi corazón, veríais la sima del dolor que en él ha abierto esa mujer. Me ha dejado solo. No tengo familia.

—Fernando y Blanca se miraron.

—Triste es en verdad vuestra situación, Tamariz, exclamó el rey; pero no la creo tan desesperada. No habeis de encontrar en vuestros Estados ninguna mujer á quien podais consagrar vuestro corazón?

—No habia más que una, y esa ha muerto.

—¡Ah! decís eso de un modo que da miedo, exclamó Blanca.

—No, señora, añadió el moravo; es que el verdadero dolor tiene genuflexiones desconocidas, que en vano se buscan cuando el alma no está lacerada. Créome muy desgraciado, y lo soy, señora. Amaba á María como á mí mismo, y la condesa de Kinsong me la ha arrebatado.

—Yo os suplico que la perdoneis, exclamó Blanca solemnemente.

—Es imposible, añadió Tamariz con odio reconcentrado, no puedo perdonarla. Faltaría á la verdad si os lo ofreciera.

—Príncipe... y le dijo...

—Dispensadme. Vos, señora, sois un ángel, y yo soy sólo un hombre.

Y clavando su mirada en Fernando, cuyo rostro expresaba la felicidad que inundaba su corazón, le alargó sus dos manos para estrecharlas por última vez.

—Adiós, señor, le dijo; si el cielo nos vuelve á reunir, que os encuentre tan dichoso como en este momento. No os deseo más.

Y como si temiese que la emoción le ahogase, estrechó en silencio la mano de Blanca, é inclinandose profundamente, bajó seguido de algunas personas de la servidumbre.

Los dos esposos se quedaron tristes y pensativos, como cuando nos separamos de un amigo verdadero; y después, levantando Blanca la vista, dijo al rey con cariñosa intención:

—¡Ah! ¡pobre príncipe!... Es noble y digno como hay pocos.... Le compadezco porque se queja con justicia.

—Sí, exclamó Fernando, con justicia, porque Dios debía darle para su dicha y para su gloria otra Blanca de Lanuza.

Tamariz no volvió á Buda ni á ver á sus amigos.

Encerrado en sus Estados, y siempre recreándose en todos los objetos que habian pertenecido á su esposa, contrajo una enfermedad que le costó la vida; tres meses después de haberse despedido de Fernando y Blanca.

En cuanto á estos, enseñados por la experiencia, caminaron siempre unidos y cada vez más y más dichosos.

Ni la más pequeña nube volvió á empañar el hermoso cielo de su dicha.



## LIBRO TERCERO.

## ÚLTIMAS PÁGINAS.

## CAPÍTULO PRIMERO.

## Cosas pasadas.

El día 25 de Marzo de 1593 caminaban dos hombres del pueblo por el prado de San Gerónimo, verdadero prado en aquella época, con sus álamos, sus moreras, sus fresnos y su manta de verdura durante la estación de yerba, lleno todo él de pedruscos, accidentado y atravesado en toda su longitud por un mal llamado arroyo, cuyas aguas escasas, detenidas por el casquijo, infestaban la atmósfera, especialmente en el verano, de miasmas no muy saludables. Era, pues, un verdadero prado, que en la estación de las flores se adornaba con sus margaritas silvestres, sus amapolas y cebadilla.

Por aquella época no era todavía un sitio destinado para paseo como en tiempo de Felipe IV, Carlos II, y especialmente Felipe V, por cuya razón encontrábase casi desierto, siendo muy á propósito para citas nocturnas y de gente sos-

pechosa. Sólo de vez en cuando atravesaba sus senderos ó se sentaba en sus ribazos cubiertos de yerba, algun vetusto soldado viejo y achacoso, ó algun espadachin de aquellos que ponian su brazo á disposicion del más rico, ó bien algunos rebaños de cabras y ovejas se esparcian por su extension, paciendole su verde y los retoños más inferiores de los árboles.

Ahora bien: en el dia que hemos citado al principio de este capítulo, dia no muy agradable en verdad, porque el sol sólo se dejaba ver por intervalos, y el airecillo que corria era frio y húmedo, caminaban dos hombres por el prado de San Gerónimo, en direccion opuesta, los dos muy pensativos y muy ocupados en sus pensamientos, porque ni miraban á ningun lado ni se apartaban de los obstáculos que encontraban en el camino, hasta que tropezaban en ellos con sus piés.

El uno era un hombre de unos cincuenta y cuatro años, alto, bastante seco, vestido pobremente, de luenga melena y poblada barba, con un chafarote en el lado izquierdo y un sombrero en la cabeza con dos plumas de gallo, cubriendo su traje una negra capa desfirlochada y con más agujeros que años de servicio, y no parecia tener potos.

El otro podria tener ya unos sesenta y tantos años, é iba vestido de negro, sin armas de ninguna clase, tapándole parte del rostro una venda negra, y cojeando horriblemente de una de sus piernas. Este extraño personaje habria podido pasar por un inválido de la guerra, si no hubiera sido porque no tenia en su cuerpo ni una insignia militar, pues carecia hasta de ese aspecto marcial é inexplicable que tanto descubre al viejo soldado por más disfrazado y desfigurado que se encuentre.

El cojo y el del chafarote caminaban por un mismo camino, y como iban en direccion opuesta no tardaron en encontrarse.

Entonces se detuvieron.

Los dos á un tiempo levantaron la vista para mirarse, y al reconocerse se arrojaron uno sobre otro.

—¡Gil de Mesa! exclamó el cojo.

—¡Señor Mayorini! dijo el del chafarote.

Los dos antiguos amigos, que indudablemente no creían volverse á encontrar en el mundo, permanecieron por algunos momentos como dudando de lo que veían; pero habian padecido juntos muchos dolores, para que no se reconocieran, por disfrazados que se presentasen.

Sin embargo, la admiración es muda, y por algunos minutos nuestros dos antiguos amigos no pudieron dirigirse la menor palabra.

Pero su silencio no podia prolongarse por mucho tiempo. Los dos tenian vivísimos deseos de saber lo que les habia acontecido en aquellos meses, y eran sobrado audaces para recelar el uno del otro.

Mayorini fué por fin el que habló el primero.

—Mi querido Mesa, le dijo alargándole la mano, ¿quién habia de conocerte con ese traje y esos descomunales bigotes, que te trasforman en uno de aquellos bravos de mi país que venden su brazo y su conciencia á quien mejor se la paga? ¿Cómo has venido? ¿no llegaste á reunirte con el señor Antonio Perez? ¿no está en París?

—Y de allí vengo; pero el señor Perez se encuentra cada vez más afligido con hallarse separado de su familia, y como sus cartas no llegan á manos de su esposa Doña Juana Coe-

llo, me dijo que si no tenia miedo de meterme en la ratonera, viniese á adquirir algunas noticias, y he venido. Ya sabéis que el miedo no le conozco, y con algunas precauciones, como por ejemplo, mi disfraz y nombre postizo, me decidí á venir, y he venido.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer noche.

—¿Es decir que todavía no sabrás nada?

—Nada. No he tenido tiempo más que para descansar una hora, buscar una posada, comerme una perdiz con setas y venir á pasearme para calcular cómo y por dónde he de adquirir las noticias que deseo. Dios me protege cuando me ha colocado en vuestro camino. Vos sabreis muchas cosas.

—Algunas, algunas, Gil, respondió Mayorini suspirando.

—Pues hablad, ¡voto á cien legiones! Vengo dispuesto á cualquiera cosa, hasta á vengarme del rey si me es posible.... ¡vive Dios que lo que ha hecho con mi amo y despues con D. Juan de Lanuza, no tiene nombre... en la historia!

—¡Ah! si fuera eso sólo...

—Sí, ya sé que todos los bienes del pobre D. Juan han sido confiscados. Yo he visto en Zaragoza su palacio destruido y sembrado de sal, así como las cabezas de D. Diego Heredia y D. Juan de Luna clavadas en....

—Pues aún no lo sabes todo.

—¿Acaso hay más que esto?

—¡Ah! Gil... Gil... la familia de Lanuza ha quedado poco menos que en la miseria.

—Así lo supongo. ¿Y dónde se halla ahora la pobre doña Constanza?

—Está en Madrid con sus hijos.

—¿Tan cerca del rey? ¡oh cuánto me alegraría! ¡pero cómo?

—¿Y eso qué importa? Ya sabes que era madre adoptiva de Doña Violante.

—¿La que se casó con el marqués de los Velez?

—Justamente.

—¿Y vive con ella?

—Sí.

—Vamos, del mal el menos.

—¡Ah! tú no sabes que tiene por habitación una prisión del régio alcázar.

—¿Una prisión? ¡pues qué, ¿ha castigado Felipe II en Doña Constanza la resistencia de su esposo á entregarle á mi amo?

—No, pero el esposo de Violante está preso y procesado por aquellos sucesos. Ya sabes que el infame marqués de Almenara le calumnió torpemente, y desde entónces está preso y enfermo gravemente. Como es natural, le acompaña su esposa Doña Violante, y está con ellos también Doña Constanza con los dos niños.

—¿Y cómo quiere habitar la esposa del Justicia bajo el mismo techo que el asesino de su esposo?

—En primer lugar, porque bastante falta de recursos, se le ahorra lo que podia gastarse en habitación; y en segundo lugar, porque proyecta vengarse del rey.

—¿Del rey? ¡oh cuánto me alegraría! ¡pero cómo?

—Es un secreto que ya te explicaré más tarde. Por ahora sabe también que estoy en la trama y que trabajo para conseguirlo.

—¿Y vuestra hija, señor?

—Mi hija! repuso el genovés encendiéndosele la mirada

de cólera, mi hija ha desaparecido juntamente con el hombre que amaba.

—Vamos, nunca me creí que Doña Leonor....

—¿Pues qué sospechas?

—Señor.... yo....

—¡Ah! pues sabe que aún cuando ha desaparecido con su amante, no ha sido éste el raptor.

—¿Nó?

—Nó, Gil, nó. Ya sabes que Leonor, cuando en hora bien menguada la dejé venir á la córte en solicitud del perdón de António Perez y mio, el rey, disoluto y perverso, se enamoró de ella y la retuvo en el régio alcázar. Ya sabes también que Doña Blanca de Lanuza, la hermana del Justicia, esposa del rey de Hungría y de Bohemia, me ofreció, cuando fué á visitar á Perez al castillo de Turuégano, proteger á mi hija; pues bien, Doña Blanca la nombró dama suya, sacándola de la casa de Sebastian Santoyo, á donde el rey la tenía como presa, sin duda esperando que los sufrimientos se la entregasen. Pero mi hija, amigo mio, es digna de llevar mi nombre, y resistió una y mil veces las seducciones del rey, si bien enamorándose de un hijo de Sebastian Santoyo, llamado Alvaro, capitán de un tercio flamenco. Esto no me extrañó. Creo que ese jóven es bello y honrado; y mi hija no le fué tampoco indiferente. Amáronse como dos niños, y cuando Leonor fué llevada al alcázar y destinada al servicio de la reina de Hungría, Alvaro solicitó y obtuvo una plaza de gentil-hombre para poder ver todos los dias á su amada. Ahora bien; su padre, Sebastian Santoyo, á quien ya conoces desde aquella época, es un acérrimo partidario de Felipe II, y el hijo ocultó al padre sus amores creyendo,

y creyendo bien, que si los conocia podia delatarle á S. M.

—¡Ah! ¡qué bribon!

—Escucha, escucha. Andando el tiempo, la reina doña Blanca, por no sé qué cosas sucedidas en Hungría, tuvo que marcharse precipitadamente, y como yo estaba proscrito y oculto, acordó llevarse en su compañía á mi hija, con el objeto de protegerla y con el de que yo me reuniera con ellos á su tiempo.

—¡Buen proyecto! ¿pero cómo no pudo realizarse?

—El rey, prosiguió Mayorini, cada vez más enamorado de mi hija y viendo que se le escapaba de sus manos, supo, no sé por dónde, que Alvaro de Santoyo la galanteaba y que era correspondido, y de pronto, Alvaro y Leonor desaparecieron.

—¿Desaparecieron? exclamó Mesa abriendo los ojos y asombrado.

—Sí, desaparecieron en un mismo dia, sin que hasta ahora se haya podido averiguar nada, aunque se dice que Alvaro Santoyo está preso en la Inquisicion. Yo, amigo Gil, nada sabia de esto, y calcula mi dolor cuando despues de arriesgar mi vida por abrazar á mi hija, llego á Madrid, y me encuentro que no puedo verla ni hallarla; calcula cuánto no habré sufrido con este último y terrible desengaño, el más terrible de todos los que he tenido, y cuyo dolor ha cubierto de canas mi cabeza, porque muchas veces creo que voy á volverme loco.

—Sí, sí; ¿pero no habeis trabajado para encontrarla?

—Más de lo que marca la prudencia, Gil.

—¡Cómo!

—He ido á ver hasta al mismo Santoyo, que en su calidad

de acérrimo defensor de Felipe II; podía muy bien delatarme.

—Sí, pero me parece que Sebastian de Santoyo es un hombre honrado y que no hay peligro por eso.

—Nó, ya lo sé. Al principio dudaba, vacilaba, pero hoy ya estoy convencido de lo que me dices. Además, el pobre caballero sufre mi mismo dolor, y como los dos padecemos por una misma causa, hemos simpatizado á pesar de la diferente y opuesta manera con que tenemos de considerar al rey.

—¿Y sabe el señor Santoyo que su hijo ha desaparecido de orden de Felipe II?

—Se lo sospecha, y se lo sospecha más desde que hemos hablado.

—¿Y cómo sospechándosele continúa al lado del rey?

—Por dos motivos. El primero, porque su sospecha no es nada más que una sospecha; y el segundo, porque teme que si descubre al rey sus temores, será desterrado ó tal vez castigado.

—¿Y entónces qué hace?

—Limitase á consolar á su pobre esposa, que está enferma desde la desaparicion de su hijo, y procura indagar alguna cosa, empleando para ello toda su influencia y todo su talento.

—¿Y no se encontraría un medio de poder obligar á Felipe II?

—Doña Constanza Perez, que le odia de un modo terrible, y que sólo anhela vengarse, ha prometido en su dia revelarme el plan de venganza, manifestándome que este plan me servirá para encontrar á mi hija.

—Sí, pero mientras tanto Doña Leonor padece.



—Quizás ya no padezca, Gil.

—¿Cómo, señor, temeis?

—¿Quién sabe? ¿acaso Felipe II se detiene en los medios? ¿no conoces su historia? ¿qué puedes esperar del hombre que ha decapitado á Juan de Lanuza porque ha cumplido con su deber, y persigue á Antonio Perez por infames calumnias, y á mí porque soy amigo del perseguido? ¿qué puedes esperar del hombre que á los sesenta y tantos años de edad pretende deshorrar á una mujer que se le presenta pidiéndole la vida de su padre? ¿qué quieres esperar de todo esto?

—Nada, señor, repuso Gil moviendo la cabeza desconsolado, nada. Cuando un hombre así tiene en su mano el poder y la vida de algunos millones de súbditos, la suerte está echada; no hay más remedio que aguizar el puñal para que el golpe sea seguro, ó morir.

Después de estas palabras, los dos antiguos amigos guardaron silencio por algunos minutos; impresionados con los recuerdos que habian evocado; pero Gil de Méza, á pesar de no ser muy hablador, queria enterarse de todo aquello que se relacionaba con su amo, y preguntó á Mayorini si no habia colegido de alguna palabra cuál podia ser la base de la venganza de Constanza Perez.

—Nó, le dijo el genovés; parece que se relaciona con doña Violante, pero no sé cómo ni de qué manera. Lo que me abruma es que se va retardando demasiado.

—¿Y cómo el marqués de los Velez, siendo tan noble caballero, no ha conseguido su libertad?

—Porque el rey se ha negado á dársela, interin no se concluya la causa que se le está formando.

—¿Pero no es una calumnia?

—Infame, inaudita.

—Sí, sí, ya la conozco. Era una de las muchas cosas que se referían públicamente en Zaragoza cuando llegamos á esta ciudad. A bien que el infame Almenara ya llevó su castigo. ¿Pero cómo tenéis valor para permanecer en Madrid, señor Mayorini? ¿y si sois descubierto?

—Sería ahorcado.

—¿Y lo decís así?

—Ya lo veis. He visto muchas veces la muerte tan cerca, que no me asusta. Además, ¿qué no hará un padre por sus hijos? ¿te se figura que podría yo vivir en ninguna parte? Aquí en Madrid me hago la ilusion de creer que puedo defender á mi hija, que estoy cerca de ella.

—¿Y si no está en Madrid?

—Es posible, pero no probable. Además, veo todos los dias á Doña Constanza, y estoy esperando que me diga «obra» para obrar. La he ofrecido mi brazo.

—Bien hecho; y ahora, si os parece, podéis también ofrecerle el mio, que vale alguna cosa. Por mi vida! y que no envainaria con gusto mi puñal en el corazon de ese viejo tigre.

—Silencio, Gil, viene gente.

—Pues separémonos, no haga el diablo que sean algunas personas de la justicia. Estamos bien disfrazados, pero los dos juntos llamamos la atencion. ¿Dónde vivís?

—En la posada del León rapante, plazuela del Alamillo. Si no tienes habitacion compartiré mi cuarto contigo.

—Señor, gracias, y si acaso iré por la noche, porque durante el dia tengo que trabajar para ver si consigo hablar á la pobre Doña Juana Coello.

—No me parece muy fácil; está en la cárcel de corte.

—¿Preso?

—Sí, ya te lo he dicho.

—¡Diablo! el negocio es ciertamente un poco espinoso; pero qué le hemos de hacer, veremos.

—Pues adiós, Gil, hasta la noche.

—Adiós, señor, trabajaremos unidos. Si os parece, decid á Doña Constanza qué me habeis visto.

Y los dos antiguos amigos se estrecharon la mano y partieron en opuestas direcciones.

La llegada de Gil de Mesa á Madrid, no pudo ménos de alegrar al pobre Francisco Mayorini, porque confiaba en él y podía contar con una buena ayuda en el caso de que le hiciera falta. Por lo demás no fué para él un acontecimiento, pues agobiado con el recuerdo de su hija, recuerdo que ocupaba casi completamente su imaginacion, la situacion de su antiguo señor Antonio Perez era ya para él una cuestion secundaria.

No sucedia lo mismo á Gil de Mesa.

Este llegaba á Madrid solo y sin recursos pecuniarios; porque como su señor vivia en Paris de una corta pensión que le pasaba de limosna el rey de Francia, casi nada habia podido dar á su leal criado. El encuentro de Mayorini salvaba en parte este inconveniente, y acercándole á Constanza, le habia de poner en situacion de adquirir mayores medios para poder ver á la familia de su amo, objeto principal y casi único de su viaje.

Así fué que satisfecho de su fortuna, cruzó el prado de San Gerónimo con desenfadado aspecto riéndose de su disfraz, como si no estuviera expuesto á ser cogido y ahorcado.

Pero Gil de Mesa era de una naturaleza especial; brusco, rústico y casi salvaje, poseía un corazón capaz de albergar las más nobles pasiones, siendo de lealtad un raro y digno modelo. No comprendía ciertamente esa delicadeza en los sentimientos, que son en el mundo de las afecciones como la poesía en el lenguaje, pero en cambio era decidido, valiente, astuto como un zorro, vigoroso y leal. Para él no había más que una afección directa; la que sentía por su amo, Antonio Perez; todas las demás afecciones eran secundarias en su corazón. Por eso habíale seguido á Francia, contentándose con comer lo que él comía, y sin el incentivo de mejorar de suerte, porque el porvenir de un desterrado de las condiciones de Antonio, es en verdad bien triste y desconsolador.

Gil de Mesa, por afecto á su amo se había colocado en la situación que ya conocemos, situación que le exponía á morir á manos del verdugo, y no satisfecho con esto, sólo por servirle, arriesgando su libertad y su vida, volvió á España por proporcionarle el placer de llevarle noticias de su esposa é hijos.

Rara y noble abnegación, más noble y más rara en un hombre de las condiciones de Gil.

## CAPÍTULO II.

## Dos padres.

Ya hacia algunos días que Gil de Mesa había llegado á Madrid y visto á Constanza Perez; pero no había conseguido ver á la esposa de su amo.

Constanza le recibió, como comprenderán nuestros lectores, y desde luego le inició en todo lo que le había indicado Mayorini, dándose la enhorabuena de recibir tal ayuda, porque Gil, para una intriga valia mucho, tanto para pensar como para obrar.

La pobre esposa de Juan de Lanuza estaba completamente desconocida, y desde luego nuestros lectores, que la han visto jóven, bella y alegre, no la habrían conocido.

Parecia que había vivido veinte años, y su pelo, casi blanco, adornaba fristemente su frente cubierta de arrugas. Sus labios se habian contraido con esa expresion de odio que suele algunas veces rebosar del corazon cuando ya no cabe en él, y sus ojos se habian empequeñecido de tanto llorar.

Constanza no era ni su sombra.

Ya no reia, ya no adornaba su cabeza con flores ni joyas, ni ceñia su cintura con brocados ni tisúes. Una simple toca

de encaje y una túnica de pañete negro eran todo su tocado, tocado que armonizaba con su corazón.

El recuerdo de la muerte de su esposo, que ella había presenciado, como recordarán nuestros lectores, no se apartaba ni un instante de su imaginación, y continuamente creía estar viendo el cadalso y la innoble figura del verdugo levantando la hermosa cabeza que tantas y tantas veces había acariciado en su amoroso delirio. Esta idea fija sostenía su odio y alimentaba sus deseos de venganza.

Además, miraba á sus dos niños, y los veía casi desnudos, casi pobres, y el rencor de su corazón tomaba entónces tan terribles vuelos, que si en vez de ser mujer hubiera sido hombre, desde luego podremos asegurar que Felipe II habría muerto á sus manos. Pero era débil, y para vengarse necesitaba astucia y tiempo. Las dos cosas eran suyas, y se vengaba.... decimos mal, ya había empezado á vengarse.

¿Más cómo?

Vamos á decirlo. Constanza era la única que sabía que Felipe II era el padre de Violante, pues la única monja de las Huelgas que estaba en el secreto, hacía cuatro ó cinco meses que había fallecido. Sabía igualmente que emisarios de Felipe II recorrían todos los conventos de España en busca de algunos datos, y que habían estado en el de las Huelgas sin descubrir nada; que el rey sospechaba alguna cosa de Violante, cuyo metal de voz y mirada de sus ojos era exactamente igual á la voz y mirada de Beatriz; y en fin, que con sólo haber dicho al rey que Violante era su hija y referirle su historia, Felipe II no habría dudado. Pero precisamente en esto fundaba su venganza: ocultar al rey aquel secreto para que muriese sin conocer á su hija, y á ésta

quién era su padre, para que no se horrorizase ó la vendiese.

Esta venganza, que aunque secreta era terrible, fué sin embargo modificada en parte por los ruegos de Mayorini. El genovés anhelaba saber alguna cosa de su hija, y sabía que haciéndose dueño de un secreto de Felipe II, era muy posible que éste cediese y se la entregase. A este fin suplicó á Constanza le revelase aquel secreto; y tantas y tales fueron sus súplicas y hasta sus lágrimas, que la pobre viuda, buena en el fondo, le dijo:

—Señor Mayorini, confío en vuestra palabra de que no direis á nadie, absolutamente á nadie, que Doña Violante es hija del rey, pues mi venganza se reduce á que muera ignorándolo, precisamente porque tanto desea conocerla. El recuerdo de esta hija, perdida para Felipe II, va á ser lo que nos vengue, porque el rey está desconocido pensando en ella. Os autorizo para que hagais de esta confianza un uso prudente; y puesto que deseais valeros de este medio para conseguir lo que ha sido de Leonor, creo os bastará manifestar que sabeis quién es y dónde está la bastarda de Felipe II, sin decir su nombre ni el sitio donde se encuentra. ¿Me jurais hacerlo así?

—Os lo juro, señora. ¡Oh! precisamente ya sabeis que tambien deseo vengarme!

Adquirida esta noticia, Mayorini, que no podia ni debía presentarse á Felipe II, fuése corriendo á casa de Santoyo para comunicarle aquella noticia, para que éste á su vez se la diese al rey como premio de su condescendencia; teniendo confianza de conseguirlo.

Sebastian de Santoyo acababa de levantarse, y se halla-

ba sentado á la cabecera del lecho en que yacía su esposa enferma.

El antiguo ayuda de cámara de Felipe II no hacía ya diariamente el servicio al lado de su augustó amo, porque á pesar de todo el afecto que le profesaba, la sospecha de que era él el autor de su desventura, enfriaba, y mucho, su afecto.

Santoyo mandó introducir en su gabinete á Mayorini, al cual no tardó en presentarse.

El genovés se levantó y saludó, extrañándole la expresión singular de su fisonomía, expresión que no le había conocido hasta aquel momento.

—Dios os guarde, señor Santoyo, le dijo; veo que vuestro rostro expresa una ligera satisfacción, de lo cual os felicito, porque me asegura una buena noticia; ¿Habeis sabido alguna cosa?

—Sí, amigo mio.

—¿De Alvaro?

—Sí.

—¿Y de mi hija?

—Ay! nó.

El genovés lanzó un suspiro. ¡Pobre padre! en su delirio había creído que iba ya á tener noticias de su hija.

No obstante, parecióle que debía mostrarse complacido con aquellas nuevas, y alargó su mano al señor Sebastian.

—Tomadla, Santoyo, le dijo tristemente; es la expresión de mi amistad. No puedo daros de otro modo la enhorabuena.... Tengo el corazon destrozado. Yo tambien soy padre, y nada he sabido de mi hija.



—Animaos, Mayorini; aunque oscuro, ya tenemos un camino para encontrarla.

—¡Qué escucho!

—Ya sabemos dónde está mi hijo.

—¿En dónde?

—En los calabozos de la Inquisición.

—¡Oh infamia! ¿Pero quien os lo ha dicho?

—Uno de los inquisidores. Un fraile dominico, que es un santo.

—¿Y él os ha dicho....

—El no me ha dicho nada, pero me ha traído una carta.

—¡Una carta!

—Sí, tomad; leed, para romperla en seguida. No he querido destruirla hasta que la viérais. Leed, amigo mío.

Y Santoyo entregó un papel á Mayorini.

Este le desdobló con mano convulsa, y leyó con acento más convulso, lo siguiente:

«Mis queridos padres: No puedo deciros más que breves palabras. Estoy en un calabozo de la Inquisición, de orden del rey. Fui separado de Leonor para traerme aquí. Creo que á mi prometida la han llevado á un convento; pero no sé á cuál. Mi confesor os llevará esta, si cumple la palabra que me ha dado. Rogad por mí.... Sabed que vivo, y si algo podeis hacer para que vea pronto la luz del día, hacedlo.... Por ahora, padres míos, bendecidme. No preguntéis nada al dador, porque nada os dirá, y para no comprometerle, quemad esta carta. Adiós, mis queridos padres.

*Alvaro Santoyo.*»

—¿Qué decís, Mayorini?

—Que esto, aunque poco, es mucho. Al ménos sabeis que vive, y que no se le ha martirizado mas que con la prison. ¿Pero y mi hija? ¿qué habrá sido de ella?

—Es de presumir que tampoco el rey la haya castigado. No sería ese el mejor medio para hacerse amar de ella, y aún se me figura, y es de creer, que á excepcion de la libertad, no la ha de faltar nada en su prison. Pero ya veis á lo que se reducen nuestras esperanzas. ¿Qué os parece?

—Que algo es algo, y que yo tambien tengo algunas cosas que deciros.

—¿Cosas nuevas?

—Sí.

—¿Referentes á nuestros pobres prisioneros?

—Sí, sí.

—¡Oh! hablad.... ¿Qué haceis que no hablais, señor Mayorini?

—Antes me habeis de dar vuestra palabra de hombre honrado, de guardar el secreto de lo que voy á deciros.

—Os la doy. ¿Pero qué es ello?

—¿Me lo jurais?

—Os lo juro.

—Pues bien, oidme. Tengo un arma para obligar al rey á que nos devuelva á nuestros hijos.

—¿Un arma para obligar á Felipe II?

—Justamente.

—¡Ah! ¡cuánto os equivocais!.... No hay arma en el mundo capaz de doblegar la voluntad de ese rey.

—Pues yo os digo que la tengo.

—No es posible!

—¡Oh! sí.

—Nó, nó.

—Escuchad. ¿No habeis oido alguna vez hablar al rey de una hija bastarda?

—Ya lo creo; tanto, que hace algunos años tuve el encargo de buscarla.

—¿Y nada averiguásteis?

—Nada.

—Y el rey, ¿ama mucho á esa hija?

—Más que á sí mismo. Se encuentra viejo; el príncipe de Asturias no le quiere, la infanta se le casa con el archiduque Alberto, y va á quedarse solo para fin de su vida.

—¡Castigo del cielo! ¿Pero qué daría si hubiera una persona que le dijera dónde está su hija?

—¡Qué daría! ¿Os burlais, Mayorini?

—No creo que el asunto sea digno de burla, señor Sebastian. Respondedme.... Os he preguntado qué daría el rey por saber lo que ha sido de esa hija que tanto quiere sin conocerla.

—¡Dios mio! ¡la mitad de su coronal!

—¿Estais seguro?

—Señor Mayorini, le he visto llorar por ella.

—¿Llorar Felipe II?

—Llorar como un hombre.

—¡Oh! entónces os creo. Pues bien, siendo eso así, alegrémonos, señor Santoyo, porque entónces pronto abrazaremos á nuestros hijos.

—¿Qué decis?

—Que abrazaremos pronto á nuestros hijos.

—¡Estais loco!

—¡Oh! nó; yo sé quién es y dónde está esa hija de Felipe II.

—¿Vos?

—Yo.

—¿Vos? exclamaba asombrado el antiguo ayuda de cámara del rey sin poder dar crédito á lo que oía; ¿vos sabéis dónde está esa bastarda?

—Sí, yo lo sé.

—¡Oh! decidlo.... decidmelo, y ya vereis cuán pronto voy á revelárselo y á pedirle en premio que nos devuelva á nuestros hijos.

Mayorini se quedó por un momento pensativo dudando si cumplir ó nó su palabra; pero no atreviéndose á faltar á ella, dijo á Santoyo despues de un momento de silencio:

—Amigo mio.... un juramento me impide poder revelaros quién es y dónde está esa hija de Felipe II.

—Entónces....

—Oídme. Creo que para el caso es lo mismo. Aunque yo no puedo ahora satisfacer vuestra justa curiosidad, no así dentro de algunos dias, por manera que podeis ofrecer al rey llevarle su hija. En mi opinion conviene que le pidais una audiencia reservada, y en ella le vendais ese secreto en cambio de nuestros hijos. Debe creeros. Os dió el encargo de buscar á esa hija, y podeis decirle que ahora habeis conseguido descubrirlo. Si se niega á poner en libertad á vuestro hijo y á Leonor, amenazadle.

—¡Qué decís, Mayorini! ¡amenazar al rey! ¡estais loco!

—Nó. El rey es un hombre como vos y yo. Por grande que sea el esplendor de su corona, no creo que se me importaria luchar con él por salvar á mi hija.

—¿Y se os figura, señor Mayorini, que Felipe II va á poner en libertad á nuestros hijos sin más que por mi palabra? ¿Y si despues os negais á decírmelo?

—Soy un aliado leal y nunca faltó á lo que prometo; pero aun cuando así fuera, creo que conseguiríamos nuestro objeto.

—Es posible; pero ¿y el castigo que me esperaba si despues de haber dado libertad á nuestros hijos le confesaba que nada podia decirle?

—¿Castigaros? ¿por ventura no podiais huir?

—Convenido, pero sería engañarle.

—¿Y eso os importa?

—Señor Mayorini, repuso el antiguo ayuda de cámara con profunda emoción, nunca engañaré á S. M. Le debo todo lo que soy y...

—Señor Santoyo, añadió el genovés interrumpiendo al viejo, veo que amais al rey más que á vuestro hijo, lo cual me parece un crimen.

—¿Pero no repugna á vuestra conciéncia ese engaño?

—Nó. Engañar una vez á quien tantas ha engañado, no me parece tan reprehensible. Además, el objeto de ese engaño es tan noble, que el mismo Felipe II no podrá ménos de perdonarle.

—¡Ah! el rey no perdona nunca....

—Tanto mejor entónces para que no hagais caso de conciéncia ese engaño.

—¿Pero y si me encierra en un calabozo?

—Evitad ser cogido y huid. ¿Creeis que Alyaro y mi hija no necesitarán salir de España? Y yo mismo, ¿os figurais que puedo permanecer en ella?

—¿Y á dónde huimos?

—A Francia con Antonio Perez, ó á Hungría con Blanca de Lanuza.

Sebastian Santoyo inclinó la cabeza no sabiendo qué responder. Por un lado repugnábale engañar al rey, por quien sentia un respeto inmenso, casi sagrado, y por otro, el recuerdo de su hijo le animaba á seguir los consejos de Mayorini. Además, con la libertad de Alvaro salvaba tambien la vida de su esposa Doña Maria, y el leal servidor vacilaba y dudaba sin saber qué resolver.

Mayorini le contemplaba con cierto asombro mezclado de disgusto. Parecíale imposible que hubiese un padre que pudiese dudar entre engañar al rey ó recobrar á su perdido hijo; y despues de un momento de silencio, viendo que Santoyo nada decia, exclamó algun tanto incomodado:

—Señor Sebastian, veo que puede más en vos el amor de vasallo que el de padre; y como considero que es inútil todo lo que os diga, me retiro. Sólo siento no poderme presentar á Felipe II, pero yo buscaré persona que se aproveche de mi secreto.

—Un instante, exclamó Santoyo colocando su mano en el hombro del genovés para impedirle que se levantara, voy á seguir vuestros consejos, pero con una condicion.

—Decidla.

—Que me habeis de revelar despues quién es esa hija de Felipe II y dónde está.

—Si puedo hacerlo, no lo pongais en duda.

—¿Y si no podeis?

—Entónces no hay nada de lo dicho. Reflexionad únicamente el estado de vuestro hijo, preso en algun inmundo

calabozo de la Inquisicion, sin esperanza de salir de él; estad seguro que si permanece por mucho tiempo así, enfermará del alma y del cuerpo.

—¿Del alma?

—Ciertamente; se necesita tener una confianza muy grande en Dios para que el infeliz mancebo no reniegue de todo al verse preso de una manera tan injusta.

Esta reflexion alarmó algun tanto la conciencia del señor Sebastian, y robusteciendo su opinion de libertar á su hijo, le hizo decidirse sin ningun género de duda.

—Sea pues, exclamó despues de un momento de silencio; hágase como decís, amigo mio, y veamos de libertar á nuestros hijos. Pero ¿y si el rey se niega á ello?

—No me parece probable.

—A mí tampoco; pero ¿y si se niega?

—Le enseñáis la carta que habeis recibido.

—Eso sería una imprudencia que podría perjudicar al inquisidor que protege á Alvaró.

—Es cierto; pero si no hay otro remedio... ¿sabeis, señor Sebastian, lo que yo haria, si por hacerlo pudiese recobrar á Leonor? destruir media España, matar al rey, incendiar su palacio.

—¡Horror! ¿habeis perdido la cabeza?

—Es muy posible, pero sabed que cuando el corazon habla, la razon es siempre vencida. Hemos concluido. ¿Vais á ver al rey?

—Hoy mismo.

—¿Y le vais á pedir?

—Si, Mayorini, veremos de hacerle ver lo mejor y lo más justo. Hay una circunstancia que me anima.

—¿Cuál?  
 —Hace un mes que Felipe II ha cambiado. Desde el último ataque de gota, parece otro hombre. Ha perdido mucha severidad, y ha comenzado á mirar con detenimiento la salvacion de su alma... creo que presiente su fin.—

—¡Ah! entónces es mucho más fácil de lo que creíamos conseguir nuestro objeto.

—Allá veremos. Venid mañana ó pasado, y ya podré deciros qué me ha dicho el rey. ¡Dios quiera que no aumente nuestras desgracias la supuesta noticia con que vamos á engañarle.

—Perdonad, Santoyo, esa noticia no es tan supuesta como creéis. Os juro á fé de cristiano que conozco personalmente á la hija de Felipe II.

—Entónces, hombre de Dios, ¿por qué no me lo decís?

—Porque me liga un juramento, ya os lo he dicho.—

El antiguo ayuda de cámara comprendió que á pesar de todos sus esfuerzos, nada adelantaria con rogar y suplicar al genovés que le explicase aquella historia, y pareciéndole indecoroso, lanzó un suspiro y alargó su mano á Mayorini.

—Sea, pues, lo que queráis, le dijo; comprendo la santidad de un juramento, y no seré yo quien os obligue á quebrantarle. Rogad á Dios porque me conceda en la entrevista que voy á tener con el rey, el don de la palabra para vencerle, y que ilumine su corazon con uno de esos rasgos que son peculiares á su misterioso carácter.

—Lo haré así, amigo mio. En esa entrevista arriesgamos nuestra felicidad, porque si nada podemos conseguir y nuestros hijos continúan presos, por mi parte no sé lo que voy á hacer.... os lo aseguro.



—Acaso....

—Nada os digo. Mi hija es mi vida.... doblemente querida para mí, porque su amor filial es la causa de su desgracia. Ya lo sabeis. Si no hubiese querido venir á solicitar del rey mi perdon y el de Antonio Perez, estaria conmigo libre en cualquier punto del extranjero. ¡Pero la Providencia lo ha dispuesto de otro modo! Buena fortuna, señor.

Y aquellos dos hombres, que llevaban en sus corazones una misma herida, abrazáronse afectuosamente y se separaron.

Mientras Maximiano y Sebastian de Santoyo se entretenían con una ó ménos intencional á la esperanza de volver á recibir á sus hijos, la desgraciada Violante, pobre criatura destinada por el cielo á ser siempre infeliz, se hallaba sentada junto al lecho de su esposo, cuya vida iba poco á poco extinguéndose, como las de esas lamparas que continúan á oscilar para apagarse.

D. Pedro Fajardo, ~~príncipe~~ leal caballero, cuya vida entera habia sido una epopeya de nobleza y valor, al verse acusado de traidor á su rey y arrastrado de los brazos de su esposa para ser conducido preso á Madrid, procesado y encarcelado en un calabozo, su naturaleza no pudo sufrir tan rudo golpe y contrajo la enfermedad que le llevaba al sepulcro. Además, la crueldad de Felipe II le habia encarcelado en uno de los calabozos más húmedos é insalubres del reino. Alzárase, lo cual acabó de agravar su mal, y si bien con la venida de su esposa consiguió ser trasladado á otro infirmeria más aceptable, la traslación ya llegó tarde.

El pobre D. Pedro Fajardo estaba herido de muerte.

—Nada os digo. Mi hija es mi vida... doblemente que-  
 rida para mí, porque su amor filial es la causa de su desgra-  
 cia. Ya lo sabéis. Si no hubiese querido venir á solicitar del  
 rey mi perdón y el de sus hermanos, estaría conmigo libre  
 en cualquier punto del extranjero. Pero la Providencia lo  
 ha dispuesto de otro modo. Buena fortuna, señor.  
 Y aquellos los señores que llevaban en sus corazones  
 una misteriosa herida, se desahogaron en sus lágrimas y se sepa-

### Muerte de un noble.

Mientras Mayorini y Sebastian de Santoyo se entrega-  
 ban con más ó ménos intensidad á la esperanza de volver  
 á recobrar á sus hijos, la desgraciada Violante, pobre criatu-  
 ra destinada por el cielo á ser siempre infeliz, se hallaba  
 sentada junto al lecho de su esposo, cuya vida iba poco á  
 poco extinguiéndose, como las de esas lámparas que comien-  
 zan á oscilar para apagarse.

D. Pedro Fajardo, pundonoroso y leal caballero, cuya  
 vida entera habia sido una epopeya de nobleza y valor, al  
 verse acusado de traidor á su rey y arrancado de los brazos  
 de su esposa para ser conducido preso á Madrid, procesado y  
 encerrado en un calabozo, su naturaleza no pudo sufrir tan  
 rudo golpe y contrajo la enfermedad que le llevaba al se-  
 pulcro. Además, la crueldad de Felipe II le habia encerra-  
 do en uno de los calabozos más húmedos é insalubres del ré-  
 gio alcázar, lo cual acabó de agravar su mal; y si bien con  
 la venida de su esposa consiguió ser trasladado á otro infi-  
 nitamente más aceptable, la traslacion ya llegó tarde.

El pobre D. Pedro Fajardo estaba herido de muerte.

La causa que se le seguía era absurda ó ilegal en su forma y tramitación; pero Felipe II, que no ignoraba la amistad que unía á Fajardo con Perez y con Lanuza, por su casamiento con Violante, se empeñó en que la acusación no era falsa, y en que el noble caballero había faltado á sus deberes pasándose al partido de los traidores zaragozanos. Con esta idea había dado orden de que la causa siguiera su curso sin darle parte, pues nada quería saber hasta que estuviese concluida, causa que puso en manos de algunos enemigos de D. Pedro, con la santa intención de que la sentencia no adoleciera de indulgente.

El desgraciado caballero sabía que no había esperanzas para él y que sería castigado; pero no quiso defenderse, para no dar motivo á que se dijera que había abusado de sus riquezas para salir victorioso, y negándose á toda participación en la causa, no pensó más que en su pobre Violante.

Decir que ignoraba la gravedad del mal que sufría, sería engañar á nuestros lectores. D. Pedro sabía que su enfermedad era de muerte y que no podía vivir mucho; pero resignábase con los decretos de Dios, y sólo sentía morir por dejar sola á la pobre huérfana que tanto le amaba y cuya suerte había unido á la suya.

El momento fatal se acercaba. Con lentitud, pero siempre avanzando, la enfermedad había ido postrando poco á poco al noble caballero, el cual se sentía morir, á pesar de los cuidados que le prodigaba Violante y la viuda de Lanuza, que había venido con sus hijos al lado de su hija adoptiva, previo el permiso de Felipe II, el cual, siguiendo su política falaz ó hipócrita, así como después de muerto Lanuza le había mandado hacer unos funerales magníficos para,

demostrar que él no había castigado al hombre, sino al Justicia mayor, así también recibió afablemente a Constanza, ofreciéndola cuidar de sus hijos y permitiéndola vivir en compañía de su hija adoptiva. Constanza aceptó la gracia del rey en lo relativo al permiso, pero se negó á que sus hijos tuvieran nada que agradecer al matador de su padre.

Rodeado el marqués de los Velez de Constanza y Violante, no le faltó ninguno de esos cuidados cariñosos que suelen ser muchas veces las medicinas más eficaces; pero de nada le sirvieron. Poco á poco, el aislamiento en que vivía, el proceso que pesaba sobre su nombre, la orfandad de su esposa, todo fué minando su robusta organización y secando las fuentes de su vida.

En el momento en que le presentamos á nuestros lectores, acababa de recibir los últimos consuelos de la religión, y miraba con sus ojos vidriados á su pobre esposa, que lloraba amargamente sentada al lado de su lecho.

La viuda de Lanuza tenía entre sus manos las de su hija adoptiva, y el temblor de sus pálidos labios demostraba la emoción que la agitaba.

—Querida Violante, exclamó Fajardo con voz débil, hace ya más de doce días que no has dormido ni una hora. Retírate á descansar!... Me encuentro algo mejor, y me parece que voy á dormir un poco.

—No, no estoy cansada ni V no puedo dormir.

—¡Ah! prosiguió el marqués, ¡pobre niña! Apenas entraste en la vida y las doradas ilusiones de la juventud iluminaron tu mente, caíste en el abismo de la desgracia! ¿Para qué me has amado, blanca palomá sin hiel?

—¡Oh! ¿y me lo preguntas, Pedro? ¿Me preguntas por qué te he amado? Pregunta á Dios por qué consiente la infamia de que eres objeto, por qué el tirano rey que te ha sumido en la desgracia puede dormir tranquilo, y por qué el sol no se nubla cuando ve cometer y quedar impunes crímenes tan horribles.

—No acuses al rey, exclamó el leal caballero; me han calumniado.... Me cree culpable.... Es justo y....

—Mentira, repuso Constanza con todo el fuego de su odio; el rey no os cree culpable, Fajardo. El rey se venga en vos por no haber podido matar á mi hermano como ha matado á Lanuza.... ¡Ah! ¡que la sangre vertida de orden suya en Zaragoza caiga sobre su cabeza y le ahogue.... ¡Qué muera solo con sus remordimientos, y que le vuelvan la espalda todos sus amigos....

—¡Señora!...

—Perdonadme, Fajardo.... Tengo aun delante de mis ojos el cadalso donde murió mi pobre Juan.... Veo su cabeza rodar por el tablado, y la veo despues en las manos del verdugo.... mirar al pueblo, al pueblo nó.... á la soldadesca que rodeaba el patíbulo.... ¡Ah! ¡maldito sea el rey! ¡maldito! ¡maldito!...

El marqués de los Velez cerró los ojos, porque no tenia fuerzas para hablar; pero su silencio fué una muda protesta. El pundonoroso caballero sentia no poder defender al rey que tambien le asesinaba.

Por espacio de media hora, el silencio mas profundo reinó en la camara del enfermo; pero de pronto éste se incorporó, estremeciéndose terriblemente, miró en torno suyo con espanto; y agitando los brazos, exclamó con voz ahogada:

—¡Luz! ¡luz!... no veo... ¿Dónde estás, Violante? ¡Oh! tu mano... tu mano... dámela... ¡Me muero! ¡me muero! ¡Esposa mia!... ¡mi querida esposa!

Violante se arrojó sobre él y Constanza se levantó; pero el marqués de los Velez había vuelto á caer sobre el lecho exánime, con los ojos cerrados, y ya con el extertor de la agonía, volvió á llamar á su «*blanca paloma*».

El momento se acercaba. El desgraciado marqués de los Velez iba á dar cuenta á Dios de sus actos.

Violante comenzó á llorar á gritos, y dos criados penetraron en la habitacion.

De pronto oyéronse pasos en la galería á que daba la puerta de la prision, y poco despues apareció en la cámara la grave figura de Felipe II.

El monarca de dos mundos habia sabido que al noble caballero acababan de administrarle los últimos sacramentos de la Iglesia, y por uno de esos actos no comunes en él, pero que han sido como el velo de su misterioso carácter, le pareció que debia ir á saludar por última vez á su antiguo y leal servidor.

No habia en esto caridad ni arrepentimiento; y si no habia hipocresía, porque no nos atrevemos á juzgar las intenciones, habia á lo ménos el deseo de aparecer siempre justo, justo á su manera. Por lo mismo que, con arreglo á la justicia, el marqués de los Velez estaba preso y encausado, el monarca queria demostrar que sin perdonar al delincuente, iba á estrechar la mano del amigo.

Empero Felipe II, como habia dicho muy bien Sebastian Santoyo á Mayorini, estaba desconocido. Parecia haber vivido treinta años, y su último ataque le habia arrancado

toda su energía. En cuanto á su parte moral, presintiendo su fin próximo, habia empezado tambien á considerar los actos de su vida con más rigor, y sin duda aquel exámen alarmó su conciencia.

Habia pues, en su visita al prisionero, algo tal vez de arrepentimiento y de compasion. Por eso penetró en la cámara sombrío, pálido y grave, quitándose el sombrero del terciopelo, como si penetrara en algun lugar sagrado, y saludando con la cabeza á Constanza y Violante.

Detúvose al lado del lecho, y tocó con su mano la frente del moribundo.

A este contacto, el marqués de los Velez abrió los ojos ya casi sin vidrio. Su apagada mirada se fijó en el rey con una expresion indefinible de gratitud, y quiso hablar; pero sus labios no emitieron ningun sonido.

Felipe II comprendió aquella mirada, y quizás por la primera vez de su vida se sintió conmovido.

Animo, ánimo, mi buen amigo, dijo al moribundo; los altos juicios de Dios son incomprensibles. Acatemos su voluntad. Os perdono!

D. Pedro agitó los brazos como protestando de aquel perdon que no necesitaba, porque no era culpable; y al par de una lágrima que rodó por sus mejillas, lanzó un suspiro pronunciando el nombre de Violante, y espiró.

Por un momento, el silencio más profundo reinó en la cámara; pero de pronto las dos mujeres comprendieron que todo habia concluido, y levantándose se aproximaron al cadáver.

El rey quiso impedir á Constanza que le tocase; pero la viuda de Lanuza rechazó al rey con una energía que tenia

algo de febril, diciéndole con todo el odio de su corazón: — Rey D. Felipe, ésta es otra de vuestras obras; complaceros en ella... mirádlas...

Y cayó anonadada por el dolor á los piés del lecho. Violante habia caído tambien desmayada, siendo conducida fuera por sus dos criados, en tanto que Felipe II, que habia vuelto á ponerse el sombrerillo, se pasó la mano por la frente y no contestó nada á las palabras de la hermana de Perez.

Parecia que se hallaba como clavado en el suelo por una fuerza invisible, miéntras su alma volaba por regiones desconocidas.

Desde allí oíanse los sollozos de Violante y la entrecortada respiracion de Constanza.

Así trascurrieron algunos minutos, hasta que Felipe II se descubrió y dirigió al cadáver una mirada sin fin. En aquella mirada podíanse leer un mundo de pensamientos tristes, como esos recuerdos dolorosos que dejan en el alma las grandes catástrofes. Quizás en aquel momento el señor de dos mundos se encontrara pequeño al lado del cadáver de su víctima; quizás pensara en la pequeñez de las cosas terrenas; ¿quién sabe? sólo Dios puede leer el corazón del hombre en ciertos momentos, y sólo á él es posible explicar esas tormentas misteriosas de lo desconocido que pesan sobre el alma.

Poco despues, el rey dispuso la traslacion del cadáver á la capilla, y dado orden de que nada faltase á la pobre y desgraciada viuda.

Triste y estéril reparacion!





no podia comprender cómo el rey queriéndole tanto, consentia que sufriera el dolor de no saber de su hijo. Esta reflexión amenguaba el entusiasmo que le inspiraba el rey, y como ya hemos dicho, si bien era incapaz de vengarse, tambien lo era ya de sacrificarse por su amo.

Cuando subió á las habitaciones que más comunmente ocupaba Felipe II, los guardias, los ugieres y hasta los mismos gentiles-hombres, alargaban su mano y saludaban al anciano caballero, inspirándole lástima lo que habia envejecido, pues no ignoraban la desgracia que le heria.

Sin dificultad llegó hasta la misma cámara del rey, pero allí le dijeron que S. M. habia bajado á ver al marqués de los Velez, por lo que sentándose en un largo diván de damasco rojo, esperó ansiosamente que volviera.

Por fin llegó este momento, y Santoyo se levantó conmovido, extrañándole el rostro pálido del rey y los sombríos destellos que exhalaban sus pupilas.

El viejo ayuda de cámara, que no era tonto, ya habia calculado cómo empezar su conversacion para interesar más al rey, y haciéndose el indiferente, se inclinó en silencio delante del monarca, y despues le siguió, penetrando con él en la cámara.

Entonces vió lo que nunca habia visto en su régio amo. Qué éste se dejaba caer desfallecido en un ancho sillón de cuero de Flandes; se cubria el rostro con sus manos y exclamaba lanzando un quejido:

—Esta es la vida! Oh! la muerte! la luz que se apaga, la nube que se deshace, gota de agua que se evapora, esencia que se volatiliza, aire vanado! Oh, solo! solo! siempre solo! . . .

Habia en estas palabras tanta amargura, tenían un significado tan terrible en los labios del rey, que Santoyo no pudo ménos de estremecerse y exclamar casi en voz baja:

—Señor... Felipe II se estremeció y levantó la cabeza. Parecía como haber visto hasta entonces á su ayuda de cámara, y levantándose le alargó la mano.

... Santoyo, conmovido, fué á besársela, pero el rey la retiró:

—Nó, nó, le dijo; no es la mano del rey la que te alargo, sino la del amigo.... estrechala, estrechala, mi buen Santoyo. Ah! tú eres el único que me comprendes.

El ayuda de cámara estrechó con efusion la mano del rey, y agobiado de gratitud, todos sus proyectos de energía desaparecieron como por encanto.

—Señor, señor, exclamó con lágrimas en los ojos, os amo y es respeto como ninguno, pero devolvedme lá mi hijo.... devolvedmele, señor.

El monarca miró al anciano y sus labios se contrañeron. Le costaba tanto trabajo mostrarse indulgente, que tardó más de cinco minutos en responder á Santoyo.

—Veo, Santoyo, le dijo, que no te ha traído al alcázar el afecto que me profesas, sino tu hijo.

—Señor, señor, soy padre; vos tambien lo sois y comprendereis mi ansiedad.

—Sí, lo soy; pero de qué me sirve, amigo mio? el principe de Asturias casi me aborrece, la infanta sólo piensa en su Alberto, y mi otra hija, ¡ah! Santoyo, ¿dónde estará?

—Señor.

—Escucha, repuso el rey interrumpiéndole, ahora mismo he creído oír su voz. He estado en las prisiones, he visto

morir al primer caballero de España, al marqués de los Velez, y allí, bajo la figura de Doña Violante, he reconocido las facciones de Beatriz, he oído su voz.... Recuerdo que la primera vez que ví á esa jóven me causó la misma emoción. ¿Podrá ser ella? Acaso Doña Constanza lo sepa.... es muy posible... ha sido quien la ha educado.... pero doña Constanza, ¿sabes quién es? la viuda de Lanuza.... me aborrecer... me odia.... ¡oh! Dios mío!!! todos me odian, todos.... y tú tambien, tú...

— Señor, yo no aborrezco á V. M. ....

— Sí, me acusas de ser el autor de la desaparición de tu hijo....

— Señor, amo á V. M., y aun con todo, es amo y es respeto.

— ¿Será posible? ¿querrás volver al servicio?

— No puedo, señor; mi esposa reclama mis cuidados.

— ¿Tan enferma está?

— Tanto, señor, que los médicos desesperan de salvarla si su dolor no se mitiga.

— Pues tráela aquí.... al alcázar.... vivirás conmigo; yo necesito de tus cuidados, de tu afecto....

— Es imposible, señor.

— ¿Cómo? ¿rehusas tambien vivir aquí?

— Mi esposa Doña María no puede abandonar el lecho.

— ¡Oh! me engañas, Santoyo.... dime que me aborreces tambien, y entónces comprenderé tu negativa.

El anciano bajó la cabeza y despues miró al rey por un momento. Sus facciones se contrajeron como si sufriera una lucha horrible, y con acento amargo dijo á Felipe II:

— Señor, no aborrezco á V. M.; pero aun cuando así fuera,

no debía extrañarle, puestó que se niega á devolverme mi hijo. —¿Es decir que insistes en esa sospecha? —Ya nó es sospecha, señor, es certidumbre. Lo sé todo. El rey, de pálido que estaba se puso livido, y sus labios se estremecieron. Sentíase sin valor para continuar engañando á aquel pobre padre, y se avergónzaba de decirle que le había estado engañando hasta entónces. La conviccion que respiraban las palabras del anciano le demostraba que efectivamente había adquirido algunas noticias, y por más que le fuera imposible comprender quién se lo podia haber dicho, era cierto que lo sabía todo.

Su silencio acabó de persuadir al ayuda del cámara que el rey empezaba á reconocerse culpable de aquella violencia, y animándose algun tanto, prosiguió con mayor energía: —Señor, me consta, como pueden constar esos actos, que mi hijo Alvaro es inocente y que por órden de V. M. se halla hoy dia en uno de los calabozos de la Inquisicion. Señor, no ha cometido ningun delito, no es culpable más que de amar á Doña Leonor Vazquez de Mayorini; y si por amor tuviéramos que ser castigados, se necesitaria una cárcel tan grande como el mundo. Recordad que es la esperanza de nuestra vejez; que si no nos lo devolveis costará la vida á su madre; recordad que ha derramado su sangre por vuestra defensa, y que es mi hijo... mi hijo, señor. Devolvedmele en premio de mi adhesión á vuestra persona... sois demasiado grande para que, pasada la impresion del momento, no perdoneis á un jóven que os respeta y ama, hijo de un hombre que daría por vos su vida... perdonadle... el mundo os admira y os teme... la historia consagrará á vues-

tra fama sus páginas más brillantes.... Haced, señor, que no tenga que referir de vos una de esas acciones mezquinas propias del vulgo de los hombres. ¡Ah! ¡vuestro silencio me anima.... sin duda Dios os ha tocado en el corazón y vais á devolverme mi hijo. ¿No es verdad que me lo devolveréis?

—Sí, exclamó Felipe II pasándose la mano por la frente como si quisiera ahuyentar algún pensamiento horrible; sí, te lo devolveré, Santoyonte mañana podrás abrazarle.  
El anciano, loco de alegría, cayó de rodillas á los pies del rey y cubrió de besos y lágrimas sus manos y los encajes de sus puños.

Felipe II se conmovió.  
—Levántate, mi leal servidor, le dijo, levántate, tú eres el único que sabes la verdad de todo esto. Cállalo, cállalo para siempre; que no sepa el mundo que he podido ser tan injusto por una mujer que me había vuelto loco... ¡También ella será libre. Léjos de mí toda idea mundana. La muerte de D. Pedro Fajardo parece que ha sido un aviso del cielo... ¡Soberbia humanidad! Tal vez me había creído eterno como Dios, y he de morir muy pronto, muy pronto, amigo mío. Quiero que en la cabecera de mi lecho rueguen por mí los pocos corazones que me han amado, y el tuyo es de los primeros. Tu lealtad bien merece un premio inaudito; y nada te he dado.

—Señor, harto me pagáis ahora.  
—No, es una restitución lo que te hago. Tu acento ha penetrado en mi corazón... padezco tus dolores y por eso les he comprendido.

—Señor, repuso el ayuda de cámara, Dios premia siem-

pre las buenas obras, y no puede dejar sin recompensa la libertad que devolveis á mi hijo y su prometida. Felipe II se estremeció al oír esta palabra. Todavía su lúbrica naturaleza luchaba con el recuerdo de Leonor. Después lanzó un suspiro y colocó su mano sobre el brazo del viejo caballero. —Amigo mío, si he amado á Leonor en una época en que ciertamente no podía esperar ser amado. Leonor es un ángel de belleza y de virtud. Ha resistido la pasión de un rey que la hubiera anegado en oro, y esto es seguramente una garantía de felicidad para tu hijo. Que se casen, pero que salgan de España. No quiero verlos. Por grande que sea mi alma sufriría un choque muy terrible al verlos juntos, y me faltan las fuerzas.... ¿me comprendes? En cambio quiero que no te apartes de mi lado.... que vivas aquí, que me consagres los últimos años de tu vida como me has consagrado los primeros, y que recibas mi último suspiro cuando me encuentro solo, Sebastian.... solo, y esto es muy triste.... un viejo necesita, como los niños, del calor de las afecciones; nadie me ama.... mi justicia se ha llamado crueldad; muchas veces, la gravedad de mi carácter orgullo, mi religion, hipocresía. Se me ha acusado de muchas cosas que no he hecho. Siempre he pensado en la felicidad de mi pueblo y le he dado gloria y nombre. España es hoy la primera nación del mundo.... ¡quizás dentro de algunos siglos sea la última! Mi hijo es un imbécil, no piensa en nada.... en nada, ni aun en el amor, á pesar de su juventud. Inno tiene pasiones, ni carácter, será dominado por la audacia del primer advenedizo, y entregará su corazón á la primera mujer que se le presente. La carga que le dejo es demasiado pesada para sus hombros,

y la dejará caer, ¡oh! estoy seguro... Pues bien; hoy me afligen y contristan todas estas reflexiones... hoy me abruma los recuerdos, y nunca he sufrido lo que ahora... ¡Ah! si al menos tuviese á mi lado al hijo de Beatriz... el Santo yo, impulsado por su gratitud y conmovido hondamente, se olvidó de la palabra que habia dado á Mayorini y quiso dar al rey un momento de felicidad por la que de él acababa de recibir... —Perdonad, señor, si le interrumpo, exclamó enjugándose una lágrima que rodaba por sus mejillas; ¡Dios, como ha dicho V. M. muy bien, premia todas las acciones nobles, y la libertad que dais á mi hijo y á Doña Leonor merece una recompensa. Oídme, oídme... yo también tengo que dar á V. M. una gran noticia... —Una gran noticia... —¿No os acordais, señor, que hace algun tiempo me encargásteis que tratara de averiguar el paradero de vuestra hija? —Sí... —Pues algo he averiguado. —¿De veras, Sebastian? ¡Oh! ¡habla!... ¡habla!... ¿Qué has descubierto? —Que esa hija por quien tanto llora V. M. vive y se halla muy cerca de vos; —¿Dè mí? ¿acaso mis sospechas...? —Eran ciertas... —¡Dios de bondad! ¿es mi hija Doña Violante? —Sí, señor. —¿No té equivocas? —Así me lo ha dicho persona que debe estar muy enterada



—El nombre de esa persona....

—No puedo decírselo a V. M.

—¡Santoyo!

—Perdonadme... he quebrantado un juramento al decir que es Doña Violante vuestra hija, pero no he podido resistir al deseo de dar a V. M. tan fausta nueva.

—¡Oh! exclamó el rey coloreándose sus mejillas y levantando al cielo los brazos, ¡oh! ya no estaré solo... ya tendré quien me quiera, porque yo haré que esa hija sea feliz y me perdone haber causado la muerte de su esposo... ¡Qué horrible destino me persigue que me ha de obligar a herir a las personas que más quiero! Ahora mismo voy a mandarla subir.

—Señor, exclamó Santoyo, creo que no es ocasión oportuna. En este momento Doña Violante se encuentra bajo el dominio del dolor por la pérdida de su esposo, y quizás os rechazase... creo más prudente que esperéis unos días y yo me encargo de decírselo y preparar a Doña Constanza, que ha sido casi su madre.

El rey se estremeció.

—Tiemblo, Sebastian, dijo a su ayuda de cámara; la única persona que está en el secreto, porque todas las demás han muerto, es la viuda de Lanuza. ¿Querrá vengarse de mí negando que Violante es mi hija?

—Señor, Doña Constanza os aborrece, pero no creo que llegue a tanto su cólera y su odio. De todos modos, por eso y por otras causas que ruego a V. M. permita que me las calle, me parece prudente que difiera por unos días su reconocimiento dejándolo a mi cuidado.

—Como quieras, Sebastian, en tí confío, ya sabes cuál

es mi anhelo por poder abrazar á esa hija tan querida....

—Señor, me habeis devuelto con mi hijo, mi esposa y mi vida.... yo tambien sabré pagaros....

—Pues bien, el cielo te ayude, en ti confio, preparalo todo de manera que pueda abrazar á mi hija. Ahora voy á devolvete tu hijo, ¿Pero por dónde has sabido que se halla en la Inquisicion?

—Señor....

—Ah! no puedes confesármelo.

—Me liga un juramento.

—Entónces no te obligo, calla.

Y el rey, transformado en otro hombre con la esperanza de abrazar á su hija y de saber quién era, se acercó á una papelerera y extendió dos órdenes, que firmó y selló con sus armas.

—Toma, dijo entregándoselas á Santoyo, esta para el inquisidor general D. Gaspar de Quiroga; hace referencia á tu hijo el capitan Santoyo. Esta otra para la madre priora del convento de Santo Domingo el Real, para que te entregue á Leonor Mayorini. ¿Estás satisfecho, Santoyo?

—Señor.... habeis sobrepujado á mis esperanzas, no esperaba tanto, os lo juro.

—Pues bien, ahora debo hacerte una advertencia.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Deseo, como te he dicho, que Alvaro y Leonor salgan de Madrid, y lo más ántes posible no quiero oír hablar de ellos. he llamado mucho á esa italiana, y no sabes el sacrificio que he hecho. Además, no quiero que permanezcan en Madrid mas que el tiempo preciso para que se casen, si han de casarse, y partir. No quiero que sus amigos los vean y los hablen. ¿comprendes?

—Si, señor.

—¿Y qué dices?

—Que serán cumplidas las ordenes de V. M. de un modo ó de otro.

—Pues bien; en ti confío.... mañana te espero.... con alguna buena nueva acerca de mi hija.... procura hablar á Doña Constanza Pérez y trátala de convencer.... debe odiarme mucho; me acusa de la muerte de su esposo y de la expatriación de su hermano.... ¡ah! ¡qué recuerdos!

Y Felipe II, profundamente afectado con el recuerdo de la época en que descansaba completamente en Antonio Pérez y amaba á Doña Ana de Mendoza, lanzó un suspiro y apoyó su frente, abrasada por la calentura, en la palma de su mano.

Así permaneció por algunos minutos.

Después se levantó, hizo á Santoyo una seña para que se retirase, y el leal servidor, arrodillándose, cogió la mano del rey para estampar en ella un ósculo de gratitud.

En seguida salió precipitadamente de la cámara, anhelando llegar á su casa para comunicar á su esposa la fausta nueva, y frenético de alegría le faltó poco para no presentarse á Doña María saltando como un muchacho.

Bien es verdad que el resultado de su visita al rey habia sido más fecundo de lo que se habia creído, pues no solamente habia conseguido la libertad de Alvaro, sino tambien la de Leonor, y esto sin haber tenido que recurrir á amenazas ni á sugestiones de ninguna clase.

No es posible que describamos la inefable alegría de Doña María al saber que iba á abrazar á su hijo; y como ella se consideraba dichosa con la felicidad de Alvaro, fué

doble su satisfaccion cuando supo iba á casarse con la genovesa, término de todas sus ilusiones.

En las enfermedades morales, una alegría es la salud. Doña María, á pesar de la postracion de sus fuerzas, quiso levantarse para recibir á su hijo dignamente.

No tenemos necesidad de decir si el buen Sebastian Santoyo tardaria en dar cumplimiento á las órdenes del rey yendo á buscar aquel mismo dia en una litera á Leonor y á Alvaro á sus respectivos encierros, llevándolos á su casa, donde se reunieron aquella noche.

Decir ni expresar lo que los dos enamorados jóvenes experimentaron al verse libres y juntos, es empresa superior á nuestras fuerzas. Básteles saber á nuestros lectores que todos ellos, especialmente Leonor, tardaron más de dos horas en poder dominar su alegría y en convencerse de que no soñaban.

¡Dichosos corazones que desde las sombras de la desesperacion habian pasado á la radiante luz de la dicha! ¡Almas dichosas que ya podian entrever un inmenso horizonte de ventura en premio de su virtud! ¡Criaturas bendecidas por Dios, que jamás abandona á los que en él confían!

## CAPÍTULO V.

## La venganza de Constanza.

Al día siguiente, Mayorini pudo también abrazar á su querida hija, á quien no había visto en tanto tiempo, y lleno de gratitud hácia su amigo Santoyo y hácia el mismo Felipe II, pues el viejo ayuda de cámara le había referido la entrevista que ya conocen nuestros lectores, se propuso hablar á Constanza para que desistiera de vengarse del rey.

Pero Constanza, que se negó á recibir á Santoyo, le dijo que avisará á S. M. para que de allí á dos días y á las cuatro de la tarde estuviera cerca del palacio de Valsain, adonde veria á su hija; y á Mayorini le echó en cara su debilidad por haber confesado aquel secreto á Santoyo, tratando, sin embargo, de convencerle que ella no sabía nada, que Violante no era hija del rey, y que todo aquello no había sido más que una intriga para hacer sufrir á Felipe II.—

Tantás y tales fueron las razones que dió al genovés, que éste casi se convenció de la verdad, no pudiendo menos de estremecerse á pesar suyo, de la idea diabólica de la viuda de Lanuza.

En seguida llamó á Violante.

—Mi querida hija, la dijo besándola en la frente, tengo que comunicarte un secreto que se refiere á tu nacimiento, y para lo cual te ruego que me escuches tranquilamente. Dime, ¿desearias conocer á tus padres?

La afligida huérfana miró asombrada á Constanza.

—Señora, la dijo, ese ha sido el afán constante de mi vida. No lo ignorais, como tampoco cuánto he llorado por no haber podido averiguar nada. ¿Pero vos lo sabeis, madre mia?

—Ciertamente.

—¡Oh! pues entónces ¿á qué tardais en decírmelo? Ya que el cielo me ha arrebatado al esposo que habia elegido mi corazón, al ménos podré llorar en el seno de los que me dieron el ser. No, Violante, no me podéis decir que me he casado con un asesino. ¿Qué os detiene? ¿Qué os detiene? ¿Qué os detiene? ¡Ah! no ha llegado á tus oídos alguna especie sobre este asunto?

—Nada, señora.

—No te ha dicho tu corazón quién es tu padre?

—¡Dios mio! ¿le habré visto acaso? Constanza volvió á detenerse, porque á su pesar le repugnaba lo que estaba haciendo; pero acordóse de su esposo, y el recuerdo de su muerte la comunicó nuevas fuerzas.

—Escucha, hija mia, dijo á Violante cogiéndola una mano, ¿qué dirias si tu padre fuera el rey de España?

—El rey de España! exclamó la jóven retrocediendo con cierto horror, ¿acaso es mi padre ese monstruo? ¡Dios mio! ¿Será verdad? ¿seré tan desgraciada que haya sido mi mismo padre el asesino de mi esposo? ¡Oh! ¡madre mia! ¿me

engañais por ventura? Decidme que me engañais... ¿esto sería horrible.... ¡Tener que aborrecerle!... porque yo no puedo perdonar al rey su conducta con Pedro. Nó, nó.... mil veces nó.... ¡Oh! hablad.... me estais martirizando....

Y Violante rompió á llorar como una Magdalena, cubriéndose el rostro con sus manos.

Constanza se sonrió satánicamente. Había conseguido su objeto.

—Tranquilízate, mi pobre niña, dijo á su hija adoptiva, tranquilízate.... Nó, nó, tu padre no es el rey. Ese mónstruo no puede ser tu padre....

—¡Ah! ¿de veras, señora?

—De veras.

—Entónces, ¿por qué dudais en decírmelo?

—He querido ántes saber tu opinion, porque para vengarme del rey, he hecho que llegue á sus oídos la voz de que eres su hija, para que, cuando ya le sonria esta esperanza, arrancársela y complacerme en su dolor. Es muy posible que te llame, que te ofrezca oro y poder, y.... Tú no puedes admitir nada, porque no es su sangre la sangre que corre por tus venas.

—¿Pero quién es mi padre, señora?

—Un antiguo oficial del ejército, que murió en Flandes.

—¡Ha muerto!

—Apénas habias nacido.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—No te aflijas.... ya no tiene remedio. Consuélete la idea de que debes la vida á un hombre de honor, que valia algo más que Felipe II, y que murió peleando como búeno.

—¿Y cómo se llamaba?

—No lo sé, exclamó Constanza turbándose algun tanto con aquella inesperada pregunta. ... Violante, sumida en su dolor, y amando á Constanza como á su verdadera madre, no vió aquella turbacion, ni mucho ménos pudo sospechar nada, limitándose á cruzar las manos sobre el pecho llorando amargamente.

—Ya sabes, hija mia, prosiguió la viuda de Lanuza, que mi pobre Juan y yo te sacamos del convento de las Huelgas de Búrgos, á donde tu pobre madre, falta de recursos para vivir, se habia retirado, pues no ignoras que eres hija natural. Pues bien, tu madre murió sin dejar papel ninguno, y sólo refirió su historia á una monja con quien adquirió profundas simpatías. Esta monja me la refirió á mí, y hoy que ya no existe, sólo yo conozco el secreto de tu nacimiento. De todas maneras, mi querida Violante, si tu padre no ha sido el pobre capitan muerto en Flandes, segun tu madre decia, ménos na podido serlo el rey, por más que éste pueda tener una hija de tu misma edad educada tambien en el mismo convento. Ya sabes que en los conventos siempre hay huérfanas de historia.... Por lo demás, mi querida hija, el objeto de esta conferencia no ha sido mas que prepararte por si llega á tus oidos que el rey cree ser tu padre. Ya sabes la causa de su ilusion. Ahora hablemos de otra cosa.

—¡Oh! una palabra ántes de concluir, exclamó la huérfana, que habia creído ciegamente todo lo que acababa de oir, pues le inspiraba Constanza un afecto verdaderamente filial; una palabra, madre mia. ¿Habria algun medio de poder saber el nombre de mi padre?

—Nó, Violante.

—Entónces, prosiguió la jóven lanzando un suspiro, Dios



los haya perdonado. Hasta aquí he vivido ignorándolo, y dedicada á vos, á vos consagraré el resto de mis días. Vos sois mi madre.... mi verdadera madre.

Y la jóven viuda se arrojó sobre Constanza y ocultó en su seno su hermosa cabeza llorando amargamente.

Constanza la abrazó con cierto ardor febril, como si quisiera hacerse perdonar á aquel engaño, y la dijo con toda la ternura de su corazón:

—Sí, mi querida hija.... yo seré tu madre, y juntas lloraremos nuestras desgracias. Léjos de España, léjos del tirano que ha sumido en la desgracia á nuestras familias, procuremos alcanzar alguna tranquilidad, y ¿quién sabe? tú eres jóven aún y....

—Callad, callad.... todo ha concluido para mí. Las mujeres que aman como yo, no aman más que á un hombre. Dios no ha querido conservármele, y su muerte me deja en la miseria, porque sus bienes pasan á su familia; pero no importa.... la miseria no es el mayor de los males.

—Yo tambien soy pobre. Sólo cuento con los pocos bienes de la madre de mi esposo, bienes que ha reclamado y ha logrado salvar de la confiscación, como de su única pertenencia; pero tienes razon, no importa. En Hungría nos espera mi hermana Blanca y á su lado seremos felices. ¡Felices! ¡ah! nó. La felicidad ha huido de nuestro lado.

Y despues de un momento de silencio, prosiguió:

—Dentro de dos dias he dispuesto el viaje, ¿te parece?.

—Sí, señora; cuanto ántes, mejor.

—Marcharemos todos juntos; Mayorini con su hija y Alvaro Santoyo con su madre. Su padre se queda al lado del rey. Caminaremos juntos hasta París, y allí se quedarán con

Gil de Mesa. Abrazaré á mi hermano y proseguiremos nuestro viaje á Buda. El correo que envié á Blanca debe haber llegado ya á su destino. ¿Estás conforme con mis proyectos?

—Sí, madre mia.

—¿Los apruebas en todas sus partes?

—¿Y podeis dudarlo?

—Pues bien, prepárate á marchar pasado mañana. Mayorini y Gil de Mesa, ayudados por nuestros dos criados, lo arreglarán todo. El pobre Gil, despues de haberse expuesto con este viaje, no ha logrado ver á mi pobre cuñada... ¡Oh! ¡qué fiera es Felipe II!

—Sí, inhumano como ninguno, madre mia. ¡Ah! ¡qué desgracia habria sido para mí haberle tenido que reconocer por padre!

La ciega confianza de la jóven causó á Constanza un remordimiento. No creia en verdad haber conducido su intriga tan afortunadamente, y á pesar de su odio repugnábale aquel engaño.

¡Arrancar á un padre su hija, y arrancársela para siempre!

Este pensamiento hizo palidecer á la viuda de Juan de Lanuza, que quizás en aquel momento se preguntó si tenia derecho para tanto, si la infame conducta del rey para con su esposo la autorizaba á obrar así, pareciendo como que se abrogaba las atribuciones que sólo pertenecen á Dios.

Media hora despues, Constanza conversaba con Mayorini acerca del proyectado viaje, y le daba sus instrucciones para que se realizara de allí á dos dias.

## CAPÍTULO VI.

### Continuacion del capitulo anterior.

No tenemos necesidad de decir que al siguiente día, por la noche, y gracias á los deseos manifestados por el mismo rey, un sacerdote desposó á Leonor con Alvaro Santoyo, causando este enlace no solamente su felicidad, sino tambien la de sus padres.

El antiguo ayuda de cámara del rey habia simpatizado con Mayorini y con Leonor. Con el primero, porque veia en él un padre entusiasta por su hija, un leal amigo y un hombre de nobles ideas; y con la segunda, porque no podia olvidar su virtuosa negativa en aceptar los favores de Felipe II, prefiriendo á su deshonra las persecuciones de que habia sido objeto y los martirios que habia sufrido.

Entónces supo lo que su misma esposa le habia ocultado, que hacía ya mucho tiempo que su querido hijo y Leonor se amaban.

En aquellos dos dias Felipe II, que creia haber encontrado en Violante á la hija de su corazon, cumpliendo la palabra que le habia exigido Santoyo, y cumpliéndola más por temor que por voluntad, habiase limitado á enviar un

recado á la pobre viuda, enterándose del estado de su salud y ofreciéndola todo cuanto pudiera necesitar. Violante rechazó indignada sus ofrecimientos, y el rey se estremecía cada vez que consideraba que habia causado la desgracia de aquella hija, por la que habria dado tal vez su corona.

No obstante, todos estos pensamientos no tardaron en desaparecer de su imaginacion para dar lugar á otros más graves. Temia que Constanza le indispusiese con su hija, ó se negase á declarar la verdad para vengarse de él, y ante esta idea, como Constanza era la única persona que podia declararlo, Felipe II se estremecía y creia morir de pena y de miedo.

Algo, sin embargo, se animó cuando recibió el recado de la viuda de Lanuza por medio de Santoyo. Aquello parecia darle esperanzas, y anhelando llegase el momento, apenas amaneció el dia designado por Constanza, se dirigió á Valsain en compañía de Santoyo.

El viejo ayuda de cámara iba triste y cabizbajo, y el rey le preguntó qué tenia.

—Señor, le dijo, hoy han salido para Francia mis hijos y mi esposa.

—¿Y eso te entristece?

—Señor, si comparo mi aislamiento de hoy con el que me amenazaba hace doce dias, no tengo motivos para quejarme; pero siempre la separacion es dolorosa.... ¡Dios los bendiga!

El rey suspiró; porque se acordó de la genovesa; pero ahogó en su pecho aquella emocion culpable y no tardó en olvidarla por el recuerdo de su hija.

Poco después llegaron á Valsain.

A las cuatro de la tarde, hora prefijada por Constanza, el rey, á pié, sin más compañía que la de Santoyo, se paseaba por las alamedas que rodeaban el palacio, apoyado en el brazo de su viejo servidor, pues sólo el ánimo le sostenía.

Muy poco despues oyóse la rotacion de un carruaje, al cual acompañaban dos hombres á caballo. — Dios os guarde! —

El uno era Mayorini.

El otro Gil de Mesa.

Dentro del coche veíanse dos damas y dos niños; una de ellas era Violante, la otra, Constanza con sus dos hijos.

El rey se estremeció al ver que el carruaje se detenía, apeándose de él una mujer vestida de luto y cubierta completamente por un manto de seda negro. Miró á Santoyo como preguntándole si aquella mujer sería Constanza, y Santoyo, que comprendió aquella mirada, le dijo: —

— Vedla ahí, señor, Doña Constanza se acerca; apresurémonos á recibirla.

— No, no, repuso el rey temblando de emocion, ven, ven.... más allá, en lo espeso de aquella arboleda, para que puedas ocultarte y oír y ver sin ser visto. ¡Ah, hija mia, mi pobre hija! —

Y Felipe II, que parecia otro hombre, comenzó á andar aceleradamente apoyado del brazo de Santoyo. —

El camino que seguian volvía en ángulo recto hácia el pequeño pueblecito de Valsain; y un estrecho arroyo, alimentado con las vertientes de todas aquellas colinas, habíase multiplicado de tal modo los álamos, que era por aquella parte un verdadero bosque. —

Junto al camino veíase una gran piedra, en la que el rey se dejó caer desfallecido, mientras que el viejo ayuda

de cámara se colocaba á espaldas suyas y completamente oculto por el follaje.

—Cuatro minutos despues, Constanza, pues efectivamente era ella, se hallaba á dos pasos del rey.

Entónces se detuvo.

—Dios os guarde, señora, la dijo el rey afectuosamente; veo que habeis cumplido vuestra palabra, y como no dudo sereis la persona que me ha citado, os ruego os descubrais y me digais lo que espero de vos.

La viuda de Lanuza no podia reconocer en aquel lenguaje al rey de España; pero más irritada aún con la presencia del que habia matado á su esposo, le dijo grave y solemnemente:

—Señor, no soy la que creeis, no soy Violante, que os aborrece. ¿Para qué hemos de emplear en esta entrevista más tiempo del preciso? ¿acaso habeis creido por un momento que yo venía á entregaros vuestra hija?

—Señora....

—Nó, rey D. Felipe, no teneis hija, ni la habeis tenido nunca.

—¿Qué decís!

—Violante no es vuestra hija, es hija de un pobre oficial que murió en Flandes.

—¡Oh! me estais engañando, gritó Felipe II, que comenzaba á comprender alguna cosa, me estais engañando; y yo os ruego... ya veis, os lo ruego... yo que estoy acostumbrado á mandar y ser obedecido, yo el poderoso señor de dos mundos....

—Rey D. Felipe.... sobre vos está Dios, y Dios no deja sin castigo á los reyes.

—Pero....





¡La viuda de Lanuza! ¡Horror!! ¡Horror!!



—Teníais que ser castigado, y Dios me ha elegido para instrumento de vuestro castigo. ¡Ah! prosiguió Constanza exaltándose poco á poco y sin echar de ver que tuteaba al rey como á una persona de la condicion más humilde, ¡ah! ¿es posible que hayas olvidado la muerte de Lanuza, asesinado bárbaramente con tantos otros en la plaza de Zaragoza? ¿es posible que no conozcas mi acento? ¿es posible que hayas olvidado mi rostro? Pues mira.

—¡La viuda de Lanuza! ¡horror! ¡horror! gritó el monarca al fijar sus ojos en la pálida y amenazadora fisonomía de la aragonesa, que habia echado hácia atrás el manto que la ocultaba.

—Sí, Constanza Perez, que no puede perdonarte; Constanza Perez, que ha visto rodar la cabeza de su esposo y rebotar en las tablas del cadalso, salpicando de sangre á los verdugos; Constanza Perez, que ha visto arrasar sus casas, destruir sus palacios, incendiar sus bosques de órden tuya; Constanza Perez, que tiene á su pobre hermano perseguido por tí como á una fiera dañina.... ¡Ah! quieres que te perdone... ¡bárbaro verdugo! que no has respetado nunca ni la inocencia ni la virtud... ¿quieres que te presente tu hija y que te diga esta es? Pues sabe que todo ha sido una farsa; que esa Violante no es hija tuya; que he engañado á Santoyo para que te engañe; y que tu hija, tu hija verdadera, murió hace ya mucho tiempo... ¡Violante te aborrece, te detesta como yo... te maldice como yo te maldigo... y quiera el cielo que espire agobiado de dolores, de remordimientos y de anatemas.

Constanza calló; y Felipe II, que la habia escuchado con la frente inclinada, pálido, conyulso, aterrado, olvidándose

que era rey, para no acordarse mas que era padre, alzó sus ojos á la dama y exclamó con voz suplicante: —Señora... ¡perdon!... pero dadme mi hija... mi hija vive... vive, sí, y vos la conocéis... —No, yo no la conozco; ó sí, sí, la conozco, la conocia, ha muerto... ¿no te lo he dicho ya?

Estas contradicciones estudiadas acabaron de desorientar al rey, el cual, no pudiendo contener su pena, llamó repetidas veces á su viejo ayuda de cámara.

Santoyo apareció tan pálido como su amo.

La escena que se desarrollaba á su vista era para él nueva y terrible. Veia á una dama hablar á su rey de tú, amenazándole, injuriándole, y veia á este rey pálido, humilde, suplicando, pidiendo perdon á aquella dama que podía aniquilar con una orden.

Entonces Santoyo, pareciéndole que era un sacrilegio humillar de tal modo la dignidad real, por mucho que debiese á Constanza Perez, le pareció que abusaba de su posición y talento.

—Señora, la dijo con cierta solemnidad que hizo volver en sí á la frenética dama, señora, observad, os lo suplico, que estais hablando con vuestro rey, y básteos su tormento para que respeteis en él al anciano que puede ser vuestro padre.

—¡Mi hija! repetia Felipe II.

—No, añadió Constanza, no conoceréis á vuestra hija. La maldicion de Dios os persigue... ¡ay del hombre maldito por el Eterno!...

Y levantando el brazo como para evocar la cólera divina sobre el hombre que tantas y tantas veces habia abusado del

su autoridad de rey, fijó en él su terrible mirada, y alzándose otra vez el manto se alejó de Felipe II.

El monarca la vió alejarse, y se levantó. Hizo un esfuerzo para hablar y no pudo, y siguió con la vista á la viuda de Lanuza, que majestuosa como una profetisa de la antigüedad, subió á su carruaje y desapareció por un recodo del camino.

Ayl el corazón del rey parecía decirle que en aquel coche se alejaba su hija para siempre,

Entónces, al encontrarse solo con Santoyo, ocultó su cabeza en el seno de su ayuda de cámara, y exclamó con toda la amargura de su corazón:

—¡Mi hija! ¡mi hija perdida para siempre! ¡solo en el mundo!... ¡Dios mio! ¡Dios mio!

El viejo servidor sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y no pudiéndose contener enseñó el puño cerrado como una amenaza hácia el sitio por donde habia desaparecido el carruaje que llevaba á Constanza Perez. . . . .

. . . . .

Una hora despues, Felipe II se hallaba en el lecho del dolor con una fiebre ardiente que le tuvo postrado en cama más de quince días.

Cuando se levantó del lecho, ni un suspiro volvió á escaparse de sus labios, ni una lágrima volvió á humedecer sus mejillas por el recuerdo de aquella hija que jamás debia conocer.

Sólo Santoyo, que sabia el secreto de todo aquello, era el que podia apreciar la fuerza de voluntad de aquel hombre terrible, que áchacoso, viejo y agobiado de trabajo, lle-

vaba destrozada el alma sin quejarse, sin exhalar un ¡ay!

Desde aquella tarde fatal en que Felipe II perdió por completo las esperanzas de recobrar á su hija, dedicóse al gobierno de sus Estados con una asiduidad tan febril, que se conocia que trataba de aturdirse con ellos.

Pero desgraciadamente su robusta naturaleza comenzaba ya á decaer; y desde aquella fecha hasta su muerte, acaecida el 13 de Setiembre de 1598 á las cinco de la mañana, se puede decir que Felipe II no fué ya mas que su sombra.

## CAPÍTULO VII.

## Últimas noticias.

Vamos á terminar esta historia.

Si quisiéramos alargar este libro podríamos aprovechar este último capítulo para enterar á nuestros lectores de los esfuerzos y vigiliass que nos ha costado su formacion.

Con efecto, cuando la historia, bajando de su grave pedestal, oculta su coturno para enseñar al pueblo, y disfrazando su severa enseñanza con las flores de la poesía, se abre lugar en el hogar de la familia para instruir deleitando, no consiente ciertas libertades, muy de moda entre los literatos sin conciencia, ni permite que se la altere sino bajo ciertas condiciones. Para cumplir con ellas hace falta un tacto exquisito, que no nos atreveremos á decir que hemos logrado; pero sí podemos asegurar haber hecho lo posible porque nuestro libro no sea un absurdo y la señora historia se reia de nosotros.

Aquí, pues, daríamos por terminado nuestro trabajo, pero aun creemos de necesidad completar el cuadro que hemos bosquejado á la vista de nuestros lectores.

Dos ó tres noticias, y concluimos.

— Constanza Perez con Mayorini, Gil de Mesa y Violante, llegaron con felicidad á París, casi al mismo tiempo que la esposa de Santoyo, Alvaro y Leonor.

Antonio Perez estrechó á todos conmovido, recordándole su querida familia las amorosas miradas que se dirigian Alvaro y Leonor.

En París permanecieron, á instancia suya, casi todos nuestros personajes más de ocho meses, y cuando Constanza y Violante salieron para Buda, dejaron ya á Alvaro Santoyo convertido en un elegante y apuesto capitan de guardias de Enrique IV, y cada dia más y más enamorado de su esposa la linda Leonor de Mayorini.

Doña María de Sandoval, su madre, habia vuelto á Madrid al lado de su esposo Sebastian de Santoyo.

Constanza con sus hijos y Violante, llegó por fin á Buda, siendo recibida por su madrina como lo hubiera sido por una cariñosa madre. Destináronla habitacion en el mismo alcázar, y si no pudo olvidar á su esposo, á lo ménos tuvo el consuelo de vivir tranquila y feliz al lado de las prendas más queridas de su corazon.

Violante, poco tiempo despues de llegar á Buda, y no pudiendo olvidar á su esposo el marqués de los Velez, decidió consagrarse á Dios, como lo verificó al año siguiente, profesando en el convento de la Anunciacion.

Ya por aquella época habia muerto en España la desconsolada madre de Juan de Lanuza, cuyos bienes recogieron sus nietos como herederos de la casa.

Tambien por aquella época el pobre Fray Agustin habia fallecido en olor de santidad y colmado de bendiciones por los beneficios que habia hecho.

En cuanto á los principales personajes de nuestra obra, Blanca y Fernando, no hay que decir si serian ó nó felices despues de su reconciliacion.

Y con esto hemos concluido.

FIN.

En cuanto á los principales personajes de nuestra obra,  
Blanca y Fernando, no hay que decir si serian ó no felices  
despues de su reconciliacion.  
Y con esto hemos concluido.

FIN.



# INDICE

de los capítulos contenidos en este tomo.

		Págs.
	<b>LIBRO TERCERO.</b>	
	<b>Antonio Perez.</b>	
	<b>CAPÍTULO</b>	
	1.º—La prision de Antonio Perez. . . . .	4
	» 2.º—Francisco Mayorini y Gil de Mesa. . . . .	13
	» 3.º—La hija de Mayorini. . . . .	27
	» 4.º—Un ángel de abnegacion. . . . .	41
	» 5.º—La despedida. . . . .	57
	» 6.º—Una visita ilustre. . . . .	63
	» 7.º—Malas noticias. . . . .	76
	» 8.º—La última esperanza. . . . .	86
	» 9.º—Un modelo de esposas. . . . .	100
	» 10.—La fuga. . . . .	112
	» 11.—Asilo sagrado. . . . .	124
	» 12.—Los trabajos de Gil de Mesa. . . . .	137
	» 13.—Un motin. . . . .	147
	» 14.—La extradicion. . . . .	154
	<b>LIBRO CUARTO</b>	
	<b>La corte de Felipe II.</b>	
	<b>CAPÍTULO</b>	
	1.º—La infanta Isabel Clara. . . . .	162
	» 2.º—El señor Sebastian de Santoyo. . . . .	173
	» 3.º—Un flechazo de amor. . . . .	182
	» 4.º—Seducion y virtud. . . . .	189
	» 5.º—La menina de la infanta. . . . .	200
	» 6.º—Demanda de matrimonio. . . . .	210
	» 7.º—La prision de Leonor. . . . .	220
	» 8.º—Amor. . . . .	226
	» 9.º—Los dos amantes. . . . .	236
	» 10.—Tres peticiones. . . . .	245
	» 11.—La protectora y la protegida. . . . .	256
	» 12.—Felipe II irritado. . . . .	263
	» 13.—Una nueva victima de Felipe II. . . . .	272
	» 14.—Grito del alma. . . . .	280
	» 15.—Últimas proposiciones. . . . .	287

LIBRO QUINTO.

de los capitulos de este tomo. La corona de espinas.

	<u>Págs.</u>
<b>CAPÍTULO 1.º—Un correo.</b> . . . . .	293
» <b>2.º—Heroismo de la infanta y del archiduque.</b> . . . . .	302
» <b>3.º—El aparecido.</b> . . . . .	307
» <b>4.º—La partida.</b> . . . . .	318

PARTE TERCERA.

Juicios de Dios.

LIBRO PRIMERO.

Felipe II y los fueros de Aragon.

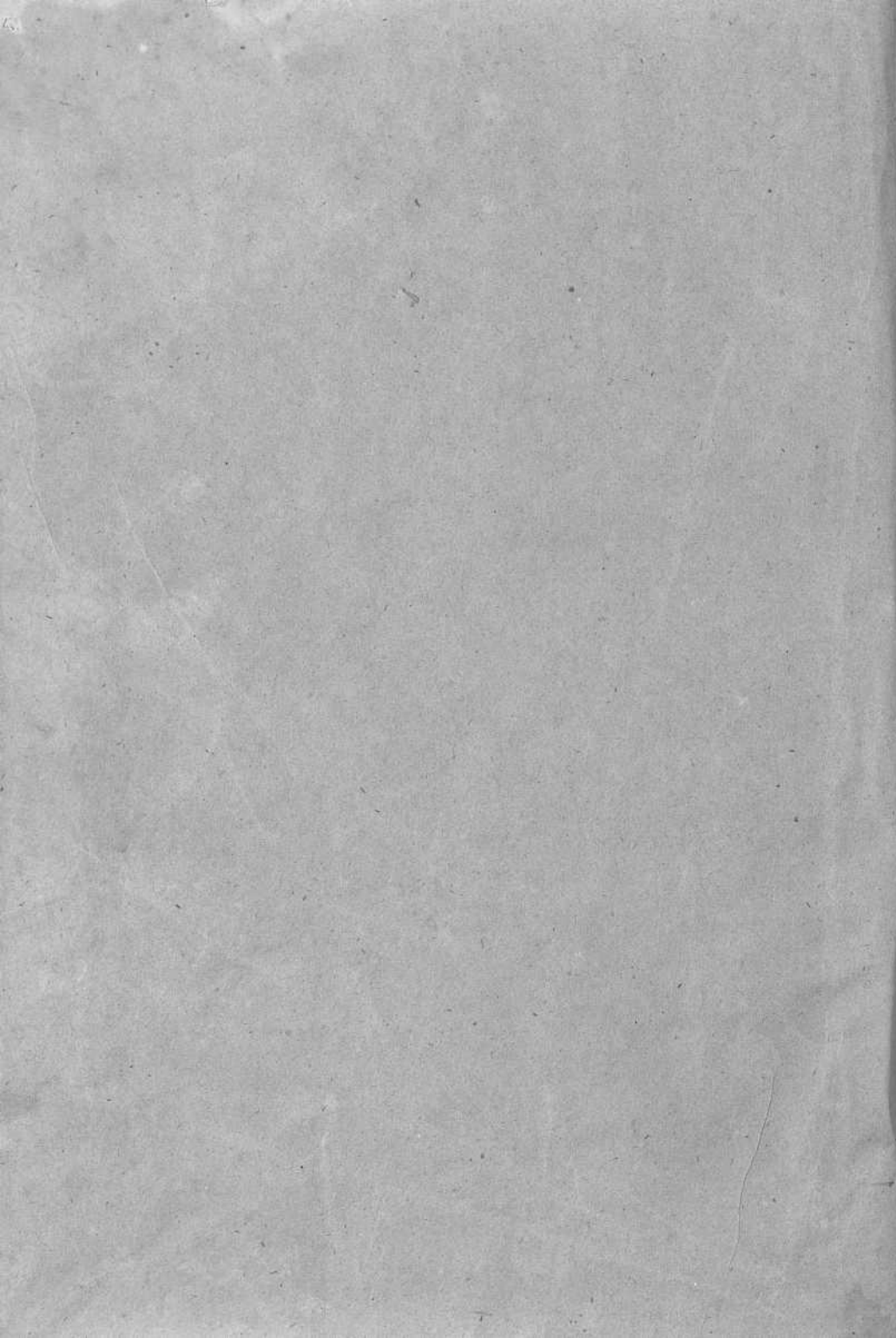
<b>CAPÍTULO 1.º—La cárcel de la manifestacion.</b> . . . . .	327
» <b>2.º—Dése á la Inquisicion.</b> . . . . .	332
» <b>3.º—Deberes contra afecciones.</b> . . . . .	340
» <b>4.º—Un pueblo levantado.</b> . . . . .	346
» <b>5.º—Justicia de Dios.</b> . . . . .	352
» <b>6.º—Cuatro meses despues.</b> . . . . .	360
» <b>7.º—Desenlace del drama.</b> . . . . .	368
» <b>8.º—Prision de Juan de Lanuza.</b> . . . . .	372
» <b>9.º—El dia 20 de Diciembre de 1591.</b> . . . . .	384

LIBRO SEGUNDO.

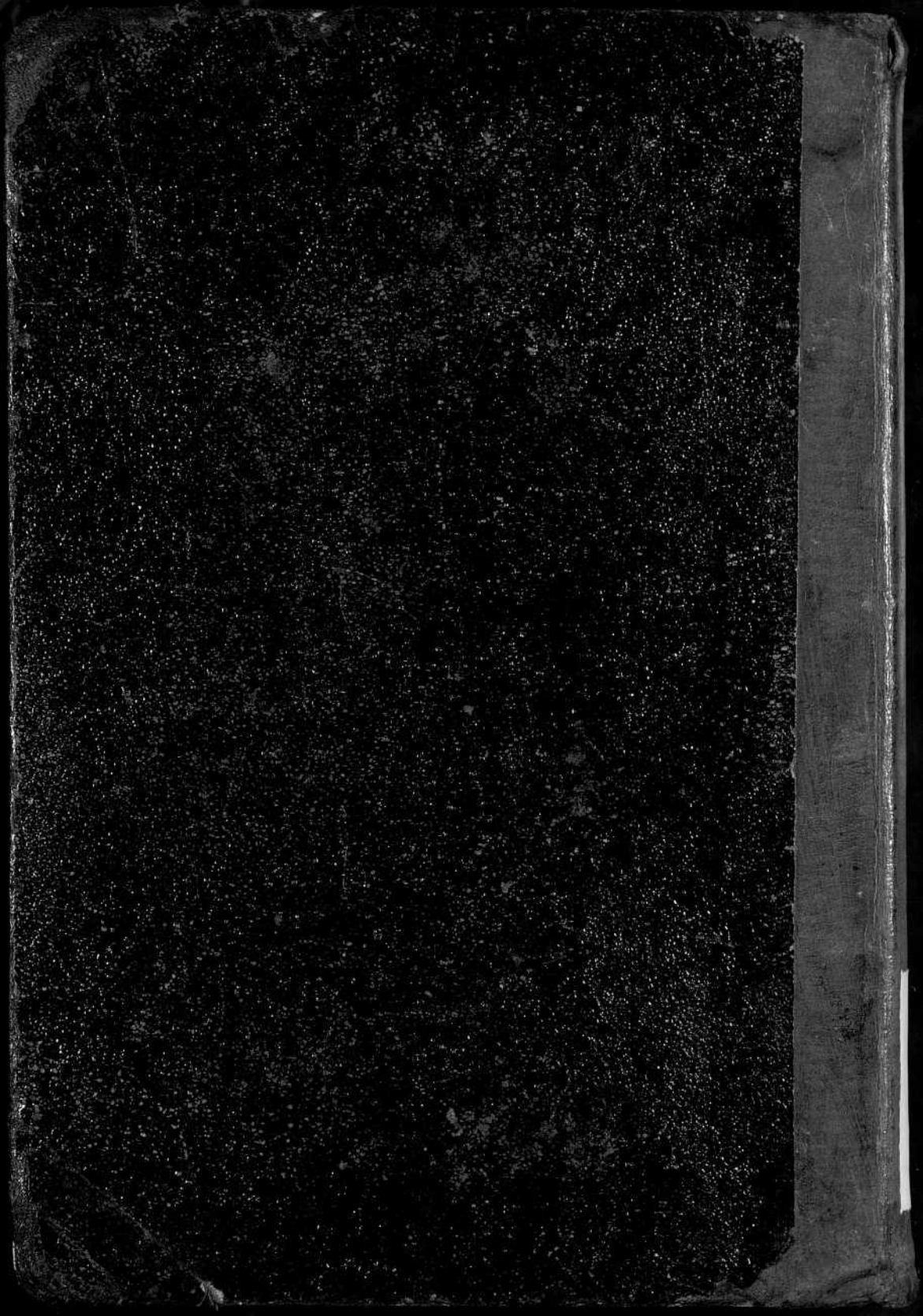
Amor y expiacion.

<b>CAPÍTULO 1.º—Dalila.</b> . . . . .	394
» <b>2.º—Dos perversos en campaña.</b> . . . . .	403
» <b>3.º—Fascinacion completa.</b> . . . . .	413
» <b>4.º—La dama de la casita blanca.</b> . . . . .	419
» <b>5.º—Armas á un enemigo.</b> . . . . .	426
» <b>6.º—Un nuevo crimen.</b> . . . . .	436
» <b>7.º—Una loba vencida.</b> . . . . .	445
» <b>8.º—Revelaciones.</b> . . . . .	454
» <b>9.º—Quien á hierro mata, á hierro muere.</b> . . . . .	472
» <b>10.—Mujer antes que reina.</b> . . . . .	481
» <b>11.—Luz divina.</b> . . . . .	488
» <b>12.—Felicidad.</b> . . . . .	498









**G 36433**

DE ILLUSTRATIONIBUS  
DE ANATOMIA